¡Que las llamas del avivamiento ardan con intensidad en nuestro hogar!

Introducción

Se ha informado que, debido al incendio de Eaton —un incendio forestal que asola las cercanías de Eaton, una región próxima a donde resido actualmente en La Crescenta, California (EE. UU.)—, innumerables personas han perdido sus hogares. Además, el fuego se ha cobrado la vida de 16 personas, ha herido a 6 bomberos y ha destruido 5.718 edificaciones (cifras al 16 de enero de 2015). Fue apenas el miércoles pasado por la mañana cuando recibí la noticia de que se había desatado el incendio forestal en la zona de Eaton. Poco después, se emitió una advertencia de evacuación para nuestro propio vecindario; en consecuencia, para escapar del peligroso humo del incendio, evacué junto con mi esposa, mi suegra, mi cuñado y nuestro perro. Mi esposa, mi suegra, mi cuñado y el perro fueron a alojarse en casa de mi cuñada, mientras que yo me dirigí a la iglesia, donde pasé cerca de tres días hospedado en la oficina pastoral. Durante ese tiempo, mientras monitoreaba la situación en línea —manteniendo un seguimiento no solo del incendio de Eaton, sino también del masivo incendio de Palisades—, dos versos específicos de una canción

cristiana contemporánea titulada "Revival" ("He aquí la desolación de esta tierra") acudieron repentinamente a mi mente. Se trataba de unos versos que el equipo de alabanza mixto había elevado a Dios durante el servicio del miércoles anterior (1 de enero), y que el equipo de alabanza "Victory" —junto conmigo— había ofrecido de igual modo durante el servicio de Año Nuevo (5 de enero): "Que las llamas del avivamiento ardan con intensidad", y "Que el viento del Espíritu Santo sople sobre nosotros ahora". Quizás la razón por la que estos versos surgieron en mis pensamientos se debió a la pura intensidad de los vientos de Santa Ana —a menudo denominados los "vientos del diablo"— que soplaban en aquel momento. Eran tan potentes que dos líneas eléctricas situadas frente a mi casa se habían partido y yacían esparcidas por la calle; en consecuencia, el incendio forestal se mantenía con una tasa de contención del 0% y se propagaba de manera totalmente incontrolada. En aquel momento —la mañana del jueves 9 de enero—, mientras me encontraba en mi oficina de la iglesia, escribí una breve reflexión devocional centrada en Marcos 4:35-41 (utilizando, específicamente, la traducción de la *Modern Korean Bible*). Lo titulé: «Aunque aterrorizado y luchando en medio de un gran incendio forestal, mi alma siempre está tranquila; mi alma, mi alma está en paz...». Me gustaría compartir aquí solo una parte de ese escrito: «Mientras meditaba más profundamente en el pasaje que afirma que "el barco en el que navegaban los discípulos junto a Jesús comenzó a hundirse" (Marcos 4:37, *Biblia Coreana Moderna*), recordé vagamente algo que dijo el difunto pastor Ok Han-heum hace unos 22 años. Fue durante un retiro organizado por el Consejo para la Renovación de los Pastores de la Iglesia (Kyogaenghyeop) en un centro de retiros en Ansan, Corea; él utilizó la metáfora de un barco para describir a la iglesia coreana, sugiriendo que —en ese preciso momento— ese barco (la iglesia) se encontraba en proceso de hundirse. Si mal no recuerdo, su argumento era que si nosotros, los líderes de la iglesia, rebajamos nuestros estándares, la iglesia coreana se enfrentará a la ruina total, tal como un barco que se hunde. Quizás sea por eso que —mientras tomaba fotos y videos del reciente incendio forestal, compartiéndolos con otros a través de internet y vía KakaoTalk— recordé de repente la letra del himno contemporáneo "Avivamiento" (*Buheung*). Habíamos ofrecido esta canción de alabanza a Dios durante nuestro servicio del miércoles de la semana pasada

(https://youtu.be/8jC7qEvXVcw?si=hwLdzcNiJD90KnVp) y nuevamente el domingo: "Que las llamas del avivamiento ardan con fuerza..." "Que sople el viento del Espíritu Santo..." Al ser testigo de la crisis de este gran desastre, oré —y sigo orando— para que el viento del Espíritu Santo sople sobre nosotros, comenzando por nosotros, los líderes de la iglesia, encendiendo las llamas de un verdadero avivamiento. Es mi firme convicción que un avivamiento genuino —uno suscitado por el Espíritu Santo— debe comenzar con el arrepentimiento. Nosotros, los líderes de la iglesia —yo incluido— debemos rasgar nuestros corazones y volver a Dios (Referencia: Joel 2:13)». [Arrepentimiento] (Arrepentimiento), Reconciliación, Restauración, Reforma, Avivamiento. ¡La reconciliación, la restauración, la reforma y el avivamiento carecen de sentido sin el arrepentimiento! Compartí esta breve meditación bíblica con mi familia de la iglesia a través de KakaoTalk ese día (jueves, 9 de enero). En respuesta, uno de nuestros congregantes me envió un mensaje privado con las siguientes reflexiones: «Al reflexionar sobre el mensaje que publicaste en la "Sala de la Victoria" —y al recordar el himno "Avivamiento" que cantamos juntos al comienzo del año nuevo— sentí que una gracia profunda se imprimía en mi corazón. Si bien estas palabras podrían parecer insensibles para aquellos que sufren actualmente las secuelas del reciente incendio, si fundamentamos nuestra perspectiva en la Palabra del Señor, no podemos pasar por alto el hecho de que el Espíritu Santo —en Su santidad y con Su agudo discernimiento— nos instruye personalmente para que comprendamos *todos* los acontecimientos que enfrentamos únicamente a través de la lente de Cristo. Me atrevo a confesar —e incluso me encuentro dando gracias por— el enorme incendio que golpeó inesperadamente justo en los albores de este nuevo año. Lo veo como un regalo misericordioso: el "Fuego del Espíritu Santo" —tal como cantamos en nuestros himnos— descendiendo poderosamente para consumir nuestros ídolos, tanto los externos como los internos (supongo que ese es un sentimiento que seguramente hará que me "apedreen", ¿verdad? 😅). En el mundo secular, a los vientos de Santa Ana a menudo se les denomina los "Vientos del Diablo", descritos como tan impredecibles en su dirección que hacen increíblemente difíciles los esfuerzos para combatir incendios. Esto confirma verdaderamente la verdad de las Escrituras: el Espíritu Santo es, en efecto, como el viento; no sabemos ni de dónde viene ni a dónde va

[(Juan 3:8): "El viento sopla por donde quiere. Oyes su sonido, pero no puedes decir de dónde viene ni a dónde va..."]. Es una obra irresistible de Dios que ningún ser humano podrá jamás comprender o controlar: ¡el Viento del Espíritu Santo que absolutamente nadie puede bloquear jamás!». Mi ferviente esperanza es que, incluso en medio de este sufrimiento, el pueblo de Dios —aquellos que poseen oídos para oír y ojos para ver lo que el Espíritu Santo está diciendo a las iglesias— pueda algún día recibir la bendición suprema de ser establecidos como testigos vivos de Cristo Jesús. Que ellos, ante la primera oportunidad que el Señor les conceda, proclamen y se jacten con gozo desbordante de ese poder maravilloso del Espíritu Santo: el poder que les permitió abrazar con gratitud el mismísimo fuego del Espíritu que consumió personalmente sus ídolos (un fuego que representa un amor paradójico). Pues todas las cosas ya han sido llevadas a su plenitud, en conformidad con las intenciones y designios de nuestro santo y justo Creador, Jehová Dios, concebidos antes de la creación misma. Así pues —aunque por un instante nos sobresaltamos, aunque por un instante sentimos temor, aunque por un instante nos embargó la tristeza—, que las huellas de ese éxtasis, fruto de habernos sentido totalmente abrumados por una paz milagrosa que desciende desde lo alto, se vuelvan cada vez más numerosas y profundas en nuestras vidas. Elevo esta oración con fervor, con todo mi corazón. ¡Aleluya! Respondí a esta publicación con un rotundo «Amén».

Luego, unos seis días más tarde —ayer, 15 de enero—, durante nuestro servicio de adoración en línea del miércoles, nuestro Pastor Principal nos invitó a unirnos en oración por aquellos que están sufriendo. Al arrodillarme junto a mi cama, en el dormitorio principal, para orar, me vino a la memoria un sermón del pastor Yoo Ki-sung que había escuchado en YouTube apenas unos días antes, mientras estaba sentado en mi automóvil. La esencia de su mensaje radicaba en que las luchas que enfrentan actualmente las familias en Corea —específicamente los problemas de índole doméstica— son, en ciertos aspectos, incluso más críticos y graves que los desafíos que afronta la nación en su conjunto. Esto resonó profundamente en mí; guiado por la gracia y la dirección de Dios, participo en un ministerio en línea donde converso con diversas personas a través de comentarios privados en mi blog

de Naver (https://blog.naver.com/kdicaprio74) o mediante KakaoTalk (ID: jamesthemonk). Además, casi todos los años, tras regresar de los campos misioneros en el extranjero, hago una escala en Corea durante unas dos semanas para reunirme con un gran número de personas. A través de estas interacciones, una realidad innegable que he podido observar es que un gran número de personas sufren profundamente a causa de la discordia conyugal, los problemas con sus hijos y otras luchas de índole familiar. De hecho, de las siete parejas por las que he estado orando, tres ya han terminado en divorcio. Esto trajo a mi mente la letra de una canción cristiana contemporánea titulada «Revival» (*Buheung*): «¡Que las llamas del avivamiento ardan con resplandor!». y «Que soplen los vientos del Espíritu Santo...». Y eso, a su vez, me condujo al título mismo de este libro: «¡Que las llamas del avivamiento ardan con fulgor en nuestra familia!». Así pues, comencé a escribir este manuscrito esta mañana —jueves, 16 de enero— tras haber pasado un tiempo meditando en la Palabra de Dios. Mi único deseo es que el Señor, en Su misericordia, pose Su mirada sobre nuestras familias; que perdone nuestros pecados, sane nuestro quebranto y nos establezca firmemente como familias verdaderamente centradas en Él: «La familia centrada en el Señor».

Índice

Introducción

Parte 1: Arrepentimiento

Arrepentimiento

El arrepentimiento debe ser la prioridad...

La calamidad en el hogar nunca es una coincidencia

¿Tiene sentido afirmar que se tiene una vida de fe sólida mientras se descuida la vida familiar?

Debido a tradiciones eclesiásticas que enseñaban: «Mientras sirvas al Señor y a Su Iglesia con devoción, no necesitas (o incluso puedes sacrificar) a tu familia»...

Oro por la gran gracia de Dios, para que te arrepientas prontamente del pecado de adulterio

«Tú eres ese hombre»

¿Cuán importante es el papel del padre: la cabeza del hogar?

Aunque implique experimentar la desgracia en nuestros propios hogares...

Cuando aplico esta Palabra a mi propia familia y a la Iglesia Presbiteriana Victory, donde sirvo...

Cualquiera que se haya encontrado verdaderamente con Jesús no es un destructor del hogar ni de la Iglesia, sino un constructor de ambos

La relación conyugal...

Respecto a que un cónyuge tenga una aventura (relaciones extramatrimoniales)

Mientras veía el drama *Las calificaciones de la esposa*...

A través de la experiencia de tomar el metro en la dirección equivocada y dar media vuelta...

La esencia misma de «Padre»

Dónde me equivoqué terriblemente

Perdón

Perdonar a tu cónyuge (1)

Perdonar a tu cónyuge (2)

Perdonar a tu cónyuge (3)

Perdonar a tu cónyuge (4)

¿El eslabón en una familia disfuncional?

El «apego» de una madre hacia su hija; la relación de «amor-odio» de una hija con su madre

¡El amor que una madre mundana —que no se asemeja a Jesús— siente por sus hijos no es, de ninguna manera, lo mismo que amarlos con el amor del Señor!

Cometer un pecado puede ser una oportunidad

El dolor del corazón; la alegría del corazón

Parte 2: Reconciliación

La paz en el hogar es verdaderamente importante

Una familia armoniosa

Vivir en armonía unos con otros... Incluso para una pareja que parece armoniosa en la superficie...

¿Qué es una familia?

Una familia no es un lugar donde el esposo y la esposa simplemente se exigen mutuamente todo aquello que desean. Si uno se acerca a la casa de Dios para ofrecer adoración sin haberse reconciliado primero con un hermano o una hermana...

Sobre las discusiones conyugales

Sobre el conflicto conyugal

Es mejor tener un hogar armonioso, aun en la pobreza, que vivir en la riqueza en medio de constantes contiendas.

«No riñamos unos con otros».

¡Debemos salvaguardar nuestra relación conyugal!

«Intimidad emocional»

¿Infidelidad emocional?

¿Qué hay más importante que la propia esposa o la armonía doméstica...?

¿Cuán profundamente debe dolerle el corazón a un niño cuando mamá y papá están peleando?

Una comida familiar compartida con sinceridad

Incluso si ruge una gran tormenta en la vida y el barco de nuestra familia parece estar al borde del naufragio...

Debemos reconciliarnos antes de morir.

Parte 3: Restauración

¿Qué es la restauración?

Que seamos restaurados a nuestro estado original.

«¡Restáuranos ahora!»

En aras de la restauración...

El Señor cumplirá ciertamente Su promesa de restauración.

¿Estamos, acaso, obstaculizando nuestra propia restauración?

Al reflexionar sobre nuestras familias

Lecciones sobre la familia (1)

Mis reflexiones sobre los problemas y crisis familiares

La crisis de la familia

Incluso en medio de una crisis familiar...

Cuando sobreviene una crisis familiar

El amor y las heridas recibidas en el seno familiar

¿Es una crisis familiar una oportunidad para experimentar más profundamente el amor salvador del Señor?

Incluso a través de esta crisis, deseo llegar a ser auténtico.

Influencias negativas recibidas de los padres

¡El amor que una madre mundana —una que no se asemeja a Jesús— muestra a su hijo no es, de ninguna manera, lo mismo que amar a ese niño con el amor del Señor! Tras escuchar el video titulado «Las heridas y el dolor infligidos por los padres... ¿Pueden sanarse?»...

Emociones dolorosas

Egoísmo

Conflicto y crisis en las relaciones conyugales

Principios y métodos para superar las crisis conyugales

Estilo de amor impreso (ILS)

El estilo de amor evitativo

El estilo de amor complaciente

Restaurar la confianza en un matrimonio roto

Lecciones aprendidas a través de la consejería

“[El Consultorio de K-Consejería del Dr. Kim Jin-se] Descubrí que mi esposo es gay... ¿Debo divorciarme? ¿O simplemente debemos mantener la farsa de ser una pareja?”

Incluso a través de la crisis de nuestros hijos...

En amorosa memoria de mi hija mayor, Juyeong (Charis)

Dicen que ninguna familia está exenta de problemas. Entonces, ¿qué debemos hacer?

¡No es una cuestión de lo correcto o lo incorrecto, sino una cuestión de salvación!

Con respecto a la relación entre nosotros como cónyuges y nuestros hijos...

En primer lugar, ¡debemos restaurar (poner en orden) todas las cosas!

Recibimos la restauración a través del amor inmutable del Señor.

“¡Señor, vuelve a cautivar nuestros corazones!”

Cuando el Señor nos restaura...

La gracia de restauración de Dios

Parte 4: Reforma

Una familia centrada en Cristo...

Una familia centrada en Cristo

Una familia en proceso de transformación

Una familia piadosa

Debemos mantenernos sumamente vigilantes ante la arrogancia de creer que nuestra familia y nuestra iglesia son fuertes.

Cuando regresamos, ¡Él nos restaura!

Lecciones sobre la familia (2)

¡El ministerio familiar es, inevitablemente, guerra espiritual!

Una familia inmersa en la guerra espiritual

Satanás: El astuto enemigo que ataca a nuestra familia

¡Debemos comprometernos a hallar la libertad del pasado!

Las relaciones de los sabios: Aplicado al matrimonio — Debes valorar a tu esposa.

Debes valorar a tu esposa.

Reflexionando sobre diversas lecciones concernientes a la familia…

Nosotros también —siguiendo el ejemplo de Job— debemos priorizar el ministerio familiar.

Edificando la familia

“¡Señor, edifica nuestra familia!”

La declaración de misión de mi familia

¿Cómo debemos edificar nuestra familia?

El amor todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. Amor firme

Una pareja centrada en Cristo

Nuestra relación matrimonial, edificada por el Señor

Una pareja que imita a Cristo

Edificando la confianza en el matrimonio

¿Cómo profundizar la confianza con tu ser amado?

¿Una relación matrimonial en crecimiento?

¿Eligiendo una iglesia como recién casados? «Santa valentía»

Quiero ser un esposo que sirva de «escalón»

He puesto innumerables obstáculos ante mi esposa

Lentamente, al paso de mi esposa…

Espacio en el matrimonio
¿Es esencial el «espacio»?
La mujer sabia que edifica su hogar
La mujer virtuosa
¡Feliz cumpleaños, Jane!
Celebrando el cumpleaños de mi amada esposa…
El deber de los padres
Una breve meditación sobre la Palabra de Dios respecto a los hijos
Para Dylan, Yeri y Yeeun: hijos que aman a Jesús
Tras leer la reflexión de mi amada hija Yeeun (Karis): «Mirando atrás al año con *Amado* de Henri Nouwen»
¡Debemos dejar ir a nuestros hijos!
«Conviértete en un padre que envía»
Respecto a las relaciones románticas y el matrimonio de nuestros amados hijos…
Mi perspectiva sobre el matrimonio de mis hijos
Nuestro hogar, edificado cada vez con mayor firmeza mediante la sabiduría
Mi madre en la fe
Que nuestra familia pueda disfrutar de la bendición de formar siervos del Señor —generación tras generación— hasta que Jesús regrese…

Parte 5: Avivamiento

Para un verdadero avivamiento
El avivamiento de la Palabra
«¡Oh, Señor, aviva tu obra en medio de los años!»
Al pensar en nuestras familias…
¿Verdadero avivamiento? Un corazón que experimenta el avivamiento de Dios
Habiendo probado la bondad de Dios
Cada miembro de una familia centrada en Cristo, abundando en sabiduría y conocimiento

Un hijo amado por Dios (Hijo/Hija amado/a de Dios)

Una familia que experimenta los milagros de la oración y la alabanza

El Dios fiel que utiliza incluso a padres que hacen acepción de personas

Para que los hijos florezcan cada vez más...

«Dios, concede una cosecha abundante a nuestra familia».

«Señor, edifica a toda nuestra familia y parientes para que sean un hogar de amor».

Una familia que alaba a Dios Padre con un corazón agradecido

Reflexionando sobre mi familia en 2023...

Conclusión

Parte I:

Arrepentimiento

Arrepentimiento

“El arrepentimiento es necesario para los hipócritas.
La hipocresía es la máscara de la santidad;
el hipócrita —o actor espiritual— va más allá del mero moralista,
adornándose con el manto de la religión.
Profesa la apariencia de la piedad, pero niega su poder (2 Timoteo 3:5).
El hipócrita es como una casa con un exterior hermoso, pero todas las habitaciones están oscuras por dentro.
Es una columna podrida bellamente recubierta de oro;
bajo la máscara de su profesión religiosa, oculta las llagas purulentas de su pecado.
El hipócrita puede oponerse al adorno superficial del rostro,
pero se aplica la pintura cosmética de la falsa santidad.
Porque aparenta ser bueno por fuera, puede ser verdaderamente malvado por dentro.
El hipócrita parece tener la mirada puesta en el cielo,
pero su corazón está lleno de deseos impuros y carnales.
Vive en secreto. El pecado, actuando en abierta rebeldía contra su propia conciencia.

Oye la Palabra, pero solo con los oídos.

Es ferviente en su devoción a la iglesia —ganándose la admiración y la alabanza de los demás—
pero descuida sus deberes en el hogar y sus oraciones privadas en la intimidad.

El hipócrita finge humildad, pero solo para ascender socialmente.

Profesa tener fe, pero en lugar de usarla como escudo,
la emplea simplemente como una máscara.

Lleva una Biblia bajo el brazo, pero no la lleva en el corazón.

Toma la luz de la Palabra y examina las profundidades de tu corazón;
observa atentamente para ver si, acaso, descubres allí
algo que requiera arrepentimiento.

[De *Arrepentimiento*, de Thomas Watson]

El arrepentimiento debe tener prioridad...

«Aquel día, el Señor, el SEÑOR Todopoderoso, los llamó a llorar y a lamentarse, a arrancarse el cabello y a vestirse de cilicio. Pero miren: ¡hay gozo y algarabía, matanza de ganado y sacrificio de ovejas, comida de carne y bebida de vino! "Comamos y bebamos —dicen ustedes—, ¡que mañana moriremos!"» (Isaías 22:12–13).

En este preciso momento, Dios nos está diciendo que nos *arrepintamos*; sin embargo, nosotros clamamos a Él pidiendo *restauración*. Las lágrimas que deberíamos estar derramando ahora mismo son «lágrimas de arrepentimiento», pero, en su lugar, estamos derramando «lágrimas suplicando restauración». No puede haber restauración sin arrepentimiento; no obstante, actualmente ni siquiera logramos reconocer la necesidad del arrepentimiento, sintiendo únicamente una necesidad urgente de restauración. En ese sentido, permanecemos ajenos a —y no logramos reconocer— los pecados que estamos cometiendo contra Dios. Ya no consideramos el pecado como pecado; por el contrario, seguimos cometiendo repetidamente las mismas ofensas contra nuestro santo Dios. Es más —no solo contra Dios, sino también contra nuestras propias familias y nuestra comunidad eclesiástica— seguimos cometiendo pecados; sin embargo, no vemos estos actos como pecaminosos y persistimos con descaro en repetirlos. Mientras tanto, la sola idea de que deberíamos arrepentirnos ni siquiera se nos cruza por la mente. Nos hemos vuelto así de insensibles ante el pecado. Por el contrario, sin embargo, nos hemos vuelto sumamente sensibles a las bendiciones de restauración provenientes de Dios, así como a las bendiciones materiales y cosas por el estilo.

A nosotros —en este mismo estado— Dios nos da hoy una orden: «Lloren y laméntense, arránquense el cabello y vístanse de cilicio» (Isaías 22:12). Para resumir y aplicar esto en una sola frase: Dios nos está ordenando ahora mismo que «derramemos lágrimas de arrepentimiento». Anhelo ese momento específico en el tiempo. Extraño las lágrimas de arrepentimiento que derramé una tarde de mayo de 1987 —durante un retiro del ministerio universitario— cuando, a través de las palabras de un pastor invitado, escuché el mensaje de Juan 6:1–15 y experimenté la maravillosa obra del Espíritu Santo. Oro para que el Espíritu Santo me capacite una vez más para derramar esas mismas lágrimas de arrepentimiento que Él me movió a derramar en aquel entonces. La razón es que las lágrimas de gratitud o de gozo tienen escaso significado si no van acompañadas de lágrimas de arrepentimiento. Cuando reflexiono sobre mí mismo, sobre mi familia y sobre la Iglesia —el propio Cuerpo del Señor—, deseo derramar lágrimas de arrepentimiento ante Dios. Sin embargo, esas lágrimas se han secado dentro de mí. Y así, sin el derramamiento de esas lágrimas, apenas logro cumplir con mi ministerio familiar y mis deberes pastorales. Todo ello mientras relego el arrepentimiento por el pecado a un segundo plano, soñando en cambio con un futuro en el que yo, mi familia y mi iglesia simplemente nos regocijamos y nos entregamos a la alegría. Me pregunto: ¿cómo se ve esto a los ojos de Dios? En el pasaje de hoy —Isaías 22:13—, Dios ordenó al pueblo de Judá que «lloraran y se lamentaran, que se arrancaran el cabello y se vistieran de cilicio» (v. 12); sin embargo, ellos optaron en su lugar por «regocijarse y alegrarse —matando ganado y sacrificando ovejas para comer su carne y beber su vino—, diciendo: "¡Comamos y bebamos, que mañana moriremos!"» (v. 13). ¿Cómo —cómo es posible decir: «Comamos y bebamos, que mañana moriremos», sin antes derramar lágrimas de arrepentimiento? ¿Acaso no es esta, después de todo, la misma actitud de los incrédulos que no creen en la resurrección de Jesús? (1 Corintios 15:32). ¿Acaso no sucedió que, en los días de Noé, antes de que llegara el diluvio, «la gente comía, bebía, se casaba y se daba en matrimonio», hasta que «llegó el diluvio y los destruyó a todos»? (Lucas 17:27). ¿Cómo pudo el pueblo de Judá «entregarse al jolgorio y a la alegría» en un momento en el que debían haber estado derramando lágrimas de arrepentimiento? (Isaías 22:2). ¿Acaso no estamos haciendo nosotros exactamente lo mismo en este preciso momento? ¿No se está

comportando la iglesia de hoy de esta misma manera? Aunque el Señor nos dice claramente: «Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado» (Mateo 4:17), ¿acaso no se esfuerza hoy la iglesia por crear un ambiente festivo —mediante servicios de adoración, eventos especiales y otros medios diversos— en lugar de buscar sinceramente el arrepentimiento? En consecuencia, por medio del profeta Isaías, Dios dirigió estas palabras al pueblo de Judá: «Ciertamente esta iniquidad no os será perdonada hasta que muráis» (Isaías 22:14).

Parece que este no es el momento de regocijarse ni de alegrarse. Quiero decir que este no es el momento de entregarse a festejos ni de divertirse desenfrenadamente. Más bien, ahora es el tiempo del arrepentimiento. Debemos confesar nuestros propios pecados y arrepentirnos de ellos, así como de los pecados de nuestros hogares y de los pecados de nuestra iglesia. Debemos arrepentirnos de no haber vuelto nuestra mirada hacia el Dios santo y justo, y de no haber honrado al Señor, quien orquesta cada aspecto de nuestras vidas (v. 11). Además, debemos arrepentirnos del pecado de entregarnos a los placeres y lujos de este mundo, adoptando la actitud de los impíos: «Comamos y bebamos, porque mañana moriremos» (v. 13). Este no es el momento para reír; es el momento de derramar lágrimas de arrepentimiento.

Anhelando derramar lágrimas de arrepentimiento una vez más,

Reflexiones de James Kim
(26 de julio de 2017 — ofrecidas con una oración para arrepentirme no solo de mis propios pecados, sino también de los pecados de mi familia y de la iglesia a la que sirvo)

La calamidad en el hogar: Nunca una coincidencia

Para nosotros, los cristianos que creemos en la soberanía de Dios, no existe en absoluto tal cosa como la «coincidencia» (Eclesiastés 9:11b). Todo cuanto ocurre sucede dentro del marco de la soberanía y la providencia de Dios; ni un solo acontecimiento es meramente una cuestión de azar. Creo que todo se desarrolla conforme a la voluntad soberana de Dios. Por esta razón, personalmente no hago mía la expresión «buena suerte» —es decir: «te deseo buena fortuna»—. Es más, creo que el «tiempo» actual es tal que la calamidad podría sobrevenir de manera repentina e inesperada a cualquiera de nosotros: ya sea a nivel individual, en nuestras familias, en nuestras iglesias o incluso en nuestra nación (Eclesiastés 9:12b). Al igual que una hilera de fichas de dominó —donde el toque de un solo dedo sobre la primera pieza hace que todas las piezas subsiguientes caigan una tras otra—, a menudo nos hallamos abrumados por la conmoción y sin saber qué hacer cuando los desastres parecen golpearnos en rápida sucesión. Sin embargo, el Dios soberano ciertamente nos conducirá al arrepentimiento y, comenzando desde los cimientos mismos, nos reconstruirá pieza por pieza. Así pues, los acontecimientos inesperados y calamitosos que nos sobrevienen, dentro del contexto de la soberanía de Dios, son de hecho «oportunidades» para que el Señor nos edifique, tal como Él lo prometió (Mateo 16:18; Eclesiastés 9:11).

¿Tiene sentido afirmar que uno lleva una vida espiritual fiel mientras descuida su vida familiar?

Al observar a Elcaná, un hombre que viajaba a Siló cada año para adorar y ofrecer sacrificios al Todopoderoso Señor Dios, parecería que, en efecto, llevaba una vida espiritual fiel. Sin embargo, considerando que mostraba un amor especial por Ana, una de sus dos esposas, que no tenía hijos, dándole una doble porción de la carne del sacrificio cada vez que ofrecía sacrificios, mientras que el resto se lo repartía a Penina y sus hijos, parece que no gestionaba bien su vida familiar (1 Samuel 1:2-5). ¿Tiene sentido realmente afirmar que uno lleva una vida espiritual fiel mientras descuida su vida familiar?

Debido a una tradición eclesiástica que enseñaba...

Tal como los fariseos y los escribas —esos hipócritas— enseñaban que no era necesario honrar a los padres, siempre y cuando uno simplemente declarara que aquello que se les debía había sido entregado, en su lugar, a Dios; ¿acaso no han invalidado también estas personas la Palabra de Dios a causa de una tradición eclesiástica que enseñaba que no es necesario cuidar de la familia (o que incluso se puede sacrificar), siempre y cuando uno sirva al Señor y a Su iglesia con devoción? (Referencia: Mateo 15:5-7).

Oro para que recibas la gran gracia de Dios y te arrepientas prontamente del pecado de adulterio.

Al enterarse de que Betsabé, una mujer casada, estaba embarazada de su hijo, el rey David intentó ocultar la verdad. Para ello, mandó llamar a Urías, el esposo de Betsabé, quien se encontraba en el campo de batalla luchando junto a su comandante, el general Joab, y el ejército israelita, con la intención de enviarlo a casa para que pudiera dormir con su esposa, Betsabé, de quien llevaba mucho tiempo separado. Sin embargo, en contra de las intenciones y planes del rey David, Urías no fue a su casa; en cambio, pasó la noche a las puertas del palacio, durmiendo junto a la guardia real. Cuando el rey David le preguntó por qué, Urías respondió: «Nuestro ejército está en guerra; el Arca del Señor está con ellos, y mi comandante, el general Joab, y sus hombres están acampados en campo abierto. En tales circunstancias, ¿cómo podría yo ir a casa a comer, beber y dormir con mi esposa?». Urías juró ante el rey David que jamás haría tal cosa. Sin embargo, el rey David lo invitó a cenar, animándolo a comer y beber hasta emborracharse, en un nuevo intento de obligarlo a regresar a casa. Aun así, esa noche Urías no fue a su casa; en cambio, durmió en la caseta de guardia junto a la entrada principal del palacio, acostado junto a los guardias (2 Samuel 11:5-13). Mientras que Urías, un soldado leal, se abstuvo de acostarse con su esposa, Betsabé, a pesar de haber estado separados de ella durante mucho tiempo, el rey David abusó de su autoridad real para cometer adulterio con Betsabé, la esposa de su vecino, con tanta premura. ¿Cuántos cristianos hoy cometen adulterio, tal como lo hizo David? Ruego que la gran gracia de Dios les conceda un arrepentimiento rápido por el pecado de adulterio.

«¡Tú eres ese hombre!»

«Natán le dijo a David: "¡Tú eres ese hombre!"» (2 Samuel 12:7).

Cuando me examino a mí mismo, hay ciertas cosas de las que a menudo me doy cuenta, aunque sea tardíamente. Por supuesto, una de esas cosas es la gracia de Dios. Es solo en retrospectiva —una vez que el momento ha pasado— cuando finalmente reconozco la guía, la ayuda y la provisión de Dios. Otra cosa de la que a menudo me doy cuenta con retraso es que he hablado con presunción. En particular, después de mantener diversas conversaciones con otras personas, cuando más tarde reflexiono sobre lo que se dijo, a menudo caigo en la cuenta de que los mismos puntos que yo planteé en realidad se aplican también a mí; sin embargo, había hablado como si estuviera refiriéndome a otra persona completamente distinta. Por ejemplo, este fue el caso durante una cena que compartí recientemente con varios pastores, tras una reunión de nuestro Presbiterio. Compartí con seguridad —quizás incluso con *demasiada* seguridad— mi opinión personal de que los creyentes que se trasladan a nuestra iglesia deberían —al igual que los pastores obtienen una carta de traslado al unirse a un nuevo Presbiterio— solicitar al menos el permiso del pastor de su iglesia anterior antes de realizar el cambio. Sin embargo, al reflexionar sobre mi propia vida, me di cuenta de que yo mismo solo había hecho esto *una* vez; no obstante, había hablado como si esta fuera una práctica habitual que yo hubiera seguido *siempre*. Además, lamenté mis palabras al darme cuenta de que, al expresar esta opinión ante varios colegas pastores, había dado a entender —de una manera que ellos podían escuchar con total claridad— que «todos ustedes *deben* hacer esto; esta es la *única* manera correcta de proceder». Sentí un profundo pesar por haber hablado sin haberme sometido antes a un adecuado autoexamen. Me parece que he hablado de esta manera incontables veces. Cada

vez que llego a esta conclusión tardíamente —aunque sea solo con respecto a una pequeña fracción de las cosas que he dicho— me propongo reflexionar más profundamente sobre mí mismo y hablar con mayor cautela en el futuro; sin embargo, con demasiada frecuencia, me encuentro cometiendo exactamente el mismo pecado una vez más.

El pasaje del texto de hoy —2 Samuel 12:7— es un versículo con el que todos estamos bastante familiarizados. Después de que David se acostara con Betsabé —la esposa de su leal soldado Urías (11:4)— y al enterarse de la noticia de que ella había concebido (v. 5) —un pecado que él no pareció considerar una transgresión—, ideó un astuto plan para encubrir su culpa, intentando atribuir la paternidad del niño por nacer al esposo de Betsabé, Urías (Park Yun-sun). Este astuto plan implicaba convocar a Urías desde el campo de batalla hasta el palacio real, ordenarle que fuera a su casa a descansar e incluso enviarle comida después de su partida (v. 8). Sin embargo, el leal soldado Urías no bajó a su propia casa; en su lugar, durmió a la puerta del palacio junto a los siervos del rey (v. 9). En consecuencia, David ideó un segundo plan astuto. Convocó a Urías, le dio de comer, lo hizo beber hasta que se embriagó y luego intentó enviarlo a casa (v. 13). ¿Por qué intentó David dos veces lograr que Urías bajara a su propia casa? La razón era crear la impresión de que el niño que Betsabé llevaba en su vientre no era el resultado de haberse acostado con David, sino más bien el fruto de la unión conyugal entre Urías y Betsabé. En aquellos días —mucho antes de la llegada de las pruebas de ADN—, ¿cómo podría alguien haber determinado si el niño pertenecía a David o a Urías? Sin embargo, como sabemos, Urías se negó una vez más a ir a casa, eligiendo en su lugar dormir en su lecho junto a los siervos del rey (v. 13). Finalmente, por lo tanto, David orquestó la muerte de Urías en el campo de batalla (vv. 14–25). Luego, al recibir la noticia —entregada por un mensajero enviado por Joab— de que Urías había muerto en batalla, David instruyó al mensajero que transmitiera este mensaje a Joab: «No te aflija este asunto, pues la espada devora a uno tal como devora a otro…» (v. 25). ¿Cómo pudo David, habiendo provocado intencional y premeditadamente la muerte de su propio y leal soldado, decir luego: «La espada devora a uno tal como devora a otro»? ¿Cómo pudo pronunciar tales palabras cuando él mismo era el responsable de la matanza? Dado que las

acciones de David eran malvadas a los ojos de Dios (v. 27), Dios le envió al profeta Natán; mediante una parábola acerca de un hombre rico y un hombre pobre en cierta ciudad, Natán confrontó a David respecto a su pecado de haber tomado a la esposa de Urías (12:1–4). En ese momento, David se enfureció y declaró ante el profeta Natán —jurando por el Señor viviente— que el hombre que había hecho tal cosa merecía, sin duda alguna, morir (v. 5). Quizás debido a que había intentado tan desesperadamente encubrir su pecado —llegando incluso a acallar su propia conciencia— David no logró darse cuenta de que *él mismo* era, precisamente, el hombre que merecía morir. Fue entonces cuando el profeta Natán confrontó a David directamente con estas palabras: «¡Tú eres ese hombre!» (v. 7). ¡Qué confrontación tan impactante debe haber sido aquella! Seguramente David nunca imaginó que *él* era quien merecía la muerte; ¡cuán absolutamente asombrado debe haberse quedado cuando Natán lo confrontó diciéndole: «¡Tú eres ese hombre!»! Cuando no logramos reconocer el pecado como pecado —y cuando un Dios santo expone las obras que hemos cometido como pecaminosas—, ¿acaso no se verán nuestras conciencias profundamente sacudidas? Yo soy quien verdaderamente merece morir; sin embargo, creo firmemente que quien merece la muerte es otra persona totalmente distinta. ¡Qué profunda ignorancia de uno mismo revela esto! ¿Qué opina usted de esa declaración —«El hombre que hizo esto merece, sin duda, morir»— pronunciada en un arrebato de ira por un hombre que estaba ciego ante su propio pecado e inconsciente de su verdadero estado?

Cada mes de mayo, predico un sermón sobre el tema de la familia. En una ocasión, durante el mes de mayo —el «Mes de la Familia»—, mientras predicaba un sermón sobre la vida familiar, un miembro de la congregación comentó: «Este es un mensaje que mi esposa realmente necesita escuchar…». Sospecho que el enfoque del mensaje que prediqué aquel día era, probablemente, la exhortación a las esposas para que se sometieran a sus maridos. A menudo, incluso yo mismo —mientras escucho la Palabra de Dios— me sorprendo pensando: «Ojalá fulano de tal estuviera aquí para escuchar esto», en lugar de reconocerlo como la voz de Dios hablándome directamente a mí. Sin duda, Dios me estaba hablando a *mí* en ese momento; sin embargo, yo percibía Su mensaje como si estuviera destinado a

algún otro hermano. Esto resultaba particularmente cierto cuando predicaba mensajes de reprensión contra el pecado; la Palabra —esa «espada del Espíritu»— debería haber traspasado mi propio corazón como una daga; no obstante, la predicaba y la escuchaba con la mentalidad de que su filo estaba destinado a herir a esta o aquella persona, en lugar de a mí mismo. ¿Cuál es el problema aquí? Es la consecuencia de no confrontarme diligentemente con la santa Palabra de Dios: ese espejo espiritual. Cuando nos volvemos negligentes en el autoexamen y la introspección, llega un momento —a menudo sin siquiera darnos cuenta— en el que dejamos de reconocer el pecado como pecado; en consecuencia, en lugar de confesar: «La culpa es mía», escuchamos la voz de Dios con la actitud de que «la culpa recae sobre *esa* persona». ¡Qué pecado de arrogancia es escuchar la Palabra de Dios creyendo que es otro quien ha ofendido, cuando en realidad soy *yo* quien ha cometido el pecado! Cuando pecamos de esta manera e intentamos encubrir nuestras transgresiones, pareciera que, inadvertidamente, oscurecemos incluso la abundante gracia que Dios nos ha otorgado; atrapados en nuestra arrogancia, nos volvemos sordos incluso a las palabras de reprensión de Dios dirigidas específicamente a nosotros. Cuando buscamos ocultar de este modo los pecados que hemos cometido, parece que nuestra conciencia se oscurece, la gracia de Dios se oscurece e incluso nuestros oídos se oscurecen. Ciertamente, no es así como deberíamos vivir…

Confiando en la Espada del Espíritu,

— Una reflexión de James Kim
(Con un corazón que anhela la gracia para confesar honestamente los pecados que Él revela y para arrepentirse verdaderamente)

¿Cuán verdaderamente importante es el papel del padre como cabeza del hogar?

Tras haber sido violada por su medio hermano, Tamar llevó una existencia desolada en la casa de su hermano Absalón. Durante este tiempo, Absalón —quien odiaba a Amnón por haber deshonrado a su hermana Tamar— se negó a dirigirle ni una sola palabra (2 Samuel 13:20, 22). Dos años más tarde (v. 23), Absalón mató a Amnón (v. 29). A lo largo de esos dos años, ¿con qué implacable determinación debió de haber afilado Absalón su espada de venganza —impulsado por su odio hacia Amnón, quien había deshonrado a su hermana— mientras tramaba su asesinato? Mientras tanto, al enterarse de todo lo que Amnón le había hecho a Tamar, su padre David no hizo más que «enfurecerse» (v. 21). La Biblia no contiene registro alguno de que el rey David disciplinara a su insensato hijo Amnón por amor, ni siquiera de que le dirigiera una reprensión. Es más, la Biblia no menciona que David visitara a su hija Tamar —quien vivía en tal miseria en la casa de Absalón— para brindarle consuelo. Quizás David, en su calidad de rey de Israel, estaba simplemente demasiado absorbido por los asuntos de Estado como para hallar el tiempo necesario para atender las necesidades de su propia familia.

Incluso ante la adversidad familiar...

Aunque sea necesario experimentar la adversidad familiar, debemos reconocer nuestra propia arrogancia, arrepentirnos y humillarnos como niños pequeños para poder entrar en el Reino de los Cielos (cf. Mateo 18:7-9, *La Biblia Contemporánea*). Además, con un corazón humilde y en obediencia a las palabras de Jesús, debemos tener cuidado de «no menospreciar a ninguno de estos niños» que se han humillado. La razón es que «sus ángeles en el cielo siempre ven el rostro de mi Padre» (cf. v. 10).

Al aplicar esta Palabra a mi propia familia y a la Iglesia Presbiteriana Victory, donde sirvo...

La obra maravillosa de Dios se manifiesta en la forma en que Él hizo que el desobediente profeta Jonás orara desde el interior del vientre de un gran pez; en cómo, cuando la Palabra de Dios llegó a él por segunda vez, le capacitó para obedecer; y en cómo —al escuchar su proclamación de que «dentro de cuarenta días Nínive será derribada»— el pueblo de Nínive creyó a Dios, proclamó un ayuno (llegando incluso a prohibir que su ganado bebiera agua) y, finalmente, desde el rey de Nínive hasta el último ciudadano, se apartó de sus malos caminos y se arrepintió con total sinceridad (Jonás 3). Al aplicar esta Palabra a mi propia familia y a la Iglesia Presbiteriana Victory —la congregación a la que sirvo—, yo, en mi doble condición de cabeza de mi hogar y de Pastor Principal de la Iglesia Presbiteriana Victory (que es la propia iglesia del Señor), deseo ser el primero en experimentar esta maravillosa obra de arrepentimiento obrada por Dios. Es mi ferviente oración que, a medida que recibo y atiendo continuamente la Palabra de Dios —la cual sirve como la Espada del Espíritu (Efesios 6:17) y es como un martillo y un fuego (Jeremías 23:29)—, pueda yo, mediante la poderosa obra del Espíritu Santo que mora en mí, ser continuamente traspasado en el corazón (cf. 1 Samuel 24:5; 2 Samuel 24:10; Hechos 2:37); y que, a medida que mi corazón endurecido es quebrantado y mi corazón frío es derretido, pueda arrepentirme sinceramente de mis propios pecados y de los pecados de nuestra comunidad (tanto de mi familia como de la iglesia), y desechar continuamente todo pecado.

Todo aquel que verdaderamente se ha encontrado con Jesús no es un destructor de hogares ni de iglesias, sino más bien alguien que los edifica.

Saulo —quien, mientras destruía la iglesia, iba frenéticamente de casa en casa, arrastrando a los creyentes sin distinción de género y arrojándolos a todos en la cárcel (Hechos 5:42)— experimentó una transformación. Tras encontrarse con Jesucristo —el Hijo de Dios que había resucitado, ascendido y que estaba sentado a la diestra de Dios— en el camino a Damasco, se arrepintió y recibió una comisión divina (9:3–7). A partir de ese momento, fue de casa en casa testificando que todos deben arrepentirse, volverse a Dios y depositar su fe en nuestro Señor Jesús (20:20–21), cumpliendo así el ministerio de edificar la iglesia del Señor. Si verdaderamente nos hemos encontrado con Jesucristo, el Hijo de Dios, entonces no somos destructores de hogares ni de iglesias, sino más bien edificadores de ellos. Debemos edificar nuestros hogares y nuestras iglesias no meramente testificando del Evangelio de Jesucristo con nuestros labios, sino viviendo vidas dignas de ese mismo Evangelio (Filipenses 1:27).

Relaciones conyugales...

Relaciones conyugales... Incluso por los asuntos más triviales, un esposo y una esposa pueden terminar en una discusión monumental; una que podría resultar en que su relación se distancie de manera significativa. Pueden distanciarse hasta tal punto que, si bien continúan compartiendo un hogar y viviendo bajo el mismo techo, sus corazones ya se han vuelto irremediablemente distantes. Por lo tanto, las parejas deben aprender *cómo* discutir bien; deben asegurarse de que una pequeña chispa —no mayor que la llama de una vela— no se convierta en un incendio forestal descontrolado. En particular, deben estar sumamente vigilantes para no pelear por cuestiones que involucren a terceros, tales como sus hijos o sus padres. Lo que más importa es el desenlace de una disputa. Uno debe continuar aprendiendo el ministerio de la reconciliación, incluso a través de los fracasos que experimenta a lo largo del camino. Uno debe calmar su ira, volverse hacia el Señor y orar. Mientras ora, el dedo que antes señalaba acusadoramente al cónyuge debe volverse hacia atrás y señalarse a uno mismo. Tras sentir remordimiento, confesar las propias faltas y arrepentirse ante Dios, uno debe acudir a su cónyuge, hacer una confesión plena y pedir perdón. Creo que la responsabilidad de esto recae con mayor peso, si cabe, sobre nosotros, los esposos.

Sobre el tema de la infidelidad conyugal

Tras una conversación y un tiempo de oración con una hermana en Cristo a primera hora de esta mañana, me siento impulsado a poner por escrito mis pensamientos —por humildes e imperfectos que sean— con respecto al asunto de la infidelidad conyugal. Lo hago con la esperanza de que esto pueda ofrecer alguna medida de ayuda a otros.

En primer lugar, cada vez que surge el tema de la «infidelidad», me vienen a la mente dos personas en particular. Ambos son hombres, y ambos se encuentran actualmente encarcelados. La razón de su encarcelamiento difiere: un hombre está en prisión porque, a pesar de tener esposa e hijos, violó a otras mujeres jóvenes; el otro hombre cumple una condena de 20 años —que ya se encuentra en su vigésimo año— porque disparó y mató a un hombre de quien sospechaba (con o sin razón) que mantenía una relación extramatrimonial con su esposa. La razón por la que estos dos hombres me vienen a la mente es que mantengo un vínculo estrecho con sus esposas. Actualmente, ambas mujeres se han divorciado de sus maridos y crían a sus hijos por su cuenta. Más allá de estos dos casos, también me vienen a la mente otras dos personas. Una es una mujer con cuatro hijos; su esposo cometió adulterio, lo que la llevó a considerar el divorcio, aunque —hasta donde sé— finalmente optó por no divorciarse de él y continúan viviendo juntos. La otra mujer, a mi juicio, constituye el caso más ejemplar de entre todas las mujeres que he conocido cuyos maridos han sido infieles. La razón de esta opinión es que, cuando su esposo cometió adulterio, ella se negó a concederle el divorcio que él exigía; en su lugar, se aferró a Dios mediante una ferviente oración y súplica. Como resultado, su esposo se arrepintió y regresó a su lado, y hoy disfrutan de una vida matrimonial sana y armoniosa. Habiendo orado y conversado con ella desde el preciso momento en que comenzó la infidelidad de su esposo, quedé verdaderamente asombrado al ser testigo —por primera vez en mi experiencia— de la obra de Dios de tal

manera: llevando a un esposo al arrepentimiento y a la restauración, y sanando así a una familia quebrantada. Es con un corazón que anhela esta misma gracia de restauración familiar que comparto mis reflexiones personales sobre el tema de la «infidelidad»:

1. Satanás desea convertir a nuestras familias en un infierno en la tierra. Así, Satanás nos inculca los mandamientos del infierno —específicamente, odiarnos los unos a los otros (Gén 37:5; Deut 22:13; Mat 24:10; 1 Juan 2:9). Aprovechando las grietas cada vez más amplias en nuestras relaciones conyugales —alimentadas por un odio creciente hacia nuestros cónyuges (cf. Neh 4:3, donde el término hebreo se refiere a una "brecha" o "fisura"; Neh 6:1)—, Satanás nos atrae para que nos interesemos en otros hombres o mujeres. Además, al incitar tanto la concupiscencia de los ojos como la concupiscencia de la carne (1 Juan 2:16), nos impulsa a codiciar a otros miembros del sexo opuesto, conduciéndonos finalmente por el camino del adulterio. El objetivo último de Satanás es desmantelar y destruir nuestras familias, impidiendo así que establezcamos un "cielo en la tierra" dentro de nuestros hogares; en su lugar, busca transformar nuestras casas en lugares semejantes al infierno mismo.

2. Un esposo insensato que comete adulterio no ama a su propia esposa de manera exclusiva (Prov 5:15, *Modern People's Bible*). Para ser más precisos, incurre en el adulterio porque no logra brindar felicidad a su esposa y no encuentra gozo en su compañía (v. 18, *Modern People's Bible*). Sin embargo, si él valorara a su esposa como alguien encantadora y hermosa —hallando satisfacción constante en su abrazo y deleitándose siempre en su amor (v. 19, *Modern People's Bible*)—, nunca otorgaría su afecto a otra mujer, ni abrazaría a la esposa de otro hombre, ni engendraría hijos con ella (vv. 16, 20, *Modern People's Bible*).

3. Impulsado por la codicia, el esposo insensato que comete adulterio no solo deja de encontrar satisfacción constante en el abrazo de su propia esposa (v. 19), sino que también comienza a codiciar a otras mujeres más allá de todo límite razonable.

En consecuencia, seducido por la concupiscencia de los ojos, fija su mirada en mujeres distintas a su propia esposa. Además, sus oídos comienzan a inclinarse a escuchar cosas referentes a ellas. Sin embargo, por más mujeres que sus ojos contemplen o por más palabras que sus oídos capten, estos permanecen totalmente insaciables (Eclesiastés 1:8). Así, Satanás lo tienta mediante la inmoralidad y las pasiones carnales, llevándolo a cometer pecado (2 Pedro 2:18). Al inducirlo al pecado, Satanás hace que codicie a otra mujer. Tal codicia no conoce límites (Isaías 56:11). En consecuencia, esta codicia le impide hallar satisfacción en su propia esposa (Proverbios 5:19) y, en su lugar, lo impulsa a codiciar a la esposa de su prójimo (Éxodo 29:17).

4. Un esposo insensato que incurre en adulterio se niega, en su interior, a perdonar a su esposa (cf. Colosenses 3:13).

5. Cuando una pareja casada no cumple con sus obligaciones sexuales mutuas —rechazando el cuerpo del otro y, por ende, no logrando mantener una vida sexual saludable—, el esposo corre un alto riesgo de buscar intimidad con otra mujer, del mismo modo que la esposa corre un alto riesgo de buscar intimidad con otro hombre. Si, posteriormente, no logran ejercer el autocontrol ante la tentación sexual derivada de la atracción hacia otra persona, Satanás aprovechará esta vulnerabilidad para ponerlos a prueba, conduciéndolos finalmente al adulterio y la infidelidad (1 Corintios 7:1–5).

6. El consejero matrimonial M. Gary Neuman realizó un estudio para analizar por qué los hombres son infieles, encuestando a 200 hombres (tanto a aquellos que habían sido infieles como a los que no). Los resultados de su investigación se presentan de la siguiente manera (según fuentes de Internet): el 48% de los hombres citó la falta de amor emocional o psicológico por parte de su pareja (ya fuera su esposa o su amante) como la razón de su infidelidad. Si bien comúnmente se asume que la razón principal por la que los hombres son infieles es la falta de intimidad física con sus esposas, solo alrededor del 8% de los hombres encuestados respondió que este fuera el caso. Se dice que los hombres también

anhelan la intimidad emocional y espiritual —expresada mediante frases como «Cariño, gracias» o «Cariño, te amo»— más que la cercanía física o corporal de sus esposas. Sin embargo, la diferencia clave entre hombres y mujeres radica en que, a diferencia de las mujeres, los hombres a menudo tienen dificultades para expresar estas emociones internas de manera efectiva. Se informa que el 77% de los hombres tiene un amigo o conocido que ha tenido una aventura extramatrimonial. Además, el 40% de los hombres conoce a sus amantes en el lugar de trabajo. La mayoría de los hombres terminan teniendo aventuras con mujeres que conocen en su propio entorno laboral; la razón que se cita para esto es que reciben elogios y respeto por parte de colegas o subordinadas. En otras palabras, los hombres tienden a sentirse atraídos por mujeres que los validan y afirman.

7. Cuando nosotros, los hombres, abandonamos a nuestras esposas para perseguir a otras mujeres y cometer adulterio, inevitablemente enfrentamos las consecuencias de nuestras decisiones pecaminosas. Estas consecuencias —o formas de disciplina— incluyen la «pérdida del honor» (Proverbios 5:9), la «pérdida de tiempo» (v. 9), la «pérdida de riquezas» (v. 10), la «pérdida de salud» (v. 11) y el «sufrimiento en la propia conciencia» (vv. 12–14).

8. Para evitar caer en tales relaciones adúlteras, debemos mantener nuestra distancia de los miembros del sexo opuesto que no sean nuestros cónyuges (Proverbios 5:8). Esto se aplica particularmente a aquellas personas que tienen el potencial de interponerse en el espacio que existe entre nosotros y nuestros cónyuges. Debemos estar sumamente vigilantes contra la codicia (Éxodo 20:17). Si la avaricia reside en nuestro interior, no lograremos hallar satisfacción en el abrazo de nuestro cónyuge (Proverbios 5:19); en su lugar, dirigiremos inapropiadamente nuestra mirada hacia otras personas (Eclesiastés 1:8), nos detendremos en pensamientos sobre ellas y prestaremos oído a sus palabras. Debemos vivir nuestras vidas perdonándonos mutuamente (Colosenses 3:13). Así como el Señor nos ha perdonado a nosotros, nosotros debemos perdonar y

aceptar a nuestros cónyuges. Si no logramos perdonarnos mutuamente —permitiendo que las quejas contra nuestro cónyuge se acumulen— y si nos negamos a aceptarnos o perdonarnos el uno al otro, nuestra relación matrimonial se deteriorará inevitablemente; en última instancia, existe una alta probabilidad de que comencemos a buscar interés en otros miembros del sexo opuesto. No debemos elegir el camino fácil de simplemente pasar por alto nuestros problemas y conflictos matrimoniales —o dejar que se enconen— en lugar de emprender el arduo esfuerzo de resolverlos en el Señor.

Mientras veía el drama «Las calificaciones de la esposa»...

Este es un drama que he estado viendo últimamente. El título de esta serie es *Las calificaciones de la esposa* (o *El derecho de la esposa*), pero, por alguna razón, sigo leyéndolo como *Los disparos certeros de la esposa*... ¡ja, ja! En lugar de hablar sobre el drama en sí, me gustaría compartir algunas reflexiones personales sobre por qué —como esposo—, de hecho, siento que necesito los amorosos «disparos certeros» de mi esposa (por así decirlo).

A menudo me he referido a mi esposa como una «francotiradora» en el grupo de chat de KakaoTalk que comparto con mis excompañeros del seminario (un grupo de 18 pastores), y hay una razón específica para ello:

La razón principal es que, en mi opinión, la precisión de los «disparos certeros» de mi esposa es extraordinariamente alta.

Por ejemplo, hace unos años le pedí a mi esposa su evaluación —o tal vez su «crítica»— sobre mis sermones. Su respuesta, que recuerdo vívidamente hasta el día de hoy, fue que le gustaría que yo predicara mi sermón del domingo durante el servicio de oración del miércoles, y que, en su lugar, predicara mi sermón del miércoles el domingo. ¡Ja, ja! De hecho, me quedé bastante perplejo ante su comentario. La razón de mi sorpresa fue que sentí que ella había ofrecido un diagnóstico perfectamente preciso de la situación. En aquel entonces, yo estaba predicando una serie sobre el Libro de Proverbios durante nuestros servicios de oración de los miércoles; mi esposa sugirió que esos sermones encajarían mejor en el servicio de adoración del domingo, y no pude evitar estar de acuerdo. Es más, también me encontré de acuerdo con su sugerencia de trasladar mis

sermones del domingo al servicio del miércoles. Como ella señaló acertadamente —y como yo también llegué a comprender—, las personas que hacen el esfuerzo de asistir a un servicio de oración entre semana suelen ser individuos con un nivel más profundo de compromiso espiritual; por lo tanto, el estilo de sermón que yo estaba predicando los domingos resultaría, de hecho, mucho más fácil de asimilar y procesar para *ellos*. ¡Y, sin embargo, yo había estado haciendo exactamente lo contrario! Simplemente no podía estar en desacuerdo con su lógica: los sermones del domingo deben impartirse con un estilo más accesible y «amigable» para la congregación en general, mientras que los sermones del miércoles deben adaptarse a la madurez espiritual y a la profundidad de los asistentes más comprometidos. Al escuchar la respuesta de mi esposa aquel día, me vi obligado a admitir que tenía razón. De hecho, la precisión de sus «dardos» es tan consistentemente alta que —incluso desde la perspectiva de un esposo— me he encontrado verdaderamente asombrado por sus observaciones en más de una ocasión. ¡En absoluto! (Recuerdo que, a partir de ese momento, dejé de preguntarle a mi esposa qué tal habían ido mis sermones. Quizás la razón no fuera tanto que temiera su certero diagnóstico, sino más bien que quería evitar confrontar —o tal vez debería decir, *encarar*— aquellas partes de mí mismo que sabía que eran defectuosas, pero que parecía incapaz de corregir).

La segunda razón es que los sumamente certeros «dardos» de mi esposa punzan mi conciencia.

Y aunque sentir que me punzan la conciencia no resulta fácil en el momento, a la larga termina siendo beneficioso para mí. Por ejemplo —creo que esto sucedió al principio de nuestro matrimonio—, mientras mi esposa me iba conociendo, hubo ocasiones en las que lanzaba sus «dardos» contra los aspectos farisaicos de mi vida espiritual. Por supuesto, en el preciso instante en que recibía esos «dardos», mi instinto era negarlo y negarme a admitirlo. Sin embargo, lo que *debería* haber hecho era aceptarlo, dedicarme a la autorreflexión, confrontar las tendencias hipócritas y farisaicas que habitaban en mí, arrepentirme, apartarme de ellas y esforzarme por vivir como un creyente sincero que verdaderamente imita a Jesús. No obstante, al mirar atrás ahora,

me doy cuenta de que en aquel entonces no logré hacerlo. Si bien los «dardos» de mi esposa sirvieron como catalizador para que yo reconociera mi hipocresía, no llegué a experimentar un arrepentimiento profundo y genuino.

La tercera razón es que el Señor me está moldeando a través de los sumamente certeros —y amorosos— «dardos» de mi amada esposa.

Creo que el Señor —el Divino Alfarero— me dio a mi amada esposa como compañera con un propósito específico. Dado que estoy tan lleno de defectos, insuficiencias y asperezas que necesitan ser pulidas, creo que una de Sus intenciones fue utilizar los «dardos» de mi esposa para desbastarme y moldearme. Al hacerlo, Él me otorga Su inmensa gracia, Su obra transformadora y Su amor; todo ello para ayudarme a crecer a semejanza de Jesús.

Es por eso que, cada vez que veo el drama titulado *Wife's Qualifications*, descubro que el título no deja de aparecer en mi mente, pero transformado en *Wife's Sniping*. ¡Ja, ja!



A través de la experiencia de tomar el metro en la dirección equivocada y luego dar la vuelta...

Aprendí una valiosa lección de esta experiencia. Esa lección es: (1) Debo tener cuidado —o reconocer el grave peligro— de creer (o convencerme) de que estoy en el camino correcto cuando en realidad voy por el equivocado (en dirección contraria a mi destino); (2) Puede que no me dé cuenta por mí mismo de que el camino que sigo es incorrecto; (3) El Señor puede usar a mi cónyuge u otras personas como instrumentos para ayudarme a darme cuenta de que voy en la dirección equivocada; (4) Lo más importante es dar la vuelta (arrepentirme) una vez que me doy cuenta de ello; (5) Sin embargo, carezco de la capacidad innata para arrepentirme por mí mismo; (6) Solo el Señor me capacita para arrepentirme; y (7) Debo dar frutos de arrepentimiento. El Señor me guió a aplicar estas mismas lecciones también a mi matrimonio. Por ejemplo, incluso cuando yo —el esposo— soy el culpable, puedo pensar (o incluso llegar a estar convencido) de que es mi esposa quien se equivoca; sin embargo, a pesar de esto, puedo no reconocer que *yo* soy el problema y que *yo* soy quien comete errores. Aunque el Señor a menudo usa a mi esposa para llevarme a esta comprensión, con frecuencia no la escucho atentamente. Por lo tanto, considero que la comprensión que el Señor me concede es un profundo acto de gracia. Además, considero una gran bendición de Dios que, en medio de esta comprensión, pueda reconocer y confesar mis faltas, tanto a Dios como a mi esposa. En consecuencia, anhelo fervientemente esta gracia de Dios. Y, por la gracia de Dios, deseo arrepentirme y dar frutos de ese arrepentimiento. Así, espero que mi esposa y yo podamos fortalecernos como pareja, cada vez más centrados en el Señor, para así glorificar a Dios.

La figura de un «padre»

La obra de Dios es fascinante. Este próximo domingo (16 de junio) es el Día del Padre aquí en los Estados Unidos. En consecuencia, este sábado por la tarde, tengo planeado cenar con mi esposa, Dylan, Jessica (quien probablemente se casará con él) y nuestra hija menor, Yeeun. Sin embargo, hoy temprano —jueves— me reuní con dos hermanos en la fe (un hermano y una hermana) para almorzar y tomar un café, y los tres terminamos entablando una conversación sobre nuestros respectivos padres. Fue, sin duda, un encuentro que Dios, en Su soberanía y en Su tiempo señalado, permitió (u orquestó); es más, a pesar de conocernos desde hace unos 37 años, creo que esta fue la primera vez que compartimos de manera tan franca acerca de nuestros padres. Por lo tanto, al mirar hacia atrás, deseo reflexionar sobre este encuentro y considerar qué lecciones o mensajes podría estar transmitiendo el Señor a través de él —al menos para mí, personalmente—:

1. Fue una conversación que me impulsó a reflexionar una vez más sobre cuán vital es el papel de un padre en la vida de sus hijos. Por consiguiente, como padre de mis amados hijos —Dylan, Yeri y Yeeun—, tengo la intención de aprovechar este encuentro lleno de gracia de hoy como una oportunidad para reexaminar cómo debo amar a cada uno de ellos con el amor de Dios, y para aprender de las lecciones y mensajes que Él está ofreciendo.

2. A través de mi ministerio en internet, el Señor ya me ha concedido una pequeña revelación: desde la perspectiva de una hija, si esta ha sufrido heridas profundas y significativas a manos de su padre, puede resultarle increíblemente difícil iniciar una relación y contraer matrimonio con otro hombre mientras aún carga con esas heridas. Curiosamente, la hermana con la que me reuní hoy —aunque

desconozco la naturaleza específica de las heridas que recibió de su padre— nos reveló, tanto a mí como al otro hermano, por primera vez, que su razón para permanecer soltera era una cuestión de «prevención». La forma en que interpreté sus palabras fue la siguiente: cuando nos reunimos el año pasado, ella me confió *únicamente* a mí que no sentía ningún afecto por su padre. Sin embargo, hoy habló con detalles específicos sobre cuánto sufrimiento había infligido su padre sobre ella, sus hermanos y —muy especialmente— sobre su madre. Ella explicó que, debido a las heridas emocionales que arrastra a causa de su padre, ha decidido no casarse —y, por consiguiente, no tener hijos— como medida preventiva; teme que, si llegara a casarse y tener hijos, estos podrían terminar exactamente igual que ella. (Suspiro).

3. No obstante, le pregunté: "¿Has perdonado a tu padre?". Su respuesta fue que *sí* lo ha perdonado —hasta el punto de que ahora le prepara guarniciones y lo atiende de diversas maneras—; sin embargo, admitió que todavía alberga amargura y resentimiento en su corazón. Considero una gracia profunda el hecho de que ella haya logrado perdonar a su padre, quien ya tiene más de noventa años. Y me siento orgulloso de ella. Ella lo expresó como si hubiera perdonado a su padre simplemente "porque es familia". Así que también compartí con ella y con su hermano: "Yo también, en el pasado, guardé amargura hacia mi propio padre, pero lo he perdonado". Esto es cierto, a pesar de que mi padre nunca llegó a pedirme perdón.

4. Sin embargo, el otro hermano que escuchaba esta conversación no dijo que *él* hubiera perdonado a su padre (¿o tal vez simplemente no pudo atreverse a decirlo?). Por el contrario, comentó que considera una bendición el hecho de que él y su padre vivan actualmente separados (también mencionó que su madre vive separada de su padre). Al reflexionar sobre esto, me encuentro retomando las preguntas honestas que aquel hermano planteó en su momento a su propio padre:

a. ¿Acaso he estado enseñando a mis tres hijos un estilo de vida religioso estricto —quizás incluso farisaico—, exhibiendo así ante ellos mi propia autosuficiencia moral (tanto en el pasado como hasta el día de hoy)? ¿Y acaso les he estado enseñando un enfoque legalista de la fe?

b. Sin duda debí haber provocado la ira de mis hijos en algún momento; ¿alguna vez les he pedido perdón por ello?

c. Creo que resulta inapropiado —incluso si los hijos han superado holgadamente los cincuenta años de edad— que un padre les niegue su confianza y que, bajo el pretexto del amor, les dicte constantemente cada uno de sus movimientos, llegando incluso a criticar la ropa que visten. Por lo tanto, tomo esto como una lección: así como deposito mi confianza —cada vez mayor— en Dios, del mismo modo debo depositar mi confianza —también cada vez mayor— en mis tres hijos.

5. Al tomarme este breve momento para reflexionar una vez más sobre la esencia misma de ser «padre», me pregunto: «¿Qué clase de padre soy, en verdad, para mis tres hijos?». Mi única y ferviente oración, mi deseo más profundo, es este: que yo pueda llenarme cada vez más del fruto del Espíritu Santo —que es el amor— y ser utilizado como canal e instrumento del amor del Señor para amar y cuidar a Dylan, Yeri y Yeeun con el mismísimo amor de Dios. Además, oro fervientemente para que el Señor obre a través de mí —con todas mis imperfecciones, pecados, insuficiencias y debilidades— y para que el Espíritu Santo continúe santificándome, moldeándome para llegar a ser más semejante a Jesús. Mi esperanza es que, cuando Dylan, Yeri y Yeeun me recuerden una vez que yo haya partido, evoquen la imagen de un «pequeño Jesús» y sientan, en lo más profundo de sus corazones: «Papá me amó con el mismísimo amor de Jesús».

Mi gran error

21 de julio de 2024 — Domingo por la mañana.

Hoy, una vez más, debo pronunciar el sexto sermón bajo el título: «Esposos, amen a sus esposas» [Colosenses 3:19: «Esposos, amen a sus esposas y no sean duros con ellas»]. Sin embargo, mi conciencia está turbada. La razón es que me atormenta una conversación que mantuve con mi amada hija, Yeri, dentro del coche el lunes pasado, mientras nos dirigíamos al funeral de mi querida prima, Su-jeong. En aquel momento, le pregunté a Yeri: «Si por casualidad albergas alguna amargura o resentimiento hacia mí —tu papá—, por favor, dímelo». No había planeado hacerle esa pregunta; sin embargo, mi amado hijo, Dylan, ya nos había dicho a mi esposa y a mí: «No tengo ninguna amargura hacia ustedes» (un regalo generoso que nos concedió, a pesar de nuestra indignidad como padres). Además, en el Día de la Madre —mientras compartía una comida con mi esposa y nuestra hija menor, Yeeun— le había preguntado a Yeeun exactamente lo mismo: «¿Tienes alguna amargura o resentimiento hacia mí?». Dado que ella respondió de una manera que sugería que no tenía nada específico en mente —o tal vez nada en absoluto—, pensé que preguntarle a Yeri cerraría el círculo, habiendo preguntado ya a todos mis hijos. Para mi sorpresa, sin embargo, Yeri admitió con honestidad que *sí* había albergado amargura en el pasado; probablemente no solo hacia mí, sino también hacia mi esposa. Le agradecí a Yeri su franqueza. En consecuencia, le ofrecí mis sinceras disculpas, diciéndole: «Lo siento muchísimo». No obstante, lo que verdaderamente me conmocionó —o al menos me sacudió— no fue el simple hecho de que ella hubiera sentido amargura hacia nosotros (sus padres), sino más bien la razón específica que dio para ello. Explicó que odiaba el hecho de que,

después de que mi esposa y yo tuviéramos una discusión, cada uno por separado se desahogara con ella, hablando mal del otro progenitor a sus espaldas. (Suspiro). Al escuchar esas palabras, la realidad me golpeó con una gravedad profunda: «He cometido un error terrible». Me di cuenta de lo insensatamente que había actuado en el pasado —específicamente, al hablar negativamente sobre mi esposa con Yeri en privado después de haber tenido una discusión. Había sido increíblemente insensato al arrastrar a mis hijos a nuestras disputas conyugales. Este fue un grave error por mi parte. Durante mucho tiempo, había creído y enfatizado el principio de que los terceros —ya fueran hijos, padres o suegros— nunca deberían involucrarse en la relación de una pareja; sin embargo, en la realidad, después de una discusión, había hecho exactamente eso al involucrar a Dylan, Yeri y Yeeun en nuestros asuntos matrimoniales. Ni siquiera había sido consciente de ello hasta el lunes pasado, cuando Yeri habló conmigo con franqueza en el coche, explicándome exactamente por qué había albergado sentimientos de amargura tanto hacia mi esposa como hacia mí en el pasado. Es verdaderamente descorazonador darse cuenta de lo ajeno que he estado a la realidad. Al escuchar las palabras de Yeri, me sentí interiormente conmocionado; sin embargo, también me sentí profundamente agradecido de que su honestidad me permitiera finalmente reconocer —aunque solo fuera en parte— la magnitud de mi error. En consecuencia, le ofrecí a Yeri una sincera disculpa una vez más. En respuesta, Yeri me dijo que, si bien pudo haberse sentido así en el pasado, ya no se siente de esa manera. Me explicó que —quizás porque había escuchado mucho sobre los conflictos y discusiones en los matrimonios de los padres de sus amigos, o quizás simplemente porque ha madurado (parece ser una combinación de ambas cosas)— ya no guarda ninguna amargura hacia su mamá y su papá. Si esto no es un padre recibiendo gracia a través de su propio hijo, ¿entonces qué es? Estoy verdaderamente agradecido.

El perdón

«El costo del perdón es grande, pero la cosecha del perdón es algo hermoso...» [Paul David Tripp, *What Did You Expect?*]

Me resulta difícil perdonar. Intelectualmente, sé que debería perdonar a mi cónyuge por los agravios que ha cometido en mi contra; sin embargo, en mi corazón, simplemente no logro perdonarlo. Para ser honesto, incluso hay una parte de mí que no *quiere* perdonar. Especialmente cuando me detengo a pensar en cómo me trató, me consume la ira; tanto es así que hay momentos en los que siento el impulso de tomar represalias y tratarlo exactamente de la misma manera. Sin embargo, me contengo. Dado que la Biblia nos dice que «el amor es paciente» (1 Corintios 13:4), persevero, una y otra vez. Y, aun así, continúan infligiendo heridas en mi corazón, una y otra vez. Mientras tanto, no me ofrecen disculpa alguna; no me piden perdón. De hecho, parece que ni siquiera sienten la necesidad de buscar mi perdón. Quizás ni siquiera sean conscientes del hecho de que me han agraviado o me han causado dolor. En consecuencia, hablan y actúan como si no hubiera sucedido absolutamente nada. Encuentro que esta actitud suya es totalmente repulsiva. Y así, me niego a perdonarlos.

Como pareja casada que convive, inevitablemente nos agraviamos mutuamente innumerables veces. En efecto, es inevitable que un esposo y una esposa cometan innumerables ofensas el uno contra el otro. Por supuesto, dado que dos individuos poseen personalidades diferentes, provienen de entornos distintos y han sido moldeados por diferentes influencias paternas —entre otros factores—, es totalmente comprensible

que los impulsos y los conflictos los lleven a agraviarse mutuamente. Sin embargo, la razón fundamental radica en el hecho de que dos pecadores se han unido en matrimonio para formar una sola unidad familiar. Simplemente considérelo: cuando dos pecadores se casan y establecen un hogar juntos, ¿cómo podrían evitar cometer agravios el uno contra el otro? No solo nos agraviamos mutuamente; existen innumerables ocasiones en las que, de hecho, cometemos pecado el uno contra el otro. No obstante, el problema es que, incluso después de cometer tales innumerables agravios y pecados, no estamos haciendo un buen trabajo al perdonarnos mutuamente. Incluso cuando ofrecemos perdón, este no está a la altura de la magnitud de las ofensas y los pecados que hemos cometido los unos contra los otros. En esa medida, somos lentos para perdonar; y en esa misma medida, nos negamos a perdonar. Dado que no vivimos vidas caracterizadas por el perdón mutuo, nuestros corazones se llenan de heridas y amargura. Estas heridas y esta amargura nos impiden amar plenamente a nuestros cónyuges. Por ejemplo, las heridas y la amargura que albergamos en nuestros corazones hacen que nos centremos más en las ofensas que nuestros cónyuges cometen contra nosotros que en las cosas buenas que hacen por nosotros. Y cuanto más nos detenemos en esas faltas, más nos juzgamos mutuamente, llegando incluso a criticarnos y hasta a condenarnos los unos a los otros. Lo que a menudo no logramos percibir en este proceso es que, al juzgarnos, criticarnos y condenarnos mutuamente, lo que en realidad estamos haciendo es exhibir nuestra propia «justicia propia». Por ejemplo, un esposo que se niega a perdonar a su esposa por las ofensas y heridas que ella le ha infligido —y que, en su lugar, interactúa con ella a través del prisma de las heridas y la amargura de su corazón— la juzgará, la criticará e incluso la condenará (al menos en su mente) cada vez que ella cometa un error. Al hacerlo, le está declarando esencialmente a su esposa: «Tú estás equivocada y yo tengo la razón». Es más, al afirmar su propia rectitud —incluso ante Dios— busca obtener la validación divina. En consecuencia, cegado por el orgullo, no logra reconocer el pecado que él mismo está cometiendo contra Dios y, como resultado, no siente la necesidad de buscar el perdón de Dios. ¿Cuál es, entonces, el pecado que está cometiendo contra Dios? Es, precisamente, el pecado de negarse a perdonar a su esposa. Sin embargo, mientras permanece inmerso en heridas y amargura, continúa escudriñando las faltas y pecados de su esposa: juzgándola, señalándola con el dedo, criticándola e incluso

condenándola (aunque solo sea en su corazón). ¿Cómo debe verse, entonces, tal comportamiento a los ojos de Dios? ¿Y cómo debe sentirse una esposa cuando es sometida a semejante juicio, crítica y condena por parte de su esposo? Ciertamente, nunca se sentirá amada por él. Inevitablemente, resultará profundamente herida por su causa. Es más, no solo dejará de perdonarlo, sino que se encontrará incapaz de hacerlo. ¿Qué sucede con una pareja si continúa viviendo sin perdonarse mutuamente de esta manera? Las heridas, la amargura y el resentimiento se acumularán inevitablemente y sin fin en sus corazones. Con el tiempo, estallarán inevitablemente el uno contra el otro, y su vínculo matrimonial quedará destrozado sin posibilidad de reparación.

La Biblia afirma: «Pero si ustedes no perdonan a otros sus ofensas, tampoco su Padre les perdonará a ustedes sus ofensas» (Mateo 6:15). Cuando los cónyuges se ofenden mutuamente, deben extenderse el perdón el uno al otro. Quien ha cometido el error no debe detenerse simplemente en decir: «Lo siento»; también debe ser capaz de declarar: «Me equivoqué». Además, deben ser específicos: articular exactamente qué hicieron mal y de qué manera ofendieron a su cónyuge. También deben demostrar un compromiso genuino de esforzarse por no repetir ese error en el futuro. Sin embargo, ofrecer tal perdón no es, en absoluto, una tarea fácil. La razón es que nuestro «viejo yo» —nuestra naturaleza pecaminosa— es intrínsecamente egoísta, lo que nos lleva a creer que las faltas de nuestro cónyuge son mucho mayores y más numerosas que las nuestras. Es más, nuestros instintos nos llevan a desear y esperar que nuestro cónyuge nos perdone *a nosotros* mucho más de lo que nosotros deseamos perdonarlos *a ellos*. Por lo tanto, tener que luchar contra estos instintos pecaminosos y egoístas dentro de nosotros mismos —y superarlos— para poder perdonar a nuestro cónyuge... ¡qué empresa verdaderamente ardua resulta ser! Perdonar al cónyuge de esta manera tiene un alto costo; requiere negarse a uno mismo y realizar un sacrificio personal (Marcos 8:34). Sin embargo, cuando pagamos este alto precio para perdonar a nuestro cónyuge, la cosecha de ese perdón es verdaderamente hermosa. Cuando mi cónyuge busca mi perdón —incluso a un gran costo personal—, debo perdonarlo. No obstante, al perdonar, debo hacerlo «tal como Dios en Cristo los perdonó (me perdonó) a ustedes» (Efesios 4:32). Como pecador que, al igual que cualquier otro, ha pecado incontables veces contra un

Dios santo —y que sabe y cree que Dios me ha perdonado en Jesucristo, continúa perdonándome incluso ahora y seguirá perdonándome en el futuro—, estoy obligado a perdonar a mi cónyuge. Además, debo aceptarlo exactamente tal como es, y debo amarlo con el mismo amor de Dios. Al hacer esto, podremos ofrecer esta oración al Señor: «Perdónanos nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a todo aquel que peca contra nosotros...» (Lucas 11:4).

Buscando tu perdón —tal como busco el perdón de Dios—

Compartido por el pastor James Kim
(29 de julio de 2014: Así como Dios ha perdonado a un pecador como yo, así también yo te perdono a ti).

Perdonar a tu cónyuge (1)

«Sean bondadosos y compasivos unos con otros, perdonándose mutuamente, tal como en Cristo Dios los perdonó a ustedes» (Efesios 4:32).

«Me resulta tan difícil perdonar. Intelectualmente, sé que *debería* perdonar a mi cónyuge por las ofensas que ha cometido en mi contra; pero, en mi corazón, simplemente no puedo. Y, honestamente, hay una parte de mí que ni siquiera *quiere* perdonarlo. Especialmente cuando pienso en cómo me trató, me enojo muchísimo; tanto, de hecho, que a veces siento el impulso de hacerle exactamente lo mismo a cambio. Sin embargo, me contengo. Dado que la Biblia dice: "El amor es paciente" (1 Corintios 13:4), lo soporto; me contengo una y otra vez. Pero, aun así, él sigue hiriendo mi corazón, una y otra vez. Y, a pesar de todo ello, nunca me pide perdón. De hecho, parece que ni siquiera siente la necesidad de pedirlo. Quizás ni siquiera sea consciente del hecho de que me ha ofendido o me ha causado dolor. En consecuencia, habla y actúa como si no hubiera sucedido absolutamente nada. Detesto esa actitud suya; me resulta totalmente insoportable. Y es por eso que no quiero perdonar».

A medida que una pareja casada convive, inevitablemente se ofenden mutuamente innumerables veces. De hecho, es prácticamente imposible que un esposo y una esposa *no* se ofendan entre sí. Debido a que sus personalidades difieren, sus crianzas varían y las influencias que recibieron de sus respectivos padres son distintas, la fricción y los conflictos resultantes pueden llevarlos fácilmente a lastimarse el uno al otro. Sin embargo, la razón fundamental de esto radica en el hecho de que dos pecadores se han unido en matrimonio para formar una sola unidad familiar. Piénsalo bien: cuando dos pecadores se casan y establecen un hogar juntos, ¿cómo podrían evitar cometer ofensas el uno

contra el otro? No nos limitamos a cometer errores entre nosotros; hay innumerables ocasiones en las que, de hecho, cometemos *pecados* los unos contra los otros. El problema, sin embargo, es que, incluso después de cometer tales innumerables ofensas y pecados entre nosotros, seguimos sin lograr perdonarnos verdaderamente los unos a los otros. Incluso cuando ofrecemos el perdón, este no está a la altura de la magnitud de los agravios y pecados que hemos cometido unos contra otros. Somos lentos para perdonar y, en ocasiones, nos negamos rotundamente a hacerlo. Dado que no vivimos una vida caracterizada por el perdón mutuo, nuestros corazones albergan heridas y amargura. Estas heridas y esta amargura nos impiden amar plenamente a nuestros cónyuges.

Perdonar a tu cónyuge (2)

«Porque si perdonan a otros sus ofensas, también su Padre celestial los perdonará a ustedes; pero si no perdonan a otros, tampoco su Padre perdonará sus ofensas» (Mateo 6:14–15).

Las heridas y la amargura que albergamos en nuestros corazones nos impiden ver el bien que nos hacemos mutuamente, haciendo que nos centremos únicamente en los agravios que cometemos unos contra otros. Cuanto más nos detenemos en estas faltas, más nos juzgamos entre nosotros, llegando incluso a criticarnos y hasta a condenarnos. Sin embargo, hay algo de lo que a menudo no nos percatamos en este proceso: cuando nos juzgamos, criticamos y condenamos mutuamente, en esencia estamos imponiendo nuestra propia «justicia propia» sobre la otra persona. Por ejemplo, en lugar de perdonar a un cónyuge que nos ha agraviado o herido, nos acercamos a él o ella con las heridas y la amargura aún latentes en nuestros corazones. En consecuencia, cada vez que nuestro cónyuge comete un error, lo juzgamos (aunque sea solo en nuestra mente), lo criticamos e incluso lo condenamos, declarando tácitamente: «Tú estás equivocado y yo tengo la razón». Al actuar así, buscamos que nuestra propia rectitud sea validada, incluso ante los ojos de Dios. Como resultado, nos volvemos arrogantes; cegados ante los pecados que nosotros mismos estamos cometiendo contra Dios, no sentimos la necesidad de buscar Su perdón. Entonces, ¿cuál es exactamente el pecado que estamos cometiendo contra Dios? Es, precisamente, el pecado de negarnos a perdonar a nuestro cónyuge. Mientras permanecemos inmersos en nuestras propias heridas y amargura —juzgando, señalando faltas, criticando e incluso condenando a nuestro cónyuge (insisto, aunque sea solo en nuestra mente)—, ¿cómo debe verse esto a los ojos de Dios? ¿Y qué sucede con el corazón del cónyuge que recibe tal juicio, señalamiento de faltas,

crítica y condena? Esa persona se sentirá poco amada por su cónyuge e, inevitablemente, quedará profundamente herida. Es más, a causa de esa herida, no solo se negará a perdonar a su cónyuge, sino que probablemente se encontrará incapaz de hacerlo. ¿Qué ocurre con una pareja que vive sin perdonarse mutuamente de esta manera? Las heridas, la amargura y agravios similares están destinados a acumularse sin fin en sus corazones. Con el tiempo, este resentimiento reprimido estallará inevitablemente entre ellos, y su vínculo matrimonial se hará añicos de manera inevitable.

Perdonar a tu cónyuge (3)

«Llamando a la multitud junto con sus discípulos, les dijo: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame"» (Marcos 8:34); «Y perdónanos nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a todo el que nos debe. Y no nos metas en tentación» (Lucas 11:4).

La Biblia afirma: «Porque si ustedes no perdonan a los demás sus ofensas, tampoco su Padre les perdonará a ustedes sus ofensas» (Mateo 6:15). Cuando los cónyuges se han hecho daño mutuamente, deben perdonarse el uno al otro. Quien ha cometido el error no debe limitarse a decir simplemente «lo siento» a su cónyuge; también debe ser capaz de decir: «Me equivoqué». Al hacer tal admisión, debería ser capaz de articular específicamente qué hizo mal y de qué manera ofendió a su cónyuge. Además, debe demostrar el compromiso de esforzarse por no repetir ese error en el futuro. Sin embargo, ofrecer tal perdón no es, en absoluto, una tarea fácil. La razón es que los instintos de nuestro «viejo yo» son egoístas, lo que nos lleva a creer que las faltas de la otra persona son mayores y más numerosas que las nuestras. Es más, nuestros instintos nos llevan a esperar y aguardar que sea la otra persona quien nos perdone a *nosotros*, en lugar de ser nosotros quienes la perdonemos a ella. ¡Cuán increíblemente difícil y arduo resulta, entonces, tener que luchar contra estos instintos pecaminosos y egoístas que llevamos dentro —y vencerlos— para poder perdonar a nuestro cónyuge! Perdonar al cónyuge solo es posible pagando un precio tan alto. Requiere negarse a uno mismo y realizar un sacrificio personal (Marcos 8:34). No obstante, cuando pagamos este alto precio para perdonar a nuestro cónyuge, la cosecha de ese perdón es hermosa. Y cuando mi cónyuge paga un alto precio para buscar mi perdón, yo, a su vez, debo perdonarlo.

Debemos perdonar, pero debemos hacerlo «tal como Dios en Cristo los perdonó (a ustedes y a mí)» (Efesios 4:32). Debemos perdonar las faltas de nuestro cónyuge, confiando en que Dios —quien es santo— ha perdonado, continúa perdonando y perdonará aún a un pecador como yo, que ha cometido innumerables pecados contra Él, por medio de Jesucristo. Posteriormente, debemos aceptar a nuestro cónyuge exactamente tal como es y amarlo con el amor de Dios. Cuando hacemos esto, podremos ofrecer esta oración al Señor: «Perdónanos nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a todo aquel que peca contra nosotros…» (Lucas 11:4).

Perdonar a tu cónyuge (4)

«Por eso te digo: sus muchos pecados han sido perdonados, pues amó mucho. Pero a quien se le ha perdonado poco, ama poco». (Lucas 7:47) (Modern People's Bible)

En el pasado, ocasionalmente le hablaba con total franqueza a mi esposa, diciéndole: «Eres mi mayor fuente de aliento y, sin embargo, al mismo tiempo, eres también quien más me desanima». La razón por la que le hablaba de este modo era que ella me había herido. En una ocasión, incluso me abrí a ella con estas palabras: «Jane, me duele muchísimo el corazón. Tus palabras han atravesado mi corazón como una daga, y el dolor es insoportable». Al oír esto, mi esposa respondió: «Gracias por hacérmelo saber». En realidad, su respuesta me sorprendió un poco en aquel momento. Pensé para mis adentros: «Espera... ¿cómo puede darme las "gracias" por lo que acabo de decirle? ¿Acaso no se dio cuenta realmente de que sus palabras me habían herido? En ese caso, de ahora en adelante, cada vez que me duela el corazón, debo ser honesto y decirle exactamente cómo me siento». Aunque mi esposa y yo seguimos experimentando conflictos conyugales después de aquella conversación, algo había cambiado. Empezamos a pensar —o tal vez a *anticipar*— con un poco más de claridad qué cosas *no* debíamos decirnos o hacernos mutuamente para evitar causarnos daño. Poco a poco, desarrollamos el hábito de hablar abierta, cuidadosa y sinceramente sobre las formas específicas en que nos habíamos herido el uno al otro; un hábito que practicamos con un poco más de frecuencia que antes.

Cuando somos heridos, el dolor y la dificultad de esa herida nos hacen anhelar consuelo y, además, sanación. Ese es nuestro instinto. Sin embargo, hay muchas ocasiones en

las que vivimos como si incluso ese instinto fuera ignorado, enterrando las heridas infligidas por nuestro cónyuge en lo más profundo de nuestro corazón, sin recibir ni consuelo ni sanación. A medida que esto continúa, esas heridas ocultas en lo profundo comienzan a acumularse, una tras otra; con el tiempo, una nueva herida desencadena una erupción, obligando a que esas heridas reprimidas salgan a la superficie. Finalmente, estallan como una bomba, sumiendo la relación conyugal en una crisis. Antes de que eso suceda, debemos descubrir y desactivar las «bombas» profundamente ocultas dentro de nuestro matrimonio —muy parecido a despejar explosivos de un campo minado—, retirándolas una por una. Para lograr esto, debemos dedicarnos —junto con nuestro cónyuge y unidos en espíritu en el Señor— a la tarea de desactivar estas bombas. Sin embargo, al dedicarnos a ello, debemos emplear con sabiduría y destreza la «herramienta» adecuada para desactivar bombas. En este contexto, esa herramienta no es otra que el «perdón». Para despejar las bombas del campo de nuestros corazones, ambos debemos comprometernos a perdonarnos mutuamente con el mismo corazón de Cristo Jesús. Además, al ofrecer perdón, no debemos esperar a que nuestro cónyuge se nos acerque primero para pedirnos disculpas; más bien, debemos ser nosotros quienes tomemos la iniciativa y perdonemos primero a nuestro cónyuge. ¿Cómo es esto posible? ¿Cómo podemos ser los primeros en perdonar a nuestro cónyuge?

En primer lugar, debemos reconocer los pecados que hemos cometido tanto contra Dios como contra nuestro cónyuge.

Observemos Lucas 7:39: «Cuando el fariseo que había invitado a Jesús vio esto, se dijo a sí mismo: "Si este hombre fuera profeta, sabría quién es la que lo está tocando y qué clase de mujer es: una pecadora"». Estas palabras fueron pronunciadas en su interior por «cierto fariseo» —el hombre que había invitado a Jesús a su casa para compartir una comida (v. 36)—. La razón por la que habló de esta manera fue que había sido testigo de cómo «una mujer de aquella ciudad que llevaba una vida pecaminosa» se acercó a la casa del fariseo —al enterarse de que Jesús estaba cenando allí— y, trayendo un frasco de alabastro lleno de perfume, se situó detrás de Él, a sus pies; llorando, mojó los pies de Jesús con sus lágrimas, los secó con su cabello, los besó y derramó el perfume

sobre ellos (versículos 37–39). Sin embargo, Jesús no rechazó a esta mujer «pecadora»; por el contrario, le permitió mojar sus pies con sus lágrimas, secarlos con su cabello y besarlos, permaneciendo inmóvil incluso mientras ella derramaba el perfume sobre sus pies. Desde la perspectiva de este fariseo, tal comportamiento debió de haber resultado absolutamente incomprensible. Es probable que el fariseo se preguntara: Si Jesús fuera verdaderamente el Profeta que él y el pueblo judío habían estado esperando (Deuteronomio 18:18) —y, por tanto, supiera quién era esa mujer que lo tocaba, y que ella era una pecadora—, ¿cómo podría permitir que semejante pecadora lo tocara? Una conclusión que podemos extraer aquí es que, si bien este fariseo reconocía que la «mujer que llevaba una vida pecaminosa» era, en efecto, una «pecadora», al parecer no lograba reconocer que él mismo era un pecador. Para ser más precisos, parece que este fariseo se consideraba a sí mismo un hombre justo. Por eso, en su corazón, etiquetó como «pecadora» a la mujer —quien había roto su frasco de alabastro y derramado su perfume sobre los pies de Jesús—. Es más, sin duda veía a esta mujer pecadora como alguien impuro. En consecuencia, el fariseo habría mantenido su distancia de una mujer tan pecadora. Sin embargo, Jesús ni impidió que la mujer se le acercara ni le impidió realizar esos actos sobre sus pies; desde el punto de vista del fariseo, ¡qué absolutamente asombroso debió de haber sido aquello! A medida que un hombre y una mujer comparten su vida en el matrimonio, inevitablemente se encuentran con no pocas cosas el uno del otro que les resultan sorprendentes: aspectos que nunca supieron que existían durante su noviazgo. No obstante, una vez que se casan y establecen un hogar, estas facetas ocultas salen a la luz; cuando las presenciamos con nuestros propios ojos, no podemos evitar sentirnos impactados. Dado que se trata de rasgos que desconocíamos mientras éramos novios, resulta natural asombrarse a medida que descubrimos cada vez más cosas sobre ellos a través de la experiencia cotidiana de la convivencia. El verdadero problema, sin embargo, es que esta reacción no se detiene en la mera sorpresa o conmoción ante el descubrimiento de lo desconocido; por el contrario, estas revelaciones nos llevan a sentirnos decepcionados con nuestros cónyuges y a utilizar precisamente estas cuestiones como motivo de conflicto dentro del matrimonio. Por supuesto, al principio, tal vez optemos por no hacer un problema de estos asuntos; en su lugar, a menudo ejercemos la paciencia y la tolerancia, dejando pasar las cosas sin plantear

objeciones. Sin embargo, a medida que estos defectos se vuelven cada vez más evidentes con el paso del tiempo, la pareja inevitablemente termina chocando entre sí. En última instancia, la pareja termina peleando y discutiendo. Y en el fragor de una discusión —alimentada por la ira— hablamos imprudentemente a nuestros cónyuges, infligiéndonos así heridas en el corazón (incluso si quien habla permanece ajeno al daño que ha causado). Por supuesto, el dolor emocional que nos infligimos mutuamente no proviene únicamente de las palabras que se pronuncian; las parejas pueden herirse con la misma facilidad a través de comportamientos no verbales. La cuestión fundamental es esta: cuando nos sentimos heridos, a menudo no logramos expresar nuestro dolor a nuestro cónyuge y nos negamos a ofrecer el perdón. En consecuencia, las heridas no sanadas que se enconan en nuestro interior comienzan a distorsionar nuestra perspectiva, haciendo que nos veamos el uno al otro a través de una lente cada vez más distorsionada. Como resultado, nos volvemos críticos el uno con el otro (Mateo 7:1). Incluso llegamos a menospreciarnos mutuamente, aunque sea solo en nuestro corazón (Romanos 14:3). Es más, llegamos al extremo de calumniarnos (Santiago 4:11). Incluso alcanzamos el punto de juzgarnos mutuamente (Lucas 6:37). Ya no toleramos las debilidades del otro; en su lugar, llegamos incluso a criticar las palabras del otro (Romanos 14:1). Cuando actuamos de esta manera, dejamos de ser «hacedores de la ley» para convertirnos, en cambio, en «jueces» (Santiago 4:11). Una vez que llegamos a este punto, ni siquiera logramos reconocer los pecados que hemos cometido, no solo contra el otro, sino también contra Dios. La causa fundamental de esto es que, en lugar de vernos a nosotros mismos en la presencia de Dios —el Juez supremo—, nos vemos únicamente en el contexto de nuestro cónyuge; en consecuencia, hemos perdido la capacidad misma de percibir nuestros pecados como tales. ¿Cómo, entonces, podríamos reconocer, confesar y buscar el perdón de Dios por los pecados que hemos cometido? Si somos incapaces de confesar nuestros pecados a Dios y buscar Su perdón, es lógico suponer que, del mismo modo, seremos incapaces de reconocer, confesar y buscar el perdón de nuestro cónyuge por los pecados que hemos cometido contra él o ella.

Debemos llegar a una clara conciencia de los pecados que hemos cometido tanto contra Dios como contra nuestro cónyuge. Además, cuando hemos pecado contra nuestro cónyuge, en lugar de centrarnos en la multitud y la magnitud de *sus* pecados en su presencia, debemos examinar primero la multitud y la magnitud de *nuestros propios* pecados ante Dios. Para lograr esto, debemos meditar en el sufrimiento de Jesús y en Su muerte en la cruz. Cuando contemplamos a Jesús —quien sufrió y fue crucificado a causa de nuestros pecados— somos capaces de comprender, al menos hasta cierto punto, el verdadero alcance y la gravedad de nuestra propia pecaminosidad. Y cuanto más profundamente lleguemos a darnos cuenta de la abundancia y la magnitud de nuestros propios pecados, menos tiempo tendremos para centrarnos en los pecados de nuestro cónyuge, encontrándonos ocupados, en cambio, en examinar nuestros propios pecados ante Dios.

En segundo lugar, así como Dios ha perdonado nuestros pecados, nosotros debemos perdonar los pecados de nuestro cónyuge.

Consideremos Lucas 7:42: «Como no tenían con qué pagar, él les perdonó la deuda a ambos. Ahora bien, ¿cuál de ellos lo amará más?». Estas palabras fueron pronunciadas por Jesús a un hombre llamado Simón —identificado como «un fariseo» (v. 36) en el versículo 40— en el contexto de una parábola que involucra a un «prestamista» y a dos «deudores» (uno que debía 500 denarios y el otro 50 denarios). Cuando el prestamista «les perdonó la deuda a ambos» porque «no tenían con qué pagar», Jesús planteó la pregunta: «¿Cuál de ellos lo amará [al prestamista] más?» (vv. 41–42). La respuesta de Simón fue: «Aquel a quien se le perdonó la deuda mayor» (v. 43). ¿Cuál era la intención de Jesús al dirigir estas palabras a Simón? ¿Por qué compartió Jesús esta parábola sobre la cancelación de deudas con Simón, un fariseo que había considerado a la mujer que derramó perfume sobre los pies de Jesús como nada más que una «pecadora» (v. 39)? Encontré la respuesta a esa pregunta en el versículo 47 del texto de hoy: «…A esta mujer se le han perdonado sus muchos pecados. Esto se debe a que me amó profundamente. Pero a quien se le ha perdonado poco, ama poco» (Modern People's Bible). Jesús tenía la intención de dejarle claro a Simón que los muchos pecados de esta

mujer —a quien Simón consideraba una pecadora— habían sido, en efecto, perdonados (versículos 47–48). Es más, Jesús le explicó a Simón que la razón por la cual sus muchos pecados fueron perdonados era, precisamente, porque ella lo había amado tan profundamente (versículo 47).

En el contexto del matrimonio, un problema verdaderamente grave es nuestra incapacidad para reconocer los pecados que hemos cometido tanto contra Dios como contra nuestro cónyuge. Sin embargo, una cuestión aún más grave es que, incluso cuando somos plenamente conscientes de los pecados que hemos cometido contra Dios y nuestro cónyuge, a menudo descuidamos el buscar el perdón de ellos. Parece que, en lugar de buscar el perdón de ambas partes, con frecuencia buscamos el perdón solo de Dios, dejando de buscarlo de nuestro cónyuge. A menudo profesamos nuestro amor por nuestro cónyuge; sin embargo, vacilamos al pedir perdón, dejando finalmente que la oportunidad se nos escape sin llegar jamás a hacer esa petición. ¿Cuál podría ser la razón de esto? Quizás la razón sea que estamos empeñados en hacernos parecer justos a los ojos de nuestro cónyuge (Lucas 10:29). En otras palabras, debido a que intentamos *justificarnos* ante nuestro cónyuge, podríamos perder el momento crucial para pedirle perdón. O tal vez nos negamos a buscar el perdón de nuestro cónyuge porque, al estar ante Dios, no logramos ver la magnitud y la gravedad de nuestros propios pecados, centrándonos en cambio —de manera excesiva— en la magnitud y la gravedad de los pecados de nuestro cónyuge. Si verdaderamente comprendiéramos la realidad de los pecados que hemos cometido contra nuestro cónyuge a la vista de Dios, no nos limitaríamos a buscar el perdón de Dios; nos acercaríamos activamente a nuestro cónyuge y, con humildad y sinceridad, le pediríamos también su perdón. Cuando esto sucede —si nuestro cónyuge comprende verdaderamente la realidad de que Dios, en Cristo Jesús, ha perdonado sus propios pecados— entonces él o ella nos perdonará, de corazón, tal como Dios los ha perdonado a ellos en Cristo Jesús. Es más, reunirán el valor para aceptarnos de todo corazón y nos amarán incluso con mayor profundidad que antes.

Me gustaría concluir aquí esta meditación sobre la Palabra. Un esposo debe reconocer no solo las faltas que ha cometido ante Dios y ante su cónyuge, sino también los pecados específicos en los que ha incurrido. No solo debe reconocer, confesar y arrepentirse de sus pecados contra su esposa ante Dios, sino que también debe reconocer y confesar esos pecados directamente ante ella. Además, con la certeza del perdón de Dios, debe demostrar a través de su vida cotidiana que su arrepentimiento es genuino. En consecuencia, la esposa debería ser capaz de percibir que su esposo se ha arrepentido verdaderamente y ha experimentado una transformación. Al ver esto, la esposa debe perdonar a su amado esposo. Sin embargo, al perdonarlo, debe hacerlo con un corazón lleno de gratitud y gracia, consciente del hecho de que Dios, en Cristo Jesús, ha perdonado a una pecadora como ella misma. En particular, debe perdonar a su esposo por amor, motivada por la comprensión de que ella misma ha sido perdonada de muchos pecados graves ante Dios, y por el conocimiento de que el amor que ha recibido de Dios es inmenso y profundo. Lo mismo se aplica al esposo. Él también debe perdonar a su amada esposa, movido por el gran amor y la gracia desbordante de Dios, quien ha perdonado a un gran pecador como él. Debe perdonarla —reuniendo el valor para hacerlo— y abrazar a su esposa con el mismo corazón de Cristo Jesús. Es mi ferviente oración que, a través de nuestra relación con Dios, lleguemos a reconocer la profundidad y la magnitud de nuestra propia pecaminosidad; y que, empoderados por la gracia desbordante y el corazón de Cristo Jesús —sabiendo que Dios ha perdonado esos muchos y grandes pecados en Cristo Jesús— seamos nosotros quienes tomemos la iniciativa de perdonar a nuestros amados cónyuges.

Dedicado a amar a mi cónyuge, a perdonarla y a aceptarla exactamente tal como es.

Reflexiones de James Kim
(25 de octubre de 2014; escritas mientras oraba y anhelaba a mi amada esposa, quien se encuentra lejos)

¿El eslabón en una familia disfuncional?

1. A medida que crecemos, indudablemente recibimos influencias positivas de nuestros padres; sin embargo, simultáneamente, recibimos con la misma certeza influencias negativas.

2. No obstante, parece que a menudo no somos conscientes de las influencias negativas que recibimos de nuestros padres —o, incluso si lo somos, no comprendemos plenamente su trascendencia—, lo cual nos lleva a hablar y actuar inconscientemente tal como lo hacían nuestros padres.

3. Con el tiempo, a través del dolor y la angustia que surgen de los conflictos con nuestros cónyuges, y por la gracia de Dios, a veces comenzamos a adquirir al menos una conciencia parcial de las influencias negativas que heredamos de nuestros padres.

4. Esto parece ser particularmente cierto en el caso de los esposos o esposas que son «complacientes» (personas que buscan agradar a los demás). A través del conflicto conyugal —y de la profunda contemplación y el autoexamen que de él se derivan—, pueden llegar a reconocer las influencias negativas que recibieron de sus padres. Esto es especialmente probable si su cónyuge es una persona «evasiva»: alguien excesivamente independiente y propenso a hacer comentarios francos y directos, sin mucha reflexión profunda ni consideración. Al verse confrontado por tales comentarios, el cónyuge complaciente se ve impulsado a una profunda introspección; a través de este proceso de autoexamen, parece comenzar a reconocer —y a admitir— las influencias negativas que sus propios padres ejercieron sobre él.

5. Sin embargo, aquí surge un problema bastante grave: el cónyuge complaciente, abrumado por las influencias negativas que ahora ha reconocido y admitido, a menudo experimenta un sentido excesivo de culpa hacia su propio cónyuge. En consecuencia —y tal vez porque complacer a su cónyuge es la única manera en que él mismo se siente feliz—, existe el riesgo de que permita a su cónyuge usurpar el «trono» (o el asiento del Rey) dentro de su propio corazón. Antes del matrimonio, ese trono estaba ocupado por la madre y/o el padre que habían ejercido una influencia tan profunda —y negativa— sobre él; ahora, tras el matrimonio, simplemente ha reemplazado a esa figura con su cónyuge.

6. La razón por la que considero esto un problema tan grave es que el trono del corazón —ese asiento de autoridad suprema— pertenece legítimamente al Señor, el Rey de Reyes. Sin embargo, si ese asiento no es ocupado por el Señor, sino por un ser humano —ya sea una madre, un padre o un cónyuge—, ello constituye un acto de idolatría.

7. En este sentido, los padres o los cónyuges pueden, en efecto, convertirse en ídolos en nuestros corazones. Sin embargo, esta mentalidad idolátrica no se limita simplemente a trasladar la adoración de los padres al cónyuge; existe un peligro muy real de que se extienda aún más, llevando a la persona a idolatrar a sus propios hijos y a colmarlos de un amor excesivo, e incluso obsesivo.

8. Entonces, a través del inmenso amor y la gracia de Dios —a menudo manifestados incluso en medio de una grave crisis familiar— nos sentimos impulsados a mirar hacia nuestro interior y a realizar un autoexamen. Al hacerlo, llegamos a reconocer el pecado de haber idolatrado a un familiar al que amamos con demasiada intensidad; nos arrepentimos de este pecado, expulsamos (desechamos) todo ídolo de nuestros corazones y, finalmente, invitamos al Señor a ocupar el lugar que por derecho le corresponde en el trono de nuestros corazones.

9. Una vez que esto ha sucedido, cedemos humildemente el control, permitiendo que el Señor gobierne nuestras vidas; además, le encomendamos con fe nuestra relación conyugal, permitiéndole tomar plena responsabilidad del vínculo que une al esposo y a la esposa.

10. Al hacer esto, mirando a través de los ojos de la fe, somos testigos de algo verdaderamente extraordinario: cómo el Señor obra de maneras maravillosas para unir a dos individuos sumamente diferentes —un esposo o esposa que busca complacer a los demás, y un cónyuge que tiende a ser evasivo— capacitándolos para complementarse mutuamente y fortalecer las debilidades del otro. Es más, a medida que experimentamos personalmente la profundidad del amor del Señor por nosotros como pareja, hallamos gradualmente la liberación de las influencias negativas de nuestros padres, y nuestro matrimonio se edifica, lenta pero seguramente, hasta convertirse en una relación centrada enteramente en el Señor.

El «apego» de una madre hacia su hija, El «amor-odio» de una hija hacia su madre

El «apego» de una madre hacia su hija puede llevar a esta última a experimentar un sentimiento de «amor y odio» hacia su madre.

Aquí es domingo por la mañana. El viernes y el sábado pasados viajé a Ensenada, México, acompañado por un grupo de hermanos en la fe (las personas que aparecen en la foto de abajo asisten a diversas iglesias; además de ellos, ocho miembros de mi propia congregación también se unieron al viaje). El trayecto de ida y vuelta duró aproximadamente 14 horas. Como consecuencia, mi cuerpo se sentía fatigado; sin embargo, el Señor me concedió un sueño profundo y reparador, permitiéndome despertar temprano esta mañana y llegar a la oficina pastoral de la iglesia antes de lo previsto. Habiendo completado en gran medida mis preparativos para el servicio dominical de hoy, me encuentro ahora con un momento de tranquila quietud; un tiempo que deseo aprovechar para reflexionar sobre las lecciones relativas a la vida familiar que el Señor me ha revelado a través de los encuentros que viví durante este reciente viaje.

1. A través de un encuentro nuevo y totalmente inesperado, me vi impulsado a reflexionar: ¿Qué inmenso sufrimiento, angustia y adversidad debieron de existir en la vida familiar de una mujer para que llegara al extremo de afeitarse la cabeza por completo? Al parecer, la fuente del profundo sufrimiento de esta mujer reside en su relación con su propia madre.

2. ¿Cómo puede la relación entre una hija y su madre llegar a ser verdaderamente sana? Esta es una pregunta de tan profunda trascendencia para mí, una que me

conmueve casi hasta el punto de las lágrimas. Naturalmente, desde la perspectiva de una hija, esta amaría sin duda a su madre. Sin embargo, ¿por qué ocurre que, cuando una hija piensa en su madre, su corazón alberga no solo amor, sino también odio? ¿Es esta, entonces, la razón por la cual el vínculo entre una hija y su madre se describe tan a menudo como una relación de «amor y odio»?

3. ¿Por qué sucede que una madre —aun profesando amar a su hija tan entrañablemente— inflige tal sufrimiento profundo, dolor, heridas y lágrimas en el corazón de su hija, que termina llevando a esa misma hija a albergar odio hacia ella? ¿Por qué sucede que una madre permanece ajena al inmenso sufrimiento que padece su hija —un sufrimiento causado por su propio «apego» (definido como: «amar a alguien, o sentirse atraído hacia alguien, con tal intensidad que uno no puede soportar estar separado de esa persona; o el sentimiento que subyace a tales emociones» [Diccionario Naver])? Si el amor de una madre por su hija es meramente una forma de «apego», creo que ese mismo apego puede llevar a la hija a albergar sentimientos de «amor-odio» hacia su madre: amándola y resintiéndola simultáneamente.

4. Si una madre —quien afirma amar a su hija tan entrañablemente que «no puede vivir sin ella», y cuya vida siente inextricablemente ligada a la de su hija— no logra entregar a su hija al cuidado de Dios mediante la fe, temo que la hija pueda terminar viviendo toda su vida como una persona «discapacitada» en diversos aspectos (mental, emocional y de otro tipo); una condición causada únicamente por su madre, y que podría persistir incluso después de que la madre haya fallecido.

5. Además, esta dinámica disfuncional entre madre e hija no se limita a una sola generación; creo que, cuando la hija finalmente se case y tenga una hija propia, esa subsiguiente relación madre-hija podría verse afectada de manera similar. Aunque la hija —ahora madre ella misma— tal vez no tenga la intención de proyectar el intenso apego de su propia madre sobre su propia hija, creo que

podría replicar inadvertidamente ese mismo apego, hasta un grado que su propia hija pueda percibir y sentir con total claridad.

6. ¿Cómo, entonces, podemos romper este ciclo de sufrimiento desgarrador que aqueja a las relaciones madre-hija en tales familias? A través de las sesiones de alabanza y adoración en la reciente Conferencia de la Alianza Juvenil en Ensenada, México, la profunda lección sobre la cual he estado meditando es esta: «¡Jesucristo es suficiente!». Creo que, si una madre encuentra su suficiencia en Jesucristo, ya no infligirá heridas, dolor y angustia no deseados a su hija. Y creo que, si una hija encuentra su suficiencia en Jesucristo, ya no será consumida por el inmenso sufrimiento causado por su madre; en su lugar, será empoderada para amar a su madre con el mismo amor de Cristo.

¡El amor que una madre mundana —una que no se asemeja a Jesús— siente por sus hijos no es, de ninguna manera, lo mismo que amarlos con el amor del Señor!

Entre los discípulos de Jesús había dos hermanos llamados Jacobo y Juan. Su padre era Zebedeo, y su madre llevó a Jacobo y a Juan ante Jesús; ella se arrodilló ante Él y le presentó una petición. Le pidió a Jesús: «Concede que, en tu reino, uno de estos dos hijos míos se siente a tu derecha y el otro a tu izquierda» (Mateo 20:20-21). ¿Por qué la madre de Jacobo y Juan le hizo tal petición a Jesús? Por supuesto, ella pidió esto porque no comprendía verdaderamente la naturaleza de lo que estaba buscando obtener de Jesús (v. 22); sin embargo, creo que su motivo último era simplemente el deseo de que sus dos hijos llegaran a ser grandes y ascendieran hasta la cima. En consecuencia, al escuchar sus palabras, Jesús se dirigió a los otros diez discípulos —quienes estaban indignados (excluyendo a sus hijos, Jacobo y Juan)— diciéndoles: «Cualquiera de ustedes que desee llegar a ser grande debe convertirse en siervo de los demás, y cualquiera que desee ser el primero debe convertirse en esclavo de los demás» (vv. 26-27). Jesús no vino para ser servido, sino para servir (v. 28); sin embargo, parece que la madre de Jacobo y Juan deseaba que fueran sus dos hijos quienes recibieran el servicio. ¡El amor que una madre mundana —una que no se asemeja a Jesús— siente por sus hijos no es, de ninguna manera, lo mismo que amarlos con el amor del Señor!

Hasta hace muy poco tiempo, estuve meditando principalmente en el pasaje del capítulo 20 de Mateo; escribí una breve reflexión devocional basada en este pasaje y la compartí en varios lugares. Posteriormente, sentí el deseo de profundizar aún más —y de manera

más específica— en los puntos particulares de reflexión que había esbozado en aquella breve pieza devocional anterior. Quizás la razón de esto radique en el hecho —tal como sugiere el título de la mencionada pieza devocional— de que considero la siguiente verdad como un asunto de suma importancia: «¡El amor que una madre mundana siente por sus hijos —un amor que no se asemeja al de Cristo— no es, de ninguna manera, lo mismo que amar a los propios hijos con el amor del Señor!» Personalmente, creo que —solo superado por el amor de Dios— el amor más grande de todos es el amor de una madre. Esta convicción nace del hecho de que soy un hijo que ha recibido —y sigue recibiendo— el amor de su propia madre en abundancia: un amor vasto, profundo e ilimitado. Especialmente desde que cumplió los ochenta años, mi madre me ha contado a menudo historias: relatos de las penurias que soportó al darme a luz en casa con la ayuda de una partera (un parto difícil, pues mi cabeza era bastante grande), o de las luchas que enfrentó durante mi infancia, cuando yo enfermaba con frecuencia, lo que la obligaba a cargarme a cuestas, hacer dos transbordos de autobús y recorrer una gran distancia solo para llevarme a recibir tratamiento médico en un hospital. En consecuencia, cada mes de mayo —en el Domingo de las Madres (aquí en los EE. UU., celebramos días distintos para el Día de la Madre y el Día del Padre)—, cada vez que adoro a Dios y canto el Himno 579 del *Nuevo Himnario*, titulado «El amor ilimitado de una madre», a menudo me encuentro profundamente conmovido. Comparto aquí la letra de las dos primeras estrofas: (Estrofa 1) «El amor ilimitado de una madre: ¡cuán precioso y singular es! Ese amor me rodea y me abraza a cada paso. Cuando lloro, mi madre eleva oraciones al Señor; y cuando río de alegría, ella alza su voz en alabanza. (Estrofa 2) Al contemplar los versículos en la Biblia de mi madre —suaves al tacto por el roce de sus manos durante sus lecturas matutinas y vespertinas—, siento como si pudiera ver su propia imagen reflejada en ellos. "Quien crea obtendrá la vida eterna": estas preciosas palabras que ella me enseñó de memoria se han convertido ahora en mi fuente de fortaleza». La imagen de mi madre que aún no puedo olvidar es la de ella sentada a la mesa del comedor cuando visitaba su casa, transcribiendo la Biblia, para terminar inclinando la cabeza sobre la mesa y quedándose dormida. Otro recuerdo que atesoro en mi corazón es de aquella ocasión en que fue llevada en ambulancia y yacía en la sala de urgencias; mientras ella y yo adorábamos a Dios juntos —solo nosotros dos—, le pedí

que recitara su versículo bíblico favorito: Isaías 41:10. Recuerdo vívidamente el momento en que ella respondió, diciendo: «No temas, porque yo estoy contigo; no te angusties, porque yo soy tu Dios. Te fortaleceré y te ayudaré; te sostendré con mi diestra justa». Aunque innumerables recuerdos más de mi madre residen en mi corazón, si tuviera que compartir tan solo uno más, sería la imagen de ella llorando ante mí. He recogido esas lágrimas suyas en un frasco dentro de mi corazón [cf. «Pon mis lágrimas en tu frasco» (Salmos 56:8)]. Sin embargo, al mismo tiempo, lo que no puedo olvidar es la conciencia de cuán profundamente afligí el corazón de mi madre; de que fui yo quien hizo brotar esas lágrimas.

Sospecho que lo que realmente sé —ese escaso 1%— es solo una fracción de las veces en que hice llorar a mi madre. En cuanto al 99% restante —esas incontables ocasiones en las que le partí el corazón y la llevé a las lágrimas—, sigo ajeno a ellas incluso ahora; solo me queda hacer conjeturas. Una de esas conjeturas es que, durante mi adolescencia —en mi lucha por liberarme de su amor abrumador—, le infligí profundas heridas emocionales con mis palabras y mis actos; imagino que debió de llorar larga y amargamente en soledad, lejos de mi vista. En aquel entonces, su amor —que, a mis ojos, parecía excesivo— me resultaba una carga inmensa. Me molestaba su constante preocupación, su incesante inquietud y sus reproches. En resumen, anhelaba liberarme —alcanzar la independencia— de su amor desmedido y de su sobreprotección. Así, en mi torpe intento por distanciarme, terminé dirigiéndole muchas palabras duras y tajantes. Desde la perspectiva de mi madre —quien había soportado tantas penurias para traerme a este mundo, y que luchó por criarme en Corea donde, dado que yo era tan enfermizo, me reservaba a mí solo —de entre sus tres hijos— el preciado lujo de comer huevos—, ¿cuáles habrán sido sus sentimientos? Es una madre que aún recuerda vívidamente el día en que emigramos a los Estados Unidos: sin conocer ni una sola letra del alfabeto inglés, yo debía memorizar veinte palabras de vocabulario para un examen que tendría lugar al día siguiente en la escuela primaria; una tarea tan abrumadora que ella me vio sollozar incontrolablemente mientras yo luchaba por grabarlas en mi memoria. Sin embargo, desde mi propia perspectiva, su amor ilimitado e incondicional resultaba tan asfixiante que yo simplemente deseaba liberarme de él: obtener la autonomía para tomar

mis propias decisiones y vivir la vida según mis propios términos. Es más, deseaba profundamente que dejara de estar tan pendiente de mí y de preocuparse por mí de manera tan excesiva. La razón de ello era sencilla: me preocupaba la salud de *ella*. Aún recuerdo vívidamente la imagen de mi madre —cuando yo cursaba la escuela primaria— recibiendo agujas de acupuntura por todo el cuerpo, aplicadas ya fuera por un médico de medicina tradicional coreana o por un anciano de la iglesia, después de haberse desplomado a causa de un derrame cerebral, pese a encontrarse apenas en la flor de sus cuarenta años. Siempre que pienso en mi madre —quien ha estado tomando medicamentos para la presión arterial de manera ininterrumpida desde aquel entonces hasta el día de hoy—, siempre he deseado —y, de hecho, sigo deseando— que ella priorice su propia salud por encima de la mía.

La razón por la que comparto los detalles de mi relación con mi madre con tanta franqueza es la siguiente: aunque creo que el amor de una madre es lo más cercano que el amor humano puede estar del amor de Dios, también creo que si este gran y precioso amor materno no logra reflejar el amor de Dios, se convierte en una fuente de daño, en lugar de un beneficio, para el hijo. Habiendo sentido a un nivel profundamente personal cuán graves pueden ser las consecuencias de un amor materno tan perjudicial —y sintiendo un profundo pesar por ello—, he decidido escribir hoy una breve reflexión bíblica bajo el título: «¡El amor de una madre mundana por su hijo —un amor que no logra asemejarse a Jesús— no es, bajo ningún concepto, lo mismo que amar a un hijo con el amor del Señor!». A continuación de esta reflexión, tengo la intención de poner por escrito algunos de los pensamientos más serios que pesan sobre mi corazón, en un esfuerzo por aportarles cierta claridad y orden:

1. Ante todo —y haciendo honor al título de mi breve reflexión bíblica—, considero que una «madre mundana que no logra asemejarse a Jesús» constituye un problema muy significativo. Por supuesto, un «hijo mundano que no logra asemejarse a Jesús» es también un problema importante; sin embargo, a mi juicio, la madre mundana que no logra asemejarse a Jesús plantea un problema aún mayor que el propio hijo.

2. Aunque sea innegablemente una madre que cree en Jesús, si sus hijos la observan y piensan: «Mi madre ocupa un cargo de servicio en la iglesia y afirma creer en Jesús; sin embargo, no estoy seguro de si verdaderamente cree en Él y confía en Él», entonces creo que —por muy ejemplar que su fe pueda parecer a los ojos de la comunidad eclesiástica o de sus hermanos en la fe— si ella pasa cada día y cada momento en el hogar consumida por la ansiedad, la preocupación y la inquietud respecto a sus hijos, estos tendrían plena justificación para preguntarse: «¿Cree mi madre verdaderamente en el Señor?».

3. En particular, si tal madre ama a sus hijos en un grado excesivo —muy al estilo de la madre de Santiago y Juan— y desea por encima de todo que sus hijos «lleguen a ser grandes y alcancen el rango más elevado»; si anhela tan fervientemente que ellos asciendan por la escalera del éxito mundano y ocupen la cúspide misma del estatus y la posición, que acude al santuario de Dios —muy al estilo de Ana, la madre de Samuel— y suplica a Dios Padre: «Dios, por favor, haz que mi hijo sea la cabeza y nunca la cola» (cf. Deuteronomio 28:13, *The Contemporary Bible*), entonces creo que sus hijos nunca serán capaces de satisfacer los insaciables deseos de su madre. Es más, es probable que sus hijos sufran una profunda culpa debido a su incapacidad para satisfacer plenamente a su madre; atrapados en la mentalidad negativa de que «por más que me esfuerce, nunca podré complacer a mi madre», es probable que luchen significativamente contra una baja autoestima y sentimientos de inferioridad.

4. Creo que un hijo que devalúa su propio valor de esta manera —que se considera a sí mismo insignificante— permanece mental y emocionalmente atado a su madre, enfrentando así un riesgo considerable de ser manipulado. Tal hijo se esforzará por cualquier medio necesario para obtener la aprobación de su madre; sin embargo, cuanto más lo intente, más le dirá la madre insaciable: «Puedes hacerlo aún mejor», deseando que su hijo ascienda cada vez más alto en la escalera del éxito mundano. Creo que las expectativas de tal madre —nacidas de

un amor y una ambición excesivos— son lo suficientemente potentes como para destruir el alma, la mente y las emociones mismas de su hijo.

5. Al observar a los hijos atrapados en una situación tan apremiante, considero el vínculo entre ellos y sus madres como una «relación tóxica»: una relación contaminada por el veneno. Cuanto más derraman estas madres su amor, mayor es el riesgo de que sus hijos resulten profundamente infectados por esta peligrosa toxina. Estos hijos están muriendo lentamente, envenenados por la forma mundana de amor de sus madres; sin embargo, las madres, por su parte, creen sinceramente —y así se lo dicen a sus hijos— que están ofreciendo el amor supremo, el más abnegado posible. Considero que esta es una realidad verdaderamente trágica.

6. ¿Existe algún antídoto para esta relación tóxica entre madre e hijo? Si es así, ¿cuál podría ser ese antídoto? Mi opinión personal es que, ante todo, las madres que aman a sus hijos de esta manera mundana necesitan aprender a amarlos *menos*. Deben dejar de volcar sus vidas enteras en este empeño —creyendo actuar por el propio bien del niño— y poner fin a esta búsqueda incesante y abnegada de amor. Es como si el «motor del amor materno» fuera tan sobredimensionado y potente que, impulsado únicamente por el deseo de beneficiar al niño, lo mantienen en marcha y aceleran con tal furia que, con el tiempo, pierden la capacidad de accionar los frenos. En consecuencia, incluso si alguien les dijera: «Debes amar a tu hijo con abnegación y con tu máximo esfuerzo», parece que, para algunas madres, el mecanismo interno necesario para *detenerse* ya se ha averiado. Por lo tanto, creo que tales madres deben esforzarse activamente por dosificar su amor: amar a sus hijos tan solo un poco menos. Si no se hace esto, creo que el niño corre el riesgo de resultar envenenado: ya sea hundiéndose en tal desesperación que llegue a desear la muerte, o albergando una profunda amargura que lo lleve a odiar a su madre.

7. Las madres que, a pesar de ver a sus hijos asfixiándose, no logran decidirse a dejarlos ir, deben establecer primero cierta distancia, tanto física como temporal. Deben hacerlo, aunque ello requiera un esfuerzo deliberado. Aun si sienten que se les desgarra el corazón, las madres deben establecer límites sanos por el bien de sus hijos. En particular, aquellas madres cuyas relaciones con sus esposos son tensas —lo cual las lleva a volcarse «por completo» en sus hijos— deben aprender a sostenerse por sí mismas ante Dios y, mediante la fe, encomendar a sus hijos a Su cuidado. Las madres que albergan ansiedad al pensar en sus hijos —ansiedad que brota de una falta de confianza en Dios— deben arrepentirse. La razón es que criar a los hijos sin fe es pecado (cf. Romanos 14:23).

8. Las madres que reconocen que el problema en su relación con sus hijos no reside en ellos, sino en ellas mismas, deben acudir ante Dios para resolver esta cuestión. Mientras buscan con sinceridad la gracia del arrepentimiento, deben fijar su mirada —mediante la fe— exclusivamente en Jesucristo, quien fue crucificado y murió por ellas. Mientras se arrepienten con la certeza del perdón, deben esforzarse por profundizar progresivamente en la comprensión de cuán vasto, asombroso y magnífico es verdaderamente el amor de Dios por *ellas*. Solo entonces podrán las madres amar a sus hijos con el propio amor de Dios.

9. Las madres que se dedican al esfuerzo de amar a sus hijos con el amor de Dios lo hacen dejando de lado sus propias fuerzas y confiando, en cambio, en el poder del Espíritu Santo. En consecuencia —guiadas por la enseñanza del Espíritu Santo y por la certeza que Él les brinda— encomiendan a sus hijos a Dios mediante la fe, creyendo que Él los ama incluso más de lo que ellas mismas los aman. Así, por respeto a la individualidad de sus hijos —y reconociendo que han alcanzado una edad en la que pueden tomar sus propias decisiones y asumir la responsabilidad de sus propias vidas—, estas madres los asisten sabiamente para que dejen el hogar paterno y establezcan su independencia.

10. Una madre sabia, llena del Espíritu Santo, llega a conocer el amor de Jesús; y, debido a que lo ama a Él, ama a sus hijos con ese mismo amor de Jesús. Además, manteniéndose firme en su fe en Jesús, ora incesantemente a Dios por sus hijos. Y, habiendo recibido respuesta a sus oraciones, comparte su testimonio con sus hijos con un corazón lleno de gratitud y fe. Mi madre es, precisamente, una madre así.



Cometer pecado es una oportunidad.

«Por tanto, todo fiel ore a ti mientras puedas ser hallado...» (Salmo 32:6a).

Una crisis es una oportunidad. Una crisis es una excelente oportunidad para escuchar la voz de Dios. Un ejemplo claro de esto se encuentra en Oseas 2:14: «Por tanto, he aquí que la seduciré; la llevaré al desierto y le hablaré con ternura». La crisis que sobrevino al pueblo de Israel fue la experiencia de recibir la disciplina de Dios como consecuencia de sus propios pecados. Y esa disciplina tomó la forma de ser conducidos a los «campos agrestes» —es decir, al desierto. Sin embargo, esa misma crisis se convirtió en una oportunidad para ellos; específicamente, una oportunidad maravillosa para escuchar la voz de Dios. Si bien creemos firmemente que una crisis sirve como una gran oportunidad para escuchar la voz de Dios, ¿puede decirse verdaderamente que cometer pecado es también una oportunidad para nosotros? Si, en efecto, es una oportunidad, entonces, ¿qué clase de oportunidad es? Es, de hecho, una oportunidad maravillosa para encontrarse con el Señor (Salmo 32:6).

El pasaje bíblico de hoy, el Salmo 32, es un salmo que David escribió después de haber pecado contra Dios. Fue escrito después de haber cometido adulterio con Betsabé, de haber orquestado la muerte de su esposo —el leal soldado Urías— y de haberse arrepentido posteriormente tras la reprensión del profeta Natán. Mientras meditaba en este salmo, una frase en particular del versículo 6 —la mención de una «oportunidad para encontrarse con el Señor»— resonó profundamente en mi corazón. Y el pensamiento que inmediatamente acudió a mi mente fue este: «Cometer pecado es una oportunidad». Al no haber considerado nunca antes tal noción, me sentí algo perplejo. Incluso me descubrí albergando dudas, preguntándome: «¿Cómo es posible que

cometer pecado pueda considerarse una oportunidad?». En medio de estas circunstancias, mientras meditaba en la totalidad del Salmo 32 —centrándome particularmente en el versículo 6— comencé a percibir, aunque fuera tenuemente, una verdad profunda: que Dios nos concede la oportunidad de encontrarnos con el Señor, incluso a través del mismo acto de cometer pecado. En efecto, ¿con qué clase de Señor podemos encontrarnos?

En primer lugar, cometer pecado presenta una oportunidad para encontrarse con el Señor que «pesa sobre mí». Observe el Salmo 32:4: «Porque día y noche tu mano pesaba sobre mí; mi vitalidad se consumía como con el calor febril del verano». David experimentó la mano del Señor presionando sobre él día y noche cuando dejó de confesar el pecado que había cometido. A menudo reflexiono sobre cuál debió ser el estado de ánimo de David mientras soportaba esa presión. ¿Acaso no estaba apesadumbrado su corazón? Debemos ver esta pesadez de corazón como una bendición. La razón es que, con demasiada frecuencia, no sentimos ninguna pesadez en nuestros corazones ni siquiera después de cometer un pecado. La ausencia de tal pesadez después de pecar indica que estamos tomando a la ligera los pecados que hemos cometido. Esta tendencia a tomar nuestros pecados a la ligera significa, en última instancia, que no estamos viendo nuestras transgresiones desde la perspectiva de un Dios santo. En consecuencia, no solo dejamos de confesar nuestros pecados a Dios, sino que, por el contrario, nos inclinamos a ocultarlos (v. 5). Además, nos volvemos propensos a cometer exactamente los mismos pecados —o similares— una y otra vez. Por lo tanto, considero una gran bendición cuando, habiendo pecado, la mano del Señor presiona sobre nosotros y pesa fuertemente sobre nuestros corazones. Incluso en el acto mismo de pecar, deberíamos experimentar la realidad de la mano del Señor presionando sobre nosotros día y noche.

En segundo lugar, cometer un pecado presenta una oportunidad para encontrarnos con el Señor, quien escucha nuestras oraciones y las responde. Observe de nuevo el Salmo 32:6: «Por eso, que todos los fieles oren a ti mientras puedas ser hallado». Después de cometer su pecado y recibir la reprensión del profeta Natán, David —con el corazón

apesadumbrado— confesó su pecado a Dios y se arrepintió. Y recibió la respuesta de Dios a su oración. Recibió el perdón de sus pecados. Amigos, cometer un pecado es una oportunidad inmejorable para ofrecer una oración de arrepentimiento a Dios. Además, es una oportunidad maravillosa para encontrarnos con el Señor, quien escucha y responde nuestras oraciones. Por lo tanto, debemos aprovechar la oportunidad para encontrarnos con el Señor y orar a Él.

En tercer lugar, cometer un pecado es una oportunidad para que nos encontremos con el Señor, quien nos protege y nos libra en tiempos de angustia. Consideremos el Salmo 32:7: «Tú eres mi refugio; me protegerás de la angustia y me rodearás con cánticos de liberación». Como consecuencia del pecado que había cometido, David fue perseguido por su propio hijo, Absalón, y se vio obligado a huir hacia el desierto de Judá. En medio de esta dura prueba, David se encontró con el Señor: Aquel que se convirtió en su refugio, Aquel que lo protegió y Aquel que lo libró. En particular, cuando el Señor libró a David, no se limitó a rescatarlo de las manos de su adversario, Absalón, sino que también lo libró del propio pecado que había cometido. Así como David se encontró con este Señor de la liberación, nosotros también podemos encontrarnos con ese mismo Señor de la liberación. Cuando pecamos contra Dios —cuando Él ejerce presión sobre nosotros y carga nuestros corazones para impulsarnos a confesar nuestros pecados y elevar oraciones de arrepentimiento—, el Señor oirá y responderá nuestras oraciones, y nos librará. Debemos encontrarnos con este Señor de la liberación. En cuarto lugar, cometer pecado nos brinda la oportunidad de encontrarnos con el Señor, quien fija su mirada en nosotros para instruirnos y amonestarnos.

Consideremos el Salmo 32:8: «Te instruiré y te enseñaré el camino que debes seguir; te aconsejaré con mi mirada amorosa puesta en ti». Tras cometer un pecado contra Dios, David se encontró con el Señor: Aquel que fijó su mirada en él para ofrecerle instrucción y amonestación. ¿Acaso no es esto asombroso? ¿Cómo es posible que el santo Señor fije su mirada en un transgresor pecador? El Señor es santo, mientras que nosotros somos pecadores; ¿por qué, entonces, fija el Señor su mirada en nosotros para instruirnos y amonestarnos? Lo verdaderamente insondable es el hecho de que el

Espíritu Santo —el Espíritu del Dios santo— more en nuestro interior (y entre nosotros) incluso en el momento en que cometemos pecado. Así como el Dios santo fijó su mirada en David para instruirlo y amonestarlo, ese mismo Señor fija hoy su mirada en nosotros para ofrecernos instrucción y amonestación. Por consiguiente, tenemos el privilegio de gozar de la bendición de encontrarnos con este Señor, incluso después de haber cometido un pecado.

En quinto lugar, cometer pecado nos brinda la oportunidad de encontrarnos con el Señor en su amorosa bondad. Consideremos el Salmo 32:10: «Muchos son los dolores del impío, pero el amor inagotable rodea a quien confía en el Señor». David experimentó el *hesed* del Señor: Su amor inagotable. David experimentó el amor del Señor como algo constante e inmutable; y aunque él mismo falló en amar al Señor con tal constancia —cometiendo así pecado contra Él—, el Señor, no obstante, continuó amándolo con una constancia inquebrantable. De este modo, David se encontró con el Señor de tal amor. En consecuencia, llegó a depositar una confianza aún mayor en el Señor: Aquel cuyo amor es fiel. ¿Acaso no deberíamos nosotros, del mismo modo, depositar nuestra confianza cada vez más profundamente en ese mismo Señor?

Quisiera dar por concluida esta meditación sobre la Palabra. David, tras haber cometido pecado, exclamó finalmente: «¡Alégrense en el SEÑOR, ustedes los justos, y den gracias al recordar Su santo nombre!» (Versículo 11). ¿Por qué exclamó David de esta manera? Fue porque su corazón estaba colmado de gozo y alegría. Fue porque David se había encontrado con el Señor: Aquel que aligeró las cargas que pesaban sobre él, que escuchó y respondió sus oraciones, que lo protegió y lo libró en tiempos de tribulación, que veló por él y lo instruyó, y que lo amó con una fidelidad inquebrantable. Oro fervientemente para que nosotros también —habiendo encontrado a este mismo Señor después de haber cometido pecado— podamos, de igual manera, regocijarnos y hallar nuestro deleite en Él.

El dolor del corazón, la alegría del corazón

[Proverbios 14:10-35]

Hermanos, ¿están sus corazones llenos de alegría o de dolor en este momento? Si sus corazones sufren, ¿por qué sufren? Si sus corazones están alegres, ¿por qué están alegres? Me viene a la mente el dicho: «La pena compartida se reduce a la mitad, y la alegría compartida se duplica». Sin embargo, ¿estamos usted y yo compartiendo realmente —y de buena manera— las penas o las alegrías que cada uno experimenta en la vida con las personas amadas que nos rodean? Quizás se nos da bastante bien compartir nuestras alegrías con los demás, pero sospecho que, por alguna razón, no somos muy buenos para compartir nuestras propias penas. Creo que una de las razones de esto es que pensamos que, incluso si compartimos nuestras penas, la otra persona no comprenderá plenamente la tristeza de nuestros corazones. Y, personalmente, creo que esa razón es válida. Nadie puede comprender plenamente el dolor que cada uno de nosotros está experimentando. Esto se aplica no solo al dolor, sino también a la alegría. Creo que nadie puede comprender plenamente el dolor o la alegría que habita en el interior de cada uno de nuestros corazones. Si nosotros, como un solo cuerpo, no podemos comprender plenamente ni siquiera a nuestro propio cónyuge —nuestra esposa o esposo—, creo que los miembros de la iglesia, que se han convertido en un solo cuerpo en el Señor, tampoco pueden comprender plenamente el dolor o la alegría que hay en el corazón de cada uno de nosotros. No obstante, al observar Romanos 12:15, la Biblia nos dice: «Alégrense con los que se alegran; lloren con los que lloran». ¿Cuál es la razón de esto? Al reflexionar sobre el motivo de esta instrucción, recordé las palabras que se encuentran en Hebreos 4:15: «Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que ha sido tentado en todo, tal como nosotros, aunque sin pecado». Creo que esto se debe a que Dios desea

que los miembros de nuestra iglesia se compadezcan unos de otros, tal como lo hace Jesús, nuestro Sumo Sacerdote. Por lo tanto, la iglesia necesita edificarse como una comunidad que se alegra junta y sufre junta.

Al observar el pasaje de las Escrituras de hoy —Proverbios 14:10—, la Biblia declara: «Cada corazón conoce su propia amargura, y nadie más puede compartir su alegría». Centrándonos hoy en este versículo, y bajo el título «El dolor del corazón, la alegría del corazón», me gustaría considerar uno o dos puntos y recibir las lecciones que Dios nos ofrece, tanto a ustedes como a mí.

En primer lugar, consideremos el «dolor de nuestros corazones». Me gustaría explorar cerca de ocho situaciones específicas en las que nuestros corazones experimentan dolor:

Primero, nuestros corazones se llenan de dolor cuando nuestra «casa» se desmorona.

Por favor, observen la primera parte de Proverbios 14:11, nuestro pasaje de hoy: «La casa de los impíos será destruida...». Según un comentario bíblico, la palabra «casa» aquí puede referirse a los miembros de la familia de uno, pero también puede significar las posesiones o la riqueza material de la persona (Walvoord). Si esa interpretación es correcta, la primera parte del versículo 11 implica que la casa de los impíos —es decir, sus familiares o sus posesiones— será, en última instancia, destruida. La Biblia nos dice que, aunque a nosotros los cristianos —mientras vivimos en este mundo— nos pueda parecer que los impíos prosperan, tal prosperidad es meramente temporal (cf. Salmo 73). Por lo tanto, no debemos olvidar el hecho de que, incluso si la casa de los impíos parece prosperar por un tiempo, finalmente enfrentará la destrucción. ¿Cuál es la causa de esto? Es, precisamente, la maldad del malhechor. Dios —quien es santo y justo— traerá ruina sobre la casa de los impíos a causa de su iniquidad.

He aplicado este pasaje a nosotros los cristianos: los justos. Al hacerlo, me di cuenta de que si nosotros, los creyentes, albergamos pecados no arrepentidos dentro de nuestros hogares —pecados por los cuales no hemos recibido el perdón de Dios—, entonces

nuestros propios hogares también están destinados a desmoronarse. La raíz del problema reside en nuestro pecado. Si no nos arrepentimos de nuestros pecados, nuestros hogares sufrirán inevitablemente las consecuencias de ese pecado. Una de esas consecuencias es que nuestras vidas se volverán miserables y desamparadas. Observen la parte final del texto de hoy, Proverbios 14:34: «...el pecado es una deshonra para cualquier pueblo». ¿Qué significa esto? Aquí, la frase «ser una deshonra» se refiere a un estado de «carencia» o «indigencia». En otras palabras, esto significa que si un pueblo está sumido en el pecado, sus vidas se volverán desdichadas (Park Yun-sun). Por supuesto, este versículo habla principalmente de cómo los ciudadanos de una nación pueden enfrentar la indigencia en sus vidas como consecuencia del pecado. Sin embargo, creo que este principio se aplica por igual a nuestros propios hogares. Si nuestros hogares están llenos de pecado, nuestras vidas familiares también están destinadas a volverse desdichadas. Otra forma de sufrimiento que nuestras familias pueden padecer a causa del pecado es la experiencia de la vergüenza o el deshonor. Observemos la última parte del versículo 35: «...un siervo que trae vergüenza incurrirá en su ira». Si bien este versículo se refiere específicamente a un funcionario gubernamental que trae deshonra a una nación, al aplicar este principio al contexto familiar, sugiere que si un hogar está plagado de pecado, sus miembros no solo enfrentarán la indigencia en su vida cotidiana, sino que toda la familia podría verse expuesta a la vergüenza pública. Por ejemplo, cuando los hijos se desvían y cometen muchos pecados, no solo traen deshonra a sus padres y vergüenza a su hogar; sino que, a la inversa, cuando son los padres quienes cometen muchos pecados, ellos también pueden traer deshonra a sus hijos e infligir una profunda vergüenza a la familia. Creo que este es precisamente el tipo de hogar al que nos referimos como una «familia disfuncional». Queridos amigos, si nuestro hogar se está convirtiendo en una familia disfuncional de este tipo debido al peso de muchos pecados, sin duda experimentaremos una profunda angustia en nuestros corazones. ¿Qué debemos hacer, entonces? Debemos confiar en la preciosa sangre derramada en la Cruz de Jesús para exponer ante Dios cada pecado —tanto los nuestros como los de nuestra familia—, y debemos arrepentirnos. Cuando así lo hagamos, Dios perdonará nuestros pecados y los pecados de nuestro hogar, cubriéndolos todos por

completo. Como resultado, Dios transformará la angustia de nuestros corazones, llenándolos en su lugar de gozo y alegría.

En segundo lugar, experimentamos angustia en nuestros corazones cuando recorremos un camino que parece correcto a nuestros propios ojos, pero que, sin embargo, no es el camino correcto a los ojos de Dios.

Por favor, observen el pasaje bíblico de hoy, Proverbios 14:12: «Hay un camino que al hombre le parece recto, pero al final conduce a la muerte». Esta misma afirmación se repite textualmente en Proverbios 16:25. El rey Salomón —el sabio— declaró: «Hay un camino que al hombre le parece recto, pero al final conduce a la muerte». Sin embargo, cuando aplicamos esta afirmación al propio rey Salomón, creo que el camino que le pareció correcto a sus propios ojos fue su decisión de «amar a muchas mujeres extranjeras, además de la hija del faraón» (1 Reyes 11:1) y de entablar relaciones con ellas (v. 2). Aunque Dios había advertido claramente al pueblo de Israel que, si se mezclaban con extranjeros, estos desviarían los corazones de los israelitas para que siguieran a sus propios dioses (v. 2), el rey Salomón, no obstante, amó y buscó relaciones con muchas mujeres extranjeras porque creyó que aquello era correcto a sus propios ojos (v. 2). ¿Cuál fue el resultado? Miren 1 Reyes 11:4: «Cuando Salomón envejeció, sus mujeres desviaron su corazón tras otros dioses, y su corazón no fue plenamente devoto al SEÑOR su Dios, como lo había sido el corazón de David, su padre. Siguió a Astoret, la diosa de los sidonios, y a Moloc, el detestable dios de los amonitas». En última instancia, incluso el rey Salomón —tan renombrado por su sabiduría— cayó en la idolatría y pecó contra Dios en su vejez. Aunque Dios se le había aparecido dos veces anteriormente en su vida y le había ordenado: «No sigas a otros dioses» (vv. 9–10), el rey Salomón no obedeció el mandato de Dios (v. 10). Creo que, aunque tardíamente, finalmente llegó a darse cuenta de que el camino que había elegido —el camino que le pareció correcto a sus propios ojos— era, de hecho, un camino que conducía a la muerte. Amigos, si observamos la primera parte de Proverbios 15:25, la Biblia afirma: «El Señor derriba la casa de los soberbios». Debido a que el soberbio Salomón desestimó las advertencias de Dios y desobedeció Sus mandamientos —cometiendo así pecado—,

Dios dividió la nación de Israel en dos durante el reinado del hijo de Salomón, Roboam. Al reflexionar sobre el hecho de que una sola nación quedara así dividida en dos, recuerdo las palabras que Jesús pronunció en Marcos 3:24–26: «Si un reino está dividido contra sí mismo, ese reino no puede permanecer. Y si una casa está dividida contra sí misma, esa casa no puede permanecer. Y si Satanás se ha levantado contra sí mismo y está dividido, no puede permanecer, sino que está llegando a su fin». Si nuestro propio hogar está dividido contra sí mismo, nuestra casa no podrá mantenerse firme. Si existe conflicto dentro de nuestra familia, cada miembro de la misma estará destinado a sufrir una profunda angustia de corazón. Amigos, si incluso el rey Salomón —reputado como el hombre más sabio del mundo— llegó a darse cuenta de que el camino que eligió (desestimar la Palabra de Dios porque le parecía correcto a sus propios ojos) conducía, en última instancia, a la muerte; y si ahora nos declara en el texto de hoy —Proverbios 14:12— que «hay un camino que al hombre le parece recto, pero su fin es camino de muerte», entonces, ¿cómo debemos recibir este mensaje? Debemos tomar cada camino —incluso aquel que parece correcto a nuestros propios ojos— y confrontarlo con la Palabra de Dios, examinándolo una y otra vez para determinar si el camino que nos parece correcto es, de hecho, correcto también a los ojos de Dios. Al realizar este examen, si el Espíritu Santo —obrando a través de la Palabra de Dios— revela a nuestros corazones que el camino que percibimos como correcto no es, en realidad, correcto a la vista de Dios, entonces debemos apartarnos de ese camino. Cuando así lo hagamos, Dios transformará la angustia de nuestros corazones y los llenará de gozo.

En tercer lugar, cuando perseguimos los placeres de este mundo, nuestros corazones se llenan de angustia. Observemos el pasaje bíblico de hoy, Proverbios 14:13: «Aun en la risa puede doler el corazón, y el fin de la alegría puede ser la tristeza». Este versículo indica que los placeres propios de este mundo no son ni puros ni perdurables. Significa que la aflicción sigue inevitablemente a los placeres de este mundo; es decir, a la gratificación de la carne (Park Yun-sun). Consideremos al rey Salomón. ¿Acaso no consideró él, a sus propios ojos, correcto tomar a muchas mujeres extranjeras como esposas y concubinas —manteniéndolas a su lado—, solo para terminar cometiendo, en su vejez, el pecado de adorar a sus ídolos? ¿Cuánta risa y deleite debió haber

experimentado al principio, cuando reunió por primera vez a todas esas mujeres extranjeras como sus esposas y concubinas? Sin embargo, cuando consideramos cuánta angustia y dolor debió haber soportado el rey Salomón más tarde a causa de ellas, no podemos menos que coincidir con la verdad de que la aflicción sigue inevitablemente a los placeres carnales de este mundo. Incluso al mirar atrás, a mi propia vida pasada, no puedo menos que estar de acuerdo con las palabras del versículo 13 del pasaje de hoy. Aunque en el pasado busqué sentido, felicidad y alegría en este mundo, lo que este mundo terminó dándome fue tristeza y lágrimas. Recuerdo vívidamente haber sentido esta verdad con suma intensidad —la verdad de que todo lo que este mundo puede ofrecerme es tristeza y lágrimas— cuando asistí a los funerales de dos amigos con quienes solía relacionarme, ambos muertos a tiros.

Al observar Proverbios 14:16, en el pasaje de hoy, la Biblia afirma: «El sabio teme al Señor y se aparta del mal, pero el necio es impetuoso y temerario». La Biblia nos dice que el necio, al carecer de la sabiduría para temer a Dios, deposita su confianza únicamente en sí mismo; en consecuencia, lleva una vida temeraria en este mundo, cometiendo diversos pecados. Así pues —como indica el versículo 17 del pasaje de hoy—, en su búsqueda de placeres mundanos y de un estilo de vida disoluto, se encoleriza con facilidad y con frecuencia incurre en actos insensatos. Además —tal como se señala en la segunda parte del versículo 29—, la Biblia revela que el necio, al ser impaciente de espíritu, pone de manifiesto su propia necedad. En última instancia, hace de la necedad su herencia (v. 18a). Para tal necio —aunque exteriormente sonría y parezca alegre—, lo único que permanece al final son la ansiedad y la tristeza en su corazón. Consideremos Proverbios 15:13: «El corazón alegre hermosea el rostro, mas por el dolor del corazón el espíritu se abate». Al reflexionar sobre este versículo, me pregunto si muchos cristianos —en lugar de poseer esa alegría interior que hace resplandecer el rostro— llevan, por el contrario, esa clase de sonrisa que oculta un corazón afligido, tal como se describe en el pasaje de hoy (Proverbios 14:13). Por esta razón, siempre que me encuentro personalmente con personas que sonríen constantemente, hago una pausa para reflexionar. La razón es que, detrás de sus rostros perpetuamente sonrientes, bien podría haber un destello de ansiedad. Cuando observo

a hermanos en la fe cuyos rostros sonrientes no irradian luz verdaderamente, a veces me pregunto si simplemente están intentando enmascarar la tristeza o la ansiedad que se ocultan en sus corazones. El punto crucial es este: cuando nuestros corazones están colmados de la alegría y el gozo que Dios nos brinda, nuestros rostros resplandecerán de verdad. Sin embargo, si perseguimos la alegría y el placer que este mundo ofrece, terminaremos inevitablemente destinados a sufrir angustia en nuestros corazones, agobiados por la tristeza y la ansiedad.

En cuarto lugar, si nuestros corazones se vuelven descarriados, se llenarán de angustia.

Por favor, observen la primera mitad del pasaje bíblico de hoy, Proverbios 14:14: «El descarriado de corazón se saciará de sus propios caminos...». Aquí, la frase «descarriado de corazón» significa literalmente «volver atrás (a viejos hábitos malvados)» o «apostatar» (Walvoord). Aunque sería ideal que nuestra fe continuara creciendo y transformándose después de llegar a creer en Jesús y emprender la vida cristiana, hay momentos en los que descubrimos que, en algún punto, nuestro crecimiento espiritual parece haberse estancado —o, peor aún, que en realidad estamos retrocediendo. Creo que esto es una señal de que nos estamos alejando de Dios. Una de las consecuencias negativas que a menudo se manifiesta en tales momentos es que nos apartamos de la verdad, perseguimos falsedades y, en realidad, comenzamos a vivir una vida engañosa. Amigos, si nuestros corazones se vuelven descarriados, nos alejaremos de Dios, creyendo en mentiras, persiguiendo falsedades y viviendo una vida de engaño. Al observar la segunda mitad del versículo 25 del pasaje de hoy, la Escritura afirma: «El que respira mentiras es engañoso». Y este engaño cala hondo; si nuestros corazones están descarriados, albergamos planes malvados en nuestras mentes (6:18). En otras palabras, tramamos internamente formas de dañar a los demás (Park Yun-sun). Además, ideamos el mal (14:22). Si, en efecto, estamos ideando el mal y tramando planes perversos de esta manera, no existe absolutamente ninguna posibilidad de que nuestros corazones descarriados encuentren gozo. Por el contrario, un corazón descarriado se llena de angustia. ¿Cuál es la razón de esto? La razón es que Dios nos juzgará según nuestras obras. En otras palabras, es porque Dios nos retribuirá de

acuerdo con nuestras acciones (la primera mitad del versículo 14). El Dr. Park Yun-sun afirmó lo siguiente: «Después de que una persona comete un pecado, es posible que logre encubrirlo por un tiempo sin arrepentirse de él. Sin embargo, sin duda llegará el día en que ese pecado clame y se apodere de ella (Santiago 5:4; Génesis 4:10). En otras palabras, el pecador debe tomar la iniciativa de sacar a la luz su propio pecado y resolver el asunto mediante el arrepentimiento. Si no lo hace y simplemente lo pasa por alto, ese pecado inevitablemente lo alcanzará y le exigirá retribución» (Park Yun-sun). Creo que estas son palabras con las que resulta imposible no estar de acuerdo. La aseveración de que, si no nos arrepentimos de nuestros pecados, estos terminarán por alcanzarnos y exigirnos retribución —esta afirmación resuena conmigo en un nivel, pero, en otro, me llena de temor. La razón de ello es que el pecado del cual no nos hemos arrepentido conlleva inevitablemente consecuencias. Por ejemplo, consideremos las palabras pronunciadas por Jacob —aquel personaje del libro del Génesis en el Antiguo Testamento que tanto engañó a otros como fue engañado él mismo— cuando descendió a Egipto y se presentó ante el faraón, rey de Egipto: «...Los años de mi peregrinaje son ciento treinta. Mis años han sido pocos y difíciles, y no igualan los años del peregrinaje de mis padres...» (Génesis 47:9). Al reflexionar sobre esta confesión de Jacob, recordé el pasaje de Génesis 37:34-35. Cuando Jacob vio la túnica de muchos colores de José —manchada con la sangre de un cabrito—, «rasgó sus vestiduras, se vistió de cilicio y guardó luto por su hijo durante mucho tiempo»; sin embargo, Jacob se negó a aceptar consuelo alguno de parte de sus hijos. Declaró: «Descenderé al sepulcro guardando luto por mi hijo», y continuó llorando por José. ¿Qué lección nos ofrece esto? Nos enseña que, cuando nuestros corazones se pervierten —llevándonos a apartarnos de Dios, a decir mentiras y a engañar a otros—, tales acciones engañosas de nuestra parte resultarán, con total certeza, en consecuencias. El resultado es que uno no solo termina siendo engañado a sí mismo, sino que también se ve inevitablemente sumido en la angustia mental y el dolor. Por lo tanto, para evitar vernos sumergidos en tal dolor y aflicción, debemos acercarnos a Dios de manera continua y fiel, asegurándonos de que nuestros corazones no se depraven. Al hacerlo, podemos impedir caer en la corrupción. Además, a medida que nos acercamos a Dios, se nos concede la gracia de reconocer

nuestros pecados y arrepentirnos. En consecuencia, Dios transformará la angustia de nuestro corazón en gozo.

En quinto lugar, nuestros corazones sufren cuando creemos cada palabra que escuchamos.

Por favor, observemos la primera parte del pasaje bíblico de hoy, Proverbios 14:15: «El simple cree toda palabra...». Aquí, el término «simple» se refiere a una persona que es «excesivamente inocente» (debido a la falta de experiencia o conocimiento), «ingenua» (hasta el punto de carecer de juicio) o «crédula»: alguien que se apresura a confiar en los demás y es fácilmente engañado. Tal persona es fácilmente influenciable por otros (Walvoord). Si volvemos a mirar la segunda parte de Proverbios 14:8 —un pasaje sobre el cual ya hemos meditado—, la Biblia afirma: «...la necedad de los necios es engaño». ¿Qué significa esto? Significa que la necedad del necio no solo implica engañar a otros, sino que también tiene como resultado que el propio necio sea engañado. Así, la persona «simple» —siendo alguien que se apresura a confiar y es fácilmente extraviado— cree cada palabra que pronuncian los demás (14:15). Un ejemplo claro de esto se encuentra en Proverbios 7:7 en adelante —un pasaje que ya hemos examinado anteriormente—, el cual describe a un joven necio y falto de entendimiento (v. 7) que cae presa de las artimañas seductoras de una mujer astuta (v. 5). El joven, influenciado por el alboroto de aquella mujer astuta (v. 11) —seducido por su habla suave y atraído por la lisonja de sus labios (v. 21)— la siguió tal como un buey va al matadero, o como un necio va a ser atado con cadenas para recibir su castigo (v. 22). ¿Cuál fue el desenlace? Las Escrituras nos dicen que el resultado fue su ruina total: ser derribado e incluso enfrentarse a la muerte misma (vv. 26–27). Si somos excesivamente ingenuos —demasiado prestos a confiar en los demás y fáciles de engañar—, inevitablemente sufriremos angustia en nuestros corazones. Necesitamos sabiduría. Debemos buscar la sabiduría que proviene de Dios. Por lo tanto, fortalecidos por la sabiduría que Dios nos concede, debemos escuchar las palabras de los demás con un discernimiento cuidadoso. Debemos ejercer discreción al escuchar lo que otros dicen. Al hacerlo, podremos ahorrarnos el dolor de un corazón afligido.

En sexto lugar, experimentamos angustia en nuestros corazones cuando somos odiados por nuestros vecinos.

Por favor, dirijan su mirada al texto de hoy, Proverbios 14:20: «El pobre es despreciado aun por su vecino, pero el rico tiene muchos amigos». Jesús nos mandó: «Ama a tu prójimo como a ti mismo» (Mateo 22:39). Sin embargo, aunque sabemos que debemos obedecer este mandamiento de Jesús, mostramos parcialidad en la manera en que amamos a nuestros vecinos. ¿De qué manera, exactamente, mostramos tal parcialidad? Juzgamos a las personas por su apariencia externa (Santiago 2:1; cf. Juan 7:24). Así, cuando «entra en» la asamblea de la iglesia «un hombre con anillo de oro y ropa fina» (v. 2), ustedes dicen: «Siéntate aquí, en un buen lugar» (v. 3); pero cuando «entra un hombre pobre con ropa sucia» (v. 2), ustedes dicen: «Ponte de pie allá», o «Siéntate aquí, a los pies de mi estrado» (v. 3). Tal comportamiento constituye discriminación entre ricos y pobres; implica emitir juicios con malas intenciones (v. 4) y mostrar desprecio hacia los pobres (v. 6). Según las Escrituras, esto es pecado. En otras palabras, mostrar parcialidad hacia las personas basándose en su apariencia externa es un pecado contra Dios (v. 9).

Al observar la primera parte del texto de hoy —Proverbios 14:21—, la Biblia declara: «El que desprecia a su prójimo, peca». Aquí, «su prójimo» se refiere específicamente a «los pobres» mencionados en la primera mitad del versículo 20, o a «los necesitados» mencionados en la segunda mitad del versículo 21. En este mundo pecaminoso, los pobres y los necesitados no solo son odiados por la sociedad (v. 20), sino que también son tratados con desprecio (v. 21). Es más, incluso son objeto de maltrato (v. 31). En consecuencia, creo que estamos presenciando un fenómeno social generalizado en el que los pobres y los necesitados albergan envidia hacia los ricos. De hecho, la segunda mitad del versículo 30 del texto de hoy declara: «La envidia es carcoma de los huesos»; sin embargo, sospecho que en nuestra sociedad actual, los pobres y los necesitados están haciendo exactamente eso: envidiar a los ricos. En última instancia, en una sociedad donde las personas se envidian, se odian, se desprecian y se maltratan

mutuamente de esta manera, no puede haber paz; solo dolor y aflicción. Aunque la sociedad en la que vivimos funcione de este modo, la comunidad de la iglesia debe ser diferente. Dentro de la comunidad eclesial, no debemos hacer distinciones —ni discriminar— entre los pobres y los ricos mostrando parcialidad. Si la discriminación y el favoritismo existen incluso dentro de la iglesia, nuestros hermanos y hermanas pobres y desposeídos sufrirán inevitablemente una profunda angustia en sus corazones, sintiendo como si fueran despreciados. Para asegurar que tales cosas no ocurran, debemos abstenernos de juzgar a las personas por su apariencia externa o de discriminarlas, ya sea dentro o fuera de la iglesia. Además, no debemos mostrar favoritismo. Por el contrario, en obediencia al mandamiento de Jesús, debemos amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Cuando así lo hagamos, el sufrimiento interior se desvanecerá y nuestros corazones se llenarán de gozo y alegría.

En séptimo lugar, cuando nos limitamos a hablar sin actuar, nuestros corazones sufren angustia.

Por favor, observen la segunda parte del pasaje bíblico de hoy, Proverbios 14:23: «…el mero hablar conduce únicamente a la pobreza». Aquí, la expresión «mero hablar» se refiere a hablar sin llevar las palabras a la acción (Job 11:2; Isaías 36:5) (Park Yun-sun). El texto de hoy afirma que aquellos que solo hablan con sus labios, pero no actúan, no conseguirán otra cosa que pobreza (Prov 14:23). En efecto, ¿qué clase de pobreza atrae sobre sí misma una persona que habla sin actuar? El Dr. Park Yun-sun identificó una o dos formas específicas:

(1) Dicha persona se empobrece en su vida material.

La razón de esto es que se trata de individuos perezosos que se limitan a deambular conversando en lugar de trabajar. Además, dado que la persona perezosa transgrede el mandato divino de trabajar con diligencia (Gén 3:19), sufre la pobreza como un castigo divino.

(2) La persona perezosa que habla sin actuar también se empobrece en su vida espiritual.

Consideren esto por un momento: si uno se limita a hablar sobre asuntos espirituales, pero no vive conforme a la Palabra de Dios, ¿cómo podría su vida espiritual llegar a ser rica y abundante? La inquietante realidad es que, a pesar de ser plenamente conscientes de estos hechos, parece que a menudo seguimos recorriendo el camino hacia la pobreza —tanto en nuestra vida material como en la espiritual— en lugar de buscar activamente la abundancia. En otras palabras, aunque sabemos que no debemos limitarnos a hablar con los labios, sino que debemos traducir nuestras palabras en acciones, sospecho que a menudo terminamos haciendo nada más que *hablar* precisamente sobre ese hecho. Parece que nosotros, en nuestra fragilidad humana, somos rápidos para hablar, pero lentos para actuar. En consecuencia, la segunda parte del pasaje bíblico de hoy —Proverbios 14:24— declara: «La posesión de los necios es pura necedad». ¿Qué significa esto? Una persona necia es aquella que, incluso después de reconocer sus propios errores, no logra corregirlos y continúa actuando con insensatez. Por consiguiente, dicha persona está destinada a sufrir angustia en su corazón. No debemos ser personas que se limitan a hablar, pero no actúan. Más bien, debemos cultivar el hábito de traducir nuestras palabras en acción de manera inmediata. Cuando vivimos una vida en la que nuestras palabras y nuestros hechos están en armonía, hallaremos gozo en nuestros corazones.

Finalmente —y en octavo lugar— experimentamos angustia en nuestros corazones cuando no logramos arrepentirnos hasta el final mismo.

Por favor, observen la primera mitad del pasaje bíblico de hoy, Proverbios 14:32: «El impío es derribado en su aflicción...». Aquí, el término «el impío» se refiere al pecador impenitente que persiste en su maldad hasta el final mismo. Además, la frase «es derribado» conlleva el significado de ser «expulsado» —específicamente, ser arrastrado a la fuerza (según Park Yun-sun). En otras palabras, significa que la persona impía que se niega a arrepentirse es lanzada de cabeza hacia la tribulación. Un Dios santo y justo juzga al pecador impenitente permitiendo que la tribulación lo envuelva, manifestando

así Su propia gloria. Amigos, cuando cometemos un pecado pero no logramos arrepentirnos de esa transgresión, inevitablemente enfrentamos la tribulación. El problema, sin embargo, es este: incluso mientras sufrimos la tribulación provocada por nuestros pecados de los que no nos hemos arrepentido —e incluso mientras suplicamos a Dios que nos libre de esa angustia— a menudo no logramos reconocer la necesidad de arrepentirnos precisamente de esos pecados. Es más, cuando nuestras fervientes súplicas de liberación quedan sin respuesta —y, por consiguiente, permanecemos atrapados en nuestra tribulación— podemos llegar incluso a guardar resentimiento contra Dios. En última instancia, debido a que no logramos reconocer nuestros pecados ni arrepentirnos de ellos a través del crisol de la tribulación, terminamos pecando aún más contra Dios. Como resultado, experimentamos una angustia cada vez más profunda en nuestros corazones. Hermanos y hermanas, cuando enfrentamos la tribulación como consecuencia de nuestros pecados, debemos examinarnos a nosotros mismos ante el Dios santo para ver si hay pecados que hayamos cometido contra Él y de los cuales aún no nos hayamos arrepentido. Cuando hacemos esto —y cuando Dios el Espíritu Santo expone nuestros pecados y los trae a nuestra conciencia— debemos confiar en el poder de la preciosa sangre derramada en la cruz de Jesús para confesar nuestros pecados a Dios con todo detalle y arrepentirnos. Nuestro Dios ciertamente perdonará nuestros pecados y nos aceptará. Cuando eso suceda, nuestros corazones se llenarán hasta rebosar de paz y gozo. Finalmente, el tema que deseamos considerar es la «alegría de nuestros corazones». Exploraremos este tema examinando cerca de siete situaciones específicas en las que nuestros corazones experimentan gozo:

En primer lugar, nuestros corazones se llenan de alegría cuando nuestra «tienda» prospera.

Por favor, observen la segunda mitad del pasaje bíblico de hoy, Proverbios 14:11: «...pero la tienda de los rectos florecerá». La casa del impío está destinada a caer en la ruina. La Biblia nos dice (en la primera mitad del versículo 11) que su hogar no solo soportará las adversidades de la vida, sino que también enfrentará la deshonra. Sin embargo, la segunda mitad del versículo 11 afirma que la tienda de los rectos florecerá. ¿Qué significa

esto? Significa que la persona recta —es decir, aquella que confiesa sinceramente sus pecados, deposita su fe en el Señor y recibe Su justicia (tal como señala Park Yun-sun)— vive con su esperanza puesta en el Reino de los Cielos; por lo tanto, habita en una «tienda». Por supuesto, esto no significa que todos debamos vender nuestras casas y vivir literalmente en tiendas de campaña. El rey Salomón, el sabio, tras haber hablado de «la casa del impío», eligió deliberadamente hablar de la «tienda» de los rectos en lugar de su «casa». La razón es que los rectos no depositan su esperanza en esta tierra ni viven con sus mentes fijas en las cosas terrenales; más bien, ponen su mente en las cosas de arriba, depositando su esperanza en el Reino de los Cielos y viviendo en pos de las realidades eternas. Por consiguiente, la Biblia declara que sus tiendas florecerán.

Amigos míos, somos personas de fe que peregrinan hacia una patria mejor (cf. Hebreos 11). Este mundo no es nuestro verdadero hogar. El hogar en el que estamos destinados a habitar eternamente es el hogar en el Cielo. Por lo tanto, mientras vivimos en esta tierra, debemos poner nuestra esperanza en el Cielo y vivir en pos de las cosas de la vida venidera. Cuando así lo hacemos, Dios hará que nuestras vidas florezcan. Al propiciar este florecimiento, Dios concederá prosperidad y estabilidad a nuestros hogares y a nuestras iglesias (Walvoord). Creo que este mismo principio se aplica también a una nación. Cuando el presidente de una nación y sus gobernantes son íntegros —gobernando el país con rectitud y justicia—, esa nación se establecerá como una "nación de justicia" (v. 34). La Biblia nos enseña que, cuando se establece tal nación de justicia, su población aumentará (v. 28a) y Dios exaltará a esa nación (otorgándole "gloria"). Aquellos que son íntegros —ya sea que residan en una nación así, en una iglesia o en un hogar caracterizado por tal prosperidad y estabilidad— vivirán sus días experimentando el verdadero gozo y deleite que Dios otorga.

En segundo lugar, cuando vivimos con sinceridad, nuestros corazones se llenan de gozo.

Por favor, observen la parte final del texto de hoy, Proverbios 14:14: "...y el hombre bueno será recompensado conforme a sus obras". Si nuestros corazones son descarriados (v. 14a), nos alejaremos de Dios, creyendo en falsedades, persiguiendo el engaño y

viviendo una vida de impostura. Es más, podríamos proferir mentiras y engañar a otros. Cuando incurrimos en tal engaño —y particularmente si nuestros corazones son perversos—, albergamos planes malvados en nuestra mente. Trazamos complots para dañar a otros y perseguimos activamente el mal (v. 22a). Un corazón tan perverso está inevitablemente destinado al sufrimiento. La razón es que Dios nos juzgará conforme a nuestras obras. Sin embargo, si somos "personas buenas" (v. 14) —es decir, si somos cristianos que han recibido la gracia salvadora de Dios, hallando verdadera satisfacción en nuestras almas y viviendo vidas de integridad—, entonces nuestros corazones se llenarán de gozo. En particular, tal como se describe en la primera mitad del versículo 33 del pasaje de hoy —haciendo referencia al "hombre de entendimiento"—, cuando atesoramos las verdades de Dios que hemos asimilado profundamente en nuestro espíritu y vivimos nuestras vidas en conformidad con esas verdades (como señaló Park Yun-sun), nuestros corazones no pueden sino desbordarse de alegría y gozo. Como verdaderos santos que viven conforme a la verdad de Dios, nos convertimos en testigos fieles; al salvar las vidas de otros (v. 25a), experimentamos el gozo de la salvación —ciertamente, el mismo gozo de Dios mismo— a lo largo de toda nuestra vida. En tercer lugar, cuando depositamos nuestra fe únicamente en el Señor y actuamos conforme a Su voluntad, nuestros corazones se llenan de gozo.

Por favor, observen la segunda parte de Proverbios 14:15 en el pasaje de hoy: «...mas el hombre prudente mira bien sus pasos». Aquí, el «hombre prudente» se refiere a aquel que verdaderamente deposita su fe solo en el Señor y se conduce de acuerdo con la voluntad del Señor (Park Yun-sun). Además, el «hombre prudente se corona de conocimiento» (v. 18b). Por lo tanto, fundamentado en el conocimiento de Dios, ejerce cautela y discreción en sus acciones; a diferencia del ingenuo —que cree cándidamente todo lo que dicen los demás y se deja llevar fácilmente por sus palabras—, el hombre prudente no es tan fácilmente influenciable. Por el contrario, utilizando su conocimiento de Dios para evaluar y discernir correctamente las palabras de los demás, busca —y persigue— únicamente la voluntad del Señor. Si observamos Proverbios 14:8 —un pasaje sobre el cual ya hemos meditado anteriormente—, la Biblia afirma: «La sabiduría del prudente consiste en discernir su camino, mas la necedad de los insensatos es

engaño». ¿Qué significa esto? Significa que, mientras una persona insensata —que ni reverencia ni obedece a Dios— no busca Su voluntad —y, por ende, no transita el camino que Dios desea, sino que sigue sus propios caprichos y deseos, caminando por la senda que *él* desea recorrer (v. 8a)—, una persona prudente, por el contrario, conoce el camino que debe tomar. En otras palabras, un cristiano prudente discierne la voluntad de Dios para su vida y vive en conformidad con esa voluntad divina. Él comprende con claridad la obra que Dios requiere de él —una obra que se ajusta a la voluntad de Dios— y la lleva a cabo (1 Corintios 7:17).

Queridos amigos, si observamos la primera parte del texto de hoy —Proverbios 14:35—, la Biblia nos dice que «el siervo que actúa sabiamente se gana el favor de su amo». Del mismo modo, cuando nos conducimos con prudencia (o sabiduría), recibiremos el favor del Señor: el Rey de reyes. En efecto, ¿qué significa verdaderamente actuar con sabiduría a los ojos del Señor? Significa hacer precisamente aquello que agrada a Dios. ¿Y cuál es, entonces, la obra que agrada a Dios? Es, sencillamente, vivir nuestra vida conforme a Su voluntad. Cuando vivimos en obediencia a la Palabra de Dios, Él se complace; y cuando Dios se complace, nuestros propios corazones se llenan, asimismo, de gozo.

En cuarto lugar, cuando vivimos temiendo a Dios y apartándonos del mal, hay gozo en nuestros corazones.

Observemos la primera mitad del texto de hoy, Proverbios 14:16: «El sabio teme y se aparta del mal...». El necio, al carecer de la sabiduría para temer a Dios, confía únicamente en sí mismo y lleva una vida presuntuosa en este mundo, cometiendo actos de maldad (v. 16a). Debido a que no teme a Dios, persigue los placeres mundanos y lleva una vida disoluta. En consecuencia, sufre aflicción y dolor en este mundo. Sin embargo, el sabio teme a Dios y, por lo tanto, se aparta del mal. Y debido a que vive apartándose del mal, su vida se llena de una sensación de seguridad (v. 26a). En el texto de hoy, Proverbios 14:27, la Biblia afirma que el temor del Señor es fuente de vida. Además, la Biblia nos dice que cuando tememos a Dios, escapamos incluso de los lazos

de la muerte (v. 27). Las Escrituras declaran que cuando vivimos en el temor de Dios, hay esperanza incluso ante la muerte (v. 32). En otras palabras, esto significa que podemos hallar refugio incluso en la muerte (v. 32b). Por lo tanto, debemos convertirnos en hijos sabios de Dios. Debemos convertirnos en hijos sabios de Dios: hijos que le temen. Y como hijos sabios de Dios, viviendo al apartarnos del mal, debemos hacer de Dios Padre nuestro refugio en medio de cualquier persecución o tribulación (v. 26b). Dios ciertamente nos protegerá y velará por nosotros. Cuando hacemos esto, podremos vivir experimentando el gozo y el deleite que Dios otorga.

En quinto lugar, cuando vencemos el mal con el bien, hay gozo en nuestros corazones.

Por favor, miren el pasaje de las Escrituras de hoy, Proverbios 14:19: «Los malos se inclinarán ante los buenos, y los impíos a las puertas de los justos». La Biblia afirma claramente que los malos y los impíos se inclinarán ante los buenos y los justos. En otras palabras, esto significa que los buenos y los justos triunfarán sobre los malos y los impíos. Sin embargo, por alguna razón, cuando observamos este mundo malvado, a menudo parece como si los impíos y los injustos estuvieran, en realidad, prevaleciendo sobre los buenos y los justos. Dicho de otro modo, desde una perspectiva humana, da la impresión de que las personas malvadas de este mundo poseen un poder mayor que las personas buenas, persiguiendo y atormentando a los justos. En consecuencia, en nuestra época actual, incluso somos testigos de casos en los que los impíos llegan al extremo de asesinar a los justos. Sospecho que, precisamente por esta razón, muchos cristianos de hoy en día luchan por creer verdaderamente en la verdad de que los buenos y los justos acabarán triunfando sobre los impíos y los injustos. No obstante, la Biblia ofrece numerosos ejemplos de cómo el bien prevalece sobre el mal. Por ejemplo, podemos citar la ocasión en que los hermanos de José se postraron ante él (Gén 42:6); el momento en que el faraón —rey de Egipto— y su pueblo se sometieron a Moisés (Éx 8:28; 9:27; 12:31–33); el destino de aquellos hombres malvados que conspiraron para asesinar a Daniel, solo para terminar siendo arrojados ellos mismos al foso de los leones (Dan 7:27); y la historia narrada en el libro de Ester, donde Amán fue ejecutado en la misma horca que él había mandado construir para matar a Mardoqueo (Est 7:9–10) (Park Yoon-sun).

Mientras meditaba en este pasaje, recordé Romanos 12:21: «No te dejes vencer por el mal, sino vence el mal con el bien». Si, en el transcurso de nuestra vida de fe, permitimos que el mal nos venza, nuestros corazones inevitablemente se llenarán de angustia. Sin embargo, si Dios está con nosotros —capacitándonos para vencer el mal con el bien—, entonces nuestros corazones se llenarán, sin falta, de la alegría de la victoria. ¿Acaso no deberíamos, entonces, vivir nuestra fe experimentando precisamente esta alegría? Al observar la parte final del pasaje bíblico de hoy —Proverbios 14:22—, encontramos que la Biblia declara: «Los que planean el bien hallan amor y fidelidad». ¿Qué significa esto? Significa que debemos prepararnos diligentemente y esforzarnos incansablemente por realizar buenas obras, sin cesar jamás (Park Yun-sun). Esto significa que, al hacerlo, Dios no solo derramará sobre nosotros Su bondad amorosa (Su amor), sino que también cumplirá fielmente las promesas que nos ha dado a través de Su Palabra. Por lo tanto, debemos planificar hacer el bien. Debemos esforzarnos con diligencia por realizar buenas obras. Debemos vivir vidas en las que venzamos el mal con el bien. Cuando hacemos esto, Dios llena nuestros corazones de gozo y alegría.

En sexto lugar, cuando amamos a nuestros prójimos, nuestros corazones se llenan de gozo.

Por favor, miren el pasaje bíblico de hoy, Proverbios 14:21: «Quien menosprecia a su prójimo peca, pero quien muestra bondad a los pobres es bendecido». Si desobedecemos el mandamiento de Jesús —al no amar a nuestros prójimos y, en su lugar, tratarlos con desprecio—, nuestros corazones inevitablemente se llenarán de angustia. La razón de esto es que, al actuar así, estamos cometiendo un pecado contra Dios. Por el contrario, cuanto más obedecemos el mandamiento de Jesús y amamos a nuestros prójimos como a nosotros mismos, más inevitablemente nuestros corazones rebosarán de gozo y alegría. Consideren la letra de la primera estrofa del Himno 414, «Cuando brilla el amor del Señor»: «Cuando brilla el amor del Señor, llega el gozo; las cargas y preocupaciones se disipan, y llega el gozo. Él nos capacita para orar y disipa las sombras; cuando brilla el amor del Señor, llega el gozo». Entonces, ¿cómo debemos

amar a nuestros prójimos? Si observamos la segunda parte del texto de hoy —Proverbios 14:21—, la Biblia nos ordena «tener misericordia de los pobres». Las Escrituras declaran que aquellos que actúan así son bendecidos. ¿Cuál es la razón de esto? La razón es que mostrar misericordia a los necesitados es un acto de honrar al Señor (v. 31b). Esto implica que si meramente profesamos honrar al Señor con nuestros labios, pero no mostramos misericordia a los necesitados, en realidad no lo estamos honrando en absoluto. No solo debemos hablar de amor, sino también demostrarlo mediante acciones: mostrando misericordia a los necesitados y ayudándolos con amor. Para lograr esto, una de las cosas que necesitamos es precisamente lo que se describe en la primera parte del versículo 29 del texto de hoy: gran entendimiento. Cuando poseemos un gran entendimiento, somos lentos para enojarnos con nuestros prójimos (v. 29a). Además, debemos guardarnos de tener un espíritu impaciente. Al hacerlo, seremos capaces de amar a nuestros prójimos con paciencia y humildad; específicamente, mostrando misericordia a los necesitados. En consecuencia, experimentaremos paz de corazón en nuestras relaciones con nuestros prójimos (v. 30a).

Finalmente —el séptimo punto—, cuando trabajamos con diligencia, nuestros corazones se llenan de gozo.

Por favor, observen la primera mitad de Proverbios 14:23 en el texto de hoy: «En todo trabajo hay ganancia...». Al haber meditado en el Libro de Proverbios, hemos observado que el rey Salomón —el sabio— habla repetidamente sobre el contraste entre la pereza y la diligencia. La esencia de su mensaje es que no debemos ser perezosos, sino diligentes. En la primera mitad de Proverbios 14:23 —el pasaje de hoy—, el rey Salomón afirma una vez más que se puede hallar ganancia en todo trabajo. En otras palabras: mientras que aquellos que solo hablan sin realizar ningún esfuerzo terminarán en la pobreza (v. 23b), aquellos que trabajan con diligencia y se esfuerzan arduamente cosecharán recompensas. ¿Cuáles son, exactamente, estas recompensas? Podemos considerarlas bajo tres puntos principales:

(1) La Biblia nos dice que la persona diligente se hará rica.

Observen Proverbios 10:4: «Las manos perezosas traen pobreza, pero las manos diligentes traen riqueza». La frase «las manos diligentes traen riqueza» implica que la persona diligente trabaja arduamente —específicamente durante la temporada de la cosecha de verano—, absteniéndose de dormir para trabajar incansablemente y recolectar los cultivos (v. 5).

(2) La Biblia nos dice que la persona diligente tendrá abundancia de alimento.

Observen Proverbios 12:11: «Los que cultivan su tierra tendrán alimento en abundancia, pero los que persiguen fantasías carecen de sentido común». Si uno trabaja con diligencia para cultivar su tierra, el resultado natural —la recompensa— es una abundancia de alimento.

(3) La Biblia nos dice que la persona diligente llegará a gobernar sobre otros.

Observen Proverbios 12:24: «Las manos diligentes gobernarán, pero las manos perezosas serán sometidas a trabajos forzados». Mientras que la persona perezosa queda inevitablemente sujeta a la autoridad de otros, la persona diligente asciende a una posición de liderazgo; esto, también, puede considerarse una recompensa de la diligencia. Amigos, al reflexionar sobre estos beneficios, nos damos cuenta de que, cuando somos diligentes y trabajamos con empeño, nuestros corazones se llenan de gozo.

Me gustaría concluir aquí nuestra meditación sobre la Palabra. A menudo acudimos a la casa de Dios para cantar el Himno 330, titulado «Para desechar el yugo del sufrimiento». Su letra dice: «Para desechar el yugo del sufrimiento, vengo a Jesús. Vengo al Señor, quien otorga libertad y gozo...». Al cantar este himno —una canción de «arrepentimiento y perdón»— a Dios, a menudo me impacta la certeza de que este mundo está, en efecto, lleno de sufrimiento, y de que con frecuencia nos topamos con contratiempos y decepciones. Si bien puede haber muchas causas para ello, al reflexionar sobre el pasaje

bíblico de hoy, comprendo que los momentos de dolor y decepción surgen a menudo cuando transito por un camino que, a pesar de ser erróneo a los ojos de Dios, parece correcto a mi propio corazón arrogante; cuando persigo los placeres efímeros de este mundo; cuando ofrezco solo palabras vacías sin obras que las respalden; y cuando me miro a mí mismo y veo que, a pesar de saber que debo arrepentirme, no lo hago. Por consiguiente, al cantar el Himno 330, a menudo lo hago con la intención específica de depositar mi propio corazón arrogante ante la Cruz y de tomar la firme resolución de seguir la bendita Palabra de Dios. Al hacerlo, con frecuencia experimento cómo Dios consuela mi corazón afligido y otorga fuerzas renovadas a mi alma cansada y decepcionada. Fortalecido por la fuerza que Dios me brinda, deseo depositar mi confianza únicamente en el Señor y vivir conforme a Su voluntad. Anhelo vivir una vida de sinceridad: una vida que reverencie a Dios y se aparte del mal. Deseo vivir venciendo el mal con el bien. En obediencia a los mandamientos de Jesús, deseo amar a mis prójimos y trabajar con diligencia en la obra del Señor. Creo que, a medida que me esfuerce por vivir de este modo, el Señor traerá sin duda prosperidad a Su cuerpo —la Iglesia— y a nuestras familias.

Parte 2:
Reconciliación

La paz en el seno familiar es verdaderamente importante.

La paz en el seno familiar es verdaderamente importante.
Por supuesto, si bien el conflicto en la relación conyugal puede ser inevitable,
debemos esforzarnos por mantener la armonía, incluso en medio de dicho conflicto.
Somos pacificadores.
Debemos salvaguardar activamente la paz de nuestro hogar.

Los esposos y las esposas deben comprometerse a evitar cualquier relación con terceros que pudiera socavar su vínculo conyugal.
Ya sea que ese tercero sean los amados hijos o los padres,
si existe el riesgo de que perturben la armonía del matrimonio,
dicha intromisión debe ser rechazada con firmeza.

Si el estrés derivado de las relaciones familiares comienza a superar la felicidad que estas aportan, deben dedicar sus esfuerzos a identificar la causa de raíz y eliminarla.

Una familia armoniosa

«Mejor es un bocado seco con paz y tranquilidad que una casa llena de banquetes con contiendas» (Proverbios 17:1).

A todos ustedes: ¿cuál creen que es el objetivo supremo en la vida para los profesionales en activo? Según una encuesta realizada por el portal de empleo de alta gama *Career* (dirigido por el CEO Kang Seok-in), en la que participaron 239 empleados, el 88,7% de los encuestados afirmó tener, efectivamente, un objetivo supremo en la vida. La encuesta reveló que nueve de cada diez profesionales poseen un objetivo vital fundamental, y la meta identificada como número uno fue: una familia armoniosa. Se informó que el objetivo supremo más citado por los encuestados —con un 28,3%— fue construir una «familia armoniosa». A este le siguieron «convertirse en el mejor en su propio campo» (27,4%) y «emprender un negocio» (16,0%). Otros objetivos incluyeron «viajar por el mundo» (9,0%), «comprar una vivienda propia» (8,5%), «cambiar de trabajo» (4,2%) y «dedicarse a la religión» (0,9%). En cuanto a los esfuerzos realizados para alcanzar estos objetivos (se permitieron respuestas múltiples), «trabajar arduamente» encabezó la lista con un 60,4%. A esto le siguieron «ahorrar una gran suma de dinero» (45,8%), «participar en actividades de *networking*» (34,4%), «estudiar con diligencia cada día» (31,1%) e «invertir en activos financieros» (26,4%). Respecto a las razones para establecer un objetivo supremo en la vida, el 72,2% de los encuestados citó «vivir una vida feliz». Otras razones incluyeron «obtener riqueza y honor» (8,5%), «evitar avergonzar a quienes me rodean» (7,1%), «contribuir a la sociedad» (6,6%) y «cumplir con mis deberes filiales hacia mis padres» (2,4%) (Fuente: Internet).

Al observar el pasaje bíblico de hoy —Proverbios 17:1—, la Biblia afirma: «Mejor es un bocado seco con paz y tranquilidad que una casa llena de banquetes con contiendas». ¿Qué significa esto? Significa que vivir en la pobreza con una familia armoniosa es mucho mejor que vivir en la abundancia mientras los miembros de la familia riñen constantemente entre sí. En el antiguo Israel, era costumbre que los miembros de la familia compartieran y comieran las porciones de las ofrendas sacrificiales que quedaban después de haber sido presentadas a Dios (Levítico 7:16; 19:6; 1 Samuel 9:24). Sin embargo, incluso en esa misma mesa —un lugar destinado a la celebración gozosa y a la adoración— ellos... Una familia que riñe constantemente es un hogar plagado de agravios profundamente arraigados (Park Yun-sun). ¿Puede usted imaginarse tal situación? ¿Qué pensaría si, después de ofrecer nuestros diezmos y ofrendas de acción de gracias a Dios, los miembros de la familia se disputaran entre sí el dinero que sobró? Este pasaje nos enseña que la verdadera armonía familiar no depende de si uno vive en la abundancia o en la pobreza. Además, es mi creencia personal que la causa fundamental del conflicto no es necesariamente —ni únicamente— una cuestión de abundancia material. Basándome en el pasaje bíblico de hoy, me gustaría reflexionar sobre cuatro puntos clave para discernir las lecciones que Dios nos ofrece: ¿Qué constituye una familia armoniosa y cómo podemos desterrar eficazmente la discordia de nuestros hogares?

En primer lugar, una familia armoniosa cubre las faltas de los demás. Para mantener el conflicto a raya dentro del hogar, debemos abstenernos de sacar a colación constantemente —o de insistir machaconamente en— las deficiencias de los demás.

Por favor, miren Proverbios 17:9: «Quien encubre una ofensa busca el amor, pero quien insiste en el asunto separa a los amigos íntimos». La semana pasada, publiqué un tema de debate en mi página personal de Facebook preguntando: «¿Por qué resulta tan atemorizante —o difícil— compartir nuestras peticiones de oración más profundas y sentidas dentro de la comunidad de la iglesia?». En respuesta, un pasante ministerial dejó un comentario que decía: «Compartir las cargas del corazón en oración solo es posible una vez que se ha establecido un fundamento de confianza. Si esa confianza

falta, uno corre el riesgo de sufrir heridas emocionales profundas. Tal vulnerabilidad solo es verdaderamente posible con aquellos que poseen la madurez espiritual para guardar una confidencia con absoluta discreción». ¿Qué opinan ustedes de estas palabras? Como alguien señaló acertadamente, la iglesia se ha convertido en un lugar donde las personas se sienten incapaces de compartir sus peticiones de oración. La razón de esto es la presencia de «chismosos» dentro de la congregación; es decir, aquellos que divulgan repetidamente las peticiones de oración privadas que otros han compartido en confianza. Cuando alguien difunde repetidamente las peticiones de oración de otra persona de esta manera, la relación —incluso si se trata de amigos íntimos— inevitablemente termina por distanciarse. Como afirma Proverbios 16:28: «La persona perversa siembra conflictos, y el chismoso separa a los amigos íntimos». ¿Qué significa esto? Significa que un mentiroso interpone una cuña entre los amigos cercanos, provocando que discutan. Si observamos las relaciones matrimoniales dentro del hogar, ¿por qué pelean los cónyuges? ¿Acaso no es porque Satanás —el mentiroso por excelencia— busca sembrar la discordia entre el esposo y la esposa? ¿Cómo procede Satanás para dividir a una pareja? Lo hace a través de mentiras; específicamente, hace que nos centremos intensamente en los defectos de nuestro cónyuge. Luego nos impulsa a expresar constantemente esos defectos ante nuestro cónyuge —e incluso ante otras personas—, interponiendo así una cuña en el matrimonio, incitando al conflicto y causando contienda. De hecho, 1 Corintios 13:5 declara claramente que el amor «no lleva un registro de las ofensas». Sin embargo, Satanás hace que cataloguemos mentalmente cada agravio cometido contra nosotros por nuestro cónyuge; luego nos obliga a sacar a relucir esas ofensas pasadas —repitiéndolas una y otra vez—, sembrando así las semillas del conflicto y la discordia en nuestras relaciones. No puedo menos que estar de acuerdo con las palabras que el rey Salomón pronunció en Proverbios 18:8: «Las palabras del chismoso son como bocados exquisitos; descienden hasta lo más profundo del ser».

¿Qué debemos hacer, entonces? Debemos meditar en el amor de Dios: ese amor que cubre nuestras propias faltas. Como leemos en Efesios 2:1, la Escritura declara: «Él les dio vida a ustedes, que estaban muertos en sus transgresiones y pecados». Dios,

habiéndonos dado vida junto con Cristo —a nosotros, que estábamos muertos en nuestras transgresiones—, nos ha concedido la salvación (versículo 5). Por lo tanto, el salmista declara en el Salmo 32:1: «Bienaventurado aquel cuya transgresión ha sido perdonada, y cubierto su pecado». Así pues, habiendo recibido la inmensa bendición y el amor de Dios en Jesucristo, somos llamados a amar a nuestro prójimo. ¿Qué significa amar al prójimo? Según Proverbios 10:12, la Escritura afirma: «El odio despierta contiendas, pero el amor cubre todas las faltas». Debemos amar a nuestros vecinos más cercanos —nuestras propias familias— cubriendo y ocultando las faltas de los demás. Por lo tanto, debemos esforzarnos al máximo por mantener la unidad del Espíritu (Ef. 4:3).

En segundo lugar, una familia armoniosa es aquella en la que sus miembros aceptan los consejos de los demás. Para mantener a raya las contiendas dentro de nuestros hogares, debemos escuchar con humildad los consejos que nos ofrecen los demás.

Consideren Proverbios 17:10: «Una sola palabra de consejo penetra más profundamente en una persona sensata que cien azotes en un necio». Amigos, ¿qué harían ustedes si sus hijos desobedecieran los mandamientos de Dios —sacando a relucir constantemente las faltas de los demás— y, con los sentimientos heridos, cayeran en discusiones y peleas? ¿Se quedarían simplemente de brazos cruzados observando mientras ellos continúan riñendo? Seguramente no, ¿verdad? ¿Qué padre se deleitaría jamás al ver a sus hijos pelear y discutir? Deseamos que nuestros hijos se amen los unos a los otros y convivan en armonía. Sin embargo, si caen en peleas y discusiones, debemos reprenderlos. Pero, ¿qué debemos hacer si nuestros hijos son tan necios que se niegan a escuchar incluso cuando se les reprende? No nos queda otra opción que disciplinarlos con la vara. No obstante, supongamos que entre nuestros hijos hay uno que escucha los consejos, se arrepiente de sus malas acciones y vive en armonía con sus hermanos: ¡qué hijo verdaderamente sabio es ese! La Biblia nos dice que una sola palabra de consejo dada a un hijo tan sabio penetra mucho más profundamente que cien azotes infligidos a un necio. ¿No es fascinante? Por supuesto, no es necesario interpretar esto literalmente; sin embargo, si golpeáramos las nalgas o las pantorrillas de un niño cien

veces con una vara, ¡imaginen las marcas profundas y duraderas que quedarían en su cuerpo! No obstante, la cuestión es que un necio, en su arrogancia (Proverbios 9:7), podría seguir negándose a arrepentirse de sus errores y a apartarse de ellos. En contraste, si ofrecemos tan solo una palabra de consejo a un hijo sabio, externamente no queda ni una sola marca física en su cuerpo. Sin embargo, el punto es que el consejo de los padres queda profundamente grabado en el corazón de los hijos sabios. La Biblia ofrece un ejemplo excelente de una persona sabia de este tipo: el rey David. ¿Cómo reaccionó David después de haber cometido adulterio con Betsabé —y de haber mandado matar posteriormente a su esposo, Urías— y mientras intentaba ocultar su pecado, cuando Dios envió al profeta Natán para reprenderlo? Observe la primera parte de 2 Samuel 12:13: «David dijo a Natán: "He pecado contra el SEÑOR"». En el momento en que David escuchó la reprensión del profeta Natán, confesó inmediatamente su pecado y se arrepintió. En el caso del apóstol Pedro, cuando cantó el gallo (Lucas 22:60) y el Señor se volvió y lo miró, Pedro recordó las palabras del Señor —específicamente: «Antes de que cante el gallo hoy, me negarás tres veces»—, y salió fuera y lloró amargamente (versículos 61-62). Pensar que se arrepintió con amargo llanto simplemente porque cantó el gallo, el Señor lo miró y él recordó las palabras que el Señor había pronunciado... ¡qué individuo tan verdaderamente perspicaz era! Tales individuos perspicaces no requieren cien azotes con la vara. Una sola palabra de consejo (o de reprensión) del Señor y de Su Palabra es suficiente para que confiesen sus pecados y se arrepientan. ¿No es este precisamente el tipo de discernimiento que necesitan nuestras familias?

Una persona perspicaz —es decir, alguien que verdaderamente comprende— reconoce sus faltas y camina por el sendero de la rectitud tras recibir incluso una sola palabra de consejo. Se dice que *Las Analectas* —el libro que registra las conversaciones entre Confucio y sus discípulos— contiene una expresión idiomática de cuatro caracteres conocida como *mun-il-ji-sip*. Esta expresión se traduce como «escuchar una cosa y comprender diez». Por lo general, se utiliza para describir a individuos —tales como prodigios o genios— que, al recibir la enseñanza de un solo concepto, son capaces de captar diez ideas relacionadas (Fuente: Internet). Cuando somos receptivos incluso a

una sola palabra de consejo —no solo tomándola profundamente en serio, sino también volviéndonos cada vez más sabios y perspicaces—, y cuando, a través de la Palabra de Dios, obtenemos una comprensión más profunda y caminamos por el sendero de la rectitud que Dios desea, ¿cómo podría nuestra familia dejar de ser armoniosa?

En tercer lugar, una familia armoniosa no paga el bien con el mal. Para mantener a raya las contiendas dentro de nuestros hogares, debemos pagar el bien con el bien.

Considere Proverbios 17:13: «Si alguno paga el bien con el mal, el mal nunca se apartará de su casa». Una familia de la cual el mal nunca se aparta es aquella que desafía la buena voluntad de Dios, desobedece Su Palabra y practica la iniquidad. En consecuencia, debido a que se entregan a la iniquidad, esa familia se topa con la calamidad. Un ejemplo bíblico de esto es el rey David. El rey David fue un hombre que pagó el bien con el mal. Específicamente, pagó el bien con el mal al orquestar intencionalmente la muerte de Urías —el esposo de Betsabé—, quien se había mantenido leal tanto a David como a su reino. Como resultado, su familia fue golpeada por una serie de desastres: tal como David había cometido adulterio con Betsabé, su hijo Amnón violó a Tamar; y tal como David había matado a Urías, el hermano de Tamar, Absalón, mató a Amnón. Es más, Absalón llegó más tarde al extremo de intentar matar a su propio padre, David, solo para terminar siendo asesinado él mismo. Tales calamidades familiares horribles son el resultado directo de desafiar la voluntad de Dios, desobedecer Su Palabra y entregarse a la iniquidad.

Hoy en día, muchas familias enfrentan este tipo de calamidades domésticas. La discordia dentro del hogar parece incesante. Las familias modernas están llenas de quebranto, heridas, llagas, dolor y sufrimiento; ¿cuál es la raíz de este problema? Una causa significativa es la pecaminosidad presente dentro de nuestras familias. Muchas familias hoy sufren a causa del pecado: el pecado de desafiar la voluntad de Dios, el pecado de desobedecer Su Palabra y el pecado de elegir hacer el mal en lugar del bien. Cuando una familia no llega a probar la bondad de Dios —y, en consecuencia, no logra percibir Su gracia y Su amor—, y cuando, a pesar de esa gracia y ese amor, no logran humillarse

ante Dios, volviéndose en cambio arrogantes y altivos, desafían Su voluntad y desobedecen Su Palabra; al hacerlo, terminan cometiendo actos de iniquidad. ¿Qué debemos hacer, entonces? Debemos prestar atención a las palabras que se encuentran en 1 Pedro 3:9: «No paguen mal por mal ni insulto por insulto. Al contrario, paguen con bendición, porque para esto fueron llamados, para que hereden una bendición». ¿Qué piensan ustedes sobre esta Palabra de Dios: que no debemos pagar el mal con el mal ni el insulto con el insulto, sino ofrecer bendiciones en su lugar? Cuando surgen conflictos en el hogar —cuando nuestras palabras nos infligen dolor y heridas mutuamente— la Biblia nos instruye a ofrecer bendiciones.

Hace algún tiempo, mientras escuchaba la Biblia en mi reproductor de MP3, oí un pasaje de 1 Pedro 2:23 que describe cómo Jesús, «cuando lo insultaban, no respondía con insultos; cuando padecía, no profería amenazas». Al meditar en esas palabras por un momento, tuve una revelación respecto a mis propias relaciones: incluso si alguien me dice cosas hirientes u ofensivas, no debo responder de la misma manera. Amigos, no debemos dejarnos vencer por el mal, sino más bien vencer el mal con el bien (Romanos 12:21). Debemos estar dispuestos a sufrir por hacer el bien, en lugar de sufrir por hacer el mal. Como nos dice 1 Pedro 3:17, esta es, en efecto, la voluntad de Dios. Aunque nuestras almas puedan sentirse solitarias cuando hacemos el bien y, sin embargo, se nos paga con mal (Salmos 35:12), no debemos desanimarnos de hacer el bien (2 Tesalonicenses 3:13). Debemos apartarnos del mal, hacer el bien, buscar la paz y perseguir la paz dentro de nuestros hogares (Salmos 34:14).

En cuarto lugar, una familia armoniosa pone fin a la contienda antes de que estalle una pelea. Para mantener a raya la discordia dentro de nuestros hogares, debemos dejar de discutir antes siquiera de que comience la disputa.

Por favor, miren Proverbios 17:14: «El comienzo de la contienda es como soltar las aguas; por tanto, detén la disputa antes de que estalle la riña». Amigos, cuando los cónyuges o los hijos discuten entre sí dentro del hogar, ¿cuál suele ser la causa de la disputa? ¿Discuten por cuestiones importantes o por asuntos que son totalmente triviales? Me

gustaría compartir tres modismos de cuatro caracteres (*chengyu*) que encontré en Internet: (1) *Baeknyeon Haero* (百年偕老): Que una pareja casada envejezca junta en armonía y afecto; (2) *Haero Donghyeol* (偕老同穴): Que una pareja viva en tal armonía que envejezcan juntos en vida y sean sepultados en la misma tumba al morir, lo cual simboliza una profunda armonía conyugal; (3) *Wagak Jijeng* (蝸角之爭): Una batalla librada sobre los cuernos de un caracol, lo cual simboliza una disputa por un asunto muy trivial o un conflicto entre naciones pequeñas. Se dice que la historia de fondo detrás de este modismo, *Wagak Jijeng*, es la siguiente: «El rey Hui de Wei (reinó entre el 369 y el 319 a. C.) hizo una promesa solemne de mantener relaciones amistosas con el rey Wei de Qi (reinó entre el 356 y el 320 a. C.). Sin embargo, el rey Wei rompió más tarde esta promesa y envió a un asesino para matarlo. Al enterarse de esta noticia, Gongsun Yan —ministro del rey Hui— argumentó que debían, por todos los medios, enviar un ejército para lanzar un ataque punitivo. En cambio, Ji Zi argumentó que no debían enviar tropas para infligir sufrimiento al pueblo llano. El rey Hui vaciló, inseguro de qué hacer. Observando esta indecisión, Dai Zhenren se dirigió al rey Hui y le dijo: "En el cuerno izquierdo de un caracol reside el Reino de Shu, y en el cuerno derecho reside el Reino de Man"». «En una ocasión, estas dos naciones lucharon por el territorio. Decenas de miles perecieron y, tras perseguir al enemigo en retirada durante quince días, nuestras fuerzas regresaron». Al oír esto, el rey Hui replicó: «¿Qué es esto? ¿Acaso no estás más que diciendo disparates?». Ante esto, Daizhenren continuó: «En efecto. Permítame mostrarle la sustancia que se esconde tras esos "disparates". Dentro del universo ilimitado, las naciones no son más que diminutas motas de polvo. Entre esas diminutas naciones se encuentra el Estado de Wei; dentro del Estado de Wei se halla la ciudad capital; y dentro de esa capital reside el Rey». «¿Cuán diferente es esto, en realidad, del Rey y la Nación que habitaban en el cuerno de un caracol?». (Internet). En última instancia, esto significa que las causas detrás de las discusiones y los conflictos que surgen entre cónyuges o hijos a menudo provienen de asuntos sumamente triviales. Es por ello que el sabio rey Salomón, en el pasaje bíblico de hoy —Proverbios 17:14—, afirmó: «El comienzo de la contienda es como abrir una compuerta de agua». ¿Qué significa esto exactamente?

Amigos míos, ¿alguno de ustedes ha visitado alguna vez la presa Hoover, cerca de Las Vegas? Si lo han hecho, imaginen esto: si el agua comenzara a filtrarse —aunque fuera de manera imperceptible— a través de la presa, ¿seguirían ustedes de pie sobre ella, haciendo turismo, sabiendo perfectamente lo que estaba ocurriendo? Simplemente imagínenlo. Si una presa tan masiva tuviera un orificio infinitesimalmente pequeño por el cual se estuviera filtrando el agua, ¿podríamos usted o yo —sabiendo este hecho— permanecer allí, admirando la vista? Incluso si el orificio fuera lo suficientemente pequeño como para permitir que escapara solo un hilo de agua, el personal de la presa —al descubrir la filtración— probablemente ordenaría la evacuación de todos los turistas y prohibiría que nadie se acercara siquiera a las inmediaciones. ¿Por qué razón? ¿Acaso no es debido al peligro inherente? Al reflexionar sobre esto, el modismo de cuatro caracteres *Sujeok-cheonseok* (水滴穿石) me parece una expresión sumamente apropiada. Significa: «Incluso una diminuta gota de agua, al caer incesantemente, terminará por perforar la roca sólida» (Internet). Por minúscula que sea una filtración dentro de una presa masiva, si no se controla, conducirá inevitablemente al colapso de la misma y provocará daños catastróficos. Por consiguiente, el rey Salomón nos aconseja: «Detén la disputa antes de que estalle» (Proverbios 17:14). Sin embargo, cuando nos encontramos en medio de una discusión o un conflicto, deberíamos prestar atención a este consejo y poner fin a la contienda; ¿por qué, entonces, fallamos tan a menudo en hacerlo, permitiendo que una disputa que comenzó por un asunto trivial escale y se salga de control? ¿Está usted permitiendo que un conflicto escale hasta convertirse en una gran batalla? Como se afirma en Santiago 4:1, la causa fundamental reside precisamente en las «pasiones que libran una guerra» dentro de nosotros. Si no logramos refrenar estas pasiones beligerantes y, en cambio, actuamos conforme a ellas, inevitablemente nos convertimos —tal como describe Proverbios 17:19— en «aquellos a quienes les encanta pelear». Es más, la Biblia nos dice que aquellos a quienes les encanta pelear son, en esencia, aquellos a quienes les encanta el pecado (Prov. 17:19). En última instancia, la razón por la que discutimos y peleamos entre nosotros dentro de nuestros hogares proviene de las pasiones beligerantes presentes en nuestro interior: pasiones

impulsadas por los «deseos» que cada uno de nosotros alberga (Santiago 4:2). Por ejemplo, cuando un esposo y una esposa pelean, el conflicto suele comenzar cuando los deseos específicos que cada uno tiene con respecto a su cónyuge —sus expectativas— no se ven satisfechos; es decir, cuando no logran obtener lo que quieren. Solo cuando nos desprendemos de estos deseos —de estas expectativas— podemos evitar el conflicto. Sin embargo, en la realidad, ¿cuán increíblemente difícil resulta lograr ese desprendimiento?

Amigos míos, supongo que están familiarizados con el libro *Letting Go* (*Naeryeonoeum*), escrito por Lee Yong-gyu, un misionero en Mongolia. Su libro posterior se titula *Letting Go Even More* (Desprendiéndose aún más). He aquí a un hombre que posee un doctorado de la prestigiosa Universidad de Harvard; alguien que podría haber alcanzado fácilmente el éxito mundano, pero que, en cambio, eligió servir al Señor como misionero en una región remota. Lo que él enfatizó en *Letting Go* no fue meramente el acto de renunciar a sus credenciales académicas o a la gloria terrenal, sino más bien —como se afirma en Gálatas 2:20— el concepto de que «el yo muera en Cristo». Él destaca esto como el verdadero espíritu del «desprendimiento» (Fuente: Internet). En las páginas de aquel libro aparece un pasaje que dice así: «Muy dentro de nosotros reside un niño muy pequeño. Es un niño que llora por una desesperada necesidad de reconocimiento. Siempre que las necesidades de este niño quedan insatisfechas, este atormenta y angustia a nuestro ser interior». Vivimos nuestras vidas impulsados por las emociones del niño interior que llevamos dentro —a menudo sin siquiera darnos cuenta de que tal niño existe—. Sin embargo, este niño interior solo puede hallar estabilidad y gozar de un verdadero descanso a través del amor y la afirmación de Dios. Satanás nos tienta constantemente a obsesionarnos con aquello que nos falta. Mientras permanezcamos fijados en lo que no tenemos, no podremos apreciar con gozo ni disfrutar de las bendiciones que ya hemos recibido. En la medida en que buscamos la aprobación del mundo, quedamos cautivos de él. Y en esa misma medida, renunciamos a la libertad que proviene del cielo. Dios pronunció estas palabras: «En tu propio ser, veo un frasco de perfume precioso». Las palabras que pronunció a continuación me sumieron en un estado de profundo asombro y traspasaron las

profundidades de mi corazón: «Sin embargo, aunque el frasco ha sido traído hasta los mismísimos pies de Jesús, todavía se resiste a romperse». En esas palabras, vi mi propio ser intacto. Vi mi orgullo; un orgullo que, ciertamente, había llegado hasta los pies de Jesús, pero que se negaba obstinadamente a romperse cuando, por fin, había llegado el momento de quebrantarse. Comprendí que, muy dentro de mí, yacía un deseo de ser respetado. Llegué a entender que era precisamente este deseo lo que había permitido que las palabras de los demás me hirieran. Un sollozo profundo e interno brotó desde lo más hondo de mi ser. En medio de mi dolor y contrición, hice un voto solemne ante Dios: «Dios, veo las partes de mí mismo que permanecen intactas. Deseo romper mi frasco». Aunque el frasco sea presentado a los pies de Jesús, no podrá liberar su fragancia a menos que se rompa. Solo cuando el frasco se hace añicos —permitiendo que el precioso perfume que contiene se derrame por completo— podremos conmemorar verdaderamente la Cruz de Jesús (Fuente: Internet). Se cuenta que existe un antiguo cuento popular coreano que dice más o menos así: «Una joven recién casada, poco después de haber contraído matrimonio y de haberse mudado al hogar de su esposo, se encontraba un día en la cocina preparando la comida cuando, de repente, dejó de cocinar y rompió a llorar. Su esposo, al presenciar la escena, le preguntó el motivo de su angustia; ella respondió que se le había quemado el arroz». Al escuchar la historia, el esposo le ofreció palabras de consuelo, diciendo: «Hoy estuve tan ocupado que solo pude traer una pequeña cantidad de agua; por consiguiente, el agua escaseó y el arroz se quemó. La culpa es enteramente mía». Lejos de detener su llanto, la esposa se sintió tan profundamente conmovida por sus palabras que lloró aún con mayor intensidad. El suegro, que pasaba casualmente por la cocina, presenció la escena y pidió una explicación. Tras enterarse de las circunstancias, consoló tanto a su hijo como a su nuera, diciendo: «Ya soy anciano y mis fuerzas me han fallado; debido a que no pude partir la leña en trozos finos, el fuego ardió con demasiada intensidad, lo que provocó que el arroz se quemara. La culpa recae en mí». Justo en ese momento, la suegra, habiendo escuchado el alboroto, llegó e intervino para defender a su nuera, declarando: «Yo también he envejecido; mi sentido del olfato se ha debilitado, por lo que no pude avisarles cuando era el momento de retirar el arroz del fuego. El error es mío». Al relatar este cuento, la gente de antaño solía citar a menudo el proverbio *Gahwa Manseong*

(家和萬事成): «Si la familia vive en armonía, todo prosperará». En otras palabras, cuando un hogar es armonioso, cada emprendimiento alcanza el éxito. Sin embargo, si examinamos esta historia con detenimiento, observamos que los personajes no intentan eludir la culpa ni lanzarse acusaciones mutuamente; por el contrario, se entregan a la autorreflexión respecto a sus propias deficiencias y se esfuerzan por velar por los demás, incluso hasta el punto de asumir voluntariamente la culpa sobre sí mismos. Es precisamente dentro de tal atmósfera donde la verdadera armonía echa raíces. Y es en medio de esta armonía donde todas las cosas florecen verdaderamente. Además, somos bendecidos al tener al Espíritu Santo morando en nuestro interior. Es el Espíritu Santo quien unifica nuestros corazones y mentes. Por lo tanto, si cada miembro de nuestra familia vive en obediencia a la guía y la inspiración del Espíritu Santo —comprendiéndose, perdonándose, consolándose y animándose mutuamente—, sin duda crearemos un «cielo en la tierra» dentro de nuestro propio hogar. (Fuente: Internet)

Para vivir en armonía unos con otros...

Jesús dice: «Tened sal en vosotros mismos y estad en paz unos con otros» (Marcos 9:50). Para que vivamos en armonía unos con otros, lo siguiente resulta esencial:

1. El autosacrificio (Marcos 9:50)
    a. Tal como la sal debe disolverse

2. La abnegación (8:34)
    a. Debemos centrar nuestra mente no en las preocupaciones humanas, sino en las de Dios

3. La humildad (9:34-37)
    a. Una persona orgullosa no puede estar en paz con los demás

4. El servicio (9:41)
    a. Servir al prójimo con la fuerza que Dios provee, manteniéndose fiel en las cosas pequeñas

Incluso las parejas que parecen armoniosas en la superficie...

Incluso las parejas (o familias) que parecen armoniosas en la superficie pueden, en realidad, estar atravesando una relación en grave crisis.

Un hogar es...

Un lugar donde una pareja satisface las necesidades del otro, en lugar de exigir que el otro satisfaga las suyas.

Un lugar donde una pareja escucha las historias del otro, en lugar de simplemente imponer sus propios puntos de vista.

Un lugar donde una pareja expresa gratitud mutua, en lugar de quejarse o expresar resentimientos.

Un lugar donde una pareja hace concesiones y sacrificios el uno por el otro, no un lugar donde cada uno persigue egoístamente solo lo que desea.

Un lugar donde una pareja sana las heridas del otro, no un lugar donde se infligen heridas aún más profundas.

Un lugar donde una pareja perdona los defectos del otro, no un lugar donde se aferran a esos errores y los sacan a relucir constantemente.

Un lugar donde una pareja se perdona, no un lugar donde albergan odio.

Un lugar donde una pareja se apoya económicamente, no un lugar donde discuten por dinero.

Un lugar donde una pareja cría a sus hijos juntos, no donde los ven como una carga que deben imponerse el uno al otro.

Un lugar donde una pareja se brinda apoyo y fortaleza mutuos, no donde se hieren con palabras hirientes.

Un lugar donde una pareja practica la paciencia y la tolerancia, no donde desatan su ira.

Un lugar donde una pareja se sirve con humildad, no donde actúan con arrogancia, altivez o vanidad.

Un lugar donde una pareja comparte un mismo corazón y camina un camino común, no donde albergan corazones divididos y siguen caminos separados.

Un lugar donde una pareja...

Un hogar no es un lugar donde un esposo y una esposa simplemente se exigen mutuamente aquello que desean en un momento dado.

Un hogar no es un lugar donde un esposo y una esposa simplemente se exigen mutuamente aquello que desean en un momento dado. Sin embargo, una y otra vez, nos encontramos esperando que nuestro cónyuge satisfaga nuestros propios deseos personales. ¿Cuál es, entonces, el problema? Este surge de la idea errónea de que el hogar es un escenario para hacer exigencias, en lugar de un lugar para satisfacer mutuamente las necesidades del otro.

Si el hogar fuera meramente un lugar donde la esposa hace incesantes exigencias a su esposo —y el esposo, de igual modo, a su esposa—, ese hogar estaría plagado de perpetuas contiendas y conflictos, nacidos de deseos insatisfechos. No obstante, si la pareja concibe su hogar y su vida matrimonial como un «desierto» —un lugar de dependencia mutua y crecimiento—, se dedicarán a satisfacer las necesidades esenciales del otro en lugar de simplemente exigir la satisfacción de sus propios deseos.

A medida que el esposo profundiza en la comprensión de las necesidades de su esposa y se esfuerza por satisfacerlas mediante el amor de Cristo, ella llegará a experimentar el amor de Dios a través de él. Del mismo modo, a medida que la esposa profundiza en la comprensión de las necesidades de su esposo —y, reconociendo su autoridad tal como la Iglesia se somete a Jesús, escucha y obedece sus palabras—, su esposo recibirá fuerza y renovación de parte de Dios a través de ella. De esta manera, al experimentar cómo sus necesidades individuales son satisfechas el uno por el otro, la pareja llegará a

gozar de un profundo sentido de satisfacción y plenitud. Y juntos, la pareja elevará acciones de gracias y alabanzas a Dios.

Para mantener una relación sana entre sí, la pareja también debe cultivar relaciones e interacciones saludables con sus propios círculos de amigos independientes. Además, para que la relación de la pareja sea verdaderamente sana, cada cónyuge debe «dejar» adecuadamente a sus padres (Génesis 2:24). Este «dejar» debe ser total; de hecho, puede incluso requerir cortar de manera clara y decisiva cualquier lazo emocional o psicológico con los padres que pudiera resultar perjudicial para la relación matrimonial.

Si subimos a la casa de Dios para adorarlo sin antes reconciliarnos con nuestro hermano...

Si, después de haber hecho algo que le causa resentimiento a nuestro hermano, subimos a la casa de Dios para ofrecerle culto sin antes reconciliarnos con él (cf. Mateo 5:23-24), Dios dirá así acerca del culto que ofrecemos:

«¿De qué me sirven sus muchos actos de adoración?»
«Me he cansado de la adoración que ofrecen.»
«No me complace la adoración que presentan.»
«¿Quién les pidió que ofrecieran tal adoración?»
«Solo pisotean el suelo de mi templo.»
«No ofrezcan más de esta adoración inútil.»
«He llegado a detestar la adoración que traen.»
«Ya no puedo soportar verlos cometer el mal,
incluso mientras observan el sábado y celebran asambleas religiosas.»
«Porque la adoración que ofrecen —la cual detesto—
se ha convertido en una carga para mí, y me he cansado de soportarla»
(cf. Isaías). 1:11–14).

Sobre las discusiones conyugales

Mi esposa y yo hemos discutido —y mucho— a lo largo de unos veinte años. Mirando atrás ahora, reflexiono sobre las pocas lecciones que he aprendido con respecto a las discusiones conyugales:

1. Discutíamos por asuntos triviales. Dado que los problemas en sí mismos eran insignificantes —y, sin embargo, discutíamos de todos modos, tal vez por costumbre—, parece que llegamos a ver estos conflictos como algo sin importancia.

2. Sin embargo, a medida que estas discusiones conyugales se acumulaban en nuestros corazones, una tras otra, parece que desarrollamos pensamientos y perspectivas distorsionadas el uno hacia el otro. En otras palabras, parece que construimos una colección de prejuicios insanos el uno sobre el otro dentro de nuestras propias mentes.

3. En consecuencia, cada vez que discutíamos, nos decíamos mentalmente cosas como: «Se está comportando así *porque* es ese tipo de persona», definiendo así a nuestro cónyuge únicamente a través del prisma de nuestra propia perspectiva.

4. Como resultado, parece que perdimos la capacidad de comprendernos verdaderamente el uno al otro y, en su lugar, comenzamos a malinterpretarnos de una manera aún más profunda.

5. A medida que estos malentendidos se apilaban en nuestros corazones individuales —uno tras otro—, sentíamos como si nos hubiéramos descarrilado de nuestro camino compartido; al igual que un tren que se desvía de sus vías, nos

alejamos del viaje que estábamos destinados a recorrer juntos y comenzamos a transitar nuestros propios caminos separados.

6. En consecuencia, nuestra relación parecía distanciarse cada vez más. Incluso nuestro interés mutuo el uno por el otro se desvaneció gradualmente, y pareció que nos convertíamos en individuos cada vez más egocéntricos.

7. Como resultado, nuestros conflictos conyugales se volvieron más frecuentes; además, estas disputas y discusiones parecían dejar tras de sí heridas cada vez más grandes y profundas en el corazón de cada uno de nosotros.

8. En particular, durante nuestras discusiones, cruzamos líneas que nunca debieron haberse cruzado: pronunciamos palabras y adoptamos comportamientos que, bajo ningún concepto, deberíamos haber tenido.

9. Específicamente, parece que mi cónyuge y yo éramos totalmente ajenos —en el momento mismo— a cuán fatales resultarían ser para nuestra relación las heridas emocionales infligidas al cruzar esos límites inviolables. Fue solo mucho más tarde, cuando finalmente comenzamos a comprender la realidad de la situación, que nos dimos cuenta de que nuestros corazones ya se habían distanciado enormemente el uno del otro. Tal como un barco que se aleja navegando hacia la distancia, vivíamos juntos bajo el mismo techo, pero emocionalmente a kilómetros de distancia.

10. En consecuencia, llegué a creer que es mucho mejor para una pareja estar emocionalmente unida —aunque físicamente separada— que estar físicamente cerca mientras permanece emocionalmente distante.

11. Sin embargo, un corazón que ha sufrido heridas profundas y dolorosas no puede ni perdonar verdaderamente a la otra persona ni buscar sinceramente el perdón sin la intervención divina. Uno puede comprender la necesidad intelectualmente, pero parece imposible generar palabras y acciones que fluyan genuinamente desde el corazón.

12. Cuando una pareja se niega a perdonar y no logra sentir siquiera una necesidad imperiosa de buscar el perdón, mantener la relación parece —desde una perspectiva puramente humana— una imposibilidad.

13. No obstante, a través de Su inmenso amor y Su gracia desbordante —y dentro de Su voluntad soberana como Aquel que nos unió— Dios extendió Su mano y tocó tiernamente cada uno de nuestros corazones con Sus manos, las mismas que portaban las cicatrices de los clavos de la Cruz.

14. Incluso en una relación matrimonial que parecía totalmente desesperanzada —tanto que el perdón mutuo parecía imposible— Dios comenzó, poco a poco, a sanar la enfermedad que albergaba cada uno de nuestros corazones.

15. Fue muy parecido a un cirujano atendiendo a un paciente enfermo en la mesa de operaciones —haciendo incisiones donde era necesario y extirpando el tejido enfermo—, pues el Señor eliminó gradualmente los elementos que estaban matando lentamente nuestra relación; estos elementos, cual tumores cancerosos, estaban arraigados profundamente en el interior de cada uno de nuestros corazones, y Él los extirpó: a veces en pequeñas dosis y, en otras ocasiones, en gran medida.

16. Por lo general, los procedimientos quirúrgicos se realizan bajo anestesia general, asegurando que el paciente no sienta absolutamente ningún dolor; sin embargo, en casos de emergencia extrema —donde la situación es tan crítica que no se puede administrar anestesia— la cirugía debe proceder sin ella, resultando en una agonía insoportable. Parece que una relación matrimonial que enfrenta una crisis tan grave se asemeja mucho a este último escenario: viene acompañada de un sufrimiento intenso. Dado que tal sufrimiento se considera esencial a los ojos del Señor, parece ser el dolor ineludible de una cirugía espiritual a la que debemos someternos.

17. Parece que cierta medida de sufrimiento es indispensable para la restauración de una relación matrimonial. Cuanto mayor es ese sufrimiento, más profunda y completamente se rompen y se hacen pedazos nuestros corazones individuales; Y en medio de ese profundo dolor, Dios parece capacitarnos para escuchar Su voz —comunicada a través de Su Palabra— con una claridad e intensidad aún mayores.

18. Además, el Espíritu Santo que mora en nosotros realiza un milagro maravilloso: nos capacita, como pareja, para obedecer la misma Palabra de Dios que Él nos ha hablado.

19. Habiendo experimentado este milagro, nosotros —como pareja— fuimos conducidos a una profunda revelación en medio de nuestro intenso sufrimiento: Dios está verdaderamente vivo y nos ama profundamente; una verdad tan palpable que incluso a nosotros nos dejó asombrados.

20. Por lo tanto, creo que el conflicto conyugal sirve como una valiosa oportunidad: es una ocasión para discernir con claridad precisamente qué aspectos de nosotros mismos deben ser completamente quebrantados y desmenuzados; una oportunidad preciosa para acercarnos al Señor con un corazón sediento de Él; y una oportunidad inestimable para encomendar toda nuestra relación al Señor y abrazar un renovado sentido de esperanza.

Sobre el conflicto conyugal

A. Una de las cosas que aprendemos a través del conflicto conyugal es cómo hacer que nuestras diferencias individuales sean *complementarias*, creando así una situación en la que *ambos ganan*.

B. Los beneficios del conflicto conyugal incluyen...

1. Saca a la luz nuestras diferencias.
2. Nos permite ver con claridad las deficiencias del otro.
3. Expone nuestra naturaleza pecaminosa.
4. Nos permite comprender mejor la crianza y los antecedentes del otro.
5. Revela los hábitos, los rasgos de personalidad y los valores de cada uno.
6. Nos ayuda a descubrir lo que verdaderamente deseamos el uno del otro.
7. Nos enseña qué palabras y acciones debemos evitar al interactuar entre nosotros.

C. Para hacer del conflicto conyugal una experiencia constructiva...

1. Debemos reconocer nuestras diferencias y aprender gradualmente a aceptarlas.

2. Al reconocer las deficiencias del otro, debemos hacer un esfuerzo consciente por centrarnos con mayor intensidad en las fortalezas del otro —y expresar gratitud y elogios por ellas—, trabajando así para complementar las debilidades del otro.

3. Al reconocer nuestra naturaleza pecaminosa, debemos apoyarnos aún más profundamente en el poder de la muerte sacrificial de Jesucristo en la cruz y en Su sangre derramada; tal como el Señor nos ha perdonado a nosotros, nosotros —como pareja— debemos perdonarnos mutuamente.

4. A medida que aprendemos sobre los antecedentes del otro y comprendemos mejor a nuestros respectivos padres, nosotros —como pareja— debemos servir de puente que conecte a nuestras dos familias y fomente una relación armoniosa entre nuestros suegros.

5. Al descubrir los hábitos, los rasgos de personalidad o los valores del otro, debemos abstenernos de intentar forzar cambios o de culpar; en su lugar, debemos ejercer un juicio sensato fundamentado en la Palabra de Dios y —actuando con fe— orar el uno por el otro, esperando pacientemente con una expectativa llena de esperanza.

6. Debemos dejar de lado nuestras exigencias personales y, discerniendo lo que nuestra pareja verdaderamente *necesita*, dedicarnos a satisfacer esas necesidades específicas.

7. Para evitar infligirnos dolor mutuamente mediante nuestras palabras o acciones —y deseando sinceramente el fruto del Espíritu Santo, que es el dominio propio—, no debemos limitarnos a esforzarnos por determinar qué *deberíamos* decir o hacer; Más bien, debemos aprender con diligencia y humildad de qué palabras y acciones *debemos abstenernos* de dirigirnos mutuamente, y luego poner ese entendimiento en práctica.

Es mejor tener un hogar armonioso, incluso en la pobreza, que ser rico pero estar en constante disputa.

Es mejor tener un hogar armonioso, incluso en la pobreza, que ser rico pero estar en constante disputa (cf. Proverbios 17:1). Si una persona de corazón perverso habla imprudentemente dentro del hogar, esa familia está destinada a enfrentar problemas constantes (cf. v. 20). Las disputas a menudo comienzan por asuntos triviales; por lo tanto, se debe poner fin a la contienda antes de que estalle una pelea (v. 14). Sin embargo, dado que aquellos a quienes les encanta discutir son, en esencia, aquellos a quienes les encanta el pecado (v. 19), sus hogares nunca conocerán un día de paz.

«No riñamos»

«Entonces Abram le dijo a Lot: “No haya, por favor, contienda entre tú y yo, ni entre tus pastores y los míos, pues somos parientes cercanos”» (Génesis 13:8).

Hace unas dos semanas, durante nuestra reunión familiar de oración en línea de un martes, compartí siete puntos de reflexión bajo el tema: «Señor, edifica a toda nuestra familia y parientes para que sean una familia de amor». Estos puntos se basaron en Efesios 5:31–33 y en dos artículos que yo había escrito: (1) La familia es verdaderamente importante; (2) La salud espiritual del esposo —el cabeza del hogar— es verdaderamente importante; (3) La madurez espiritual y el liderazgo del esposo —el cabeza del hogar— son verdaderamente importantes; (4) Un esposo espiritualmente sano y maduro prioriza amar a su esposa; (5) Un esposo espiritualmente sano y maduro establece claramente límites saludables; (6) Pueden surgir crisis u obstáculos difíciles en la relación matrimonial; y (7) La relación matrimonial debe reflejar la relación entre Cristo y la Iglesia. Mientras discutía el quinto punto —que «un esposo espiritualmente sano y maduro establece claramente límites saludables»— cité Efesios 5:31: «Por esta razón, la Escritura declara: “El hombre dejará a sus padres y se unirá a su esposa, y los dos se convertirán en una sola carne”» (Modern People’s Bible). Además, cuando cité este versículo para profundizar en ese quinto punto, utilicé el conflicto entre una suegra y una nuera como ejemplo ilustrativo. Específicamente, cité casos en los que, en medio de tal conflicto, el esposo no logra «dejar a sus padres» —tal como lo ordena Efesios 5:31—. Creo que si un esposo no logra «dejar» a sus padres (particularmente a su madre), el

conflicto entre su propia madre y su esposa —la clásica dinámica de suegra y nuera— está destinado a ser incesante. En otras palabras, un esposo espiritualmente insano e inmaduro es incapaz de dejar a su madre —ya sea mental o emocionalmente— y, como resultado, no logra establecer límites claros y saludables entre su relación con su esposa y su relación con su madre. En consecuencia, cuando surgen conflictos entre su esposa y su madre, él no logra proteger a su esposa; esto la deja vulnerable al dolor continuo infligido por su suegra, provocando que ella derrame lágrimas de dolor y angustia. Por el contrario, un esposo espiritualmente sano y maduro ha dejado a sus padres para unirse a su esposa, convirtiéndose en "una sola carne" con ella. Él considera a todos —incluyendo a su propia madre, hijos, hermanos y otros parientes— como "terceras partes". De manera sabia y eficaz, les impide inmiscuirse en su relación matrimonial o ejercer cualquier influencia negativa sobre ella.

El pasaje bíblico de hoy, Génesis 13:8, nos presenta a Abram: un hombre espiritualmente sano y maduro. Buscando resolver un conflicto que había surgido entre él y su sobrino Lot, Abram le dirigió estas palabras: "Somos parientes cercanos. Que no haya pleitos entre tú y yo, ni entre tus pastores y los míos". Basándome en este pasaje, creo que Abram, al reconocer el conflicto existente entre él y Lot, articuló dos principios fundamentales. Estos dos principios son: "Somos parientes cercanos" y "No riñamos" [o, tal como aparece en la *Versión Coreana Revisada*: "No permitamos las riñas"]. Considero que estos dos principios son aplicables no solo a nuestras relaciones con los parientes lejanos, sino también a nuestras relaciones con los miembros de nuestra familia nuclear —y, muy especialmente, a la relación entre esposo y esposa. Por ejemplo, al considerar la relación matrimonial —si surgiera un conflicto entre el esposo y la esposa— el esposo debería decirle a su esposa: "Somos una sola carne" (Efesios 5:31) y "No riñamos" (Génesis 13:8). Por lo tanto, el esposo debe esforzarse por resolver los conflictos con su esposa dentro del Señor. Bienaventurados los pacificadores (Mateo 5:9). Abram, quien aparece en el pasaje bíblico de hoy —Génesis 13:8— fue un pacificador. Él no deseaba entrar en contienda con su amado sobrino, Lot. Por ello, le dijo a Lot: "Somos parientes. Que no haya pleitos entre tú y yo, ni entre tus pastores y los míos" (v. 8). La primera pregunta que me gustaría plantear, entonces, es esta: ¿Por qué

terminaron discutiendo entre sí Abram y Lot —y sus respectivos pastores—? Al considerar esta pregunta, creo, en primer lugar, que la contienda real no ocurrió directamente entre Abram y Lot, sino más bien entre los pastores de Abram y los pastores de Lot. En segundo lugar, la causa de esta disputa fue que «Abram y Lot poseían tanto ganado que la tierra carecía de pastos suficientes para sustentarlos viviendo juntos» (v. 6). ¿A qué lugar específico se refiere aquí la expresión «esa tierra»? «Esa tierra» es la región a la que «Abram subió desde Egipto hacia el Neguev, en el sur de Canaán, llevando consigo a su esposa, a su sobrino Lot y todas sus posesiones» (v. 1); específicamente, el lugar donde «continuó su viaje hacia el norte, desplazándose entre Betel y Hai, hasta el mismo sitio donde anteriormente había plantado su tienda y construido un altar» (v. 3). Aquí, el término «anteriormente» se refiere a los acontecimientos descritos en Génesis 12:5-8: donde «Abram tomó a su esposa Sarai, a su sobrino Lot y todas las posesiones y siervos que había adquirido en Harán, y entró en la tierra de Canaán» (v. 5); donde «atravesó la tierra hasta llegar al sitio de la Encina de More en Siquem» (v. 6) y recibió la promesa de Dios; donde «construyó allí un altar» (v. 7); y donde «se trasladó de allí hacia el sur y plantó su tienda entre Betel y Hai —con Betel al oeste y Hai al este—. Allí construyó un altar y adoró al SEÑOR» (v. 8). El primer punto de interés es este: Abram, acompañado por su esposa Sarai y su sobrino Lot, partió de Harán con fe —tal como Dios le había instruido (v. 4)—, entró en la tierra de Canaán (v. 5) y plantó su tienda entre Betel y Hai (v. 8). Posteriormente, se desplazó gradualmente hacia la región sur de Canaán (v. 9); cuando una severa hambruna azotó la tierra de Canaán, descendió a Egipto para vivir allí (v. 10); Tras el incidente que involucró a su hermosa esposa Sarai y al faraón, rey de Egipto, él se vio obligado a abandonar aquel país (vv. 11–20); y, finalmente, tomando a su esposa, a su sobrino Lot y todas sus posesiones, partió de Egipto, ascendió hacia la región meridional del Neguev, en Canaán (13:1), y regresó una vez más al mismo lugar, situado entre Betel y Hai, donde anteriormente había plantado su tienda y edificado un altar (v. 3). El segundo punto que me llamó la atención es este: mientras Abram se hallaba acampado entre Betel y Hai —donde había construido un altar y adorado a Dios (v. 3; cf. 12:8)—, tanto él como Lot poseían rebaños tan vastos que los pastizales de la tierra resultaron insuficientes para sustentar a ambos; en consecuencia, surgió una disputa entre los pastores de Abram y

los pastores de Lot (vv. 6–7). Reflexionar sobre este hecho nos recuerda que, incluso después de haber ofrecido adoración a Dios, los cónyuges pueden seguir discutiendo, y pueden surgir conflictos no solo entre los miembros de la familia nuclear, sino también entre los parientes. Tales disputas —muy semejantes a la que se dio entre Abram y Lot— pueden ser desencadenadas por la abundancia material, provocando rupturas incluso entre aquellos unidos por lazos familiares. Esto nos trae a la memoria Proverbios 17:1: «Mejor es un bocado seco con paz y quietud que una casa llena de banquetes con contiendas». Es preferible que una familia viva en armonía —aunque los recursos materiales sean algo escasos— a que viva en discordia en medio de un hogar rebosante de riquezas. Lo que verdaderamente importa no es la abundancia de posesiones materiales dentro de un hogar, sino la armonía que en él prevalece. Sin embargo, aquella persona dentro de la familia que se deja consumir por la codicia inevitablemente suscita contiendas (28:25).

Mientras meditaba en Génesis 13:8–10, reflexioné sobre la causa de la disputa entre los pastores de Abram y los pastores de Lot: a saber, que poseían tanto ganado —como se señala en los versículos 2, 6 y 7— que los pastizales en la tierra situada entre Betel y Hai resultaban insuficientes para sustentar a ambos grupos viviendo juntos. Esto me llevó a preguntarme: ¿cómo llegaron a poseer una cantidad tan vasta de ganado? Surgieron diversas interrogantes en mi mente; por ejemplo: ¿poseían un rebaño tan grande desde el mismo principio, o su riqueza ganadera se fue acumulando con el paso del tiempo? En consecuencia, recurrí al capítulo 12 de Génesis. En el versículo 5 (según la traducción de la *Modern Man’s Bible*), leí: «Abram tomó a su esposa Sarai, a su sobrino Lot, y todas las posesiones y los siervos que había adquirido en Harán, y entró en la tierra de Canaán». Al leer esto, me formé la impresión de que Abram era, desde el mismo comienzo, un hombre que poseía «todas sus posesiones» —es decir, un hombre de considerable riqueza. Sin embargo, esto suscitó una nueva pregunta en mi mente: ¿era toda esta «riqueza» (12:5) ya «demasiado grande» (13:6) en aquella etapa tan temprana? Mi opinión personal es que no lo era. La razón por la que creo esto se encuentra en Génesis 12:10: cuando una «severa hambruna» asoló la tierra de Canaán —donde residían Abram, su esposa Sarai y su sobrino Lot—, Abram se sintió impelido a

descender a Egipto para vivir allí temporalmente. Para establecer un paralelismo moderno: en el sur de California —donde resido actualmente— el costo de vida se ha disparado, y el alquiler de los apartamentos, entre otros gastos, ha hecho que la vida resulte financieramente difícil en muchos aspectos. En consecuencia, he oído que muchas personas ya se han trasladado a Texas o a otros estados. También he sabido de otros que, a pesar de desear mudarse aquí a Los Ángeles desde fuera del estado, no pueden hacerlo porque el costo de vida en este lugar es, sencillamente, demasiado prohibitivo. Sin embargo, por mucho que aumente el costo de la vida, imagino que aquellos que residen en barrios acaudalados —tales como Beverly Hills— probablemente nunca siquiera contemplarían la idea de mudarse a otro estado, precisamente porque poseen una riqueza tan inmensa. En este mismo orden de ideas, si la «riqueza total» de Abram (v. 5, *The Modern English Bible*) hubiera sido suficiente mientras vivía en la tierra de Canaán, no habría buscado trasladarse a Egipto cuando sobrevino una severa hambruna. Si este razonamiento es correcto, plantea otra interrogante: «¿Cómo, entonces, llegó la "riqueza total" de Abram a ser "demasiado grande"?» (13:6, *The Modern English Bible*). Creo que esto ocurrió porque Dios —fiel al pacto que había establecido con Abram— lo «bendijo» fielmente (12:2–3, *The Modern English Bible*). ¿De qué manera otorgó fielmente el Dios del Pacto estas bendiciones a Abram? Al permitir que una severa hambruna asolara la misma tierra de Canaán donde residía Abram, obligándolo así a descender a Egipto (v. 10, *The Modern English Bible*). Una vez allí, en gran parte gracias a la belleza de su esposa, Sarai, Dios movió al faraón —el rey de Egipto— a tratar a Abram con gran generosidad, otorgándole ovejas, ganado, asnos, siervos y siervas, y camellos (v. 16, *The Modern English Bible*). No obstante, a lo largo de todo este proceso, el propio Abram demostró ser infiel. Al parecer, no logró depositar su confianza plena en el Dios del Pacto. En consecuencia —temiendo que los egipcios pudieran matarlo a causa de su hermosa esposa, Sarai— le instruyó: «Diles que eres mi hermana» (vv. 12–13, *The Modern English Bible*). Así, aun cuando Abram —por temor a su propia vida— obligó a su esposa a engañar a otros, el Dios del Pacto permaneció fiel a Su promesa de bendecirlo, utilizando al faraón como el instrumento a través del cual otorgarle una inmensa abundancia de ganado (v. 16). Para calibrar cuán extensa era esta riqueza, recurrimos a Génesis 13:2 (*The Modern English Bible*), que

afirma: «Él era rico en ganado, así como en plata y oro». Mientras meditaba en las Escrituras de esta manera, recordé Éxodo 12:36 y 38. Según la *Modern English Version*: «El SEÑOR hizo que los egipcios vieran con favor a los israelitas, de modo que accedieron a sus peticiones; así, los israelitas prácticamente despojaron a los egipcios de sus posesiones... Además, una multitud mixta de diversos pueblos salió con ellos, junto con ovejas, ganado vacuno y una inmensa cantidad de ganado menor». Cuando Dios liberó al pueblo de Israel de Egipto por medio de Moisés, hizo que los egipcios miraran con favor a los israelitas y accedieran a sus peticiones; en consecuencia, los israelitas partieron de Egipto llevándose consigo las posesiones de los egipcios —específicamente, sus ovejas, su ganado vacuno y sus vastos rebaños de ganado menor—. De este modo, Dios bendijo a Abram y a sus descendientes —el pueblo de Israel— otorgándoles una abundancia de ganado. Esto plantea la siguiente pregunta: ¿Cómo llegó el sobrino de Abram, Lot, a poseer una cantidad tan grande de ganado? Aunque Génesis 13:5 afirma: «Lot también tenía rebaños, manadas y tiendas», el versículo 6 señala que «la tierra no podía sostenerlos viviendo juntos, pues sus posesiones eran tan grandes». Esto me dejó preguntándome: ¿Cómo adquirió exactamente Lot una cantidad tan inmensa de ganado? Dado que la Biblia no expone explícitamente la respuesta, no podemos saberlo con absoluta certeza; sin embargo, es mi creencia personal que, muy probablemente, Abram compartió con su sobrino Lot las bendiciones materiales que él mismo había recibido de Dios. En otras palabras, debido a que Dios bendijo a Abram —de tal manera que era «rico en ganado, plata y oro» (v. 2)—, creo que Abram compartió una parte de esta abundante riqueza con su amado sobrino, Lot; en consecuencia, «Lot también tenía rebaños, manadas y siervos» (v. 6).

Me gustaría concluir aquí esta meditación sobre la Palabra. Cuando Abram y su sobrino Lot —o, mejor dicho, sus pastores— discutían entre sí debido a sus vastas posesiones, Abram le dijo a Lot: «Somos parientes cercanos. Que no haya disputas entre tú y yo, ni entre tus pastores y los míos» (Gén. 13:8). Aunque no parecía que Abram y Lot estuvieran discutiendo directamente, sus pastores sí se encontraban en conflicto, pues la tierra situada entre Betel y Hai carecía de pastos suficientes para sustentar las inmensas manadas que pertenecían tanto a Abram como a Lot; fue en este contexto que

Abram exhortó a Lot, diciendo: «No permitamos que nuestros pastores discutan» (v. 8). Como cristianos que creemos en Jesús, no somos de los que se enfrascan en discusiones personales, ni de los que instigan disputas entre otros. Más bien, somos pacificadores: aquellos que fomentan y preservan activamente la paz. Sin embargo, ¿por qué surge tanta discordia entre nosotros? ¿Por qué hay tanta contienda dentro de la iglesia? ¿Será porque poseemos demasiado? ¿O será, tal vez, porque nos falta algo? No debemos permitir que las bendiciones materiales que Dios nos otorga con tanta gracia se conviertan precisamente en la fuente de nuestros conflictos. Por el contrario, debemos utilizar estas bendiciones materiales con sabiduría, dando así gloria a Dios.

¡Debes proteger tu vínculo matrimonial!

Así como una pareja puede discutir fácilmente por sus hijos, también puede tener conflictos por sus padres.

Lo más importante es que, incluso en medio de estos conflictos, el esposo y la esposa deben mantenerse firmes en la protección de su relación.

«Intimidad emocional»

Al leer un artículo titulado «Formas de reconstruir la intimidad emocional en su matrimonio», descubrí que abordaba el concepto de «intimidad emocional» dentro de la vida conyugal. Anteriormente, no había comprendido plenamente la importancia de la intimidad emocional mutua en una relación matrimonial. Sin embargo, ahora tengo una mejor comprensión de por qué es tan crucial que un esposo y una esposa sean emocionalmente cercanos. Esta toma de conciencia surgió debido a que varias amigas cercanas a mi entorno estaban pasando por dificultades —y, en algunos casos, incluso divorciándose— debido a la falta de intimidad emocional en sus relaciones con sus esposos. Por lo tanto, tengo la intención de reflexionar sobre los puntos específicos que se describen a continuación —centrándome en solo tres de las «10 formas de reconstruir la intimidad emocional en el matrimonio»: (1) «Comuníquese usando su cuerpo», (2) «Exprese empatía» y (3) «No tenga miedo de mostrar vulnerabilidad»— y buscar aplicarlos a mi propia relación matrimonial.

1. En mi relación con mi esposa, he priorizado y buscado la «intimidad de fe» por encima de la «intimidad emocional». En consecuencia, comparto con frecuencia con mi esposa la Palabra —la Verdad—, la cual constituye un «Hecho» absoluto. Por ejemplo, siempre que medito en la Palabra de Dios y recibo una bendición o una revelación particular, me aseguro de compartirla con ella. Además, siempre que se me concede la visión espiritual —los «ojos de la fe»— para discernir cómo el Señor está cumpliendo activamente y obrando Su Palabra en nuestra vida cotidiana, comparto esas observaciones con mi esposa. En particular, comparto con un corazón lleno de gratitud y gozo cada vez que de nuestros tres hijos. Cuando hago esto, mi esposa también reconoce y afirma —a través de su propia fe— que el Señor está, en efecto, obrando en la vida de nuestros hijos; y al hacerlo,

nosotros —como pareja— juntos... Nos mostramos empatía mutua, nos afirmamos el uno al otro y, unidos, ofrecemos nuestras gracias a Dios.

2. Me esfuerzo por cultivar la «intimidad de corazón» con mi esposa. Esto significa que abro la puerta de mi corazón y comparto con ella mis pensamientos y sentimientos más íntimos de una manera sincera y honesta. También comparto con frecuencia mis vulnerabilidades con ella. Por ejemplo, mientras tengo presentes a nuestros amados hijos en mis pensamientos y oro por ellos, a menudo comparto con mi esposa los sentimientos y las reflexiones específicas que el Señor pone en mi corazón. Cuando comparto mis sentimientos con respecto a nuestros hijos —a quienes ella ama con igual devoción— abrimos las puertas de nuestros corazones el uno al otro, unidos en un mismo amor y una misma mente, y entablamos una conversación sobre ellos. Incluso esta noche, tengo la intención de abrir mi corazón a mi esposa y compartir con ella las reflexiones y los sentimientos acerca de nuestros hijos que el Señor me concedió durante la mañana de este domingo. Esta práctica de compartir nos permite, como pareja, ver a nuestros tres hijos con un corazón unificado en el Señor. Además, profundiza nuestra comprensión mutua de los corazones del otro.

3. Mientras busco la "intimidad sexual" con mi esposa —lo cual implica comunicarme con ella a través de la expresión física—, simultáneamente me esfuerzo por cultivar la "intimidad emocional". La razón por la que busco ambos aspectos de manera simultánea radica en las diferencias fundamentales entre hombres y mujeres. En términos generales, los hombres tienden a desear la intimidad sexual con sus esposas, mientras que las mujeres tienden a desear la intimidad emocional con sus esposos. Por supuesto, esto no implica que una mujer no desee la intimidad sexual con su esposo; tampoco significa que un hombre no tenga absolutamente ningún deseo de intimidad emocional con su esposa. Aunque las diferencias entre hombres y mujeres son marcadas, hay ocasiones en las que un hombre también desea abrir la puerta de su corazón y compartir sus emociones con su amada esposa (incluso si tales momentos no ocurren con

mucha frecuencia). En esos momentos, si la esposa no logra empatizar con los sentimientos de su esposo y, en cambio, le responde de una manera puramente lógica, el corazón del esposo puede verse... Es posible sentirse solo, aunque quizás una esposa experimente esa soledad de manera aún más intensa y frecuente que su esposo. En mi propio caso, tras el repentino fallecimiento de un amigo hace poco, me abrí con total honestidad ante mi esposa para contarle cuánto me dolía el corazón —hasta el punto de hacerme llorar— cada vez que pensaba en la esposa y la madre de mi amigo. Sin embargo, el momento fue inoportuno; justo en ese instante, mi esposa se encontraba hablando por teléfono, ocupándose de asuntos laborales. (Jaja.) Es probable que ella sintiera que, tal como yo no había logrado captar verdaderamente sus sentimientos cuando los compartió conmigo en el pasado, ella tampoco era capaz de empatizar conmigo ni de hacerme sentir comprendido en ese momento. Si bien es cierto que mi esposa y yo a menudo tropezamos y nos quedamos cortos en nuestra búsqueda de la intimidad emocional, no creo que nuestra relación corra peligro simplemente por carecer de esa conexión específica. Esto se debe a que —por imperfecta que sea— seguimos esforzándonos por alcanzar la intimidad emocional dentro del contexto más amplio de buscar una intimidad espiritual y profunda. (Por supuesto, esta es meramente mi propia perspectiva). No obstante, cada vez soy más consciente de que necesito esforzarme con mayor diligencia para aprender a cultivar la conexión emocional y la intimidad con mi esposa dentro de nuestra relación.

¿Infidelidad emocional?

Solía pensar que cualquier conducta inapropiada dentro de un matrimonio —al menos hasta donde yo sabía— se denominaba simplemente "adulterio" o "infidelidad". Sin embargo, hace poco me topé por primera vez con un término: "infidelidad emocional". En coreano, esto se traduce como "engaño emocional" o "traición emocional". Si bien el término en sí me resultaba algo desconocido, me recordó una conversación que tuve hace unos años con una hermana de nuestra congregación. Cuando le pregunté el motivo de su divorcio, me explicó que se había separado de su esposo porque carecían de una "conexión emocional". Esto me llevó a comprender que las "emociones" desempeñan un papel increíblemente significativo en la relación matrimonial, mucho más de lo que yo había imaginado anteriormente. Tras haber escuchado los términos "conexión emocional" e "infidelidad emocional" de boca de dos hermanas diferentes, adquirí una nueva perspectiva sobre cuán vitales resultan las "emociones" desde el punto de vista de la esposa (dado que nunca he escuchado a los hermanos utilizar una terminología tan centrada en las emociones). Por consiguiente, y a pesar de ser hombre, me gustaría ofrecer algunas reflexiones sobre los conceptos de "conexión emocional" e "infidelidad emocional" desde la perspectiva de la mujer. (Para las hermanas que lean esto: si sienten que he malinterpretado o expresado algo de manera incorrecta, por favor, siéntanse libres de hacérmelo saber en los comentarios. Gracias).

1. Desde la perspectiva de las esposas, las emociones revisten una importancia primordial. No obstante, dado que las emociones no tienen el mismo peso para los esposos que para las esposas, creo que a estas últimas a menudo les resulta difícil obtener "satisfacción emocional" de sus maridos dentro del contexto de su matrimonio.

2. En consecuencia, considero que las esposas están casi inevitablemente destinadas a experimentar una sensación de "insatisfacción emocional" con respecto a sus esposos; una insatisfacción que, con el paso del tiempo, está condenada a acumularse y enquistarse.

3. Como resultado, creo que, tras soportar esta insatisfacción tanto tiempo como les es posible, las esposas pueden llegar finalmente a un punto de ruptura en el que —desencadenada por un incidente específico o un detonante— su insatisfacción emocional reprimida estalla por fin. Alternativamente —y siempre desde la perspectiva de las esposas—, sospecho que existe una alta probabilidad de que, debido a una conexión emocional fracturada con sus esposos, terminen llevando una vida matrimonial caracterizada por el adormecimiento y la indiferencia.

4. Creo que es precisamente cuando los individuos se encuentran en tal estado emocional que Satanás aprovecha la oportunidad para abrirse paso e introducir una tentación dramática. Esta tentación dramática implica llevar a los esposos o esposas a sentirse emocionalmente atraídos —e inclinados— hacia alguien que no es su cónyuge, buscando y hallando así gratificación emocional en otra parte; en última instancia, esto puede conducir a lo que se conoce como "infidelidad emocional".

5. Por ejemplo, consideremos a una esposa que ha acumulado una cantidad significativa de insatisfacción emocional con respecto a su esposo. Ella puede sentir que el conflicto con su marido es incesante. En tal coyuntura, creo que Satanás puede orquestar un encuentro —ya sea en la iglesia o en el lugar de trabajo— entre esta esposa emocionalmente insatisfecha y su esposo (quien, agotado por el constante conflicto y las discusiones, tal vez ni siquiera se dé cuenta de la fuente de la insatisfacción emocional de su esposa) y otra mujer. A través de este encuentro, el esposo puede hallar el consuelo y el alivio que no logró recibir de su esposa. En consecuencia, creo que existe una alta probabilidad de que el esposo mantenga una relación continua con esta otra mujer en un

esfuerzo por obtener el consuelo emocional que le falta en su matrimonio. Cuando esto ocurre, la esposa puede percibir que su esposo la está engañando emocionalmente, incurriendo en una "infidelidad emocional". Creo que esta situación puede, con el tiempo, escalar hasta convertirse en una "aventura emocional" en toda regla.

6. Como resultado, la esposa ya no podrá confiar en su esposo; no le quedará otra opción que albergar una continua sospecha y desconfianza hacia él. Es más, creo que incluso podría experimentar un profundo sentimiento de traición a manos de su esposo.

7. En última instancia, creo que, como consecuencia de estos acontecimientos, la esposa puede llegar al punto en el que comience a considerar el divorcio.

8. Si esto sucede, ¿cómo podemos tomar medidas preventivas para asegurar que no lleguemos a un estado tan crítico?

9. En primer lugar, creo que los esposos (y las esposas, del mismo modo) deben mantenerse firmes sobre la Palabra de Dios —la cual se fundamenta en *hechos* y no en meros *sentimientos*— y, aferrándose a esa Palabra, elevar sus súplicas a Dios con fe.

10. En particular, creo que, en medio de una crisis en la relación matrimonial, Dios concede Su Palabra (Sus promesas) ya sea al esposo o a la esposa. En otras palabras, una crisis matrimonial sirve como una oportunidad para escuchar la voz de Dios. Uno debe aferrarse firmemente a esa Palabra recibida y, con un alma sedienta, buscar a Dios con fervor.

11. En este contexto, creo que nosotros, los esposos en particular, debemos cultivar la capacidad de respetar las emociones de nuestras esposas y ser sensibles a ellas, aprendiendo a sentir junto a ellas lo que ellas sienten [fomentando la

conexión emocional y la *satisfacción emocional*]. Por supuesto, esto no es fácil; sin duda requerirá mucha disciplina y entrenamiento.

12. Por lo tanto, creo que nosotros, los esposos, deberíamos entablar un diálogo con nuestras esposas a un *nivel emocional* —compartiendo sus sentimientos— y, en última instancia, elevar esa conversación a un *nivel fáctico* fundamentado en la verdad. Dicho de otro modo, nuestro objetivo como esposos debería ser esforzarnos por empatizar con nuestras esposas desde un corazón lleno de amor, a la vez que, finalmente, las nutrimos a través de la Palabra de Dios. Así pues, creo que debemos guiar y dirigir a nuestras esposas no principalmente por los *sentimientos*, sino por los *hechos*: la verdad de la Palabra de Dios.

13. En consecuencia, a medida que la pareja se deja guiar por la verdad fáctica de la Palabra de Dios —y experimenta emociones profundas y empatía dentro de los límites de esa verdad—, su relación matrimonial en el Señor debería volverse, a la vez, firme y abundante.

14. A mi juicio, las emociones que no están fundamentadas en la verdad fáctica de la Palabra de Dios —o aquellas que se desvían más allá de los límites de esa verdad— no resultan beneficiosas para la relación matrimonial; por el contrario, conllevan un riesgo significativo de causar daño. Creo que existe un riesgo considerable de que esto provoque una fractura en la relación conyugal.

15. Por consiguiente, creo que estos sentimientos deben ser sublimados y transformados en emociones sanas, fundamentadas en la Palabra de verdad de Dios; al hacerlo, la pareja establece una mutua «conexión a través de la Palabra» —lo cual, a su vez, fomenta una «conexión emocional sana»—, profundizando así de manera continua su plenitud emocional dentro del contexto de su fe.

¿Qué es más importante que tu esposa y la armonía familiar?

Es importante esforzarse por complacer a tu esposa. Buscar la armonía dentro de la familia es sumamente importante. Sin embargo, hacerlo a costa de desobedecer la Palabra de Dios no es deseable. Lo más importante es obedecer la Palabra de Dios.

¿Qué carga tan pesada debe soportar el corazón de un niño cuando mamá y papá están enfrentados?

Ayer —jueves—, mientras cenaba con mi amada esposa y mi hija menor, Yeeun, tal vez aún dolida por el «incidente del tatuaje», decidió hablarme con total franqueza y sinceridad. Mi esposa, que escuchaba desde un lado, intervino actuando como mi «portavoz» y salió en mi defensa. Como el restaurante estaba a punto de cerrar, sugerí que continuáramos nuestra conversación en casa; una vez allí, Yeeun siguió desahogándose y compartiendo sus pensamientos conmigo. Sin embargo, en esta ocasión, en lugar de defenderme, mi esposa —que se encontraba justo a nuestro lado— ¡decidió aprovechar para desahogar también algunas de sus propias quejas hacia mí! (Jaja). Así que simplemente me quedé sentado en mi silla con las manos entrelazadas (¡casi como si estuviera rezando!) y continué escuchando las palabras de mi amada esposa y de mi amada hija, Yeeun. ¡Sentí como si estuviera sufriendo una hemorragia nasal doble! (Jaja). Basándome en el contenido de la conversación de ayer, me gustaría compartir algunas reflexiones a medida que me vienen a la mente:

1. Yeeun me dijo que me había exigido —a mí, su padre— un estándar muy elevado, pero que se había dado cuenta de que probablemente necesitaba rebajar esas expectativas. Yo respondí simplemente diciendo: «Gracias, Yeeun». Luego añadí: «Como tu padre, soy, en efecto, imperfecto e inadecuado; por lo tanto, mi única esperanza es que logres mirar más allá de mis defectos y vislumbrar al "pequeño Cristo" que habita en mi interior». Me parece que Yeeun me tenía en una estima extremadamente —quizás *demasiado*— alta. Debió de amarme y respetarme profundamente para que ese fuera el caso. Sin embargo, parece que el reciente

«incidente del tatuaje» le causó una gran decepción. De ahora en adelante, ¡realmente espero que los estándares que Yeeun exige a su padre sigan bajando cada vez más! (Jaja).

2. ofrecí mi respuesta honesta a los comentarios de Yeeun —específicamente desde una perspectiva basada en la fe—, mi esposa, que había estado escuchando cerca, aprovechó la oportunidad para expresarme sus propios pensamientos, justo allí, delante de Yeeun. Si bien las conversaciones sobre la fe son ciertamente importantes, parece que mi esposa intentaba abordar un punto diferente: cómo yo, en mi rol de padre, debía construir una relación con mi hija y de qué manera debía comunicarme con ella. Entonces, mi esposa sacó a relucir ciertos sentimientos de dolor —o tal vez una sensación de decepción— con respecto a la relación entre nosotros dos. Tras haber escuchado todo, nuestra hija, Yeeun, rompió a llorar y nos habló sobre diversos asuntos. Hasta ese momento, cada vez que su madre y yo discutíamos o peleábamos, Yeeun solía retraerse y evitar la escena; parecía que enfrentarse a tal situación de manera directa —quizás por primera vez en su vida— resultaba profundamente angustioso para ella. Incapaz de tomar partido ni por su padre ni por su madre, parecía intentar mantener la neutralidad mientras expresaba lo que realmente pasaba por su mente. Así que le dije a Yeeun: «Lo siento». Lo dije porque verdaderamente sentía la necesidad de disculparme con mi hija. Luego le ofrecí a Yeeun un pañuelo de papel. Y, cuando ninguna de las dos miraba, me sequé discretamente las lágrimas que se habían agolpado en mis propios ojos.

3. Parece que Yeeun percibió las palabras de su madre como expresiones de resentimiento hacia mí. Y, a decir verdad, mi esposa *estaba* efectivamente desahogando parte de la insatisfacción que sentía con respecto a mi persona. Sin embargo, la responsabilidad de ello recae en mí, pues he fallado como esposo en el pasado y sigo quedándome corto incluso ahora. Por ello, les dije tanto a mi esposa como a Yeeun: «Como esposo de su madre y como padre de Dylan, Yeri y Yeeun, soy inadecuado; tengo muchas carencias y he cometido muchos

errores». Incluso admití que no tenía la certeza de poder hacerlo mejor en el futuro. A menos que Dios me ayude, simplemente no podré cumplir con mis deberes al frente de nuestra familia. Al escuchar esto, mi esposa también se sinceró acerca de sus propias insuficiencias y debilidades. En ese momento, Yeeun se volvió hacia nosotros y nos preguntó —en esencia—: «¿Por qué mamá y papá siguen menospreciándose de esa manera?». A su propia manera, Yeeun nos estaba ofreciendo una amorosa reprensión, o tal vez una suave corrección. Mientras escuchaba sus palabras, me quedé completamente sin habla. Todo lo que pude hacer fue pedirle a Yeeun: «Por favor, ora por tu mamá y por tu papá». Sin embargo, dada la situación —con el corazón de Yeeun dolido y ella llorando inconsolablemente—, ¿cómo se podía esperar que ella orara por nosotros en ese momento? Ella simplemente se dio la vuelta y se fue a su habitación. Dado que no puedo recordar cada detalle de nuestra larga conversación de ayer —ni estoy del todo seguro de cuál sea la mejor manera de resumirla—, simplemente he organizado mis pensamientos en tres puntos principales, tal como me vienen a la mente. No obstante, estoy profundamente agradecido, pues creo sinceramente que la conversación de anoche fue, a la vez, preciosa y constructiva. En particular, como padre, confío en que el Señor ayudará a Yeeun a procesar sus pensamientos y sentimientos de una manera sana: expresándonos honestamente lo que piensa a mi esposa y a mí, para luego retirarse a su habitación a reflexionar, organizar sus ideas y escribir en su diario. Además, si bien oro constantemente pidiendo sabiduría para mí y para todo mi hogar, me siento colmado de gratitud y gozo al ser testigo de cómo Dios concede esa misma sabiduría también a Yeeun. Ayer también aproveché la oportunidad para abrirle mi corazón a Yeeun con total honestidad. Al observar a Dios obrando en los corazones y las vidas de Dylan, Yeri y Yeeun, me resulta verdaderamente asombroso que —entre nuestros tres hijos— sea precisamente Yeeun quien posee una espiritualidad más parecida a la mía. He adoptado la costumbre de leer las actualizaciones de su ministerio, los testimonios personales y las cartas misioneras que envían Dylan, Yeri y Yeeun; posteriormente, los traduzco al coreano para compartirlos con nuestra familia extendida y nuestros parientes. A través de estos escritos, se me concede

vislumbrar cómo Dios está obrando activamente en el corazón y la vida de cada uno de mis hijos. Sin embargo, he llegado a darme cuenta de que Yeeun no solo comparte mis gustos culinarios, sino también una profunda similitud en el plano espiritual. Y así, compartí esta observación con Yeeun con total franqueza.

De cara al futuro, mi esposa y yo reconocemos que nuestra relación matrimonial exige un esfuerzo y una dedicación continuos hasta el último día de nuestras vidas; es un viaje que demanda una oración constante y una dependencia absoluta de la gracia de Dios. A lo largo de nuestros veintiséis años de matrimonio, una de las frases que mi esposa ha pronunciado con mayor frecuencia es, probablemente, esta simple expresión: «diferentes». Así de distintos —así de diferentes— somos, en realidad, mi esposa y yo. Además, durante nuestra conversación de ayer —y en presencia de Yeeun— mi esposa hizo una observación específica sobre mí: comentó que las barreras que rodean mi corazón son increíblemente altas. Desde su perspectiva, este comentario probablemente implica que, debido a que me ama profundamente y desea acercarse más a mí, le resulta increíblemente difícil hacerlo, ya que las barreras que rodean mi corazón siguen siendo formidables e imponentes. Tengo la intención de seguir buscando la gracia de Dios con un corazón anhelante y esforzarme por priorizar nuestra relación matrimonial. De hecho, después de que Yeeun se fue de nuestra habitación ayer, mi esposa y yo nos preparamos felizmente (?) para nuestro viaje en octubre. Jaja. Por supuesto, Yeeun no tiene ni idea de las diversas cosas que suceden en nuestra relación.

[Se me acaba de ocurrir algo. Ayer, Yeeun mencionó que, como padre, también enfaticé la independencia de mis hijos (?), y aunque nuestros tres hijos se han vuelto bastante independientes a su manera, la conexión emocional entre ellos no es muy buena. Me quedé sin palabras ante ese comentario. Era cierto.] Como valoraba tanto su independencia, desde su perspectiva, tal vez no existiera una conexión emocional suficiente conmigo como su padre, Yeeun me lo confesó ayer con sinceridad. Fue entonces cuando empecé a darme cuenta de esto y comencé a sentirme preocupado.

Una comida familiar compartida con sinceridad

Hoy, para celebrar el cumpleaños de mi esposa, ella y yo disfrutamos juntos de un desayuno tranquilo: solo nosotros dos. Más tarde, por la tarde, después de que ella terminara de trabajar, toda la familia se reunió en un restaurante de su elección para compartir juntos una comida abundante. Fue verdaderamente una bendición. Me llenó el corazón de calidez, en particular, ver a mi esposa charlando con Dylan y Jessica sobre diversos temas, incluido el de las propuestas de matrimonio. Fue igualmente encantador ver a Dylan sonriendo radiante mientras conversaba con su mamá. Y Jessica —fiel a su estilo— comió su *bossam* favorito (rollitos de cerdo al vapor) ¡con tanto entusiasmo! Nuestra hija menor, Yeeun —quien, al parecer, no había comido nada en todo el día salvo un solo tazón de ramen— también comió su *yangnyeom-gejang* favorito (cangrejo crudo marinado y picante) con gran entusiasmo; verla disfrutar de su comida de esa manera también me llenó de gratitud. Después de la cena, mi esposa expresó su deseo de tomar té y postre, así que nos dirigimos a la cafetería que nuestra familia frecuenta. Una vez allí —aunque no formaba parte del plan original— simplemente abrí mi corazón y compartí algunos de mis pensamientos más profundos y sinceros. Esos pensamientos fueron los siguientes:

1. «Este papá nunca tuvo verdaderos noviazgos; solo experimenté amores plató icos no correspondidos, hasta que conocí a su mamá y nos casamos. Debido a que en aquel entonces sabía tan poco sobre las mujeres, hubo muchas ocasiones en las que no traté a su mamá tan bien como debería haberlo hecho».

2. «Además, después de que nuestro primer bebé, Jooyoung, falleciera, anhelé tener un hijo con tanta desesperación... Me sentí increíblemente agradecido cuando Dios nos bendijo con Dylan, pero me convertí en padre sin tener la más mínima idea de cómo criar a un niño».

3. «En consecuencia, cometí muchísimos errores al criarlos a ustedes tres. Lo siento de verdad».

4. «Cuando su mamá y yo hablamos de ustedes tres, no nos centramos en las cosas específicas que hicimos o dejamos de hacer por ustedes; es decir, en las acciones en sí mismas. En cambio, nuestro enfoque reside en conversar sobre cómo Dios está obrando activamente en la vida de cada uno de ustedes».

5. «Su mamá y yo simplemente no podemos evitar dar gracias a Dios». La razón es que, a pesar de que mamá y papá sean padres tan imperfectos, Dios —quien te ama por encima de todo— te está permitiendo vislumbrar, a través de los ojos de la fe, la realidad de que Él mismo te está criando personalmente.

Mientras compartía estos pensamientos sinceros, aproveché la oportunidad para preguntarles a mis tres hijos si había sido un padre excesivamente estricto cuando eran pequeños; sorprendentemente, me respondieron que no. También les pregunté acerca de las ocasiones en las que los había disciplinado a los tres a la vez con una vara —algo que sucedió en varias ocasiones—, y, de hecho, Dylan y Yeeun recordaban esos episodios. Sin embargo, lo que me resultó verdaderamente aleccionador fue que esos dos hijos me dijeran que sentían que yo los había disciplinado por amor, y no por ira. Y, sin embargo, en realidad, sospecho que en la mayoría de esas ocasiones, yo *sí* los estaba disciplinando movido por la ira. Realmente no sé cómo explicarlo. Me había disculpado con mis hijos, creyendo haber cometido muchos errores en su crianza, pero llegué a darme cuenta de que ellos percibían las cosas de una manera muy distinta. Esto no puede ser otra cosa que la gracia de Dios.

Aunque una gran tormenta de la vida azotara y hundiera el barco de mi familia...

Aunque una gran tormenta de la vida azotara y hundiera el barco de mi familia (cf. Mateo 8:24), deseo —por mi fe en Emanuel, Dios con nosotros (Mateo 1:23)— hallar descanso en el Señor (cf. 2 Tesalonicenses 1:7; Hebreos 4:11) mientras canto: «Sea cual sea mi suerte, me has enseñado a decir: “Todo está bien, todo está bien con mi alma”. Todo está bien, todo está bien con mi alma» (Nuevo Himnario 413, «Todo está bien con mi alma», Versículo 1 y Estribillo).

Debes reconciliarte antes de morir.

He sido testigo de escenas de discordia entre familiares durante funerales. Con mucha frecuencia, he visto a hijos discutiendo entre sí durante el funeral de uno de sus padres. No estoy seguro de cómo describirlo exactamente, pero ciertamente no sirvió como fuente de edificación espiritual. Fue un espectáculo verdaderamente lamentable. En contraste, también he visto a personas que —antes de partir de este mundo— se acercaron a cada una de las personas con las que mantenían una relación tensa, buscando el perdón y logrando la reconciliación antes de fallecer. Esa fue una escena verdaderamente hermosa. Sin embargo, lo que hizo que todo resultara aún más conmovedor fue que, durante el funeral de esa misma persona, uno de sus hermanos exigió que se retiraran de la sala funeraria los arreglos florales enviados por los dolientes. El difunto se había reconciliado con todos; sin embargo, parecía que uno de sus hermanos había sido incapaz de hacer lo mismo. Para morir bien —y para asegurar un servicio fúnebre que dé gloria a Dios, imparta gracia a todos los asistentes y deje una huella perdurable en los corazones de los dolientes—, se nos recuerda una vez más la lección que se encuentra en Romanos 12:18: «Si es posible, en cuanto dependa de ustedes, vivan en paz con todos».

Parte 3:
Reconciliación

¿Qué es la reconciliación?

La reconciliación es un retorno. Es el acto de regresar a Dios con un corazón arrepentido por los propios pecados. Dios declara que Él nos traerá de regreso (Ezequiel 39:25, 27, 28). Dios promete que Él nos restaurará.

Te ruego que nos restaures a nuestro estado original.

Te ruego que el Señor levante de nuevo a nuestra familia quebrantada y a nuestra iglesia, que las reconstruya y las restaure a su estado original (Amós 9:11, 14).

«¡Restáuranos ahora!»

[Salmo 60]

Cuando escucho la palabra «restauración», me viene a la mente un recuerdo de hace aproximadamente uno o dos años, cuando visité el hogar de un matrimonio acompañado por un diácono de la iglesia. En aquel entonces, la esposa —una hermana en la fe— atravesaba un periodo difícil, por lo que elevamos una oración a Dios pidiendo su restauración. Recuerdo con claridad que, tras la oración, ella expresó su desconcierto preguntando: «¿Por qué será que los pastores siempre oran por la restauración?». Después de visitar a esa pareja y regresar a la iglesia, reflexioné sobre aquel encuentro y me encontré preguntándome a mí mismo: «¿Por qué no animé a esa pareja a arrepentirse?». Creo firmemente que uno no puede experimentar la gracia de una verdadera restauración a menos que la cuestión del pecado haya sido resuelta primero en el Señor. Aún lo recuerdo con nitidez. Hace unos dos años, durante nuestro Servicio de Vigilia de Año Nuevo, prediqué un mensaje basado en las «5 R»: Arrepentimiento → Reconciliación → Restauración → Reforma → Avivamiento. Para que ocurra una verdadera restauración, primero debemos arrepentirnos y, de este modo, reconciliarnos con Dios.

En el pasaje bíblico de hoy —específicamente en la segunda mitad del Salmo 60:1— vemos a David suplicando a Dios: «...¡Restáuranos ahora!». Centrándonos en este versículo y bajo el tema «¡Restáuranos ahora!», buscaremos recibir las lecciones que Dios nos ofrece meditando en tres puntos: Primero, ¿por qué elevó David esta oración de restauración? Segundo, ¿cómo la elevó? Y, finalmente, ¿cuál fue su actitud después de haber elevado esta oración?

Primero, ¿por qué elevó David esta oración de restauración?

La razón es que había sufrido una derrota temporal en la batalla como resultado de la disciplina de Dios (Salmo 60:1–3) (Park Yun-sun). El salmista David describe la causa de esta derrota temporal en la batalla en los siguientes términos: «Oh Dios, nos has desechado; nos has quebrantado; te has enojado...» (v. 1); «Has hecho temblar la tierra; la has resquebrajado; sana sus grietas, pues se tambalea» (v. 2); «Has mostrado a tu pueblo cosas duras; nos has hecho beber el vino de la confusión» (v. 3). El «vino» mencionado aquí en el versículo 3 es una metáfora que hace referencia a la ira de Dios (Park Yun-sun). En otras palabras, David había sufrido una derrota temporal debido a una invasión por parte de Edom. David reconoció que la causa de esta derrota era la ira de Dios. En última instancia, David (y el pueblo de Judá) padecieron adversidades como resultado del enojo de Dios (v. 3). Por lo tanto, David suplicó a Dios, diciendo: «Restáuranos ahora» (v. 1) y «Sana sus grietas, pues la tierra está temblando» (v. 2). Dado que el Señor había hecho que la tierra temblara y se resquebrajara, surgieron grietas de manera natural. David suplicaba a Dios que reparara —que sanara— esas grietas. Esta es una oración de restauración.

Si Dios se enoja y nos desecha, inevitablemente perderemos las batallas espirituales que enfrentamos. Si Dios no nos sostiene, estamos destinados a tropezar, caer y fracasar en la vida. Por muy firmemente establecida que parezca nuestra propia fe, y por muy sólidas que aparenten ser nuestras familias, negocios o iglesias, el Señor puede hacer que la tierra tiemble y se resquebraje (v. 2). Si ese mismo Dios, en su ira, sacude los cimientos de nuestras vidas —incluyendo a nuestras familias, nuestros negocios y las iglesias a las que servimos—, ¿cómo podríamos permanecer inmutables? Cuando somos sacudidos y vacilamos —al ver muchas fisuras en nuestras vidas como resultado de la ira de Dios—, debemos recordar que existen pecados en nuestro interior capaces de provocar el enojo divino; debemos arrepentirnos de nuestros pecados ante Dios y buscar su misericordia. La razón de esto es que la verdadera restauración no puede existir sin un arrepentimiento genuino.

En segundo lugar, ¿cómo elevó David su oración de restauración?

David elevó su oración de restauración a Dios con dos convicciones distintas:

(1) David elevó su oración de restauración a Dios con la convicción de la salvación.

Observemos el pasaje bíblico de hoy, el Salmo 60:5: «Salva con tu diestra y respóndenos, para que tus amados sean librados». Aquí observamos a David elevando su súplica a Dios, confiando en el amor de Dios (su amor inquebrantable). David estaba plenamente convencido de que Dios —quien ama a Su pueblo más que nadie— no se apartaría del sonido de nuestros clamores en oración, sino que nos respondería y nos libraría con Su poderosa diestra. Esto nos trae a la mente la canción cristiana contemporánea titulada «Vision»: «Nos hemos reunido ante el trono, alabando juntos al Señor / El amor de Dios: Él entregó a Su Hijo; por Su sangre somos salvos / Ese amor derramado en la cruz fluye como un río por toda la tierra / De toda nación, tribu y pueblo —de todos los confines de la tierra— somos salvos y adoramos al Señor / ¡La salvación pertenece a nuestro Dios, que está sentado en el trono, y al Cordero! / ¡La salvación pertenece a nuestro Dios, que está sentado en el trono, y al Cordero!».

(2) David ofreció a Dios su oración de restauración con la convicción de la victoria.

Observemos el pasaje bíblico de hoy, el Salmo 60:4: «Has dado una bandera a los que te temen, para que sea desplegada a causa de la verdad. (Selah)». La Biblia afirma que Dios entrega una «bandera» a aquellos que le temen. ¿Por qué le dio Dios una «bandera» a David? La razón era para simbolizar que Dios estaría con él y le concedería la victoria. En resumen, la «bandera» a la que aquí se hace referencia es, precisamente, un estandarte de victoria. ¿Cuál es la fuente de esta victoria? No se debe a que el ejército sea fuerte, a que los soldados sean numerosos o a que las armas sean poderosas; más bien, se debe a que Dios está con ellos. Dado que Dios estaba con él, David tenía la certeza de que saldría victorioso en las batallas contra «Moab», «Edom» y «Filistea» —naciones mencionadas en el versículo 8 del texto de hoy—. En consecuencia, declaró

con audacia en el versículo 6: «¡Me regocijaré!». David, quien se alegraba anticipando la victoria en la batalla: ¿cómo lograba poseer una confianza tan inquebrantable en el triunfo? Era porque «Dios ha hablado en Su santidad» (v. 6). Puesto que el santo Dios había prometido estar con él, David se llenó de gozo y de la seguridad de la victoria. Consideremos la letra de la cuarta estrofa y del estribillo del Himno 400: «El enemigo ha sido totalmente derrotado por la mano de Jesús; solo el estandarte del Señor brilla gloriosamente sobre toda la tierra» (v. 4). «¡Marchemos adelante! ¡Marchemos adelante! Por amor únicamente al Señor Jesús —dispuestos a ofrecer incluso nuestras propias vidas—, ¡marchemos hacia el campo de batalla!» (Estribillo).

En tercer y último lugar, ¿cuál fue la actitud de David después de ofrecer su oración de restauración?

En una palabra: David depositó su confianza en Dios y actuó con valentía. Observemos el versículo 12 del pasaje de hoy, el Salmo 60: «Con Dios haremos proezas, pues es Él quien pisoteará a nuestros enemigos». ¿Qué significado implica la frase «depositó su confianza en Dios» en este contexto?

(1) Confiar en Dios significa tener la fe de que Dios —y solo Dios— es Aquel que nos dirige y nos guía.

Observemos el Salmo 60:9: «¿Quién me llevará a la ciudad fortificada? ¿Quién me guiará hasta Edom?». Aquí, la «ciudad fortificada» hace referencia a «Petra» —la capital de Edom— y describe una fortaleza que es prácticamente inexpugnable (según Park Yun-sun). La fortaleza de Edom, sólida como una roca... David creía que solo Dios podía derribar esa fortaleza y guiar tanto a él mismo como a Israel... Creía que Dios conduciría a sus soldados hacia esa ciudad.

(2) Apoyarse en Dios significa tener la fe de «Emanuel»; es decir, la creencia de que Dios está con nosotros.

Observemos el Salmo 60:10: «¿No nos has desechado tú, oh Dios? ¿Y no sales tú, oh Dios, con nuestros ejércitos?». Al apoyarse en Dios y elevar su súplica, David recordó cómo Dios, en su ira, había permitido anteriormente que él y su ejército sufrieran una derrota temporal; por ello, oró fervientemente para que, en esta ocasión, Dios estuviera ciertamente con ellos. La razón de esto era que David sabía que, a menos que Dios saliera a la batalla junto a ellos, tener un ejército inmenso de nada serviría. En otras palabras, reconociendo que la victoria en la guerra dependía enteramente de si Dios estaba presente o no, oró fervientemente por la presencia de Dios.

(3) Confiar en Dios significa reconocer que la salvación buscada en el hombre es inútil.

Observemos el Salmo 60:11: «Danos ayuda contra el adversario, pues vana es la ayuda del hombre». Confiar en Dios implica no confiar en los seres humanos. La fe de David era una fe que no depositaba su confianza en el hombre, sino que confiaba únicamente en Dios. Al igual que David, debemos depositar nuestra total confianza en Dios y actuar con valentía. No tenemos necesidad de temer a nuestros adversarios. Debemos alzar con audacia el estandarte de la Cruz, marchar hacia adelante y luchar contra el pecado, el mundo y Satanás para asegurar la victoria.

Habiendo experimentado una derrota temporal en la guerra contra Edom a causa de la ira de Dios, David elevó a Dios una oración de restauración, fundamentada en su firme certeza de salvación y victoria. Además, resolvió confiar en Dios y actuar con valentía. Nosotros también —al igual que David— debemos orar a Dios con fervor, diciendo: «¡Restáuranos ahora!». Mediante la fe, [debemos asegurar] la salvación... Debemos elevar oraciones de restauración con confianza y con la certeza de la victoria. Asimismo, confiando en Dios, debemos actuar con valentía.

En aras de la restauración...

Para restaurar nuestra relación con Dios —y también para restaurar nuestras relaciones con los demás— debemos...

(1) Recibir.

¿Qué debemos recibir? Debemos recibir la instrucción de Dios (Su Palabra) (Job 22:22). Además, debemos tomar esa instrucción —esa Palabra— y guardarla en nuestros corazones.

(2) Volver.

¿A quién debemos volver? Debemos volver al Dios Todopoderoso (Job 22:23a). Tal como el Hijo Pródigo regresó a su padre, nosotros debemos volver a Dios, nuestro Padre.

Eliminar.

¿Qué debemos eliminar? Debemos desechar toda iniquidad (Job 22:23b). Si verdaderamente deseamos volver al Dios que es perfectamente justo, debemos dejar de lado toda forma de iniquidad.

Para experimentar la restauración, debemos recibir la Palabra de Dios y volver a Él; específicamente, debemos regresar a Dios mientras desechamos toda iniquidad. Cuando hacemos esto, la Biblia promete que seremos «restaurados» (Job 22:23).

Restaurar, Recibir, Volver, Eliminar

El Señor cumplirá ciertamente Su palabra de restauración.

El Señor no solo nos da Su palabra de restauración, sino que también hará que esa palabra se cumpla con total certeza: en el propio tiempo de Dios y a la propia manera de Dios (cf. Ezequiel 37:14).

¿Estamos, acaso, obstaculizando nuestra propia restauración?

En este momento, mientras nuestros labios tal vez claman por «restauración», ¿podría ser que nuestros corazones y nuestras acciones estén, en realidad, «haciendo imposible la restauración»? (2 Crónicas 36:16). Si nuestros corazones carecen actualmente de humildad ante Dios —si somos de dura cerviz y de corazón endurecido, negándonos a volver a Él mientras cometemos graves pecados en Su contra; o si estamos profanando el templo de Dios al involucrarnos en todas las prácticas abominables del mundo— y si, incluso cuando Dios envía diligentemente a Sus siervos para proclamar Su palabra, nos burlamos de ellos y los insultamos, despreciando así la mismísima palabra de Dios, entonces estamos, de hecho, obstaculizando nuestra propia restauración (vv. 12–16).

Al reflexionar sobre nuestras familias...

1. Anhelamos la gran gracia y misericordia de Dios.

2. Oramos fervientemente para que Dios nos conceda la gracia de la salvación.

3. Que Dios utilice incluso nuestro sufrimiento, nuestras heridas y nuestro dolor para humillar a cada miembro de nuestra familia, permitiéndonos mirar únicamente al Señor y depositar nuestra confianza solo en Él.

4. Oramos para que Dios nos quebrante por completo y haga añicos nuestro endurecido ser, ablandando así nuestros corazones.

5. Deseamos que Dios exponga nuestros pecados, permitiéndonos reconocerlos, admitirlos y confesarlos, y buscar el perdón confiando en la preciosa sangre de la cruz de Jesús.

6. Que Dios nos conceda la certeza del perdón; y que, en virtud de la inmensa gracia y el amor mediante los cuales hemos sido perdonados, nos capacite para perdonarnos unos a otros tal como Dios nos ha perdonado a nosotros.

7. Deseamos que Dios proteja y vele por nuestros hijos. En particular, oramos fervientemente para que Dios toque con ternura y sane los corazones heridos de nuestros hijos.

8. Oramos fervientemente para que Dios transforme nuestra crisis familiar en una oportunidad, concediéndonos la gracia de experimentar Su gran amor salvador en toda su profundidad, amplitud y magnitud.

9. Oramos para que Dios —el Señor de nuestro hogar— gobierne y reine sobre nuestra familia, protegiéndonos y guardándonos de todas las fuerzas del mal y de las maquinaciones de Satanás.

10. Que Dios el Espíritu Santo haga que demos frutos del amor divino de Dios con una abundancia cada vez mayor; y que Él nos utilice como canales de Su amor, capacitando a cada miembro de nuestra familia para amarse unos a otros con el amor del Señor.

Mis reflexiones sobre los problemas y crisis familiares

Al mirar hoy retrospectivamente el encuentro de ayer y plasmar mis pensamientos por escrito, quisiera esbozar algunos puntos que han acudido a mi mente:

1. Dado que los problemas familiares son profundamente personales, creo que resulta inevitable experimentar heridas emocionales profundas y niveles extremos de estrés.

2. Creo que los problemas familiares nos obligan a sentir —hasta lo más hondo de nuestro ser— los límites de nuestras capacidades humanas.

3. Creo que, sin la ayuda de Dios, los problemas familiares pueden llegar a ser, en efecto, absolutamente desesperanzadores.

4. Creo que debemos ver las crisis familiares como oportunidades concedidas por Dios; debemos resistir y perseverar en la fe, confiando únicamente en Él y elevando hacia Él nuestras fervientes súplicas.

5. Creo que esta «oportunidad» reside en el hecho de que Dios utiliza las crisis familiares para obrar una transformación: transformando por igual a la pareja, a los padres y a los hijos.

6. Creo que uno de los elementos fundamentales de esta transformación es el desmoronamiento y la quebrantación del ego, a través de los cuales Dios nos conduce a depositar nuestra fe y confianza absolutas únicamente en Él; en última

instancia, esto nos permite saborear la bondad de Dios: el Dios que hace que todas las cosas —incluso estos mismos problemas— obren conjuntamente para nuestro bien (Romanos 8:28; Salmos 34:8).

7. Al depositar una confianza cada vez mayor en Dios, recibimos la inmensa gracia y bendición de llegar a «quedarnos quietos y reconocer que Él es Dios» (Salmos 46:10).

Lecciones sobre la Familia (1)

Al reflexionar una vez más —en este preciso instante— sobre los pensamientos, ideas y sentimientos acerca de la familia que he recopilado durante mi servicio en el ministerio por internet hasta ayer, deseo discernir si hay alguna lección específica que el Señor quiera impartirnos a cada uno:

1. Cuando pienso en la familia, se me llenan los ojos de lágrimas.

2. El amor entre un esposo y una esposa brilla con mayor intensidad en tiempos de crisis.

3. El sufrimiento causado por la enfermedad física lleva a la pareja a llorar con los que lloran y a unirse —con corazones gozosos— para alabar y adorar a Dios.

4. El amor de Cristo nos da la fuerza para vencer completamente la enfermedad.

5. El amor infinito del Señor es mucho más fuerte que la muerte misma.

6. ¡Cuán verdaderamente hermosos son el esposo (nuestro hermano) y la esposa (nuestra hermana) que, fortalecidos por ese mismo amor del Señor, se aman mutuamente!

7. Una pareja que es hermosa a los ojos del Señor sirve como comunidad de testigos de Jesucristo; pues, incluso en este mundo, recrean en parte las "Bodas del Cordero" en el Reino de los Cielos: la unión entre Jesús, el Esposo, y la Iglesia, su Esposa.

(Con pensamientos puestos en el Pastor Kim Jun-hak y su esposa, Shim Su-eun, a quienes amo porque el Señor los ama).

Mis reflexiones sobre los problemas y crisis familiares

Al mirar hoy retrospectivamente la reunión de ayer y plasmar mis pensamientos por escrito, quisiera resumir algunos puntos que han acudido a mi mente:

1. Dado que los problemas familiares son profundamente personales, creo que inevitablemente infligen heridas profundas y causan un estrés inmenso.

2. Creo que los problemas familiares nos hacen tomar plena conciencia de los límites de nuestra naturaleza humana.

3. Creo que, sin la ayuda de Dios, los problemas familiares pueden, en efecto, parecer situaciones totalmente desesperanzadoras.

4. Creo que debemos ver las crisis familiares como oportunidades concedidas por Dios —sobrellevándolas con fe y paciencia—, mientras confiamos únicamente en Él y presentamos nuestras súplicas ante Él.

5. Creo que esta «oportunidad» reside en la manera en que Dios utiliza las crisis familiares para obrar una transformación: transformando por igual a la pareja, a los padres y a los hijos.

6. Creo que uno de los elementos fundamentales de esta transformación es el quebrantamiento y la fragmentación del ego; a través de este proceso, Dios nos conduce a depositar nuestra fe y confianza plenas únicamente en Él, permitiéndonos, en última

instancia, saborear Su bondad: esa bondad mediante la cual Él hace que todas las cosas obren para bien (Romanos 8:28; Salmos 34:8).

7. A medida que depositamos una confianza cada vez mayor en Dios, recibimos la inmensa gracia y bendición de llegar a «estar quietos y saber que Él es Dios» (Salmos 46:10).

Crisis familiares

Son las 7:13 p. m. de un martes. Dado que tengo programada una reunión familiar de oración para las 8:00 p. m., he dedicado un tiempo a preparar el sermón, meditando una vez más en el pasaje de las Escrituras sobre el cual había reflexionado esta mañana. Ahora, habiendo apartado un breve momento, me gustaría redactar un breve resumen de las conversaciones que mantuve la semana pasada con dos parejas que Dios puso en mi camino; conversaciones en las que abrimos nuestros corazones los unos a los otros. (Me reuní con uno de los esposos un día y, al día siguiente, me reuní con el otro esposo y su esposa, entablando con ellos una larga conversación). Es mi sincero deseo que esto resulte ser, al menos en alguna medida, de beneficio también para ustedes:

1. Toda familia —y, específicamente, estas dos familias— enfrenta crisis. Una de las parejas ya había superado una crisis anteriormente; sin embargo, ahora se enfrenta a una nueva oleada de dificultades incesantes. Por su parte, el otro esposo parece encontrarse actualmente en medio de una crisis de gran magnitud.

2. Cuando una crisis importante golpea a la familia, ¿qué debemos hacer exactamente y cómo debemos proceder? Personalmente, abordo esta situación con fe, creyendo que «una crisis es una oportunidad». No obstante, también reconozco que, cuando uno está viviendo realmente dicha crisis —y percibe la realidad de la situación únicamente a través del prisma de la percepción y la lógica humanas—, soportarla y sobrellevarla puede sentirse —y, de hecho, parecer— algo humanamente casi imposible.

3. Entre los diversos tipos de crisis familiares, aquella que más me preocupa —y en la que suelo centrar mi atención con mayor intensidad— es la crisis que surge

dentro de la propia relación conyugal. Considero que se trata de una crisis verdaderamente grave cuando el conflicto entre el esposo y la esposa escala —por diversas razones— hasta el punto en que ya no desean seguir viviendo juntos. Constituye una crisis especialmente profunda cuando la pareja continúa compartiendo físicamente el mismo techo, pero sus corazones y emociones ya se han distanciado el uno del otro; una relación de este tipo —caracterizada por la indiferencia mutua y una total ausencia de afecto— representa una crisis de proporciones verdaderamente inmensas.

4. Otro tipo de crisis familiar es aquella provocada por la suegra. La crisis familiar que más acapara mi atención —solo superada por las crisis conyugales— es la significativa turbulencia doméstica que surge a causa de la madre del esposo (o, desde la perspectiva de la esposa, su suegra). En medio de tan inmensas dificultades, la persona que más me preocupa no es la nuera (la hermana en Cristo), sino más bien el hijo (su esposo). La razón por la que me inquieto más por el esposo que por la esposa es que creo —si es un hombre que verdaderamente piensa y actúa dentro del marco de su fe— que debe resultarle una agonía insoportable ser testigo de cómo su esposa, a quien ama profundamente, sufre a causa de profundas heridas emocionales, dolor y lágrimas; todo ello por culpa de su propia madre. Sin embargo, aun si se viera tentado a romper por completo los lazos con su madre, no puede hacerlo; en consecuencia, debe estar lidiando con un dilema abrumador: cómo honrar sabiamente a su madre en el Señor, al tiempo que ama a su amada esposa —quien es "una sola carne" con él— tal como Jesús ama a la Iglesia.

5. En particular, si el matrimonio de la pareja fue precedido por acontecimientos en los que la suegra infligió profundas heridas no solo a la esposa, sino también a sus padres —su propio padre y su madre—, entonces imagino que el corazón del esposo debe estar colmado de inmensa angustia y aflicción al ser testigo de las profundas cicatrices y las lágrimas de su esposa. Dado que lograron casarse solo después de haber soportado tan profundas heridas, dolor y lágrimas —una

hazaña en sí misma—, cuando observo que la pareja continúa luchando tan severamente a causa de la suegra, incluso hasta el día de hoy, no puedo evitar concluir que la crisis doméstica provocada por la suegra es, en efecto, un asunto de suma gravedad.

6. Estoy profundamente agradecido de que, durante un tiempo en el que la pareja se encontraba incapaz de mantener conversaciones delicadas directamente entre sí (el esposo me confió que simplemente no lograba reunir el valor para tratar tales asuntos con su esposa), el Señor, en su gracia, me utilizara como instrumento para permitirles abrir verdaderamente sus corazones y comunicarse el uno con el otro. (Siempre he creído que, en el contexto del asesoramiento, mi función principal consiste en facilitar el diálogo entre la pareja, permitiéndoles hablar entre sí a través de mi mediación).

7. Si, desde la perspectiva de la esposa, el comportamiento de su suegra es tan extremo que la considera al nivel de una «paciente» que requiere intervención clínica, entonces, ¿cómo —en su calidad de nuera— podría esperarse razonablemente que ame, honre y sirva a tal mujer? Cuando la situación era tal que no solo la esposa —la hermana en Cristo—, sino incluso el esposo —el hermano en Cristo— coincidían en que la suegra no parecía ser una persona «normal» (?), ¿qué consejo debería haber ofrecido yo a esa pareja? Al escuchar su relato, llegué a ver a la suegra no meramente como alguien carente de estabilidad mental o emocional, sino —dado su estatus de *Gwon-sa* (diaconisa) en la iglesia coreana— también como alguien espiritualmente inestable. Dios mira el corazón; sin embargo, si un creyente es un cristiano hipócrita —como un fariseo— que prioriza las apariencias externas en lugar de cultivar su ser interior (y la pareja parecía percibir a su madre/suegra precisamente con ese defecto), entonces, ¿cómo se supone que una nuera debe amar a tal suegra? ¿Y cómo se supone que un esposo —su propio hijo— debe honrar y amar a tal madre? Creo que esto plantea un desafío verdaderamente formidable.

8. Por lo tanto, desafié al esposo —el hermano en Cristo— a mantenerse firme en la fe dentro del Señor como cabeza de su hogar y, además, a buscar sabiduría de Dios sobre cómo podría honrar a su madre con sensatez y de una manera que fuera grata al Señor. En cuanto a su esposa —la hermana en Cristo—, le ofrecí este consejo: aunque pudiera estar experimentando una inmensa angustia emocional y dificultades a causa de su suegra, debía mirar más allá de sus propios sentimientos inmediatos y considerar a la «próxima generación» (los hijos y nietos que la pareja pudiera tener en el futuro). Dado que —como su esposo señaló acertadamente— el «ambiente hogareño» reviste una importancia primordial, la insté a apoyar y edificar sabiamente a su esposo, con el fin de crear un ambiente hogareño hermoso y grato a los ojos del Señor.

Incluso en medio de una crisis familiar...

Creo que si una crisis familiar —por dolorosa que sea— sirve como el medio a través del cual uno llega a encontrarse personalmente con el Señor, entonces el sufrimiento padecido por esa familia habrá valido verdaderamente la pena.

Cuando la crisis golpea a la familia

Cuando una crisis sobreviene a una familia, cada uno de sus miembros debería esforzarse —con un solo corazón y una sola mente en el Señor, y con sabiduría y fe a la vez— por transformar esa crisis en una oportunidad preciosa: una oportunidad para dar gloria a Dios y para ser testigos de Su gloria revelada.

Amor y heridas en el seno familiar

En el seno de la familia, recibimos tanto amor como heridas. Sin embargo, nuestro propósito debería ser recibir gradualmente amor —de manera más abundante y profunda que las heridas que sufrimos— para que, a través de ese amor cada vez más creciente y profundo, podamos hallar sanación para los dolores infligidos por esos mismos miembros de la familia a quienes tanto amamos.

¿Es una crisis familiar una oportunidad para experimentar más profundamente el amor salvador del Señor?

Ayer, mientras conversaba por KakaoTalk con un hermano en la fe que actualmente atraviesa algunas dificultades en su vida familiar, tuve una revelación repentina. Al reflexionar una vez más sobre esa comprensión hace apenas unos instantes, decidí ponerla por escrito. Es mi oración que esta revelación —como sabiduría otorgada por Dios— pueda aplicarse eficazmente no solo a la situación de esa persona, sino también a los ministerios familiares de todos nosotros, conduciéndonos a la bendición de experimentar el amor salvador de Dios de manera más profunda, más abundante y más intensa, precisamente en medio de nuestras crisis familiares.

Creo que tenemos todo el derecho de elevar al Señor oraciones como esta: «Señor, ¿acaso no podrías simplemente mostrarnos Tu amor de *esta* manera específica?». Esto es particularmente cierto cuando estamos soportando tiempos de extrema adversidad y dificultad; en esos momentos, tendemos a pensar que, si el Señor respondiera nuestras oraciones exactamente como esperamos, esas arduas pruebas se resolverían con mayor facilidad —o, al menos, sin causarnos más dolor.

Hace unos veintidós años, cuando mi primogénito enfermó y se debatió entre la vida y la muerte, mi propia expectativa ferviente —y mi oración— era que el Señor sanara milagrosamente a mi bebé y le perdonara la vida. Sin embargo, las cosas no se desarrollaron conforme a esas oraciones y expectativas; por el contrario, mi bebé se fue acercando cada vez más al umbral de la muerte. Bien podría haber pensado: «Señor, ¿acaso no podrías demostrar Tu amor a mi esposa y a mí simplemente salvando a

nuestro bebé?». No obstante, al final, mi bebé falleció en mis brazos. ¿Cómo, entonces, podría yo percibir el amor del Señor? Tras haber cremado a mi bebé, mi esposa y yo salimos en una barca con la pequeña urna que contenía sus cenizas para esparcirlas sobre el agua. Mientras emprendíamos el regreso, el Espíritu Santo obró poderosamente en mi corazón, capacitándome para elevar alabanzas por el magnífico y asombroso amor salvador del Señor (Salmos 63:3). Tras el amor salvador del Señor que experimenté en mayo de 1987 —cuando recibí Su llamado durante un retiro con el ministerio universitario de mi iglesia (Juan 6:1–15)—, desde entonces he llegado a experimentar ese amor con una magnitud y profundidad aún mayores (Ef. 3:18–19). Por ello, deseo ofrecer esta oración al Señor: «Señor, no me ames conforme a mi propia voluntad, sino, por favor, ámame conforme a Tu voluntad» (cf. Mat. 26:39). La razón por la que deseo ofrecer esta oración es que creo firmemente que la bendición suprema consiste en ser amado conforme a la voluntad del Señor —en lugar de la mía propia—, pues Él es Quien me ama con mayor profundidad (Juan 3:16; Rom. 8:32), Quien me conoce con mayor intimidad (Salmo 139) y Quien siempre desea concederme aquello que es verdaderamente lo mejor.

Deseo ser auténtico, incluso si eso implica atravesar una crisis.

Que esta crisis...

...sirva como una oportunidad para que nos establezcamos como cristianos auténticos, para que nuestras familias se conviertan en familias cristianas auténticas y para que nuestra iglesia se edifique como una iglesia verdaderamente centrada en el Señor.

Influencias negativas recibidas de los padres

Hace unas semanas, me reuní con un hermano en un restaurante en Koreatown y, durante la comida, entablamos una conversación profundamente honesta y extensa. Después de comer, nos trasladamos a una cafetería coreana para continuar nuestra charla; mientras lo escuchaba hablar, le sugerí que sería beneficioso que nos reuniéramos de nuevo, esta vez acompañados por su esposa. La razón de esta sugerencia fue que intuí que su esposa podría estar albergando heridas emocionales infligidas por sus propios padres en el pasado. En consecuencia, ayer por la tarde —domingo— me reuní con el hermano y su esposa y, una vez más, compartimos una conversación franca y prolongada. Luego, esta mañana, mi esposa y yo conversamos sobre los temas planteados durante la reunión de ayer, lo que dio lugar a una conversación fructífera tanto respecto a nuestro propio matrimonio como al de nuestro amado hijo, Dylan, y su esposa. Reflexionando una vez más sobre el contenido de todas estas conversaciones, me gustaría plasmar mis pensamientos punto por punto:

1. A medida que crecemos, indudablemente recibimos influencias positivas de nuestros padres; sin embargo, simultáneamente, recibimos con la misma certeza influencias negativas.

2. No obstante, a menudo parecemos no ser conscientes de las influencias negativas que hemos absorbido de nuestros padres; o, incluso si tenemos una vaga noción de ellas, no comprendemos plenamente su trascendencia. En consecuencia, hay ocasiones en las que, de manera inconsciente, hablamos y nos comportamos exactamente igual que lo hacían nuestros padres.

3. Con el tiempo —a través del dolor y la angustia que surgen de los conflictos con nuestros cónyuges, y por la gracia de Dios— es posible que lleguemos a

reconocer —al menos hasta cierto punto— las influencias negativas que heredamos de nuestros padres.

4. Esto parece ser particularmente cierto en el caso de los esposos o esposas que tienden a ser personas que buscan "complacer a los demás" (*people-pleasers*). En medio de la profunda reflexión y la lucha propiciadas por los conflictos conyugales, es posible que se tomen el tiempo para mirar hacia su interior y ejercitar la autorreflexión; un proceso a través del cual terminan reconociendo las influencias negativas que recibieron de sus padres. En particular, si el cónyuge —ya sea esposo o esposa— es una persona "evasiva" (alguien excesivamente independiente), su tendencia a hablar de manera brusca y desconsiderada —sin mucha reflexión profunda ni preocupación— puede tener un efecto profundo en el cónyuge que busca "complacer a los demás". Como resultado del impacto de estos comentarios directos, el cónyuge que busca complacer a los demás se ve a menudo impulsado a emprender una profunda introspección y autoexamen, llegando así a reconocer y admitir —al menos en cierta medida— las influencias negativas que recibió de sus propios padres.

5. Sin embargo, aquí surge un problema de cierta gravedad: el cónyuge complaciente, agobiado por un excesivo sentimiento de culpa hacia su pareja debido a las influencias parentales negativas que ahora ha reconocido, se esfuerza intensamente por complacer a dicha pareja (quizás creyendo que, al hacerlo, es la única manera en que él mismo podrá hallar la felicidad). En consecuencia, existe un riesgo evidente de que permita a su cónyuge usurpar el «trono de su corazón»: el sitial reservado para el Rey. Antes del matrimonio, este trono estaba ocupado por la madre y/o el padre que habían ejercido una influencia tan profundamente negativa sobre él; sin embargo, tras contraer matrimonio, simplemente ha sustituido a esos padres por su cónyuge. A mi juicio, esto constituye un problema grave, pues el único ocupante legítimo de ese trono —el trono del corazón— es el Señor, el Rey de Reyes. Si, en lugar del Señor, es un

simple ser humano —ya sea un padre o un cónyuge— quien se sienta en ese trono, tal acto equivale a idolatría.

6. En este sentido, los padres o los cónyuges pueden convertirse muy fácilmente en ídolos dentro de nuestros corazones. Es más, esta mentalidad idólatra no concluye simplemente con la transición de adorar a los padres a adorar al cónyuge; conlleva el riesgo significativo de extenderse aún más, llevando a la persona a idolatrar a sus propios hijos y a amarlos con una intensidad excesiva, incluso desmedida.

7. Entonces, gracias al inmenso amor y la gracia de Dios —e incluso en medio de una grave crisis familiar— somos guiados a mirar hacia nuestro interior y a examinarnos a nosotros mismos. Al hacerlo, llegamos a darnos cuenta y a arrepentirnos del pecado de idolatrar a un familiar a quien amamos con excesivo apego; de este modo, purificamos nuestros corazones de todo ídolo, cediendo el trono de nuestro corazón al Señor y dándole la bienvenida para que reine en nuestro interior.

8. A partir de ese momento, cedemos humildemente el control al Señor, permitiéndole gobernar nuestras vidas y, con fe, le encomendamos también nuestra relación conyugal, invitándole a tomar las riendas de la misma.

9. Al hacerlo, y mirando a través de los ojos de la fe, somos testigos de cómo el Señor obra de maneras verdaderamente asombrosas para ministrarnos —a nosotros, una pareja de naturalezas sumamente diferentes (uno, alguien que busca complacer a los demás; y el otro, alguien que tiende a evadir)—, capacitándonos para complementarnos y fortalecernos mutuamente en nuestras respectivas áreas de debilidad e insuficiencia.

10. Además, a medida que llegamos a experimentar la profundidad del amor del Señor por nosotros como pareja, hallamos gradualmente la libertad de las influencias negativas de nuestros padres; de este modo, poco a poco, nuestro

matrimonio se edifica hasta convertirse en una relación centrada enteramente en el Señor.

¡El amor que una madre mundana —una que no se asemeja a Jesús— muestra a sus hijos no es, de ninguna manera, lo mismo que amarlos con el amor del Señor!

Entre los discípulos de Jesús había dos hermanos llamados Jacobo y Juan. Su padre era Zebedeo, y su madre llevó a Jacobo y a Juan ante Jesús; ella se arrodilló ante Él y le presentó una petición respecto a lo que deseaba. Le pidió a Jesús: «Concede que, en tu reino, uno de estos dos hijos míos se siente a tu derecha y el otro a tu izquierda» (Mateo 20:20–21, *The Modern Man's Bible*). ¿Por qué la madre de Jacobo y Juan le hizo tal petición a Jesús? Por supuesto, hizo esta petición porque no comprendía verdaderamente lo que le estaba pidiendo a Jesús (v. 22, *The Modern Man's Bible*); sin embargo, creo que su intención última era simplemente ver a sus dos hijos llegar a ser grandes y alcanzar el estatus más elevado. En consecuencia, al escuchar sus palabras —y dirigiéndose a los otros diez discípulos que estaban indignados (excluyendo a sus hijos, Jacobo y Juan)—, Jesús dijo: «Cualquiera de ustedes que desee llegar a ser grande debe convertirse en siervo de los demás, y cualquiera que desee ser el primero debe convertirse en esclavo de los demás» (vv. 26–27, *The Modern Man's Bible*). Jesús no vino para ser servido, sino para servir (v. 28); sin embargo, parece que la madre de Jacobo y Juan deseaba que fueran sus dos hijos quienes recibieran el servicio. ¡El amor que una madre mundana —una que no se asemeja a Jesús— muestra a sus hijos no es, de ninguna manera, lo mismo que amarlos con el amor del Señor!

Hace apenas unos momentos, estaba meditando principalmente en el pasaje del capítulo 20 de Mateo; escribí una breve reflexión devocional basada en estos versículos y la compartí en varios lugares. Posteriormente, sentí el deseo de profundizar aún más, y de

manera más específica, en los puntos particulares de reflexión que había esbozado en esa breve pieza devocional anterior. Quizás la razón de esto radique en el hecho —tal como sugiere el título de la pieza devocional anterior— de que considero la siguiente verdad como un asunto de suma importancia: «¡El amor que una madre mundana siente por su hijo —un amor que no se asemeja al de Jesús— no es, de ninguna manera, lo mismo que amar a un hijo con el amor del Señor!».

Personalmente, creo que —solo superado por el amor de Dios— el amor más grande de todos es el amor de una madre. Esto se debe a que soy un hijo que ha recibido el amor de su propia madre en una medida tan vasta, profunda y abundante; un amor que sigo recibiendo hasta el día de hoy. Especialmente desde que ella superó los ochenta años, mi madre a menudo me relata historias: cómo sufrió durante mi nacimiento —teniendo que dar a luz en casa con la ayuda de una partera porque mi cabeza era inusualmente grande— y las penurias que soportó durante mi infancia, tales como llevarme a cuestas y tener que hacer dos transbordos de autobús solo para llevarme a un hospital distante cada vez que enfermaba. En consecuencia, cada mes de mayo —en el Domingo de las Madres (aquí en los EE. UU., el Día de la Madre y el Día del Padre se celebran por separado)—, cada vez que adoro a Dios y canto el Himno 579 del *Nuevo Himnario*, titulado «El amor ilimitado de una madre», a menudo me encuentro profundamente conmovido. Comparto aquí la letra de la primera y la segunda estrofa: (Estrofa 1) «El amor ilimitado de una madre: ¡cuán precioso y singular es! Ese amor me envuelve siempre en su abrazo. Cuando lloro, mi madre eleva oraciones al Señor; y cuando río de alegría, ella alza su voz en alabanza. (Estrofa 2) En cada versículo de la Biblia que ella leía mañana y noche —y que aún conserva las huellas de su tacto—, me parece ver su propia imagen. "Todo aquel que cree obtendrá la vida eterna": estas preciosas palabras que ella me enseñó de memoria sirven ahora como mi fortaleza». La imagen de mi madre que aún no puedo olvidar es la de ella sentada a la mesa del comedor cuando visitaba su hogar, transcribiendo la Biblia, para terminar inclinando la cabeza sobre la mesa y quedándose dormida. Otro recuerdo que atesoro en mi corazón proviene de aquella ocasión en que se la llevaron en una ambulancia y yacía en la sala de urgencias; mientras ella y yo adorábamos a Dios juntos —solo nosotros dos—, le pedí que recitara su

versículo bíblico favorito: Isaías 41:10. Recuerdo vívidamente cómo, en ese momento, pronunció estas palabras: «No temas, porque yo estoy contigo; no te angusties, porque yo soy tu Dios. Te fortaleceré y te ayudaré; te sostendré con mi diestra justa». Si bien innumerables recuerdos más de mi madre residen en mi corazón, si tuviera que compartir tan solo uno más, sería la imagen de ella llorando ante mí. He recogido esas lágrimas suyas en un frasco dentro de mi corazón [Ref.: «Pon mis lágrimas en tu frasco» (Salmos 56:8)]. Al mismo tiempo, lo que no puedo olvidar es la dolorosa certeza de cuán profundamente afligí el corazón de mi madre; de que fui yo quien provocó que esas lágrimas brotaran.

Sospecho que los episodios de los que realmente tengo conciencia —las ocasiones en que hice llorar a mi madre— probablemente no representen más del uno por ciento de la realidad. En cuanto al noventa y nueve por ciento restante —las incontables otras veces en que apené su corazón y la llevé a las lágrimas—, sigo siendo totalmente ajeno a ellas incluso ahora; solo puedo ofrecer conjeturas. Una de esas conjeturas es que, durante mi adolescencia —en mi desesperada lucha por liberarme de su abrumador amor—, le infligí profundas heridas emocionales mediante mis palabras y acciones; heridas que, muy probablemente, la hicieron llorar larga y amargamente en la soledad, lejos de mi vista. En aquel entonces, el amor de mi madre —que, a mis ojos, parecía excesivamente intenso— me resultaba una carga inmensa. Me molestaban sus constantes preocupaciones, su incesante inquietud y sus continuos reproches. En resumen, anhelaba liberarme: alcanzar la independencia de su amor desmedido y de su sobreprotección. Así pues, en mi torpe intento por distanciarme, terminé dirigiéndole una gran cantidad de palabras duras y tajantes. Consideren, entonces, la perspectiva de mi madre mientras soportaba aquellas palabras hirientes: ella había sufrido inmensamente durante mi nacimiento; había padecido penurias al criarme en Corea —donde, dado que yo enfermaba con frecuencia, me cedía a mí, y solo a mí de entre sus tres hijos, los huevos (un manjar escaso en aquella época)—; e incluso después de que emigráramos a los Estados Unidos —a donde llegué sin conocer ni una sola letra del alfabeto inglés—, ella me vio, apenas unos días después, sollozando incontrolablemente mientras yo luchaba por memorizar veinte palabras de vocabulario para un examen escolar; un

recuerdo que ella aún atesora hasta el día de hoy. ¿Qué habrá sentido su corazón? Sin embargo, desde mi propia perspectiva, el amor ilimitado e incondicional de mi madre se había convertido en una carga tan pesada que mi único deseo era liberarme de ella: obtener la autonomía para tomar mis propias decisiones y vivir la vida según mis propios términos. Además, deseaba profundamente que mi madre dejara de desvivirse por mí y de preocuparse por mi bienestar de manera tan excesiva. La razón de ello era sencilla: me preocupaba *su* salud. Todavía recuerdo vívidamente la imagen de mi madre —quien rondaba los cuarenta años cuando yo cursaba la escuela primaria— desplomándose a causa de un derrame cerebral y recibiendo agujas de acupuntura por todo el cuerpo de manos de un terapeuta (no recuerdo con exactitud si se trataba de un médico de medicina tradicional coreana o de un anciano de la iglesia). Al reflexionar sobre mi madre —quien ha tomado medicación para la presión arterial de forma ininterrumpida desde aquel entonces hasta el día de hoy—, siempre he deseado —y, de hecho, sigo deseando— que ella priorice su propia salud por encima de la mía.

La razón por la que comparto esta honesta reflexión sobre la relación entre mi madre y yo es la siguiente: aunque creo que el amor de una madre es lo más cercano que el amor humano puede llegar a ser al amor de Dios, también creo que si este vasto y precioso amor materno no logra reflejar el amor de Dios, se convierte en una fuente de daño, en lugar de beneficio, para el hijo. Habiendo sentido la gravedad de un amor materno tan perjudicial a un nivel profundamente personal —y contemplando esta situación con una profunda tristeza—, he decidido escribir este texto hoy. Bajo el título: «El amor de una madre mundana por su hijo —un amor que no logra asemejarse a Jesús— ¡no es, en absoluto, lo mismo que amar a un hijo con el amor del Señor!», ofreceré primero una breve meditación bíblica, seguida de un intento por organizar y articular los serios pensamientos que pesan sobre mi corazón:

1. Ante todo —y haciendo honor al título de mi breve meditación bíblica—, considero que una «madre mundana que no logra asemejarse a Jesús» constituye un problema muy significativo. Por supuesto, un «hijo mundano que no logra asemejarse a Jesús» es también un problema importante; sin embargo, a mi juicio,

la madre mundana que no logra asemejarse a Jesús plantea un problema aún mayor que el propio hijo.

2. Incluso si una madre profesa creer en Jesús —e incluso si ocupa un cargo de servicio dentro de la iglesia—, si sus hijos la observan y piensan: «Aunque mi madre es una oficial de la iglesia que afirma creer en Jesús, no estoy seguro de si realmente cree en Él y confía en Él», entonces creo que sus hijos estarían plenamente justificados al cuestionar la sinceridad de su fe. Por muy ejemplar que su fe pueda parecer a los ojos de la comunidad eclesiástica o de sus hermanos en la fe, si ella pasa cada día y cada momento en casa consumida por la ansiedad, la preocupación y la inquietud por sus hijos, resulta totalmente comprensible —desde la perspectiva de ellos— que lleguen a decir: «Me pregunto si mi madre cree verdaderamente en el Señor».

3. Esto es especialmente cierto si dicha madre ama a sus hijos en un grado excesivo —muy al estilo de la madre de Santiago y Juan—, deseando por encima de todo que sus hijos «lleguen a ser grandes y alcancen el rango más elevado». Si ella desea con tal fervor que ellos asciendan por la escalera del éxito mundano y ocupen las posiciones más altas —hasta el punto de entrar en el santuario de Dios —tal como hizo Ana, la madre de Samuel— y suplicar a Dios Padre diciendo: «Dios, por favor, haz que mis hijos sean cabeza y nunca cola» (cf. Deuteronomio 28:13, *La Biblia Contemporánea*)—, entonces creo que sus hijos nunca serán capaces de satisfacer la insaciable ambición de su madre. Es más, es probable que sus hijos sufran una profunda culpa arraigada debido a su incapacidad para satisfacer plenamente a su madre; atrapados en la mentalidad negativa de que «por mucho que me esfuerce, nunca podré complacer a mi madre», es probable que luchen contra una baja autoestima y sentimientos de inferioridad.

4. Creo que los hijos que perciben su propio valor de una manera tan sombría —que se consideran a sí mismos insignificantes y sin valor alguno— se hallan atados mental y emocionalmente a sus madres, lo cual los expone a un riesgo significativo de ser manipulados y controlados. Ese hijo se esforzará por todos los

medios necesarios para ganarse la aprobación de su madre; sin embargo, cuanto más lo intente, más insistirá la insaciable madre: «Puedes hacerlo aún mejor», deseando que el hijo ascienda cada vez más alto en la escalera del éxito mundano. Creo que tales expectativas —nacidas del amor y la ambición desmedidos de una madre— poseen la potencia suficiente para destruir el alma misma, la mente y las emociones de un hijo.

5. Al observar a niños atrapados en una situación tan apremiante, concibo el vínculo entre ellos y sus madres como una «relación tóxica»: una relación contaminada por el veneno. Cuanto más intensamente ama una madre a sus hijos, mayor es el riesgo de que estos queden profundamente infectados por esta peligrosa toxicidad. Estos niños mueren lentamente, envenenados por la forma mundana de amor de sus madres; sin embargo, las madres, por su parte, creen sinceramente —y de hecho así se lo dicen a sus hijos— que les están ofreciendo el mejor y más abnegado amor posible. Considero que esta es una realidad verdaderamente trágica.

6. ¿Existe algún antídoto para esta relación tóxica entre madre e hijo? De ser así, ¿cuál podría ser? En mi opinión personal, el antídoto principal es el siguiente: las madres que aman a sus hijos de esta manera mundana necesitan aprender a amarlos *menos*. Deben dejar de volcar sus vidas enteras en esta devoción intensa y abnegada; una devoción que, erróneamente, creen que es enteramente para el propio bien del niño. Al parecer, el «motor» de este amor materno suele ser, sencillamente, demasiado grande y demasiado potente; impulsadas únicamente por el deseo de beneficiar al niño, estas madres mantienen el motor en marcha constantemente, corriendo la maratón del amor con un celo tan excesivo que, con el tiempo, pierden la capacidad de accionar los frenos. En consecuencia, incluso si alguien les dijera: «Deben amar a sus hijos con su máxima y más abnegada devoción», parece que algunas madres han llegado a un punto en el que el mecanismo interno que les permitiría *detenerse* se ha averiado por completo. Por lo tanto, creo que tales madres deben realizar un

esfuerzo consciente para reducir la intensidad de su amor. Pues, de no hacerlo, sus hijos corren el riesgo de quedar tan envenenados que caigan en la desesperación —llegando a un punto en el que deseen la muerte— o, por el contrario, de quedar tan consumidos por la amargura que lleguen a aborrecer a sus propias madres.

7. Aquellas madres que, a pesar de ver a sus hijos asfixiarse bajo el peso de su amor, siguen siendo incapaces de dejarlos ir, deben —como primer paso— establecer cierta distancia, tanto física como en lo que respecta al tiempo que pasan juntos. Deben hacerlo de manera intencional, aunque al principio les resulte antinatural. Aun cuando sientan que se les desgarra el corazón, las madres deben establecer límites saludables; aunque solo sea por el bien de sus hijos. En particular, las madres cuyas relaciones con sus esposos son tensas —y que, en consecuencia, vuelcan toda su vida en sus hijos— deben aprender a presentarse a solas ante Dios y, mediante la fe, encomendar a sus hijos a Su cuidado. Las madres que albergan ansiedad al pensar en sus hijos —debido a que carecen de confianza en Dios— deben arrepentirse. La razón es que no criar a los hijos en la fe constituye un pecado (cf. Romanos 14:23).

8. Las madres que reconocen que la raíz de los problemas en sus relaciones con sus hijos no reside en los hijos, sino en ellas mismas, deben acudir ante Dios para resolver estos asuntos. Al buscar con fervor la gracia del arrepentimiento, deben fijar su mirada —mediante la fe— únicamente en Jesucristo, quien fue crucificado y murió por ellas. Al arrepentirse con la certeza del perdón, deben esforzarse por profundizar progresivamente en la comprensión de cuán vasto, maravilloso y magnífico es verdaderamente el amor de Dios por *ellas*, aun mientras continúan amando a sus hijos. Solo de esta manera pueden las madres llegar a ser capaces de amar a sus hijos con el propio amor de Dios.

9. Las madres que se dedican al esfuerzo de amar a sus hijos con el amor de Dios aprenden a dejar de lado sus propias fuerzas y, en su lugar, amar a sus hijos

mediante el poder del Espíritu Santo. En consecuencia —guiadas por la enseñanza del Espíritu Santo y por la certeza que Él les brinda— ponen a sus hijos al cuidado de Dios mediante la fe, confiando en la verdad de que Dios ama a sus hijos incluso más de lo que ellas mismas los aman. Así, por respeto a la individualidad de sus hijos —y reconociendo cuándo estos han alcanzado una edad en la que pueden hacer sus propias elecciones, tomar sus propias decisiones y asumir la responsabilidad de sus propias vidas—, estas madres los asisten sabiamente para que dejen el hogar paterno y establezcan su propia independencia.

10. Una madre sabia, llena del Espíritu Santo, ama a sus hijos con el mismo amor de Jesús; un amor que ha llegado a conocer y a atesorar a medida que crece en su propio amor por Él. Además, debido a que se mantiene firmemente cimentada en su fe en Jesús, ora a Dios por sus hijos constante e incesantemente. Y cuando Dios responde a sus oraciones, comparte su testimonio con sus hijos, haciéndolo con un corazón lleno de gratitud y fe. Mi madre es esa clase de madre.

Tras escuchar un video titulado: «Las heridas y el dolor infligidos por los padres... ¿Pueden sanarse?»...

La semana pasada, una hermana de nuestro grupo de chat en KakaoTalk —una comunidad formada a través de nuestro ministerio en línea— compartió un enlace a este video de YouTube. Sin embargo, no fue hasta hace muy poco —esta misma tarde de domingo— que finalmente me senté a escucharlo en su totalidad. Mientras escuchaba las palabras de la Dra. Oh Eun-young (profesora de psiquiatría y autora del libro *La reconciliación de Oh Eun-young*), me di cuenta de que —aunque no captara plenamente cada matiz— se plantearon varios puntos que merecían una seria reflexión.

1. En primer lugar, las heridas que sufrimos durante la infancia —a menudo infligidas por nuestros padres, precisamente las personas más cercanas a nosotros— pueden seguir ejerciendo una influencia profundamente negativa en nuestras vidas, incluso después de haber alcanzado la edad adulta. Es más, existe un riesgo significativo de que, inconscientemente, transmitamos estos mismos efectos negativos a nuestros propios hijos. Por lo tanto, creo que es esencial abordar este asunto no solo mediante la oración a Dios, sino también buscando la sabiduría que Él nos brinda —ya sea a través de Su guía o mediante recursos como libros y seminarios de expertos como la Dra. Oh— para luego poner activamente esa sabiduría en práctica.

2. Cuando se trata de llevar esto a la práctica —específicamente, cuando elegimos hablar con sabiduría y gentileza con nuestros padres (nuestro padre y/o madre) acerca de las heridas que nos infligieron en nuestra juventud—, a menudo lo hacemos con un profundo anhelo: esperamos que reconozcan nuestro dolor y,

aún más, que reconozcan y validen el hecho de que fueron ellos, en efecto, quienes nos causaron daño. A mi modo de ver, el punto crucial aquí es el siguiente: aunque nuestros padres no respondan de la manera que esperamos o deseamos, sigue siendo absolutamente necesario que demos este paso, por nuestro propio bien. La mayoría de nosotros, cuando finalmente abrimos nuestros corazones —reuniendo el valor para buscar la reconciliación con nuestros padres en el Señor— y sacamos a la superficie las heridas infantiles que ellos nos infligieron para hablarles sobre ellas, podríamos esperar naturalmente que reconozcan nuestro dolor y admitan sus propias faltas. Sin embargo, creo que, en lugar de albergar tales expectativas, el mero acto de desenterrar esas heridas, enfrentarlas directamente y hablar valientemente con nuestros padres sobre ellas —independientemente de su respuesta— constituye, en sí mismo, una ayuda inmensa en el proceso de sanación.

3. A lo largo de este proceso, mientras continuamos orando a Dios en nuestros corazones, creo que resulta mucho más beneficioso llegar a un punto en el que perdonemos a nuestros padres no basándonos en cómo reaccionen ellos, sino más bien por gratitud hacia el inmenso amor con el que Dios, a través de Jesucristo, nos ha perdonado y salvado. Considero que este es un paso profundamente significativo y crucial para la sanación de nuestras heridas internas.

4. Además, a lo largo de todo este trayecto, creo que —guiados por la sabiduría que Dios nos otorga— debemos establecer límites claros y saludables con nuestros padres, comenzando desde lo más profundo de nuestros propios corazones, aun si este proceso se desarrolla de manera gradual. Estos límites saludables incluyen límites de índole emocional con nuestros padres. Si nos encontramos constantemente atormentados por preguntas tales como: «¿Y si reaccionan negativamente cuando les cuente cómo me hirieron?» o «¿Cómo podré volver a enfrentarme a ellos alguna vez?», tales pensamientos y emociones suelen derivar del hecho de que aún no hemos logrado establecer límites saludables con nuestros padres. Una vez que hemos orado y, siguiendo la guía del Espíritu Santo,

hemos reunido el valor para hablar con nuestros padres, no creo que debamos mostrarnos excesivamente sensibles ante sus reacciones. Creo que es necesario establecer una distancia adecuada —o al menos apropiada— respecto a los padres, trazando límites claros, ya sean estos emocionales, psicológicos o geográficos. No obstante, observo que los hijos que han sido profundamente heridos a menudo permanecen emocional y psicológicamente encadenados a sus padres, como si estuvieran atados con grilletes. Creo que estas cadenas psicológicas y emocionales insalubres deben ser rotas mediante el poder del Evangelio de Jesucristo. De este modo, somos llamados a experimentar la verdadera libertad en el Señor.

5. En medio de todo esto, creo que debemos amar a nuestros padres; pero debemos hacerlo con el amor del Señor.

Emociones dolorosas

Últimamente, antes de irme a dormir por la noche, he estado leyendo un libro titulado *How We Love: Discover Your Love Style, Enhance Your Marriage* (de Milan y Kay Yerkovich). Traducido al coreano, el título reza: «Cómo amamos: Descubre tu estilo de amor y mejora tu matrimonio». Desde que recibí este libro como regalo, lo he estado leyendo poco a poco cada noche antes de acostarme; entre sus páginas, he encontrado frases que me invitan a pensar profundamente y a ejercitar la autorreflexión. Me gustaría compartir un párrafo en particular de este libro y ofrecer algunas reflexiones al respecto:

«A lo largo de este libro veremos por qué es tan importante la capacidad de expresar adecuadamente todo el espectro de las emociones. El hecho es que, cuando Susie se case, tendrá una enorme ventaja sobre aquellas personas que no aprendieron a sentir y a gestionar sus emociones mientras crecían. Susie sabrá cómo manejar, en lugar de evitar, las emociones dolorosas. Los niños criados en hogares como el de Susie aprenden, a través de sus experiencias, a desarrollar buenas habilidades de escucha y a indagar en las opiniones y sentimientos de los demás. Como adultos, son personas abiertas, vulnerables y se sienten cómodas al sincerarse. Poseen habilidades interpersonales y son capaces de negociar soluciones mutuamente satisfactorias para los problemas».

Mientras leía este párrafo anoche, sentí el deseo de meditar sobre él con mayor profundidad y de profundizar aún más en mi autorreflexión. Así que le tomé una foto con la cámara de mi teléfono, me la envié a mí mismo a través de KakaoTalk y ahora —sentado en mi escritorio, en la oficina pastoral de la iglesia, a primera hora de esta mañana— estoy escribiendo estas palabras. Simplemente estoy anotando los pensamientos que me van surgiendo, uno por uno:

1. Al parecer, a lo largo de mi infancia y de mi crianza, en lugar de expresar mis emociones personales y dolorosas, viví mi vida reprimiéndolas. Al mirar atrás hacia mi infancia en Corea, si reflexiono sobre las emociones dolorosas que experimenté a una edad tan temprana, me vienen a la mente tres sentimientos distintos. El primero es la emoción que sentí cuando mis padres tuvieron una discusión monumental; creo que en aquel entonces cursaba el cuarto grado de primaria, y, sin embargo, una imagen vívida de aquella pelea específica entre mi padre y mi madre permanece grabada en mi memoria hasta el día de hoy. La segunda es la sensación que experimenté durante mis años de escuela primaria, cuando un compañero de clase —un chico mucho más alto y corpulento que yo (todavía recuerdo que su apodo era "Wang-nuni", o "Ojos Grandes")— solía golpearme y acosarme. La tercera es la emoción que sentí al observar a mi padre en una ocasión en la que otro hombre adulto lo agarró por el cuello de la camisa; sin embargo, mi padre no ofreció absolutamente ninguna resistencia ni reacción alguna. Si tuviera que reflexionar sobre estas tres emociones específicas que sentí en aquel entonces e intentara expresarlas ahora, las resumiría en una sola frase: eran, sencillamente, "sentimientos dolorosos" (aunque, por supuesto, hoy en día ya no albergo tales emociones).

2. Más tarde, a la edad de doce años, emigré a los Estados Unidos junto con mis padres y hermanos. Habiendo llegado a una tierra extranjera en pleno apogeo de la pubertad —y sin conocer siquiera el alfabeto inglés—, atravesé un periodo de profunda angustia mientras luchaba por adaptarme a la cultura estadounidense. Un recuerdo que permanece particularmente vívido es la experiencia que viví poco después de llegar a los EE. UU. Fui reasignado al sexto grado de la escuela primaria —a pesar de haber concluido ya el sexto grado en Corea— y, en mi primerísimo día, el maestro me presentó a un estudiante coreano que dominaba el inglés para que actuara como mi intérprete. Recuerdo con total claridad que, justo al día siguiente, el maestro anunció que nos someteríamos a una prueba sobre una lista de veinte palabras de vocabulario en inglés que se esperaba que hubiéramos memorizado de la noche a la mañana. Esa noche, regresé a casa —

(según recuerdo, mi familia se alojaba temporalmente con mi cuarto tío en el apartamento donde él vivía solo)— y, entre sollozos, memoricé esas veinte palabras. (Mi madre todavía recuerda, hasta el día de hoy, cuánto lloré aquella noche). Así pues, al día siguiente fui a la escuela con la firme intención de presentar la prueba; sin embargo, el maestro estadounidense me dijo: "Dado que acabas de llegar ayer, no tienes que hacer el examen". Este recuerdo permanece grabado de manera indeleble en mi mente. Creo que esto se debe a que el impacto emocional que experimenté en aquel momento fue tan profundo que me llevó a sollozar de manera incontrolable. Al reflexionar sobre ello ahora, si tuviera que describir mis sentimientos de aquel entonces en una sola frase, los calificaría como "emociones conmocionadas".

3. Habiendo comenzado así mi vida en los Estados Unidos, para mis años de segundo y tercer curso de la escuela secundaria (los grados 11 y 12 aquí en EE. UU.), empecé a juntarme con amigos que conocía desde la escuela media: bebíamos alcohol, fumábamos cigarrillos y nos pasábamos las noches de fiesta bailando. Impulsado por la curiosidad, incluso experimenté con drogas. Sin embargo, en medio de todo esto, continué asistiendo fielmente a la iglesia cada domingo para adorar. La emoción que sentía durante este periodo era la de la «culpa». Habiendo crecido como hijo de un pastor en la Iglesia Presbiteriana Coreana (denominación Hapdong) —e incluso habiendo sido llamado afectuosamente «Pequeño Pastor» por algunos congregantes de la Iglesia Sanghyeon en Corea durante mis años de escuela primaria—, mi conciencia naturalmente me atormentaba mientras vivía en los EE. UU., involucrándome en lo que comúnmente se consideran «malas acciones» y limitando mi observancia religiosa únicamente a los domingos. No obstante, con el paso del tiempo, incluso esa intensa sensación de culpa pareció desvanecerse gradualmente. Más adelante, después de que dos conocidos fueran asesinados a tiros, asistí a sus funerales; recuerdo haber llorado amargamente en aquella ocasión, con el corazón apesadumbrado por la angustia. En ese proceso, me convertí en un «pequeño filósofo» y me planteé innumerables veces dos preguntas: (1) «¿Cuál

es el propósito de la vida?» y (2) «¿Dónde reside la alegría de vivir?». Los libros con los que me topé en aquel entonces fueron los escritos por el filósofo Kim Hyung-suk y el profesor Kim Dong-gil. Mi estado de ánimo en aquel momento podría describirse mejor como uno de «emoción confusa».

4. En medio de todo esto, al observar a mi padre en casa, anhelaba una relación genuina de padre e hijo —una caracterizada por el diálogo abierto y la conexión—; pero, dado que este deseo permaneció completamente insatisfecho, albergaba un profundo sentimiento de amargura hacia él. En aquel entonces, mi estado emocional era el de tener «emociones dañadas». Me vienen a la mente las palabras de David A. Seamands, exmisionero en la India, quien escribió en su libro *Healing for Damaged Emotions* (Sanidad para las emociones dañadas) que una de las manifestaciones más comunes de las «emociones heridas» es la incapacidad de afirmar el propio valor personal. En consecuencia —tal como describió Seamands— me convertí en alguien que «carga con el peso de una ansiedad constante, se considera a sí mismo inadecuado, padece un complejo de inferioridad y se repite perpetuamente: "No sirvo para nada"». Además, desarrollé lo que él denominó un «complejo de perfeccionismo», lo cual me dejó en un estado en el que me hallaba «constantemente esforzándome y buscando, pero siempre atormentado por la culpa y atrapado en la mentalidad de que, absolutamente, *debía* estar haciendo algo». Por si fuera poco, sufría de otra forma más de daño emocional: lo que se conoce como «hipersensibilidad». Como resultado —y fiel a la descripción de Seamands— me encontraba «hiriéndome profundamente de manera constante». En aquel periodo, mi estado emocional era el de tener «emociones heridas». En particular, cada vez que mis padres discutían, detestaba la forma en que mi madre desenterraba y sacaba a relucir repetidamente viejos agravios contra mi padre. Durante esos momentos, sentía una oleada de ira y odio hacia mi padre.

5. Más tarde, durante mis años universitarios —por la gracia de Dios— llegué a creer en Jesús y, habiendo recibido el llamado del Señor para convertirme en pastor,

cambié mi especialidad a Psicología. Fue entonces cuando descubrí tres términos que describían a la perfección las emociones que yo había estado experimentando: (1) Rechazo, (2) Represión y (3) Supresión. La distinción clave aquí entre «represión» y «supresión» es que la «represión» se considera generalmente un proceso inconsciente, mientras que la «supresión» es un proceso consciente [«La diferencia principal entre represión y supresión es que la represión se considera generalmente un proceso inconsciente, mientras que la supresión es un proceso consciente» (Internet)]. Durante mis años universitarios, albergaba enamoramientos no correspondidos hacia dos mujeres (hermanas en el Señor), solo para terminar enfrentando el «rechazo». Más tarde, pasé cerca de un año alimentando un enamoramiento unilateral hacia otra mujer más (una hermana), una situación a la que finalmente puse fin por mi cuenta. (Jaja). Lo que quiero decir es que —tal como había hecho con las otras dos mujeres— ni siquiera llegué a confesarle mis sentimientos románticos; en su lugar, simplemente me gustaba desde la distancia y, aunque ya no recuerdo exactamente cómo sucedió, con el tiempo puse fin a esos sentimientos por completo y por mi propia iniciativa. (Je). En aquel entonces, mi estado emocional era de «supresión», pues estaba conteniendo mis sentimientos de manera consciente. En consecuencia, habiéndome acostumbrado desde la infancia a reaccionar ante mis emociones de cierta manera, transité mi vida universitaria «reprimiendo» mis sentimientos de forma inconsciente, sin siquiera darme cuenta de ello. En particular, pasé mis dos primeros años de universidad sintiéndome increíblemente solo. Mi soledad era tan profunda que todavía recuerdo vívidamente una imagen específica de mí mismo: sentado a solas en un banco, bajo un gran árbol en el parque situado justo en el centro del campus, cantando a menudo el himno evangélico «Someone Is Praying for You» (Alguien está orando por ti) y llorando amargamente. En aquel tiempo, anhelaba desesperadamente una conexión humana. En aquel tiempo, las emociones que sentía eran de soledad y tristeza. Sin embargo, por la gracia de Dios, a partir de mi tercer año de universidad, comencé a servir como directivo en un club cristiano del campus. Me sentí encantado de reencontrarme con muchas personas a las que había extrañado; no obstante, a menudo sentía como si las

hubiera lastimado. En consecuencia, regresaba a mi residencia (un apartamento dentro del campus) y elevaba oraciones de arrepentimiento a Dios, pidiéndole Su perdón. La emoción que experimentaba durante esos momentos era la culpa.

6. Inmediatamente después de graduarme de la universidad, ingresé al seminario. Mis estudios resultaron ser increíblemente arduos para mí. Sin embargo, algunos pastores principales me eligieron para servir como presidente del club de estudiantes coreanos. Aunque no tenía ningún deseo de ocupar el cargo, me sentí impulsado a servir como presidente. Así pues, aunque con reticencia, sentí una sensación de obligación —razonando que, como presidente, debía dar el ejemplo— e incluso comencé a asistir a los servicios de oración matutinos. La emoción que sentí durante aquel periodo fue, una vez más, la culpa.

7. Tras graduarme del seminario y, por la gracia de Dios, conocí a mi actual esposa y contrajimos matrimonio. Posteriormente, Dios nos bendijo con nuestra primera hija: una niña llamada «Juyoung» (cuyo nombre significa «La Gloria del Señor»). Sin embargo, ella nació con una afección médica y, finalmente, falleció en mis brazos apenas 55 días después de su nacimiento. Durante más de un año tras aquella tragedia, me vi atormentado por una abrumadora sensación de culpa. La razón de ello residía en mi convicción de que la muerte de Juyoung había sido causada por mis propios pecados.

8. Cargando con estas emociones en mi interior, me casé con mi esposa, y desde entonces hemos continuado nuestra vida juntos. Para el próximo mes de abril, habremos cumplido veintiocho años de casados. No obstante, al mirar atrás y reflexionar sobre nuestro matrimonio, me doy cuenta de que, durante los primeros veinte años aproximadamente, experimentamos una gran cantidad de conflictos. La razón de ello —tal como mi propia esposa ha manifestado explícitamente en numerosas ocasiones— era, sencillamente, que «somos muy (tan) diferentes»; en otras palabras, somos personas fundamentalmente muy distintas. ¿Existe acaso alguna pareja en este mundo —algún hombre y alguna mujer— que no sea

diferente el uno del otro? Todo el mundo es diferente. Sin embargo, me parece que los conflictos en nuestro matrimonio surgieron porque fuimos incapaces de aceptar las diferencias del otro y, además, porque no logramos reconocernos y amarnos verdaderamente tal como somos: con diferencias y todo.

9. El punto específico en el que deseo centrarme aquí —tal como lo articulan los autores del libro que estoy leyendo actualmente, *How We Love: Discover Your Love Style, Enhance Your Marriage* (Cómo amamos: Descubre tu estilo de amor, mejora tu matrimonio)— es que yo (y, en mi opinión, también mi esposa) nunca aprendí «cómo gestionar las emociones dolorosas en lugar de simplemente evitarlas». En verdad, durante mi crecimiento, nunca aprendí a procesar las emociones que sentía. El único método que conocía era suprimir y reprimir mis sentimientos dolorosos. En consecuencia, habiendo vivido mi vida de esta manera, ese enfoque se convirtió en el más familiar para mí.

10. En particular, solía reprimir y sofocar mi ira hacia mi esposa. Creía sinceramente —al menos desde mi propia perspectiva— que simplemente estaba ejerciendo paciencia con ella en lugar de enfadarme realmente (aunque, por supuesto, hubo ciertamente numerosas ocasiones en las que me puse tan furioso que sí desahogué mi rabia abiertamente). Sin embargo, cuando mi esposa me dijo: «Estás enfadado por dentro», llegué a darme cuenta de que albergaba una «ira interna» (una revelación por la cual estoy profundamente agradecido a mi amada esposa). Otra cosa que aprendí de mi esposa es que poseo una vena «pasivo-agresiva». Como resultado, incluso después de una discusión conyugal, guardaba rencor —definido como «sentimientos negativos persistentes que perduran tras un incidente desagradable» (Diccionario Naver)— que resultaba increíblemente intenso y severo. Además, tendía a evitar abordar la mayoría de los problemas que implicaban conflictos conyugales; simplemente me sentía totalmente perdido en cuanto a cómo resolverlos. Habiendo pasado mi vida suprimiendo y reprimiendo mis propias emociones, me encontré sin saber cómo manejar esos mismos sentimientos cuando surgían dentro de mi matrimonio; por lo tanto,

simplemente continué navegando nuestra vida conyugal haciendo exactamente lo que siempre había hecho: suprimirlos y reprimirlos. En resumen, debido a que nunca había aprendido adecuada —o correctamente— a gestionar mis emociones dolorosas, simplemente seguí evitándolas. En consecuencia, me resultaba bastante peculiar que, cada vez que mi esposa y yo teníamos una discusión, ella expresara su ira y luego simplemente la dejara ir, sin guardar rencores posteriormente. (Jaja... como esposo, ciertamente reconozco que mi esposa tiene sus propios "sentimientos dolorosos", pero me abstendré de mencionarlos aquí. Aunque, si compartiéramos esos sentimientos dolorosos —y sería más apropiado que los compartiera ella que yo—, probablemente nos permitiría obtener una comprensión mucho más profunda de los conflictos dentro de nuestro matrimonio; en particular, de cómo estos surgen de las emociones que experimentamos durante nuestra crianza, antes de casarnos). Sin embargo, en aquel entonces, yo cargaba con heridas en el corazón: lo que podría denominarse "emociones heridas". Así que, en una ocasión, hablé con total honestidad a mi esposa y le dije: "Las palabras que me dijiste me hicieron sentir como si un cuchillo hubiera atravesado mi corazón". ¿Sabes cómo respondió mi esposa al escuchar eso? Dijo: "Gracias por decírmelo". En ese instante, al oír sus palabras, dos pensamientos cruzaron por mi mente: (1) "¿Cómo es posible que responda diciendo: 'Gracias por decírmelo'?" (Yo esperaba plenamente que dijera: "Lo siento"); y (2) "¿Por qué no le había hablado así a mi esposa antes —tal como lo hice hoy— cada vez que sus palabras herían mis sentimientos?". Sentí un profundo arrepentimiento por no haberlo hecho antes.

11. Dado que esta publicación ya se ha extendido bastante, concluiré aquí mis reflexiones personales sobre mis emociones dolorosas. Ahora, me gustaría compartir cómo el Señor sacó a la superficie todas estas emociones dolorosas, brindándome consuelo, un cuidado tierno y, en última instancia, sanidad. Por lo tanto, me gustaría centrar mi atención en cómo el Señor ha propiciado el crecimiento dentro de nuestra relación matrimonial.

12. En primer lugar, el Señor me transformó a mí: el esposo y cabeza de nuestro hogar (por supuesto, creo que Él sigue transformándome incluso ahora, y continuará haciéndolo hasta el día de mi muerte). El Señor extrajo gradualmente los sentimientos dolorosos que yo había mantenido profundamente reprimidos en mi corazón. Por ejemplo, Él me capacitó para compartir honestamente mis emociones heridas con mi amada esposa. Esto significó que el Señor movió a mi esposa a escuchar atentamente cada vez que yo hablaba de mis sentimientos heridos, permitiéndole así comprender verdaderamente por lo que yo estaba pasando. Creo que esta obra del Señor me dio el valor para abrirme gradualmente y compartir mis emociones dolorosas con mi esposa.

13. Sin embargo, un aspecto aún más significativo de la obra transformadora del Señor fue este: al guiarme a depositar una fe y una confianza cada vez mayores en Jesucristo —la Luz del mundo— y en el poder de Su sangre expiatoria derramada en la cruz, Él me liberó gradualmente de una de mis emociones más angustiosas: la «culpa». Además, el Señor utilizó la poderosa Palabra de Dios para fortalecer, fortificar y envalentonar gradualmente mi corazón y mis emociones, los cuales habían sido previamente heridos (¿fácilmente?) por la ira y las palabras de mi esposa (Ref.: 1 Pedro 5:10). Yendo un paso más allá, el Espíritu Santo que mora en mí me capacitó para dar el fruto del amor en una medida cada vez mayor; Él me ayudó a mirar más allá de la ira y las palabras de mi esposa para discernir el verdadero estado de su corazón, infundiendo así en mí un deseo más profundo de amarla con el propio amor del Señor. En particular, el Espíritu Santo me permitió obtener gradualmente una comprensión más profunda de las emociones dolorosas de mi esposa, infundiendo así en mí un corazón de compasión hacia ella. En última instancia, a través de los conflictos que experimentamos como pareja, el Señor moldeó y expandió nuestros corazones individuales; esto nos permitió no solo reconocer y aceptar nuestras diferencias, sino también —con el propio corazón del Señor— abrazar gradualmente incluso las heridas que, sin intención (y sin desearlo), nos habíamos infligido mutuamente. Una revelación clave durante este proceso fue que nuestros conflictos conyugales sirvieron para

sacar a la luz nuestras respectivas emociones dolorosas, y esas emociones, a su vez, nos condujeron a una mayor comprensión de los distintos entornos en los que cada uno de nosotros había crecido.

14. Por ejemplo, hace unos 23 años, mientras vivíamos en Corea, mi esposa y yo tuvimos una discusión; todo ello a causa de (o tal vez *gracias a*) nuestro amado hijo, Dylan, quien en aquel entonces asistía al jardín de infancia de la iglesia. La raíz de nuestro desacuerdo era la siguiente: yo quería que Dylan practicara el ceder ante los otros niños en el jardín, mientras que mi esposa deseaba que él persiguiera sus propios anhelos en lugar de ceder constantemente ante los demás. La revelación que el Señor me concedió en ese momento fue esta: habiendo crecido observando y aprendiendo del ejemplo de abnegación de mis propios padres, naturalmente deseaba que mi hijo se convirtiera en una persona que cede ante los demás. Mi esposa, por otro lado —habiendo crecido como la hija mayor, a menudo incapaz de perseguir sus propios deseos porque debía ceder ante sus padres y vivir en estricta obediencia a su palabra—, no quería que su amado Dylan terminara viviendo de la misma manera en que ella lo había hecho. (Fue en este punto cuando finalmente —aunque con cierto retraso— comencé a comprender, al menos en parte, las profundas y dolorosas emociones que mi esposa había estado cargando). En última instancia, aquel conflicto en particular sirvió como un catalizador —una oportunidad— para que aprendiéramos más el uno del otro y profundizáramos nuestra comprensión mutua.

15. Me gustaría dar por concluido este escrito. Mientras redactaba este texto a lo largo de un periodo prolongado, echando vistazos intermitentes a mi teléfono, noté que mi sobrina, Ye-jin (la hija mayor de mi hermano), había publicado un video en sus *Stories* de Instagram alrededor de las 5:00 a. m. de esta mañana, marcando el inicio de una ultramaratón de 100 millas (163 km). En este preciso momento, mi esposa —acompañada por Ye-jin, una amiga de Ye-jin y dos de sus propias amigas maratonistas— se ha desplazado en coche a una distancia considerable de nuestro hogar y se encuentra corriendo su segunda ultramaratón de 100 millas

en el lapso de unos dos años. Tengo un propósito específico al ofrecer mi apoyo incondicional a la práctica del maratón: una actividad que mi amada esposa atesora tan profundamente. Ese propósito tiene sus raíces en mi ferviente oración de que el Señor, a través del mismo acto de correr, libere a mi esposa de toda emoción dolorosa, del estrés y de cualquier otra cosa que ella perciba como perjudicial para su bienestar. Así, a lo largo de nuestros casi veintiocho años de matrimonio, me he aferrado con fe a esta Escritura, manteniendo a mi amada esposa presente en mis pensamientos y oraciones: «Y conocerán la verdad, y la verdad los hará libres». ¡Confío en que el Señor continuará edificándonos —a mi esposa y a mí— como una pareja centrada cada vez más profundamente en ÉL!

Un corazón egoísta

«Nuestro problema fundamental no es la ignorancia de lo que es correcto. Nuestro problema es el egoísmo del corazón, que nos lleva a preocuparnos más por lo que nosotros queremos que por lo que es correcto». [Paul David Tripp, *What Did You Expect?*]

En este mundo pecaminoso, cuando un hombre pecador se casa con una mujer pecadora, ¿cómo es posible que esa pareja evite pecar contra Dios dentro de su relación matrimonial? La raíz amarga de los pecados que tal pareja comete es, de hecho, el orgullo. Es decir, el pecado que estos dos pecadores orgullosos cometen contra Dios es, precisamente, la desobediencia a Sus mandamientos. En su orgullo, no logran cumplir los dos grandes mandamientos de Jesús: no aman a Dios ni aman a su prójimo. Debido a que no aman a Dios, no solo dejan de amar a su prójimo con el amor de Dios, sino que además son incapaces de hacerlo. Su amor por el prójimo es meramente el amor de la humanidad pecadora; un amor cuya raíz amarga no es otra que el egoísmo.

El problema radica en que, incluso dentro de los corazones de nosotros los cristianos —quienes, por la gracia soberana de Dios, hemos recibido el perdón de los pecados y la salvación en Jesucristo—, todavía permanece esta raíz amarga del amor humano pecaminoso: el egoísmo. Aunque «el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado» (Rom. 5:5), y nos hemos convertido en «nuevas criaturas» en Cristo Jesús (2 Cor. 5:17) —y, por tanto, amamos verdaderamente a Dios y amamos a nuestro prójimo (Lucas 10:27)—, nuestro «viejo yo» a menudo se niega a vivir bajo la guía del Espíritu Santo. En su lugar, persigue los deseos

de la carne, lo cual nos lleva a seguir amando a nuestros prójimos con un corazón egoísta. Este corazón egoísta nos impulsa a centrarnos en lo que *nosotros* queremos, en lugar de centrarnos en lo que es correcto; en consecuencia, en vez de hacer lo que es justo a los ojos de Dios, nos relacionamos con nuestros prójimos según nuestros propios deseos. Creo que, entre todas las conexiones humanas, la relación en la que este corazón egoísta se manifiesta más claramente en la superficie es la relación matrimonial. La razón por la que sostengo este punto de vista es que Dios —el Divino Alfarero—, en Su soberanía, une a un hombre y a una mujer con un propósito específico: permitir que estos dos individuos distintos lleguen a ser «una sola carne» en el Señor. Así, el Espíritu Santo obra en su interior, produciendo el fruto del amor (Gálatas 5:22). En consecuencia, el Espíritu Santo santifica progresivamente a la pareja, capacitándola para amarse mutuamente cada vez con mayor profundidad, con el propio amor de Dios. A lo largo de este proceso de santificación, el Espíritu Santo nos ayuda gradualmente a despojarnos de los instintos egoístas de nuestro «viejo yo»: esa inclinación a priorizar nuestros propios deseos por encima de los del Señor y de los de nuestro cónyuge. Al propiciar este despojo, el Espíritu Santo saca a la superficie, en primer lugar, nuestros corazones egoístas, exponiéndolos dentro del contexto de nuestra relación matrimonial. Tanto el esposo como la esposa tienden a perseguir sus propios deseos en lugar de buscar lo que el Señor desea o lo que desea su cónyuge. Como resultado, dos «reinos egoístas» —el reino del esposo y el reino de la esposa— chocan entre sí, produciendo los amargos frutos del conflicto, la contienda, la herida y el dolor. Sin embargo, lo verdaderamente asombroso es que Dios —nuestro Divino Alfarero— utiliza incluso estos frutos pecaminosos y amargos para moldearnos a nosotros, Sus parejas de barro; Él nos guía a confesar nuestro egoísmo y a arrepentirnos de él, capacitándonos así para amar a Dios con un corazón unificado y para amarnos mutuamente con un espíritu abnegado. ¿Qué otra cosa podría ser esto sino la gracia de Dios?

Dios nos capacita —como parejas— para experimentar Su gracia, la cual abunda «mucho más donde abundó el pecado» (Romanos 5:20). Dios ha unido a dos pecadores egoístas como pareja para obrar su santificación; al hacerlo, utiliza incluso nuestros conflictos, heridas y dolores para guiarnos —como esposos y esposas— a amarnos

mutuamente con el amor de Dios, siguiendo la dirección del Espíritu Santo. En particular, Dios nos enseña el amor sacrificial de Jesucristo, manifestado en la cruz, capacitándonos para dejar a un lado nuestros corazones egoístas y amarnos mutuamente con el corazón abnegado de Cristo. El propósito mismo que subyace a esta obra de Dios es Su deseo de establecer el Reino de Dios dentro de nuestros hogares. Mientras Él establece Su Reino en medio de nosotros, Dios nos ha dado el mandamiento de ese Reino: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo» (Lucas 10:27). Debemos obedecer este mandamiento. Todos nosotros —como parejas cristianas— debemos obedecer este mandamiento para edificar hogares centrados en el Señor. Por lo tanto, oro para que, a través de nuestros hogares centrados en el Señor —los cuales el mismo Señor establece—, Su Iglesia y el Reino de Dios sean edificados firmemente sobre la Roca.

Conflicto y crisis en las relaciones matrimoniales

Al reflexionar una vez más sobre las revelaciones obtenidas a través de los encuentros que tuve —guiado por la dirección de Dios— durante la reciente iniciativa del "Ministerio por Internet a Corea 2024", quisiera intentar organizar mis pensamientos por escrito, particularmente en lo que respecta a los hermanos y hermanas que conocí y que actualmente enfrentan crisis en sus relaciones matrimoniales:

1. Parece que el conflicto y las discusiones son inevitables dentro de una relación matrimonial. Por lo tanto, creo que es mucho mejor esforzarse y empeñarse en aprender *cómo* gestionar adecuadamente los conflictos y discusiones matrimoniales —utilizando la sabiduría que Dios provee— en lugar de luchar por evitarlos o eludirlos (es decir, en lugar de intentar proyectar ante los demás una imagen de que "nuestro matrimonio está libre de todo conflicto o discordia").

    a. Mi esposa y yo tuvimos nuestra primera discusión durante nuestra luna de miel. Antes de eso, durante los seis meses de nuestro noviazgo a distancia —el cual comenzó después de que nos presentaran a través de un intermediario— nunca experimentamos ni un solo conflicto o desacuerdo. Desde entonces, a lo largo de los aproximadamente veinte años de nuestro matrimonio, hemos experimentado innumerables conflictos y discusiones. Solía intentar ocultar estos conflictos y discusiones matrimoniales, pues no quería exponerlos frente a nuestros hijos u otras personas; sin embargo, mis esfuerzos resultaron en vano. Finalmente, gracias a la orientación de un pastor, llegué a reconocer los aspectos positivos del conflicto matrimonial; desde entonces, en lugar de

luchar por evitar u ocultar nuestros desacuerdos, me he dedicado a aprender *cómo* discutir de manera constructiva dentro de nuestro matrimonio.

b. Al reflexionar sobre los hermanos en la fe que conocí durante la iniciativa del "Ministerio por Internet a Corea" —específicamente aquellos que compartieron conmigo, aunque fuera mínimamente, aspectos de sus relaciones matrimoniales— me doy cuenta de que, como mínimo, reconocieron la existencia de conflictos en sus matrimonios. Es más, aquellos que llegaron al punto de abrir sus corazones de par en par y compartir sus vivencias más profundas conmigo eran personas que estaban experimentando una crisis genuina en sus relaciones matrimoniales y que, en consecuencia, necesitaban ayuda desesperadamente. Aquellos miembros de nuestra comunidad que atraviesan una crisis matrimonial de tal magnitud parecen encontrarse en un estado de "guerra fría": una condición tan grave que ya ni siquiera se molestan en discutir entre sí. Creo que, cuando el conflicto conyugal alcanza este nivel, ha superado la etapa en la que la pareja simplemente necesita esforzarse por aprender *cómo* discutir de manera constructiva. En cambio, se convierte en un momento en el que deben examinarse a sí mismos con humildad y seriedad —ante Dios, y centrándose en su propia conducta en lugar de en la de su cónyuge— para discernir exactamente dónde y cómo su conflicto escaló hasta llegar a un estado tan crítico.

2. Considero que el conflicto conyugal y las discusiones son oportunidades valiosas para que el esposo y la esposa lleguen a conocerse mutuamente a un nivel más profundo.

a. En el caso de mi propio matrimonio, hace unos 22 años, mientras vivíamos en Corea, mi esposa y yo tuvimos una discusión monumental que involucró a nuestro amado primogénito, Dylan. A través de aquella disputa conyugal en particular, Dios me permitió obtener una comprensión mucho más profunda de mi esposa. Específicamente, el conflicto surgió porque mi esposa no quería

que Dylan viviera su vida haciendo concesiones constantemente —tal como ella misma había hecho—, mientras que yo *sí* quería que viviera de esa manera (habiendo sido criado por mis padres bajo la creencia de que esa era la forma correcta de vivir). Fue durante aquella acalorada discusión cuando comencé a comprender —al menos hasta cierto punto— que mi esposa no deseaba que Dylan siguiera sus pasos; habiendo vivido como la hija mayor que constantemente tenía que «ceder» ante sus padres, ella no quería que su hijo tuviera que soportar la misma experiencia.

b. Entre los miembros que conocí recientemente a través de la iniciativa del «Ministerio por Internet para Corea» —específicamente aquellos que actualmente atraviesan conflictos y crisis conyugales—, la mayoría parecía estar centrando su atención no en las *causas* subyacentes de sus discusiones, sino más bien en lo que percibían como las faltas o las exigencias irrazonables de su cónyuge. Quizás la razón de esto radique en el hecho de que las heridas emocionales que han sufrido a manos de sus cónyuges son, sencillamente, demasiado profundas. Creo que una relación conyugal en la que ambas partes permanecen obsesionadas con sus propias heridas y con los defectos de su cónyuge carece de la capacidad para transformar dicha crisis en una oportunidad —una oportunidad ordenada por Dios— para que la pareja llegue a conocerse verdaderamente.

3. Creo que la resignación del esposo —el cabeza del hogar— puede exacerbar el conflicto conyugal y precipitar una crisis en el matrimonio.

a. Entre los hermanos en la fe que conocí recientemente a través de la iniciativa "Ministerio por Internet: De regreso a Corea", observé casos en los que la renuncia involuntaria del esposo le causó inmensas dificultades personales y una gran pesadumbre, algo que, por supuesto, resulta inevitable. Sin embargo, me percaté de que, más allá de esta carga personal, las dificultades y

problemas financieros subsiguientes también pueden desencadenar conflictos dentro de la relación, precipitando así una crisis matrimonial en toda regla.

b. Sentí que existe un riesgo significativo de que, cuando una pareja discute —particularmente por cuestiones financieras—, salgan a la superficie y se expresen abiertamente asuntos no resueltos y heridas del pasado provenientes de la historia de su relación. Por consiguiente, incluso si la relación de la pareja parecía relativamente libre de problemas —o tal vez incluso bastante buena— cuando las presiones financieras no eran severas, la aparición de dificultades económicas tras la renuncia del esposo puede provocar que la relación se deteriore hasta un grado extremo. En particular, sentí que existe un grave peligro de que, en medio de las muchas tentaciones sembradas por Satanás durante tales momentos, uno pueda cometer pecados no solo contra Dios, sino también contra su propio cónyuge. En consecuencia, me di cuenta de que la situación podría fácilmente salirse de control hasta llegar a un punto en el que la relación matrimonial quede dañada de manera casi irreparable.

4. Creo que el esposo, como cabeza del hogar, debe asumir la responsabilidad de cualquier crisis matrimonial y arrepentirse ante Dios.

a. Nunca he olvidado un punto planteado por el autor Douglas Wilson en su libro *Reformed Marriage* (Matrimonio reformado) —el cual leí hace mucho tiempo—, en el que afirmaba que, a lo largo de su extensa experiencia en consejería matrimonial, su presupuesto constante siempre ha sido este: "La responsabilidad recae en el esposo". Coincido de todo corazón con este sentimiento. Creo firmemente que, en mi propio matrimonio, la responsabilidad última de todos los conflictos, disputas y discusiones recae en mí: el esposo. Aunque, desde mi perspectiva, ciertamente hubo muchas ocasiones en las que mi esposa tuvo la culpa, creo que, en última instancia, la responsabilidad recae en mí —como esposo— por no haber obedecido la Palabra de Dios y no

haberla "sustentado" adecuadamente (Efesios 5:29). Por lo tanto, considero que cada problema dentro de nuestra relación matrimonial es responsabilidad mía. No obstante, debido a que no estaba dispuesto a cargar con esa responsabilidad, con frecuencia albergaba resentimiento hacia mi esposa, pecando así tanto contra Dios como contra ella. En consecuencia, si bien comprendo intelectualmente que debería arrepentirme de todos los pecados que he cometido dentro de nuestro matrimonio —aun cuando no perciba plenamente la magnitud de los mismos—, mi corazón sigue siendo incapaz de hacerlo, a pesar de mi deseo de arrepentirme. He llegado a comprender que, sin la gracia de Dios, soy incapaz siquiera de arrepentirme por mis propios medios. Por ello, oro para que Dios me conceda la gracia de arrepentirme.

b. Entre los hermanos en la fe que conocí recientemente a través de la iniciativa del "Ministerio por Internet para Corea", hice algo —quizás por primera vez en mi vida— que incluso a mí mismo me asombró: le hablé con franqueza a cierto hermano, diciéndole: "A menos que permitas ser quebrantado y humillado ante Dios, y te arrepientas verdaderamente, no hay esperanza para esta familia". Me sorprendieron tanto mis propias palabras que apenas podía creer haberlas pronunciado. Siempre había creído que no poseía ni la autoridad para hablarle a nadie de tal manera, ni la personalidad para hacerlo. Sin embargo, al reflexionar sobre por qué le hablé a ese hermano de esa forma, creo que probablemente fue el amor de Dios —un amor por ese hermano y su familia que residía en lo profundo de mi corazón— lo que me impulsó a hablar como lo hice. En particular, sentía una profunda desesperación en mi corazón cada vez que pensaba en la familia de ese hermano. Había ignorado por completo cuán crítica era la situación en su matrimonio; cuando finalmente me enteré —aunque fuera parcialmente— de la gravedad de sus conflictos conyugales a través de él, mi corazón sufrió un dolor tan profundo que lloré. Además, tras haberme reunido con su esposa en tres ocasiones distintas (el tercer encuentro estaba planeado originalmente como una sesión individual con su hija mayor, pero ella se sintió incómoda reuniéndose a solas y trajo consigo a

su madre), sentí que mi corazón se dolía aún más al escuchar las palabras de la hermana con los "oídos de mi corazón" —escuchando no solo las palabras en sí, sino el dolor y el anhelo que subyacían en ellas—. En consecuencia, mi sensación de desesperación se profundizó aún más. Impulsado por esta urgencia, hablé con el hermano y fui a visitar su hogar a las 10:40 de esa noche. Y fue así como, de pie en presencia de su esposa, me encontré diciéndole aquellas palabras francas. Incluso ahora, mientras escribo estas líneas y pienso en ese hermano y esa hermana, simplemente fijo mi mirada en el Señor, anhelando fervientemente Su compasión, misericordia y gracia salvadora ilimitadas.

5. Creo que cuando un conflicto conyugal escala a un nivel extremo —alcanzando un punto de crisis— la pareja debería buscar la asistencia de una tercera persona.

    a. Recuerdo que, cuando redacté un manuscrito para la consejería prematrimonial —basándome en libros sobre el matrimonio que había leído hacía mucho tiempo—, el método final sugerido para resolver los conflictos conyugales consistía en buscar la asistencia de una tercera parte. En este contexto, una «tercera parte» se refiere principalmente a un consejero matrimonial profesional especializado en terapia de pareja.

    b. Sin embargo, hace poco supe por un hermano en la fe —uno de aquellos que se pusieron en contacto conmigo a través de KakaoTalk mediante la iniciativa del «Ministerio en Internet para Corea»— que, de hecho, habían consultado a un consejero matrimonial profesional, pero que dicha consulta les había resultado de poca ayuda. Al escuchar esto, mi corazón se apesadumbró con una profunda inquietud; me preguntaba cuán desesperada debía de estar esta pareja para dar el valeroso paso de contactar a un no experto —un simple pastor como yo— después de que incluso la consejería profesional no hubiera logrado dar resultados. Hice todo lo posible por reunirme con ellos, pero, debido a circunstancias ineludibles por su parte, finalmente no pudimos vernos

antes de que yo regresara a los Estados Unidos. Incluso ahora, mientras escribo estas palabras, mis pensamientos permanecen con esa pareja, y escribo esto con el corazón elevado en oración a Dios en su favor. Y, a través de estas palabras escritas, deseo transmitirles este mensaje: «No se rindan. El Señor no se rinde con ustedes. El Señor es nuestra esperanza. Sigan perseverando tal como lo están haciendo ahora; no desistan y continúen dando lo mejor de sí mismos».

6. Por muy desesperada que parezca la situación de una pareja —incluso si parecen estar envueltos en una oscuridad tan profunda como la noche más densa—, creo firmemente que, aun en medio de una crisis conyugal tan severa, el Señor es un Dios que, con toda certeza y abundancia, derramará sobre ellos Su amor asombroso, magnífico y redentor, haciendo que ese amor se manifieste con total claridad.

   a. Al reflexionar sobre las grandes crisis que mi esposa y yo hemos enfrentado a lo largo de nuestro matrimonio, la crisis más significativa de todas ocurrió en los inicios, cuando le dije a mi esposa que quería el «divorcio». Por supuesto, ahora lamento profundamente haber pronunciado jamás tales palabras a mi amada esposa; sin embargo, en aquel momento, estaba tan consumido por la ira hacia ella que sinceramente deseaba poner fin a nuestro matrimonio. Aunque ya no logro recordar con exactitud por qué estaba tan enfurecido en aquel entonces, creo que me sentía profundamente herido por mi esposa en ese momento. Por supuesto, en aquella época —a diferencia de hoy— no tenía ni idea de cómo conversar o comunicarme adecuadamente con ella. Es más, en mi juventud, poseía un carácter tan inmaduro que no era capaz de hacer otra cosa que expresar sin rodeos mis pensamientos más extremos, dirigiéndolos directamente a mi esposa. Naturalmente, en los años que siguieron, continué exponiendo mis propias y profundas insuficiencias y defectos a lo largo de mi relación con ella. Por esta razón, creo que no existe relación alguna —y ciertamente ningún contexto comparable a la unidad

familiar o al matrimonio— que deje al descubierto de manera tan cruda la propia fragilidad, las deficiencias, las carencias y las necedades de uno mismo. Mientras navegaba por las complejidades de nuestro matrimonio, un libro que leí alrededor de nuestro décimo aniversario resultó ser, en muchos aspectos, un punto de inflexión en nuestra relación. Aquel libro se titulaba *Love & Respect* (Autor: Emerson Eggerichs). Lo recuerdo vívidamente hasta el día de hoy. En un día particular que marcaba nuestro décimo aniversario, después de cenar con mi esposa, reservamos un tiempo para entablar un diálogo; recorrimos los doce capítulos del libro —seis destinados a la lectura del esposo y los seis restantes a la de la esposa— y nos turnamos para hacernos mutuamente las preguntas de reflexión que se encontraban al final de cada capítulo. Ese tiempo que compartimos resultó ser —al menos para mí— una experiencia inmensamente útil y enriquecedora en mi rol como esposo. Otro acontecimiento de nuestros veintisiete años de vida matrimonial —uno que jamás olvidaré— es el fallecimiento de nuestro primogénito, Jooyoung. Nunca podré olvidar el asombroso y magnífico amor salvador del Señor que experimenté en aquel momento; un amor que presencié como el cumplimiento de las palabras que se hallan en el Salmo 63:3. Aunque no hemos enfrentado ninguna crisis tan severa como la que soportamos en aquel entonces, la muerte de nuestro primer hijo se convirtió, a fin de cuentas, en un importante peldaño para el crecimiento de nuestro matrimonio, ya que nos condujo a experimentar el amor salvador del Señor.

b. Cuando pienso en los amados hermanos y hermanas que actualmente atraviesan una crisis matrimonial, creo que solo el Señor es capaz de librarlos de su difícil situación; y, es más, creo que Él es un Dios que manifiesta claramente su amor salvador incluso en medio de crisis tan profundas. El Señor, que devolvió la vida incluso al difunto Lázaro, es el mismo Dios que nos ha resucitado a aquellos de nosotros que estábamos espiritualmente muertos, concediéndonos el renacimiento y la regeneración espirituales. Por lo tanto, creo firmemente que nuestro Señor Resucitado puede devolver la vida incluso

a aquellos matrimonios que, en muchos aspectos, parecen estar muertos. Oro fervientemente para que nuestro Señor derrame su gran gracia salvadora sobre aquellos hermanos y hermanas que Él ama con mayor ternura —aquellos que se encuentran actualmente en medio de crisis matrimoniales— y para que, transformando primero sus corazones, conceda también la bendición de una profunda transformación a sus matrimonios.

Principios y métodos para superar las crisis en el matrimonio

A mi esposa le gusta escucharme hablar sobre mis carreras, así que, durante una de nuestras conversaciones, compartí con ella algunas lecciones que he aprendido a través de este deporte. La lección es la siguiente: por lo general, corro un circuito alrededor de nuestro vecindario unas tres veces por semana, contando mis pasos mentalmente a medida que avanzo (lo cual equivale a unas 3 millas, o 2.600 pasos). (Mi esposa, dicho sea de paso, dice que ella nunca podría correr contando números en su cabeza como yo; ¡ja, ja! ¡Eso solo demuestra cuán radicalmente diferentes pueden ser los estilos de carrera de una pareja!). En ese circuito del vecindario, hay un tramo que incluye una cuesta. De hecho, acabo de regresar de correr y noté que se necesitan unos 300 pasos para llegar a la cima de esa pendiente. Los primeros 150 pasos son manejables, pero esos últimos 150 pasos —del paso 150 al 300— son cualquier cosa menos fáciles. Al relatarle esto a mi esposa, le dije que, una vez que uno logra superar *ese obstáculo específico*, correr el resto del circuito del vecindario no resulta realmente tan difícil. Luego establecí un paralelismo, aplicando este concepto a nuestra relación como pareja casada: el matrimonio también nos presenta tales "obstáculos": vallas difíciles que simplemente debemos soportar, capear y, en última instancia, superar. Por supuesto, cuando compartí esto con mi esposa, tenía en mente principalmente a los recién casados. Creo que, durante los primeros tres años de matrimonio aproximadamente, las parejas se encontrarán inevitablemente con momentos —quizás varios de ellos— en los que sentirán un impulso abrumador de divorciarse. Mi convicción es que, si se aferran al Señor durante esos momentos críticos —orando fervientemente y apoyándose en Él para obtener fortaleza—, podrán soportar, capear y superar con éxito esas crisis. Sin embargo, no creo que este principio se aplique únicamente a los recién casados. En la sociedad actual —donde fenómenos como el "divorcio crepuscular" (el divorcio en la etapa tardía

de la vida) se están volviendo cada vez más comunes— me doy cuenta de que las crisis inherentes a una relación matrimonial no se limitan, en absoluto, a aquellos que apenas están comenzando. A través de mi experiencia como corredor, estoy aprendiendo *cómo* perseverar, resistir y superar esos difíciles obstáculos; y eso es precisamente lo que compartí con mi esposa. He aquí tan solo tres principios —¿o quizás métodos?— para «superar las crisis en el matrimonio» que me gustaría compartir de manera espontánea (ja, ja):

(1) Regresar al fundamento —a esa verdad inamovible— de que el Señor, en Su divina soberanía, nos unió como marido y mujer.

    En nuestro caso, fue el propio Señor quien infundió esta convicción en nuestros corazones. No obstante, al mirar atrás y repasar nuestra vida matrimonial, me doy cuenta de que —desde una perspectiva puramente humana— ciertamente tuvimos nuestra cuota de crisis. Sin embargo, durante cada uno de esos momentos, una de las gracias que el Señor me concedió fue la capacidad de «retroceder en el tiempo» mentalmente. Reflexionaba profundamente sobre cómo el Señor nos había unido a mi esposa y a mí —dos personas que, según todos los criterios humanos, jamás se habrían conocido— y nos había unido para llegar a ser «una sola carne».

(2) Aferrarse firmemente a la promesa de que es el propio Señor quien edifica Su propia casa.

    Aplico las palabras de Mateo 16:18 a mi vida familiar de esta manera específica: creo que, para comprender verdaderamente esta promesa y orar a Dios, mi esposa y yo debemos reconocer primero —a menudo a través de las mismas crisis que enfrentamos— nuestra total incapacidad e impotencia para edificar nuestro matrimonio o nuestra familia con nuestras propias fuerzas. Debemos permitir que nuestro ego sea quebrantado. Parece que solo entonces caemos de rodillas y clamamos al Señor. Y al clamar, aferrándonos a la promesa de Mateo

16:18, elevamos esta súplica: «Señor, no puedo edificar este matrimonio ni esta familia por mis propios medios; sin embargo, Tú has prometido que *Tú* lo edificarás. Por favor, pues, edifícalo Tú mismo: a Tu propio tiempo y a Tu propia manera».

(3) Con un corazón humilde —no solo ante el Señor, sino también ante el cónyuge—, reconocer y confesar con mansedumbre cualquier falta o deficiencia que el Señor te haya revelado; y renovar el compromiso de amar y respetar a tu cónyuge con el mismo amor del Señor.

Creo que este tercer principio —o método— es absolutamente imposible de practicar sin el fundamento del segundo principio.

Estilos de amor impresos

Entre los libros que he recibido recientemente como regalo —y que actualmente estoy leyendo— se encuentra uno que explora la naturaleza del amor dentro de la relación matrimonial. Anoche, sábado por la tarde, continué leyendo este libro hasta el momento en que me quedé dormido; al hacerlo, me sentí particularmente intrigado por dos conceptos introducidos por el autor: "estilo de amor" y "déficit impreso" (donde "déficit" se define como "un estado de incompletitud resultante de un componente ausente o defectuoso", según el Diccionario Naver). En consecuencia, aquí estoy esta mañana de domingo —habiendo llegado a la oficina pastoral de la iglesia al amanecer, y tras una comida rápida de fideos instantáneos, arroz y kimchi— para organizar mis reflexiones personales combinando estos dos conceptos bajo el título "Estilo de amor impreso".

1. Mi esposa y yo —como pareja casada— poseemos inevitablemente "estilos de amor" distintos. La razón de ello es que, desde el momento en que nacimos en este mundo, cada uno de nosotros observó y aprendió diferentes estilos de amor de nuestros respectivos padres, tal vez incluso sin darnos cuenta conscientemente.

2. Por ejemplo, mientras crecía, las formas en que mis padres expresaban su amor hacia mí diferían significativamente. Mi madre me amaba incondicionalmente; durante mi primera infancia, su amor se caracterizó por un inmenso autosacrificio: ella soportó grandes penurias por mi bien (un hecho que no supe por mis propios recuerdos, sino a través de sus relatos posteriores). Más tarde, durante mi adolescencia, el amor que percibía de mi madre se sentía algo excesivo, casi una

sobreabundancia de afecto. En contraste, el amor de mi padre hacia mí era, en gran medida, silencioso y carente de expresiones manifiestas.

3. Así pues, habiendo crecido observando estos distintos estilos de amor paterno, llevo en mi memoria un "déficit impreso" con respecto a ese amor: una sensación de incompletitud derivada de ciertos aspectos que estuvieron ausentes o resultaron defectuosos. Entre esos déficits, el que está grabado más profundamente en mi memoria se refiere a las ocasiones en que mis padres discutían; específicamente, a los conflictos conyugales entre ellos. Cada vez que se peleaban, mi madre expresaba incesantemente sus quejas respecto al amor que sentía no haber recibido nunca de mi padre en el pasado. A medida que crecía, nunca pude olvidar el sonido de mi madre quejándose repetidamente ante mi padre; y la razón por la que no puedo olvidarlo es, sencillamente, que detestaba con suma intensidad escuchar esas quejas. En aquel entonces, no entendía nada. No sabía por qué mi madre dirigía un sinfín de quejas hacia mi padre. Fue mucho más tarde cuando llegué a comprender la razón: mi madre cargaba con demasiados asuntos sin resolver dentro de su relación matrimonial con su esposo. En consecuencia, llegué a creer que, cada vez que surgía un conflicto entre ellos, ella simplemente desenterraba esas historias del pasado —sacándolas directamente de su memoria— y las descargaba sobre su esposo. Así pues, antes de casarme, mientras leía los libros del pastor H. Norman Wright, me sentí interpelado por la exhortación a «comprometerse a liberarse del pasado». Esto me inspiró a tomar una firme resolución en mi corazón: «Si alguna vez me caso, me esforzaré por vivir con mi amada esposa de tal manera que resolvamos nuestros conflictos matrimoniales día a día, a medida que vayan surgiendo. Al hacerlo, me aseguraré de que no se acumulen asuntos sin resolver en su corazón, impidiendo así que ella tenga jamás motivo alguno para expresar quejas durante momentos de discordia conyugal». Y así, por la gracia de Dios, cuando conocí a mi esposa y nos casamos, resolví —y, de hecho, me esforcé— por hacer todo lo necesario para asegurar que ella nunca se encontrara en un estado de insatisfacción y queja —como le había sucedido a mi madre— debido a una

percepción de carencia en el amor de su esposo. Por encima de todo, deseaba fervientemente que mi esposa experimentara una verdadera liberación del pasado dentro del contexto de nuestra vida juntos como marido y mujer.

4. Sin embargo, inmediatamente después de nuestra boda —mientras aún estábamos de luna de miel— mi esposa y yo tuvimos una discusión monumental. Más que decir que tuvimos una pelea, sería más preciso decir que yo fui el culpable y terminé recibiendo una reprimenda unilateral por parte de mi esposa. La razón fue la siguiente: desde la perspectiva de mi esposa —dado que estábamos de luna de miel e incluso habíamos alquilado un coche— ella quería salir a explorar diversos lugares. Yo, por el contrario, simplemente quería quedarme en el hotel; así que bajé a la tienda de alquiler de videos situada en el vestíbulo, tomé prestada una película y me puse a verla en nuestra habitación. ¡Naturalmente, mi esposa estaba furiosa! Para evitar escuchar el torrente de quejas que estaba descargando sobre mí, simplemente salí al balcón de la habitación del hotel y cerré la puerta tras de mí. Pero ella me siguió hasta allí y continuó desahogando sus airados agravios; en respuesta, utilicé el libro que sostenía para cubrirme el rostro, bloqueando su cara de mi vista y asegurándome, al mismo tiempo, de que ella no pudiera ver la mía. Se podría decir que esto marcó el primerísimo «déficit impreso» en nuestro matrimonio. El hecho de que todavía lo recuerde con tanta claridad y viveza —incluso después de haber transcurrido casi 28 años— demuestra cuán profundamente quedó grabado en mi memoria. Así de radicalmente distinto era mi estilo de expresar amor en comparación con el de mi esposa. En otras palabras, existía una disparidad significativa entre la forma en que mi esposa deseaba recibir amor y la forma en que yo era capaz de darlo. A mi modo de ver, la razón por la que nuestros respectivos estilos —o métodos— de amar estaban destinados a ser tan diferentes radica en el hecho de que somos individuos fundamentalmente distintos: no solo somos diferentes por la simple virtud de ser hombre y mujer, sino que también provenimos de entornos de crianza muy dispares y fuimos moldeados por influencias sumamente distintas por parte de nuestros padres.

5. En mi opinión —aunque la perspectiva de mi esposa al respecto pueda diferir de la mía—, creo que, más allá de las diferencias fundamentales inherentes a hombres y mujeres, nuestra relación se ha visto profunda e innegablemente impactada por dos factores adicionales: nuestras diferencias individuales como «James» y «Jane», y los distintos «déficits» en nuestros respectivos estilos de recibir y expresar amor; déficits que nos fueron impresos por nuestros propios padres. Como ejemplo inolvidable de esto, recuerdo un incidente que ocurrió mientras nuestra familia residía brevemente en Corea; un día, mi esposa y yo nos vimos envueltos en un conflicto relacionado con nuestro amado hijo. La raíz de aquel conflicto residía en nuestras expectativas divergentes: yo quería que mi hijo practicara el ceder ante otros niños cuando asistía al jardín de infancia, mientras que mi esposa deseaba que él persiguiera libremente sus propios deseos —sin verse limitado por los demás—, en lugar de cederles el paso constantemente. Solo llegué a comprender la verdadera naturaleza de esta diferencia después de que el conflicto con mi esposa ya se hubiera producido. En consecuencia, a partir de ese momento, comencé a creer que realmente existe un valor que puede hallarse en el conflicto conyugal (un concepto con el que ya me había topado —aunque sin haberlo comprendido plenamente— mientras escuchaba un sermón o una conferencia de un pastor en la radio). Ese valor reside en el hecho de que, a través de nuestros conflictos matrimoniales, llegué a reconocer las influencias distintas y divergentes que nuestros padres habían ejercido sobre nosotros durante nuestras respectivas crianzas. En otras palabras: mientras que yo fui criado bajo la influencia de mi padre para creer que uno debe ceder ante los demás, mi esposa —al ser la hija mayor— había pasado toda su vida cediendo constantemente ante sus padres (y, como resultado, rara vez había podido perseguir sus propios deseos); por lo tanto, ella no quería que su amado hijo sufriera el mismo destino: vivir una vida en la que él también fuera incapaz de hacer lo que deseaba debido a que siempre estuviera cediendo ante los demás.

6. De este modo, a través de nuestros conflictos conyugales, mi esposa y yo comenzamos a adquirir una comprensión más profunda, no solo de nuestras

diferencias como individuos, sino también de los "déficits" específicos en el amor que habían quedado grabados en cada uno de nosotros. En consecuencia, mi cónyuge y yo comenzamos a reconocer, admitir y aceptar el hecho de que —dado que nuestras expectativas respecto al estilo de amor que deseábamos recibir el uno del otro eran tan radicalmente distintas— el conflicto conyugal resultaba, en nuestro caso, inevitable. ¡Calculo que nos tomó cerca de veinte años llegar a este punto! Dicho de otro modo, diría que nuestros corazones se habían endurecido —o tal vez vuelto "rígidos"— debido a nuestros respectivos estilos de amor grabados en nosotros y a los profundos déficits que nuestro pasado había impreso en nuestro ser.

7. Fue solo entonces cuando el Señor nos capacitó —a mi cónyuge y a mí— para aceptar los estilos de amor y los déficits grabados en el otro exactamente tal como eran, para acogerlos y para amarnos mutuamente. Solo entonces descubrimos un estilo de amor compartido, único y exclusivo de nosotros dos; comenzamos a cultivarlo juntos y aprendimos a honrar ese estilo compartido. Aunque este estilo de amor compartido tal vez no sea del todo —ni al 100 %— del agrado de ninguno de los dos individualmente, a través de innumerables conflictos —y al aprender a comprender los estilos de amor arraigados en cada uno— hemos llegado a respetar esos estilos individuales hasta cierto punto, al tiempo que forjamos un estilo de amor que es singularmente nuestro. Y el Espíritu Santo continúa imprimiendo este estilo de amor compartido en el corazón de cada uno de nosotros.

El estilo de amor «evasivo»

Actualmente estoy leyendo un libro que recibí como regalo. Su título es *How We Love* (de Milan y Kay Yerkovich). El tema central del libro es: «Descubre tu estilo de amor, mejora tu matrimonio». Mientras lo leía —específicamente el Capítulo 5, titulado «El estilo de amor evasivo»— me sorprendí pensando repetidamente: «Esto trata sobre mí». Por lo tanto, me gustaría aprovechar esta oportunidad —mientras releo esta sección sobre «El estilo de amor evasivo»— para dedicarme a la autorreflexión.

1. Soy una persona evasiva. Me desagradan intensamente los conflictos y las heridas mutuas que a menudo surgen en las relaciones humanas, por lo que tiendo a evitarlos siempre que es posible. En consecuencia, he evitado en gran medida abordar los conflictos conyugales a lo largo de mi matrimonio, y sigo haciéndolo hoy en día. Al actuar así, he transitado mi vida matrimonial reprimiendo y embotellando constantemente mis propias emociones. En medio de este proceso, fue a través de mi esposa que finalmente me di cuenta de que albergaba una «ira interna». Hasta ese momento, había creído que en realidad no estaba enojado, sino que simplemente estaba ejerciendo la paciencia. Sin embargo, debido a que vivía bajo la ilusión —tras una disputa conyugal— de que simplemente estaba «conteniéndome» mientras hervía de rabia por dentro, mi ira encontró inevitablemente formas de manifestarse y dirigirse hacia mi esposa. Así, por primera vez en mi vida, fue a través de mi esposa que me di cuenta de que soy una persona «pasivo-agresiva». En resumen, descubrí que mi estilo implica atacar a mi esposa de manera indirecta. La razón por la que no puedo hacerlo directamente es que no poseo una personalidad «confrontativa». Cuando surgen conflictos conyugales, tiendo a cerrarme en banda y a albergar mi ira internamente, atacando a mi esposa de forma indirecta; no soy del tipo de persona que lanza un

ataque abierto y directo. Soy el tipo de persona que se siente incómoda expresando sus emociones de enojo a su esposa de manera directa. En consecuencia, uno de los versículos bíblicos con los que a menudo me encuentro luchando es Proverbios 27:5: «Mejor es la reprensión abierta que el amor oculto».

2. Para alguien como yo, la sección titulada «El estilo de amor evitativo» en el libro *How We Love* —específicamente la descripción que hace el autor bajo ese epígrafe— me impulsó a releer el libro, a reflexionar profundamente sobre mi propio comportamiento y a escribir al respecto con total honestidad. El libro caracteriza el «estilo de amor evitativo» como «hiperindependiente», y coincido plenamente con esa valoración. Como persona de estilo «evitativo», estoy acostumbrado a resolver los problemas y a tomar decisiones enteramente por mi cuenta. Tiendo a evaluar las situaciones, a sacar conclusiones y a resolver problemas sin sentir la más mínima necesidad de consultar con nadie más. En consecuencia, deseo —no solo para mí, sino también para mi esposa y mis hijos— que seamos individuos independientes. Sin embargo, en mi caso —debido a que soy «hiperindependiente» (o tal vez *demasiado* independiente)— sospecho que, desde la perspectiva de mi esposa, es muy probable que ella experimente sentimientos de soledad y una sensación de aislamiento. Tal como señala el libro: «Los cónyuges de personas de estilo evitativo afirman que, en ocasiones, sienten como si estuvieran siendo ignorados deliberadamente».

3. Quienes manifiestan el «estilo de amor evitativo» —como yo— tienden a rehuir la «vulnerabilidad, las emociones, la necesidad de apoyo y la reflexión honesta que conduce a la autoconciencia». No obstante, siempre me he considerado alguien que practica una autorreflexión honesta y sincera; alguien dispuesto a compartir sus propias vulnerabilidades con los demás. Sin embargo, en cierto momento, mi esposa comenzó a decirme que soy alguien que no comparte sus vulnerabilidades de manera plena y honesta. A decir verdad, en lo más profundo de mi ser, sigo siendo incapaz de coincidir con su valoración. Al parecer, creo sinceramente que *sí* estoy llevando una vida en la que comparto abiertamente mis vulnerabilidades.

Sin embargo, a medida que leo repetidamente artículos que describen el «estilo de amor evitativo» —específicamente la parte que afirma que tales individuos eluden sus propias vulnerabilidades— y a medida que realizo un autoexamen más honesto, me veo obligado a admitir que, de hecho, no comparto mis *verdaderas* vulnerabilidades con nadie; en su lugar, las revelo únicamente a Dios a través de la oración.

4. Para alguien como yo —que encaja en el perfil del «estilo de amor evitativo»— es posible que mi «vida emocional se encuentre subdesarrollada». Esto podría tener su origen en mi crianza, periodo durante el cual recibí un afecto físico limitado por parte de mi padre y carecí de una conexión emocional adecuada con mis padres. En consecuencia, incluso ahora, dentro de mi relación con mi esposa, parezco reprimir mis sentimientos y limitar la expresión de mis necesidades ante los demás. Por lo tanto, mi respuesta principal ante los desafíos de la vida parece ser la «autosuficiencia».

5. Las personas con un «estilo de apego evitativo» —como es mi caso— tienden a aislarse cada vez que se sienten enfadadas o molestas. Además, habiendo dominado el «arte de no sentir» a lo largo de mi vida, por lo general se requiere una cantidad inmensa de estrés para que yo comience a experimentar alguna incomodidad significativa. Es más, dado que las personas evitativas como yo hemos aprendido a buscar consuelo a través de medios no relacionales —tales como el ejercicio, el trabajo o los deportes—, cuando mi amada esposa está molesta, parezco actuar bajo la expectativa de que ella resolverá el problema enteramente por su cuenta. Esto se debe a que así es como yo vivo mi vida. (Una persona evitativa como yo ha aprendido a consolarse a sí misma de formas no relacionales —mediante el ejercicio, el trabajo y los deportes—; por ello, cuando mi esposa se encuentra emocionalmente alterada, es posible que yo espere que ella se haga cargo del problema por su cuenta, ya que eso es lo que yo hago).

6. Mi «estilo de apego evitativo» es hiperindependiente; por ello, deseo tener el control para así mantener a los demás a una distancia segura y conservar el dominio sobre mis propias emociones. En consecuencia, considero que debo establecer «límites saludables», no solo con los demás, sino incluso con mis hijos y con mi esposa, y eso es precisamente lo que estoy haciendo. Esos «límites saludables» constituyen, muy probablemente, la «distancia segura» que tanto anhelo. Quizás la razón radique en que mis emociones, aún poco desarrolladas, ya no desean volver a ser heridas. Si se me presiona para que muestre vulnerabilidad, es muy probable que reaccione con frustración y termine, de hecho, alejando a los demás.

7. De este modo, realicé una introspección mientras releía el texto del autor titulado «El estilo de apego evitativo», incluido en el libro *HOW WE LOVE* (Cómo amamos). Así pues, ¿de qué manera debería amar a mi esposa de ahora en adelante?

8. Estoy esforzándome por cultivar el hábito de comunicar a mi esposa mis pensamientos y sentimientos de una manera más directa y sincera. Por ejemplo, cuando me siento herido por algo que dice mi esposa, suelo guardar silencio y expresar mi descontento —señalando: «Estoy molesto en este momento»— mediante señales no verbales. Me estoy esforzando por tomar mayor conciencia de este comportamiento y reducirlo gradualmente; en su lugar, me propongo realizar un esfuerzo continuo para compartir mis pensamientos y sentimientos con mi esposa de manera sabia y honesta, en el momento mismo en que surgen.

9. No se me da muy bien confrontar a mi esposa. Desde mi perspectiva, una de las razones por las que tiendo a evitar el conflicto cuando tenemos una diferencia de opinión es que, a veces, siento lo siguiente: «Por mucho que exprese mis puntos de vista, mi esposa no me escuchará realmente con el afán de comprenderme; en cambio, simplemente insistirá en sus propias y firmes opiniones». En particular, casi siempre evito el conflicto con mi esposa cuando nuestros hijos están

presentes. La razón de esto es que me desagrada profundamente la idea de que nuestros hijos presencien a sus padres discutiendo. En consecuencia, sospecho que nuestros hijos podrían haber llegado a creer que, cada vez que mamá y papá tienen un desacuerdo, papá siempre opta por ceder. Quizás necesite cambiar mi mentalidad; en lugar de seguir evitando los problemas con mi esposa, debería enfrentarlos directamente y demostrarles a nuestros hijos cómo es entablar un diálogo constructivo. Necesito la gracia y la ayuda de Dios.

10. Deseo que no solo yo, sino también mi esposa y mis hijos, poseamos un fuerte sentido de independencia. Sin embargo, no me considero una persona «hiperindependiente» —es decir, alguien excesivamente independiente—. No obstante, observar los momentos en los que mi esposa se siente un poco sola me lleva a pensar que debería esforzarme por ser menos independiente; en su lugar, debería aspirar a ser alguien que dialoga con su esposa, toma decisiones de manera conjunta y trabaja codo con codo con ella para resolver nuestros problemas.

El estilo de amor del «Complaciente»

Anoche, antes de conciliar el sueño, mantuve una conversación con mi amada esposa acerca de un artículo que había escrito, titulado «El estilo de amor del Evitador». Mi esposa coincidió con mi evaluación de que soy «hiperindependiente» —es decir, excesiva o desmedidamente independiente— y que tiendo a trazar mis límites personales con demasiada rigidez. Mientras sosteníamos esta franca conversación, le confesé honestamente a mi esposa: «Ni siquiera me entiendo a mí mismo; no sé por qué soy como soy». En respuesta, ella me abrazó y me dijo: «Está bien. Dios lo sabe». Hallé un profundo consuelo en esas sencillas palabras de mi esposa. Aunque había intentado comprenderme mejor a mí mismo leyendo el libro *How We Love* —específicamente el Capítulo 5, que describe «El estilo de amor del Evitador»— y reflexionando sobre cómo esa descripción parecía reflejar mi propia personalidad, sigo sintiendo que, en realidad, no me conozco a mí mismo. No obstante, extraje tanto consuelo como fortaleza del recordatorio de mi amada esposa de que Dios —el Creador omnisciente que me formó— es quien mejor me conoce de todos. Durante nuestra conversación de ayer —tras comentar el Capítulo 5 de *How We Love* (el estilo del «Evitador»), el cual sentí que me describía a mí— le mencioné a mi esposa que el capítulo inmediatamente siguiente, el Capítulo 6, se titula «El estilo de amor del Complaciente». ¿Su respuesta inmediata? «¡Esa soy yo!». Ja, ja. Da la casualidad de que yo ya estaba pensando en mi esposa mientras leía ese sexto capítulo; ahora que ella lo ha mencionado, tengo la intención de releer ese capítulo y reflexionar sobre ella desde mi perspectiva como su esposo. La razón por la que deseo hacerlo es que anhelo conocer mejor a mi esposa para que —fortalecido por el amor del Señor— pueda esforzarme, por imperfectamente que sea, en amarla desde su propio punto de vista. (También espero que mi amada esposa lea este texto y se una a mí en una conversación al respecto). (De hecho, aunque ayer no pude terminar de escribir esto, mi amada esposa y yo mantuvimos una larga conversación durante la cena sobre el «estilo amoroso de una persona complaciente». Estoy

profundamente agradecido de que, tras casi 28 años de matrimonio, haya descubierto cosas sobre mi esposa que nunca antes había sabido, simplemente porque ella se abrió y las compartió conmigo con total honestidad).

1. Algunos niños experimentan una gran ansiedad a medida que crecen; se dice que esto se debe a que sus padres son sobreprotectores y se preocupan excesivamente por ellos. Además, los padres propensos a la ira o excesivamente críticos —a menudo sin siquiera darse cuenta de ello— pueden inculcar esta mentalidad en sus hijos; en consecuencia, los niños aprenden a desenvolverse en la vida buscando evitar las críticas y la ira. «El método en cuestión implica que el niño asuma el papel de "niño bueno" o "niña buena" —buscando obtener la aprobación y el reconocimiento de sus padres o de la familia— esforzándose por complacer a sus progenitores y aliviar la tensión familiar, en lugar de causar problemas». Al leer este pasaje, se me ocurrió que mi esposa podría haber experimentado una ansiedad considerable durante su crianza, en gran parte debido a tener una madre sobreprotectora que vivía constantemente consumida por la preocupación. (Según mi esposa, ella creció escuchando más críticas que elogios por parte de su madre. Mi interpretación personal es que mi suegra se expresaba de esa manera porque amaba a mi esposa tan profundamente —quizás incluso en exceso— que le exigía estándares excepcionalmente altos. En consecuencia, mi esposa nunca sintió realmente haber recibido la aprobación o el reconocimiento adecuados por parte de su madre). Al mismo tiempo, me parece que, en su búsqueda de la aprobación y el reconocimiento maternos, mi esposa evitó deliberadamente causar problemas; en su lugar, adoptó el papel de «hija obediente», un rol que mantuvo incluso a costa de sacrificar sus propios deseos. Al parecer, intentó mitigar su propia ansiedad absorbiendo gran parte de la tensión familiar y dedicándose a mantener felices a sus padres. Dado que se sentía obligada a monitorear y asumir constantemente la responsabilidad de los estados emocionales de sus padres, aparentemente nunca

tuvo la oportunidad de reflexionar sobre la ansiedad subyacente —o de procesarla— que ahora rige su propio estilo relacional.

2. «La motivación fundamental detrás de asumir un "rol de ayuda" y priorizar las necesidades de los demás en las relaciones adultas es, en última instancia, aliviar la propia ansiedad manteniendo a los otros cerca, contentos y satisfechos. Cuando quienes rodean a la persona que busca "complacer a los demás" están felices, esta también se siente feliz; por el contrario, cuando los demás están enfadados, ella experimenta angustia. Si los otros crean distancia, se retraen o se enfadan, se abre una "brecha" dentro de la relación. Esta brecha desencadena ansiedad en quien busca complacer, impulsándolo hacia un "modo de persecución" mientras se esfuerza por cerrar la división...» ...lo acorrala. «A menudo surge resentimiento en quienes buscan complacer a los demás, tras años de preocupación crónica y de entregarse en exceso». Al leer estas palabras, me encuentro reflexionando sobre mi relación con mi esposa; específicamente, desde su perspectiva. Desde su punto de vista, creo que ella busca una relación plena conmigo centrándose en mis necesidades y esforzándose por complacerme; para ella, mi felicidad equivale a la suya propia. Sin embargo, considerando la dinámica actual entre nosotros, me doy cuenta de que, desde su óptica —en la que yo parezco «hiperindependiente»—, mi obstinada negativa a participar en las actividades que ella desea compartir conmigo crea una sensación de distancia entre nosotros que muy bien podría desencadenar una ansiedad significativa en ella.

3. Los padres aquejados por niveles insanos de miedo y ansiedad luchan por soltar a sus hijos —a quienes a menudo aman en exceso— y encuentran difícil ceder el control. Como señala un pasaje: «Los padres temerosos requieren control para minimizar los riesgos percibidos. En muchos aspectos, esta dinámica trata menos sobre enseñar al hijo a superar sus propios miedos y más sobre que el padre asuma el liderazgo en un intento por aliviar su propia ansiedad». Al leer esto, llego a la

conclusión de que tales padres temerosos y ansiosos —impulsados por el deseo de proteger a sus hijos de cualquier daño— pueden recurrir a controlar, o incluso manipular, a sus hijos en un esfuerzo por aplacar su propia inquietud interna. En consecuencia, estos padres se esfuerzan por mantener a sus hijos cerca —ya sea físicamente a su lado o viviendo en las proximidades— por cualquier medio necesario. Se vuelven excesivamente dedicados a «ayudar» a sus hijos. Al brindar toda forma concebible de asistencia, transmiten inadvertidamente un mensaje perjudicial: «No puedes hacerlo por ti mismo; necesitas mi ayuda». Así, los padres que son incapaces de soltar a sus hijos con confianza —debido a sus propios miedos y ansiedades abrumadores— demuestran ser también incapaces de tolerar que sus hijos tomen decisiones independientes y experimenten el fracaso. Como resultado, los propios hijos están inevitablemente destinados a crecer como individuos que, a su vez, permanecen incapaces de superar sus propios miedos. Inevitablemente, la relación entre padres e hijos puede volverse codependiente. [“Una relación codependiente es aquella en la que uno o ambos individuos luchan contra una salud mental deficiente, inmadurez, irresponsabilidad o falta de logros, y en la que la dinámica de la relación solo sirve para exacerbar la situación. Una o ambas partes pueden comenzar a descuidar otras áreas de sus vidas en un esfuerzo por complacer a la otra persona. Su devoción extrema hacia este individuo puede causar daños a otras relaciones significativas —tales como las amistades—, a oportunidades educativas o profesionales, o incluso a sus responsabilidades diarias. Aquellos que se sienten codependientes, o que dependen de alguien que exhibe estos rasgos, pueden tener dificultades para mantener una relación equitativa y recíproca. En lugar de alentar a la otra persona a prosperar, a menudo terminan dependiendo del autosacrificio o de la necesidad de esa persona… Esto obstaculiza el crecimiento del individuo o de la pareja, dejando poco espacio para el pensamiento o la acción independientes” (Fuente de internet).]

4. Creo que los hijos que son incapaces de abandonar el "nido seguro" creado por sus padres se encuentran —ya sea mental o emocionalmente— cautivos de unos progenitores que, a su vez, están consumidos por la preocupación y el miedo; en consecuencia, debido a esta relación paterna insana, estos hijos están condenados a vivir sin llegar a experimentar plenamente la verdadera libertad. Considero que el impacto negativo (o perjudicial) que tales padres —atormentados por el miedo y la ansiedad— ejercen sobre sus hijos es extremadamente grave. Los padres que se preocupan constantemente —cada día, a cada momento— por sus hijos, y que intentan mitigar sus propios miedos y ansiedades mediante reproches e intromisiones en cada aspecto de la vida de sus hijos —sofocándolos así con su propia ansiedad— están, a mi juicio, incapacitando efectivamente a sus hijos de diversas maneras. Por ejemplo, creo que tales hijos están destinados a sufrir un deterioro mental. Considero que, incluso si uno de estos hijos lucha desesperadamente por abandonar físicamente el nido paterno —típicamente mudándose a una residencia estudiantil en una universidad lejana—, a menudo sigue siendo incapaz de separarse mentalmente de sus padres. La razón de ello estriba en que el hijo ya ha sido condicionado por las múltiples influencias negativas recibidas de unos padres que, a su vez, se hallan plagados de una preocupación y un miedo excesivos. En consecuencia, aunque el hijo se encuentre físicamente muy alejado de sus padres, permanece mentalmente atado a ellos. Es más, dado que esta conexión mental resulta insana, puede infligir al hijo un sufrimiento psicológico, una confusión y una angustia considerables. Además, si el hijo y los padres están unidos por un vínculo emocionalmente patológico, creo que el hijo puede experimentar una compleja mezcla de amor y odio hacia sus padres: una dinámica conocida como «ambivalencia». Temo que esta relación paterno-filial, profundamente grave y disfuncional, represente un riesgo significativo: que el hijo pase toda su vida incapaz de disfrutar de libertad psicológica o emocional, permaneciendo encadenado a la sombra de esas influencias paternas negativas; una esclavitud que puede persistir incluso después de que los padres hayan fallecido.

5. Cuando una hija que ha sido privada de tal libertad —y que permanece atada de diversas maneras a unos padres caracterizados por el miedo y la ansiedad— crece y se casa, puede experimentar ansiedad cada vez que su esposo desea pasar tiempo a solas o con sus amigos. En nuestro propio matrimonio, por ejemplo, yo soy un individuo sumamente —quizás incluso excesivamente— independiente; en consecuencia, creo que mi esposa podría angustiarse fácilmente cuando establezco límites claros con ella y parezco encontrar consuelo en mi soledad. Como dice el dicho: «Mientras que una persona evitativa puede preferir estar sola, una persona que busca complacer a los demás se siente, en realidad, perdida y ansiosa cuando se encuentra aislada». Por supuesto, mi esposa ha logrado avances significativos desde entonces; ya no experimenta el mismo nivel de ansiedad que sentía durante los primeros días de nuestro matrimonio. Sin embargo, desde mi perspectiva, mi esposa aún no ha alcanzado el mismo nivel de independencia que yo; por consiguiente, sospecho que cuando expreso reiteradamente mi deseo de soledad, ella intenta complacerme como una forma de aliviar su propia ansiedad. Al actuar así —aunque ello le suponga un gran esfuerzo—, es posible que simplemente esté buscando compartir más experiencias y actividades conmigo. Al fin y al cabo, esa es la única manera en que puede encontrar, siquiera, un mínimo alivio a sus sentimientos de inseguridad.

6. «Tomar decisiones requiere cierto nivel de autosuficiencia y autoconfianza. Resulta difícil tomar decisiones cuando uno se preocupa excesivamente por ser rechazado o por disgustar a los demás». La razón por la que esta afirmación en particular me hizo reflexionar es que, según he observado, a mi esposa el acto de tomar decisiones le resulta extremadamente —quizás incluso excesivamente— difícil. Aunque ha mejorado notablemente en comparación con los primeros días de nuestro matrimonio, sigo percibiendo que le cuesta un poco cuando se enfrenta a una decisión. Esto me sugiere que ella sigue excesivamente preocupada por el miedo al rechazo o a ofender a los demás. Como persona con una fuerte tendencia a querer

"complacer a los demás", es natural que sea sumamente sensible a las reacciones de quienes la rodean, pues cree que solo podrá ser feliz ella misma si las personas de su entorno también lo son. Si ese es el caso —y si todavía se esfuerza por encontrar su propia felicidad asegurándose de que yo, su amado esposo, sea feliz—, ¡imaginen cuánta energía mental debe gastar cuando conversamos para tomar decisiones conjuntas sobre las cosas que desea compartir conmigo! *Jaja.* Aunque no sea exactamente un asunto para tomarse a risa, no puedo evitar soltar una risita, ya que, precisamente ayer durante la cena, me confesó algo. Me comentó que su club coreano de *running* (maratón) organizará una reunión de fin de año a mediados de diciembre; quería que yo la acompañara, así que me envió un mensaje de texto preguntando: "¿Te gustaría venir conmigo?". Sin embargo, admitió que, incluso después de enviar el mensaje, pasó un buen rato preocupándose y pensando: "¿Y si dice que sí y acepta ir? ¿Terminará sintiéndose incómodo una vez allí?", y así sucesivamente. Jaja; dado que suelo ser del tipo de persona que evita las situaciones sociales, si yo fuera allí y me sintiera incómodo por no conocer a nadie (salvo a mi esposa), ella sentiría que ha fracasado en su intento de hacerme feliz. Por lo tanto, desde su perspectiva, es perfectamente comprensible que se sienta preocupada y ansiosa por todo el asunto. Es por eso que, tras enviarme ayer la invitación a la reunión de fin de año a través de KakaoTalk, me envió un mensaje de seguimiento preguntando: "¿Quizás sea mejor que no vayamos, después de todo?". Jaja. Al final, mientras cenábamos ayer, llegamos a un acuerdo: ella le preguntaría primero a uno de sus compañeros de *running* para averiguar exactamente qué sucede en la reunión (ya que yo quería conocer los detalles) y, posteriormente, volveríamos a hablar del tema para tomar una decisión final juntos. Jaja.

7. «Las personas complacientes —a menudo dominadas por el miedo— suelen intentar ejercer control de manera pasiva con un objetivo específico en mente: mantener cerca a los demás. Cuando quienes las rodean se distancian emocional o físicamente, la ansiedad de estas personas complacientes se intensifica». Al

reflexionar sobre este pasaje, pensé en mi esposa; como «persona complaciente», ella desea mantenerme a mí —su esposo— cerca. Yo, sin embargo, soy un «evitativo»: alguien «hiperindependiente» que prefiere mantener cierto grado de distancia, hallando consuelo en su propia soledad. En este sentido, mi esposa y yo somos bastante diferentes. (Risas). No obstante, a través de los ojos de la fe, comencé a vislumbrar la divina providencia de Dios incluso en esta misma diferencia entre nosotros. Así que, ayer, compartí mis pensamientos con mi esposa: «Creo que la razón por la que Dios nos unió a ti y a mí como marido y mujer es esta: Él quería que un "evitativo" como yo —alguien extremadamente, tal vez incluso excesivamente, independiente— aprendiera a confiar en *ti* mediante la fe en *Él*. Al hacerlo, yo podría brindarte mi apoyo total —a ti, una "persona complaciente"— de una manera que te ha empoderado. Ahora te sientes libre para actuar a tu entera satisfacción —incluso para practicar escalada con compañeros varones— sin necesidad de tenerme justo a tu lado. En consecuencia, parece que has adquirido una enorme confianza en ti misma respecto a tu capacidad para hacer las cosas por tu cuenta». De hecho, desde mi perspectiva, mi esposa se está volviendo cada vez más hábil para gestionar diversas cosas por sí misma, incluso en mi ausencia. Hasta tal punto, de hecho, que ya no siente ansiedad ni miedo cuando me encuentro físicamente lejos de ella. He llegado a ver esto como la divina providencia de Dios: la razón específica por la que Él eligió unir a un «evitativo» como yo con una «persona complaciente» como mi esposa. (Jaja).

8. «En consecuencia, en el intento de complacer a todo el mundo, la agenda de uno puede volverse excesivamente saturada y difícil de gestionar, convirtiendo la administración del tiempo en un desafío considerable». La razón por la que este pasaje me hizo pensar en mi esposa es que, como «persona complaciente», ella solía tener dificultades para gestionar su tiempo en sus esfuerzos por satisfacer a cada uno de los miembros de nuestro hogar. Por ejemplo, hubo un tiempo en que nuestra familia estaba considerando hacer alguna actividad juntos; dado que mi esposa

deseaba complacer no solo a mí —su esposo— sino también a nuestros hijos, la tarea de elaborar un itinerario y llevarlo a la práctica se convirtió, muy probablemente, en una fuente tanto de carga como de estrés para ella. En consecuencia, desde mi perspectiva, a mi esposa le resultaba sumamente difícil ejecutar las tareas ciñéndose a un horario estricto; y, de hecho, ni siquiera ahora parece resultarle sencillo. Esto se debe, en gran medida, a que —al ser una persona con tendencia a "complacer a los demás"— se siente obligada a asegurarse de que todos estén contentos; naturalmente, esto conlleva un flujo constante de pensamientos y consideraciones. Creo que su personalidad le dificulta el simple hecho de organizar esos pensamientos y tomar una decisión rápida y firme. Por el contrario, yo tiendo hacia un estilo "evitativo"; al ser excesivamente independiente, rara vez invierto esfuerzos en tratar de complacer o satisfacer a los demás. Como resultado, me resulta relativamente fácil tomar decisiones y llevarlas a la acción. Por lo tanto, cuando mi esposa me observa, es probable que yo le parezca alguien que gestiona el tiempo con una facilidad asombrosa. Al mismo tiempo, imagino que ella podría caer en la autocrítica, preguntándose por qué no logra gestionar el tiempo con la misma eficacia que su esposo y sintiéndose culpable por no lograr complacer a un cónyuge que otorga un valor tan elevado a la puntualidad. Sin embargo, en medio de estas diferencias que existen entre nosotros como pareja, vislumbro destellos de la divina providencia de Dios: últimamente, cada vez que mi esposa necesita tomar una decisión, me consulta, escucha mis opiniones y, posteriormente, toma su propia decisión basándose en ese intercambio. Al actuar de este modo, no solo ahorra tiempo, sino que también parece experimentar un nivel de estrés significativamente menor. Con los ojos de la fe, soy cada vez más capaz de discernir la providencia de Dios en acción, orquestando nuestras vidas de tal manera que nuestras respectivas fortalezas sirvan para complementar y compensar las debilidades del otro.

9. "Las personas con tendencia a 'complacer a los demás' disfrutan dando (otorgando cosas a otros), pero les cuesta recibir. Cuando se les pregunta qué desean o cómo

se sienten, estas personas a menudo simplemente no lo saben". Como alguien que posee un estilo de apego "evitativo", yo disfruto recibiendo; por el contrario, mi esposa —un caso clásico de persona que busca "complacer a los demás"— sobresale en el acto de dar, pero encuentra dificultades a la hora de recibir. De hecho, incluso cuando le ofrezco algo, rara vez lo acepta en su totalidad. Bueno, desde mi punto de vista, el amor no consiste solo en dar; también implica recibir con humildad. Sin embargo, mi esposa tiende a encontrar alegría en el acto de dar —específicamente, en considerar atentamente a la otra persona y ofrecer regalos que ella cree que esta apreciaría—. Ella es del tipo de persona a la que le cuesta recibir verdaderamente mi afecto, incluso cuando yo, como su esposo, le doy algo movido por mi propio amor y consideración (aunque ella no necesariamente estaría de acuerdo con esta apreciación). Para decirlo de manera más directa: creo que mi esposa simplemente no sabe recibir. ¿No les parece un tanto irónico? Alguien como mi esposa —que se esfuerza tanto por complacer a los demás y cree estar siendo sumamente considerada conmigo, su esposo— podría, en realidad, estar fallando a la hora de honrar verdaderamente *mis* sentimientos, debido a su ineptitud para recibir los regalos que yo deseo ofrecerle. Ja, ja.

10. «Las personas que buscan complacer a los demás tienden a ser excesivamente sensibles ante las reacciones potencialmente temerosas de los otros, lo cual puede llevarlas a poner un énfasis desmedido en la necesidad de protección». Naturalmente, como esposo, tengo el deber de proteger a mi mujer; sin embargo —al ser yo una persona de tendencia evitativa e «hiperindependiente»—, resulto ser —desde su perspectiva— el tipo de esposo que no logra brindarle una protección adecuada. En particular, dado que deseo que mi esposa sea una persona independiente —una mujer capaz de valerse firmemente por sí misma—, considero que es mi amoroso deber apoyarla plenamente en la búsqueda de todo aquello que le guste y desee. Y me esfuerzo por actuar en consecuencia. Por el contrario, dada su tendencia a ser excesivamente sensible ante *mis* reacciones, imagino que

probablemente se sienta bastante dolida o decepcionada cuando no logro brindarle el tipo específico de protección que ella desea y necesita. ¿No resulta fascinante? Yo soy «hiperindependiente», mientras que mi esposa está «hiperalerta» —es excesivamente sensible— ante las reacciones, tanto mías como de los demás. ¡Ja, ja! Cuando —a través de los ojos de la fe— vislumbro cómo Dios une a un hombre y a una mujer tan sumamente diferentes, los enlaza como marido y mujer y, en el mismo proceso de ayudarles a reconocer sus diferencias, les permite complementar las debilidades del otro con sus respectivas fortalezas, considero verdaderamente que esto es una de las obras maestras de Dios más asombrosas y misteriosas. ¡Ja, ja!

Restaurar la confianza en un matrimonio roto

Cuando la confianza en un matrimonio ya ha quedado destrozada, la clave para restaurarla no reside en ninguno de los cónyuges de manera individual. Justo cuando parece que la confianza en la relación comienza a sanar —solo para toparse una vez más con sentimientos de ansiedad, miedo y dolor cada vez que se miran el uno al otro—, da la sensación de haber vuelto al punto de partida. En lugar de mirarse mutuamente, deben fijar su mirada únicamente en el Señor. A medida que se acerquen al Señor, deben esforzarse por cultivar el crecimiento y la firmeza de su propia fe en Él. Es dentro de este contexto —y solo entonces— que deben volverse para mirar a su cónyuge. Pues, en el Señor, la restauración de la confianza en un matrimonio roto es, en verdad, posible.

Lecciones aprendidas a través de la consejería

Al reflexionar sobre el tiempo que pasé en consejería, me gustaría compartir algunas observaciones con la esperanza de que resulten beneficiosas:

1. Creo que el conflicto persistente en una relación matrimonial es prueba de que la pareja no se conoce verdaderamente bien. Debido a que carecen de esta comprensión profunda, cada cónyuge tiende a juzgar (o tal vez a *prejuzgar*) las palabras y acciones del otro basándose únicamente en su propia perspectiva. Esto conduce a la formación de nociones preconcebidas; tras soportar y reprimir sus sentimientos durante mucho tiempo, su insatisfacción termina estallando, dando lugar a conflictos alimentados por la emoción pura —específicamente, la ira.

Sugerencia: Los esposos y las esposas deberían aprender a ver el conflicto como una oportunidad para lograr una comprensión más profunda el uno del otro.

2. Creo que las parejas deben estar plenamente comprometidas a construir una base sólida de confianza dentro de su relación. Sin embargo, el Diablo busca constantemente destrozar esta confianza; siembra semillas de duda, fomenta la sospecha y, finalmente, logra romper el vínculo de confianza, dejando a la pareja en un estado de desconfianza mutua. La herramienta principal del Diablo en este empeño es la falsedad: las mentiras. Es el engaño. La razón por la que muchas parejas luchan actualmente para confiar el uno en el otro es que *creen* —o están convencidas— de que su cónyuge les está mintiendo. Sin embargo, rara vez parecen considerar la posibilidad de que sean ellos mismos quienes están siendo engañados.

Sugerencia: Declara este compromiso a tu cónyuge: "Porque confío en el Señor, he asumido el compromiso de confiar en ti, incluso si llegaras a traicionarme en el futuro".

3. En lugar de centrarnos únicamente en los síntomas externos de un problema, debemos dirigir nuestra atención hacia las causas internas y subyacentes de dichos síntomas. ¿Por qué le cuesta a mi cónyuge confiar en mí? ¿Por qué me acusa de mentir? ¿Podría la verdadera razón —la causa de raíz— residir en lo profundo de su corazón? ¿Es posible que cargue con una herida profunda y no sanada del pasado? ¿Quizás el haber sido engañado (o traicionado) por las mentiras de alguien en quien alguna vez confió?

Sugerencia: Ora para que puedas ser utilizado como instrumento de la sanación del Señor, lo cual te permitirá adentrarte en el mundo interior de tu cónyuge y ministrar a su espíritu herido.

4. Sin un cimiento de confianza, una pareja no puede entablar un verdadero diálogo: ese tipo de diálogo que conecta corazones y mentes. Los hombres y las mujeres son intrínsecamente diferentes, y sus estilos de comunicación varían enormemente (no solo en la forma en que hablan, sino también en la forma en que se escuchan mutuamente); dada esta realidad, ¿cómo puede ser posible un diálogo matrimonial auténtico si no existe confianza mutua —específicamente, si uno de los cónyuges cree que el otro habla con falsedad con frecuencia?

Sugerencia: Debes utilizar los «oídos de un corazón amoroso» para extraer los pensamientos y sentimientos más íntimos que se hallan profundamente sepultados en el corazón de tu cónyuge.

5. Cuando a una pareja le falta ese verdadero diálogo que conecta corazones y mentes, no pueden construir la relación de amor y respeto que el Señor desea para ellos. El esposo será incapaz de amar a su esposa con el amor del Señor, y la esposa será incapaz de

respetar a su esposo tal como respetaría al Señor. En consecuencia, una esposa que se siente poco amada le negará su respeto (y su sumisión) a su esposo, mientras que un esposo que se siente irrespetado se negará a amar a su esposa. Como resultado, persistirán los conflictos matrimoniales infructuosos y, de hecho, están destinados a intensificarse aún más.

Sugerencia: Antes de posar tu mirada sobre tu cónyuge, debes fijar primero tus ojos en el Señor; debes elevar continuamente oraciones sinceras a Dios, pidiendo que tu propio amor y respeto por el Señor fluyan incondicionalmente hacia tu cónyuge.

“[El Consultorio de K-Consejería del Dr. Kim Jin-se] Descubrí que mi esposo es gay... ¿Debería divorciarme de él? ¿O deberíamos simplemente mantener la farsa de ser una pareja?”

Dado que el título resultaba algo impactante (?), comencé a leer el artículo para ver de qué trataba. Al hacerlo, sentí que había varios puntos dignos de reflexión —lecciones que aprender— dentro del diálogo de consejería entre el "Dr. Kim Jin-se" y "Kim Eun-ju". Por lo tanto, me gustaría releerlo, punto por punto, y ofrecer mis reflexiones sobre cada uno de ellos:

(1) "...Nunca imaginé que me derrumbaría de esta manera". (Kim Eun-ju)

Creo que la afirmación hecha por la "Sra. Kim Eun-ju" —la mujer protagonista de este artículo— es significativa. Ella se describió a sí misma como "alguien que había superado todo tipo de situaciones difíciles completamente por su cuenta"; sin embargo, admitió: "Nunca imaginé que me derrumbaría de esta manera". ¿Por qué es esto significativo? Porque necesitamos reconocer y aceptar —a través de la experiencia de nuestro propio derrumbe— cuán frágil y vulnerable es verdaderamente nuestra existencia humana. Parece que es solo en ese momento cuando nos volvemos capaces de confiar plenamente en el Señor. Sin embargo, curiosamente, no solemos "rompernos" fácilmente bajo circunstancias ordinarias. Nos esforzamos sin cesar y hacemos nuestro absoluto mejor esfuerzo para evitar derrumbarnos; no obstante, el ámbito mismo donde con mayor frecuencia nos hacemos pedazos, nos desmoronamos y colapsamos es dentro de nuestras relaciones con nuestros

amados familiares. En otras palabras, debido a que nuestros seres queridos constituyen nuestra mayor vulnerabilidad, nosotros —al igual que la Sra. Kim Eun-ju en este artículo— somos plenamente capaces de derrumbarnos ante problemas que involucran a nuestro esposo (o cónyuge) o a nuestros hijos.

(2) "Pensar que la persona misma que debería ser la más digna de confianza —su esposo— actuó de esta manera... usted debió haber sentido una profunda sensación de traición". (Dr. Kim)

La sensación de traición que surge cuando la confianza se hace añicos dentro de una relación matrimonial —o, de hecho, cuando se rompe la confianza entre un padre y un hijo— es una experiencia muy real y totalmente comprensible. Y en la raíz de tal ruptura de confianza a menudo yacen elementos como las falsedades (mentiras) y el engaño. ¿Por qué las personas engañan a sus amados cónyuges, padres o hijos? ¿Por qué dicen mentiras?

(3) «Supongo que es porque soy inadecuada... Ahora mismo, simplemente siento que *yo* soy quien ha cometido un grave error». (Kim Eun-ju)

Mi dominio del idioma coreano es limitado —entre otras cosas—, por lo que no estoy seguro de poder articular mis pensamientos adecuadamente; sin embargo, si tuviera que intentarlo, la primera frase que me vino a la mente al escuchar a la Sra. Kim Eun-ju decir: «Supongo que es porque soy inadecuada», fue «autoagresión». La verdadera falta recaía en su esposo, quien ocultó el hecho de que era gay y, aun así, se casó con la Sra. Kim, dejándola con una profunda sensación de traición. No obstante, al reflexionar sobre la forma en que ella expresó ese pensamiento —«Supongo que es porque soy inadecuada»—, incluso mientras recibía asesoramiento, creo que debemos mantenernos extremadamente vigilantes ante la tendencia a agredirnos a nosotros mismos durante momentos de gran adversidad y crisis doméstica. En mi propio caso, cuando mi primer hijo, Ju-young, falleció, me sometí a una severa autoagresión durante más de un año. Esa autoagresión provenía de un abrumador

sentimiento de culpa: la creencia de que mi hijo había muerto únicamente a causa de *mis* pecados.

(4) «Si se trata de alguien con quien tienes la intención de casarte, bajo ningún concepto deberías haberle ocultado esto de antemano». (Dr. Kim)

No hace mucho, aconsejé a un hermano en la fe que, antes del matrimonio, debía confesar cualquier pecado sexual del pasado a su futuro cónyuge y pedir perdón. La razón por la que ofrecí tal consejo es que, a menudo, afirmamos haber confesado nuestros pecados y habernos arrepentido ante un Dios invisible; sin embargo, procedemos a casarnos ocultando esos mismos pecados a nuestro cónyuge visible, de carne y hueso, con quien estamos a punto de contraer nupcias. Esto resulta particularmente relevante en el mundo actual —un mundo que se ha vuelto moralmente laxo—, donde el sexo prematrimonial, los embarazos no planificados y los abortos se han convertido en sucesos habituales. En un entorno así, nosotros, los cristianos, a menudo hemos perdido la capacidad de reconocer el pecado por lo que verdaderamente es, tratándolo, en cambio, como un asunto trivial. En consecuencia, y a pesar de que «bajo ningún concepto deberíamos haberle ocultado esto a nuestro futuro cónyuge de antemano», con frecuencia optamos por ocultar la verdad y seguir adelante con el matrimonio de todos modos. Así que, imagínese que usted estuviera en el lugar de la Sra. Kim Eun-ju, descubriendo la verdad solo mucho tiempo después. ¿Cómo cree que reaccionaría *usted*? (Creo que —quizás más de lo que nos damos cuenta— sabemos muy poco sobre nuestros cónyuges, y aún menos sobre nuestros hijos. Digo esto porque parece que, con demasiada frecuencia, cuando finalmente descubrimos la verdad más adelante, somos incapaces de asimilar el impacto).

(5) "Para él, debió de sentirse como una prisión. Por lo tanto, si quería independizarse de su familia, casarse era probablemente la única vía de escape". — Kim Eun-ju

Aquí en los Estados Unidos, parece bastante común que los jóvenes elijan deliberadamente asistir a universidades situadas lejos de su hogar. En mi opinión, una de las razones principales de esto es el deseo de escapar. Es decir, seleccionan intencionadamente una universidad muy alejada de su entorno familiar, específicamente para poner distancia física entre ellos y sus padres; para consumar su huida. Además, incluso después de casarse, a menudo eligen establecerse en un lugar muy distante de sus padres. Y así sucesivamente. Al observar estos fenómenos, creo que la causa subyacente reside en el hecho de que estos individuos albergan problemas, heridas o conflictos significativos y no resueltos en sus relaciones con sus padres. Lo llamativo es que, en algunos casos, la decisión de casarse está impulsada precisamente por este mismo impulso. En este artículo, Kim Eun-ju describe la relación de su esposo con su madre como una "dinámica de amo y sirviente" o una "relación de dependencia mutua". Si una esposa percibe el vínculo de su esposo con su madre en tales términos, creo que existe una alta probabilidad de que dicha relación sea fundamentalmente insana. Por muy "ideal" que esa relación pueda parecer a los observadores externos, una vez que se desvela la realidad interna, a menudo se descubre una multitud de problemas psicológicos y emocionales sumamente graves que acechan bajo la superficie. Entre estos graves problemas psicológicos y emocionales, hay uno que considero de particular gravedad; uno al que Kim Eun-ju alude en este artículo cuando comenta: "Debió de sentirse como una prisión". Considero un asunto extremadamente grave cuando los padres —a pesar del amor que profesan a sus hijos— terminan, en la práctica, encarcelándolos, ya sea psicológica o emocionalmente. Por lo tanto, lucho constantemente contra mí mismo —examinando mi conciencia y entregándome a una profunda autorreflexión ante Dios— para evitar cometer yo también el pecado de aprisionar, psicológica o espiritualmente, a mis propios hijos dentro del contexto de nuestra relación. Mi ferviente oración es que mi esposa y mis hijos lleguen a ser individuos verdaderamente libres en el Señor. Con ese fin, deseo ser el primero entre nosotros en vivir como una persona libre en Él. La razón por la que tomo este asunto con tanta seriedad es que no creo que este fenómeno —en el que los padres confinan inadvertidamente a sus hijos en una «prisión» psicológica o espiritual, atándolos con cadenas invisibles— simplemente llegue a su fin tras

la muerte de los padres. Esto implica que, incluso después de que nosotros, los padres, hayamos fallecido, nuestros hijos podrían seguir condenados a una vida de «encarcelamiento» psicológico y espiritual a causa nuestra. Así pues, el versículo de las Escrituras que atesoro y al que me aferro firmemente es este: «Conocerán la verdad, y la verdad los hará libres» (Juan 8:32). Creo que, en este preciso momento, demasiados de nuestros hermanos en la fe están viviendo sus vidas confinados dentro de diversas formas de «prisión». Aparentemente, podrían parecer completamente libres; sin embargo, parece haber un gran número de personas que, en realidad, están soportando una vida de «encarcelamiento» psicológico y espiritual; y si tal confinamiento se extiende no solo a los ámbitos psicológico y espiritual, sino también al reino espiritual mismo... ¡oh, qué tragedia!

En este artículo, la Sra. Kim Eun-ju señala que, si bien podría parecer que solo su esposo contrajo un «matrimonio de escape», ella misma admite: «Yo también albergaba profundas inquietudes y conflictos con respecto a mi familia. No negaré que apresuré mi matrimonio, específicamente porque deseaba irme de casa». Su declaración —«Ambos [esposo y esposa] queríamos dejar a nuestras familias y, en aquel momento, creíamos sinceramente que estábamos enamorados»— me parece una confesión profunda. Es, además, una confesión crucial. La razón por la que pienso así es que creo que debemos ser absolutamente honestos con nosotros mismos. En otras palabras, antes de casarnos, debemos afrontar de cara las verdaderas motivaciones y deseos que anidan en nuestro corazón respecto a por qué pretendemos casarnos con una pareja específica en ese momento particular. Si —al igual que la Sra. Kim Eun-ju— la motivación principal de alguien para casarse con una pareja determinada es simplemente escapar de un entorno familiar plagado de inquietudes y conflictos arraigados, entonces esa persona está pisando terreno peligroso. En el momento, uno puede sentirse impulsado por la euforia de la expectativa de abandonar finalmente el hogar, o lleno de nociones románticas de que vivir a solas con la pareja traerá una felicidad pura e inalterada; sin embargo, si uno se casa (o se precipita hacia el matrimonio) por tales razones, creo que corre el riesgo de enfrentar inmensas dificultades más adelante, tal como le ocurrió a la Sra. Kim Eun-ju. Estas dificultades no necesariamente

provendrán de forma directa del cónyuge o de los hijos; más bien, uno puede sufrir agudamente a causa de un abrumador autorreproche, culpa y angustia, derivados del impacto negativo que los propios asuntos no resueltos infligen al cónyuge y a los hijos. El matrimonio no es un medio de escape. «Si el verdadero propósito del matrimonio no reside en la unión misma, sino en algo totalmente distinto, uno es altamente propenso a la infelicidad. Por supuesto, las personas pueden tener objetivos secundarios al casarse; sin embargo, no se debe sobreestimar el valor percibido de tales metas accesorias. Si uno se casa únicamente para escapar de una realidad sombría e insoportable, el resultado inicial puede, en efecto, resultar satisfactorio, dado que se ha logrado el objetivo inmediato. No obstante, toda elección conlleva inevitablemente un precio, tal como la angustia emocional que con frecuencia surge de los conflictos con el esposo o con los suegros». (Dr. Kim)

(6) "Personalmente, en estos días me encuentro pensando que la condición más importante para la felicidad podría ser una relación caracterizada por el respeto y la confianza mutuos; una relación que, como resultado, permita el mantenimiento de la más profunda intimidad". (Dr. Kim)

Estoy de acuerdo con esta afirmación. Yo también creo que una relación conyugal —aquella en la que los cónyuges "se respetan y confían el uno en el otro" (y esto se aplica por igual a las relaciones entre padres e hijos y a otras conexiones humanas)—, así como la capacidad resultante "de mantener la más profunda intimidad", constituyen una condición vital para la felicidad. En particular, esta frase me lleva a plantearme la siguiente pregunta: ¿De dónde se origina realmente esta capacidad "de mantener la más profunda intimidad"? La razón de mi pregunta es que no creo que dicha capacidad resida de manera inherente dentro de nosotros. Sin embargo, si alguien creyera que esta capacidad *sí* reside dentro de los seres humanos —e intentara mantener relaciones íntimas, como un matrimonio, confiando únicamente en sus propias capacidades egocéntricas—, creo que tales relaciones estarían, en última instancia, destinadas al fracaso. Para subrayar cuán firmemente siento esto: en cada relación —desde mi vínculo con mi esposa hasta mis conexiones individuales con

cada uno de mis tres hijos—, otorgo la máxima importancia a la relación que cada uno de nosotros comparte con el Señor. Me esfuerzo, oro y me dedico a cultivar mi relación con el Señor, la relación de mi esposa con el Señor y la relación de cada uno de mis hijos con el Señor. La razón es mi firme convicción de que mantener una relación íntima con los seres queridos de la familia es plenamente posible *solo* cuando, simultáneamente, se mantiene una relación íntima con el Señor. Por ejemplo, creo que, ya sea dentro de la comunidad del hogar o de la comunidad de la iglesia, lograr una comunión íntima (horizontal) con los demás resulta imposible sin establecer primero una comunión íntima (vertical) —una comunión profunda— con el Señor. Específicamente, dentro de la unidad familiar —donde sirvo como cabeza del hogar, esposo y padre—, creo que si descuidara mi comunión íntima con el Señor, las consecuencias serían profundas. Dicho descuido afectaría negativamente no solo mi relación y comunión con mi esposa y mis tres hijos, sino también cualquier otra relación humana en mi vida, incluidas mis conexiones con los miembros de mi comunidad eclesiástica. Por lo tanto, una de las lecciones significativas que estoy aprendiendo actualmente —y que me esfuerzo, aunque imperfectamente, por poner en práctica— es esta: tal como el Señor me ama, yo debo amarme a mí mismo con Su amor; y tal como Él me considera precioso y digno de honra, yo debo tratarme (y amarme) a mí mismo de esa misma manera, para que así yo pueda, a su vez, amar y tratar a mi esposa, a mis hijos y a los demás de igual forma.

(7) "El sexo no es meramente el producto de un simple instinto. Si bien ciertamente cumple el propósito biológico de la procreación, es también un medio vital de comunicación para compartir emociones y mantener la intimidad". (Dr. Kim)

Estoy de acuerdo con esta afirmación. De estos dos propósitos del sexo, doy prioridad a la "procreación". El fundamento bíblico para esta perspectiva se encuentra en Malaquías 2:15. Además, creo que la aseveración de que el sexo sirve como un "medio vital de comunicación para mantener la intimidad" dentro de una relación matrimonial es igualmente importante. Mi razonamiento es que uno de los propósitos fundamentales del matrimonio es servir de

salvaguarda contra la inmoralidad sexual (1 Corintios 7:2–3). Creo firmemente que el sexo desempeña un papel crucial en el vínculo matrimonial. En particular, considero el reciente aumento de los "matrimonios sin sexo" —definidos como aquellas parejas que mantienen actividad sexual menos de diez veces al año, o menos de una vez al mes— como una peligrosa señal de advertencia. Creo que las parejas casadas deberían disfrutar del sexo y esforzarse por brindarse mutuamente satisfacción sexual. Yendo un paso más allá, creo que las parejas deberían deleitarse activamente en su relación sexual; la considero un regalo precioso que Dios nos ha concedido. Es más, creo que las parejas deberían sentirse cómodas y abiertas para hablar de sexo entre sí —y, extendiendo esto aún más, que los padres también deberían entablar conversaciones sobre sexo con sus hijos (una vez que estos hayan alcanzado una edad apropiada).

(8) "¿Entonces, me está diciendo que me divorcie?" (Kim Eun-ju) "La decisión es suya, Eun-ju". (Dr. Kim)

La razón por la que me especialicé en psicología durante mis años universitarios fue que había escuchado que sería de gran ayuda para aconsejar a los miembros de la congregación una vez que me convirtiera en pastor. Tras graduarme de la universidad, ingresé al seminario; Mientras estudiaba consejería bíblica allí, llegué a darme cuenta de cuán humanista —cuán centrada en los seres humanos en lugar de en Dios— era en realidad la psicología que yo había estudiado en la universidad. En consecuencia, a medida que profundizaba en la consejería bíblica, mi interés en la materia creció; comencé a comprar y leer libros sobre el tema de forma independiente, más allá del alcance de mi plan de estudios habitual en el seminario. A medida que continúo estudiando y aprendiendo sobre este tema hoy en día, el punto que me viene a la mente en relación con el fragmento en (8) es este: se me enseñó que, cuando una persona que busca consejo —ya sea un miembro de la congregación, un hermano en la fe o un cliente formal— le pregunta al consejero (en este caso, al "Dr. Kim"): "¿Me está diciendo que me divorcie?", el consejero *no* debe limitarse a responder: "Sí, adelante, divórcese". Dicho de otro modo, creo firmemente que se debe responder

exactamente como lo hizo el Dr. Kim: "La decisión es tuya, Eun-ju". La razón por la que menciono esto brevemente aquí es que, particularmente cuando un hermano en la fe confía en ti —abriendo su corazón porque está pasando por dificultades en su matrimonio—, debes preguntarte: ¿Es verdaderamente lo que el Señor desea, que te involucres emocionalmente en su situación —quizás uniéndote a sus quejas sobre su cónyuge— simplemente porque amas a ese hermano en la fe? Esto resulta especialmente crítico cuando esa persona te plantea preguntas tales como: "Estoy pensando en divorciarme de mi cónyuge; ¿debería seguir adelante con ello o no?". En tales momentos, debemos abstenernos de decir cosas como: "Sí, si yo estuviera en tu lugar, me divorciaría". En resumen, debemos ejercer moderación y evitar decirles a los demás cómo deben tomar decisiones personales que, en última instancia, les corresponden a ellos —y solo a ellos— tomar.

(9) «Puede que sea la hija mayor, pero, en realidad, simplemente nací primero; eso es todo. No fue algo que yo pidiera. A pesar de ello, ¿se sigue esperando que haga concesiones, cargue con la responsabilidad y haga sacrificios? ¿Es esa la única manera de ser considerada una "buena hija"?» (Kim Eun-ju)

En su calidad de «hija mayor», Kim Eun-ju le preguntó al «Dr. Kim»: «¿Se espera que haga concesiones, cargue con la responsabilidad y haga sacrificios?». Esas palabras resuenan profundamente en mí. La razón es que creo que mi propia esposa —siendo ella también la hija mayor— se encuentra actualmente «haciendo concesiones, cargando con la responsabilidad y haciendo sacrificios». En particular, esa palabra: «concesiones»... *Suspiro.* Como he compartido anteriormente, durante el tiempo que vivimos en Corea, mi esposa y yo atravesamos un conflicto importante que, a la larga, me permitió comprenderla a un nivel más profundo. Llegué a captar el sentir de una madre que —habiendo pasado toda su vida haciendo constantes concesiones— no deseaba que su propio hijo mayor tuviera que vivir su vida haciendo esas mismas concesiones (y sacrificios). Es un sentimiento cuya importancia simplemente no se puede exagerar. Por supuesto, desde la perspectiva de la

madurez espiritual, uno *debería* hacer concesiones y esforzarse por experimentar la dicha del sacrificio, tal como lo hizo Jesús. A menudo se dice que a la gente le desagrada el llamado «chico bueno»; del mismo modo, creo que vivir la vida como una «buena hija» puede tener un impacto profundo, no solo en la relación con el cónyuge, sino también en la relación con los propios hijos.

(10) «Comprendo su decisión, Sra. Eun-ju. El problema, sin embargo, radica en el hecho de que usted —y solo usted— tendrá que cargar con todo el peso de las desafortunadas consecuencias que puedan derivarse de tal matrimonio». (Dr. Kim)

Aunque el Dr. Kim escuchó la historia de Kim Eun-ju —específicamente en cuanto a por qué eligió casarse con ese hombre en particular— y declaró que «comprendía» su decisión, lo que resultó aún más significativo fue el punto que planteó a continuación: que sería la propia Kim Eun-ju quien, en última instancia, tendría que cargar con el peso de las «desafortunadas consecuencias» resultantes de ese matrimonio. Al reflexionar sobre este punto, recuerdo que —más allá de la decisión inicial de casarse— seguimos navegando por la vida tomando innumerables decisiones, incluso después de que el matrimonio ha comenzado. Creo que, aunque sea tardíamente, debemos reconocer las «consecuencias» de esas decisiones; entonces, «si aún queda una oportunidad», debemos aprovecharla para buscar la «restauración» a través del «arrepentimiento», haciéndolo mientras depositamos nuestra total confianza en Dios y clamamos a Él en oración. Por supuesto, sería mucho mejor anticipar de antemano las consecuencias de nuestras decisiones —en lugar de darnos cuenta de ellas demasiado tarde— y tomar nuestras decisiones con sabiduría. Si bien a veces me pregunto cuántos jóvenes, hombres y mujeres, poseen realmente ese nivel de sabiduría al contraer matrimonio, confío en que aquellos que se preparan para el matrimonio con humildad y fidelidad ante los ojos de Dios tomarán, sin duda, decisiones sabias. Es mi ferviente oración que mis propios hijos tomen decisiones tan sabias. Además, he aconsejado repetidamente a mis hijos que se centren en el verdadero carácter y la integridad de sus futuros cónyuges. Mi preocupación surge del temor de que puedan

encontrarse con una pareja que —a pesar de afirmar ser un cristiano fiel— no cultive un carácter semejante al de Cristo, carezca de sinceridad y incurra en engaños, mentiras y comportamientos similares. Habiendo experimentado personalmente el inmenso sufrimiento que una sola decisión equivocada antes del matrimonio puede infligir —y habiendo sido testigo de la angustia padecida por hermanos en la fe cercanos y amados—, he mantenido frecuentes conversaciones con mis hijos respecto a las consecuencias de sus decisiones.

(11) «¿Acaso no deberían ser nuestros padres y hermanos —las personas con las que hemos compartido la mayor parte de nuestra vida— aquellos con quienes mantenemos la relación más cómoda?» (Kim Eun-ju)

Sin embargo, en realidad, las familias verdaderamente «armoniosas» no son ni de lejos tan comunes como cabría pensar. Por supuesto, en la superficie, una familia ciertamente puede parecer armoniosa. No obstante, creo que no se trata simplemente de que «existan bastantes hogares donde los miembros de la familia no viven en paz entre sí»; más bien, yo sostendría que tales hogares son, de hecho, bastante numerosos. Al fin y al cabo, ¿cómo podría existir una familia sin cierto grado de conflicto? Choques de opinión, discusiones, heridas, dolor, lágrimas… la lista continúa. Cuando dos pecadores se unen para convertirse en marido y mujer, ¿cuánto más —el doble, o incluso el cuádruple— están propensos a pecar el uno contra el otro? *[Risas]* Sin embargo, debido a que depositamos nuestra fe en la muerte sacrificial de Jesús en la cruz —creyendo en el perdón de los pecados y en Su poder para derribar el muro divisorio entre judíos y gentiles a fin de lograr la reconciliación—, somos un pueblo dedicado a construir una familia armoniosa. Nos esforzamos por vivir vidas dignas del Evangelio cada vez que nuestra naturaleza pecaminosa queda expuesta dentro del círculo familiar, y libramos diligentemente una batalla interna contra nosotros mismos para obedecer la Palabra del Señor. Por lo tanto, para nosotros, «los padres y hermanos con quienes hemos compartido el mayor lapso de tiempo deberían ser precisamente aquellas personas con quienes compartamos la relación más cómoda». Si la

relación resulta tan incómoda que uno siente el impulso de evitarlos o mantenerlos a distancia... bueno, entonces. Debemos reflexionar seriamente, orar y examinarnos para preguntarnos: A los ojos del Señor, ¿somos verdaderamente una familia armoniosa que cree en Cristo; una comunidad de testigos que hace brillar la luz de Jesús y sirve como la sal de la tierra?

(12) «El mundo puede estar cambiando rápidamente, pero una cosa permanece constante: la familia sigue siendo el valor más importante para todos. ... Para llegar a ser una familia verdaderamente feliz, debemos esforzarnos por conocernos mejor los unos a los otros, de modo que podamos comprendernos con mayor profundidad. "Cuanto más se conocen, más feliz se vuelve su familia". Por consiguiente, si realmente desean la felicidad de su familia, deben hacer un mayor esfuerzo por comprender, comunicarse y amar. La felicidad familiar no es un regalo que simplemente cae en su regazo por casualidad; si desean ser felices, deben trabajar para conseguirlo». (Dr. Kim)

Me gustaría considerar un último punto a modo de conclusión. Es ciertamente cierto que «la familia sigue siendo el valor más importante para todos». Dada la importancia primordial de la familia... coincido de todo corazón con la idea de que debemos «conocernos mejor los unos a los otros y, de este modo, comprendernos con mayor profundidad». Por supuesto, ¿cómo podríamos llegar a conocer verdaderamente a otra persona al cien por cien? Sin embargo, creo que debo seguir conociendo a mi esposa —y a mis hijos— hasta el último momento de mi vida. En este proceso, concedo gran importancia al «diálogo de corazón a corazón». Además, al esforzarme por llevar esto a la práctica, me rijo por tres principios rectores [principios que procuro aplicar y ejercitar en todas mis relaciones personales]. Estos tres principios son: (a) Honestidad (o integridad), (b) Transparencia y (c) Vulnerabilidad. En consecuencia, guiado por estos principios, me propongo ser el primero en abrir la puerta de mi corazón, esforzándome por compartir mis pensamientos y sentimientos más íntimos con honestidad y transparencia. Procuro aplicar estos tres principios no solo en mis conversaciones con mi cónyuge, sino también en mis interacciones con mis tres hijos. Al

hacerlo, con frecuencia soy testigo de la obra del Señor. A medida que nos conocemos mutuamente en el Señor, alcanzamos una comprensión recíproca; experimentamos Su obra, la cual nos capacita para amarnos tal como somos —aunque siempre con esperanza—, ejercitando la comprensión, la aceptación, la paciencia y todas las demás facetas del amor verdadero. Y dado que deseo amar con una profundidad aún mayor, con el amor del Señor, busco comprender y comunicarme de una manera aún más plena.

Incluso en medio de las crisis de nuestros hijos...

Oramos fervientemente para que el Señor, incluso en medio de las crisis que enfrentan nuestros hijos, nos fortalezca como padres y nos convierta en la sólida protección para nuestras familias.

En amorosa memoria de mi primogénita, Jooyoung (Charis)

Hoy, 27 de abril (de 2023), se cumple el 25.º aniversario del día en que Jooyoung —a quien el Señor nos entregó a mi esposa y a mí como un don de gracia (Charis significa «gracia» en griego)— se durmió (falleció) en mis brazos. Deseo compartir una carta conmovedora que escribí a Jooyoung el 30 de marzo de 1998:

Para Jooyoung (Charis), que ama a Jesús:

Cada vez que te miro, Jooyoung —cuya vida es sostenida, aun hoy, por la gracia de Dios— elevo mi más profundo agradecimiento a Él. Al venir a visitarte cada día, siendo testigo momento a momento de cómo Dios continúa prolongando tu vida, puedo ver con claridad que Él está utilizando este tiempo para refinar y ejercitar la fe de tu madre y la mía. Cuando examino mi propia fe frágil —que se regocija con gratitud cuando tu estado mejora, pero que inevitablemente cae en la angustia cuando empeora—, comprendo que el objeto de mi fe no ha sido, en verdad, el fiel Señor mismo, sino más bien la evidencia visible de tu estado físico. Al reflexionar sobre si este era realmente el tipo de fe que Dios desea de nosotros, no pude evitar sentir una profunda vergüenza. Confesando nuestros pecados ante Dios, resolví, desde aquel instante, cuidar de ti, Jooyoung, con la mirada fija únicamente en el Señor.

En una ocasión, al ir a visitarte y abrir la boca para pronunciar tu nombre —con la esperanza de expresar los sentimientos del corazón de un padre—, solo logré articular las palabras: «Para Jooyoung, que ama a Jesús», antes de verme incapaz de pronunciar una sola palabra

más. Esto se debió a que, al contemplar el inmenso sufrimiento que estabas padeciendo, sentí una profunda vergüenza de presentarme ante ti y reclamar el título de «padre». Al comparar tu breve vida de apenas tres semanas con mis propios treinta años de existencia, la pura magnitud del dolor que estabas soportando me abrumó, dejándome absolutamente mudo. Abrumado por el tierno corazón de un padre —mientras te contemplaba, Ju-young, recostada tan apaciblemente en tu sueño—, derramé lágrimas silenciosas en lo más hondo de mi alma. Soy un padre que aún no ha escuchado siquiera el sonido del llanto de su amada Ju-young. Y así, incluso hoy, espero y oro —con la esperanza de que, por la gracia de Dios, seas sanada por completo; que se te restituya un cuerpo sano, acunada en los brazos de tu madre, y que finalmente puedas expresar todo tu dolor y sufrimiento a través de lágrimas incontenibles.

Mi queridísima Ju-young, mi corazón se llena de calidez y dicha cada vez que te veo reconocer el sonido de mi voz. Es más, cuando te veo —a pesar de la lucha— reuniendo las fuerzas para abrir los ojos tan solo para vislumbrar el rostro de tu padre, mi corazón se desborda en lágrimas de gratitud. Incluso ha habido momentos en los que, al verte con los ojos bien abiertos y mirando directamente a los míos, me he quedado mirándote de vuelta, intentando leer los pensamientos y sentimientos ocultos en tu mirada. Incapaz de gritar o emitir sonido alguno debido a los tubos colocados en tu boca, a menudo me pregunto: ¿qué es lo que mi Ju-young está intentando decirme? Mi preciosa Ju-young, ¿acaso no anhelas estar sana lo antes posible para poder llorar a tu entero desahogo? Debe doler tanto; ¿no desearías poder simplemente abrir la boca y soltar un fuerte y desgarrador llanto? Creo, sin la menor sombra de duda, que llegará el día en que te veré —acunada en los brazos de tu madre— habiendo llorado todo tu dolor, para finalmente sumirte en un sueño apacible y sereno. Hasta que llegue ese día, mi Ju-young, debes *ser fuerte*. Tu mamá y tu papá también nos mantendremos firmes en nuestra fe en el Señor, esperando pacientemente en Él a que llegue ese día.

En el Señor,

De tu papá, que te ama, Ju-young

(30 de marzo de 1998)



A menudo se dice que no existe familia que no tenga su cuota de problemas. ¿Qué debemos hacer, entonces, y cómo debemos proceder?

A menudo se dice que ninguna familia está libre de problemas. En otras palabras, cada familia enfrenta su propio y singular conjunto de preocupaciones, dificultades y circunstancias dolorosas. Dicho de otro modo, cada una de nuestras familias tiene peticiones de oración específicas que presentamos con fervor ante Dios. Si no enfrentamos tales desafíos en este preciso momento, sin duda nos toparemos con ellos en algún punto del futuro.

¿Qué debemos hacer, entonces, y cómo debemos responder? Me gustaría compartir mis reflexiones personales sobre este asunto:

1. Creo en la verdad de que Dios ama a nuestra familia.

2. Estoy convencido de que nuestra familia descansa segura dentro de la voluntad soberana de Dios. Es más, creo que esta voluntad soberana de Dios es buena, agradable y perfecta (Romanos 12:2).

3. Creo que Dios hará que todas las cosas —incluyendo los problemas, las dificultades, las circunstancias dolorosas e incluso las crisis de nuestra familia— obren juntas para nuestro bien (Romanos 8:28). Por lo tanto, decido orar, tener esperanza y esperar con fe, siempre consciente de que tales crisis sirven como oportunidades

preciosas para experimentar el amor salvador de Dios y Su presencia constante (Salmos 63:3).

4. Recordando la gracia y el amor que Dios ha derramado sobre nuestra familia a lo largo del pasado y hasta el momento presente —y sintiendo (experimentando) verdaderamente esa gracia y ese amor—, me comprometo a obedecer los mandamientos de Dios (Su Palabra) con un corazón lleno de gratitud (Deuteronomio 11:1–7).

5. Como familia, libramos una guerra espiritual mediante el poder de la Palabra de Dios y la oración; confiando en que nuestro Señor Jesucristo ya ha asegurado la victoria, nos esforzamos juntos por vivir una fe que sea, a la vez, activa y triunfante (1 Corintios 10:13).

¡No es una cuestión de lo correcto y lo incorrecto, sino una cuestión de salvar!

Esta mañana tuve una conversación con mi amada esposa, durante la cual ella me dijo: "No es una cuestión de lo correcto y lo incorrecto, sino una cuestión de salvar". La razón por la que me habló de esta manera es que tanto la familia de un ser querido de ella —como la familia de un ser querido mío— están enfrentando actualmente dificultades o crisis significativas. Por lo tanto, me gustaría tomar las palabras de mi esposa como tema central y plasmar por escrito algunos de mis pensamientos personales al respecto. Ruego que el Espíritu Santo me guíe:

1. Las familias de los seres queridos que mi esposa y yo hemos llegado a conocer están experimentando actualmente grandes dificultades o crisis; específicamente, están atravesando el proceso de lo que comúnmente se conoce como "divorcio".

2. Por muy común que sea el divorcio en los tiempos que corren, cada miembro individual de la familia que atraviesa tal proceso está experimentando, sin duda alguna, inmensas dificultades, angustia y dolor. En particular —y esta es solo mi opinión personal—, si bien la persona que está siendo divorciada ciertamente enfrenta dificultades extremas, angustia emocional y sufrimiento, la persona que inicia el divorcio podría, de hecho, estar soportando dificultades, angustia y dolor aún mayores.

3. La razón por la que llegué a esta conclusión durante mi conversación con mi esposa hoy surge de la situación que involucra a una amiga suya. Tras luchar contra el cáncer durante cinco años, esta amiga le comunicó recientemente a su esposo que deseaba

el divorcio (según se informa, sus hijos aún desconocen los planes de sus padres). Al parecer, el esposo no tiene casi ninguna comprensión de *por qué* su esposa solicitó el divorcio ni de cuáles podrían ser sus razones subyacentes. Mientras escuchaba la historia —no solo los hechos básicos, sino también la perspectiva de la esposa tal como me la transmitió mi propia esposa—, comencé a pensar que la mujer que inicia el divorcio podría, en realidad, estar sufriendo más, sintiendo mayor angustia y soportando mayores dificultades que su esposo, quien es la persona que está siendo divorciada.

4. Por ejemplo, desde la perspectiva de un esposo que enfrenta un divorcio, la experiencia puede resultar un impacto profundo. La razón de ello es, probablemente, que carece de una comprensión clara de *por qué* su esposa le está pidiendo el divorcio. En particular, si él reflexiona para sus adentros: «No siento haber cometido ninguna transgresión grave que justifique que mi esposa se divorcie de mí; simplemente no logro comprender por qué ha solicitado el divorcio», es inevitable que se sienta profundamente confundido y angustiado. Sin embargo, me encuentro preguntándome: ¿cuál debe ser el estado mental de la esposa al observar a un marido así? Cuando finalmente le pidió el divorcio a su esposo, es probable que fuera tras haber soportado un largo periodo de dificultades personales, angustia y sufrimiento; reprimiendo sus emociones y perseverando hasta llegar a un punto en el que sintió que ya no podía continuar (quizás habiendo alcanzado los límites de la resistencia humana). Tras agonizar con la decisión, finalmente habló con su esposo; sin embargo, al darse cuenta de que él no solo permanece completamente ajeno al *porqué* ella desea el divorcio (lo cual sugiere que desconoce igualmente las formas en que la ha estado maltratando), sino que tampoco capta en lo más mínimo su estado emocional, creo que a ella solo le queda caer en la desesperación. En consecuencia, es probable que se muestre aún más firme en su decisión de divorciarse de su esposo y proceder con la separación.

5. Mientras escuchaba hablar a la esposa, un «asunto familiar» en particular captó mi atención; concretamente, el concepto de la familia como un «sistema» organizativo. En pocas palabras, llegué a la conclusión de que si un «sistema familiar» pierde su «equilibrio», es inevitable que, tarde o temprano, surjan dificultades o crisis significativas. La razón por la que llegué a esta conclusión es que, a mi juicio, el sistema familiar de la amiga de la esposa —el cual ella me describió hoy— parecía estar gravemente desequilibrado. Además, en mi opinión, la pérdida de equilibrio dentro de este sistema familiar se produjo de manera gradual y continua a lo largo de su matrimonio; una unión que abarcó aproximadamente veinte años y que persistió incluso después del nacimiento de sus hijos. Por «pérdida de equilibrio» en este contexto, entiendo que su hogar se desequilibró debido a que ella vivió su vida enteramente dedicada a satisfacer las necesidades de los demás —específicamente, las de su esposo «necesitado» (quien requería constantemente su atención), así como las de sus hijos—, hasta el punto de que tanto su esposo como sus hijos se acostumbraron a su asistencia y se volvieron dependientes de ella. En consecuencia, le expresé mis pensamientos a mi esposa: si bien el marido que enfrenta el divorcio es ciertamente culpable, me parece que su esposa también carga con cierta responsabilidad en la situación.

6. Personalmente, aunque por lo general creo que una crisis matrimonial es responsabilidad primordial del marido —en su calidad de cabeza del hogar—, al observar a las parejas que atraviesan un divorcio, a menudo percibo que los problemas no son obra exclusiva del marido; más bien, la esposa con frecuencia también desempeña un papel en el problema. En el caso de la amiga de mi esposa, parece que —desde su perspectiva— ella hizo todo lo que estuvo a su "alcance" para entregarse y esforzarse por satisfacer las necesidades de su marido (e hijos), quienes dependían de su asistencia. Sin embargo, lo que recibió a cambio fue —incluso durante su batalla de cinco años contra el cáncer— una total falta de consuelo o apoyo por parte de su marido o de sus hijos que hubiera servido para satisfacer *sus*

propias necesidades. Por ello, le comenté a mi esposa lo increíblemente difícil, angustioso y solitario que aquello debió haber sido para ella. No obstante, desde otra perspectiva, se me ocurrió que su marido e hijos podrían haber resultado de esa manera, en parte, porque ella misma los había —en cierto sentido— "condicionado" para ser así. En otras palabras, aunque es probable que ella se esforzara por ejercer una influencia positiva sobre su marido (e hijos), sospecho que fue demasiado lejos en sus esfuerzos por asistirlos; hasta un grado tan excesivo y desequilibrado que su marido (e hijos) terminaron convirtiéndose en individuos completamente ajenos a las necesidades de ella. A veces me pregunto qué habría sucedido si ella hubiera enseñado —de manera sabia y gradual— a su marido (o a sus hijos) a satisfacer sus propias necesidades por sí mismos. En otras palabras, creo que, dentro de un sistema familiar, un verdadero sentido de equilibrio se logra únicamente cuando la esposa ejerce una influencia positiva sobre el marido y este, a su vez, es capaz de ejercer una influencia positiva sobre la esposa. No debería ocurrir que sea solo la esposa quien anticipe y satisfaga intuitivamente las necesidades del marido; por el contrario, el marido también debe anticipar y satisfacer intuitivamente las necesidades de la esposa. Además, cuando una pareja se encuentra incapaz de satisfacer las necesidades del otro, creo que deberían acudir al Señor en oración por su cónyuge, confiando en que solo Él comprende plenamente sus necesidades individuales y es capaz de satisfacerlas por completo.

7. Por supuesto, no considero aconsejable intentar definir y articular cuestiones familiares complejas reduciéndolas a meramente uno o dos puntos específicos. Sin embargo, habiendo conocido la situación de su amiga a través de mi esposa —y reconociendo que, muy probablemente, mi esposa filtró las palabras de su amiga a través de su propia perspectiva subjetiva antes de transmitírmelas— he estado reflexionando sobre qué lecciones podría ofrecernos esta conversación. En consecuencia, comparto estas reflexiones personales por escrito como una forma de procesar esos pensamientos. Una de esas reflexiones es la siguiente: cuando una

pareja enfrenta una crisis, el enfoque no debería centrarse en asignar culpas —determinando quién tiene la razón y quién está equivocado—, sino más bien en preguntarse *por qué* la pareja ha llegado a un punto tan crítico. Deberíamos ponderar y analizar las causas subyacentes; en mi propio caso, busco discernir las lecciones que Dios me está revelando a través de mis conversaciones con mi esposa. El propósito último de este ejercicio es que tanto mi esposa como yo interioricemos estas lecciones para que, en el futuro, podamos ofrecer cualquier humilde ayuda que esté a nuestro alcance a los seres queridos que nos rodean y que estén enfrentando crisis matrimoniales. Nuestro objetivo no es emitir juicios etiquetando a una de las partes como la que tiene la razón y a la otra como la que está equivocada, sino más bien —si ello se alinea con la voluntad del Señor— ser utilizados, por imperfecta o modesta que sea nuestra intervención, como instrumentos en Sus manos para ayudar a rescatar y restaurar a esas parejas.

Sobre la relación entre mi esposa y yo, y nuestros hijos...

La fotografía que aparece a continuación fue tomada por mi querida hija, Yeri. La he vuelto a publicar aquí después de que ella la compartiera originalmente en sus *Stories* de Instagram. Habíamos hecho un viaje a Pismo Beach: mi esposa, nuestras dos hijas (Yeri y Yeeun) y yo. Mientras caminábamos —con Yeeun yendo por delante de nosotros y Yeri quedándose un poco atrás—, Yeri capturó esta imagen nuestra desde la espalda, tomados de la mano mientras paseábamos. Me gustaría aprovechar esta oportunidad —tomando esta foto como punto de partida— para compartir algunas reflexiones personales, centrándome principalmente en el drama coreano *One Spring Night* (conocido en coreano como *Bom-bam*), el cual mi esposa y yo hemos estado viendo últimamente:

1. En primer lugar, al contemplar la foto que tomó Yeri —la que se muestra abajo—, me viene a la mente un pensamiento personal: la imagen de nosotros, vista desde atrás a través de los ojos de nuestros hijos, debería ser una imagen hermosa y grata. En otras palabras, creo que mi esposa y yo debemos servir como modelos a seguir para nuestros hijos. Esto implica que, dentro de la unidad familiar, la relación entre el esposo y la esposa es de suma importancia. En consecuencia, esto significa que la relación entre una madre y sus hijos —si bien es ciertamente vital— no es *la relación más importante* de la casa. Creo firmemente que esta relación matrimonial fundamental debe crecer y madurar continuamente dentro del contexto del amor del Señor. Es a través de este proceso que nuestros hijos, a su vez, deberían crecer siendo testigos y experimentando el vínculo amoroso que comparten sus padres. Por el contrario, si este no es el caso —si los hijos crecen viendo que sus padres no logran

amarse mutuamente y, en su lugar, actúan movidos por viejos instintos pecaminosos, albergando animosidad, discutiendo y peleando—, creo que esto les infligirá inevitablemente heridas profundas, hondas y potencialmente devastadoras.

2. En el drama coreano *One Spring Night* —que mi esposa y yo hemos estado viendo juntos antes de dormir estos días—, los padres de la protagonista femenina, "Lee Jung-in" (particularmente su padre), interfieren en sus planes matrimoniales de una manera sumamente intrusiva y casi coercitiva, dictándole constantemente cómo debe proceder. Mientras observaba esta escena, me volví hacia mi esposa —quien estaba sentada a mi lado viendo el drama— y compartí con ella dos reflexiones que considero de gran importancia: (1) «Cuando contemplo nuestro propio matrimonio —una unión que Dios mismo ha forjado— o el matrimonio de nuestro amado hijo, Dylan, y su esposa, resulta evidente que, cuando el Señor orquesta una unión, todo encaja verdaderamente a la perfección». (2) «En cuanto a nuestras dos amadas hijas, Yeri y Yeeun —quienes aún no han contraído matrimonio—, encomendemos sus futuros matrimonios a Dios mediante la oración y propongámonos, como padres, no interferir excesivamente en sus decisiones».

3. Al ver el drama *One Spring Night*, me da la impresión de que el padre de la protagonista, Lee Jung-in, arruinó de hecho el matrimonio de su hija mayor, Lee Seo-in. Lo que quiero decir es que, si bien el padre dispuso que su hija mayor, Seo-in, se casara con un dentista de carrera prestigiosa, el esposo de ella la sometía habitualmente a maltrato físico. Finalmente, a pesar de estar embarazada, ella decidió que quería divorciarse de su marido. Sin embargo, incluso tras enterarse de que su hija estaba siendo agredida físicamente, su padre recurrió a diversos argumentos para persuadirla de que *no* se divorciara. Mi esposa y yo no somos grandes conocedores de los matices de la cultura y la sensibilidad social coreanas. En consecuencia, nos resulta difícil comprender por qué los padres parecen tan empeñados en casar a sus hijos exclusivamente con cónyuges que posean

profesiones «buenas» o provengan de entornos familiares «buenos» —entendiendo por «bueno» aquello que se define únicamente desde la perspectiva de los padres (una perspectiva que, personalmente, considero mundana y secular)—. Creemos que, en lugar de priorizar tales antecedentes o profesiones, se debería prestar atención, ante todo, al carácter y a la naturaleza interior de la persona que el hijo amado ha elegido como posible cónyuge. Es más —y esto resulta aún más fundamental—, dado que depositamos nuestra confianza en Dios, extendemos esa misma confianza a nuestros hijos; por consiguiente, creemos que debemos extender esa confianza también a los futuros cónyuges que nuestros hijos elijan por sí mismos. Si, como padres, no logramos depositar nuestra confianza en nuestros hijos —y, en su lugar, observamos a los futuros cónyuges que ellos eligen a través de un prisma de ansiedad y aprensión—, creo que, inevitablemente, acabaremos encontrando defectos en cualquier persona que ellos elijan. En consecuencia, esto bien podría conducir a una profundización significativa del conflicto entre padres e hijos.

4. Como padres, creemos que, dado que depositamos nuestra confianza en Dios al criar a nuestros hijos, debemos, a su vez, extender esa misma confianza hacia ellos. Además, creemos que deben establecerse límites saludables dentro de la relación entre nosotros y nuestros hijos. Sentimos que debe haber una cantidad apropiada de distancia y espacio personal en nuestras interacciones con ellos. Por lo tanto, creemos que, como sus padres, debemos realizar un esfuerzo consciente y diligente para asegurarnos de no traspasar esos límites. Si no logramos hacerlo, los padres sufrirán angustia a causa de sus hijos, y los hijos sufrirán dolor a causa de sus padres.

5. Como pareja, mantenemos nuestra relación conyugal estableciendo límites entre nosotros y manteniendo una distancia apropiada —quizás incluso "moderada"— el uno del otro. Por ejemplo, respetamos las elecciones del otro con respecto a los ejercicios que disfrutamos para nuestra salud, y nos abstenemos de dictarnos mutuamente cómo llevarlos a cabo. Además, hacemos todo lo posible para evitar

interferir o dar instrucciones no solicitadas con respecto al trabajo o los proyectos profesionales del otro. La razón de esto es que la persona que mejor comprende los pormenores de su propio trabajo es uno mismo, y no su cónyuge. No obstante, cuando entablamos conversaciones sobre nuestros respectivos trabajos, cada uno se esfuerza por escuchar el corazón del otro y comprender su perspectiva. En medio de todo esto, estamos profundamente agradecidos de que el Espíritu Santo esté obrando en nuestro interior; siempre que mantenemos conversaciones extensas sobre nuestros hijos, Él nos concede unidad de corazón, mente y propósito. En consecuencia, mi cónyuge y yo no discutimos por diferencias de opinión con respecto a nuestros hijos; más bien, al empatizar con el corazón del otro y comprender nuestras respectivas perspectivas, nos complementamos mutuamente; y, al hacerlo, Dios nos capacita para amar y servir a cada uno de nuestros hijos de manera individual, de acuerdo con Su voluntad (y no la nuestra).

En primer lugar, ¡todo debe ser restaurado (puesto en orden)!

La mañana del pasado miércoles, mientras meditaba en el pasaje de Mateo 17, escribí una breve reflexión devocional bajo el título: «Un siervo del Señor —como Juan el Bautista— que se prepara para el regreso (Segunda Venida) del Señor Jesucristo, pone todo en orden». Decía lo siguiente: «Un siervo del Señor —como Juan el Bautista— que se prepara para el regreso (Segunda Venida) de nuestro Señor Jesucristo, pone todo en orden. Sin embargo, los hipócritas —como los fariseos, que poseen corazones obstinados y se niegan a ser corregidos— perseguirán a ese siervo del Señor. Por lo tanto, un siervo del Señor que se prepara para la Segunda Venida de Jesús sufrirá inevitablemente (Ref.: Mateo 17:11-13, *La Biblia Contemporánea*)». Al reflexionar sobre este breve mensaje devocional aplicándolo a mi propia vida, llegué a la conclusión de que —como siervo del Señor que se prepara para la Segunda Venida de Jesús— debo «primero restaurar (poner en orden) todo». Esto me llevó a meditar: Dado que el Señor me llamó y me ungió para ser Su siervo (un pastor), ¿qué es exactamente lo que Él desea restaurar (poner en orden) a través de mí? Me gustaría dejar constancia de los pensamientos que han acudido a mi mente, con la esperanza de que el acto de escribirlos me ayude a clarificarlos:

1. Ante todo, creo que el Señor desea restaurarme (ponerme en orden) a *mí* personalmente. Además, la prioridad más urgente en la obra del Señor de restaurarme (ponerme en orden) es el arrepentimiento. La razón de esto es que no puede haber restauración (poner las cosas en orden) sin arrepentimiento. Entre las cosas de las que necesito arrepentirme, los asuntos más urgentes son el pecado de desobedecer la Palabra de Dios debido a mi propio corazón obstinado, y mi propia

hipocresía. «Espíritu Santo, desciende sobre mí y conmueve mi corazón; lléname de un espíritu de contrición y arrepentimiento. Jesús, te ruego: escucha mi súplica y lléname de un espíritu de contrición y arrepentimiento» (Nuevo Himnario, N.º 190, «Espíritu Santo, desciende», Estrofa 1 y Estribillo).

2. En medio de este proceso, creo que lo que el Señor desea restaurar —o enderezar— a través de mí es a mi familia. Como cabeza del hogar, debo —mediante la gracia de Dios— arrepentirme, ser restaurado (o enderezado) y experimentar una transformación; todo ello mientras cuido y nutro a la amada esposa y a los hijos que Dios me ha dado como dones de su gracia (Efesios 5:29; 6:4). Creo que debo criarlos conforme a la Palabra de Dios; esto implica no solo enseñarles el camino correcto con mis labios (Mateo 21:32), sino también ejercer una influencia positiva dando ejemplo a través de mi propia vida íntegra; es decir, viviendo de una manera digna del Evangelio de Cristo (Filipenses 1:27). Por lo tanto, oro para que tanto yo como cada miembro de mi familia podamos transitar por el camino de justicia que recorrió el Señor, convirtiéndonos en personas dispuestas a entregar sus vidas por causa de Jesús y del Evangelio (Marcos 8:35).

3. El propósito supremo de esta restauración —o enderezamiento—, tanto de mi persona como de mi familia, es la restauración (o enderezamiento) de la Iglesia del Señor. Dado que el Señor, quien es la Cabeza de la Iglesia (Efesios 1:22; 5:23; Colosenses 1:18), prometió edificar Su Iglesia (Mateo 16:18), creo que yo —junto con mi familia y todos los demás miembros de la congregación— debemos, con una fe cimentada en esta promesa del Señor, orar por la restauración (corrección) de las respectivas iglesias a las que servimos y anhelar fervientemente la obra de arrepentimiento que realiza el Espíritu Santo. Oro para que el Espíritu Santo no solo quebrante y derrita nuestros corazones obstinados —nosotros, que constituimos la Iglesia— con Su Palabra, la cual es como martillo y fuego (Jeremías 23:29), sino que también traspase nuestras conciencias (nuestros corazones) con la Palabra de Dios

—la Espada del Espíritu (Efesios 6:17)—, exponiendo así nuestros pecados (Efesios 5:11) y capacitándonos para confesarlos (1 Juan 1:9). Además, oro para que Él nos conceda la gracia de no conformarnos ya a los patrones de este mundo, sino de permitir, en cambio, que nuestras mentes sean renovadas y transformadas (Romanos 12:2), para que así podamos cumplir nuestro papel como luz y sal de este mundo (Mateo 5:13–16).

Recibimos restauración mediante el amor inquebrantable del Señor.

Los cristianos que aman los mandamientos del Señor —siendo fieles que guardan su palabra— reciben restauración mediante el amor inquebrantable del Señor (Salmo 119:158-159).

«¡Señor, reclama nuestros corazones!»

«Porque la casa de Israel me ha abandonado por completo a causa de sus ídolos; por tanto, los atraparé conforme a la intención de sus propios corazones» (Ezequiel 14:5).

Mi corazón vacila. Mi relación con mi esposo ya está tensa; sin embargo, otro hombre se ha acercado a mí y me trata con calidez y amabilidad. En consecuencia, ese hombre ocupa ahora un espacio mucho mayor en mi corazón que el que ocupa mi esposo. Me descubro prefiriendo estar fuera con él en lugar de estar en casa con mi esposo. Mi corazón ya se ha alejado de mi esposo y se ha dirigido hacia este otro hombre.

Una de las causas fundamentales del pecado de adulterio es que fallamos en amar a nuestras esposas de manera exclusiva (Proverbios 5:15). Para ser más específicos, la razón por la que caemos en el adulterio es que no logramos brindar felicidad a nuestras esposas ni hallar gozo en su compañía (v. 18). Si verdaderamente valoráramos a nuestras esposas como seres encantadores y hermosos —si siempre nos sintiéramos satisfechos con su abrazo y constantemente cautivados por su amor (v. 19)—, jamás otorgaríamos nuestro afecto a otra mujer ni nos recostaríamos en el seno de la esposa de otro hombre (vv. 16, 20). Otra causa del adulterio es la codicia (Eclesiastés 7:7). Cuando la codicia reside en nuestro interior, somos incapaces de hallar verdadera satisfacción en el abrazo de nuestras esposas (Proverbios 5:19). Además, impulsados por la concupiscencia de los ojos, miramos a otras mujeres —mujeres que se encuentran fuera de nuestros límites legítimos— con un deseo

insaciable (Eclesiastés 1:8); nos detenemos en pensamientos sobre ellas y prestamos oído a sus palabras. Y, finalmente, impulsados por la concupiscencia de la carne, podemos acostarnos con nuestras esposas dentro del hogar; sin embargo, fuera del hogar, llegamos al extremo de acostarnos con otras mujeres (cf. 2 Pedro 2:18). Tal codicia insaciable (Isaías 56:11) no solo nos impide hallar satisfacción en nuestras propias esposas (Proverbios 5:19), sino que también nos lleva a codiciar a la esposa de nuestro prójimo (Éxodo 29:17), provocando así que cometamos el pecado de adulterio. Cuando cometemos este pecado de adulterio, ¿qué deben estar sintiendo nuestras esposas? ¿Acaso no sentirían un profundo sentido de traición? Desde su perspectiva —al ver que el mismo esposo en quien confiaba se deja cautivar por otra mujer y cae en la infidelidad—, ¿cómo podría ella no sentirse traicionada?

En el pasaje bíblico de hoy, Ezequiel 14:5, Dios declara al pueblo de Israel: «Toda la casa de Israel se ha apartado de Mí a causa de sus ídolos». ¿Por qué habló Dios de esta manera? La razón es que Dios sentía una profunda sensación de traición por parte del pueblo de Israel. Dios se sentía traicionado porque veía que el mismo pueblo que Él había elegido amorosamente y adoptado como suyo —el pueblo de Israel— desobedecía Sus mandamientos, albergaba a otros dioses en sus corazones en lugar de a Él (v. 3) y adoraba a esos ídolos (Éx 20:3). Desde la perspectiva de Dios, era inevitable que Él se sintiera traicionado (Ez 14:5). En particular, visto desde el punto de vista de Dios, el pueblo de Israel acudía al Templo —afirmando con sus bocas que se acercaban a Dios y honrándolo con sus labios—, pero sus corazones permanecían muy alejados de Él (Is 29:13). A los ojos de Dios, persistían en cometer toda clase de abominaciones: oprimir al extranjero y al huérfano, derramar sangre inocente y servir a otros dioses (Jeremías 7:6); robaban, asesinaban, cometían adulterio, juraban en falso, quemaban incienso a Baal y seguían a otros dioses que no conocían (v. 9). Sin embargo, entraban en el templo de Dios —situándose justo ante Él— y exclamaban: «Estamos a salvo; hemos sido librados» (v. 10), solo para continuar haciendo el mal ante Sus ojos. Al actuar así, no hacían más que atraer el desastre sobre sí mismos (v. 6). No obstante, en su ignorancia, el pueblo de Judá entraba en el templo de Dios para

ofrecer adoración, declarándose a salvo y librados (v. 4); sin embargo, al salir del templo, retomaban de inmediato la comisión de toda clase de abominaciones ante los ojos de Dios. Entre estas abominaciones, un acto resultaba particularmente grave a los ojos de Dios: el pueblo de Israel subía al templo —profesando honrar a Dios con sus labios y cumpliendo con todos los rituales religiosos prescritos— solo para salir afuera, quemar incienso a Baal y adorar ídolos. Desde la perspectiva de Dios, esto constituía un acto de traición contra Él a causa, precisamente, de esos mismos ídolos (Ezequiel 14:5).

Mientras meditaba en estas Escrituras, reflexioné sobre la relación entre Jesús —el Esposo— y la Iglesia, Su Esposa (Efesios 5:32). En este momento, la Iglesia —la Esposa— está fallando en amar a Jesús, su Esposo, con todo su corazón, alma y mente (Mateo 22:37); en su lugar, ha idolatrado la riqueza, intentando servir simultáneamente tanto a Jesús como al dinero (Mateo 6:24). Jesús declaró explícitamente que nadie puede servir a dos amos; sin embargo, la Iglesia de hoy está haciendo precisamente eso: servir a dos amos. Sabiendo que el amor al dinero es la raíz de toda clase de males (1 Timoteo 6:10), deberíamos detestar y menospreciar el dinero, amando al mismo tiempo al Señor y jurándole nuestra lealtad absoluta (Mateo 6:24). No obstante, la Iglesia de hoy —la Esposa de Cristo— ama el dinero y le jura lealtad en su corazón, aun cuando profesa con sus labios amar al Señor y serle fiel. Cuando la Iglesia —la Esposa— ama el dinero, lo idolatra y le jura lealtad de esta manera, ¿cómo debe sentirse el corazón del Señor —el Esposo—? Sin duda, el Señor debe sentir una profunda sensación de traición por nuestra parte. Al contemplar a la Iglesia —Su Esposa— cometiendo adulterio espiritual, el Señor, en su calidad de Esposo, estaría plenamente justificado para sentirse traicionado. Sin embargo, la naturaleza asombrosa del amor y la gracia del Señor reside en este hecho: aunque nosotros lo traicionamos constantemente, Él continúa llamándonos. Es más, continúa derramando sobre nosotros Su amor verdadero [Nuevo Himnario 290: «Aunque traicionamos al Señor constantemente»]. He procurado discernir este verdadero amor del Señor en la relación entre el profeta Oseas y su esposa —la mujer promiscua Gomer—, tal como se describe en el libro de Oseas del Antiguo Testamento. En primer lugar, Dios ordenó al profeta Oseas: «Ve, tómate por esposa a una

mujer promiscua y ten hijos de la promiscuidad» (Oseas 1:2). Considero que este es un mandato de Dios verdaderamente insondable. La razón es que, según Levítico 21:14 (en la versión de la *Modern People's Bible*), las Escrituras afirman claramente que un Sumo Sacerdote ungido debe casarse con una virgen; por lo tanto, resulta difícil comprender cómo el Señor pudo instruir a Oseas —un profeta ungido— a casarse con una mujer promiscua en lugar de con una virgen. No obstante, en obediencia a la palabra de Dios, Oseas se casó con Gomer (versículo 3, *Modern People's Bible*). Sin embargo, incluso después de casarse con Oseas, Gomer continuó ejerciendo la prostitución (2:5). Llegó incluso a cometer actos vergonzosos —declarando que iría tras sus amantes— mientras estaba embarazada de un hijo concebido en adulterio (v. 5). A pesar de ello, Dios le dijo a Oseas: «Ve de nuevo; ama a tu esposa, que es una adúltera» (3:1). El profeta Oseas obedeció este mandato de Dios sin una sola queja ni reproche. En consecuencia, Oseas «recuperó a su esposa por unos 170 gramos de plata y 18 medidas de cebada», y le dijo: «Debes vivir tranquila y a solas por un tiempo. De ahora en adelante, no debes ir tras otros hombres ni ejercer la prostitución. Yo te esperaré» (vv. 2–3). Este es, precisamente, el amor del Señor —el Esposo— por la Iglesia, Su Esposa. Jesús —el Esposo que es el verdadero Oseas (cuyo nombre significa: «Dios es Salvación»)— vino a esta tierra en obediencia a la voluntad de Dios Padre. Aunque Jesús poseía originalmente la misma naturaleza de Dios, no consideró la igualdad con Dios como algo a lo que aferrarse; en cambio, renunció a todos Sus privilegios, asumió la naturaleza de siervo, se hizo semejante a los seres humanos y apareció en forma humana. Él se humilló a sí mismo y se hizo obediente hasta el punto de la muerte: muerte en una cruz (Fil. 2:6–8). La razón de esto es que Jesús nos ama —a su Iglesia—, aun cuando somos como la mujer adúltera Gomer; de hecho, nos ama tan profundamente que entregó su propia vida por nosotros en la cruz. Por lo tanto, aunque lo traicionemos constantemente, el Señor continúa llamándonos, guiándonos a confesar nuestros pecados, a arrepentirnos y a volver a Él. En este preciso momento, el Señor está reconquistando nuestros corazones, apartándonos del camino de la traición y conduciéndonos de regreso al camino de la obediencia. Como el Esposo, el Señor está reclamando el corazón de su Esposa —la Iglesia—, asegurando que ya no vivamos vidas persiguiendo el dinero e idolizándolo en nuestros corazones, sino que,

en cambio, vivamos vidas amándolo y siguiéndolo a Él. Esta es, sin duda alguna, la gran gracia de Dios.

Quisiera concluir este momento de reflexión bíblica. En una relación matrimonial, los actos de infidelidad o adulterio infligen un profundo sentimiento de traición al cónyuge ofendido. Este sentimiento de traición resulta particularmente agudo cuando descubrimos que la esposa —en quien confiábamos y creíamos tan profundamente— ha abierto su corazón a otro hombre y ha entablado una relación ilícita con él. No obstante, ¿podemos verdaderamente seguir amando a un cónyuge que nos ha traicionado? ¿Perseveraremos realmente en amar a ese cónyuge con el amor del Señor, esforzándonos por reconquistar su corazón? ¿O simplemente elegiremos tomar caminos separados: divorciarnos? El pueblo de Israel traicionó a Dios al albergar ídolos en sus corazones y adorarlos, tal como lo haría una mujer adúltera. Dios les declaró: «Todos ustedes me han traicionado por medio de sus ídolos». Creo que, incluso ahora, Jesús —el Esposo y Cabeza de la Iglesia— nos habla a nosotros, los cristianos, su Esposa, diciendo: «Todos ustedes me han traicionado por medio de sus ídolos». Una razón principal de esto es que actualmente estamos desobedeciendo los mandamientos de Jesús; hemos idolatrado el dinero, albergando un amor por él en nuestros corazones, e intentamos servir simultáneamente tanto al dinero como al Señor. Actualmente estamos sirviendo a dos amos. Los domingos servimos al Señor; sin embargo, durante la semana, nos aventuramos en el mundo y servimos al dinero. Llevar una doble vida de este tipo —manteniéndonos indecisos entre dos bandos de esta manera— es una abominación a los ojos de Dios y constituye una traición al Señor. Y, sin embargo, a pesar de esto, Jesús —nuestro Esposo— continúa llamándonos a nosotros, su Esposa (la Iglesia), incluso mientras perseguimos el dinero como la infiel Gomer; Él desea que confesemos nuestros pecados y nos arrepintamos. En particular, el Señor —quien conoce nuestra fragilidad— extiende su mano para reclamar nuestros corazones, capacitándonos para apartarnos de los ídolos y abandonar todas las cosas abominables. Todo esto es enteramente gracia de Dios. La Iglesia —la Esposa que está llegando a comprender esta gracia— debe suplicar fervientemente a Jesús, su Esposo: «Señor, toma posesión de

nuestros corazones una vez más». Por tanto, oramos para que el Señor tome verdaderamente posesión de nuestros corazones una vez más, hasta el día en que regrese a este mundo; capacitándonos para desechar y apartarnos de todo ídolo y abominación, y permitiéndonos crecer a semejanza del santo Jesús, preparando así a Su Novia para presentarse como una Iglesia gloriosa.

Cuando el Señor nos restaura...

Cuando el Señor nos restaura, los sonidos de gozo y alegría —las voces del novio y de la novia— se escucharán una vez más. Oiremos las voces de aquellos que cantan: «Den gracias al Señor de los Ejércitos, porque el Señor es bueno; su amor inquebrantable perdura para siempre», y las voces de aquellos que traen ofrendas de acción de gracias al templo de Dios (Ref.: Jeremías 33:10).

La gracia restauradora de Dios

Cuando Dios nos restaura a nuestro estado anterior —sanando y vendando nuestras heridas, concediéndonos paz y prosperidad, reconstruyéndonos tal como éramos antes, limpiándonos de todos los pecados que hemos cometido contra Él y perdonando nuestras iniquidades y actos de rebelión— nos convertiremos en una fuente de gozo, alabanza y gloria para Dios. Entonces, el mundo entero oirá hablar de todas las cosas buenas que Dios ha hecho por nosotros —las abundantes bendiciones y la prosperidad que Él nos ha otorgado— y quedarán asombrados y temblarán. En aquel tiempo, mientras nos regocijamos y celebramos, ofreciendo sacrificios de acción de gracias en el templo del Señor, el sonido de nuestro canto se escuchará una vez más: «¡Den gracias al Señor Todopoderoso! Porque el Señor es bueno, y su amor perdura para siempre» (Jeremías 33:6-11).

Parte 4:

Reforma

Una familia centrada en Cristo...

Una familia centrada en Cristo...

Reconoce la soberanía de Dios Padre y cree que Dios controla y gobierna a nuestra familia.

Al vivir bajo la autoridad de Dios Hijo —Jesús—, obedece Su doble mandamiento: amar a Dios y amar al prójimo.

Al dar el fruto del Espíritu Santo —el amor—, experimenta la mismísima presencia de Dios.

Una familia así, centrada en Cristo, hace realidad un «Cielo en la Tierra» dentro del hogar.

Una familia centrada en el Señor

[Mateo 22:34–40]

Me gustaría compartir con ustedes un artículo que encontré en línea titulado: «10 elementos esenciales para una familia feliz». Los invito a reflexionar sobre si estos diez elementos están presentes en su propio hogar: (1) Debe haber perdón. Si una persona no puede encontrar perdón dentro de su propia familia, no tiene ningún otro lugar en la tierra donde recibirlo. (2) Debe haber comprensión. Si una persona no puede encontrar comprensión dentro de su propia familia, no le queda más remedio que vivir entre bestias. (3) Debe haber alguien con quien hablar. Si una persona no puede encontrar un compañero de conversación dentro de su propio hogar, se ve obligada a buscarlo en otra parte; tal vez en una sala de chat telefónica. (4) Debe haber un santuario privado. Cuanto más espacio personal tiene una persona —ya sea un armario, un vestidor, un estudio o incluso un baño—, más amable y refinado se vuelve su carácter. (5) Debe haber descanso. Si en el hogar falta un ambiente donde uno pueda descansar cómodamente un cuerpo agotado por la fatiga, esa persona buscará inevitablemente un respiro fuera del hogar. (6) Debe haber afirmación. Es probable que una persona que no logra recibir reconocimiento y validación dentro de su propia familia tampoco logre recibirlos en el mundo exterior. (7) Debe haber humor. El humor actúa como un lubricante que permite que el afecto y la calidez fluyan abundantemente entre los miembros de la familia. (8) Debe haber un verdadero «adulto». Con esto no me refiero meramente a alguien de edad avanzada, sino a un individuo maduro cuyas palabras y acciones sirvan como un modelo a seguir genuino. (9) Debe haber amor. Debe ser un amor multifacético: uno que ofrezca corrección cuando se comete un error, pero que ofrezca elogios cuando algo se hace bien. (10) Debe haber esperanza. Cuando existe una esperanza

visible de que las cosas mejorarán en el futuro, el valor y la importancia de la unidad familiar se elevan aún más. ¿Y bien? ¿Existen estos diez elementos en su hogar? ¿Están experimentando actualmente felicidad en su vida familiar?

Amigos, a menudo escuchamos decir a la gente que ninguna familia está totalmente libre de problemas. En otras palabras, generalmente asumimos que cada familia enfrenta su propio conjunto único de preocupaciones, adversidades y circunstancias dolorosas. Dicho de otro modo, cada una de las familias entre nosotros tiene sus propias peticiones de oración específicas —súplicas fervientes— para elevar ante Dios. Si usted no tiene tales problemas en este momento, lo más probable es que los encuentre en el futuro. Me gustaría compartir mis reflexiones con respecto a los problemas y crisis familiares: (1) Dado que los asuntos familiares son de naturaleza profundamente personal, creo que es inevitable que inflinjan heridas emocionales profundas y causen un estrés inmenso. (2) Los problemas familiares tocan la esencia misma de nuestra humanidad... ...y nos hacen sentir nuestras limitaciones con la mayor agudeza. (3) Creo que los problemas familiares pueden resultar absolutamente desesperanzadores sin la ayuda de Dios. (4) Creo que debemos ver las crisis familiares como oportunidades concedidas por Dios; debemos resistir y perseverar en la fe, confiando únicamente en Dios y elevando nuestras súplicas a Él. (5) Creo que esta "oportunidad" reside en el hecho de que Dios utiliza las crisis familiares para transformar por igual a esposos y esposas, a padres y a hijos. (6) Creo que uno de los aspectos fundamentales de esta transformación es el quebrantamiento y la fragmentación del ego, a través de los cuales Dios nos lleva a depositar toda nuestra fe y confianza únicamente en Él; permitiéndonos, en última instancia, saborear la bondad de Dios, quien hace que todas las cosas —incluso estos problemas— obren juntas para el bien (Rom 8:28; Sal 34:8). (7) Al depositar una confianza cada vez mayor en Dios, recibimos la inmensa gracia y bendición de llegar a "estar quietos, y saber que [Él es] Dios" (Sal 46:10). Además, me gustaría compartir mis reflexiones personales sobre lo que debemos hacer —y cómo debemos proceder— con respecto a nuestros problemas familiares: (1) Debemos creer en el hecho de que Dios ama a nuestra familia. Debemos estar plenamente convencidos de que nuestra

familia descansa dentro de la voluntad soberana de Dios. Y debemos creer que esta voluntad soberana de Dios es buena, agradable y perfecta (Rom 12:2). (2) Debemos creer que Dios hará que incluso los problemas, las dificultades, las circunstancias dolorosas y las crisis de nuestra familia obren juntos para el bien (Rom 8:28); Debemos orar, tener esperanza y esperar con fe, confiando en que esta misma crisis sirva como una preciosa oportunidad para experimentar el amor salvador y la presencia de Dios (Sal 63:3). (3) Al recordar la gracia y el amor que Dios ha otorgado a nuestra familia desde el pasado hasta el presente —y al sentir (y experimentar) esa gracia y ese amor—, debemos —movidos por un espíritu de gratitud— comprometernos a obedecer los mandamientos, los preceptos y la Palabra de Dios (Deut 11:1-7). (4) Como familia, debemos librar una guerra espiritual por medio de la Palabra y la oración; sin embargo, creyendo que nuestro Señor Jesucristo ya ha triunfado, debemos esforzarnos juntos por llevar una vida de fe militante, cimentada en la certeza de la victoria (1 Corintios 10:13).

Mientras preparaba el mensaje de hoy, me tomé un momento para repasar los diversos pasajes bíblicos referentes a la «familia» sobre los cuales he meditado hasta ahora. Para compartir solo algunas de esas reflexiones: (1) Medité sobre el concepto de una «familia armoniosa», centrándome en Proverbios 17:1; (2) reflexioné sobre una «familia piadosa», enfocándome en Hechos 10:2; (3) contemplé una «familia que prospera a los ojos de Dios», prestando atención a 2 Reyes 18:3 y 7; y (4) medité sobre una «familia inmersa en la guerra espiritual», centrándome en 1 Crónicas 14:10. Hoy, enfocándome en Mateo 22:34–40 y bajo el tema «Una familia centrada en el Señor», deseo meditar sobre tres características clave de lo que significa verdaderamente ser una familia centrada en el Señor, buscando recibir las lecciones que Dios nos ofrece a través de esta reflexión. Es mi sincero deseo que todos podamos recibir humildemente la Palabra de Dios, obedecerla con sabiduría y dedicarnos a edificar nuestras familias, convirtiéndolas en hogares que estén verdaderamente centrados en el Señor.

En primer lugar, una familia centrada en el Señor reconoce la soberanía de Dios Padre y cree que Dios está controlando y gobernando activamente a nuestra familia.

En un artículo titulado «Una familia edificada bajo el gobierno de Dios», el pastor Paul Tripp hace la siguiente observación: «Cada vez estoy más convencido de que solo existen dos formas de vivir. Una es una vida vivida en confianza en Dios, en obediencia a Su voluntad y a Su gobierno; la otra es una vida consumida en el intento de ser Dios uno mismo. Me parece que no hay otro camino aparte de estos dos. A veces, a menudo me pregunto si nos hemos acostumbrado más a vivir como si fuéramos Dios, en lugar de vivir en sumisión a Su gobierno. Y creo que debemos examinar a fondo cuán profundamente esta dinámica espiritual impacta nuestra crianza y nuestros matrimonios» (Tripp). ¿Qué opina usted sobre esta afirmación? Reconozco la existencia de estas dos formas de vida distintas y creo que cada uno de nosotros está, de hecho, eligiendo vivir conforme a una de ellas en nuestro día a día. Particularmente al considerar nuestros propios hogares, creo que es de suma importancia que nosotros —los esposos y padres que fungimos como cabezas de nuestras familias— elijamos vivir vidas caracterizadas por la confianza en Dios y la obediencia a Su voluntad y a Su gobierno. Pues si no lo hacemos —si, por el contrario, elegimos el camino exactamente opuesto e intentamos vivir como si *nosotros* fuéramos Dios—, entonces nuestro hogar inevitablemente deja de ser un hogar centrado en Cristo para convertirse, en su lugar, en un hogar centrado en sí mismo. En particular, el pastor Tripp afirma que «una crianza exitosa implica —de la manera en que Dios lo concibió— saber soltar el control de la forma correcta». Continúa definiendo el objetivo de la crianza como «educar a los hijos —quienes en su momento dependieron enteramente de nosotros— para que se conviertan en adultos independientes y maduros que confíen en Dios, que estén debidamente vinculados a la comunidad cristiana y que sean capaces de valerse por sí mismos». Coincido de todo corazón con este sentir. Precisamente la semana pasada, mientras estábamos sentados a la mesa cenando con mi amada esposa y mi hijo Dylan, y entablábamos una conversación sincera, le ofrecí a Dylan este consejo: «Tras haber conversado contigo a solas esta mañana, me doy cuenta de que ya te has convertido en un joven. De ahora en adelante, te animo a

tomar tus propias decisiones —buscando a Dios en oración— y a recorrer el camino que estás destinado a recorrer, tomando la iniciativa al guiar a tu novia». Además, el pastor Tripp sugiere que es crucial tener presentes tres verdades adicionales con respecto a la crianza de los hijos: (1) Dado que Cristo reina sobre todas las cosas en beneficio de la Iglesia, no existe situación alguna que quede fuera de Su control (Ef. 1:22). (2) Dios no solo gobierna cada situación, sino que también está llevando activamente a buen término los propósitos buenos que ha prometido (Rom. 8:28). En consecuencia, no necesitamos sentirnos obligados a controlar cada deseo, pensamiento y acción de nuestros hijos a medida que crecen. Incluso en los momentos en que nos sentimos totalmente impotentes —como si no hubiera nada que pudiéramos hacer—, nuestros hijos permanecen bajo el gobierno soberano de Cristo. (3) El objetivo supremo de la crianza no consiste en moldear a nuestros hijos a nuestra propia imagen, sino más bien en ayudarles a convertirse en individuos que se sometan a la imagen de Cristo. No se trata de intentar replicar nuestros propios gustos, perspectivas o hábitos en nuestros hijos, ni tampoco de buscar ver nuestro propio reflejo en ellos. Más bien, se trata de desear fervientemente ver la imagen de Cristo manifestada en ellos. Al reflexionar sobre estas tres verdades, me encuentro depositando mi más firme confianza en la certeza de que —incluso en esos momentos en que nosotros, como padres, nos sentimos completamente desamparados— nuestros hijos permanecen seguros bajo el gobierno soberano de Cristo. Si verdaderamente estamos viviendo una vida de fe centrada en Cristo, no podemos menos que reconocer la soberanía de Dios Padre y confiar en que Él está controlando y gobernando activamente nuestro hogar. En particular, nosotros, los esposos y padres —quienes servimos como cabezas de nuestros hogares— debemos aferrarnos a la inquebrantable convicción de que Dios Padre tiene, en efecto, el control de nuestras familias y las gobierna con Su mano soberana. Aquellos de nosotros que sostenemos esta creencia —tanto esposos como padres— llevaremos a cabo fiel y serenamente nuestro ministerio dentro del hogar, habiendo encomendado plenamente todo control y autoridad a Dios Padre. Sin embargo, si seguimos aferrándonos a la creencia de que *nosotros* poseemos ese control y autoridad —intentando manipular y dominar a nuestras esposas e hijos—, nuestro ministerio dentro del hogar se verá inevitablemente

plagado de numerosos choques, conflictos, disputas, heridas, dolor y sufrimiento. A menudo, es solo cuando nos enfrentamos a situaciones —ya sea en nuestras relaciones matrimoniales, en la crianza de nuestros hijos o en lo concerniente a los matrimonios de ellos— en las que nos sentimos totalmente impotentes e incapaces de hacer nada, que finalmente rendimos nuestro control a Dios y le imploramos fervientemente que tome las riendas y gobierne nuestros hogares.

Queridos amigos, nuestros hogares solo pueden edificarse sobre un cimiento firme cuando Dios Padre ejerce Su control y autoridad sobre ellos. En la Biblia, 2 Crónicas 17:5a afirma: «Por tanto, el Señor estableció el reino en su mano...». Cuando aplicamos este versículo a nuestros propios hogares, significa que es Dios Padre —y solo Él— quien establece nuestros hogares firmemente dentro de Sus propias manos. Además, Lucas 1:33 declara: «Él reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y de su reino no habrá fin». Aplicar este versículo a nuestras familias significa que, dado que Dios Padre reina como Rey sobre nuestro hogar, nuestro legado familiar perdurará sin fin. A continuación, se presentan la letra de la primera estrofa y del estribillo de la canción cristiana contemporánea «El Señor reina en mi vida»: «El Señor reina en mi vida / El Señor reina en mi vida / El Señor está obrando, incluso ahora / El Señor está obrando en mi vida. Solo en Ti confío, Señor / Solo en Ti confío / Solo en Ti confío; sí, Señor. Solo a Ti adoro. Solo a Ti amo». El Señor gobierna todas nuestras vidas. El Señor gobierna todas nuestras familias. Creyendo que el Señor controla y gobierna tanto nuestras vidas como nuestras familias, oro para que nosotros —tú y yo— rindamos todo control a Él, confiando y dependiendo únicamente de Él, adorándolo solo a Él y amándolo por encima de todo lo demás.

En segundo lugar, una familia centrada en Cristo existe bajo la autoridad de Jesús, el Hijo; por lo tanto, en obediencia al «Doble Mandamiento» de Jesús, dicha familia ama a Dios y ama a su prójimo. El 25 de enero de 2021, escribí y compartí el siguiente mensaje bajo el título: «Una familia que da el fruto del amor»: «Oro para que nuestras familias centradas en Cristo sean como árboles de amor: sembrando semillas de amor, permitiendo que sus

raíces crezcan profundas, extensas y abundantes bajo la tierra —donde permanecen ocultas—, hasta que los primeros brotes de amor emerjan gradualmente sobre la superficie, permitiendo que el árbol del amor crezca fuerte y robusto, y, finalmente, dé el fruto del amor». Al igual que los agricultores, somos nosotros quienes sembramos semillas de amor dentro de nuestras familias. Se requiere una cantidad considerable de tiempo para que estas semillas de amor echen raíces bajo la tierra y para que dichas raíces crezcan profundas, extensas y abundantes. Por lo tanto, debemos aprender a cultivar la paciencia de un agricultor. La Biblia, en Santiago 5:7 (según la traducción *Modern Man's Bible*), afirma: «Hermanos y hermanas, por tanto, sean pacientes y esperen hasta que el Señor regrese. ¡Miren! El agricultor espera con paciencia la preciosa cosecha, aguardando las lluvias de otoño y de primavera». Necesitamos tratar a los miembros de nuestra familia con esta misma paciencia: la paciencia de un agricultor. Así como un agricultor siembra semillas, nosotros también debemos sembrar semillas de amor; y así como un agricultor espera pacientemente a que la cosecha madure, nosotros también debemos esperar con paciencia a que aparezca el fruto del amor. Mientras esperamos, debemos reconocer que, en el proceso de dar el fruto del amor, es muy probable que surjan conflictos debido a nuestras diferencias. En tales situaciones de conflicto, no debemos albergar ira hacia los miembros de nuestra familia: aquellos que han sido creados a imagen misma de Dios. Debemos ejercer la paciencia, refrenando nuestra ira una y otra vez. Consideren Proverbios 19:11: «La sensatez del hombre le hace paciente; su gloria es pasar por alto una ofensa». En particular, debemos aprender de la paciencia que Dios tiene con nosotros. Miren 1 Timoteo 1:16 para ver lo que dice Pablo con respecto a la paciencia de Dios hacia él: «Pero por esa misma razón se me mostró misericordia, para que en mí —el peor de los pecadores— Cristo Jesús pudiera manifestar su inmensa paciencia como ejemplo para aquellos que creerían en él y recibirían la vida eterna». Así como Dios ejerció una inmensa paciencia hacia el apóstol Pablo, actualmente ejerce una paciencia infinita hacia ti y hacia mí, soportándonos una y otra vez. Emulando esta paciencia ilimitada de Dios, nosotros también debemos ejercer paciencia hacia nuestros propios familiares. Al hacerlo, nuestras familias —centradas en el Señor— se establecerán firmemente en armonía.

Queridos amigos, una familia centrada en Cristo existe bajo la autoridad de Jesús, el Hijo de Dios. Esto significa que una familia centrada en Cristo debe someterse a las palabras autoritativas de Jesús. Estas palabras autoritativas no son otras que el «Doble Mandamiento» de Jesús, tal como Él lo expresó en Mateo 22:37 y 39: «Jesús le dijo: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente"... Y el segundo es semejante a este: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo"». Que cada miembro de la familia se someta a este Doble Mandamiento —amando a Dios con todo su corazón, alma y mente, y amando a su prójimo como a sí mismo— es precisamente lo que significa someterse a la autoridad de Jesús. Además, esto constituye nuestra responsabilidad como aquellos que desean edificar una familia centrada en Cristo. Amigos, el Señor desea establecer a nuestras familias como un anticipo del Cielo. Con este mismo propósito, Él nos ha dado el Doble Mandamiento: el mandamiento del Cielo mismo (Mateo 22:37, 39). Es más, para capacitarnos para obedecer este Doble Mandamiento, el Señor, por medio del Espíritu Santo, ha derramado el amor de Dios en nuestros corazones (Romanos 5:5); al hacerlo, Él nos está llenando progresiva y crecientemente de amor: el fruto del Espíritu (Gálatas 5:22). Por lo tanto, nuestra responsabilidad es obedecer este mandamiento y, siguiendo la guía del Espíritu Santo, lograr que toda la familia —con un solo corazón y una sola mente (Filipenses 1:27; 2:2)— se una para amar a Dios con toda su vida y amarse los unos a los otros como a sí mismos. Al hacerlo, nuestra familia se convertirá cada vez más en un reflejo del Cielo, desbordante de gozo celestial (Juan 15:11; 1 Juan 1:4), amor (Salmos 33:5) y paz (Romanos 15:13).

He intentado reinterpretar este Doble Mandamiento de Jesús a través de la perspectiva de la Primera Epístola del apóstol Juan. En otras palabras, Jesús mandó: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente» (Mateo 22:37); Visto a través de la lente de la Primera Epístola del apóstol Juan, cumplir este mandamiento significa obedecer las palabras que se encuentran en 1 Juan 2:15–17: «No améis al mundo ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Porque todo lo que hay en el mundo —los deseos de la carne, los deseos de los ojos y la

vanagloria de la vida— no proviene del Padre, sino del mundo. El mundo y sus deseos pasan, pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre». Aquí, hacer la voluntad de Dios significa abstenerse de vivir conforme a «los deseos de la carne, los deseos de los ojos y la vanagloria de la vida»: aquellas cosas de este mundo que están destinadas a perecer. Además, Jesús mandó: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Mateo 22:39); una vez más, visto a través de la lente de la Primera Epístola del apóstol Juan, cumplir este mandamiento significa obedecer las palabras que se hallan en 1 Juan 2:3–11. Para resumir el mensaje de 1 Juan 2:3–11 en una sola frase: consiste en amar a tus hermanos y hermanas, y no odiarlos. Sin embargo, Satanás desea convertir nuestros hogares en un infierno. En consecuencia, Satanás busca hacernos desobedecer el doble mandamiento de Jesús —el mandamiento del Cielo (Efesios 2:2; 5:6)— y, en su lugar, nos incita a seguir el mandamiento del Infierno: odiarnos los unos a los otros (Génesis 37:5; Deuteronomio 22:13; Mateo 24:10; 1 Juan 2:9). Es más, en complicidad con el espíritu de falsedad, Satanás siembra incesantemente el odio en nuestro interior (Deuteronomio 21:17; 2 Samuel 13:15; Proverbios 10:12), impulsándonos a cometer obras de tinieblas (Isaías 29:15; Ezequiel 8:12; Efesios 5:11), haciendo así que nuestras familias produzcan frutos amargos (Romanos 7:5). Por consiguiente, Satanás hace que temamos regresar a nuestros hogares infernales; En cambio, él nos hace permanecer fuera de la casa o, yendo aún más lejos, infunde en nosotros el deseo de huir muy, muy lejos del hogar. Es más, Satanás nos hace perder el deseo incluso de ver a los miembros de nuestra familia. Y nos impulsa a odiar a nuestros cónyuges cada vez con mayor intensidad. En medio de este odio creciente hacia el cónyuge, Satanás acecha, esperando el momento de explotar las grietas cada vez más amplias en el vínculo matrimonial (cf. Neh 4:3 —la palabra hebrea para «brecha» o «fisura»—; Neh 6:1). Él desvía nuestra atención hacia otra mujer u otro hombre y —alimentado por la concupiscencia de los ojos y la concupiscencia de la carne (1 Juan 2:16)— nos incita a codiciar a esa otra persona, conduciéndonos finalmente por el camino del adulterio. El objetivo último de Satanás es desmantelar y destruir nuestras familias, impidiendo así que establezcamos un «cielo en la tierra» dentro de nuestros hogares y, por el contrario, transformando a nuestras familias en verdaderos infiernos. ¡Esto es guerra espiritual! ¡La

familia es un campo de batalla espiritual! ¿Qué debemos hacer, entonces? Debemos librar esta guerra espiritual.

Mis queridos amigos, nosotros pertenecemos a Dios. Como hijos de Dios —nacidos de nuevo mediante la fe en Su Hijo, el Señor Jesucristo—, tanto ustedes como yo le pertenecemos a Él. Debemos aferrarnos a la absoluta convicción de que pertenecemos a Dios. Aunque actualmente vivimos en este mundo dominado por Satanás (el Diablo), como aquellos que pertenecen a Dios —y como ciudadanos del mundo venidero, el Reino de los Cielos—, debemos vivir en obediencia al doble mandamiento de Jesús. Incluso si Satanás intenta engañarnos e incitarnos a odiar a nuestros hermanos y hermanas, como aquellos que ya han recibido la vida eterna, debemos llevar vidas caracterizadas por un amor compartido hacia Dios y un amor mutuo los unos por los otros. En esta guerra espiritual, debemos crecer en nuestro conocimiento del Señor y de Dios Padre, quienes moran en nosotros; además, manteniéndonos firmes sobre la poderosa Palabra de Dios que reside en nuestro interior, debemos vivir vidas de victoria: luchando contra las tentaciones de Satanás —y venciéndolas— mediante la fe. Por lo tanto, aun mientras vivimos en este mundo malvado dominado por el Diablo, permitámonos —como corresponde a quienes pertenecen a Dios— amar a nuestros prójimos, hermanos y hermanas con el mismo amor que Dios tiene por nosotros, preparándonos así fielmente para la Segunda Venida de Jesús y para la vida en el Reino de los Cielos.

Mis queridos amigos, debemos dedicarnos a edificar familias centradas en Cristo. Para lograr esto, en segundo lugar, debemos someternos a la autoridad de Jesús, el Hijo de Dios. Debemos obedecer el doble mandamiento de Jesús. El Espíritu Santo —quien inaugura los tiempos finales— habita en nosotros; Él está produciendo actualmente el fruto del Espíritu, específicamente el "amor" (Gálatas 5:22), y nos está capacitando para obedecer el doble mandamiento de Jesús. Por lo tanto, debemos vivir y amar al paso del Espíritu Santo (v. 16). En otras palabras, debemos permitirnos ser guiados por el Espíritu Santo (v. 18), y debemos vivir por el Espíritu y caminar por el Espíritu (v. 25). Cuando hacemos esto, nuestros

corazones se transformarán en un anticipo del Cielo; nuestras familias se convertirán en hogares celestiales; y nuestra iglesia se convertirá en una comunidad que encarna verdaderamente el Reino de los Cielos.

Finalmente —y en tercer lugar—, una familia centrada en Cristo experimenta la mismísima presencia de Dios, el Espíritu Santo. A todos ustedes, me gustaría plantearles dos preguntas: (1) La primera pregunta es esta: ¿Creen que Dios está con ustedes? Por ejemplo, si observamos la primera mitad de Isaías 41:10 —un versículo muy apreciado por mi madre—, la Biblia declara: «No temas, porque yo estoy contigo…». ¿Creen en esta Palabra de Dios exactamente tal como está escrita? Creer en esta Palabra de Dios exactamente tal como está escrita significa confiar en Dios cuando Él dice: «Yo estoy contigo», y —debido a que Dios está, en efecto, con ustedes— elegir no tener miedo. Como otro ejemplo, en la segunda mitad de Mateo 28:20, Jesús dijo: «Y ciertamente yo estoy con ustedes siempre, hasta el fin de los tiempos». ¿Creen en estas palabras de Jesús exactamente tal como Él las pronunció? Aquellos de ustedes que verdaderamente creen confían en que el Señor —quien nos ama, y nos ama hasta el fin (Juan 13:1)— está, en efecto, siempre con nosotros, hasta el fin de los tiempos (Mateo 28:20). (2) La segunda pregunta es esta: ¿Han experimentado alguna vez, personalmente, la presencia de Dios con ustedes? Por ejemplo, hace unas semanas, cuando recibimos noticias sobre la quinta cirugía cardíaca y la posterior recuperación de la hermana Lee Jong-mi —por quien muchos de ustedes han estado orando aquí en Corea—, los miembros de nuestro grupo de oración en KakaoTalk experimentaron verdaderamente la realidad de que Dios está vivo y de que Él está con nosotros. Al compartir ahora con ustedes esta experiencia de la presencia de Dios, imagino que algunos de ustedes podrían estar preguntándose: «Si la hermana Lee Jong-mi experimentó la presencia del Dios vivo porque sobrevivió a la cirugía y tuvo una pronta recuperación, ¿qué habría sucedido si hubiera fallecido durante el procedimiento? ¿Habría sido posible, aun así, experimentar la presencia de Dios en esa situación?». La razón por la que puedo responder a esa pregunta con un «sí» rotundo y confiado es que yo, personalmente, experimenté la presencia del Dios vivo cuando mi primer hijo, Juyeong, falleció. Aquella experiencia tuvo lugar cuando mi esposa y

yo tomamos un bote para esparcir las cenizas de nuestro bebé en el agua; al regresar a la orilla, en medio de la obra desbordante del Espíritu Santo, me encontré a mí mismo alabando el amor redentor del Señor, maravillándome de cuán magnífico y prodigioso es en realidad. Esto constituye una prueba irrefutable de que, en efecto, era el Espíritu Santo quien estaba obrando. ¿Cómo podría yo —un padre cuyo amado hijo acababa de morir— llegar a encontrar en mí la fuerza para alabar el amor redentor del Señor? Fue el Espíritu Santo quien obró esto. Esto es, precisamente, lo que significa experimentar la presencia de Dios: percibir y experimentar conscientemente la realidad de que Dios está conmigo.

Amigos, ya hemos abordado dos de las tres características clave de un hogar centrado en Cristo: (1) Un hogar centrado en Cristo reconoce la soberanía de Dios Padre y cree que Dios está controlando y gobernando activamente a nuestra familia. (2) Un hogar centrado en Cristo se somete a la autoridad de Dios Hijo —Jesús— y, en obediencia a Su doble mandamiento, ama tanto a Dios como al prójimo. (3) Hoy, como nuestro tercer y último punto, un hogar centrado en Cristo experimenta la presencia de Dios Espíritu Santo.

Amigos, ¿experimentan ustedes la presencia de Dios Espíritu Santo en su hogar? ¿Perciben y experimentan conscientemente la presencia del Espíritu Santo con ustedes, ya sea en su relación con su cónyuge, con sus hijos o en otros aspectos de la vida familiar? ¿Qué significa, exactamente, «percibir y experimentar conscientemente la presencia del Espíritu Santo con nosotros»? Lo explicaré en dos partes:

(1) Significa que el Espíritu Santo no solo nos capacita para reconocer la soberanía de Dios Padre —y para creer que Él está controlando y gobernando a nuestra familia—, sino que también nos permite reconocer y experimentar verdaderamente, en medio de nuestra vida cotidiana, que Dios Padre está obrando soberanamente dentro de nuestro hogar, controlando y gobernando activamente a cada miembro de nuestra familia.

En mi propio caso —cuando mi esposa y yo nos conocimos hace unos 26 años y celebramos nuestra ceremonia de boda ante Dios hace unos 25 años—, mantuvimos la firme creencia, convicción y confesión de que nuestro encuentro y nuestro matrimonio fueron obra de Dios mismo, enteramente dentro del ámbito de Su divina soberanía. El Espíritu Santo me concedió una fe y una convicción tan profundas que me habría sido imposible sentir de otro modo. Me sentí totalmente impelido a aceptar esta obra del Espíritu Santo porque, humanamente hablando, mi esposa y yo éramos dos personas que nunca se habrían cruzado; sin embargo, a través del Señor, fuimos unidos como un solo cuerpo. Además, a medida que mi cónyuge y yo criamos a nuestros tres hijos, hemos llegado a vislumbrar que Dios Padre ama a estos niños incluso más de lo que lo hacemos nosotros, sus padres, y que Él está obrando soberanamente en la vida de cada uno de ellos. Verdaderamente, Dios Padre tiene el control de estos tres hijos y los está gobernando. Por lo tanto, con fe, mi cónyuge y yo oramos a Dios Padre en favor de nuestros tres hijos, suplicándole que continúe controlándolos y guiándolos.

(2) El significado de «ser conscientes de la presencia de Dios el Espíritu Santo con nosotros y experimentarla» consiste en tener conciencia de que Dios el Espíritu Santo nos capacita —y en experimentar dicha capacitación— para obedecer el autoritativo «Doble Mandamiento» de Jesús, propiciando así un «Hogar Celestial».

Esta conciencia y esta experiencia aluden al proceso mediante el cual nuestro hogar se convierte en un «Hogar Celestial»: una transformación que se produce porque Dios el Espíritu Santo, quien mora en nuestro interior, nos colma hasta rebosar con el fruto del Espíritu: el amor. Guiados por el Espíritu Santo, llegamos a amar a Dios con todo nuestro corazón, alma y mente, y a amar a los miembros de nuestra familia tal como nos amamos a nosotros mismos. La transformación de un hogar en un lugar celestial es obra exclusiva de Dios el Espíritu Santo; en efecto, solo Dios el Espíritu Santo posee el poder para hacer de nuestro hogar un cielo en la tierra. Por consiguiente —ya se trate del esposo, la esposa o los hijos—, toda la familia debe estar llena del Espíritu Santo y rebosar de amor. En conformidad

con el Doble Mandamiento de Jesús, todos debemos unirnos en un solo corazón y una sola mente para amar a Dios con todo nuestro corazón, alma y mente, y para amarnos los unos a los otros con el amor de Dios, tal como nos amamos a nosotros mismos. Al hacerlo, seremos verdaderamente conscientes de la presencia de Dios el Espíritu Santo con nosotros y la experimentaremos.

Deseo dar por concluido este tiempo de reflexión bíblica. Queridos amigos, a los ojos de Dios, cada una de nuestras familias reviste una importancia inmensa. Por esta razón, el Señor desea edificar a cada una de nuestras familias. Por ende, debemos obedecer con humildad y participar en la obra del Señor de edificar nuestras respectivas familias. No obstante, al participar en dicha obra, nuestra prioridad primordial debe ser asegurarnos de que nosotros mismos estemos viviendo vidas centradas enteramente en el Señor. Vivir una vida centrada en el Señor significa experimentar la presencia de Dios el Espíritu Santo mientras nos sometemos al dominio, control y gobierno soberanos de Dios Padre —quien es Amor (1 Juan 4:8, 16)— y al obedecer las palabras con autoridad de Jesucristo, el Hijo de Dios y la Verdad (Juan 14:6); específicamente, sus dos mandamientos de amar a Dios y de amar al prójimo (Mateo 22:37, 39). Por lo tanto, nuestras familias también deben establecerse como hogares centrados en el Señor; debemos reconocer la soberanía de Dios Padre, creyendo que Él controla y gobierna a nuestras familias; y, poniéndonos bajo la autoridad de Dios Hijo —Jesús—, debemos obedecer sus dos mandamientos de amar a Dios y a nuestros prójimos, tomando así conciencia de la presencia del Espíritu Santo dentro de nuestros hogares y experimentándola. Una familia así, centrada en el Señor, transforma el hogar en un pequeño cielo en la tierra. Oro para que esta bendición repose sobre todas nuestras familias.

Una familia en transformación

«No se conformen a este mundo, sino transfórmense mediante la renovación de su mente, para que puedan discernir cuál es la voluntad de Dios: buena, agradable y perfecta» (Romanos 12:2).

En su libro *Renovation of the Heart* (Renovación del corazón), el pastor Dallas Willard afirma: «Lo único que verdaderamente puede vencer el mal exterior es una profunda transformación interior» (Willard). ¿Creemos usted y yo verdaderamente que la única manera de vencer de forma decisiva el mal exterior es a través de una profunda transformación interior?

Personalmente, me esfuerzo por buscar esta transformación interior, no solo para mí mismo, sino también para los miembros de mi familia biológica, así como para los miembros de mi familia espiritual aquí en la Iglesia Presbiteriana Victory. En otras palabras, deseo llevar a cabo mi caminar espiritual personal, mi ministerio familiar y mi ministerio pastoral centrándome en la transformación interior que Dios ve, en lugar de en los cambios exteriores visibles al ojo humano. La razón de esto es que, sin una transformación interior, nunca podrá tener lugar ningún cambio exterior verdadero. Personalmente, creo que el problema fundamental que enfrentamos los cristianos es que descuidamos la transformación interior mientras prestamos demasiada atención a las apariencias exteriores. Debido a que buscamos cambios superficiales sin experimentar una transformación fundamental del corazón, los cristianos a menudo no logramos ejercer una

influencia positiva en el mundo; en cambio, ocurre lo contrario: somos influenciados *por* el mundo, conformándonos a sus caminos y, con ello, alejándonos de nuestro verdadero ser y cometiendo ofensas tanto a los ojos de Dios como a los de los hombres. Para los observadores humanos, podemos parecer poseedores de una fe profunda; podemos parecer orar excepcionalmente bien, demostrar un sólido conocimiento de la Biblia y servir a la iglesia con gran celo. Sin embargo, debido a que falta una transformación fundamental del corazón —incluso después de asistir a la iglesia durante años—, inevitablemente no logramos mostrar cambios distintivos en nuestro carácter o en nuestra conducta. Personalmente, abordo mi ministerio familiar tratando a mi hogar como un «desierto»: un lugar donde busco la ayuda y la guía de Dios. El catalizador de esta perspectiva fue la lectura del libro de John Bevere, *Growing Strong in Dry Times* (Creciendo fuertes en tiempos de sequía), titulado originalmente *The Wilderness* (El desierto). Al leer ese libro, llegué a la conclusión de que necesitaba ver no solo a la iglesia, sino —más específicamente— a mi propio hogar como un desierto. Existen dos razones principales para esto:

(1) La razón por la que *deberíamos* tratar nuestro hogar como un desierto —o, mejor dicho, la razón por la que *inevitablemente debemos* hacerlo— es que es precisamente el lugar donde todos los pecados de los miembros de nuestra familia están destinados a quedar al descubierto.

Particularmente al considerar el contexto de una relación matrimonial, creo que no existe otro lugar comparable al hogar para sacar a la luz cada uno de los pecados de la pareja. Por supuesto, resulta innegablemente doloroso y angustioso cuando todos nuestros pecados quedan expuestos dentro del hogar. Tales momentos vienen naturalmente acompañados de dolor y aflicción; de hecho, existe un gran potencial para que nos inflijamos heridas profundas mutuamente. Sin embargo, las parejas que acogen su hogar como un desierto llegan a considerar los pecados expuestos en su relación como manifestaciones de la gracia de Dios; pues, a través de este mismo proceso, son testigos de cómo los pecadores son sostenidos por Su gracia. A medida que crecen en su comprensión de esta gracia —y a

medida que sus pecados mutuos continúan quedando al descubierto ante un Dios santo dentro del hogar— son capaces de mirarse a los ojos y aceptarse mutuamente exactamente tal como son: con toda su fealdad. Al hacerlo, reconocen y confiesan que no solo su propia existencia es producto de la gracia de Dios, sino que la existencia de su cónyuge es, asimismo, enteramente obra de Su gracia. En consecuencia, comenzamos a tratarnos unos a otros con esa misma gracia que Dios nos ha extendido a nosotros, pecadores tal como somos. Perdonamos las faltas y pecados del otro y, con el corazón de nuestro Padre Celestial, nos abrazamos con amor y avanzamos juntos. No obstante, al darnos cuenta de que somos absolutamente incapaces de lograr esto por nuestras propias fuerzas, nos vemos impulsados a retirarnos a la soledad de nuestro "hogar-desierto", para permanecer a solas ante Dios y elevar nuestras súplicas. Mientras oramos, Dios obra en el corazón de cada cónyuge, derramando Su gracia sobre nosotros para que, a su vez, podamos tratarnos mutuamente con la gracia y el amor que emanan de Él. Por lo tanto, debemos acoger nuestro hogar como un desierto. Esto se debe a que no existe lugar comparable al hogar para sacar a la luz todos nuestros pecados conyugales. (2) La razón por la que debemos ver nuestro hogar como un «desierto» es que, en lugar de exigirnos mutuamente lo que *queremos*, deberíamos centrarnos en satisfacer las *necesidades* genuinas del otro.

El hogar no es un lugar donde el esposo y la esposa simplemente se exigen mutuamente cualquier cosa que se les antoje desear. Sin embargo, una y otra vez, nos sorprendemos esperando que nuestro cónyuge satisfaga nuestros propios deseos personales. El problema surge cuando estos deseos quedan insatisfechos; caemos entonces en un ciclo de quejas, resentimientos y discusiones mutuas. Al igual que los israelitas durante sus cuarenta años en el desierto —quienes murmuraban y se quejaban constantemente contra Moisés y contra Dios porque sentían que sus deseos no estaban siendo satisfechos—, a menudo vemos que estos mismos «fenómenos del desierto» se manifiestan dentro de nuestros propios hogares. Esto resulta particularmente evidente en la dinámica de nuestras relaciones conyugales. ¿Cuál es, entonces, la raíz del problema? Esta proviene de la idea errónea de que el hogar es un lugar para exigir lo que *queremos*, en lugar de ser un santuario para satisfacer las

necesidades del otro. Si el hogar se convierte meramente en un lugar donde la esposa exige incesantemente cosas a su esposo —y el esposo, a su vez, exige interminablemente a su esposa—, inevitablemente se verá asolado por perpetuas contiendas y conflictos nacidos de deseos insatisfechos. Sin embargo, si la pareja decide adoptar la perspectiva del «desierto» dentro de su matrimonio, cambiará su enfoque: dejará de exigir sus propios deseos para dedicarse a satisfacer las necesidades genuinas del otro. A medida que el esposo se esfuerza por comprender mejor las necesidades de su esposa —y procura satisfacerlas mediante el amor de Cristo—, ella llegará a experimentar el amor de Dios a través de él. Del mismo modo, a medida que la esposa crece en la comprensión de las necesidades de su esposo —y, reconociendo su autoridad tal como la Iglesia se somete a Cristo, escucha y obedece sus palabras—, él recibirá fuerza y empoderamiento de parte de Dios a través de ella. De esta manera, a medida que la pareja experimenta la satisfacción de sus necesidades individuales a través del otro, llegará a disfrutar de un profundo sentido de satisfacción y plenitud. Y juntos, la pareja ofrecerá acciones de gracias y alabanzas a Dios. Por lo tanto, debemos hacer de nuestro hogar un desierto. Pues no existe mejor lugar que el hogar para que el esposo y la esposa satisfagan mutuamente sus necesidades mediante el amor del Señor.

Hoy, bajo el título «Una familia transformada», deseo meditar en una sola lección centrada en Romanos 12:2 —específicamente, cuáles son nuestras responsabilidades en la edificación de una familia transformada—, mientras oro para que el Señor transforme verdaderamente a todos y cada uno de nuestros hogares a medida que Él los establece.

No debemos conformarnos a esta época (el mundo), sino más bien ser transformados mediante la renovación de nuestra mente.

En Mateo 12:39, Jesús se refirió a esta época (el mundo) como una «generación mala y adúltera». El apóstol Pablo también, en Gálatas 1:4, describió esta época como «este presente siglo malo». Además, en Efesios 2:2 y Gálatas 5:16, Pablo afirmó que, antes de

depositar nuestra fe en Jesús y convertirnos en nuevas criaturas, vivíamos conforme a «las costumbres de este mundo» (Ef 2:2) o a «los deseos de la carne» (Gál 5:16). ¿Cuáles son, entonces, exactamente estas «costumbres de este mundo» o «deseos de la carne» que perseguíamos antes de creer en Jesús y convertirnos en personas nuevas? La respuesta se encuentra en la primera parte de Gálatas 5:19-21: «Las obras de la carne son evidentes: inmoralidad sexual, impureza y libertinaje; idolatría y brujería; odio, discordia, celos, arrebatos de ira, ambición egoísta, disensiones, facciones y envidia; borracheras, orgías y cosas semejantes». Una lista similar aparece en Romanos 1:29-31: «Están llenos de toda clase de maldad, perversidad, avaricia y malicia. Están repletos de envidia, homicidios, contiendas, engaños y malicia. Son chismosos, calumniadores, aborrecedores de Dios, insolentes, arrogantes y jactanciosos; inventan formas de hacer el mal; desobedecen a sus padres; son insensatos, desleales, insensibles y despiadados». El problema radica en que nosotros —quienes ya hemos creído en Jesucristo y nos hemos convertido en personas nuevas— a veces fallamos en vivir como el pueblo santo de Dios, de manera digna de nuestra nueva identidad; en su lugar, seguimos viviendo conforme a los hábitos del «viejo yo», siguiendo estos deseos carnales. ¿Cuál es el problema? ¿Por qué sucede que, habiendo creído en Jesús y convertido en personas nuevas, todavía no logramos despojarnos de las obras del viejo yo, a pesar de que deberíamos estar viviendo de una manera que refleje nuestra nueva naturaleza? ¿Cuál es, exactamente, el problema? El problema reside precisamente en nuestros corazones. Cometemos pecado porque no logramos atesorar la Palabra de Dios en nuestros corazones. Como afirma el Salmo 119:11: «En mi corazón he atesorado tu palabra para no pecar contra ti». Si no guardamos la Palabra de Dios en nuestros corazones, estos no pueden ser renovados. En consecuencia, no nos queda otra opción que vivir conforme a esta generación pecaminosa e inmoral, siguiendo nuestros corazones entenebrecidos y necios (1:21) o los deseos pecaminosos de nuestros corazones (1:24). ¿Qué debemos hacer, entonces, tú y yo? Debemos experimentar una transformación mediante la renovación de nuestra mente. En resumen, nuestros corazones necesitan desesperadamente un cambio.

Debemos dedicarnos con aún mayor diligencia a meditar en la Palabra de Dios. La razón es que, cuanto más meditamos en la Palabra de Dios —día y noche—, más pueden nuestros corazones ser transformados por el poder de esa misma Palabra. ¿Cómo es esto posible? En primer lugar, cuanto más meditamos en la Palabra de Dios, más nos capacita el Espíritu Santo para escuchar la voz de Dios. Para reformular esto desde la perspectiva del pasaje bíblico de hoy —Romanos 12:2—: cuanto más meditamos en la Palabra de Dios, más capaces nos volvemos de discernir la voluntad de Dios. Cuando esto sucede —y esto nos lleva al segundo punto—, tiene lugar una verdadera transformación en nuestros corazones a medida que obedecemos la voluntad de Dios que hemos discernido. Así, en 1 Pedro 1:22, el apóstol Pedro afirma: «Habiendo purificado vuestras almas mediante vuestra obediencia a la verdad». Además, en Efesios 5:26, el apóstol Pablo declara que Dios nos «limpia y santifica» por medio de su Palabra. Es mi ferviente oración que, a medida que toda nuestra familia eclesial se acerque cada vez más a la Palabra de Dios —escuchándola, leyéndola, meditando en ella, estudiándola y obedeciéndola—, se produzca una transformación fundamental del corazón en cada uno de nosotros. Oro para que nuestros corazones lleguen a ser íntegros (una integridad de corazón). En consecuencia, oro para que nosotros —tú, yo y nuestras familias— dejemos de conformarnos al patrón de este mundo y, en su lugar, imitemos cada vez más a Jesucristo, convirtiéndonos así en agentes de transformación en este mundo.

Me gustaría concluir esta reflexión meditando en la Palabra de Dios. El pastor Kang Jun-min hizo una vez la siguiente observación: «Todos deseamos un cambio. Sin embargo, el cambio no es, en absoluto, una tarea fácil. León Tolstói comentó en una ocasión: "Todo el mundo piensa que la humanidad debería cambiar, pero nadie piensa que él mismo deba cambiar"». Tendemos a creer que son las personas que nos rodean quienes necesitan cambiar. Incluso luchamos desesperadamente por cambiar a aquellos con quienes compartimos nuestras vidas. Sin embargo, rara vez nos detenemos a considerar que somos *nosotros mismos* quienes necesitamos cambiar. La razón de esto es que no logramos confrontarnos a nosotros mismos con honestidad. Si deseas cambiar a los demás, primero debes

experimentar un cambio en tu interior. Si estamos orando fervientemente a Dios por la transformación de nuestras familias, entonces primero debemos permitir que nosotros mismos seamos transformados. Oro para que todos nosotros —al no conformarnos a esta generación (o mundo), sino más bien al ser transformados mediante la renovación de nuestra mente— lleguemos a ser familias verdaderamente transformadas por el Señor.

Un hogar piadoso

«Era un hombre devoto y temeroso de Dios con toda su casa; daba muchas limosnas al pueblo y oraba a Dios siempre» (Hechos 10:2).

He aquí diez secretos para un hogar feliz (Dr. H. L. Mencken): (1) Establezcan metas para su vida matrimonial. Ya sea durante la preparación para el matrimonio o incluso después de haber contraído nupcias, deben establecer una visión del tipo de familia en la que desean convertirse y esforzarse constantemente por alcanzar ese objetivo. Sin una meta, no tienen rumbo fijo. (2) Mantengan ambos ojos bien abiertos antes del matrimonio, pero cierren uno después de casarse. Una vez casados, deben elegir pasar por alto los defectos de los miembros de su familia. Después de todo, ¿quién de nosotros está libre de imperfecciones? «No juzguen, para que no sean juzgados» (Mateo 7:1). (3) Compararse con los demás conduce a la desdicha, y los secretos engendran tragedia. A menudo comparamos a nuestros seres queridos con otras personas sin siquiera darnos cuenta. Hacerlo puede generar arrogancia en una de las partes y una devastación absoluta en la otra. Los secretos, inevitablemente, levantan muros entre las personas. (4) No se vayan a dormir albergando ira. Esto transmite el mismo significado que la exhortación de Pablo: «No permitan que el sol se ponga mientras ustedes siguen enojados». (5) No se limiten a mirarse el uno al otro; miren, en cambio, juntos en la misma dirección. Deben esforzarse por vivir sus vidas buscando a Dios y Su voluntad de manera conjunta, y actuando en conformidad con ellos. Si una persona es arrastrada constantemente por las exigencias de la otra, quien es arrastrado terminará albergando un profundo resentimiento. (6) Manténganse unidos en la forma en que administran el dinero. Es prudente llegar a un acuerdo mutuo sobre cómo

gastar sus fondos, dejando de lado los gastos incidentales menores. (7) Treinta segundos de palabras pronunciadas con los labios pueden convertirse en treinta años de dolor en el corazón. Las palabras hirientes infligen heridas profundas. Por lo tanto, sus palabras deben ser siempre constructivas y amables. (8) Mantengan la alegría y la intimidad en el dormitorio. «El hombre y su mujer estaban ambos desnudos, y no sentían vergüenza» (Génesis 2:25). Esto describe el estado de la primera pareja en el Jardín del Edén. (9) Anímense mutuamente y llénense el uno al otro de entusiasmo. Este es el verdadero elixir del amor. Pocos ministerios son más importantes que el ministerio del aliento. (10) Comience su día con oración y termínelo con oración. Este es el consejo de alguien que verdaderamente comprende la naturaleza de la vida. «Si usted capta estos secretos y los pone fielmente en práctica, entonces —aunque la felicidad perfecta tal vez no exista en esta tierra— ciertamente podrá vivir una vida que sea muy cercana a la felicidad» (Fuente: Internet). Al reflexionar sobre estos diez métodos que debemos esforzarnos por seguir para construir un hogar feliz, hay cerca de tres de ellos que resuenan en mí con una profundidad particular. Estos principios son: la necesidad de establecer metas dentro del matrimonio; la práctica de comenzar y terminar cada día con oración; y la verdad de que «treinta segundos en los labios se convierten en treinta años en el corazón».

Basándome en el pasaje bíblico de hoy —Hechos 10:2— deseo compartir tres lecciones sobre cómo construir un hogar piadoso. Dado que una familia verdaderamente feliz debe ser, ante todo, una «familia piadosa», recurriremos a Cornelio y a su casa para aprender cómo lograrlo. Es mi sincera esperanza que, al adoptar estas tres lecciones y aplicarlas a nuestras propias vidas, nuestras familias —la suya y la mía— puedan establecerse como familias piadosas a los ojos de Dios y felices a los ojos de nuestros vecinos.

En primer lugar, una familia piadosa teme a Dios.

Por favor, observe la primera parte del pasaje bíblico de hoy, Hechos 10:2: «Era un hombre devoto y que temía a Dios con toda su casa…». El hecho de que Cornelio —el cabeza de su

hogar— fuera un hombre devoto que «temía a Dios con toda su casa» nos ofrece una lección valiosa. Esa lección es, sencillamente, esta: los hombres entre nosotros —los esposos y padres de nuestras familias— deben tomar la iniciativa en el temor a Dios. Pero, ¿qué significa «temer a Dios»? Significa, muy simplemente, odiar el mal. Observe Proverbios 8:13: «El temor del SEÑOR es aborrecer el mal; el orgullo, la arrogancia, el mal camino y la boca perversa, yo aborrezco». La Biblia nos dice que Dios aborrece el orgullo, la arrogancia, la conducta malvada y la boca perversa. Por lo tanto, cualquiera que tema a Dios debe aborrecer también estas mismas cosas que Dios aborrece. Además, si temer a Dios significa odiar el mal, entonces, a la inversa, podemos decir que temer a Dios también significa amar lo que es bueno. En otras palabras, temer a Dios significa amar lo que es bueno. Nosotros somos aquellos que odian el mal y pertenecen al bien (Rom. 12:9). Somos las obras maestras de Dios: nuevas creaciones formadas por Dios en Cristo Jesús (Ef. 2:10). La razón por la que Dios nos ha hecho nuevos de esta manera es «para buenas obras en Cristo Jesús» (v. 10). Por lo tanto, debemos hacer el bien y no desanimarnos (Gál. 6:9). La razón es que, si no nos cansamos, cosecharemos una mies a su debido tiempo (v. 9).

Una familia piadosa es una familia centrada en Cristo; una familia que teme a Dios. Una familia que teme a Dios es una familia que odia el mal, ama lo que es bueno y practica activamente la bondad. Debemos esforzarnos por hacer el bien y no desanimarnos.

En segundo lugar, una familia piadosa es generosa al dar a los necesitados.

Observe la parte central del texto de hoy, Hechos 10:2: «…daba generosamente al pueblo…». Cornelio y su casa demostraron las dos facetas de la verdadera piedad: temer a Dios de manera vertical y amar al prójimo de manera horizontal. La verdadera piedad —muy similar a las dos caras de una moneda— requiere tanto amor a Dios como amor al prójimo. Una cara de la moneda es temer a Dios; la otra cara es cuidar del prójimo. ¿Qué constituye, entonces, la verdadera piedad? Observe Santiago 1:27: «La religión que Dios nuestro Padre acepta como pura e intachable es esta: cuidar de los huérfanos y las viudas en su aflicción

y guardarse de ser contaminado por el mundo». La verdadera piedad —pura e intachable a los ojos de Dios Padre— implica cuidar de los huérfanos y las viudas en su aflicción. Sin embargo, mientras cuida de los demás, la persona verdaderamente piadosa —por reverencia a Dios— también se guarda a sí misma para no ser contaminada por el mundo. Cornelio era, en efecto, un hombre verdaderamente devoto. Su reputación de temer a Dios y brindar ayuda generosa a sus vecinos se extendió por todas partes, ganándole el elogio de «toda la nación judía» (Hechos 10:22). Nosotros también debemos consagrarnos a los actos de caridad. No solo nuestros hogares físicos, sino también la casa de Dios —la Iglesia— deben esforzarse por servir a nuestros prójimos en el temor de Dios, realizando un esfuerzo concertado para cuidar y brindar ayuda a aquellos que se encuentran marginados dentro de la sociedad. Esto es lo que constituye la verdadera piedad a los ojos de Dios.

En tercer y último lugar, un hogar piadoso ora a Dios en todo momento.

Por favor, fíjense en la parte final del pasaje bíblico de hoy, Hechos 10:2: «...quien oraba a Dios continuamente». Cornelio oraba constantemente, de acuerdo con las costumbres judías de oración. La costumbre judía consistía en orar dos veces al día (a las 9:00 a. m. y a las 3:00 p. m.) o tres veces al día (a las 9:00 a. m., a las 12:00 p. m. [mediodía] y a las 3:00 p. m.). En otras palabras, Cornelio mantenía una vida de oración disciplinada y regular. Además, lo verdaderamente notable es el hecho de que las oraciones y los actos de caridad de Cornelio ascendieron a Dios y fueron recordados por Él. Miren el versículo 4: «...El ángel respondió: "Tus oraciones y tus dádivas a los pobres han subido como ofrenda conmemorativa ante Dios"». Aquí podemos observar que una vida de oración y los actos de caridad están indisolublemente unidos. Esta conexión entre la oración y la caridad demuestra que la oración se vuelve verdaderamente justa solo cuando está cimentada en buenas obras.

Aquellos que reverencian a Dios son aquellos que oran. Debemos esforzarnos por mantener una vida de oración regular y disciplinada. Es más, debemos ofrecer a Dios oraciones vivas:

oraciones que sean vibrantes y llenas de vida. Mientras nos elevamos hacia Dios con un corazón reverente, debemos simultáneamente extendernos hacia nuestros prójimos, esforzándonos por amarlos y participar en actos de caridad. Nuestra vida de oración debe ir acompañada de buenas obras.

Al celebrar el mes de mayo —el Mes de la Familia— hemos reflexionado sobre el hogar de Cornelio, el cual las Escrituras presentan como un modelo de familia piadosa. Oro para que el Señor establezca a sus familias y a la mía como hogares piadosos, tal como lo fue el de Cornelio. Que el Señor nos edifique como familias que reverencian a Dios, familias que aman y cuidan a sus prójimos mediante actos de caridad, y familias que oran sin cesar. Que nuestros hogares estén centrados en el Señor, irradiando la fragancia de Jesucristo por todo este mundo.

Debemos desconfiar sumamente de la complacencia que nos lleva a creer que nuestras familias y nuestras iglesias son inexpugnables.

Los jebuseos que habitaban en Jerusalén estaban tan convencidos de que su fortaleza era impenetrable ante una invasión por parte de David y su ejército que, cuando David condujo a sus tropas para atacarlos, lo desafiaron con insolencia: «¡Nunca entrarás aquí! ¡Incluso los ciegos y los cojos podrían impedirte el paso!» (2 Samuel 5:6). Sin embargo, David y su ejército atacaron a los jebuseos y conquistaron la Fortaleza de Sion (v. 7). La lección que este pasaje nos ofrece es que debemos mantenernos sumamente vigilantes ante la arrogancia de suponer que nuestras familias y nuestras iglesias son demasiado fuertes como para que Satanás y sus fuerzas las invadan; por el contrario, debemos permanecer siempre alertas y con dominio propio (1 Pedro 5:8), manteniendo afilada la Palabra de Dios —la espada del Espíritu (Efesios 6:17)— para que podamos resistir eficazmente al diablo y a sus maquinaciones (Efesios 6:11; Santiago 4:7).

¡Él se compadece cuando regresamos!

«Quizás escuchen y cada uno se aparte de su mal camino. Entonces yo me arrepentiré y no traeré sobre ellos el desastre que he planeado para ellos a causa de sus malas obras... Así que ahora, reformen sus caminos y sus acciones, y obedezcan la voz del SEÑOR su Dios. Entonces el SEÑOR se compadecerá y no traerá sobre ustedes el desastre que ha pronunciado en su contra» (Jeremías 26:3, 13).

Es el anhelo profundo de los padres esperar únicamente el día en que un hijo que ha abandonado el hogar finalmente regrese. Por ello, los padres oran a Dios por ese hijo cada día, esperando y esperando con la esperanza de que vuelva. Un ejemplo bíblico maravilloso de esto se encuentra en la «Parábola del Hijo Pródigo», en Lucas 15 (versículos 11–32). En esta parábola, el padre esperó pacientemente el regreso de su hijo menor pródigo, incluso después de que este hubiera reunido todos los bienes que le correspondían como parte de la herencia y se hubiera marchado a una tierra lejana (versículos 12–13; la espera se menciona en el versículo 20). Entonces, cuando el hijo menor —tras haber caído en la indigencia (versículos 13–17)— regresó a su padre con un corazón arrepentido de sus pecados, el padre lo divisó a la distancia mientras volvía a casa. Lleno de compasión, salió corriendo, se echó al cuello de su hijo y lo besó (versículo 20). Además, el padre instruyó a sus siervos que trajeran la mejor túnica y se la pusieran a su hijo, que le pusieran un anillo en el dedo y sandalias en los pies; también les dijo que trajeran el becerro engordado, lo sacrificaran, y que todos comieran y celebraran juntos (versículos 22–23). La razón de esto era que el padre había perdido a su hijo, pero lo había recuperado (lo había hallado de nuevo),

pues este estaba muerto y había vuelto a la vida (versículo 24). Hasta ahora, cada vez que reflexionaba sobre la Parábola del Hijo Pródigo, siempre asumía —desde la perspectiva del padre— que el hijo que necesitaba regresar era únicamente el hijo menor, aquel que se había marchado del hogar. Sin embargo, mientras meditaba hoy en la Palabra de Dios —específicamente en Jeremías 26:3 y 13— se me ocurrió que, tal vez, el hijo que verdaderamente necesitaba regresar en aquella parábola era, en realidad, el hijo mayor. La razón por la que llegué a esta conclusión es que, mientras el hijo menor reconoció su pecado, se arrepintió y regresó a su hogar y a su padre, el hijo mayor —ante el regreso de su hermano— cometió el pecado de dirigir su ira hacia su padre en lugar de compartir la alegría de este (vv. 28–30). En particular, el hijo menor regresó a su padre con un corazón arrepentido, adoptando una actitud humilde y un sentido de gracia, diciendo esencialmente: «No he hecho otra cosa que pecar» (vv. 18–21). En contraste, el hijo mayor permaneció distante de su padre, exhibiendo una actitud arrogante de «justicia propia» —un sentido de merecimiento basado en sus propios méritos— como si dijera: «No he hecho otra cosa que obrar con rectitud» (v. 29). Por esta razón, creo que quien verdaderamente necesitaba regresar al padre era el hijo mayor.

Al observar el pasaje de hoy —Jeremías 26:3— vemos que Dios instruyó al profeta Jeremías: «Ponte en el atrio de la casa del SEÑOR y habla a toda la gente de las ciudades de Judá que viene a adorar a la casa del SEÑOR todas las palabras que yo te mando decirles; no omitas ni una palabra» (v. 2). Luego, Dios articuló el propósito detrás de este mandato de la siguiente manera: «Ponte en el atrio de la casa del SEÑOR y habla a toda la gente de las ciudades de Judá que viene a adorar a la casa del SEÑOR todas las palabras que yo te mando decirles; no omitas ni una palabra» (v. 3). Aquí he identificado dos aspectos distintos del propósito de Dios. El primer propósito es que Dios —hablando a través del profeta Jeremías a aquellos que acuden a Su templo para adorar— se asegure de que escuchen Su palabra y se aparten de sus malos caminos. El segundo propósito es que Dios desista de Su intención de traer desastre sobre ellos (v. 3). Para resumirlo en una sola frase: el propósito

de Dios es evitar el desastre que Él tenía la intención de traer sobre el pueblo de Judá, logrando que estos se aparten de sus malos caminos.

Mientras meditaba en este pasaje, comencé a pensar que tal vez, en este preciso momento, Dios no desea tanto que regresen aquellos que están fuera de la iglesia, sino que más bien nos dice a *nosotros* —los que estamos dentro de la iglesia— que regresemos. En otras palabras, es posible que Dios esté llamándonos actualmente a *nosotros* —quienes ascendemos a Su templo en el Día del Señor para ofrecer adoración— a regresar a Él (Jer. 7:2; 26:2). ¿Desde dónde nos dice que regresemos? Precisamente desde "ese mal camino" (v. 2). Cuando aplico este concepto de "ese mal camino" a nosotros, los cristianos dentro de la iglesia, creo que abarca al menos dos cosas específicas. Estos dos "malos caminos" son nuestra idolatría y nuestras vidas de doble ánimo. En primer lugar, al considerar nuestra idolatría, tres cosas vinieron a mi mente: cosas que amamos más que a Dios. Son el dinero, las personas del sexo opuesto y el honor personal. Al igual que los fariseos, actualmente albergamos amor por el dinero (Lucas 16:14). Además, amamos a las personas del sexo opuesto más de lo que amamos al Señor; de hecho, incluso aquellos de nosotros que ya estamos casados estamos dirigiendo nuestro amor hacia otras personas del sexo opuesto. Finalmente, actualmente valoramos nuestro propio honor personal más altamente que el santo nombre de Dios. En consecuencia, aunque el santo nombre de Dios está siendo profanado en este momento (Ezequiel 20:39; 34:16; 36:21–23; 43:7–8), seguimos apreciando nuestros propios nombres más que el Suyo. Asimismo, nuestro camino perverso —nuestra vida de doble ánimo— consiste en intentar servir a dos amos. En este preciso momento, estamos tratando de servir tanto a Dios como a las riquezas (Mateo 6:24; Lucas 16:13). Si verdaderamente amáramos a Dios, deberíamos detestar las riquezas; Sin embargo, mientras nuestros labios declaran: «Honramos a Dios» (Isaías 29:13; Mateo 15:8; Marcos 7:6) y «Amamos al Señor», nuestros corazones permanecen enamorados del dinero (1 Timoteo 6:10). Es más, cuando ascendemos a la casa del Señor en el día de reposo para ofrecer adoración a Dios, nuestros labios entonan alabanzas tales como: «Nada es más precioso que el Señor Jesús; Él no puede ser intercambiado por los honores de este mundo»

(Nuevo Himnario 94, «Nada es más precioso que el Señor Jesús», Versículo 2); no obstante, en nuestros corazones, atesoramos nuestros propios nombres mucho más que el nombre de Jesús. Incluso mientras cantamos, oramos y profesamos verbalmente nuestro amor por el Señor durante la adoración dominical, nuestros corazones ya se han apartado de Él para perseguir y amar a una ramera (Salmos 73:27; Proverbios 5:20; 7:8). A nosotros —quienes acudimos a la casa de Dios cada semana para ofrecer una adoración de labios, pero cuyos corazones se alejan de Él; quienes, al salir del santuario, aman y anhelan a los ídolos más que a Dios, viviendo en estrecha intimidad con ellos—, Dios nos habla ahora directamente a través de las Escrituras. Esa Palabra de Dios es esta: «Por tanto, enmendad ahora vuestros caminos y vuestras obras, y obedeced la voz del SEÑOR vuestro Dios, y el SEÑOR se arrepentirá del desastre que ha pronunciado contra vosotros» (Jeremías 26:13). Dios nos está llamando a enmendar nuestros caminos y nuestras obras. En otras palabras, Dios nos está diciendo que reformemos nuestros malos caminos y obras (v. 13, NVI). Dios ya nos había instruido en Jeremías 7:3 a enderezar nuestros caminos y obras —es decir, a reformarlos— y ahora, en el texto de hoy de Jeremías 26:13, Dios nos llama una vez más a reformar nuestros caminos y obras. Amigos, ¿qué es exactamente la «reforma»? La reforma debe fundamentarse *siempre* en el «arrepentimiento». En otras palabras, no puede haber reforma sin arrepentimiento. Si hemos de reformar verdaderamente nuestros caminos malvados e idólatras, y nuestras obras de doblez, de acuerdo con la Palabra de Dios, debemos arrepentirnos. Debemos reconocer los pecados de nuestra idolatría y de nuestras vidas de doble ánimo; debemos reconocer y confesar estos pecados, y debemos arrepentirnos. Debemos volver atrás. Debemos abandonar nuestra idolatría y nuestras vidas de duplicidad, y regresar a Dios. Al igual que el Hijo Pródigo, debemos volver a nuestro Padre Celestial. Cuando tal arrepentimiento genuino tenga lugar entre nosotros, habrá una verdadera «restauración». Además, habrá una verdadera «reconciliación», tanto en nuestra relación con Dios como en nuestras relaciones con nuestros prójimos. Cuando este arrepentimiento, restauración y reconciliación estén presentes, ocurrirá una verdadera «reforma»; y cuando la verdadera reforma eche raíces entre nosotros, la iglesia experimentará un genuino «avivamiento», uno obrado por Dios mismo.

Me gustaría concluir este tiempo de meditación bíblica. Al meditar en el texto de hoy —Jeremías 26:3 y 13— recordé el Libro de Jonás. Si observamos Jonás 3:10, vemos que Dios observó al rey y al pueblo de Nínive —específicamente, vio que se habían apartado de sus malos caminos— y se arrepintió; en consecuencia, no trajo sobre ellos el desastre que había declarado que les infligiría. En otras palabras, al escuchar el mensaje transmitido a través del profeta Jonás —«Dentro de cuarenta días Nínive será destruida» (v. 4)—, el pueblo de Nínive creyó a Dios, proclamó un ayuno y, desde el mayor hasta el menor, se vistió de cilicio (v. 5). El rey de Nínive actuó de igual manera, emitiendo un decreto que ordenaba a todo el pueblo de Nínive clamar a Dios y apartarse de sus malos caminos y de la violencia cometida por sus manos (v. 8). La razón por la que el rey de Nínive actuó de este modo fue la esperanza de que, tal vez, Dios se arrepintiera, apartara su ardiente ira y librara al pueblo de Nínive de la destrucción (v. 9). Como resultado, al ver que se habían apartado de sus malos caminos, Dios se arrepintió y no trajo sobre ellos el desastre que había declarado que les infligiría. En resumen, debido a que el pueblo de Nínive se apartó de sus malos caminos, Dios se arrepintió con respecto al desastre que había declarado que traería sobre ellos (v. 10). Sin embargo, el siervo de Dios, el profeta Jonás, se disgustó mucho y se enojó (4:1). En consecuencia, incluso oró a Dios, diciendo: «Oh SEÑOR, te ruego que me quites la vida ahora; pues es mejor para mí morir que vivir» (v. 3). Entonces el profeta Jonás salió de la ciudad de Nínive, se sentó al este de ella, se construyó allí un refugio y esperó para ver qué sucedería con la ciudad (v. 5). En otras palabras, Jonás estaba esperando para ver si Dios, en efecto, traería el desastre sobre Nínive. Claramente —tal como Jonás sabía intelectualmente— Dios es un Dios clemente y misericordioso, lento para la ira y abundante en amor inquebrantable, que desiste de enviar calamidades (v. 2); por ello, cuando vio que el pueblo de Nínive se había apartado de sus malos caminos, Él desistió y no trajo el desastre sobre la ciudad (3:10). Sin embargo, el profeta Jonás —actuando conforme a su propia voluntad y obstinación— seguía deseando presenciar la destrucción de Nínive. Al igual que el hermano mayor en la Parábola del Hijo Pródigo, que se encuentra en Lucas 15, el profeta Jonás resentía profundamente el hecho de que el pueblo de Nínive se hubiera apartado de sus malos senderos y hubiera regresado a Dios. En consecuencia, se enfureció

tanto que llegó incluso a pedirle a Dios que le quitara la vida (Jonás 4:3–4). Mientras que el pueblo de Nínive —la capital de la nación gentil de Asiria— escuchó la palabra de Dios a través del profeta Jonás, la obedeció y se apartó de sus malos caminos para regresar a Dios, el propio Jonás —siervo de Dios y judío—, quien ya había desobedecido una vez la palabra de Dios (1:2–3), desobedeció una vez más al negarse a someter su propia voluntad a la voluntad de Dios. A nosotros, los pastores que somos como Jonás en este aspecto, Dios nos llama, diciéndonos que nos arrepintamos y regresemos a Él. Además, a nosotros, los cristianos que nos asemejamos al hermano mayor en la Parábola del Hijo Pródigo, Dios nos llama igualmente, diciéndonos que nos arrepintamos y regresemos a Él. Cuando nos apartamos de nuestros malos caminos y obras y regresamos a Dios Padre, Dios Padre apartará las calamidades que tenía la intención de traer sobre nosotros. Cuando todas nuestras iglesias reformen sus malos caminos y obras y regresen a Dios, Él apartará las calamidades que tenía la intención de traer sobre nosotros. Esto se debe a que Dios ya ha derramado toda la ira y todas las calamidades que merecíamos justamente sobre Su Hijo unigénito, Jesús, quien fue crucificado.

(Versículo 1) Regresa, regresa, tú que estás cansado de corazón; el camino es verdaderamente oscuro y muy traicionero.
(Versículo 2) Regresa, regresa a nuestro Padre, que espera hasta el atardecer.
(Versículo 3) Vuelve, vuelve del lugar de tribulación, del lugar de pecado y del lugar de engaño.
(Versículo 4) Vuelve, vuelve a casa, a la casa del Padre, donde todo es abundante.
[Estribillo] Tú que has dejado el hogar, ven pronto, vuelve; ven pronto, vuelve.

[Nuevo Himno 525, «Vuelve, vuelve»]

Lecciones sobre la familia (2)

1. La familia es un campo de batalla espiritual.

2. Satanás ataca sin cesar a nuestras familias.

3. Al observar discordia en el matrimonio, Satanás puede magnificar incluso los conflictos más triviales entre esposos y esposas, llevándolos a una crisis total.

4. Es natural que los esposos sean diferentes; si bien el Señor desea que estas diferencias les permitan complementarse, Satanás los lleva a compararse entre sí o con otras parejas aparentemente "perfectas", lo que genera insatisfacción y quejas.

5. Satanás induce a las parejas a magnificar los defectos del otro y minimizar sus virtudes, haciendo que consideren insignificantes las virtudes de su pareja.

6. Uno de los deberes del esposo es proteger a su esposa (e hijos) de ambos padres. En particular, debe proteger a su familia inmediata de la idolatría, la incredulidad y las influencias seculares o antibíblicas de sus padres.

7. Uno de los deberes de la esposa es apoyar y honrar sabiamente a su esposo en presencia de sus padres; sin embargo, no debe dejarse manipular por ellos (especialmente por su madre).

8. Un deber fundamental de los padres es dejar ir a sus hijos casados. Los padres que mantienen vínculos poco saludables con sus hijos —de diversas maneras, sobre todo

psicológicas y emocionales— deben romper intencionalmente esos lazos por el bien de la relación matrimonial de sus hijos.

9. Los padres que padecen algún tipo de enfermedad pueden, sin darse cuenta, afectar negativamente la mente, el espíritu y las emociones de sus amados hijos; esto no solo ejerce una influencia profundamente patológica en las relaciones matrimoniales de los hijos, sino que, en consecuencia, extiende sus efectos negativos incluso a sus nietos. 10. Mediante la fe en el Señor —quien ya ha vencido a Satanás— debemos llevar a cabo fielmente nuestro ministerio familiar bajo la guía del Espíritu Santo; además, con la seguridad de la victoria, debemos vivir una vida familiar combativa, luchando sin cesar contra el adversario que ataca nuestro hogar.

(Reflexionando sobre los hermanos en la fe que ya he conocido, quienes participan activamente en la guerra espiritual a través del Ministerio en Internet "A Corea" 2022).

¡El ministerio familiar es, sin duda alguna, una guerra espiritual!

El Señor desea edificar nuestras familias para convertirlas en un cielo en la tierra; sin embargo, Satanás busca transformarlas en un infierno en vida.

El Señor nos ha dado los mandamientos celestiales de amar a Dios y amar a nuestro prójimo; no obstante, Satanás ha dictado el mandato infernal de odiarnos los unos a los otros.

Nuestra responsabilidad es obedecer los mandamientos del Señor: que toda nuestra familia se una en un solo corazón y una sola mente para amar a Dios y, a través de ese amor a Dios, amarnos los unos a los otros.

Sin embargo, incluso ahora, Satanás nos ataca y nos tienta incesantemente en innumerables ocasiones, esforzándose por hacernos desobedecer los mandamientos del Señor y por volvernos los unos contra los otros mediante el odio.

¡Esto es, sin duda alguna, una guerra espiritual!

Una familia inmersa en la guerra espiritual

«David consultó a Dios, diciendo: "¿Subiré contra los filisteos? ¿Los entregarás en mi mano?". Y el SEÑOR le dijo: "Sube, porque los entregaré en tu mano"» (1 Crónicas 14:10).

Cuando pensamos en la palabra «familia», tendemos a soñar con un hogar feliz. Una familia verdaderamente feliz —una que es obediente a la Palabra de Dios— es aquella en la que el esposo ama a su esposa; la esposa respeta a su esposo y se somete a él; los hijos honran y obedecen a sus padres en el Señor; y los padres no provocan a ira a sus hijos, sino que los crían con la disciplina y la instrucción del Señor. Sin embargo, ¿cómo son nuestras familias hoy en día? En lugar de obedecer la Palabra de Dios, nuestras familias actuales viven en desobediencia. Los esposos no aman a sus esposas; las esposas desestiman a sus esposos y se niegan a someterse; los hijos no muestran gratitud hacia sus padres —rebelándose, por el contrario, contra ellos— y los padres provocan a ira a sus hijos. Como cabezas de nuestros hogares —como esposos y padres— estamos desobedeciendo la Palabra de Dios al no criar a nuestras esposas e hijos de acuerdo con Su Palabra. En consecuencia, actualmente somos incapaces de disfrutar de la felicidad que Dios tiene destinada para nosotros dentro de nuestros hogares. Al negarnos a perdonarnos mutuamente, estamos rechazando, en la práctica, la bendición del perdón de los pecados: un don de gracia que Dios nos ha otorgado por medio de Jesucristo. Nuestras familias están perdiendo actualmente la batalla espiritual. Como resultado, la gente del mundo observa a nuestras familias cristianas con desdén. ¿Qué debemos hacer, entonces? Debemos librar la guerra espiritual. Por lo tanto, centrándome en el pasaje que se encuentra en 1 Crónicas 14:8–17, me gustaría explorar hoy —bajo el título «Una familia inmersa en la guerra espiritual»— cómo

nuestras familias cristianas deberían abordar esta batalla espiritual. Es mi oración que nuestras familias puedan triunfar en la guerra espiritual, estableciéndose así como hogares centrados en Cristo, a los cuales el mundo contemple con asombro.

En primer lugar, nuestras familias deben «hacer frente» a nuestros adversarios. Por favor, consideren 1 Crónicas 14:8: «Al oír los filisteos que David había sido ungido rey sobre todo Israel, subieron todos los filisteos en busca de David; pero David se enteró y salió a su encuentro». La noticia de que David había sido ungido rey sobre todo Israel fue, sin duda, una grata nueva para todo el pueblo de Judá que lo seguía; sin embargo, para los filisteos, no fue en absoluto una noticia bienvenida. En consecuencia, los filisteos marcharon para buscar a David (v. 8) y ya habían invadido el Valle de Refaim (v. 9). Al enterarse de esta noticia, David salió a enfrentarlos (v. 8).

Nosotros también debemos salir al frente para oponernos a Satanás y a sus secuaces. Ellos no sienten el menor agrado ante la noticia de las bendiciones que Dios derrama sobre nuestras familias. Por lo tanto, cada vez que Dios derrama Su gracia sobre nuestros hogares, ellos lanzan un ataque contra nosotros. En consecuencia, debemos permanecer vigilantes y preparados ante sus asaltos. Además, cuando atacan, debemos hacerles frente. En particular, Satanás pone la mira en los miembros de nuestra familia, buscando dejarlos espiritualmente indefensos y conducirlos a la desobediencia contra la Palabra de Dios. Él incita a los esposos a odiar a sus esposas, a las esposas a menospreciar a sus esposos y a los hijos a rebelarse contra sus padres; asimismo, provoca a los padres a exasperar a sus hijos. Como resultado, Satanás empuja a nuestras familias cristianas a cometer pecado contra Dios. Sin embargo, en este preciso momento, permanecemos en un estado de indefensión, sufriendo repetidas derrotas frente a estos ataques de Satanás. Debemos protegernos y resistir los ataques de Satanás. Para lograrlo, debemos cultivar la capacidad de resistirlos. Debemos nutrirnos bien con la Palabra de Dios —la Espada del Espíritu— y ponerla en práctica, fortaleciendo así nuestra inmunidad espiritual. Además, debemos

mantener afilada la Espada del Espíritu. Solo entonces, cuando Satanás nos ataque, seremos capaces de resistirlo con la Palabra de Dios, tal como lo hizo Jesús.

En segundo lugar, nosotros —como familias— debemos buscar el consejo de nuestro Dios. Por favor, observe la primera parte de 1 Crónicas 14:10 y 14:14: «David consultó a Dios: "¿Subiré contra los filisteos? ¿Los entregarás en mi mano?"... Una vez más, David consultó a Dios...». En ambas ocasiones en que los filisteos invadieron, David preguntó a Dios si debía subir a atacarlos y si Dios los entregaría en sus manos. ¿No es eso fascinante? Mientras que Saúl fue ejecutado por el Señor «porque no consultó al Señor» (10:14), David —en marcado contraste con Saúl— aparece buscando repetidamente el consejo de Dios. Dios respondió a David, quien buscaba Su guía, de esta manera: «Sube, porque los entregaré en tu mano» (v. 10); y: «No subas directamente; rodéalos y atácalos frente a los árboles de bálsamo. Tan pronto como oigas el sonido de una marcha en las copas de los árboles de bálsamo, sal a la batalla, pues Dios ha salido delante de ti para derrotar al ejército filisteo» (vv. 14–15). El hilo conductor que recorre estas dos respuestas es la promesa de Dios de conceder la victoria a David. La diferencia radica en las estrategias de batalla específicas que Dios proporcionó a David. Durante la primera guerra, Dios simplemente le dijo a David: «Sube» (v. 10); sin embargo, durante la segunda guerra, en lugar de instruirlo para que «subiera directamente» —como había hecho en la primera—, le ordenó «rodearlos por detrás» y lanzar un ataque sorpresa (v. 14). ¿No es fascinante el hecho de que Dios diera a David una estrategia distinta para cada una de las dos guerras que libró? En particular, durante la segunda guerra, Dios le dijo a David: «Tan pronto como oigas el sonido de una marcha en las copas de los árboles de bálsamo, sal de inmediato» (v. 15). ¿Era este el sonido de ángeles marchando? El punto crucial es que Dios declaró: «Yo iré delante de ti y derrotaré al ejército de los filisteos» (v. 15). En resumen, la guerra contra los filisteos no fue tanto la guerra de David como la guerra de Dios. Y puesto que Dios mismo estaba librando su propia batalla, la victoria era inevitable. En consecuencia, los ídolos que los filisteos habían abandonado en Baal Perazim (v. 11) fueron, finalmente, recogidos y consumidos por completo por el fuego (v. 12). ¿Qué significa esto? Significa que el Dios de David —el Dios de Israel—

demostró ser el único Dios verdadero al luchar contra los falsos dioses de los filisteos y triunfar sobre ellos.

Nosotros también debemos consultar a Dios, tal como lo hizo David. Especialmente cuando libramos una guerra espiritual contra Satanás, debemos cultivar el hábito de buscar el consejo de Dios, no solo durante los momentos de gran crisis, sino también en los asuntos más insignificantes. Cuando lo hacemos, el Espíritu Santo —que mora en nosotros— nos concederá la certeza de la victoria por medio de la Palabra de Verdad. De hecho, el Espíritu Santo ya nos ha dado esta palabra de certeza con respecto a nuestra victoria. Observemos 1 Corintios 10:13: «No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea común a los hombres; pero fiel es Dios, que no permitirá que seáis tentados más allá de lo que podéis resistir, sino que junto con la tentación proveerá también la vía de escape, para que podáis soportarla». Debemos entrar en la guerra espiritual armados con esta palabra de certeza sobre la victoria que Dios nos ha dado.

En tercer lugar, nuestras familias deben obedecer los mandamientos de Dios.

Observemos 1 Crónicas 14:11 y 16: «Así que subieron a Baal-perazim, y David los derrotó allí. Entonces David dijo: "Dios ha abierto brecha entre mis enemigos por mi mano, como una brecha de aguas"; por eso llamaron a aquel lugar Baal-perazim... Y David hizo tal como Dios le había ordenado, y atacaron al ejército de los filisteos desde Gabaón hasta Gezer». Después de consultar a Dios y recibir Su respuesta, David obedeció. Condujo a sus tropas hasta Baal-perazim (v. 11) y también «hizo tal como Dios le había ordenado» al atacar al «ejército de los filisteos» (v. 16). Debido a que David obedeció los mandamientos de Dios de esta manera, «Dios abrió brecha entre [sus] enemigos por [su] mano, como una brecha de aguas» (v. 11) y, además, «Dios [salió] delante de [él] para atacar al ejército de los filisteos» (v. 15). En efecto, Dios atacó al ejército filisteo «desde Gabaón hasta Gezer» (v. 16). Tal como le había prometido a David, Dios le concedió la victoria.

También en las batallas espirituales que enfrentan nuestras propias familias, solo Dios puede concedernos la victoria. Es cuando Dios se alza contra nuestros adversarios —demostrando así que solo Él es el verdadero Dios— que Él puede purificar nuestros hogares de todo ídolo y pecado. Nuestro papel consiste simplemente en prepararnos diligentemente para esta guerra espiritual, buscar a Dios mediante una oración ferviente y obedecer Sus mandamientos con fe. Cuando hacemos esto, Dios sin duda concederá a nuestras familias la victoria en la batalla espiritual. ¡Victoria!

Los astutos ataques de Satanás contra nuestras familias

[2 Samuel 13:1-3]

¡La familia es un campo de batalla espiritual! Satanás ataca constantemente nuestros hogares. En su libro *Strategy for Spiritual Warfare* (Estrategia para la guerra espiritual), el pastor Warren Wiersbe hizo las siguientes observaciones: «Satanás atacó a la familia interponiendo una cuña entre Adán y Eva, precisamente en el momento en que Eva necesitaba apoyarse en la autoridad espiritual de Adán. Eva actuó de manera independiente —sin tener en cuenta a su esposo— y, al hacerlo, terminó conduciéndolo al pecado». Y continuó: «Si los cristianos contraen matrimonio sin tener en cuenta la voluntad de Dios, Satanás queda libre para operar sin restricciones dentro de ese hogar. Si uno o ambos cónyuges son espiritualmente inmaduros en el momento de casarse, Satanás hallará inevitablemente brechas a través de las cuales lanzar sus ataques. Además, si una pareja casada no obedece las Escrituras —específicamente al no "dejar" a sus padres para formar un nuevo hogar— permitiendo así que estos se inmiscuyan, resulta sumamente fácil para Satanás atacar ese matrimonio» (Wiersbe). ¿Qué opinan ustedes de estas afirmaciones? A mi parecer, son palabras con las que, sencillamente, no se puede estar en desacuerdo. Como señaló el pastor Wiersbe, ninguno de nosotros puede negar el relato bíblico del Génesis, donde Satanás lanzó su primer ataque contra la primera pareja humana (Génesis 3). Coincido plenamente con la aseveración de que Satanás interpuso una cuña entre Adán y Eva justo en el instante en que Eva necesitaba apoyarse en la autoridad espiritual de su esposo; en consecuencia, Eva actuó con independencia de Adán —tomando y comiendo del fruto prohibido— y, posteriormente, condujo a su esposo al pecado. No obstante, yo

sostendría también que Adán cayó igualmente víctima del ataque de Satanás; al no ejercer su propia autoridad espiritual, sucumbió a la tentación y permitió ser desviado por su esposa, Eva. Es más, tal como ha señalado el pastor Wiersbe: ¿cuántos esposos y esposas se encuentran hoy bajo el ataque de Satanás por no «dejar» a sus padres —tal como lo ordenan las Escrituras— y, en su lugar, permitir que estos se inmiscuyan en su relación conyugal? En particular, ¿cuántas parejas enfrentan tales ataques debido a que el esposo permite que su propia madre interfiera en su matrimonio? Cuando surge la discordia entre un esposo y una esposa, Satanás se aferra incluso a los asuntos más triviales, magnificando los conflictos de la pareja hasta que estos escalan y se convierten en una crisis matrimonial en toda regla. Si bien es inevitable que los esposos y las esposas tengan diferencias, el Señor tiene el propósito de que estas diferencias sean *complementarias*, permitiendo así que el esposo y la esposa se completen mutuamente. Satanás, sin embargo, los incita a *compararse* el uno con el otro —o con otras parejas aparentemente "perfectas"—, fomentando de este modo la insatisfacción y la queja en su interior. Satanás lleva a las parejas a magnificar los defectos del otro mientras minimizan sus virtudes, haciendo que perciban las fortalezas de su cónyuge como insignificantes o intrascendentes.

El Señor desea establecer nuestros hogares como un anticipo del Cielo. Con este fin, nos ha entregado los mandamientos del Cielo: el "Doble Mandamiento" de Jesús (Mateo 22:37, 39). Es más, para capacitarnos para obedecer este Doble Mandamiento, el Señor —obrando a través del Espíritu Santo— ha derramado el amor de Dios en nuestros corazones (Romanos 5:5), llenándonos así, de manera progresiva y creciente, con el fruto del Espíritu: el amor (Gálatas 5:22). Por consiguiente, nuestra responsabilidad consiste en obedecer estos mandamientos y, bajo la guía del Espíritu Santo, unirnos como familia —con un solo corazón y una sola mente (Filipenses 1:27; 2:2)— para amar a Dios con toda nuestra vida y amarnos los unos a los otros como a nosotros mismos. Al hacerlo, nuestro hogar se transforma en un pequeño cielo, colmándose de la alegría (Juan 15:11; 1 Juan 1:4), el amor (Sal. 33:5) y la paz (Rom. 15:13) del Reino de los Cielos. No obstante, Satanás desea convertir nuestros hogares en un infierno en vida. Con este propósito, nos tienta a

desobedecer el "doble mandamiento" de Jesús —el mandamiento del Cielo— y, en su lugar, nos incita a seguir el mandamiento del infierno: odiarnos los unos a los otros (Gén. 37:5; Deut. 22:13; Mat. 24:10; 1 Juan 2:9). Además, aliado con el espíritu de la falsedad, Satanás siembra incesantemente semillas de odio en nuestro interior (Deut. 21:17; 2 Sam. 13:15; Prov. 10:12), impulsándonos a cometer obras de tinieblas (Isa. 29:15; Ezeq. 8:12; Ef. 5:11) y haciendo que nuestras familias produzcan frutos amargos (Rom. 7:5). En consecuencia, Satanás infunde en nosotros una reticencia a regresar a nuestros hogares infernales; en su lugar, nos obliga a permanecer fuera —o, lo que es peor, a desear huir muy, muy lejos de casa—. También hace que nos mostremos reacios incluso a mirar a los miembros de nuestra familia. Es más, Satanás intensifica nuestro odio hacia nuestros cónyuges. Aprovechando las grietas cada vez más profundas en el vínculo conyugal —alimentadas por este odio creciente hacia el cónyuge (cf. Neh. 4:3, donde la palabra hebrea denota una «brecha» o «fisura»; 6:1)—, Satanás desvía nuestra atención hacia otro hombre u otra mujer. Apelando a la concupiscencia de los ojos y a la concupiscencia de la carne (1 Juan 2:16), nos incita a codiciar a esa otra persona, conduciéndonos finalmente por el camino del adulterio. El objetivo de Satanás es desmantelar y destruir nuestros hogares, impidiendo así que establezcamos un «hogar celestial» y, por el contrario, transformando nuestras casas en algo semejante al infierno. ¡Esto es guerra espiritual! ¡El hogar es un campo de batalla espiritual! ¿Qué debemos hacer, entonces? Debemos librar la guerra espiritual.

El pasaje bíblico de hoy —2 Samuel 13:1-3— narra la historia de la familia del rey David cuando esta fue atacada por las astutas maquinaciones de Satanás. Basándome en esta narrativa —específicamente en el texto de los capítulos 13 y 14 de 2 Samuel—, me gustaría dedicar un tiempo a reflexionar sobre la Palabra de Dios y a recibir las lecciones que Él nos ofrece, centrándome en tres puntos clave que podemos aplicar a nuestras propias familias. Mi esperanza es que, al aplicar estas lecciones en nuestros hogares, este tiempo nos sirva como una oportunidad para reflexionar seriamente y orar: primero, tomando plena conciencia y reconociendo cuán astutamente Satanás está atacando actualmente a nuestras familias; y segundo, discerniendo *cómo* podemos librar eficazmente esta batalla

espiritual para que nuestros hogares sean edificados como familias verdaderamente victoriosas.

En primer lugar, debemos mantenernos firmes frente a los astutos ataques de Satanás en el ámbito de las relaciones, ya sea entre los sexos o dentro del matrimonio.

El pasaje de 2 Samuel 13:1–3 dice así: «Aconteció después de esto, que Absalón hijo de David tenía una hermana hermosa que se llamaba Tamar; y Amnón hijo de David se enamoró de ella. Y estaba Amnón angustiado, hasta el punto de enfermarse, por causa de su hermana Tamar; pues ella era virgen, y le parecía imposible a él hacerle cosa alguna. Y tenía Amnón un amigo que se llamaba Jonadab, hijo de Simea, hermano de David. Y Jonadab era un hombre muy sabio [astuto]». Durante el servicio en inglés del último domingo de septiembre de 2018, planteé la siguiente pregunta a los hermanos y hermanas presentes —cuyas edades oscilaban entre estudiantes de secundaria y adultos jóvenes—: «¿Cuál consideran ustedes que es el elemento más importante en las relaciones, ya sea con el sexo opuesto o dentro de un matrimonio?». En aquel momento, recibí las siguientes respuestas: (1) «Confianza», (2) «Comunicación», (3) «Apoyo» (ser solidario), (4) «Sacrificio», (5) «Respeto» y (6) «Lealtad». Sin embargo, en la realidad —y tal como Dios me ha guiado a encontrarme y conversar con otros creyentes que atraviesan dificultades en sus relaciones románticas o matrimoniales—, a menudo observo un fenómeno inquietante: a pesar de la inmensa importancia de la «confianza» en tales relaciones, esta confianza se ha hecho añicos, llevando a las parejas a cuestionarse, dudar e incluso a desconfiar por completo el uno del otro. Además, si bien todos reconocemos generalmente el papel fundamental de la «comunicación» en las relaciones románticas y matrimoniales, con frecuencia soy testigo de conflictos que surgen debido a que hombres y mujeres a menudo no logran comprender los distintos estilos de comunicación del otro; en su lugar, persisten en comunicarse con sus parejas únicamente a través de sus propios métodos preferidos. Más allá de estos puntos —y si bien el apoyo mutuo, el sacrificio, el respeto, la lealtad y la fidelidad son elementos vitales en las relaciones—, el problema fundamental radica en que el astuto

Satanás lanza ataques que sirven para «retorcer» y distorsionar cada una de estas virtudes. Al hacerlo, Satanás se dirige específicamente a las emociones —y las distorsiona— tanto de los hombres como de las mujeres dentro de estas relaciones, impulsándolos así a actuar con infidelidad los unos hacia los otros. Hasta principios del año pasado, yo había asumido que cualquier conducta inapropiada dentro de un matrimonio se clasificaba simplemente como «adulterio» o «infidelidad»; sin embargo, fue entonces cuando me topé, por primera vez, con un término: «infidelidad emocional». Escuché esta expresión por primera vez a finales de febrero del año pasado, de boca de una hermana en Cristo que estaba atravesando dificultades en su matrimonio; un concepto que, en aquel momento, me resultó algo desconocido. De hecho, aquello me recordó una conversación que había tenido hacía unos años con otra hermana quien, al preguntarle por qué se había divorciado de su esposo, me respondió que se debía a que carecían de una «conexión emocional». Aquella experiencia me llevó a comprender cuán profundamente importante resulta la «emoción» dentro de una relación conyugal. Tras haber escuchado términos como «conexión emocional» e «infidelidad emocional» —cada uno de ellos mencionado por una hermana distinta—, me impactó una vez más la constatación de que, desde la perspectiva de las esposas, la «emoción» reviste tal grado de importancia (una constatación que me llamó la atención, dado que nunca había escuchado a los hermanos utilizar una terminología semejante relacionada con las emociones).

El pasaje bíblico de hoy, 2 Samuel 13:1, comienza con la frase «Después de esto». Esta frase hace referencia a los acontecimientos que siguieron al encuentro del rey David con Betsabé —la esposa de Urías—, a quien vio bañándose y quien le pareció «muy hermosa». Tras haberla hecho traer ante sí y haberse acostado con ella (11:2–4), David recibió la noticia de que ella había concebido (v. 5). En un intento por encubrir su pecado de adulterio, orquestó deliberadamente la muerte de Urías en el campo de batalla (vv. 6–26). Dado que este acto fue malo a los ojos de Dios (v. 27; 12:9), Dios hirió al hijo que nació de David y Betsabé (11:27); el niño cayó gravemente enfermo (12:15) y, posteriormente, murió (v. 18). Es *después de esto* (13:1) cuando encontramos a Amnón —otro de los hijos de David— enamorándose

profundamente de Tamar, la hermosa hermana de su medio hermano Absalón. Su intenso anhelo por ella se volvió tan absorbente que, con el tiempo, enfermó a causa de su deseo. En particular, debido a que Tamar era una «virgen virtuosa», Amnón no podía acercarse a ella con facilidad; por consiguiente, a pesar de su abrumador amor por ella, se sentía totalmente impotente (vv. 1–2). Fue precisamente en este momento cuando un hombre llamado Jonadab —«hijo de Simea, hermano de David»— se acercó a Amnón; era un «amigo muy astuto» (v. 3). Al meditar en este pasaje, recordé a la «serpiente» que se acercó a la «mujer» (Eva) en el capítulo 3 del Génesis. La razón de esta asociación es que la Biblia describe a la serpiente como «más astuta que cualquiera de los animales del campo que el SEÑOR Dios había hecho» (Gén. 3:1). A mi juicio, la táctica más astuta de Satanás es la siguiente: cuando nos hallamos inmersos en una relación romántica —amando, adorando y anhelando con tal intensidad a alguien a quien no deberíamos amar, hasta el punto de caer enfermos por ello— y, sin embargo, nos sentimos absolutamente impotentes para hacer algo al respecto, él se nos acerca con facilidad y nos susurra que tiene un «buen truco» para nosotros. Nos tienta diciéndonos: «Haz exactamente lo que te digo». Podemos discernir esto a través de las acciones del «muy astuto» Jonadab, quien aparece en el pasaje bíblico de hoy. Jonadab se acercó fácilmente a Amnón —quien había caído enfermo y se consumía día tras día en la melancolía debido a su afecto por su media hermana Tamar— y le aconsejó: «Acuéstate en tu cama y finge estar enfermo. Cuando tu padre (el rey David) venga a visitarte, pídele que envíe a tu hermana Tamar para que prepare una comida justo ante tus ojos. Dile que sientes que te recuperarías si Tamar te diera de comer el alimento que ella misma prepare con sus propias manos» (2 Samuel 13:5, *The Modern English Version*). La sumamente astuta estratagema de Jonadab consistía en involucrar a David —el padre tanto de Tamar como de Amnón— en la situación (de manera muy similar a como involucrar a los suegros o a los hijos en una relación matrimonial puede exacerbar los conflictos conyugales). En última instancia, este plan logró traer a Tamar —a quien Amnón no había podido abordar anteriormente— directamente al hogar de Amnón. Es más, la llevó a tomar harina, amasarla y hornear pasteles justo ante los ojos de su medio hermano Amnón; incluso la condujo a entrar en el mismo dormitorio donde Amnón yacía fingiendo estar enfermo, para darle de

comer ella misma. Al final, cuando Tamar se acercó para alimentarlo, Amnón la sujetó y le exigió: «Ven, hermana mía, y acuéstate conmigo». Aunque Tamar se negó, Amnón —haciendo caso omiso de sus súplicas y dominándola con su fuerza superior— se abalanzó sobre ella y la violó (versículos 5–14, *The Modern English Version*). Satanás —el engañador por excelencia— se acercó a Amnón a través del sumamente astuto Jonadab, precisamente cuando Amnón estaba profundamente enamorado y perdidamente encaprichado de Tamar, pero incapaz de acercarse a ella, hasta el punto de que su anhelo por ella lo había enfermado; y, por medio de este intermediario, Satanás manipuló a Amnón para que... En última instancia, este «acto insensato» (v. 12) lo llevó a «dominarla y violarla» (v. 14). Además, Satanás hizo que el amor de Amnón por Tamar se transformara en odio: un odio incluso más intenso que el amor que había sentido por ella momentos antes (v. 15). Sin embargo, el insensato Amnón, a pesar de su intenso amor por Tamar, no logró darse cuenta de que alejarla con tal odio constituía un pecado mucho mayor que el acto de haberla violado (vv. 15–16). Así, la ignorancia del necio expone su insensatez ante todos (Eclesiastés 10:3). Y, no obstante, el necio permanece ajeno a su propia deshonra (cf. Sofonías 3:5). De este modo, el astuto Satanás —empleando «astucia y engaño» (2 Corintios 12:16) en las relaciones entre hombres y mujeres— incita a las personas a cometer pecados tales como el adulterio y la violación, y provoca que el amor se convierta en odio.

Sin embargo, Jesús, plenamente consciente de la astucia de Satanás (cf. Lucas 20:23), confrontó al diablo con la Palabra de Dios registrada en el Antiguo Testamento cuando el astuto Satanás lo tentó; y Jesús salió victorioso (Mateo 4:1–11; Santiago 4:7). Nosotros también —siguiendo el ejemplo de Jesús— debemos «ponernos toda la armadura de Dios, para que [podamos] mantenernos firmes contra las artimañas del diablo» (Efesios 6:11). Y, al igual que Jesús, debemos resistir las tentaciones del astuto Satanás con la Palabra de Dios y alcanzar la victoria. En particular, debemos mantenernos sumamente vigilantes ante las tentaciones que el astuto Satanás pone ante nosotros en nuestras relaciones con el sexo opuesto. Si hay un hombre y una mujer que no deberían mantener una relación romántica, y uno de ellos... Si un hombre y una mujer están profundamente enamorados y sienten un

afecto intenso el uno por el otro, el mero hecho de encontrarse a solas en la misma habitación crea una situación en la que es casi inevitable que sucumban a las tentaciones del astuto Satanás. Para evitar verse envueltos en tal aprieto, el hombre y la mujer deben establecer límites sanos entre sí y mantener cierta distancia el uno del otro. Sin embargo, resulta aún más crucial establecer una distancia clara no solo en un sentido físico, sino —lo que es más importante— en el plano mental y emocional. La razón de ello es que, si uno ama y adora a una persona del sexo opuesto de manera tan desmedida que ello se convierte en una obsesión absorbente, existe un riesgo considerable de que cometa actos de absoluta insensatez. La insensatez de Amnón radicó en el hecho de que, a pesar de su intenso amor y adoración por Tamar, rechazó el camino sensato que ella le propuso —hablar con su padre, David, para concertar un matrimonio apropiado— y, en su lugar, confiando en su superior fuerza física, la sometió y la violó. Como consecuencia, Amnón pasó a ser conocido como «la persona más insensata de Israel» (2 Samuel 13:1–2, 12–14). Una persona insensata, capaz de pensar únicamente en los placeres inmediatos que tiene ante sus ojos (Eclesiastés 7:4), permite que su corazón se incline hacia el mal (10:2) y actúa de manera temeraria y sin cautela (Proverbios 14:16). En consecuencia, la persona insensata cosechará las amargas consecuencias de su propia insensatez (14:18) y, a la postre, perecerá por haber insistido obstinadamente en seguir su propio camino (1:31).

En segundo lugar, cuando el astuto Satanás lanza un ataque contra nuestras familias, el papel del padre —el cabeza de familia— adquiere una importancia crítica.

En un artículo titulado "El liderazgo paterno determina el futuro de un hijo", un hombre llamado Jin Jae-hyeok hizo la siguiente observación: "Si bien un carisma autoritario podría producir resultados inmediatos en las personas, si no logra conmover verdaderamente sus corazones ni ganarse la confianza de quienes lo siguen, no puede considerarse un verdadero liderazgo" (Internet). En efecto, ¿qué constituye un verdadero liderazgo por parte de un padre hacia sus hijos? Dios ha conferido autoridad a los padres: los cabezas de sus hogares (y esposos). En consecuencia, estos cabezas de familia tienen la responsabilidad

de utilizar esta autoridad divina, otorgada por Dios, para guiar a sus familias de manera eficaz. Sin embargo, el problema radica en que muchos padres suelen ser tildados de "autoritarios" por sus hijos. ¿Cuál es la razón de esto? Quizás la razón resida en nuestra falta de paciencia. En otras palabras, puede deberse a que exigimos resultados inmediatos a nuestros hijos. Si bien dicho carisma autoritario podría lograr suscitar los comportamientos o resultados deseados en los hijos a corto plazo, a la larga fracasa en el intento de ganarse verdaderamente sus corazones. ¿Qué debemos hacer, entonces, nosotros los padres? ¿Cómo podemos —como cabezas de nuestros hogares— guiar bien a nuestras familias? He reflexionado sobre este asunto y he identificado tres puntos clave:

(1) Como cabezas de nuestros hogares, los padres no debemos abusar de la autoridad que Dios nos ha confiado.

La razón de ello es que, cada vez que abusamos de la autoridad otorgada por Dios, inevitablemente fracasamos en ganarnos el corazón de nuestros hijos. Por el contrario, debemos ejercer esta autoridad dada por Dios con sabiduría para mantener la paz y el orden dentro del hogar. En muchos hogares de hoy en día, pareciera que la autoridad del padre ha tocado fondo. Cuando una esposa desoye la autoridad de su esposo, los hijos —siguiendo el ejemplo de su madre— parecen desoír también a su padre. Este es un asunto grave. Si bien el abuso de autoridad es, ciertamente, un problema grave, el desacato a la autoridad es un problema igualmente serio.

(2) Los padres, como cabezas de sus hogares, deben depositar su confianza en sus hijos.

Por supuesto, esto no será fácil. Resulta particularmente difícil confiar en los propios hijos si se sospecha que estos están mintiendo a sus padres. Sin embargo, si depositamos nuestra confianza plena en Dios y encomendamos a nuestros hijos a Su cuidado, seremos capaces de confiar también en ellos. Además, puesto que confiamos en Dios, debemos comprometernos con el acto de confiar en nuestros hijos. Al hacerlo, lograremos ganarnos

sus corazones. Aunque los resultados inmediatos que deseamos y esperamos no sean visibles a simple vista, a medida que nos mantengamos firmes en nuestra confianza hacia nuestros hijos, sus corazones irán aprendiendo gradualmente a confiar en sus padres y a seguirlos.

(3) Los padres, en su calidad de cabezas de familia, deben entablar conversaciones de corazón a corazón con sus hijos.

En particular, el padre debe abrir su corazón y mantener conversaciones a solas con su hijo varón. Naturalmente, esto tampoco resultará fácil. Para aquellos padres que son por naturaleza reservados, conversar con sus hijos puede parecerles algo extraño o incómodo. No obstante, es algo que debe hacerse. Debemos realizar un esfuerzo deliberado —aunque al principio nos parezca forzado— para iniciar conversaciones con nuestros hijos. En lugar de limitarnos a intercambios meramente superficiales, debemos abrirnos el corazón mutuamente y entablar un diálogo honesto y sincero. Cuando se produce este tipo de comunicación de corazón a corazón, nosotros, los padres, logramos guiar a nuestros hijos de manera eficaz.

A mi juicio, el rey David —la figura paterna que aparece en el contexto del pasaje bíblico de hoy, 2 Samuel 13:1–3— pudo haber gobernado bien a su nación; sin embargo, no creo que haya logrado dirigir a su propia familia de manera eficaz. La razón de esta opinión radica en que David permaneció lamentablemente ajeno a lo que ocurría con su hijo Amnón. Por ejemplo, parece que David ignoraba por completo el hecho de que su hijo Amnón estaba profundamente enamorado —y consumido por el deseo— de su media hermana, Tamar. Es más, David desconocía que Amnón se encontraba «postrado en cama, fingiendo estar enfermo». De haber estado al tanto de la situación —específicamente, en el momento en que Amnón le dijo: «Por favor, envía a mi hermana Tamar para que prepare una comida ante mis propios ojos y me la dé de comer»—, David no debería haber «enviado un mensaje a Tamar, instruyéndole que fuera a la casa de Amnón y le preparara una comida» (Versículos

6–7, *Modern People's Bible*). La razón es que tal instrucción equivalía a dejar a un gato al cuidado de un pez. ¿Cómo pudo David, en su sano juicio, instruir a Tamar para que fuera a la casa de Amnón y le preparara una comida, dado que Amnón estaba tan consumido por el amor, la añoranza y el deseo por ella que incluso había enfermado? Como resultado, Amnón violó a Tamar (Versículo 14, *Modern People's Bible*). ¿Puede afirmarse verdaderamente que su padre, David, no tuvo absolutamente ninguna responsabilidad en este suceso?

Creo que el viaje de Tamar a la casa de Amnón fue como «un buey que va al matadero, o un ciervo que salta hacia una trampa» (Proverbios 7:22, *Modern People's Bible*). Por supuesto, la ejecución de todo este astuto plan se originó en la mente del sumamente sagaz Jonadab; no obstante, me pregunto si se puede sostener que David —el padre tanto de Amnón como de Tamar— estuviera totalmente exento de responsabilidad. Tras este incidente, Tamar, habiendo sido violada por su medio hermano Amnón, llevó una existencia desolada en el hogar de su hermano de padre y madre, Absalón. Durante ese tiempo, Absalón —albergando un profundo odio hacia Amnón por haber deshonrado a su hermana Tamar— se negó a dirigirle ni una sola palabra (2 Samuel 13:20, 22, *Modern People's Bible*). Dos años más tarde, Absalón ofreció un banquete, invitando no solo a todos los príncipes reales, sino también a su propio padre, el rey David (Versículos 23–24, *Modern People's Bible*). En aquella ocasión, el rey David, sintiendo que su presencia sería «una carga demasiado grande» para Absalón, decidió no asistir al festín; en su lugar, simplemente ofreció sus bendiciones a Absalón (Versículo 25, *Modern English Version*). Entonces Absalón suplicó a su padre, David: «Si tú mismo no puedes venir, por favor, permite al menos que mi hermano Amnón venga con nosotros». El rey David respondió preguntando: «¿Por qué debería ir Amnón contigo?» (Versículo 26, *Modern English Version*). Sin embargo, debido a que Absalón persistió en sus súplicas —y a pesar de no comprender los verdaderos motivos de Absalón para querer que Amnón estuviera allí—, el rey David finalmente permitió que Amnón, junto con todos los demás príncipes, acompañara a Absalón (Versículo 27, *Modern English Version*). Reacio a imponer una carga indebida a su hijo, y desconociendo la verdadera razón detrás de la persistente insistencia del joven, el rey David terminó

cediendo a la petición de Absalón. El trágico resultado fue que Absalón asesinó a Amnón (Versículo 29, *Modern English Version*). Durante esos dos años, ¿con qué implacable determinación debió de haber afilado Absalón su espada de venganza, impulsado por su odio hacia Amnón: el hermano que había deshonrado a su hermana? Mientras tanto, al enterarse de todo lo que Amnón le había hecho a Tamar, el rey David simplemente se mostró «muy enojado» (Versículo 21). Las Escrituras no contienen registro alguno de que el rey David ofreciera siquiera una palabra de reproche a su insensato hijo Amnón, y mucho menos que lo disciplinara por amor. Además, la Biblia no hace mención de que el rey David visitara a su hija Tamar —quien vivía una existencia desolada en el hogar de Absalón— para ofrecerle consuelo. Quizás el rey David, en su calidad de rey de Israel, estaba simplemente demasiado absorbido por los asuntos de Estado como para encontrar el tiempo necesario para atender las necesidades espirituales de su propia familia.

Finalmente —y en tercer lugar—, el astuto adversario, Satanás, ataca constantemente a nuestras familias, buscando impedir que nos perdonemos unos a otros. Sin embargo, como creyentes en Jesús, estamos llamados a perdonarnos mutuamente, tal como Dios Padre —a través de Jesucristo— nos ha perdonado a nosotros.

En su libro *Resolving Conflict*, Lou Priolo aborda la razón por la cual a menudo fallamos en perdonar a nuestros padres o a nuestros cónyuges, afirmando: «Quizás la razón sea que usted se está enfocando en las heridas que ha sufrido a manos de ellos, y en las mismas personas que infligieron esas heridas. Cuando le infligieron esas heridas (profundas y graves), sembraron semillas de amargura en el terreno de su corazón. Sin embargo, en lugar de arrancar de raíz esas semillas de amargura en el momento en que comenzaron a brotar —eligiendo perdonar—, usted, por el contrario, las ha cultivado al detenerse repetidamente en las ofensas que le causaron. Así, al mantener su mirada fija únicamente en las heridas durante tanto tiempo, la amargura ha echado raíces en su corazón. La amargura es la consecuencia de retener el perdón. El perdón no consiste en centrarse en la persona que le hirió y le causó daño; más bien, consiste en fijar su mirada en Dios: Aquel que obra a través

de esa misma persona y a través de esas mismas heridas para revelar Su propia gloria (José sirve como un excelente ejemplo de esto)» (Priolo). José, cuya historia se relata en el Libro del Génesis, no solo perdonó sinceramente a sus hermanos —quienes lo habían odiado e incluso conspirado para matarlo—, sino que también consoló a sus temerosos hermanos con palabras tiernas, cuidó de ellos y de sus hijos, y vivió hasta la edad de 110 años (Gén. 50:21, 26). ¿Cómo fue posible tal cosa? Debido a que José había «gustado la bondad del Señor» (Sal. 34:8), fue capaz de hacer el bien a los mismos hermanos que habían buscado dañarlo (Ef. 2:10). En otras palabras, José comprendió que —aunque sus hermanos habían tenido la intención de hacerle daño— Dios había transformado ese mal en bien, utilizándolo para salvar la vida de muchas personas (Gén. 50:20; cf. Rom. 12:2). Gracias a que captó esta buena voluntad de Dios, pudo perdonar sinceramente a sus hermanos, consolarlos con palabras tiernas y cuidar de ellos y de sus hijos hasta el mismísimo final de su vida. ¿Qué es lo que nos capacita para hacer el bien —no solo hacia aquellos que realmente nos han hecho daño, sino incluso hacia esos individuos malvados que meramente tuvieron la intención de perjudicarnos—, hasta el punto de perdonarlos en nuestros corazones, consolarlos y cuidar de ellos? Esto solo es posible cuando Dios nos capacita, por medio de la fe, para darnos cuenta de que Él está transformando el mal que se intentó contra nosotros en bien, cumpliendo así Sus propios y buenos propósitos. Anhelo esta inmensa gracia de Dios.

Al observar el contexto del pasaje de hoy —2 Samuel 13:1–3—, vemos que Absalón odiaba a Amnón porque este había deshonrado a su hermana, Tamar; en consecuencia, es probable que Absalón se negara a dirigirle ni una sola palabra durante dos años (vv. 22–23). Una vez transcurridos esos dos años, Absalón mató a Amnón; luego huyó y pasó tres años en Gesur (v. 38). En definitiva, parece que Absalón permaneció sin tener conversación alguna con su padre, David, durante un total de cinco años. Sin embargo, a pesar de extrañar a su hijo Absalón (v. 39), el rey David no hizo ningún intento por buscar a su hijo fugitivo durante esos tres años. Al reflexionar sobre esto, la relación entre el padre David y el hijo Absalón no parece ser una relación sana. Finalmente, el general Joab, al darse cuenta de

que el rey David anhelaba ver a Absalón, envió mensajeros a Tecoa para traer a una mujer sabia (14:2). Tras instruirla sobre lo que debía decir, la envió ante el rey David (v. 19). La mujer sabia le dijo al rey David: «Al hablar de esta manera, Su Majestad se ha vuelto como un hombre culpable» (v. 13). La razón de esto era que el rey David no solo había declarado que él mismo se haría cargo del asunto familiar de la mujer —emitiendo una orden para asegurar que nadie pusiera una mano sobre el hijo que le quedaba [el hijo que había matado a su hermano durante una pelea (v. 6)] (v. 8)—, sino que también había jurado: «Tan cierto como que vive el SEÑOR, ni un solo cabello de la cabeza de tu hijo caerá al suelo» (v. 11). Sin embargo, debido a que David no había logrado traer de regreso al palacio real a su hijo exiliado, Absalón, ante los ojos de la mujer sabia él parecía ser un «hombre culpable» (v. 13).

Al meditar en este pasaje, creo que el rey David no solo *parecía* ser un «hombre culpable»; en realidad, *era* culpable. Esa culpabilidad radicaba en su incapacidad para perdonar a Absalón. Creo que David nunca perdonó verdaderamente a Absalón: el hijo que había matado a su otro hijo, Amnón. Aunque David finalmente hizo traer de regreso a Absalón desde Gesur hasta Jerusalén (v. 21), le ordenó permanecer en su propia casa y le prohibió presentarse ante su presencia durante dos años completos. La razón de esto era, sencillamente, que David no deseaba ver a Absalón (vv. 24, 28). ¿Podría esto implicar que, tal como Absalón albergó odio hacia Amnón durante dos años (hasta el momento en que lo mató), el rey David también albergó odio hacia Absalón durante dos años? Absalón, habiendo residido en Jerusalén durante dos años sin ver ni una sola vez a su padre, el rey David, buscó concertar un encuentro; le pidió al general Joab que actuara como intermediario en su nombre, pero Joab se negó a verlo (Versículo 29, *Modern People's Bible*). En consecuencia, al no quedarle otra opción, Absalón ordenó a sus siervos prender fuego al campo de cebada de Joab: una medida drástica que finalmente obligó a Joab a reunirse con él (Versículos 30–31, *Modern People's Bible*). En esa reunión, Absalón le habló a Joab: «La razón por la que te mandé llamar fue para pedirte que fueras ante el Rey y le preguntaras: si el Rey no tenía intención de verme, ¿por qué entonces me hizo regresar de Gesur? Mejor me hubiera quedado allí. Ahora, por favor, gestiona un encuentro con el Rey.

Si soy culpable de algún delito, que me dé muerte» (Versículo 32, *Modern People's Bible*). Al reflexionar sobre las acciones y palabras de Absalón en este pasaje, llego a creer que él anhelaba genuinamente a su padre, David. Ansiaba ver a su padre; Él simplemente deseaba reunirse con él. Sin embargo, debido a que su padre —a pesar de haberlo traído desde Geshur hasta Jerusalén— se negó a concederle una audiencia ni siquiera una sola vez a lo largo de dos años, Absalón se vio impulsado a decirle a Joab que habría estado mejor si simplemente se hubiera quedado en Geshur.

Al meditar en este pasaje, me impacta la constatación de que —incluso cuando un padre y un hijo viven juntos bajo el mismo techo— un corazón que no perdona crea inevitablemente una inmensa distancia entre ellos. Un corazón lleno de odio aleja a las personas, mientras que un corazón dispuesto a perdonar tiende puentes sobre la distancia que las separa. Por muy profundo que sea el anhelo de una persona, si el espíritu de perdón está ausente, este crea inevitablemente una distancia entre las personas. Si David hubiera perdonado verdadera y sinceramente a su hijo Absalón, no lo habría traído de regreso a Jerusalén —tras haber estado separado de él durante tres años mientras Absalón se encontraba en Geshur— solo para prohibirle aparecer en su presencia durante otros dos años más. ¿Qué clase de padre podría pasar cinco años sin ver a un hijo al que supuestamente había perdonado? A mi juicio, David era un hombre imperfecto; era un padre que no logró perdonar a su propio hijo. En su libro *David: A Man of Passion and Destiny* (David: Un hombre de pasión y destino), Eugene Peterson sostiene que, entre los graves pecados que David cometió a lo largo de su vida, aquel por el que pagó el precio más alto fue, precisamente, su incapacidad para perdonar verdaderamente a su hijo Absalón. Cuanto más le negaba David el verdadero perdón a su hijo Absalón —manteniéndolo a distancia y alejándolo de sí—, más se distanciaba él mismo de Dios (Peterson).

Un corazón que no perdona no solo crea distancia entre nosotros y la persona que nos ha herido; significa que ya nos hemos distanciado de Dios. En otras palabras, un corazón que se niega a perdonar no puede gozar de una comunión íntima con el Señor. Por lo tanto, tal

como el Señor nos ha perdonado a nosotros, también nosotros debemos perdonar a nuestros familiares. Así como Dios nos ha perdonado en Cristo, nosotros debemos perdonarnos unos a otros (Efesios 4:32). Mientras que aquellos que pertenecen a *esta era* —un mundo dominado por el diablo— declaran: «¡Jamás te perdonaré, aunque muera!», el pueblo de Dios —ciudadanos de Su Reino que pertenecen a *la era venidera* (y, por tanto, al cielo)— perdona incluso hasta la muerte, tal como Jesús perdonó al morir en la cruz (Lucas 23:34; 1 Co. 15:40, 48, 49; Fil. 3:20; 1 Jn. 5:19). Cuando un ser querido nos agravia, en lugar de centrarnos en la magnitud y el alcance de su ofensa en su presencia, debemos reconocer primero la magnitud y el alcance de nuestros propios pecados en la presencia de Dios. Al hacerlo, tal como Dios nos ha perdonado en Cristo Jesús, no solo perdonaremos a ese ser querido en nuestros corazones, sino que también hallaremos el valor para aceptarlo plenamente, amándolo incluso con mayor profundidad que antes.

Quisiera concluir este tiempo de meditación bíblica. El sumamente astuto Satanás continúa, incluso ahora, manipulando a individuos astutos —muy semejantes a Jonadab— para lanzar ataques contra los hogares de nosotros los cristianos, los descendientes espirituales de David que depositamos nuestra fe en Jesucristo, conduciéndolos a la ruina. Por lo tanto, debemos resistir activamente los ataques del astuto Satanás en asuntos concernientes a nuestras relaciones con el sexo opuesto y dentro de nuestros matrimonios. El Señor desea establecer nuestros hogares como un anticipo del Cielo, mientras que Satanás busca transformarlos en un infierno en vida. El Señor nos ha otorgado los mandamientos celestiales de amar a Dios y amar a nuestro prójimo; por el contrario, Satanás nos ha impuesto el mandamiento infernal de odiarnos unos a otros. Nuestra responsabilidad es obedecer los mandamientos del Señor, asegurando que toda nuestra familia —unida en un solo corazón y una sola mente— ame a Dios y, a través de ese amor divino, se ame mutuamente. Sin embargo, Satanás nos ataca y nos tienta incesantemente y sin medida, esforzándose por hacernos desobedecer los mandamientos del Señor y por volvernos unos contra otros con odio. ¡Esta es, sin duda alguna, una batalla espiritual! Debemos tener esto firmemente presente. Cuando el astuto Satanás ataca nuestros

hogares, el papel del padre —la cabeza del hogar— adquiere una importancia crítica. De hecho, dentro de la esfera vital de la familia, la salud espiritual del esposo y padre —la cabeza del hogar— es de suma importancia. Si bien un esposo se esforzará naturalmente por cuidar, guiar y nutrir el bienestar espiritual de su esposa con amor, creo que una esposa sabia, por su parte, debería reconocer la necesidad de apoyar el crecimiento de su esposo en la fe, incluso si ello requiere hacer sacrificios personales. Todos nosotros, los padres, debemos convertirnos en hombres que posean una firme certeza de nuestra salvación. Nosotros, los padres, debemos estar llenos del poder del Evangelio de Jesucristo. Para lograr esto, debemos escuchar el Evangelio de Jesucristo, comprender verdaderamente la magnitud de la gracia de Dios y vivir vidas que den fruto espiritual. Dentro de nuestros hogares, debemos practicar el perdón mutuo, tal como Dios Padre nos ha perdonado a nosotros. Como aquellos que han recibido el perdón de Dios Padre en Jesucristo, debemos perdonar a cualquier miembro de la familia que haya pecado contra nosotros —de todo corazón—, tal como Dios nos ha perdonado a nosotros.

¡Debemos dedicarnos a encontrar la libertad del pasado!

Últimamente, mi esposa y yo hemos estado viendo el drama coreano *Forecasting Love and Weather*. Sin embargo, mientras veía el programa con mi amada esposa ayer, recordé un libro que leí antes de que nos casáramos: *Making Peace with Your Past* (de H. Norman Wright). (Por cierto, antes de casarme, había llegado a apreciar profundamente, a nivel personal, los libros que H. Norman Wright escribió sobre el matrimonio). La razón por la que este libro me vino a la mente fue probablemente porque, al ver el drama, sentí que la protagonista —quien parecía incapaz de olvidar al hombre con el que había salido durante diez años, y con quien incluso había estado comprometida antes de que se rompiera el compromiso— estaba permitiendo que la persistente influencia de esa relación romántica pasada proyectara una importante sombra negativa sobre su relación actual con el protagonista masculino. (Al mismo tiempo, también observé que el hombre con el que ella había salido en el pasado —al no haber logrado cortar los lazos con ella de manera definitiva— continuaba involucrándose en su vida, causando así un daño inmenso a su propio matrimonio actual). En consecuencia, he decidido reflexionar más profundamente sobre cómo podríamos alcanzar verdaderamente la libertad del pasado; me gustaría organizar y articular mis pensamientos personales sobre este tema poniéndolos por escrito aquí.

1. La Palabra de Dios a la que me aferro en oración se encuentra en Juan 8:32: «Conocerán la verdad, y la verdad los hará libres».

2. Las palabras de Jesús —quien es la Verdad (Juan 14:6)— nos dicen que debemos «perdonar a [nuestro] hermano de [nuestro] corazón» (Mateo 18:35).

3. Sin embargo, la razón por la que fallamos (¿o somos incapaces?) en obedecer estas palabras de Jesús, a pesar de conocerlas, es que las heridas infligidas en nuestros corazones por aquellos a quienes amamos en el pasado son, sencillamente, demasiado grandes y demasiado profundas. (Por ejemplo: heridas infligidas por un padre o una madre amados; heridas infligidas por un cónyuge amado; heridas infligidas por un novio o una novia amados; y así sucesivamente).

4. ¿Qué debemos hacer con respecto a las heridas infligidas por nuestros padres, nuestros cónyuges, nuestros hijos, nuestros hermanos o nuestros parientes? ¿Cómo, entonces, deberíamos responder a las adversidades, el sufrimiento, el dolor y las heridas que surgen en nuestras vidas? En su libro *El Dios danzante*, Henri Nouwen sugiere cuatro formas específicas de responder. Él se refiere a estos cuatro puntos como los «cuatro pasos para danzar con Dios»:

a. El primer paso para danzar con Dios es vivir el duelo por el dolor y el sufrimiento que padecemos. Debemos llorar cuando sea el momento de llorar. Sin embargo, cuando lloramos, debemos hacerlo ante la Cruz. Además, cuando sentimos dolor y sufrimiento, debemos ir ante Dios Padre y decirle exactamente cuánto nos duele. No obstante, por alguna razón, en lugar de reconocer nuestro dolor, sufrimiento y aflicción, a menudo intentamos negarlos, ignorarlos o reprimirlos en lo más profundo de nuestros corazones. Si hacemos esto, las adversidades que atravesamos no podrán, bajo ningún concepto, ser de beneficio alguno para nosotros. Por el contrario —muy al estilo de los israelitas del Antiguo Testamento— corremos un alto riesgo de pecar contra Dios al murmurar y quejarnos cada vez que enfrentamos la adversidad.

b. El segundo paso para danzar con Dios es enfrentar de lleno las causas profundas de nuestro dolor y sufrimiento. Debemos mirar directamente a las pérdidas ocultas que nos han paralizado, aprisionándonos dentro de un calabozo de negación, vergüenza y culpa. ¿Cuáles son, exactamente, las causas de nuestro dolor y sufrimiento? No podemos elegir si

confrontar o no estas causas a menos que primero identifiquemos cuáles son; sin embargo, con demasiada frecuencia, parece que permanecemos completamente ajenos a los verdaderos orígenes del dolor y el sufrimiento que estamos padeciendo. En consecuencia, no solo somos incapaces de enfrentar de lleno las causas de nuestro dolor y aflicción, sino que, incluso si *conocemos* dichas causas, nuestros instintos humanos nos llevan a evitarlas en lugar de confrontarlas directamente. La razón de esto es, sencillamente, que nos hemos acostumbrado a la evasión. A menos que enfrentemos de lleno las causas profundas del dolor y el sufrimiento que padecemos, no podremos participar de la gracia que Dios nos otorga a través de las pruebas que se nos han encomendado.

c. El tercer paso de la danza consiste en adentrarse *en medio* del dolor, el sufrimiento, la pérdida y las heridas, y atravesarlos. Nunca debemos gastar una cantidad excesiva de energía en la negación. Más bien, al tiempo que reconocemos la realidad de nuestra situación, debemos adentrarnos directamente en el dolor, el sufrimiento, la pérdida y las heridas que estamos experimentando. Ya no debemos evadirlos. Debemos entrar en el túnel del dolor y del sufrimiento. Aunque pueda ser oscuro y aterrador, debemos entrar en ese túnel de todos modos. A menos que entremos en ese túnel, las pruebas que se nos han encomendado no producirán beneficio alguno.

d. El cuarto y último paso de la danza consiste en encontrarse con Dios Padre en medio del dolor, el sufrimiento, la pérdida y las heridas. Debemos entrar en el túnel del dolor, el sufrimiento, la pérdida y las heridas y, una vez allí, debemos sentir el dolor, el sufrimiento, la pérdida y las heridas que Jesús padeció. Al hacerlo, la sanación llega a nuestro propio dolor y a nuestras heridas. Es más, entonces podremos ser utilizados como instrumentos del Señor, siendo levantados como «sanadores heridos».

5. En el libro *Healing for Damaged Emotions* (Sanando las emociones dañadas), el autor —David A. Seamands, exmisionero en la India— afirma que una de las formas más comunes de «emoción herida» es la incapacidad de reconocer el propio valor. Él describe esto como

el estado de «una persona que carga con una ansiedad constante, se considera a sí misma inadecuada, sufre de un complejo de inferioridad y se repite constantemente: "No sirvo para nada"». Señala además que «otro tipo de persona sufre de un "complejo de perfeccionismo"; estos individuos se esfuerzan y buscan incesantemente, pero permanecen perpetuamente atormentados por la culpa y atrapados en una mentalidad que insiste en que *deben* estar haciendo algo en todo momento». Añade que «existe todavía otra forma de emoción dañada, a la que aquí se denomina "supersensibilidad"». Aquellos que son excesivamente sensibles «están constantemente expuestos a sufrir profundas heridas emocionales». Asimismo, hay quienes tienen vidas colmadas de «miedo». Quizás el mayor de estos temores sea el miedo al fracaso. Seamands observa que «la mayoría de los cristianos niegan la existencia de problemas emocionales graves en su interior». Explica que, «debido a que asumen que ser un cristiano lleno del Espíritu resuelve automáticamente todos los problemas, continúan reprimiendo u ocultando sus dolorosas heridas emocionales. Por otra parte, a causa de un espíritu carente de verdadera libertad, pueden sufrir una culpa abrumadora e incluso incurrir en conductas de autolesión». Advierte, sin embargo, que «los problemas no resueltos simplemente se alojan bajo la superficie de la vida de una persona, para manifestarse más tarde de diversas formas», dando lugar, por ejemplo, a dolencias físicas, depresión, conductas erráticas o una vida familiar infeliz. Si albergamos «heridas profundas en el corazón que nos han oprimido desde el pasado», lo que debemos recordar es esto: «Dios desea que rompamos las cadenas de opresión que nos han atado al pasado y que vivamos una vida de libertad; es más, Dios nos ayuda a romper esas cadenas y a disfrutar de esa vida liberada». David A. Seamands —exmisionero en la India— afirma que Dios sana nuestras heridas (nuestros «sentimientos lastimados»), y esboza seis pasos respecto al papel que nos corresponde desempeñar en este proceso: (1) Mirar el problema directamente a los ojos; (2) Reconocer que se tiene cierta responsabilidad en el problema, sea cual sea este; (3) Pregúntate si verdaderamente deseas ser sanado; (4) Perdona a todos los involucrados en el problema; (5) Perdónate a ti mismo; y (6) Pide al Espíritu Santo que te revele la raíz del problema y te guíe sobre cómo orar al respecto (Seamands).

6. Las heridas sufridas en las relaciones románticas pueden ser verdaderamente devastadoras para nosotros. Incluso pueden llevarnos al punto de renunciar a —o abandonar— nuestras propias almas. Dado que tales heridas en las relaciones románticas pueden acarrear consecuencias tan aterradoras, deseo reflexionar sobre este asunto con gran seriedad, examinándolo a la luz de la Palabra de Dios. Aunque hay mucho que desconozco, me gustaría plasmar por escrito los pensamientos que han acudido a mi mente.

a. El primer pensamiento que se me ocurre es, naturalmente, el de las heridas de Jesús. Por supuesto, cuando estamos dolidos a causa de una relación romántica, es posible que las heridas de Jesús ni siquiera pasen por nuestra mente. Sin embargo, si Dios nos concede la gracia de traer intencionalmente a la memoria las heridas de Jesús, debemos entonces reflexionar sobre *por qué* Jesús cargó con esas heridas. La razón es que Jesús sufrió esas heridas *en nuestro favor*. Estas heridas de Jesús son fundamentalmente distintas de lo que habitualmente denominamos «heridas sufridas en las relaciones románticas». En las relaciones románticas, sufrimos heridas *a causa de* la otra persona, no *por* la otra persona... Uno no sufre heridas *por* o *en favor de* otro sin un propósito. Si somos capaces de soportar tales heridas dentro de una relación romántica, creo que estamos aspirando a una dimensión superior de relación: aquella que busca emular el amor de Jesús.

b. Mi segundo pensamiento concierne al concepto de la «capacidad para aceptar heridas». Jesús sufrió heridas en nuestro favor. ¿Acaso no deberíamos nosotros, como cristianos, poseer también la capacidad de sufrir heridas en favor de aquellos a quienes amamos? Si, en efecto, somos capaces de hacerlo, creo que estamos aspirando a una expresión verdaderamente extraordinaria —y madura— del amor del Señor. Sin embargo, parece que demasiadas relaciones románticas adolecen de una lamentable falta de capacidad para aceptar heridas *por* o *en favor de* la propia pareja. Por supuesto, algunos podrían alegar que *sí* sufren heridas por o en favor de su ser amado. Sin embargo, me pregunto hasta qué punto son verdaderamente capaces de soportar tal sufrimiento. Es más, sospecho que algunos podrían estar viviendo bajo un engaño, incapaces de discernir si su capacidad para

aceptar heridas es verdaderamente aceptable a los ojos del Señor, o si es meramente aceptable a sus propios ojos.

c. Mi tercer pensamiento se centra en la palabra «sanación». Las heridas infligidas deben ser vendadas y sanadas; me encuentro reflexionando sobre cómo, exactamente, es esto posible. Naturalmente, la Biblia nos dice que es Dios quien sana. En particular, el Salmo 147:2 sugiere que, en el proceso de sanar nuestras heridas, el Señor sana primero nuestros corazones quebrantados interiormente, y solo entonces procede a sanar nuestras lesiones externas. Sin embargo, cuando consideramos *cómo* sana realmente el Señor —específicamente, cómo repara esos «corazones quebrantados»—, nos damos cuenta de que lo hace a través del amor de Dios Padre: un amor mucho más grande, más amplio y más profundo que el amor romántico que se encuentra en las relaciones humanas. Es únicamente a través de este amor de Dios Padre que las heridas que hemos recibido en nuestras relaciones románticas... pueden ser sanadas. Así como un vasto océano envuelve a un pequeño arroyo, la obra de sanación tiene lugar cuando el inmenso amor de Dios cubre incluso las heridas humanas más profundas. En el transcurso de las relaciones románticas, podemos sufrir heridas profundas y extensas causadas por la separación; en medio de una desesperación en la que llegamos a aborrecerlo todo —incluidas las personas— y, con el tiempo, incluso a Dios mismo, y donde podríamos incluso sentirnos tentados a darnos por vencidos con nosotros mismos, Dios ciertamente no se da por vencido con nosotros —sus hijos heridos—, ni nos soltará jamás. Por el contrario, nuestro Padre Celestial nos busca activamente y se acerca a nosotros, deseando estrecharnos aún más fuertemente dentro del refugio de Su amor; pues somos Sus hermosos hijos e hijas, a quienes Él atesora y tiene en alta estima a pesar de nuestro quebrantamiento. Cuando nos arrojamos al abrazo de Dios —tal como lo hizo Jonás—, cuando nos permitimos ser sostenidos en los brazos extendidos de Jesús en la cruz, y cuando tocamos Sus manos traspasadas por los clavos, Su costado herido y Sus cicatrices con los ojos de la fe, nuestras propias heridas se desvanecerán por completo, sin dejar rastro alguno.

7. Por último, quisiera concluir reflexionando brevemente sobre José: un «sanador herido» que halló la verdadera libertad de su pasado. Tal como se relata en el Libro del Génesis, José era profundamente amado por su padre, Jacob; sin embargo, por parte de sus diez hermanos mayores, no recibió amor, sino odio, hasta el punto de que casi perdió la vida a manos de ellos. No obstante, Dios libró a José de aquel encuentro cercano con la muerte; finalmente, a la edad de diecisiete años, fue vendido como esclavo en Egipto. Tras servir como esclavo en la casa de Potifar —un general egipcio—, fue injustamente incriminado y encarcelado. Si José se hubiera quedado atrapado en el pasado, seguramente nunca habría perdonado a sus hermanos (de hecho, tal vez le habría resultado imposible hacerlo); en su lugar, podría haber albergado resentimiento y buscado vengarse de ellos (Génesis 50:15). Sin embargo, en lugar de cobrar venganza, optó por tranquilizar a sus atemorizados hermanos, prometiendo cuidar no solo de ellos, sino también de sus hijos... Y cuidó de ellos hasta su muerte (a la edad de 110 años) (Versículos 20–22, *The Modern Man's Bible*). ¿Cómo pudo José lograr esto? ¿Cómo pudo disfrutar de la libertad respecto al pasado —perdonando a sus hermanos— y, más aún, amarlos activamente? Encuentro la respuesta en Génesis 50:19: «Ustedes intentaron hacerme daño, pero Dios lo transformó en bien, permitiéndome salvar hoy la vida de muchas personas» .

8. He llegado a creer que el secreto detrás de la capacidad de José para perdonar genuinamente a sus hermanos reside en dos hechos específicos. El primer hecho es innegable: los hermanos de José, en efecto, le hicieron el mal. Impulsados por el odio, tramaron matarlo y, finalmente, lo vendieron como esclavo en Egipto. Claramente, pecaron no solo contra Dios, sino también contra el propio José. Este es un hecho que no podemos negar. José también era, indudablemente, consciente de esta realidad y no podría haberla negado. Sin embargo, de manera notable, José depositó su fe en un *segundo* hecho, en lugar de en el primero. Fue precisamente debido a esto que José pudo ofrecer a sus hermanos un perdón tan sincero. Ese segundo hecho es este: «Ustedes tramaron hacerme el mal, pero Dios lo transformó en bien» (Versículo 20). Si bien es cierto que sus hermanos tenían la intención de dañarlo, José no permitió centrarse únicamente en esa realidad, ni

dejó que esta lo consumiera. En cambio, en lugar de obsesionarse con lo que sus hermanos habían hecho, eligió enfocar su vida en lo que Dios había logrado. En otras palabras, José aceptó —mediante la fe— la verdad de que, aunque las acciones de sus hermanos tenían la intención de causarle daño, Dios había transformado esas mismas acciones en algo bueno, enviando a José por delante a Egipto para ser establecido como su Primer Ministro. Además, José pudo ofrecer a sus hermanos un perdón tan sentido porque comprendió el propósito último detrás del trato de Dios con él. Ese propósito divino —es decir, la voluntad de Dios— era «salvar muchas vidas, tal como se está haciendo hoy» (Versículo 20). Fue precisamente porque José captó esta voluntad divina que pudo perdonar genuinamente a los mismos hermanos que, en el pasado, habían intentado destruirlo.

9. Este es, entonces, el verdadero secreto del perdón. En lugar de centrarnos en las malas acciones que otros han cometido en nuestra contra, cuando aceptamos por fe la obra de Dios —quien hace que todas las cosas obren para bien, incluso en medio de tales circunstancias—, adquirimos la capacidad de perdonar a aquellos que han pecado contra nosotros. Si nos obsesionamos únicamente con las ofensas o pecados que otros han cometido en nuestra contra, nunca seremos capaces de perdonarlos. Sin embargo, cuando llegamos a reconocer la providencia de Dios —percibiendo cómo Él ha obrado a través de esos mismos agravios y pecados para producir un bien mayor—, somos capacitados para otorgar el perdón. Cuando esta capacidad de perdonar reside en nuestro interior, nuestro perdón no se limita meramente a absolver a la otra persona de sus faltas y pecados; de hecho, no puede terminar ahí. En otras palabras, José no se detuvo simplemente en perdonar a sus hermanos; por el contrario, con un corazón plenamente entregado al cuidado de ellos y de sus hijos, les ofreció palabras sinceras de consuelo. Dejando totalmente de lado sus propios sentimientos, y actuando en su lugar con el corazón benevolente de Dios Padre, José procuró con fervor consolar a sus hermanos. El perdón de José no fue meramente pasivo; ciertamente no concluyó con la simple absolución de las faltas y pecados de sus hermanos. Su perdón fue activo. Él fue más allá, extendiendo su amor a sus hermanos al ponerse en su lugar. No solo ofreció un profundo consuelo a sus

hermanos —quienes temblaban de miedo—, sino que también prometió proveer para las necesidades de ellos y de todas sus familias. José se comprometió a asumir plena responsabilidad por su cuidado. Para vivir una vida caracterizada por tal perdón, debemos centrarnos en una segunda verdad: la obra que Dios mismo ha realizado. Debemos llegar a reconocer la divina providencia mediante la cual Dios orquesta todas las cosas para que obren juntas para el bien. Incluso cuando sufrimos a manos de otros, debemos fijar nuestros ojos de fe en Dios —quien continúa haciendo que todas las cosas obren para el bien, incluso en esos momentos de sufrimiento— y, mediante una paciente perseverancia, llegar a gustar y ver que el Señor es bueno (Salmos 34:8). Y cuando gustemos de esa bondad de Dios, seremos capaces de perdonar verdaderamente a los demás.

10. Cuando nuestros corazones están angustiados y apesadumbrados, cuando nos sentimos desanimados y abatidos, o cuando luchamos en medio de ansiedades y preocupaciones, debemos mirar con fe al Señor de la Esperanza. El Señor ciertamente vendrá en nuestra ayuda. Sin duda alguna, Él nos traerá sanidad. A Su propio tiempo y a Su propia manera, el Señor ministrará con ternura a nuestros corazones quebrantados y sanará nuestros espíritus heridos. El Señor liberará nuestros corazones. (James Kim, "Los de corazón quebrantado")

Las relaciones de los sabios: Aplicadas al matrimonio

[Proverbios 3:27-35]

Creo que, entre todas las relaciones humanas, aquella que brinda la mayor alegría, deleite y sentido de felicidad es la relación entre un esposo y una esposa. Al mismo tiempo, también creo que esa misma relación —el matrimonio— puede ser la fuente del más profundo dolor, angustia e infelicidad. En consecuencia, si bien los cónyuges sirven como los mayores consoladores el uno para el otro —ofreciendo el máximo consuelo y aliento—, también pueden, por el contrario, convertirse en las mayores fuentes de desánimo y desesperación del otro. ¿Cómo, entonces, debemos conducir la relación entre esposo y esposa? ¿Qué debemos hacer para cultivar una relación matrimonial que dé gloria a Dios? Bajo el título "Las relaciones de los sabios: Aplicadas al matrimonio", me propongo meditar en el pasaje bíblico de hoy —Proverbios 3:27–31— y buscar extraer lecciones aplicando tres principios específicos al contexto del matrimonio. Es mi sincera esperanza que todos nosotros —tanto esposos como esposas— nos esforcemos por construir matrimonios centrados en Cristo, caracterizados por la obediencia a la Palabra del Señor, dando así gloria a Dios.

En primer lugar, no debemos retener nuestra generosidad a aquellos que la merecen.

Por favor, miren nuevamente el pasaje bíblico de hoy, Proverbios 3:27–28: "No niegues el bien a quien se le debe, cuando esté en el poder de tu mano hacerlo. No digas a tu prójimo: 'Ve, y vuelve, y mañana te lo daré', cuando lo tienes contigo". Anteriormente he aplicado esta lección a la relación entre un empleador y un empleado. Hoy, sin embargo, deseo aplicar

esta misma lección a la relación entre un esposo y una esposa. Como esposos, no debemos ser mezquinos al brindar amor a nuestras esposas, pues ellas son precisamente quienes más merecen nuestro amor. En particular, nosotros los esposos debemos abandonar la noción equivocada de que, simplemente porque nuestras esposas son nuestras compañeras más cercanas —nuestras "otras mitades"—, estamos de alguna manera justificados para brindar mayor amor y afecto a otros que a ellas. ¿Cómo podemos pretender demostrar amor a nuestros prójimos cuando fallamos en extender ese amor adecuadamente incluso a nuestras propias esposas? Sospecho que otra de nuestras muchas excusas es la noción de que nuestras esposas deben demostrar primero una conducta digna de amor —mostrándonos respeto— antes de que nosotros podamos decidirnos a amarlas. Sin embargo, Efesios 5:25 nos instruye claramente a nosotros, los esposos, a amar a nuestras esposas tal como Cristo amó a la iglesia y se entregó a sí mismo por ella. No es que amemos a nuestras esposas *porque* hayan realizado alguna obra o pronunciado alguna palabra que las haga dignas de nuestro afecto; más bien, debemos amar a nuestras esposas simplemente porque estamos llamados a amarlas, tal como Jesús amó a la iglesia. Nuestras esposas son, por naturaleza, dignas de recibir nuestro amor. Por lo tanto, nosotros, los esposos, debemos reconocer a nuestras esposas como aquellas que merecen legítimamente nuestro amor, y nunca debemos privarlas de él. ¿Y qué deben hacer, entonces, las esposas por sus esposos? Deben mostrar respeto. Las esposas deben conceder a sus esposos el respeto que les corresponde por derecho. Por supuesto, las esposas podrían ofrecer la siguiente razón para negarse a respetar a sus esposos: "¿Cómo puedo respetar a mi esposo cuando sus palabras y acciones no me dan motivo alguno para hacerlo?". Efesios 5:24 afirma que, así como la iglesia se somete a Cristo, las esposas deben someterse —o mostrar reverencia y respeto— a sus esposos en todo. Por consiguiente, las esposas cristianas deben respetar y obedecer a sus esposos tal como lo harían con el Señor.

En segundo lugar, no debemos causar daño a los demás sin motivo.

Por favor, vuelvan a mirar el pasaje de hoy, Proverbios 3:29-30: "No trames hacer daño a tu prójimo, que vive confiadamente cerca de ti. No acuses a un hombre sin causa, cuando no te ha hecho ningún daño". El prójimo más cercano que vive "seguramente" a nuestro lado —es decir, aquel que nos inspira el mayor sentido de confianza— es, dentro del contexto del matrimonio, nuestro esposo o nuestra esposa. Sin embargo, el problema radica en que, en las relaciones conyugales, Satanás no busca fomentar la confianza mutua, sino más bien destruirla sembrando semillas de duda y sospecha en el corazón de cada uno de nosotros. En consecuencia, las parejas a menudo terminamos peleando y discutiendo amargamente incluso por los asuntos más triviales. La causa fundamental de todo esto reside en los malentendidos que surgen entre nosotros a raíz de esas cuestiones tan insignificantes. Es más, sospecho que, incluso cuando nos hallamos atrapados en estos malentendidos, a menudo carecemos del saber hacer —del modo adecuado— para entablar un diálogo que pueda resolverlos. Como resultado, la confianza que en otro tiempo depositábamos el uno en el otro se ve fracturada por estos malentendidos; dejamos de abrir las puertas de nuestro corazón o de compartir nuestro ser interior con nuestros cónyuges. En consecuencia, nos volvemos incapaces de cultivar una relación verdaderamente profunda e íntima. Sin embargo, el problema no termina ahí; a medida que los malentendidos se acumulan en nuestros corazones, se enconan y maduran, dando finalmente origen a la insatisfacción, los agravios y una desconfianza profundamente arraigada. Así, la ira que se ha ido gestando silenciosamente —a menudo por los asuntos más insignificantes— estalla de repente, dando lugar a discusiones explosivas y conflictos amargos. En última instancia, la relación entre marido y mujer degenera, pasando de ser una unión amorosa a una de hostilidad mutua: la de dos enemigos. ¿Qué debemos hacer, entonces? ¿Qué acciones concretas deben emprender los maridos hacia sus esposas, y las esposas hacia sus maridos? Debemos abstenernos de incurrir en acusaciones infundadas y disputas (Versículo 30). Además, no debemos convertirnos en esa clase de pareja que se inflige daño gratuito mutuamente, incurriendo en calumnias o maquinaciones maliciosas. Por el contrario, nosotros, como parejas, debemos esforzarnos por ser —el uno para el otro— los vecinos más cercanos, aquellos que inspiran el más profundo sentido de confianza. Para lograrlo,

debemos vivir en obediencia a la voluntad del Señor —el verdadero Dueño de nuestro matrimonio— y conducirnos con absoluta integridad. Solo entonces podrá la esposa depositar su confianza en su marido, y el marido en su esposa. E incluso si este no fuera el caso, dado que confiamos en el Señor, debemos mantenernos firmes en nuestro compromiso de confiar el uno en el otro.

En tercer lugar, no debemos envidiar a los violentos.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 3:31: «No envidies al hombre violento ni elijas ninguno de sus caminos». Al vivir en este mundo perverso, hay ocasiones en las que envidiamos la prosperidad de los violentos, de los pecadores o de los malvados (Prov. 23:17; 24:1, 19). En consecuencia, al envidiar el éxito de los impíos, corremos el riesgo de tropezar (Sal. 73:1). Al preguntarnos: «¿Cómo es posible que nosotros —quienes creemos en Jesús— suframos, mientras que los violentos, los pecadores y los impíos prosperan?», podemos tropezar fácilmente y, al seguir los caminos de esas personas malvadas, cometer pecado contra Dios. Sin embargo, en el texto de hoy —Proverbios 3:31—, el sabio rey Salomón nos instruye a no envidiar a los violentos ni a elegir ninguno de sus caminos. ¿Por qué no deberíamos envidiar a los violentos ni elegir ninguno de sus caminos? ¿Cuál es la razón de esto?

En el pasaje de hoy —Proverbios 3:32–35—, la Biblia presenta cuatro razones específicas (Walvoord). Al reflexionar sobre estas cuatro razones, me gustaría considerar cómo se aplican a la relación entre esposo y esposa.

(1) La primera razón es que Dios aborrece a los perversos.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 3:32: «Porque el SEÑOR aborrece al perverso, pero a los rectos les confía su amistad». La razón principal por la que no debemos envidiar la prosperidad de las personas violentas o malvadas —ni imitar sus caminos— es que Dios las

aborrece. Ante esta clara razón, ¿queda acaso lugar para que ofrezcamos excusas o justificaciones? Es una razón sencilla, directa y evidente por sí misma. Dado que Dios los aborrece, no debemos envidiar a los violentos ni a los malvados, ni seguir sus pasos. Por el contrario, usted y yo debemos esforzarnos por ser personas íntegras. ¿Cuál es la razón de esto? Es porque Dios ama a los íntegros. Además, es porque solo los íntegros pueden compartir una profunda comunión con Dios.

Actualmente nos enfrentamos a una crisis de integridad. Dejando a un lado nuestras relaciones con los demás, afrontamos una crisis de integridad incluso dentro de nuestras relaciones conyugales: relaciones en las que nos hemos convertido en «una sola carne» en el Señor, unidos de la manera más íntima. La causa fundamental de esto es que nosotros, como parejas, hemos llegado a envidiar a los perversos; en consecuencia, en lugar de tratarnos mutuamente con un corazón íntegro, nos tratamos con un corazón perverso. Como resultado, nosotros, las parejas, no solo carecemos de una profunda comunión con el Señor, sino que tampoco logramos compartir una profunda comunión entre nosotros. Este no es, en absoluto, el tipo de relación conyugal que el Señor desea para nosotros. La relación que el Señor desea para nosotros es aquella caracterizada por una profunda comunión —tanto con Él como entre nosotros— dentro del contexto de nuestra vida en el Señor. Para lograr esto, debemos desechar la perversidad y elegir la integridad. En otras palabras: así como los esposos son honestos con el Señor, deben ser honestos con sus esposas. Lo mismo se aplica a las esposas: así como son honestas con el Señor, deben ser honestas con sus esposos. Cuando hacemos esto, somos capaces de compartir una profunda comunión entre nosotros en el Señor.

(2) La segunda razón es que Dios lanza una maldición sobre los malvados.

Observemos el pasaje bíblico de hoy, Proverbios 3:33: «La maldición del Señor está sobre la casa de los malvados, pero Él bendice el hogar de los justos». A lo largo del Libro de Proverbios, el sabio rey Salomón nos exhorta repetidamente a no envidiar la prosperidad de

los impíos (Prov. 23:17; 24:1, 19). ¿Cuál es la razón de esto? La razón es que Dios ha maldecido la casa de los impíos (Prov. 3:33). Aunque, a nuestros ojos humanos, pueda parecer que los impíos comen bien, viven bien y prosperan en esta tierra, la Biblia nos dice que su fin último es la ruina y la destrucción total (Sal. 73:18-19). Sin embargo, la escritura de hoy nos asegura que Dios otorga bendiciones a los justos (Prov. 3:33). Por lo tanto, como aquellos que han sido justificados por la fe en Jesucristo, en lugar de envidiar la prosperidad de los impíos, deberíamos regocijarnos en el sufrimiento de los justos. ¿Cuál es la razón de esto? Es porque nuestro Señor Jesús también sufrió. Además, compartir el sufrimiento con Jesús es un don de la gracia de Dios (Fil. 1:29).

Nos desagrada el sufrimiento. ¿Qué pareja disfrutaría alguna vez de soportar el dolor? En consecuencia, hay momentos en los que nos sorprendemos envidiando la prosperidad de los impíos. Sin embargo, la escritura de hoy habla con claridad: Dios no solo detesta a los impíos, sino que también lanza una maldición sobre ellos. Por el contrario, la Biblia nos dice que Dios no solo ama a los rectos, sino que también otorga bendiciones a los justos. Por lo tanto, como parejas, en lugar de envidiar y perseguir la prosperidad de mil impíos, deberíamos elegir compartir el sufrimiento de un solo justo. ¿Cuál es la razón de esto? La razón es que constituye una gracia para nosotros —como pareja unida en un solo cuerpo— participar en los sufrimientos del Señor (Fil. 1:29). Si nosotros, como parejas unidas en uno, podemos vivir vidas de rectitud y soportar el sufrimiento por amor al Señor, Dios ciertamente nos bendecirá.

(3) La tercera razón es que Dios se burla de los arrogantes.

Observemos el pasaje de la escritura de hoy, Proverbios 3:34: «Ciertamente Él se burla de los burladores, pero da gracia a los humildes». Tal como meditamos anteriormente en Proverbios 1:26, ya hemos aprendido esta verdad: cuando nos negamos a prestar atención a la reprensión de Dios (v. 24) —y, en su lugar, despreciamos todo Su consejo y rechazamos Su corrección (v. 25)— nos sobrevendrá el desastre (v. 26); y cuando el terror nos asalte, Dios

se burlará de nosotros (v. 26). Por lo tanto, Dios se burla de nosotros cuando nos volvemos arrogantes, negándonos a escuchar Su reprensión y tratándola, en cambio, con desprecio. En el pasaje de hoy, Proverbios 3:34, el rey Salomón transmite un mensaje similar: Dios se burla de los arrogantes. La Biblia declara que Dios se burla de los arrogantes; es decir, de aquellos que, en su altivez, se niegan a aceptar la corrección de Dios y, por el contrario, la desprecian, buscando su propia gloria en lugar de la gloria de Dios. Por consiguiente, nunca debemos ser arrogantes. Al contrario, debemos ser humildes. ¿Por qué? La razón es que Dios concede gracia a los humildes.

Como parejas casadas, debemos guardarnos de la arrogancia. Satanás busca sembrar la arrogancia en nuestros corazones, transformándonos en individuos egoístas que —en lugar de servirse humildemente el uno al otro— exigen amor o respeto desde una posición de superioridad sobre su cónyuge. Debemos luchar contra esta tentación de Satanás. Para triunfar en esta batalla espiritual, nosotros —como parejas— debemos fijar nuestra mirada en Jesús: Aquel que poseía un corazón humilde y obedeció la voluntad de Dios Padre, incluso hasta el punto de morir en la cruz (Fil. 2:5–8). Por lo tanto, debemos considerar a los demás como más importantes que a nosotros mismos (v. 3). Además, cada uno de nosotros debe velar no solo por sus propios intereses, sino también por los intereses de su respectivo cónyuge (v. 4). Cuando así lo hagamos, el Señor —quien es nuestra propia alegría— hará que nuestra alegría sea completa (v. 4).

(4) La cuarta y última razón es que Dios avergüenza a los necios.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 3:35: «Los sabios heredarán honra, pero los necios solo obtendrán vergüenza». Las personas violentas —los impíos— a menudo sienten poca o ninguna vergüenza, incluso mientras están cometiendo pecados activamente. La razón de esto es que sus conciencias se han cauterizado y sus rostros se han vuelto totalmente descarados. Sin embargo, el problema inquietante es que nosotros, los cristianos —que cometemos repetidamente esos mismos pecados—, también nos estamos volviendo cada

vez más insensibles al sentido de la vergüenza. No hace mucho tiempo, mientras leía un artículo de noticias cristianas en línea, me topé con una publicación acompañada de fotografías; en ella aparecía un pastor que, habiendo servido anteriormente junto a un colega de mayor rango dentro de una gran organización cristiana, estaba exponiendo la participación de su superior en un escándalo electoral de «dinero a cambio de votos», presentando grabaciones de audio como prueba. Al ver esto, me quedé totalmente sin palabras. Sin embargo, lo que me dejó aún más perplejo fue la imagen del pastor que hacía la denuncia —un pastor del equipo pastoral, por así decirlo—, sentado en una silla mientras sostenía en alto el dispositivo de grabación que servía como su prueba. No mostraba, en absoluto, el porte humilde de alguien que sintiera el más mínimo asomo de vergüenza. Una persona necia y de mente obtusa no solo es incapaz de reconocer el pecado como tal —incluso mientras ofende activamente a Dios—, sino que tampoco siente vergüenza alguna ni siquiera después de haber cometido un acto vergonzoso. No debemos ser así. Como cristianos, debemos saber sentir vergüenza. No debemos convertirnos en esa clase de cristianos necios que permanecen desprovistos de vergüenza incluso después de haber cometido un pecado. Por el contrario, todos debemos esforzarnos por convertirnos en cristianos sabios. Cuando Dios nos reprende, debemos contarnos entre los sabios que aceptan humildemente Su corrección. Y cuando Dios expone nuestros pecados, debemos ser aquellos que experimentan un genuino sentido de vergüenza. Por lo tanto, todos debemos arrepentirnos de nuestros pecados, volver a Dios y convertirnos en aquellos que heredan la gloria.

Como esposos y esposas, debemos ser personas capaces de sentir vergüenza ante Dios y ante nuestros hijos. Es verdaderamente algo vergonzoso —nada menos que eso— presentarse ante Dios y ante nuestros hijos, y sin embargo no sentir vergüenza al fallar en amarnos los unos a los otros —albergando odio en su lugar— y al fallar en respetarnos mutuamente —manifestando desobediencia en su lugar—. Deberíamos avergonzarnos. En particular, el hecho de que no sintamos vergüenza ni siquiera cuando exhibimos nuestras riñas y peleas ante nuestros hijos indica que nuestras conciencias se han paralizado

verdaderamente y que nuestros rostros se han vuelto totalmente descarados. Debemos tomar conciencia de esta verdad, acercarnos humildemente a Dios Padre, confesar nuestros pecados y arrepentirnos. Una persona sabia es aquella que, cuando Dios el Espíritu Santo punza nuestra conciencia y reprende nuestros corazones a través de la Palabra de Dios, presta atención a esa corrección, obedece la voz del Espíritu Santo, se acerca a Dios Padre y se arrepiente de sus pecados. Cuando así lo hacemos, recibiremos la gloria como nuestra herencia de parte de Dios.

Me gustaría concluir esta meditación sobre la Palabra. Bajo el título "Las relaciones de la persona sabia" (Partes 1–3), hemos aprendido tres principios relativos a las relaciones humanas, extraídos de Proverbios 3:27–35. Primero, no debemos negar la bondad a aquellos a quienes les es debida; segundo, no debemos hacer daño a otros sin causa; y tercero, no debemos envidiar a los violentos. La razón por la que no debemos envidiar a los violentos es que Dios detesta a los violentos y los ha maldecido; además, Dios se burlará de los arrogantes y avergonzará a los necios. Más bien, debemos esforzarnos por ser las personas íntegras a quienes Dios ama, y las personas justas a quienes Dios bendice. Asimismo, debemos convertirnos en individuos humildes sobre quienes Dios derrama Su gracia, y en individuos sabios que reciben la gloria de Dios como su herencia. En particular, hoy he aplicado estos tres principios a nuestras relaciones conyugales. La razón por la que lo hice es que muchas parejas a nuestro alrededor están sufriendo debido a conflictos matrimoniales. Las parejas a menudo riñen y pelean, y en momentos de ira, no dudan en lanzarse palabras mutuamente —palabras tan afiladas como puñales— que infligen heridas profundas en el corazón. Las parejas fallan en ser honestas entre sí; incluso envidian la prosperidad de los impíos en este mundo y, en lugar de servirse humildemente el uno al otro, intentan arrogantemente controlarse mutuamente. Además, las parejas a menudo actúan insensatamente, no solo al no prestar atención a las reprensiones del Señor, sino también al negarse a escuchar las amorosas admoniciones de sus cónyuges. ¿Qué debemos hacer, entonces? Debemos brindarnos mutuamente, sin reservas, el amor y el respeto que legítimamente nos corresponden. Un esposo tiene el derecho legítimo de recibir respeto de

su esposa, y una esposa tiene el derecho legítimo de recibir amor de su esposo. Asimismo, debemos ser compañeros dignos de confianza el uno para con el otro. También debemos ser honestos entre nosotros. Es más, en lugar de envidiar la prosperidad de los impíos, deberíamos compartir el sufrimiento de los justos. Debemos servirnos humildemente unos a otros, considerando a cada uno como más digno que nosotros mismos. Y debemos esforzarnos por convertirnos en parejas sabias. Por lo tanto, oro para que todos nos dediquemos a construir matrimonios centrados en Cristo; de modo que, en esta era de tasas de divorcio vertiginosas, podamos convertirnos en parejas que irradien la fragancia del amor de Jesús, demostrando cuán verdaderamente distinta es una pareja que cree en Él.

Debes valorar a tu esposa.

«A las partes del cuerpo que nos parecen menos dignas, las tratamos con mayor dignidad…» (1 Corintios 12:23a).

El mes pasado, en septiembre —antes de partir para asistir a una conferencia misionera en la India— tuve que predicar el sermón en nuestro servicio de los miércoles, ya que nuestro Pastor Principal se encontraba ausente en Corea. Durante ese sermón —el cual se centró en 1 Corintios 12:25 y se tituló «¿Está nuestra iglesia sirviendo como un espejo?»— compartí tres puntos sobre cómo nuestra Iglesia Presbiteriana Victory puede mantener eficazmente la unidad en medio de la diversidad: (1) Debemos reconocer que somos indispensables los unos para los otros; (2) Debemos valorarnos mutuamente; y (3) Debemos ver la belleza en los demás. Tras predicar este mensaje y concluir el servicio del miércoles, regresé a casa. Mi esposa, que había escuchado el sermón, me hizo un par de comentarios; y al oírlos, sentí una aguda punzada en la conciencia. La razón era que, tal como mi esposa insinuaba, en realidad yo no la había estado valorando. Desde la perspectiva de mi esposa, ella tenía toda la razón para sentirse poco valorada; me había pedido repetidamente que fuéramos de acampada juntos, pero yo seguía negándome. Finalmente, le dije: «Esperemos hasta el próximo abril —cuando esa pareja de pastores que conocemos de Texas nos visite aquí en el sur de California— y vayamos de acampada con ellos. Luego, en algún momento posterior a eso, vayamos nosotros dos solos». Ese día me di cuenta, a través de la amorosa reprensión (¿o tal vez corrección?) de mi esposa, de que si realmente la valoraba, mi primer deseo debería haber sido ir de acampada con ella —solo nosotros dos—, y sin embargo, no lo había hecho. Así que, con un corazón arrepentido tras mi regreso de la Conferencia

Misionera en la India, le propuse a mi esposa que fuéramos de acampada: solo nosotros dos. En consecuencia, el domingo pasado por la tarde partimos para nuestro viaje de acampada —únicamente nosotros dos— y regresamos a casa el martes. Al principio, mi esposa preguntó si no deberíamos llevar también a nuestros tres hijos, pero yo respondí con firmeza: «¡De ninguna manera!» (Jaja). La razón era, sencillamente, que quería ir de acampada exclusivamente con mi esposa. Aunque llevamos más de 25 años de casados, esta fue la primera vez que fuimos de acampada como pareja, solo nosotros dos. Fue maravilloso. Valoré especialmente la tarde de nuestro último día —el lunes—, cuando encendimos una fogata, asamos carne marinada sobre las llamas y la envolvimos en hojas de lechuga con *ssamjang* (una salsa a base de pasta de soja). Nos sentamos allí, compartiendo la comida y disfrutando de una dulce comunión, comiendo hasta quedar plenamente satisfechos. Ver a mi esposa disfrutar de su comida con tanto deleite llenó mi corazón de gratitud y alegría.

En el pasaje bíblico de hoy —la primera parte de 1 Corintios 12:23—, el apóstol Pablo se dirige a los creyentes de la iglesia de Corinto, afirmando: «A las partes del cuerpo que consideramos menos honrosas, les otorgamos mayor honor...». Precisamente el mes pasado, durante nuestro servicio de los miércoles por la noche, ya había recibido una lección centrada en este versículo: que, para que nuestra Iglesia Presbiteriana Victory preserve con éxito su unidad en medio de la diversidad, debemos tenernos unos a otros en alta estima. Sin embargo, decidí aplicar esta lección a mi propia vida familiar. En otras palabras, esto significa que el esposo y la esposa deben valorarse mutuamente. Más específicamente —y en mi calidad de esposo—, vuelvo a recibir esta profunda lección: «El esposo debe valorar a su esposa». Además, para poner en práctica esta lección en mi vida cotidiana —específicamente dentro de mi relación con mi esposa—, he reflexionado sobre dos puntos clave respecto a lo que debo hacer y cómo debo llevarlo a cabo:

En primer lugar, me di cuenta de que, para que yo —como esposo— valore verdaderamente a mi esposa, primero debo llegar a comprender cuán profundamente me valora *a mí* el Dios Trino.

En el pasado, cuando mis hijos eran pequeños, solía escribirles y enviarles cartas por correo electrónico en sus cumpleaños. Al enviar estos mensajes, me dirigía a cada uno de mis tres hijos de manera individual, escribiendo: «Para mi precioso y amado hijo, Dillon», o «Para mi preciosa y amada hija, Yeri» (o Yeeun). La razón por la que hacía esto era que, al reconocer que ellos son hijos preciosos a los ojos de Dios Padre, yo —como su padre terrenal— también deseaba valorarlos como tales. Sin embargo, yo no lograba valorarme a mí mismo —con humildad y fe— de la misma manera. A pesar de que Dios Padre me valora tan profundamente que envió a su único Hijo, Jesús, a esta tierra —llegando incluso a permitirle cargar con el peso de todos mis pecados y morir en la cruz por mi causa—, yo no me valoraba a mí mismo a través del prisma de ese amor divino. Al reflexionar —una y otra vez— sobre cuánto me valora Dios Padre, preguntándome: "¿Cómo pudo Él 'no escatimar a su propio Hijo', sino que, en su lugar, lo entregó en la cruz por mi causa?" (Romanos 8:32), me encuentro deseando comprender cada vez con mayor profundidad cuán vasto, cuán profundo, cuán ilimitado y cuán abundante es verdaderamente ese gran amor de Dios Padre. Además, anhelo adquirir una conciencia cada vez más profunda de cuán precioso considera *a mí* Jesús, el Hijo de Dios. Deseo adquirir una conciencia cada vez más profunda de por qué Jesús —quien posee la autoridad para entregar su propia vida (Juan 10:18)— ama y valora a un pecador como yo, que en otro tiempo fui enemigo de Dios (Romanos 5:8, 10), hasta el punto de sacrificar voluntariamente su vida en la cruz por mi causa (Juan 10:15, 17; 1 Juan 3:16). Asimismo, anhelo obtener una comprensión más profunda del amor del Espíritu Santo; específicamente, cuán altamente me valora Él y cómo Él —el Justo— habita en mí para producir el fruto del Espíritu (Gálatas 5:22–23) y llevar a cabo la obra transformadora de cambio de carácter que me capacita para crecer en semejanza a Cristo (2 Pedro 1:4). En resumen, deseo tomar plena conciencia de cuán precioso soy a los ojos del Dios Trino. Por lo tanto, al amarme a mí mismo a través del amor del Dios Trino, resuelvo

obedecer el mandamiento de Jesús de amar a mi prójimo como a mí mismo (Mateo 22:39); En particular, deseo amar a mi esposa —mi compañera más cercana, con quien formo un solo cuerpo en el Señor— con el mismo amor del Dios Trino, valorándola así con una profundidad aún mayor.

En segundo lugar —y para concluir—, como esposo, deseo valorar a mi esposa como un vaso precioso, reconociéndola como el «vaso más frágil» y como mi compañera con quien comparto el don de la vida eterna otorgado por gracia. El pasaje proviene de 1 Pedro 3:7: «Esposos, de la misma manera, sean considerados al convivir con sus esposas, y trátenlas con respeto como al compañero más frágil y como coherederas con ustedes del don de la vida otorgado por gracia, para que nada obstaculice sus oraciones» [(Versión en Inglés Contemporáneo) «Como esposos, deben convivir con sus esposas con entendimiento. Reconozcan que la esposa es el vaso más delicado y una compañera con quien comparten la vida eterna dada por gracia; por lo tanto, valórenla. Esto es para que su vida de oración no se vea obstaculizada»]. Al examinar este pasaje, vemos que la Biblia instruye a los esposos —hombres como yo— a «tratar a sus esposas con respeto». La *Versión en Inglés Contemporáneo* lo expresa de esta manera: «valorarla». He estado reflexionando sobre cómo, exactamente, puedo valorar a mi esposa mientras me esfuerzo por obedecer este mandato. He llegado a unos tres puntos clave:

(1) Como esposo, debo convivir con mi esposa esforzándome por comprenderla verdaderamente.

La primera parte de 1 Pedro 3:7 (tal como aparece en la *Versión en Inglés Contemporáneo*) dice: «Como esposos, deben convivir con sus esposas con entendimiento…». Habiendo convivido con mi esposa por más de veinticinco años —y habiendo intentado, una y otra vez, comprenderla— hubo momentos en los que sentí que, sencillamente, ya no podía entenderla. En esos momentos, la conclusión a la que llegué —al menos en mi propia mente— fue esta: «Parece que una esposa es un objeto para ser amado, no un objeto para

ser comprendido». *[Risas]* Sin embargo, al leer esta porción específica de 1 Pedro 3:7, recibo una lección clara: como esposo, estoy llamado, en efecto, a «comprender verdaderamente» a mi esposa. Sin embargo, en la aplicación práctica de esta lección, me enfrento a una batalla espiritual: Satanás intenta constantemente sembrar semillas de «malentendido» entre nosotros. Creo firmemente que el Espíritu Santo me está ayudando a comprender a mi esposa; no obstante, sospecho que Satanás se esfuerza por agriar mi estado de ánimo —y mis emociones—, inclinándome hacia el malentendido en lugar de hacia la verdadera comprensión. En consecuencia, en el pasado, Satanás me incitaba a hablar movido por sentimientos negativos hacia mi esposa, llevándome a proferir palabras hirientes que, a la postre, desataban conflictos entre nosotros. Sin embargo, el Espíritu Santo me está capacitando ahora para comprender a mi esposa con una profundidad aún mayor. Es más, el Espíritu Santo también está ayudando a mi esposa a comprenderme mejor a mí. E incluso en aquellos momentos en los que nos cuesta entendernos plenamente el uno al otro, el Espíritu Santo nos guía —como pareja— a aceptarnos y amarnos exactamente tal como somos, evitando así caer en el malentendido.

(2) Como esposo, debo reconocer que mi esposa es el «vaso más frágil» y amarla exactamente tal como es.

Me gustaría compartir una interpretación interesante con respecto al «vaso más frágil» mencionado en 1 Pedro 3:7: «La palabra para "vaso" —traducida como *skeuos*— no se refiere a un recipiente de una forma específica, sino que sirve más bien como un término colectivo para cualquier contenedor utilizado para guardar algo. En la Biblia, esta palabra "vaso" se utiliza con frecuencia de manera metafórica para referirse a una persona a la que se le ha encomendado una misión o un llamado específico» (fuente de internet). Al adoptar esta interpretación, creo firmemente que el Señor le ha encomendado a mi esposa una misión propia. Además, creo que —como su esposo— estoy llamado a ofrecer mi apoyo incondicional para el desarrollo de los dones espirituales y talentos que el Señor le ha otorgado; me esfuerzo por poner esta creencia en práctica cada día. En consecuencia,

animo y apoyo activamente todo aquello que le brinde alegría a mi esposa, capte su interés y le permita sobresalir. Es más, observo con ojos de fe para discernir cómo el Señor está obrando en su corazón y en su vida, y respondo con profunda gratitud y gozo. Confío en que el Señor continuará obrando a través de mi esposa y recibirá toda la gloria. Es mi ferviente oración que mi esposa y yo podamos vivir cada uno las misiones distintas que el Señor nos ha asignado individualmente, trayendo así gloria a Dios. Por supuesto, al afirmar esto, presupongo que vivir tal misión implica que nosotros —como esposo y esposa— funcionemos como «una sola carne», sirviendo juntos por el bien de la familia que el Señor nos ha encomendado, de Su Iglesia y del Reino de Dios.

Por lo tanto, como esposo, deseo valorar a mi esposa aún más profundamente, reconociéndola como la compañera con quien comparto el don de la vida eterna que Dios nos ha otorgado con tanta gracia. Al valorarla —y, específicamente, como pareja que —por la gracia de Dios— cree en Jesucristo y ya posee la certeza de la vida eterna—, nos rededicamos una y otra vez a la aspiración de convertirnos en una pareja que se ama mutuamente cada vez con mayor profundidad, con el amor del Señor y en obediencia a sus mandamientos (1 Juan 3:14, *The Contemporary English Version*).

Esto nos invita a reflexionar sobre varias lecciones relativas a la familia.

El rey Asuero se enfureció incontrolablemente cuando la reina Vasti se negó a obedecer su orden y comparecer ante él. En consecuencia, recurrió a sus consejeros —expertos en asuntos legales— y les preguntó: «¿Qué medida es apropiada en esta situación? ¿Qué dictan las leyes?». Uno de estos consejeros, llamado Memucán, respondió: «La reina Vasti ha agraviado no solo al emperador, sino también a todos los nobles y súbditos de todas las provincias bajo el dominio de Su Majestad. Si las acciones de la reina se dan a conocer entre las mujeres del imperio, comenzarán a despreciar a sus propios maridos, replicando: "¡Hasta el emperador Jerjes (el rey Asuero) mandó llamar a la reina Vasti, y ella se negó a ir!"». Si las nobles de Persia y Media se enteraran de la conducta de la Reina —incluso hoy mismo— hablarían a sus maridos con insolencia, despreciándolos y provocando su ira. Por lo tanto, si a Su Majestad le place, que se emita un decreto imperial que prohíba a Vasti comparecer ante el Emperador; que esto se establezca como ley inmutable del reino de Persia y Media, y que su posición real se otorgue a una mujer más digna que ella. Una vez que el decreto de Su Majestad sea proclamado en todo este vasto imperio, las mujeres de toda condición —ricas o pobres, nobles o plebeyas— rendirán a sus maridos el respeto que les corresponde. El rey Asuero y todos sus consejeros consideraron este consejo acertado; siguiendo el consejo de Memucán, el rey emitió decretos a cada provincia —escritos en el idioma de cada pueblo— ordenando a cada marido que ejerciera su autoridad como cabeza de familia (Ester 1:12-21). Al meditar en este pasaje, me vienen a la mente varias lecciones sobre la familia: (1) Las esposas deben someterse a sus maridos en el Señor. (2) Las esposas no deben despreciar ni menospreciar a sus maridos. (3) Al contrario, las esposas deben respetar a sus maridos. (4) Todo marido debe gobernar su hogar con la autoridad de un cabeza de familia.

Nosotros también deberíamos seguir el ejemplo de Job y priorizar el ministerio familiar.

Job —un hombre intachable, recto, que temía a Dios y se apartaba del mal— solía reunir a sus hijos una vez concluidas las festividades, cada vez que estos organizaban un banquete en sus respectivos hogares con motivo de sus cumpleaños (invitando a sus tres hermanas a comer y beber con ellos). Él los consagraba y se levantaba temprano a la mañana siguiente para ofrecer holocaustos: uno por cada uno de sus hijos. Hacía esto por la preocupación de que sus hijos pudieran haber pecado y, en sus corazones, haber maldecido a Dios. Esta era la práctica constante de Job (Job 1:1–5). Al meditar en este pasaje, llego a la conclusión de que Job, en su rol de padre, estableció primero un ejemplo personal para sus hijos al ser intachable y recto, al servir a Dios con reverencia (temor) y al apartarse del mal. Además, creo que Job otorgaba una gran importancia al ministerio familiar. Mi razonamiento para esto es que Job 1:1–5 describe primero quién era Job (v. 1), el número de sus hijos (v. 2) y la magnitud de sus posesiones (v. 3); luego, los versículos 4 y 5 se centran específicamente en sus hijos. Dado que Job ofrecía holocaustos que correspondían al número exacto de sus hijos —por temor a que hubieran pecado y maldecido a Dios en sus corazones—, creo que deseaba profundamente que no solo él mismo, sino también sus hijos, se abstuvieran de deshonrar a Dios «en sus corazones». Lo veo como un hombre cuya vida de fe se centraba más en el estado del corazón que en las acciones externas. Nosotros también deberíamos emular a Job, esforzándonos por ser personas intachables y rectas que sirven a Dios con reverencia y se apartan del mal. Y, siguiendo el ejemplo de Job, debemos priorizar el ministerio familiar. A medida que transitamos nuestra vida de fe —centrándonos en el corazón más que en las meras acciones—, debemos examinar con frecuencia nuestro interior para asegurarnos de que no estemos, en nuestros corazones, deshonrando a Dios.

Edificando la familia

Dado que el Señor desea edificar a nuestras familias, debemos dedicarnos a la tarea de la edificación familiar. Además, para participar en la obra del Señor de edificar a nuestras familias, debemos obedecer humildemente Su Palabra. En particular, nosotros —los esposos y padres que servimos como cabezas de nuestros hogares— debemos ser obedientes a la Palabra del Señor. Debemos nutrir a nuestras amadas esposas e hijos por medio de la Palabra del Señor. Debemos enseñar la Palabra de Dios a nuestras esposas e hijos no meramente con nuestros labios, sino a través de la manera en que vivimos nuestras vidas juntos. Sin embargo, en este preciso momento, nosotros —los esposos y padres— estamos desobedeciendo la Palabra del Señor. Este no es solo un asunto verdaderamente grave, sino también un pecado serio; y a causa de nuestro pecado, nuestras esposas e hijos —a quienes el Señor ama entrañablemente— parecen estar hambrientos de amor, no solo espiritual, sino también mental y emocionalmente.

«¡Oh Señor, edifica a nuestra familia!»

«¡Oh Señor, edifica a nuestra familia!» (1 Crónicas 17:16–27):

(1) «¡Oh Señor, permite que nuestra familia sea una que sea gobernada por Tu gracia!» (v. 16),

(2) «¡Oh Señor, permite que Tu Palabra sea la autoridad suprema en nuestra familia!» (v. 23),

(3) «¡Oh Señor, permite que nuestra familia sea una que experimente Tu presencia a través de la oración!» (v. 25).

Declaración de misión de mi familia:

Amarnos los unos a los otros con el amor del Señor;
Crecer en semejanza a Jesucristo;
Establecernos como una familia centrada en Cristo —una comunidad que da testimonio—;
Y ser usados como instrumento para la proclamación del Evangelio de Jesucristo.

¿Cómo debemos edificar nuestras familias?

«Sarai le dijo a Abram: "El SEÑOR me ha impedido tener hijos. Ve, acuéstate con mi esclava; tal vez pueda edificar una familia a través de ella". Abram accedió a lo que Sarai dijo» (Génesis 16:2).

Debemos edificar firmemente nuestras familias sobre la roca de Jesús. Para poder edificar firmemente la Iglesia —el cuerpo del Señor— sobre la roca de Jesús, primero debemos edificar firmemente nuestras propias familias sobre esa roca. Para lograrlo, debemos buscar los principios bíblicos para la edificación de una familia y apegarnos a ellos. Por supuesto, la Biblia contiene numerosos principios con respecto a la edificación de una familia. En particular, podríamos citar los capítulos 5 y 6 de Efesios, Colosenses 3:13–4:1 y 1 Pedro 3:1–7. Sin embargo, hoy quisiera reflexionar una vez más sobre los principios bíblicos para edificar nuestras familias —centrándome específicamente en Génesis 16:2 del Antiguo Testamento— y plasmar estas reflexiones aquí. Al hacerlo, espero ofrecer una orientación que resulte útil no solo para edificar mi propia familia, sino también para edificar la suya.

El pasaje de hoy, Génesis 16:2, describe una escena en la que Sarai —quien no tenía hijos debido a su incapacidad para concebir (11:30)— busca edificar una familia diciéndole a su esposo, Abram, que se acueste con su esclava, Agar (16:1). La intención de Sarai era edificar una familia haciendo que su esposo, Abram, se acostara con su esclava, Agar, con el fin de obtener descendencia. Abram prestó atención a las palabras de Sarai; posteriormente se acostó con Agar, y ella concibió (v. 4). Una vez que Agar se dio cuenta de que estaba

embarazada, comenzó a menospreciar a su ama, Sarai (v. 4). En ese momento, Sarai le dijo a Abram: «¡La injusticia que se me ha hecho es responsabilidad tuya! Puse a mi sierva en tus brazos, pero ahora que se da cuenta de que está embarazada, me menosprecia. Que el SEÑOR juzgue entre tú y yo» (v. 5). Me parece que esta situación es precisamente lo que se entiende por la expresión «dar la vuelta a la tortilla»: culpar a la víctima siendo uno mismo el verdadero culpable. Al fin y al cabo, fue Sarai quien instigó todo el asunto; sin embargo, se volvió y culpó a su esposo, Abram (ciertamente, da la impresión de que Sarai estaba hostigando a su esposo, Abram). En respuesta, Abram le dijo a su esposa, Sarai: «Tu sierva está en tus manos; haz con ella lo que mejor te parezca» (v. 6). En consecuencia, Agar huyó para escapar de su ama, Sarai (v. 8).

Cuanto más reflexiono sobre esta historia, más me llama la atención la idea de que Abram y Sarai desobedecieron —en lugar de seguir— los principios bíblicos relativos a la relación entre esposo y esposa. En otras palabras: como esposa, Sarai no reverenció (respetó) a su esposo, Abram; y como esposo, Abram no amó verdaderamente a su esposa, Sarai.

En primer lugar, Sarai desobedeció el principio bíblico para el matrimonio (Efesios 5:33), el cual instruye a la esposa a reverenciar (respetar) a su esposo, Abram.

¿Cómo podemos estar seguros de esto? Si Sarai hubiera reverenciado verdaderamente a su esposo, Abram, habría confiado en él y lo habría seguido. Es decir, si hubiera reverenciado (respetado) genuinamente a su esposo, se habría sometido a las palabras de Abram (Efesios 5:22-24). En otras palabras, Sara —al igual que su esposo Abram (15:6)— debería haber creído en las promesas de bendición que Dios le había dado a Abram, y haber esperado pacientemente por ellas (Gén. 12:1-3, 7; 15:4-5); en su lugar, cometió el pecado de desobediencia, el cual surgió de una falta de fe. Dicho de otro modo: Sara no creyó en las promesas específicas que Dios le había dado a Abram; a saber: «A tu descendencia daré esta tierra [la tierra de Canaán]» (12:7), «El que salga de tus propias entrañas será tu heredero» (15:4), y «Así será tu descendencia» (como las incontables estrellas en el cielo) (v.

5). En consecuencia, en lugar de confiar en su propio cuerpo, ella buscó formar su familia y obtener un hijo utilizando el cuerpo de su sierva, Agar, y disponiendo que esta se acostara con su esposo. Dios había declarado claramente: «Aquel que salga de tus propias entrañas será tu heredero» (15:4); sin embargo, Sara no logró confiar en esta promesa divina y eligió actuar conforme a su propia voluntad y sus propios planes, en lugar de los de Dios. La intención de Dios era entregarle la promesa a Abram cuando este tenía 75 años (12:4) y concederle un hijo —Isaac— 25 años después, cuando Abram tuviera 100 años. No obstante, diez años después de la promesa inicial (16:3) —cuando Abram tenía 85 años—, Sara terminó por no ejercer una fe paciente; en su lugar, recurrió a medios artificiales para formar su familia, haciendo que su sierva, Agar, se acostara con su esposo, Abram, propiciando así el nacimiento de Ismael. De este modo, Sara buscó establecer su familia y obtener un hijo mediante su propio método —haciendo que su sierva, Agar, se acostara con Abram—, en lugar de hacerlo a través del método que el Señor había previsto para la formación de su familia (el cual consistía en concederles a Isaac mediante la unión de Abram y la propia Sara). En resumen, Sarai no logró edificar su hogar mediante la fe.

En segundo lugar, Abram desobedeció el principio bíblico del matrimonio (Efesios 5:25-28), el cual ordena al esposo amar a su esposa, Sarai.

¿Cómo podemos saber esto? Si Abram hubiera amado verdaderamente a su esposa, Sarai, la habría guiado en la dirección correcta. En otras palabras: si Abram hubiera amado a Sarai, la habría orientado conforme a la verdad. Sin embargo, cuando Sarai le pidió que se acostara con su sierva, Agar, Abram escuchó sus palabras (Génesis 16:2). Si bien es la esposa quien debe escuchar y obedecer a su esposo, observemos, en cambio, al esposo —Abram— escuchando y obedeciendo a su esposa, Sarai. ¿Por qué estaba mal esto? Abram había recibido claramente la promesa de Dios: «Aquel que salga de tus propias entrañas será tu heredero» (15:4). Si él hubiera creído verdaderamente en esta promesa de Dios, entonces, cuando su esposa Sarai buscó edificar su hogar tomando prestado el vientre de su sierva Agar, ¿acaso no debería Abram haber rechazado su sugerencia con fe, en lugar de obedecer

su mandato de «acuéstate con mi sierva» (16:2)? ¿Acaso no debería Abram, en cambio, haber reprendido amorosamente a su esposa, preguntándole: «¡Mujer insensata! ¿Por qué no crees en la promesa de Dios de que Él nos concederá un heredero a través de nuestros propios cuerpos?» Al observar a Abram obedeciendo palabras nacidas de la falta de fe de su esposa, recuerdo a Adán. Cuando Eva tomó el fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal y se lo ofreció, Adán debería haber rechazado sus palabras y, en su lugar, haberla reprendido amorosamente; sin embargo, ¿acaso no comió del fruto que su esposa, Eva, le dio? Adán se negó, en efecto, a guiar a su esposa, Eva. Como esposo, falló en ejercer el liderazgo. Creo que lo mismo se aplica a Abram. En el texto de hoy —Génesis 16:2— somos testigos de un esposo que, en lugar de cumplir con su deber de guiar a su esposa Sarai, se niega a hacerlo y, en cambio, se somete a sus palabras equivocadas. Si Abram hubiera amado verdaderamente a su esposa, habría rechazado y reprendido las palabras nacidas de su falta de fe, guiándola así de regreso a la verdad; sin embargo, Abram no lo hizo. El suyo era un amor por su esposa desprovisto de verdad. Tal amor carece por completo de sentido. Si él imaginó que podía preservar la paz doméstica simplemente escuchando y obedeciendo palabras nacidas de la incredulidad de su esposa, estaba bajo una grave ilusión. El amor que no está cimentado en la verdad no puede salvaguardar la paz de un hogar. En resumen, Abram falló en edificar a su familia sobre el fundamento del amor verdadero.

Para edificar nuestras propias familias, debemos permanecer fieles a los principios bíblicos ordenados por Dios, independientemente de las circunstancias en las que nos encontremos. Una esposa debe reverenciar a su esposo. Una esposa debe respetar a su esposo. Una esposa que respeta a su esposo se somete a sus palabras tal como se sometería al Señor. Una esposa sabia —aquella que edifica a su familia mediante la fe— se somete a la autoridad de su esposo (no al autoritarismo, sino a la autoridad divina que Dios le ha confiado) y sigue su liderazgo. Al hacerlo, ella edifica y afirma a su esposo. ¿Y qué hay del esposo? Un esposo lleno del Espíritu —aquel que edifica a su familia mediante la fe— ama a su esposa tal como Jesús amó a la Iglesia. A la par que ama a su esposa, la guía en la

verdad. Él nunca presta oído a palabras nacidas de la incredulidad de ella, ni está de acuerdo con ellas ni se somete a ellas. Por el contrario, sabe cómo amonestar amorosamente a su esposa. Así, precisamente porque la ama, la establece firmemente sobre la verdad. De este modo —cuando una pareja permanece fiel a los principios de Dios para edificar un hogar, con el esposo edificando a su esposa y la esposa edificando a su esposo— nuestras familias serán edificadas con seguridad sobre la Roca.

El amor todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera y todo lo soporta.

«El amor todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera y todo lo soporta» (1 Corintios 13:7).

Ayer, viernes, mientras llevaba a casa a mi amada hija menor, Yeeun, desde su residencia universitaria, mantuvimos diversas conversaciones en el coche. Durante casi cuarenta minutos, Yeeun compartió todo aquello que ocupaba su mente; entre esos pensamientos, me contó algo que había dicho el pastor del ministerio universitario de su iglesia. Mientras la escuchaba, el mensaje central de las palabras del pastor parecía ser que una relación amorosa con el Señor es de suma importancia. El contexto detrás de este mensaje central era que, cuando uno lidia con sentimientos de insuficiencia —como, por ejemplo, no lograr leer la Biblia completa—, no debe centrar su ansiedad en tareas tan específicas, sino más bien redirigir ese enfoque hacia su relación con el Señor; una relación que es, fundamentalmente, una relación de amor. Al escuchar la enseñanza del pastor relatada por mi amada hija, le dije: «Este papá está completamente de acuerdo con las palabras de ese pastor». Si bien es natural experimentar preocupaciones y luchas respecto a lo que debemos o no debemos hacer —como, por ejemplo, si leemos la Biblia o no, o si participamos en la evangelización o no—, lo más importante es esto: cuanto más íntima y firme se vuelva nuestra relación amorosa con el Señor, más seremos empoderados por Su amor para vivir vidas de obediencia cada vez mayor a Su Palabra.

Personalmente, cada vez que contemplo el amor del Señor —y cada vez que oro con un corazón que anhela ese amor—, hay un pasaje específico de la Palabra de Dios al que me aferro firmemente. Ese pasaje es Efesios 3:17–18. Cito de la traducción de la *Biblia Coreana Moderna*: «...Y oro para que, con vuestras raíces plantadas y vuestro fundamento firmemente establecido en el amor, podáis —junto con todos los santos— llegar a comprender plenamente la inconmensurable anchura, longitud, altura y profundidad del amor de Cristo, y para que toda la abundante gracia de Dios desborde dentro de vosotros». Guiado por este pasaje, a menudo oro a Dios Padre, tal como lo hizo el apóstol Pablo. La razón de esto es que deseo alcanzar una comprensión cada vez más profunda, percibiendo la anchura, la longitud, la altura y la profundidad del amor de Cristo. Además, anhelo sumergirme plenamente en ese océano del amor del Señor. En consecuencia, deseo fervientemente ser utilizado como un instrumento —un canal— de Su amor, para así poder amar a mis prójimos con ese mismo amor del Señor. Experimenté la respuesta a esta oración de la manera más profunda a través de la muerte de nuestro primer hijo, Jooyoung. Mientras regresábamos tras haber esparcido las cenizas de Jooyoung en el agua, mi esposa —que estaba sentada en la proa de nuestra pequeña barca— se volvió para mirarme mientras yo gobernaba desde la popa y susurró: «Titanic». Al ver las lágrimas correr por su rostro —una imagen que me conmovió más allá de las palabras—, alcé la vista hacia el vasto cielo y comencé a cantar, con gran vigor, el himno evangélico inglés «My Savior's Love» (El amor de mi Salvador). El Espíritu Santo que mora en mí me impulsó a entonar alabanzas a cuán magnífico y asombroso es verdaderamente el amor de mi Salvador. Fue solo más tarde cuando me di cuenta de que, a través de esta experiencia, el Señor había cumplido las mismas palabras del Salmo 63:3: el versículo que había guiado nuestra difícil decisión de permitir que Jooyoung partiera pacíficamente. Así, a través de una profunda crisis que enfrentamos como recién casados, el Señor nos permitió captar —aunque fuera solo un poco más profundamente— la anchura, la longitud, la altura y la profundidad de Su amor. Y al hacerlo, el Señor hizo que las raíces de ese amor divino se afianzaran firmemente en nuestros corazones.

El pasaje bíblico de hoy —1 Corintios 13:7— es un versículo tomado de la carta del apóstol Pablo a los creyentes de la iglesia de Corinto; como todos bien sabemos, es un versículo extraído del famoso «Capítulo del Amor»: «El amor todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta». Centrándonos hoy en este versículo, me gustaría reflexionar sobre cuatro lecciones relativas a la naturaleza del amor.

En primer lugar: el amor todo lo sufre.

Nuestro pasaje bíblico para hoy es 1 Corintios 13:7: «El amor todo lo sufre...». Aún lo recuerdo vívidamente. Poco después de que mi esposa y yo nos casáramos, visitamos el hogar de mis padres para presentarles nuestros respetos. Jamás podré olvidar el único comentario que mi madre le hizo a mi esposa en aquella ocasión: «Soporta, y vuelve a soportar». Por supuesto, tratándose de una suegra que hablaba con su nuera, sus palabras podrían interpretarse como una exhortación a ejercer la paciencia y la tolerancia dentro de la propia relación matrimonial; sin embargo, al escucharla en aquel momento, percibí sus palabras como un consejo: una recomendación ofrecida por la esposa de un pastor principal a la esposa de un pastor asistente —mi propia esposa—.

El amor todo lo soporta (v. 7). El amor soporta, y vuelve a soportar. El amor es paciente (Santiago 5:8). El amor es sufrido (1 Corintios 13:4); así como Jesucristo demostró una paciencia y una resistencia absolutas hacia nosotros (1 Timoteo 1:16), del mismo modo, a través del amor de Cristo, nosotros demostramos una paciencia y una resistencia absolutas los unos con los otros. El amor soporta incluso cuando es perseguido (1 Corintios 4:12). El amor espera (1 Pedro 3:20). El amor espera pacientemente ante Dios (Salmos 37:7). El amor soporta y sirve (Hechos 20:19). El amor soporta por causa de la gloria de Dios (Isaías 48:9).

En segundo lugar, el amor todo lo cree.

Nuestro texto de hoy proviene de 1 Corintios 13:7: «El amor... todo lo cree...». Aunque la confianza reviste una importancia primordial en las relaciones humanas, actualmente somos testigos de una ruptura generalizada de la confianza en muchas de estas conexiones. Por ejemplo, dentro de la relación matrimonial —donde el esposo debería confiar en su esposa y la esposa debería confiar en su esposo—, con frecuencia vemos y oímos hablar de casos en los que esa confianza comienza a resquebrajarse, para terminar haciéndose añicos por completo. Si ni siquiera un esposo y una esposa pueden confiar el uno en el otro de esta manera, ¿cómo podrían, entonces, depositar su confianza en los demás? Esta es obra de Satanás. Satanás está destruyendo activamente la confianza en toda relación humana. Sin embargo, una obra aún más insidiosa de Satanás consiste en que busca impedir que confiemos en el Señor, instándonos a depender, en cambio, de nuestro propio conocimiento y entendimiento (cf. Proverbios 3:5). Satanás nos lleva a cuestionar al Señor —y Su Palabra—, luego a albergar dudas y, finalmente, a caer en la incredulidad. En consecuencia, Satanás transforma la amorosa relación entre el Señor y nosotros en una caracterizada por quejas, resentimiento e incluso odio. El Espíritu Santo, sin embargo, fortalece y consolida el vínculo de amor entre el Señor y nosotros, permitiéndonos depositar nuestra plena confianza en el Señor y en Su Palabra. El Espíritu Santo establece nuestra fe sobre un fundamento aún más firme (Colosenses 2:7).

El amor cree todas las cosas (1 Corintios 13:7). El amor cree en Dios (Hechos 27:25). El amor cree en el Señor (Hechos 18:8). El amor cree que el Señor es el Cristo que había de venir al mundo, el Hijo de Dios (Juan 11:27). El amor cree que Jesús murió y resucitó (1 Tesalonicenses 4:14). El amor cree que Dios traerá consigo a aquellos que han dormido en Jesús (v. 14). El amor cree que somos salvos por la gracia del Señor Jesús (Hechos 15:11). El amor cree todas las palabras de Dios registradas en la Biblia (Hechos 24:14). El amor cree que lo que Dios me ha dicho ciertamente se cumplirá (Hechos 27:25). El amor cree que, puesto que Dios nos ha librado de un peligro tan mortal, nos librará de nuevo y, de hecho, continuará librándonos (2 Corintios 1:10).

En tercer lugar, el amor espera todas las cosas.

El pasaje bíblico de hoy es 1 Corintios 13:7: «El amor... espera todas las cosas...». Hay momentos en los que parece imposible seguir esperando. Hay instantes tan desesperados que uno se siente incapaz de albergar esperanza alguna. Por ejemplo, cuando mi primer hijo luchaba por su vida en la Unidad de Cuidados Intensivos, entré un día en la unidad; mientras me lavaba las manos y me ponía una bata estéril, el médico tratante se me acercó. Me dijo que habían hecho todo lo humanamente posible y que ahora yo debía tomar una decisión: permitir que el bebé tuviera una muerte lenta o dejar que partiera rápidamente. En ese momento, le pedí al médico que dejara que el bebé muriera lentamente. La razón de esta petición fue que, hasta ese punto, yo había sido testigo de cómo el Señor preservaba la vida de mi hijo —no llevándoselo ni siquiera en medio de cirugías mayores— y, con gracia, prolongaba sus días. Por lo tanto, poniendo mi esperanza en el Señor —a pesar de enfrentar una situación desesperada en la que, desde el punto de vista médico, ya no había fundamento alguno para la esperanza— le pedí al médico que permitiera que mi bebé partiera suavemente, sostenido por la esperanza que el Espíritu Santo, que mora en nosotros, había suscitado en mi corazón. En esta vida, a veces nos encontramos, muy a nuestro pesar, ante situaciones en las que, desde una perspectiva humana, parece imposible albergar ya ninguna esperanza. Por esta razón, he llegado a apreciar profundamente la letra de la tercera estrofa del Himno 539: «¿Cuál es la esperanza de este cuerpo?»: «Incluso en aquel día en que todas las cosas en las que confiaba en este mundo sean cercenadas, confiaré en el pacto del Salvador, y mi esperanza crecerá aún más». Aunque nuestra razón humana pueda tener dificultades para comprender plenamente por qué el Señor decide cercenar las cosas en las que confiamos en este mundo —ya sea una por una o todas a la vez—, creo que Él tiene un propósito específico: llevarnos a vivir confiando únicamente en Él, depositando nuestra esperanza solo en Él y dependiendo enteramente de Él. Creo que el Señor, en Su voluntad buena, perfecta y agradable, permite que enfrentemos situaciones humanamente desesperadas —cuanto más desesperadas,

mejor—, precisamente para que pongamos nuestra esperanza en Él y lo anhelemos por encima de todas las cosas.

El amor todo lo espera (1 Corintios 13:7). El amor sigue esperando por medio de la fe, incluso en medio de circunstancias en las que, desde un punto de vista humano, no parece haber posibilidad alguna de esperanza. Un ejemplo bíblico por excelencia de esto es Abraham. En Romanos 4:18, la Biblia nos dice que Abraham «creyó en esperanza contra esperanza». Abraham se encontraba, en efecto, en una situación en la que la esperanza parecía imposible. Tenía casi cien años, su cuerpo estaba prácticamente muerto, y su esposa, Sara, también era de edad avanzada y totalmente incapaz de concebir un hijo (v. 19). Se enfrentaba a una situación imposible en la que parecía absolutamente inconcebible que pudiera llegar a tener un hijo (v. 18). Sin embargo, Abraham no vaciló en su fe por incredulidad; más bien, se fortaleció en su fe y estuvo plenamente convencido de que Dios tenía el poder para cumplir lo que había prometido (versículos 19–21). Al igual que Abraham, nosotros también debemos esperar y creer, incluso cuando no parezca haber fundamento alguno para la esperanza (versículo 18). El amor todo lo espera (1 Corintios 13:7). El amor está lleno de esperanza. El amor pone su esperanza en Dios (Salmos 42:5, 11; 43:5). El amor espera la salvación del Señor (Salmos 119:166). El amor no se aparta de la esperanza del evangelio (Colosenses 1:23). El amor aguarda con anhelo la esperanza bienaventurada: la gloriosa aparición de nuestro gran Dios y Salvador, Jesucristo (Tito 2:13). Cuando nuestro Salvador, Jesucristo, regrese a este mundo, lo veremos cara a cara (1 Corintios 13:12).

Finalmente, en cuarto lugar: El amor todo lo soporta.

Nuestro texto de hoy es 1 Corintios 13:7: «El amor… todo lo soporta». Cuando nos enfrentamos a circunstancias inesperadas y difíciles, a menudo nos preguntamos: «¿Por qué?». Como resultado, podemos encontrarnos sumidos en quejas, agravios y una mentalidad de víctima, lo que hace que nuestras emociones caigan en una espiral de desánimo, desesperación, frustración y falta de esperanza. Además, podemos preguntar:

«¿Cómo?»; y, dado que no logramos comprender intelectualmente los acontecimientos que se desarrollan a nuestro alrededor, fallamos en encontrar soluciones prácticas; vagamos sin rumbo y terminamos desperdiciando el precioso tiempo de Dios. En consecuencia, podemos preguntar «¿Qué?» innumerables veces, intentando discernir la voluntad del Señor; sin embargo, puesto que los pensamientos de Dios están tan por encima de los nuestros como los cielos están por encima de la tierra (Isaías 55:9), son muchas más las ocasiones en las que *no* comprendemos la voluntad de Dios que aquellas en las que sí lo hacemos. Por lo tanto, debemos plantear la pregunta: «¿Quién es Dios?». Así como Job —conociendo quién es Dios y reconociendo Su soberanía mediante la fe— aceptó su propia y desgarradora realidad sin pecar con sus labios, sino que, por el contrario, adoró a Dios, nosotros también debemos aceptar nuestra realidad reconociendo a Dios tal como Él es. Cuando hacemos esto, en lugar de ceder ante sentimientos de desánimo, frustración o desesperación, nuestros corazones hallarán una paz verdadera y firme, arraigada en el amor a Dios y a nuestros prójimos, lo cual nos capacitará para soportarlo todo.

El amor todo lo soporta (1 Corintios 13:7). El amor soporta las pruebas (Santiago 1:12). El amor soporta incluso la disciplina de Dios (Hebreos 12:7). El amor soporta el sufrimiento (2 Corintios 1:6; 2 Timoteo 4:5). El amor soporta incluso un sufrimiento tan severo que parece exceder nuestras fuerzas para sobrellevarlo (2 Corintios 1:8). El amor soporta pacientemente incluso cuando otros nos esclavizan, nos explotan, se aprovechan de nosotros, actúan con arrogancia hacia nosotros o nos golpean en el rostro (2 Corintios 11:20). El amor atesora la Palabra de Dios en lo profundo del corazón y soporta cuando surge el sufrimiento o la persecución a causa de esa Palabra (cf. Mateo 13:21). El amor, fortalecido por todo el poder que emana de la gloriosa fuerza de Dios, soporta todas las cosas con gozo (Colosenses 1:11). El amor soporta toda adversidad para que los escogidos de Dios puedan obtener la salvación que está en Cristo Jesús, junto con la gloria eterna (2 Timoteo 2:10).

Me gustaría concluir esta meditación sobre la Palabra. El amor todo lo sufre. El amor todo lo cree. El amor todo lo espera. El amor todo lo soporta (1 Corintios 13:7). El amor nunca falla

(v. 8). El amor es eterno. El amor de Dios es eterno (Salmo 136). El Dios eterno nos ama con un amor perdurable (Jeremías 31:3).

«¡Oh, la grandeza del amor de Dios! ¡No puede describirse plenamente con palabras! Extendiendo su alcance más allá de las estrellas más altas, hasta esta humilde tierra de abajo, Él envió a su Hijo para salvar las almas pecadoras; haciéndolo propiciación, concedió el perdón de los pecados. El gran amor de Dios es inmensurable; es un amor que nunca cambia. ¡Oh santos, cantemos sus alabanzas!» (New Hymnal 304, «El gran amor de Dios», Versículo 1 y Estribillo).

Amor firme

Mientras conversaba hoy con tres hermanas a quienes conocía por primera vez, recordé una frase —«amor firme»— que recuerdo haber escuchado al pastor James Dobson utilizar hace mucho tiempo en el programa de radio *Enfoque a la Familia*. La razón por la que esto me vino a la mente fue, probablemente, que mientras discutíamos asuntos familiares, compartíamos nuestros pensamientos y luchas respecto a cómo nosotros, como padres, debemos amar a nuestros hijos. Cuando sugerí a las hermanas que nosotros, como padres, a veces necesitamos ejercer un «amor firme» al amar a nuestros hijos, una de ellas comentó que, si bien ciertamente había considerado la idea de amar a sus hijos incondicionalmente —tal como Dios nos ama a nosotros incondicionalmente—, el concepto de practicar un «amor firme» era algo que estaba contemplando por primera vez. En respuesta, expliqué que, si bien es cierto que Dios nos ama incondicionalmente, Su amor es también, en ocasiones, un *amor firme*. Por ejemplo —tal como Dios guio al pueblo de Israel hacia el desierto durante el Éxodo—, hay momentos en los que Él nos guía *a nosotros* hacia el desierto para humillarnos y enseñarnos que el hombre no vive solo de pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios (Deuteronomio 8:2). Por lo tanto, creo que un sentido de *equilibrio* es esencial cuando amamos a nuestros hijos. El amor equilibrado de Dios abarca no solo un aspecto incondicional, sino también un elemento de firmeza. En consecuencia, nosotros también deberíamos esforzarnos por amar a nuestros hijos de esta misma manera.

Una pareja centrada en Cristo

Ayer, domingo, mi esposa entró en mi estudio y —usando su teléfono "nuevo" (ya que el antiguo le estaba dando problemas, terminó usando un modelo más viejo que pertenecía a nuestro sobrino)— se lo puso justo delante de nuestras caras y nos tomó unas tres fotos juntos. ¡Ja, ja! Al publicar estas fotos aquí, me gustaría tomarme un breve momento para anotar algunas reflexiones sobre el matrimonio:

1. El matrimonio es la unión de un hombre y una mujer, ordenada por Dios Padre dentro del ámbito de Su divina soberanía. Por lo tanto, creo que, a medida que una pareja vive su vida en común, debe aferrarse a la creencia y la convicción de que fue Dios mismo —actuando conforme a Su voluntad soberana— quien los unió. Estoy convencido de que, si lo hacen, serán capaces de superar cualquier crisis que pueda surgir en su matrimonio.

2. Una pareja casada debe someterse a la autoridad de Dios Hijo: Jesucristo. Específicamente, deben adherirse al "Doble Mandamiento" de Jesús: juntos, deben amar a Dios con todo su corazón, alma y mente y —fortalecidos por ese mismo amor de Dios— deben amarse el uno al otro como a sí mismos (Mateo 22:37, 39).

3. En consecuencia, una pareja casada debe experimentar la presencia de Dios Espíritu Santo. Dado que es el Espíritu Santo quien produce el "fruto del amor", cuando un esposo y una esposa se aman mutuamente con ese amor divino, saborearán el gozo y la paz del Cielo; al hacerlo, experimentarán un anticipo de la vida celestial aquí mismo, dentro de su hogar terrenal.

4. Creo que, dentro del contexto de una relación matrimonial, las responsabilidades y el rol del esposo son de suma importancia. Ante todo, creo que nosotros, los esposos, debemos acercarnos cada vez más al Señor —cultivando una comunión íntima con Él— y, fortalecidos por la gracia y el amor que Él nos otorga, debemos amar a nuestras esposas. Para expresarlo en términos más bíblicos: nosotros, los esposos, debemos esforzarnos por comprender y asimilar la profundidad, la anchura, la altura y la magnitud del amor de Cristo por nosotros: Su Iglesia (Efesios 3:18-19). Por lo tanto, tal como Cristo amó a la Iglesia, nosotros también debemos amar a nuestras esposas (Efesios 5:25).

5. Una esposa que de este modo percibe (o experimenta) el amor de Cristo a través de su esposo debe someterse a él en todo, tal como la Iglesia se somete a Cristo (Ef. 5:24). Además, las esposas están llamadas a respetar a sus esposos, en lugar de limitarse meramente a amarlos (v. 33). Deben abstenerse estrictamente de utilizar palabras o de incurrir en conductas no verbales que manifiesten falta de respeto hacia sus esposos.

6. Otro principio vital en la relación matrimonial es que el esposo, al depositar su confianza en el Señor, debe extender esa confianza a su esposa con fe; del mismo modo, la esposa, al depositar su confianza en el Señor, debe depositar su confianza en su esposo. El vínculo de confianza entre el esposo y la esposa debe estar centrado en el Señor. Esto implica que ni el esposo ni la esposa pueden confiar verdaderamente el uno en el otro a menos que, primero, depositen su confianza en el Señor. Significa que confiar en el Señor tiene prioridad sobre confiar en el cónyuge. Significa que el crecimiento de la fe de la pareja —su confianza en el Señor— está indisolublemente ligado al crecimiento de su confianza mutua como pareja.

7. La comunión íntima con el Señor y el crecimiento de la fe personal están directamente correlacionados con la intimidad y el crecimiento de la relación matrimonial. Esto significa que si un esposo cultiva primero su propia fe mediante una comunión íntima con el Señor, y luego nutre a su esposa para que ella también pueda profundizar su relación con el Señor

y crecer en la fe, su relación como pareja inevitablemente se volverá cada vez más íntima y madura en el Señor.

8. Por el contrario, si una pareja no logra priorizar al Señor dentro de su matrimonio —eligiendo en su lugar priorizar la relación en sí misma y buscar la intimidad emocional por encima de todo lo demás—, creo que, a la larga, se encontrarán perpetuamente insatisfechos el uno con el otro, lo cual derivará en un ciclo interminable de conflictos y contiendas. En otras palabras —para decirlo brevemente—, si una pareja no logra poner al Señor en primer lugar (como su máxima prioridad) y, en cambio, prioriza su relación romántica por encima de todo lo demás, el resultado inevitable no será otra cosa que insatisfacción, conflicto, contienda y heridas emocionales.

9. Creo que, a medida que los conflictos y disputas conyugales se intensifican y empeoran, las heridas profundas que se acumulan pueden causar que la relación se deteriore de manera tan severa —y tan gradual— que la pareja termine sintiendo que no le queda otra opción que considerar el divorcio. Por otro lado, creo que tal crisis conyugal puede servir como un punto de inflexión para mejorar; a través de ella, la pareja puede llegar a tomar conciencia del pecado que supone no haber priorizado al Señor y, al arrepentirse bajo la guía del Espíritu Santo, pueden transformar su crisis en una bendición. Creo que las parejas deben desear fervientemente y comprometerse con la gracia que les permite desarrollar una relación centrada en Cristo: una relación edificada una vez más sobre el Señor como su verdadera base y raíz. Por la gracia de Dios, esto es totalmente posible.

10. Nuestro objetivo como pareja es amarnos mutuamente con el amor de Jesucristo y demostrarnos el uno al otro lo que significa crecer a Su semejanza, convirtiéndonos así en una pareja que sirve como testigo de Jesús. Aspiramos a ser una pareja que glorifique a Dios; una pareja que refleje verdaderamente lo que significa creer en Jesús, amarse mutuamente con Su amor y crecer a Su semejanza, incluso en medio de numerosos conflictos y disputas, al continuar madurando como una pareja centrada en Cristo mediante la gracia de Dios.

La relación matrimonial que nuestro Señor está edificando

Sábado por la mañana, 10 de febrero de 2024

Ayer por la tarde —viernes—, mientras conducíamos rumbo a cenar con mi amada esposa, conversábamos cuando ella mencionó que hoy —sábado— iría a escalar rocas con un grupo de personas a un lugar algo distante. En consecuencia, le pregunté a mi esposa: "¿Con quién vas a ir?", y específicamente añadí: "¿Vas a ir con hombres?". [La razón por la que le pregunté esto fue que, en una ocasión anterior, ella había recorrido una distancia considerable para realizar una larga caminata con dos "hermanos" (hombres) que comparten nuestra fe en Jesús]. Sin embargo, la respuesta de mi esposa pareció algo vaga —o tal vez, no del todo clara—. En ese momento simplemente no le di mayor importancia y dejé el tema de lado. No obstante, anoche, antes de quedarnos dormidos, mi amada esposa —quizás sintiéndose un poco inquieta por mi pregunta anterior: "¿Vas a ir con hombres?"— me preguntó por qué le había hecho esa pregunta. Entonces me explicó que dos hombres tenían planeado ir a escalar, y ella les había preguntado si podía unirse a ellos (tal como había hecho en la anterior excursión de senderismo, cuando les pidió a esos mismos dos hombres que la llevaran consigo). He llegado a sentir que, ya se trate de senderismo o de escalada, existen limitaciones inherentes al realizar tales actividades exclusivamente con otras mujeres; más bien, parece que participar junto a hombres se ajusta mejor al espíritu aventurero y a la pasión de mi esposa. Por esta razón, comprendo y acepto plenamente que esta vez vaya nuevamente a escalar con esos dos hombres. Y, sin embargo —a pesar de esa

comprensión—, ayer me encontré preguntándole de nuevo si iría a escalar con hombres. La razón de esto, supongo, es que honestamente no puedo decir que la situación me cause absolutamente *cero* preocupación; que no me ronde en la mente en absoluto. Creo que es perfectamente normal —como esposo— sentir un poco de inquietud (solo puedo imaginar lo preocupada que debió de estar mi esposa cuando se enteró de que yo me reunía a solas con varias hermanas durante el tiempo en que realicé ministerio por internet en Corea. Y, sin embargo, a pesar de ello, ella depositó su confianza en mí). Anoche nos quedamos dormidos tras haber tenido una conversación precisamente sobre esto. Hoy me desperté de nuevo alrededor de las 3:00 a. m. y vine a la oficina del pastor de la iglesia. Al acercarse las 5:00 a. m. —sabiendo que mi esposa suele despertarse a esa hora para ir a escalar rocas— le envié un mensaje de texto: "Buenos días, Jane. Que tengas un viaje seguro y agradable. Confío en nuestro Dios y confío en ti". Más tarde, tras terminar el servicio de oración matutino y regresar a la oficina para revisar mis mensajes, vi que mi esposa había respondido a mi texto; lo había marcado como "Me encanta", añadió un "Gracias" y me envió un emoji de corazón. Jaja. Luego, hace apenas un momento, revisé las *Stories* de Instagram de mi esposa y vi que había publicado el texto que aparece en la imagen de abajo:

"El equilibrio entre la libertad y el hogar.
Encuentra una pareja que pueda darte el espacio que necesitas para ser tu propia persona. Es saludable tener diferentes intereses, gustos y aversiones. No necesitan convertirse en la misma persona para demostrarse su amor mutuo. Sabrán que ambos están apoyando la felicidad del otro cuando cada uno sienta que puede ser su ser más auténtico. Recuerda: la confianza florece en ausencia de control, y las relaciones vibrantes deben sentirse como un equilibrio entre la libertad y el hogar. ~ YP"

Al leer esta publicación que mi esposa compartió en Instagram, pude vislumbrar cómo el Señor está edificando nuestro matrimonio. En otras palabras, me di cuenta de que mi esposa ahora piensa en la misma sintonía que yo, incluso más que antes. Creo firmemente que debe haber límites saludables dentro de una relación matrimonial. Además, creo que

los cónyuges deben brindarse mutuamente el "espacio" necesario para vivir sus propias vidas individuales. Mi esposa y yo compartimos muchos intereses en común, pero creo que es igualmente importante que nos respetemos y apoyemos mutuamente en aquellas áreas donde nuestros intereses divergen. Considero que este enfoque es esencial para una relación matrimonial saludable y, a través del texto de abajo, pude confirmar que mi esposa ahora comparte esta perspectiva con aún mayor profundidad que antes. Como esposo, me esfuerzo por apoyar activamente a mi amada esposa honrando los dones, talentos, intereses y pasiones que el Señor le ha concedido. Considero esto una responsabilidad gozosa, inherente al ser esposo. Es mi oración que mi esposa continúe creciendo y que el Señor la establezca con firmeza. Tal como sugiere el pasaje que figura a continuación, yo también creo que «la confianza florece en ausencia de control». Dado que tengo fe en que el Señor tiene el control —tanto sobre mi esposa como sobre mí mismo—, le digo a ella, tal como lo hice en un mensaje de texto a primera hora de esta mañana: «Confío en nuestro Dios y confío en ti» (mi preciosa y amada esposa, Jane).

Una pareja que imita a Cristo

«Así como la iglesia se somete a Cristo, así también las esposas deben someterse a sus esposos en todo. Esposos, amen a sus esposas, tal como Cristo amó a la iglesia y se entregó a sí mismo por ella» (Efesios 5:24-25).

Amigos, ¿cuál es el propósito de su matrimonio? Observo que demasiados hombres y mujeres cristianos —tanto durante la preparación para el matrimonio como después de haber contraído nupcias— carecen de un propósito claramente definido para su relación conyugal. En consecuencia, se dejan llevar por las circunstancias externas y por emociones cambiantes, fallando así en dar gloria a Dios a través de su matrimonio. Si afirmamos que el propósito del matrimonio es, en efecto, dar gloria a Dios, entonces debemos considerar detenidamente cómo construir una relación que cumpla con este objetivo. Debemos evitar caer en la trampa de la hipocresía —donde nuestras palabras y nuestras vidas divergen— al aferrarnos ciegamente a un propósito excesivamente idealista. Al mismo tiempo, no debemos abandonar demasiado pronto la visión del llamado divino que Dios nos ha dado, adoptando un propósito que sea excesivamente pragmático o realista. La clave reside en el equilibrio. Mi esposa y yo hemos establecido dos propósitos principales para nuestro matrimonio: (1) reflejar la semejanza de Jesús en la vida del otro, y (2) amarnos mutuamente con el amor de Jesús. En un artículo titulado «Relaciones conyugales deficientes y relaciones distorsionadas entre padres e hijos», aparece el siguiente pasaje: «Muchos padres dicen: "Solo seguimos juntos por el bien de los niños". Sin embargo, los hijos terminan sufriendo emocionalmente porque su madre y su padre viven sus vidas centrándose únicamente en ellos. Cuando una relación conyugal no es ni armoniosa ni

íntima, uno de los padres busca inconscientemente establecer con su hijo la conexión emocional que debería existir con su cónyuge. Intentan inconscientemente recibir de su hijo el amor y la validación que no lograron recibir de su cónyuge. Al hacerlo, el padre intenta inconscientemente satisfacer —a través del hijo— las necesidades emocionales, sociales o sexuales que permanecen insatisfechas dentro de la relación conyugal. Además, intentan compensar el resentimiento y la animosidad que albergan hacia su cónyuge —por todo aquello que no recibieron— poniéndose del lado del hijo y, de hecho, alejando al cónyuge». ¿Qué opinan ustedes sobre este pasaje? Creo que esto toca directamente el corazón de la realidad que enfrentan muchas parejas atrapadas en relaciones matrimoniales insatisfactorias. Parece que muchas parejas, aunque afirman que «permanecen juntas por el bien de los hijos», en realidad tienen la intención de divorciarse una vez que sus hijos hayan crecido. De hecho, según un artículo que leí en 2019, Corea registró un total de 108.684 casos de divorcio ese año; de estos, los «divorcios de plata» —que involucran a parejas que llevaban más de 20 años de casados— representaron la mayor proporción, con un 33,3% (36.327 casos), seguidos de cerca por los recién casados con entre 0 y 4 años de matrimonio (21,4%). Creo que cuando una relación matrimonial carece de armonía e intimidad, la esposa —en particular— puede intentar inconscientemente compensar el amor que no recibe de su esposo volcando una cantidad excesiva de afecto sobre sus hijos. La razón subyacente de esto es que, a un nivel inconsciente, la esposa podría estar buscando recibir amor *de* sus hijos. Debemos tomarnos el tiempo para reflexionar sobre el estado actual de nuestras propias relaciones matrimoniales. La razón es que los hijos pueden estar sufriendo angustia emocional debido a que sus padres viven sus vidas enfocados únicamente en sí mismos.

Centrándome en el pasaje bíblico de hoy —Efesios 5:24–25— y bajo el título «Parejas que imitan a Cristo», deseo reflexionar sobre dos principios bíblicos relativos a las relaciones matrimoniales y recibir las lecciones que estos nos ofrecen. Es mi sincera esperanza que, a través de la perspicacia y la sabiduría otorgadas por el Espíritu Santo, cada uno de nosotros

pueda aplicar eficazmente estos principios a nuestros matrimonios, convirtiéndonos así en parejas verdaderamente edificadas para imitar a Cristo.

En primer lugar, las esposas deben someterse a sus esposos en todo, tal como la iglesia se somete a Cristo.

Por favor, miren el pasaje de hoy, Efesios 5:24: «Por tanto, así como la iglesia se somete a Cristo, así también las esposas deben someterse a sus esposos en todo». Queridos amigos, ¡el hogar es un campo de batalla espiritual! El Señor desea establecer nuestros hogares como un anticipo del Cielo. Precisamente con este propósito, Él nos ha dado los mandamientos del Cielo: el «Doble Mandamiento» de Jesús (Mateo 22:37, 39). Además, para capacitarnos para obedecer este Doble Mandamiento, el Señor ha derramado el amor de Dios en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo (Rom. 5:5), llenándonos así progresivamente cada vez más de amor: el fruto del Espíritu (Gál. 5:22). Por lo tanto, nuestra responsabilidad es obedecer estos mandamientos y, siguiendo la guía del Espíritu Santo, lograr que toda la familia sea de una misma mente y un mismo sentir (Fil. 1:27; 2:2): amando a Dios con toda nuestra vida y amándonos los unos a los otros como a nosotros mismos. Al hacerlo, nuestros hogares se asemejarán cada vez más al Cielo, desbordando gozo celestial (Juan 15:11; 1 Juan 1:4), amor (Sal. 33:5) y paz (Rom. 15:13). Sin embargo, Satanás desea convertir nuestros hogares en un infierno en la tierra. Con este fin, nos induce a desobedecer el «doble mandamiento» de Jesús —el mandamiento del Cielo (Efesios 2:2; 5:6)— y, en su lugar, nos impulsa a seguir el mandamiento del Infierno: odiarnos los unos a los otros (Gén. 37:5; Deut. 22:13; Mat. 24:10; 1 Juan 2:9). Es más, actuando en complicidad con el espíritu de falsedad, Satanás siembra constantemente su propio odio en nuestro interior (Deut. 21:17; 2 Sam. 13:15; Prov. 10:12), impulsándonos a cometer obras de tinieblas (Isa. 29:15; Ezeq. 8:12; Efesios 5:11) y haciendo que nuestras familias produzcan frutos amargos (Rom. 7:5). En consecuencia, Satanás hace que temamos regresar a nuestros hogares infernales; en su lugar, hace que nos detengamos fuera —o, lo que es peor, que anhelemos huir muy, muy lejos de casa—. También infunde en nosotros una renuencia

incluso a ver a los miembros de nuestra familia. Además, Satanás intensifica nuestro odio hacia nuestros cónyuges. Aprovechando las grietas cada vez más profundas en el vínculo conyugal —alimentadas por este odio creciente hacia el cónyuge (cf. Neh 4:3, donde el término hebreo significa una «brecha» o «fisura»; 6:1)—, Satanás desvía nuestra atención hacia otros hombres o mujeres. Al apelar a la concupiscencia de los ojos y a la concupiscencia de la carne (1 Juan 2:16), nos incita a codiciar a estos otros individuos, conduciéndonos finalmente por el camino del adulterio. El objetivo último de Satanás es desmantelar y destruir nuestras familias —impidiéndonos así establecer un «Hogar Celestial»— y transformar nuestros hogares en lugares de tormento infernal. ¡Esto es guerra espiritual! ¡La familia es un campo de batalla en esta guerra espiritual! ¿Qué debemos hacer, entonces? Debemos librar la guerra espiritual.

En el texto de hoy, Efesios 5:24, la Biblia afirma: «...las esposas deben someterse a sus maridos en todo». Aquí, la palabra griega traducida como «someterse» es un término compuesto que denota un rango inferior o un estatus subordinado (Eggerichs). La Biblia declara que el marido es la cabeza de la esposa. Por favor, observen Efesios 5:23: «Porque el marido es la cabeza de la esposa, así como Cristo es la cabeza de la iglesia, su cuerpo, del cual él es el Salvador». Este pasaje no implica que el marido sea superior a la esposa. No se debe malinterpretar este versículo —creyendo erróneamente que uno posee un rango superior al de su esposa— y, en consecuencia, tratarla como si fuera una sierva. Actuar de este modo constituye un abuso de la autoridad divina que Dios ha confiado al hombre como cabeza del hogar. Un hombre así sería, sin duda, un marido autoritario. Dios no nos otorgó autoridad divina a nosotros, los hombres, para que nos convirtiéramos en individuos de esa índole. Más bien, Dios estableció a los maridos como cabezas de sus hogares y les concedió autoridad divina para significar que una responsabilidad, igualmente inmensa, descansa sobre nuestros hombros. ¡Qué responsabilidad tan pesada es esta para nosotros, los maridos! Dicha responsabilidad conlleva que el marido ame a su esposa y a los miembros de su familia (v. 25), así como que los proteja y provea para ellos. Es más —en el acto de proteger y proveer— el marido es llamado a hacerlo incluso hasta el punto de realizar

sacrificios personales por el bien de su esposa y su familia. La esposa debe someterse a un marido que cumple fielmente con esta responsabilidad, y permanecer bajo su protección. Además, ella debe respetar al marido que desempeña sus deberes con tanta fidelidad y competencia [v. 33b: «…y la esposa debe respetar a su marido»]. Ella debe demostrarle ese respeto. Una forma de hacerlo es expresando su gratitud al marido que, con tanta devoción, la protege y provee para ella y para su familia. Ella no debe quejarse. Tampoco debe criticar a su marido por tener unos ingresos modestos. Por el contrario, debería expresar su gratitud por sus dedicados esfuerzos para proveer para ella y para su familia. En medio de todo esto, ella debe depositar su confianza en su marido. Cuando ella actúa de este modo, el esposo —en su papel de cabeza del hogar— se dedicará aún con mayor ahínco a proteger y proveer para su esposa y sus hijos.

Recientemente encontré y leí un artículo titulado: «La esposa que no logra comprender a su esposo; el esposo que hiere con sus palabras». El artículo sugiere que un esposo se frustra profundamente cuando se siente poco valorado por su esposa. Continúa explicando que, cuando un esposo no recibe de su esposa la fortaleza que necesita para salir al mundo y enfrentar sus batallas, sucumbe ante la frustración y pierde toda su energía. En este contexto, el artículo hace la siguiente observación: «Las esposas a menudo pasan por alto, o permanecen ajenas a, la inmensa influencia que ejercen sobre sus esposos» (fuente de Internet). Damas —esposas—, deben reconocer la profunda influencia que ejercen sobre sus esposos. La manera más eficaz de ejercer una influencia positiva sobre su esposo es obedecer la Palabra de Dios. Esa Palabra específica de Dios se encuentra en Efesios 5:33, la cual instruye a la esposa virtuosa a «respetar a su esposo». De este modo, una esposa virtuosa contribuye a consolidar a su esposo como un hombre que inspira respeto también en los demás.

Queridos amigos, la Iglesia —en su calidad de Esposa— debe honrar a Jesús, su Esposo. Por consiguiente, debemos conducirnos de tal manera que llevemos a otros a honrar también a Jesús. Para lograrlo, debemos obedecer la Palabra del Señor. Sin embargo, nuestra

obediencia debe ir acompañada de una forma de vivir en este mundo que sea digna de la Iglesia: la Esposa de Jesús, nuestro Esposo. Cuando actuamos así, el Señor —nuestro Esposo— será honrado y respetado por la gente de este mundo. En segundo lugar —y para concluir—, los esposos deben amar a sus esposas tal como Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella.

Por favor, dirijan su mirada al texto de hoy: Efesios 5:25: «Esposos, amen a sus esposas, tal como Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella». Queridos amigos, si bien un esposo que no es respetado o que es menospreciado por su esposa sufre, sin duda alguna, una gran angustia en el corazón, una esposa que no es amada por su esposo está destinada a sufrir con la misma intensidad. Esto es especialmente cierto para las nobles y preciosas hijas de Dios —nacidas para ser amadas por Él— si no solo dejan de recibir amor de sus esposos, sino que, peor aún, enfrentan el odio y pasan sus días soportando heridas, dolor y lágrimas. ¡Qué vida tan verdaderamente angustiosa debe ser esa! El 11 de enero de 2018, bajo el título «La mujer no amada por su esposo», compartí una meditación centrada en Génesis 29:31, reflexionando sobre Lea: una mujer que no era amada por su esposo, Jacob. La razón por la que Lea no era amada por su esposo Jacob era que este amaba a la hermana menor de Lea, Raquel —quien era hermosa y encantadora—, mucho más de lo que amaba a Lea, cuya vista era débil (Gén. 29:17–18). Al concluir aquella meditación, señalé que, aunque Lea no fue amada por su esposo Jacob a lo largo de toda su vida, en la muerte fue sepultada en el mismo lugar que Jacob había designado como sitio de entierro para su abuelo Abraham y su esposa Sara: la cueva de Macpela, en el campo cercano a Mamre, en la tierra de Canaán (Gén. 49:30–31). En última instancia, el propio Jacob también fue sepultado allí; así, al final, Lea y Jacob fueron enterrados en el mismo lugar (Gén. 50:12–13). Raquel, quien fue profundamente amada por Jacob durante toda su vida, dio a luz a Benjamín cerca de Efrata durante su viaje a Canaán; sin embargo, murió tras un parto difícil y fue sepultada en ese mismo sitio (35:16–20). Aún más significativo es que Dios posó su mirada en Lea —quien no era amada por su esposo— y abrió su matriz (29:31). A través de los seis hijos que Él le dio como regalo (Rubén, Simeón, Leví, Judá, Isacar y Zabulón) —de

entre los seis hijos varones y una hija, Dina— surgieron seis de las doce tribus de Israel. Además, específicamente a través del linaje del hijo de Lea, Judá, Dios propició el nacimiento del Mesías; es decir, Cristo (Biblia Multilingüe). ¡Qué regalo tan verdaderamente asombroso y generoso de parte de Dios! Oro para que este mismo Dios conceda dones generosos a todas sus hijas en esta era actual que no son amadas por sus esposos, y para que Él cumpla los deseos de sus corazones.

Al considerar el pasaje bíblico de hoy —Efesios 5:25—, la Escritura nos instruye: «Esposos, amen a sus esposas, tal como Cristo amó a la iglesia y se entregó a sí mismo por ella». En efecto, ¿cómo exactamente debemos los esposos amar a nuestras esposas? ¿Cómo podemos amarlas de la misma manera en que Cristo amó a la iglesia y se entregó a sí mismo por ella?

(1) Basándonos en Proverbios 18:22, nosotros, los esposos, debemos considerar a nuestras esposas como una bendición que Dios nos ha concedido.

Por favor, miren Proverbios 18:22: «El que halla esposa halla el bien y alcanza el favor del SEÑOR». Aquí, la Biblia no se refiere a cualquier esposa. La «esposa» de la que habla la Biblia en este pasaje es una «esposa excelente» (12:4), una «esposa prudente» (19:14) o una «esposa de carácter noble» (31:10). Proverbios 18:22 afirma que el hombre que obtiene una esposa tan virtuosa, prudente y noble ha hallado una bendición y ha recibido el favor de Dios. Un esposo que posee tal esposa es un hombre bendecido. La razón es que una esposa tan virtuosa, prudente y noble se convierte en una verdadera bendición —un tesoro verdaderamente precioso— para él. Sin embargo, ¿por qué tantos esposos no consideran a sus esposas como una bendición que Dios les ha concedido? ¿Cuál es la razón de esto? Una razón es que la mujer en cuestión no es una mujer noble, prudente y virtuosa, sino más bien una «mujer vergonzosa» (12:4). Amigos, ¿quién es esta «mujer vergonzosa»? Es, sencillamente, una mujer propensa a discutir con su esposo (Park Yun-sun). Con respecto a esta mujer pendenciera, la Biblia declara: «Mejor es vivir solo en una choza que vivir en una

casa grande con una mujer pendenciera» (21:9); y nuevamente: «Mejor es vivir solo en el desierto que vivir con una mujer pendenciera y de mal genio» (25:24). Quizás haya entre nosotros, los hombres, algunos que se sientan tentados a ofrecer una excusa como esta: «Dios no me concedió una mujer virtuosa; en su lugar, me dio una mujer contenciosa y de carácter explosivo. ¿Cómo, entonces, podría yo considerar a tal esposa como una bendición?». ¿Acaso no suena esa como una excusa bastante plausible? Si llegara a escuchar tales palabras, querría decirle esto a ese hermano: «Dios no te dio una mujer contenciosa y de temperamento irascible; más bien, *tú* elegiste a una mujer así. Por lo tanto, asume la responsabilidad y edifícala para que se convierta en una mujer virtuosa». Con demasiada frecuencia, parece que nosotros, los hombres, rechazamos a las mujeres mansas, sabias y virtuosas que Dios nos ofrece, optando en su lugar por casarnos con mujeres que nos parecen físicamente atractivas y seductoras, solo para descubrir más tarde que son contenciosas y de temperamento irascible. Si, en efecto, hemos tomado tal decisión, debemos aceptar la plena responsabilidad y dedicarnos a edificar a nuestras esposas para que se conviertan en mujeres virtuosas. Actualmente, demasiados de nosotros, los hombres, estamos exhibiendo un comportamiento verdaderamente irresponsable y profiriendo palabras irresponsables hacia las mismas esposas con las que elegimos casarnos. No muestran temor alguno al lanzar maldiciones contra sus esposas y, a través de sus acciones, hacen que ellas se sientan como si no fueran más que cargas: verdaderos «fardos de maldiciones». En resumen, muchas esposas hoy en día viven sus vidas sin recibir amor de sus esposos. ¡Qué existencia verdaderamente desdichada para una mujer! Hermanos —nosotros, los esposos— debemos considerar a nuestras esposas como las bendiciones que Dios nos ha otorgado. Una esposa es una bendición que Dios nos ha dado a nosotros, los esposos. Debemos deleitarnos en nuestras esposas y hallar plena satisfacción en su abrazo en todo momento.

(2) Nosotros, los esposos, debemos valorar y apreciar a nuestras esposas.

Por favor, observen la primera parte de 1 Pedro 3:7: «Esposos, de la misma manera, sean considerados al convivir con sus esposas, y trátenlas con respeto como al sexo más débil y como a coherederas con ustedes del don de la vida...». Las investigaciones modernas en ciencias sociales han revelado que existen tres necesidades fundamentales que una esposa tiene dentro del matrimonio. La primera de ellas es ser valorada y apreciada (las otras dos son ser comprendida y ser respetada). Nosotros, los esposos, debemos valorar y apreciar a nuestras esposas. Dado que el Señor mismo valora y aprecia a nuestras esposas, ¿quiénes somos nosotros —meros esposos— para tratar con desdén o desprecio a una hija de Dios a quien el Señor tiene en tan alta estima? Me vienen a la mente las palabras de 1 Juan 4:20: «Si alguien afirma amar a Dios, pero odia a su hermano o hermana, es un mentiroso. Pues quien no ama a su hermano o hermana, a quien ha visto, no puede amar a Dios, a quien no ha visto». Si nosotros, los esposos, afirmamos atesorar al Señor —cantando alabanzas al Espíritu invisible, a Dios, con las palabras: «Nadie es más precioso que el Señor Jesús» (Himno 102)—, pero fallamos en atesorar a nuestras esposas, a quienes sí podemos ver, entonces esto no es más que hipocresía.

(3) Nosotros, los esposos, debemos deleitarnos en nuestras esposas.

Por favor, miren Proverbios 5:18: «Sea bendito tu manantial, y regocíjate en la esposa de tu juventud». En efecto, ¿cómo exactamente debemos nosotros, los esposos, deleitarnos en nuestras esposas? Nosotros, los esposos, debemos encontrar siempre una satisfacción plena en el abrazo de nuestras esposas. Por favor, miren Proverbios 5:19: «Como cierva amada y graciosa gacela; que sus pechos te satisfagan en todo tiempo, y que siempre seas cautivado por su amor». La exhortación a encontrar siempre satisfacción en el abrazo de la propia esposa significa que nosotros, los esposos, debemos permitir que nuestros corazones sean cautivados —de hecho, mantenidos cautivos— por el amor de nuestras esposas. En particular, nosotros, los esposos, deberíamos permitir que nuestros corazones sean cautivados por las virtudes de nuestras esposas, más que por su belleza física. Este es precisamente el significado detrás de la metáfora bíblica que describe a la esposa como

una «cierva amada» y una «graciosa gacela» (Park Yun-sun). Cuando hacemos esto, nos deleitaremos únicamente en el amor de nuestras esposas —quienes sirven como nuestro propio «pozo» y «manantial» (v. 15)— y nunca las abandonaremos para buscar la casa de una mujer promiscua. En otras palabras, cuando encontramos un refresco satisfactorio —tanto sexual como emocionalmente— a través de nuestras esposas, nunca anhelaremos el abrazo de una mujer promiscua ni codiciaremos su afecto (v. 20). La Biblia, en Proverbios 5:16–17, declara: «¿Se derramarán tus manantiales por las calles, tus arroyos de agua en las plazas públicas? Que sean solo tuyos, para no ser compartidos jamás con extraños». Sin embargo, ¿cuántos esposos hoy en día están permitiendo que sus manantiales se desborden fuera de sus hogares, compartiéndolos con extraños? ¿Cuántos hombres están abandonando a sus esposas para perseguir a otras mujeres? Muchos esposos hoy fallan en encontrar una satisfacción constante en el abrazo de sus esposas; debido a que no se deleitan en ellas, no atesoran el amor de sus esposas (v. 19). En cambio, codician el afecto de mujeres promiscuas y se abrazan a los pechos de otras mujeres (v. 20). Cuando nosotros, los hombres, abandonamos a nuestras esposas para perseguir a otras mujeres y caemos en la infidelidad, inevitablemente enfrentamos las consecuencias de nuestras decisiones pecaminosas (vv. 7–14). Estas formas de disciplina incluyen la «pérdida del honor» (v. 9), la «pérdida de tiempo» (v. 9), la «pérdida de riquezas» (v. 10), la «pérdida de salud» (v. 11) y el «sufrir remordimientos de conciencia» (vv. 12–14). Por lo tanto, conociendo las consecuencias del adulterio, no debemos albergar afecto por la mujer adúltera. Más bien, siempre debemos hallar plena satisfacción en el abrazo de nuestras propias esposas y deleitarnos en ellas.

(4) Nosotros, los esposos, debemos amar y valorar a nuestras esposas tal como amamos y valoramos a nuestros propios cuerpos.

Por favor, remítanse a Efesios 5:28 y a la primera parte del versículo 33: «De la misma manera, los esposos deben amar a sus esposas como a sus propios cuerpos. El que ama a su esposa, se ama a sí mismo... Sin embargo, cada uno de ustedes también debe amar a su esposa

como a sí mismo». Así como nosotros, los esposos, atendemos las necesidades de nuestros propios cuerpos, nuestro amor por nuestras esposas debe satisfacer las necesidades de ellas, fomentando así su crecimiento y desarrollo. Además, nosotros, los esposos, debemos amar a nuestras esposas con dos objetivos específicos en mente. Estos dos objetivos son: santificarla (Ef. 5:26a) y presentarla ante el Señor como una esposa radiante (v. 27). El método para lograr estos objetivos se describe en la primera parte de Efesios 5:26: «para santificarla, purificándola mediante el lavamiento con agua por la palabra…» y en 1 Pedro 1:22: «Ahora que ustedes se han purificado al obedecer la verdad…». Nosotros, los esposos, debemos instruir a nuestras esposas utilizando la veraz Palabra de Dios y animarlas a obedecerla, guiándolas así a emular una vida apartada del mundo; es decir, una vida de santidad en Dios. Por consiguiente, nosotros, los esposos, debemos nutrir a nuestras esposas para que lleguen a ser «esposas gloriosas» a la vista del Señor: esposas en quienes se revele Su resplandor.

(5) Nosotros, los esposos, debemos estar dispuestos a hacer sacrificios por nuestras esposas.

Observemos el pasaje bíblico de hoy, Efesios 5:25: «Esposos, amen a sus esposas, tal como Cristo amó a la iglesia y se entregó a sí mismo por ella». Nosotros, los esposos, debemos poner en práctica este amor sacrificial; sin embargo, su único objetivo debe ser el bienestar de nuestras esposas. Además, no debemos actuar con la expectativa de recibir una recompensa de parte de ellas, sino más bien por un deseo genuino de cuidarlas. Nosotros, los esposos, debemos aprender a hacer sacrificios, comenzando por las cosas pequeñas. Por ejemplo, si mostramos a nuestras esposas incluso los gestos de atención más pequeños —tales como escuchar atentamente lo que tienen que decir, pasar tiempo con ellas, sacar la basura ocasionalmente, o incluso simplemente fingir que lavamos los platos en la cocina—, estos pequeños actos serán percibidos como expresiones de un gran amor.

(6) Nosotros, los esposos, debemos asumir una responsabilidad activa en la crianza de nuestros hijos.

Observemos Efesios 6:4: «Padres, no exasperen a sus hijos; en cambio, críenlos en la disciplina e instrucción del Señor». Como cabezas de nuestros hogares, nosotros, los esposos, no debemos limitar nuestra nutrición espiritual únicamente a nuestras esposas; también debemos criar a nuestros hijos en la disciplina e instrucción del Señor. Cuando se trata de criar a los hijos, no debemos simplemente dejar toda la tarea a nuestras esposas y permanecer como observadores pasivos. Debemos cumplir de manera activa y proactiva nuestras responsabilidades en la crianza de nuestros hijos.

¿Por qué, entonces, debemos nosotros, los esposos, amar a nuestras esposas de esta manera? La razón es que el esposo y la esposa constituyen «una sola carne». Observemos Efesios 5:31: «Por esta razón el hombre dejará a su padre y a su madre y se unirá a su esposa, y los dos se convertirán en una sola carne». Dado que hemos dejado a nuestros padres para unirnos a nuestras esposas —convirtiéndonos así en una sola carne—, debemos amar a nuestras esposas tal como Cristo amó a la iglesia y se entregó a sí mismo por ella.

Me gustaría concluir esta meditación sobre la Palabra. Mi esposa y yo tenemos dos objetivos principales. El primero es reflejar la semejanza de Jesús en la vida del otro; el segundo es amarnos mutuamente con el amor de Jesús. Hemos hecho de estos nuestros temas de oración a lo largo de nuestro camino juntos hasta ahora, y continuaremos persiguiéndolos hasta el día en que el Señor nos llame a su hogar. Para cumplir nuestro segundo objetivo —amarnos los unos a los otros con el amor de Jesús—, la primera lección que mi esposa y yo estamos aprendiendo es reconocer y admitir que, como pecadores, somos incapaces de amarnos mutuamente basándonos únicamente en nuestro propio amor humano. A menudo, tras un conflicto conyugal, me veo impelido a admitir que simplemente no puedo amar a mi esposa con mis propias fuerzas ni con mi propia capacidad de amar. De hecho, he confesado abiertamente esta verdad a mi esposa. Recuerdo momentos —en medio del

dolor, la herida y las lágrimas— en los que no pude evitar confesar, tanto a Dios como a mi esposa, la corrupción inherente y la insuficiencia del corazón humano: el deseo de amar, pero la total incapacidad para hacerlo. La situación sigue siendo la misma hoy en día. Nunca quiero olvidar que soy absolutamente incapaz de amar a mi esposa con mi propio poder. En consecuencia, me siento impulsado a buscar el amor divino —el fruto del Espíritu Santo—, el cual es mucho más noble, más poderoso y más perfecto que cualquier amor humano: el amor del propio Señor. Me aferro a la verdad que se encuentra en Romanos 5:5, la cual nos asegura que, en el momento en que depositamos nuestra fe en Jesús, el amor de Dios ya había sido derramado en nuestros corazones. Anclado en esta fe —y plenamente consciente de la fragilidad, la insuficiencia y la imperfección de mi propio amor humano—, oro y me esfuerzo para que el amor del Señor llene mi corazón de manera progresiva y completa, ocupando para siempre el lugar de mi propio afecto limitado. También deposito mi confianza en las palabras de 1 Pedro 1:22: «Ahora que han purificado sus almas mediante su obediencia a la verdad, de modo que tienen un amor mutuo genuino, ámense los unos a los otros fervientemente y de corazón puro». Mi deseo más profundo es purificar primero mi propia alma mediante la obediencia a la verdad del Señor, para así poder amar después a mi esposa con fervor y de todo corazón. Esa verdad me permite tomar conciencia de la fragilidad, la insuficiencia y la carencia de mi propio amor humano; Me impulsa a reconocer humildemente estas deficiencias —tanto ante Dios como ante mi esposa— y, además, sirve como la fuerza motriz que me lleva a buscar el amor divino de Dios. Al vivir una vida de escucha y obediencia a la Palabra de Dios —y en medio de la obra del Espíritu Santo que produce una transformación interior en mí— experimento ahora una obra poderosa: ya no soy yo quien ama a mi esposa, sino el Señor, que habita en mí, quien me capacita para amarla. A medida que vivimos de esta manera, nuestra relación matrimonial se centrará cada vez más en el amor del Señor. Nuestro propósito primordial como pareja —reflejar la semejanza de Jesús en la vida del otro— despierta a veces en mi corazón un deseo tan ferviente que me conmueve hasta las lágrimas durante la oración. Una vez le confesé a mi esposa: «El mayor regalo que deseo darte es que me veas, en el momento de mi muerte, llevando la semejanza de Jesús». En verdad, no tengo nada propio que ofrecerle a mi esposa.

Sin embargo, aun si poseyera algo que ofrecer, creo que no podría haber regalo más precioso que mi propio ser transformado a la semejanza de Jesús. Y para mi esposa —quien comprende el inmenso valor de ese regalo— no podría haber presente más precioso que ese.

Construir confianza en el matrimonio

En una relación matrimonial, si uno se apoya en su propio entendimiento (Proverbios 3:5), terminará por dudar del otro. Y a medida que esa duda crece, conduce finalmente a la desconfianza mutua.

Sin embargo, una pareja que se niega a apoyarse en su propio entendimiento —eligiendo, en cambio, confiar en Dios con todo su corazón (Proverbios 3:5)— extiende esa misma confianza el uno hacia el otro, precisamente porque han depositado su confianza en Dios.

¿Cómo podemos construir una confianza profunda con nuestros seres queridos?

«La confianza no solo debe construirse, sino que también debe protegerse». [Paul David Tripp, *What Did You Expect?*]

A menudo parece que vivimos en un mundo donde, en realidad, ya no queda nadie en quien confiar. Muchas personas han sido profundamente heridas y decepcionadas tras depositar su confianza en otros. En consecuencia, muchos se muestran reacios a depositar su confianza en cualquiera con demasiada precipitación. Incluso entre los matrimonios, suele haber una incapacidad para depositar una confianza plena el uno en el otro. De hecho, parece que muchas parejas albergan sospechas mutuas. Al parecer, un número significativo de cónyuges se preocupa —e incluso sospecha— que su esposo o esposa podría estar manteniendo una aventura con otro hombre o mujer. En particular, restaurar la confianza en un cónyuge que ha roto el vínculo matrimonial mediante la infidelidad constituye un desafío verdaderamente monumental. Así pues, vivimos actualmente en un mundo en el que nos cuesta depositar nuestra confianza incluso en aquellos a quienes más amamos. En un mundo de tanta desconfianza, ¿cómo debemos responder nosotros, como cristianos? Debemos esforzarnos por construir una confianza profunda y duradera con nuestros seres queridos. Por encima de todo, debemos cultivar una confianza profunda con nuestros cónyuges: los compañeros que Dios ha traído a nuestras vidas. ¿Cómo debemos proceder, entonces, para lograrlo? Me gustaría explorar este tema a través de cuatro puntos clave:

En primer lugar, si deseamos construir una confianza profunda con nuestros seres queridos, el primerísimo paso que debemos dar es depositar nuestra confianza en Dios.

La razón fundamental por la que los seres queridos no logran confiar los unos en los otros radica, precisamente, en que carecen de confianza en Dios. Por ejemplo, una pareja que no confía en Dios no puede confiar verdaderamente el uno en el otro. Esto se debe a que la confianza en nuestras relaciones horizontales —específicamente con nuestro amado cónyuge— solo puede establecerse cuando existe, ante todo, un fundamento de confianza en nuestra relación vertical con Dios. Por consiguiente, la tarea primordial requerida para construir una confianza profunda con nuestros seres queridos consiste, sencillamente, en depositar nuestra confianza en Dios. La Biblia, en Proverbios 3:5, nos dice: «Confía en el SEÑOR con todo tu corazón, y no te apoyes en tu propio entendimiento». Tal como sugiere este versículo, debemos confiar en Dios con todo nuestro corazón. Sin embargo, existe un factor que nos impide confiar en Dios de todo corazón. Ese factor es, precisamente, nuestra tendencia a apoyarnos en nuestro propio entendimiento. Este es nuestro instinto. Nuestro instinto no consiste en confiar en Dios con todo nuestro corazón, sino más bien en depender de nuestro propio entendimiento: de nuestro propio conocimiento. Si seguimos este instinto e intentamos confiar en un ser querido apoyándonos únicamente en nuestro propio entendimiento, el resultado será, inevitablemente, sumamente inestable. La razón estriba en que la fuente de dicha confianza no reside en Dios, sino en uno mismo. Si depositamos nuestra confianza en nosotros mismos en lugar de en Dios, no solo fallamos en depositar nuestra confianza plena en cualquier otra persona que no seamos nosotros mismos, sino que, además, somos incapaces de hacerlo. Dado que confiamos más en nosotros mismos que en cualquier otro, incluso si creemos estar depositando nuestra confianza en un ser querido, esa confianza resulta inevitablemente precaria. Es imposible saber cuándo o cómo podría hacerse añicos esa confianza. Precisamente por esta razón, Jesús no se confió a las personas (Juan 2:24). La razón era que Jesús «mismo sabía lo que había en el hombre» (v. 25). Por consiguiente, si deseamos construir una confianza profunda y duradera con nuestros seres queridos, debemos —ante todo— depositar nuestra confianza en Dios en

lugar de en las personas. Es únicamente al confiar en Dios que nos volvemos verdaderamente capaces de confiar en nuestros seres queridos.

En segundo lugar, para construir una confianza profunda y duradera con nuestros seres queridos, debemos —en virtud de nuestra confianza en Dios— extender esa confianza hacia ellos.

Aquellos que se aman mutuamente deben depositar su confianza el uno en el otro porque depositan su confianza en Dios. Cuanto más confían en Dios, más profundamente se vuelven capaces de confiar el uno en el otro. Aquellos que se aman —y desean compartir una confianza mutua— deben extender su confianza a su pareja antes de esperar recibirla a cambio. Al ofrecer confianza, no debemos limitarla a aquellos momentos en que nuestro ser querido parezca intrínsecamente digno de ella; por el contrario, incluso si pareciera carecer de motivos para inspirar confianza, debemos extendérsela en virtud de nuestra propia confianza en Dios. Del mismo modo en que el amor de Dios es incondicional, nosotros también debemos amar a nuestras parejas de manera incondicional. Y si, en efecto, estamos amando de forma incondicional, debemos también extender una confianza incondicional a la persona que amamos. Incluso si, en el futuro, ese ser querido llegara a traicionar nuestra confianza y se volviera en nuestra contra, aun así debemos brindarle nuestra confianza, pues depositamos nuestra confianza suprema en Dios. Pero, entonces, ¿qué debemos hacer si nuestro ser querido realmente traiciona nuestra confianza y se vuelve en nuestra contra? Es totalmente natural plantearse tal interrogante. Sin embargo, la razón por la que nos hacemos esa pregunta es, probablemente, que no confiamos plenamente en Dios; en su lugar, depositamos una mayor dependencia en nuestro propio entendimiento humano. Cuando nos apoyamos más en nosotros mismos de este modo, inevitablemente nos vemos asediados por la duda, preguntándonos: "¿Qué sucederá si le brindo mi confianza a mi ser querido, solo para terminar siendo traicionado?". Cuando nos apoyamos en nuestro propio intelecto de esta manera, nos volvemos incapaces de depositar nuestra confianza plena en nadie, ni siquiera en nuestro amado cónyuge. Por

consiguiente, es al depositar nuestra confianza en Dios que recibimos la fortaleza necesaria para brindarle confianza a nuestro cónyuge. No obstante, con demasiada frecuencia —debido a que confiamos más en nosotros mismos que en Dios— nos encontramos esperando *recibir* confianza de nuestro cónyuge en lugar de ofrecérsela nosotros a él. Y cuando no logramos recibir esa confianza de su parte, nos sentimos heridos, e incluso podemos llegar a enojarnos. Esta es la esencia misma de una relación matrimonial centrada en lo humano. Si mantenemos un matrimonio centrado en lo humano, inevitablemente esperaremos *recibir* el uno del otro en lugar de *dar* (una mentalidad que es, por su propia naturaleza, egoísta). Sin embargo, si nuestra relación matrimonial está centrada en Dios, hallaremos una alegría mayor al dar a nuestro amado cónyuge que al esperar recibir de él (pues no podremos evitar ser altruistas). Las parejas que cultivan una relación centrada en Dios de este modo son las primeras en ofrecerse mutuamente amor y confianza incondicionales. Es más, incluso si terminan siendo traicionadas por su amado cónyuge, una pareja centrada en Dios dirige su mirada y su confianza hacia Jesús —quien, a su vez, fue traicionado por su propio pueblo—, triunfando así en su lucha interior. E incluso en medio de tales circunstancias, extienden el amor de Dios para perdonar precisamente a aquel cónyuge que los traicionó. Si bien esto puede parecer imposible cuando se observa a través del prisma de nuestro propio entendimiento humano, se vuelve totalmente posible si depositamos nuestra confianza en Dios. Dios es plenamente capaz de hacerlo realidad. Por lo tanto, al depositar nuestra confianza en ese Dios, debemos extender nuestra confianza a aquel a quien amamos.

En tercer lugar, para poder confiar en la persona que amamos, debemos ser tan veraces ante ella como lo somos ante Dios.

Aquellos que se aman mutuamente deben ser cristianos genuinos. Además, quienes aman deben ser honestos. No deben decirse mentiras unos a otros, ni deben incurrir en ningún acto de engaño recíproco. Deben ser veraces no solo a la vista de Dios, sino también a la vista del otro. ¿Hasta qué punto deben ser veraces entre sí? Deben ser tan veraces que

puedan decirse el uno al otro: «Dios es mi testigo» (Fil. 1:8). Dios ve todo lo que hacemos. Es más, Dios conoce todos nuestros pensamientos. Por lo tanto, así como somos veraces ante Dios, también debemos ser veraces ante la persona que amamos. Para lograr esto, debemos entablar un diálogo honesto, claro y transparente con nuestro ser querido. Al conversar, en lugar de mantener un diálogo «centrado en uno mismo», deberíamos mantener un diálogo «centrado en el otro». Esto significa que, en lugar de hablar con nuestro ser querido porque deseamos obtener algo de él, debemos hablar porque deseamos hacer algo por él. Precisamente esas palabras son las que sirven para edificar a un ser querido. Por el contrario, las palabras que destruyen a un ser querido son aquellas que se pronuncian con la intención de manipular a la otra persona para obtener algo de ella. Debemos abstenernos de pronunciar tales palabras. Además, no debemos decir palabras que engañen a nuestro ser querido. Así como no pronunciamos palabras que intenten manipular o engañar a Dios —porque buscamos ser veraces ante Él—, debemos comportarnos de la misma manera hacia la persona que amamos. Del mismo modo, así como ofrecemos oraciones honestas, claras y transparentes a Dios, debemos entablar un diálogo honesto, claro y transparente con nuestro ser querido. Debemos hablar la verdad desde el corazón (Sal. 15:2). Los labios veraces permanecen para siempre (Prov. 12:19). Es más, así como todo lo que Dios hace es veraz (Sal. 33:4), nosotros también debemos comportarnos con total veracidad. Debemos comprometernos a cumplir fielmente las promesas que hacemos a aquellos que amamos. Ya sea que una promesa sea grande o pequeña, debemos cumplir fielmente los compromisos que hemos adquirido con nuestros seres queridos. Al hacerlo, podemos edificar la confianza dentro de nuestras relaciones con ellos. De esta manera, debemos amarnos unos a otros en verdad (1 Juan 3:18). Debemos ser personas de integridad y depositar nuestra confianza los unos en los otros (Prov. 25:19).

En cuarto lugar, para poder confiar en aquellos a quienes amamos, debemos reconocer nuestras faltas y buscar el perdón siempre que los hayamos agraviado. Además, debemos comprometernos a cambiar nuestra conducta.

Ciertamente, nuestros seres queridos son capaces de cometer errores y de herirse mutuamente. Dado que no confían plenamente en Dios —apoyándose, en cambio, en su propio entendimiento—, es posible que no logren confiar plenamente los unos en los otros y que alberguen dudas considerables. Si no se controlan, estas dudas pueden derivar en una desconfianza profundamente arraigada. Tal desconfianza engendra insatisfacción en sus corazones, lo que finalmente los lleva a expresar quejas los unos contra los otros y a actuar con desobediencia mutua. Es más, esta insatisfacción interna puede incluso llevarlos a ser deshonestos entre sí y a decir mentiras. Cuando mienten, a menudo ofrecen excusas para racionalizar su engaño, alegando que se trataba de una "mentira piadosa" o que lo hicieron "por el bien de su ser querido". Sin embargo, una mentira es, sencillamente, una mentira. Y mentir es un acto inútil (Jer. 7:8). No debemos engañarnos unos a otros ni decir mentiras (Lev. 19:11; Col. 3:9). Además, no debemos actuar con engaño hacia los demás; nunca debemos engañar a la persona que amamos. No obstante, si efectivamente hemos engañado a un ser querido o le hemos dicho mentiras, debemos buscar su perdón. Debemos confesarle, con honestidad y sinceridad, la falta que hemos cometido. Asimismo, no solo debemos prometer a nuestro ser querido que nunca más cometeremos la misma ofensa, sino que también debemos demostrar ese compromiso mediante nuestras acciones. Por otra parte, cuando la persona que amamos busca nuestro perdón por una falta que ha cometido contra nosotros, debemos perdonarla. Sin embargo, si bien debemos perdonar, no debemos guardar en nuestros corazones un registro persistente de sus ofensas (1 Corintios 13:5). Así como Dios, «conforme a la multitud de [su] misericordia», borra nuestras iniquidades (Salmos 51:1), nosotros también debemos borrar por completo sus transgresiones de nuestros corazones. Asimismo, debemos consagrarnos a amarlos con el amor inmutable de Dios. Además, debemos renovar nuestro compromiso de depositar nuestra confianza en la persona que amamos. En lugar de permitir que nuestra relación —la cual es susceptible al cambio— flaquee, deberíamos verla, por el contrario, como una oportunidad de transformación en el Señor. Por consiguiente, debemos esforzarnos por crecer junto a nuestro ser amado en el Señor. Debemos ser edificados como individuos maduros.

¿Una relación matrimonial en crecimiento?

Aquí en Mongolia, son las 4:31 a. m. de un viernes. Desperté de mi sueño —aún tosiendo un poco— y volví a tomar algo de medicina. Incapaz de volver a conciliar el sueño, decidí —quizás de manera algo impulsiva— reflexionar sobre este reciente viaje misionero. Al repasar las conmovedoras historias compartidas por los muchos hermanos en la fe que conocí en el camino, me sentí impulsado a organizar mis pensamientos y escribir específicamente sobre el tema de la "familia". Oro para que Dios me conceda sabiduría y guía mientras lo hago:

(1) Los cónyuges pueden sentirse solos.

En el pasado, mi esposa me ha expresado que se siente sola. Sin embargo, a través de los encuentros que tuve durante este reciente viaje misionero, llegué a comprender la razón de ello: no había logrado ponerme en su lugar ni participar en las actividades que ella deseaba compartir conmigo. En consecuencia —sintiendo tanto un remordimiento de conciencia como un desafío personal— le hice una promesa a mi esposa: iríamos de acampada juntos, solo nosotros dos, y también iríamos a practicar escalada en rocódromo. Resolví hacer esto antes de que sea demasiado tarde, pues no quiero vivir con remordimientos. Sentí esta urgencia porque me golpeó, más profundamente que nunca, la certeza de que tal vez no siempre tenga la oportunidad de amar a mi esposa como lo hago ahora.

(2) Es posible que los cónyuges no logren compartir plenamente su dolor emocional entre sí.

Creo que la razón principal de esto es que, incluso cuando los cónyuges intentan compartir sus cargas emocionales, tienden a escuchar e interpretar lo que se dice predominantemente desde sus propias perspectivas individuales. En consecuencia —y este es el segundo punto—, incluso cuando sí comparten su dolor, a menudo carecen de la empatía suficiente requerida para brindarse mutuamente una sensación verdaderamente satisfactoria de validación y comprensión. Como resultado —y este es el tercer punto—, los cónyuges inevitablemente se muestran reacios a abrirse por completo y compartir sus luchas internas con sus parejas. Cuando una pareja es incapaz de compartir plenamente sus cargas emocionales de esta manera, se vuelven vulnerables a la soledad; y si esa soledad se vuelve insoportable, pueden buscar la ayuda de un tercero: alguien con quien podrían terminar compartiendo su dolor emocional de manera aún más profunda y plena de lo que lo hacen con su propio cónyuge.

(3) Si sirve para fortalecer el vínculo matrimonial, buscar la asistencia de un tercero es un paso beneficioso.

En este contexto, el «tercero» evoca naturalmente la figura de un consejero cristiano profesional; sin embargo —particularmente dado que los esposos pueden mostrarse reacios a buscar tal ayuda profesional— este rol también podría ser desempeñado por alguien como yo: un pastor. Por lo general, es la esposa o el esposo quien se acerca a un pastor (y esto no requiere necesariamente un encuentro cara a cara, dada la disponibilidad de herramientas de comunicación como KakaoTalk) para compartir sus dificultades y solicitar la asistencia de un tercero. En ese momento, considero que el tercero debe escuchar plenamente el corazón del individuo, sin albergar nociones preconcebidas ni adoptar una actitud crítica. Por el contrario, debe escuchar con el propio corazón del Señor: escuchando con tal empatía que llegue a compartir el dolor del individuo; considero que esta es la obra del Espíritu Santo. Cuando el Espíritu Santo está obrando, el rol del tercero facilita que el individuo desahogue su corazón, permitiéndole así recibir consuelo.

(4) En lo que respecta a un historial familiar doloroso, existe la necesidad de desahogar el corazón no solo ante Dios, sino también ante al menos una persona amada y de confianza.

Uno debe ser capaz de compartir con su amado cónyuge ese historial familiar doloroso que anteriormente no pudo compartir con nadie más: una historia que había sido desahogada únicamente ante Dios. Sin embargo, el desafío radica en que compartirlo con el cónyuge no siempre proporciona un consuelo suficiente. Además, dado que es posible que uno no experimente la sanación emocional necesaria respecto a ese historial familiar doloroso únicamente a través del cónyuge, podría requerirse la asistencia de un tercero: alguien distinto al cónyuge. Por supuesto, no considero que este tercero deba ser necesariamente un pastor o un consejero profesional. En ocasiones, la persona más idónea puede ser un amigo cercano —alguien distinto al cónyuge— que sea capaz de ofrecer incluso un mayor apoyo que un pastor o un consejero. Esto resulta crucial, pues abrir las puertas del corazón para compartir un historial familiar doloroso con un tercero constituye una ayuda vital en el proceso de sanación emocional. Considero que, dentro de este proceso de sanación, es más importante *aceptar* el propio historial familiar doloroso que *negarlo*. Considero que este es el primer paso en el camino hacia la sanación emocional. El segundo paso, a mi juicio, implica encarar de lleno esa dolorosa historia familiar y *confrontarla* directamente. En lugar de evitar tu historia familiar —hasta el punto de no desear siquiera reflexionar sobre ella o hablar de ella—, debes, por el contrario, recurrir al valor que Dios te brinda para desenterrarla de los rincones más profundos de tu corazón. Debes confrontarla de frente y luchar con ella, buscando la liberación a través de una oración sincera a Dios, para que esa historia ya no pueda encadenar tu progreso. Debes hallar la libertad a través de la verdad de Dios. Aunque este proceso de sanación tome mucho tiempo, creo que, tarde o temprano, deberás dar ese primer paso, fortalecido por la gracia que el Señor otorga.

(5) Debes establecer claramente límites saludables en tus relaciones con los miembros de tu familia.

Mientras me reunía recientemente con varios hermanos en la fe, hubo un pensamiento que simplemente no lograba sacarme de la cabeza: ¡cuánto mejor habrían sido las cosas si cada uno de ellos hubiera establecido límites saludables de manera más clara! Muchos creyentes experimentan actualmente conflictos con sus padres; creo que estos conflictos no solo ejercen una presión (tremenda) sobre la pareja, sino que tampoco aportan nada positivo a su relación matrimonial. Por el contrario, creo que los conflictos con los padres pueden, de hecho, desencadenar conflictos dentro del propio matrimonio. Por lo tanto, el esposo y la esposa deben priorizar su relación matrimonial por encima de todo —colocándola en primer lugar ante los ojos de Dios— y deben impedir activamente que sus padres ejerzan cualquier influencia negativa sobre ella. En particular, el esposo debe definir claramente límites saludables en su relación con su propia madre, para evitar cualquier influencia perjudicial que ella pudiera ejercer, de otro modo, sobre su relación con su esposa. Esto requerirá sabiduría y valentía: dones que provienen de Dios. Además, aun cuando se una a su esposa para honrar a ambos pares de padres con piedad filial, el esposo debe tener siempre presente que su esposa sigue siendo su máxima prioridad. Ambos pares de padres son, en esencia, terceras partes. Incluso los propios hijos son terceras partes. Debes trazar límites claros para asegurar que estas terceras partes no puedan instigar conflictos u otras perturbaciones dentro de tu vida matrimonial.

(6) El esposo debe amar a su esposa tal como Cristo amó a la Iglesia.

Aunque esta es una verdad que ya conocemos a través de las Escrituras, creo que, en la práctica, a menudo fallamos en obedecer verdaderamente este mandamiento dentro de nuestras relaciones matrimoniales. Hablando por mí mismo, llegué a una revelación —durante una conversación franca con un hermano en la fe— de que no había estado amando a mi esposa como debía. En consecuencia, después de despedirme de ese hermano, me comuniqué con mi esposa e hice planes para realizar las actividades que ella había deseado hacer conmigo desde hacía mucho tiempo: acampar y practicar escalada en interiores. Aunque parezca un gesto pequeño, tengo la intención de hacer de esto mi punto de partida.

Una reflexión que me impactó durante una reunión reciente con otro hermano fue esta: nosotros, los esposos, no debemos ver a nuestras esposas únicamente desde nuestra propia perspectiva. En particular, se me ocurrió que cuanto más arraigados estamos en nuestro propio punto de vista, menos capaces nos volvemos, por naturaleza, de considerar las perspectivas de nuestras esposas. En consecuencia, dejamos de ser sensibles a los gemidos silenciosos del corazón de nuestras esposas; e incluso si *somos* lo suficientemente sensibles como para escucharlos, a menudo carecemos de la capacidad para ofrecer el nivel de empatía y comprensión profunda que verdaderamente satisfaría a nuestras esposas. Por esta razón, creo que una esposa —al no encontrar ni empatía ni comprensión por parte del mismo esposo a quien ama— no tiene más opción que sentirse profundamente decepcionada y, con el tiempo, simplemente rendirse y resignarse a vivir tal vida.

(7) Una esposa sabia edifica a su esposo respetándolo y sometiéndose a él.

En el contexto del matrimonio, el «Ciclo de la Locura» es un círculo vicioso en el que el esposo —al desobedecer la Palabra de Dios y no amar a su esposa tal como Cristo amó a la Iglesia— provoca que su esposa responda de la misma manera; ella, a su vez, desobedece y falta al respeto a su esposo, al no tratarlo como la Iglesia trata a Cristo. Dado que el esposo no recibe ni respeto ni sumisión por parte de su esposa, él le retiene su amor. Un matrimonio en el que este ciclo se repite interminablemente está destinado a convertirse en un infierno en la tierra. Por el contrario, un matrimonio que se asemeja al cielo es aquel en el que el esposo ama a su esposa tal como Cristo amó a la Iglesia, y la esposa, de igual modo, se somete a su esposo y lo respeta tal como la Iglesia se somete a Cristo. A medida que nos esforzamos por construir una relación conyugal tan saludable, si bien el papel del esposo es indudablemente crucial, creo que el papel de la esposa es igualmente significativo. El papel vital de la esposa en este contexto consiste en edificar sabiamente a su esposo. Por ejemplo, una esposa sabia edifica a su esposo —particularmente ante los ojos de sus

hijos— tratándolo con respeto y sometiéndose a su liderazgo. Ella establece eficazmente a su esposo como la verdadera cabeza de su hogar. Creo que esto es muy importante.

¿La elección de una iglesia para los recién casados?

¿Qué criterios deberían utilizar los recién casados —mientras buscan la voluntad de Dios— para decidir a qué iglesia asistir? En particular, al observar a parejas jóvenes con niños pequeños, parece que la decisión sobre a qué iglesia unirse se toma a menudo teniendo en cuenta los mejores intereses de los niños. Por ejemplo, la mayoría de las parejas jóvenes tienden a elegir una iglesia que ofrezca programas sólidos diseñados específicamente para los niños. Sin embargo, creo que una iglesia debería elegirse por el bien de la propia pareja, en lugar de por el de los niños. Al igual que las instrucciones de seguridad que se dan en un avión —donde, en caso de emergencia, uno debe colocarse primero su propia máscara de oxígeno antes de asistir al niño sentado a su lado—, creo que la elección de una iglesia debería priorizar el bienestar espiritual de la pareja, en lugar de anteponer las necesidades de los niños. Por supuesto, un esposo querrá naturalmente elegir una iglesia que complazca a su amada esposa. En consecuencia, si ella sugiere asistir a una iglesia específica porque le parece beneficiosa para sus hijos, es totalmente plausible —y, de hecho, bastante común— que el esposo acceda a sus deseos y se una a la iglesia que ella desea. Sin embargo, además del principio de que la iglesia debe elegirse por el bien de la pareja y no por el de los niños, también creo que la esposa debería elegir una iglesia que brinde apoyo a su esposo, quien ejerce como cabeza espiritual del hogar (aunque, como se ha mencionado, el esposo indudablemente se esforzará por elegir una iglesia que beneficie a su amada esposa). La razón de esto es que resulta esencial asegurar que el esposo se mantenga firmemente cimentado en su fe como líder espiritual de la familia. Solo entonces estará capacitado para nutrir a su esposa y a sus hijos de conformidad con las enseñanzas de la Biblia. Por el contrario, consideremos un escenario en el que un esposo se une a una iglesia simplemente porque su esposa lo sugirió por el bien de sus hijos. Si bien la esposa

podría sentirse satisfecha al encontrar una comunidad de apoyo entre otras mujeres (madres) de su edad, y los niños podrían estar contentos con los diversos programas "excelentes" que ofrece la Escuela Dominical, el esposo podría descubrir que los sermones del pastor no resuenan con él. Además, podría encontrarse interactuando con otros esposos principalmente a través del prisma del círculo social de su esposa: una dinámica que él no buscó personalmente. A mi juicio, tal situación podría —a la larga— provocar que la familia pierda su equilibrio espiritual, resultando finalmente perjudicial, más que beneficiosa, para la fe y la vida espiritual general de la familia. En mi opinión, una esposa sabia es aquella que edifica a su esposo —de manera prudente y eficaz— en su rol de cabeza del hogar. Aunque esto pueda requerir una gran dosis de oración, paciencia y servicio, creo que —desde una perspectiva a largo plazo— establecer al esposo como el líder espiritual de la familia reviste una importancia primordial. Desde antes incluso de contraer matrimonio, mi esposa y yo hemos mantenido la convicción de que nuestra relación mutua —cimentada en el Señor— constituye nuestra máxima prioridad, considerando a nuestros hijos y a nuestros respectivos padres como «terceras partes» dentro de este contexto. Como cabeza del hogar, considero que es mi deber servir de peldaño para mi esposa, ayudándola a acercarse al Señor al mismo tiempo que yo me esfuerzo por acercarme a Él; y aunque me siento profundamente insuficiente para desempeñar este rol, hasta el momento he procurado vivir de esta manera, sostenido únicamente por Su gracia. Para Dylan, Yeri y Yeeun, el entorno eclesiástico en sí mismo tal vez no haya sido siempre el ideal; sin embargo, dado que priorizamos nuestra propia trayectoria espiritual como pareja, Dios mismo ha nutrido y criado personalmente a nuestros tres hijos de diversas maneras a lo largo de los años. Este puede ser un tema difícil —quizás incluso delicado—, pero oro para que Dios nos conceda a todos la sabiduría necesaria para elegir nuestras iglesias con discernimiento, de modo que, a través del crecimiento de nuestra propia fe como hombres (hermanos en Cristo), podamos nutrir eficazmente a nuestras esposas (hermanas) y a nuestros hijos con la Palabra y el amor de Dios.

«Santo valor»

«Manténganse alerta; permanezcan firmes en la fe; sean hombres de valor; sean fuertes» (1 Corintios 16:13).

Recientemente, mientras evacuábamos debido a un incendio forestal, mi esposa y yo salimos de nuestra casa en el auto para ir a buscar algo de comer. En el camino, justo a la salida de nuestra casa, divisamos un cable eléctrico que se había caído de un poste de servicios públicos. Mi esposa se bajó del auto, recogió la rama de un árbol que se había roto a causa del fuerte viento y procedió a apartar el cable eléctrico del camino. Al verla hacer esto, pensé para mis adentros: «¡Mi esposa es, en verdad, una mujer audaz!» (Jaja). Habiendo vivido con mi esposa durante unos 28 años, un pensamiento que a menudo albergo es este: «Si mi esposa hubiera nacido hombre, habría sido una pastora excelente y habría hecho un trabajo maravilloso en el ministerio…» (Jaja). La razón por la que pienso esto es que, a mi parecer, mi esposa tiene un «espíritu grande»: es de mente abierta y magnánima (mientras que yo tengo un espíritu pequeño y una capacidad limitada). Además, es audaz y aventurera; ¡va de acampada sola a las montañas, hace senderismo e incluso practica escalada en roca! (Jaja). (Yo, por el contrario, soy tímido y carezco de todo sentido de la aventura). Asimismo, mi esposa rara vez regaña, mientras que yo tiendo a regañar bastante. (Jaja). ¡Dejaré de compartir detalles por ahora! (Jaja). Sin embargo, el Señor eligió que fuera *yo* —y no ella— quien naciera como hombre. Alguien como yo: tímido, falto de valor y de espíritu aventurero, y propenso a regañar. (Jaja). Supongo que debe haber alguna voluntad y

providencia divina detrás de esto, aunque, honestamente, todavía no comprendo del todo cuál es.

No obstante, ayer por la tarde —después de haber evacuado debido al incendio forestal y de haber regresado a casa con mi esposa por primera vez en un tiempo— tuvimos una conversación que me llevó a una revelación (o a un pensamiento renovado): mi esposa es, después de todo, una «mujer». (Jaja). Hmm... decir esto podría, de hecho, ponerme en una posición un tanto precaria (¡podría enfrentarme a un ataque verbal por parte de las hermanas de la congregación!). Sin embargo, se trata solo de una observación personal mía. La razón por la que ayer llegué a ver a mi esposa como una «mujer» —en este sentido específico— fue que se mostraba desconcertada e insegura sobre qué hacer o cómo manejar la situación. Así que, como su esposo, intervine para resolverlo... Le ofrecí mi sugerencia y, finalmente, mi esposa aceptó mi consejo, lo que condujo a una resolución exitosa del asunto. La razón fundamental por la que me referí a mi esposa como una «mujer» en este contexto es que ella requiere mi liderazgo: el liderazgo de su esposo. Dicho liderazgo exige un juicio sensato. Además, ese liderazgo conlleva la responsabilidad de guiar a mi amada esposa en la dirección correcta. Y, por encima de todo, ese liderazgo requiere absolutamente el amor de Dios. Ayer, mientras miraba a mi esposa a los ojos mientras conversábamos, me sentí tan profundamente conmovido que noté un nudo en la garganta y estuve a punto de llorar. Al ver esto, mi esposa comenzó a llorar también. Entonces, me levanté de mi asiento, caminé hacia ella y la abracé, posando suavemente mi mano derecha sobre su espalda; mientras ella permanecía sentada en la cama, rodeó mis piernas con ambos brazos y continuó llorando. Cuando reflexiono sobre la imagen de mi esposa llorando de esa manera, me impacta darme cuenta de que no la he estado amando con la sensibilidad y la empatía necesarias para comprender verdaderamente su perspectiva. Todavía me siento torpe y falto de sensibilidad a la hora de amar a mi esposa, y reconozco la necesidad constante de aprender y crecer en este aspecto. Simplemente sigo buscando la ayuda de Dios.

Quiero ser un esposo que sirva de «escalón».

Incluso antes de casarme, el Señor infundió en mí una mentalidad específica: «Si he de casarme, entonces, como esposo, debo servir de "escalón" para ayudar a mi esposa a acercarse más a Cristo». En consecuencia, incluso antes de dar el «sí», comencé a elevar esta oración a Dios: (1) «Señor, capacítame para amar a mi (futura) esposa con Tu amor, y concede que ella también me ame con Tu amor»; y (2) «Permite que mi esposa vea la imagen de un "pequeño Jesús" en mí (antes de que yo parta), y concede que yo también vea un "pequeño Jesús" en ella». Sin embargo, durante el servicio de oración de la madrugada de este sábado —mientras proclamaba la Palabra de Dios— tuve una revelación aleccionadora: en lugar de servir como un escalón para mi esposa, en realidad me he convertido en una «piedra de tropiezo» en su camino. La causa fundamental de esto, comprendí, reside en mi propia «discapacidad espiritual». En otras palabras, confieso que, precisamente por ser espiritualmente discapacitado, me he convertido en un obstáculo que se interpone entre Cristo y mi esposa. Si bien el deseo más profundo de mi corazón es servir como un escalón dentro de la relación entre Cristo y mi esposa, mi frágil carne está actuando actualmente como una piedra de tropiezo en esa misma relación. Es a través del mensaje proclamado durante el servicio de oración de la madrugada de este sábado que ahora estoy recibiendo la guía sobre cómo superar este formidable obstáculo.

Puse innumerables obstáculos en el camino de mi esposa.

A lo largo de los aproximadamente 27 años de mi vida matrimonial con mi amada esposa, puse innumerables obstáculos en su camino. Antes de casarnos, me había dedicado a convertirme en un peldaño entre mi esposa y el Señor, esforzándome por acercarme cada vez más a Jesús, por ser más semejante a Él y por amar a mi esposa con Su amor. Sin embargo, en la realidad, repetidamente puse obstáculos ante ella, provocando que tropezara. Además, como padre de tres hijos, puse innumerables obstáculos también en sus caminos, haciendo que se desanimaran. En particular, al no amar a mi esposa con el amor de Dios —y, en su lugar, albergar animosidad hacia ella y discutir con ella—, puse piedras de tropiezo ante mis tres hijos. No obstante, por la asombrosa gracia de Dios, mis amados hijos me dijeron que no guardan ninguna amargura hacia mí. Esto es verdaderamente asombroso, pues si yo estuviera en su lugar, habría sentido que era inevitable albergar amargura hacia mis padres. Se supone que los padres deben servir como peldaños, ayudando a sus hijos a acercarse más al Señor; sin embargo, a pesar de mi fracaso al no hacerlo —a pesar de convertirme en un obstáculo en su lugar—, el Señor está haciendo, no obstante, que mis tres hijos crezcan y maduren en Él. Esto desafía toda lógica y entendimiento humano. Lo único a lo que me aferro con fe es que el Señor ama a mis tres hijos incluso más profundamente de lo que lo hacemos mi esposa y yo. Así, el Señor utiliza incluso a padres tan imperfectos, necios y pecadores como nosotros para nutrir personalmente a los hijos que Él ama —Dylan, Yeri y Yeeun— y para propiciar su crecimiento en Él. No tengo confianza en que seré capaz de servir como un verdadero peldaño para mi amada esposa e hijos en el futuro; de hecho, sé que indudablemente —y de manera

repetida— caeré en el pecado de poner obstáculos en sus caminos una vez más. Sin embargo, el Señor —quien abunda en compasión, misericordia, gracia y amor— continuará edificando a nuestra familia para convertirla en un hogar centrado enteramente en Él. Jesucristo —el verdadero peldaño— seguramente nos guiará y conducirá a mí, a mi esposa y a nuestros tres hijos para acercarnos cada vez más al Señor. Sostenido por esta fe, ruego poder servir a los generosos dones que el Señor me ha confiado —mi amada esposa y mis tres hijos— con amor, humildad y sabiduría, siguiendo la guía del Espíritu Santo.

Lentamente, al paso de mi esposa...

Mientras meditaba esta mañana en el capítulo 33 del Génesis, me encontré centrándome particularmente en el versículo 14, tal como aparece en la *Modern People's Bible*: «Así que, hermano, por favor, sigue adelante. Yo avanzaré despacio, manteniendo el paso del ganado y de los niños que van a la cabeza, y me reuniré contigo en Seir». Al reflexionar sobre este versículo, escribí este breve pensamiento devocional: «Los padres deben mantener el paso de sus hijos y guiarlos con suavidad y lentitud (Ref.: Génesis 33:14, *Modern People's Bible*)». Esta reflexión trajo a mi mente recuerdos de las ocasiones en que mi esposa y yo corríamos maratones juntos. La razón es que, aunque yo era capaz de correr más rápido que ella, elegía correr despacio, manteniendo deliberadamente «su paso». Mi esposa es muy consciente de este hecho. En consecuencia, cada vez que rememorábamos los tiempos en que solíamos correr juntos, ella a menudo decía algo como: «Podrías haber corrido mucho más rápido y haberme dejado atrás, así que debió de resultarte difícil contenerte y correr a mi lado». Este recuerdo en particular resurgió mientras meditaba en Génesis 33:14, en la *Modern People's Bible*.

Un recuerdo que permanece vívido e inolvidable es aquella vez en que mi esposa y yo corrimos juntos nuestra primera media maratón. Corrimos uno al lado del otro durante unas nueve millas (14 km); sin embargo —por primera vez en mi vida— casi todos los músculos de ambas piernas se me agarrotaron a causa de los calambres (aunque ya había sufrido calambres en las piernas anteriormente, tras empezar a jugar al baloncesto al mudarme a los EE. UU., aquello fue de un nivel completamente distinto). Me resultó absolutamente imposible seguir corriendo junto a mi esposa. Así que ella me dijo: «Voy a caminar un poco; tú sigue adelante...». Yo le respondí algo parecido a: «Iré justo detrás de ti». Mi esposa, tomando mis palabras al pie de la letra —y tal vez preocupada de que realmente *fuera* a

darle alcance— me contó más tarde que corrió con toda la fuerza (y velocidad) que pudo para alejarse de mí. ¡Ja, ja! Ella no tenía ni idea, por supuesto, de que yo estaba sufriendo unos calambres tan severos en ambas piernas. Así que pasé las tres millas restantes (unos 5 km) caminando a paso de tortuga, logrando apenas llegar a la meta. Mi esposa, que me había estado esperando allí (una espera que probablemente duró más de una hora), comenzó a animarme con entusiasmo, sin ser consciente de la absoluta agonía que yo estaba soportando. Al final, dos paramédicos tuvieron que sostenerme a ambos lados solo para ayudarme a cruzar la línea de llegada; en el preciso momento en que lo hicimos, me desplomé sobre la hierba. La razón por la que nunca podré olvidar esta experiencia es que sigue siendo, para mí, una especie de trauma. Ja, ja. Mientras meditaba en Génesis 33:14 (específicamente en la traducción de la *Modern People's Bible*), este recuerdo me vino a la mente. Me llamó la atención que, si bien los padres ciertamente deberían bajar el ritmo y ajustar su paso para ir a la par de sus hijos, yo en realidad había estado haciendo exactamente lo mismo con mi esposa: reducir mi velocidad al correr para adaptarme a la suya. No me había percatado plenamente de ello en aquel momento, pero al mirar atrás ahora, he llegado a pensar que hacer *eso* podría ser, de hecho, aún más difícil. La razón, creo yo, es que —aunque mi "habilidad" para correr (tal como es) me permite ir más rápido que mi esposa— tuve que ejercer *autocontrol* —conteniéndome a mí mismo— para no desatar todo mi potencial mientras corría a su ritmo más pausado. En efecto, al repasar nuestros más de veinticinco años de vida matrimonial —y no solo en lo que respecta a correr— observo un patrón constante: yo tengo una personalidad impaciente y de temperamento explosivo, mientras que mi esposa es mucho más tranquila y relajada. Estoy absolutamente convencido de que una persona tan impaciente como yo nunca habría logrado ajustar su paso para armonizar con la naturaleza sosegada de mi esposa —hasta el punto en que lo he logrado hoy— de no ser por la abundante gracia de Dios y por ese fruto del Espíritu Santo conocido como "autocontrol". Ja, ja. Y supongo que no se trata únicamente de nuestras personalidades. No se imaginarían cuántas cosas teníamos desincronizadas mi esposa y yo... (risas). Eso solo sirve para demostrar lo increíblemente diferentes que somos mi esposa y yo. Por supuesto —naturalmente—, mi esposa debió de

haber realizado un esfuerzo tremendo para tratar también de seguir mi ritmo. Por ejemplo, solía molestarme constantemente el hecho de que ella rara vez apagara las luces o cerrara la puerta del dormitorio; ¡ni siquiera podría contar cuántas veces —a lo largo de unos 25 años— le mencioné este asunto! (risas). Hoy en día, sin embargo, la probabilidad de que ella cierre la puerta antes de salir del dormitorio principal ha mejorado significativamente en comparación con el pasado (risas). ¡Incluso llega al punto de preguntar: «¿Cierro la puerta?» justo al salir! (risas). Claro está, de vez en cuando todavía se le olvida y la deja abierta; pero si le digo algo al respecto —incluso si ya ha bajado la mitad de las escaleras—, ella vuelve a subir, cierra la puerta y luego desciende de nuevo (risas). ¡Se ha vuelto tan «entrenada» (por así decirlo) que ahora ajusta su ritmo en cuanto a cerrar puertas para acompasarse al mío! (risas).

En Génesis 33:14 (según la traducción *Modern People's Bible*), el patriarca Jacob dice: «Seguiré mi camino despacio, al paso de los niños». Reflexionar sobre este versículo me recordó la necesidad de mantener el paso dentro de mi propia relación con mi esposa (nuestra relación matrimonial), razón por la cual decidí compartir esta anécdota. Sin embargo, este principio bíblico en realidad no solo se aplica a la relación entre cónyuges o entre padres e hijos, sino también —en mi propio caso— a la relación entre un pastor y los miembros de la congregación, entre muchos otros contextos. Creo que este es un pasaje de la Palabra de Dios que nos insta a reflexionar sobre cómo nosotros —ya sea como cabezas de familia o como pastores de una iglesia— debemos ajustar nuestro paso para adaptarnos a los demás y guiarlos con ternura.

El espacio en la relación matrimonial

Creo que, dentro del matrimonio, debe permitirse una cantidad saludable y adecuada de «espacio» mutuo. Concibo este espacio como el ámbito en el que el Señor obra en la vida individual tanto del esposo como de la esposa; es un espacio donde, a través de su confianza en el Señor, la pareja aprende a confiar el uno en el otro; es un espacio donde cada uno —el esposo y la esposa— experimenta una transformación personal; y es, además, un espacio donde cada cual puede cultivar sus dones espirituales, talentos y potencial únicos.

¿Es esencial el «espacio»?

En el matrimonio, la pareja necesita darse «espacio» —espacio en sus corazones y vidas individuales— para que el Señor pueda obrar en ellos (un punto que me pareció significativo durante una conversación con mi esposa esta noche).

«Debemos respetar a todas las personas. Si bien no podemos respetarlas por su estado actual, debemos respetarlas al ver el potencial de cambio que existe a través de la sangre del Cordero y el poder renovador del Espíritu Santo» (A. W. Tozer).

Uno no puede percibir verdaderamente el «potencial de cambio» en los demás a menos que esté experimentando una transformación personal. La razón por la que nos preguntamos: «¿Por qué esa persona no cambia?», incluso mientras esperamos su transformación, suele ser porque nosotros mismos no estamos experimentando una transformación activa.

Los cónyuges deben poder mirarse el uno al otro y, mediante la fe, percibir ese «potencial de cambio». Para ello, primero debo permitirme ser transformado continuamente a través de mi propia relación con el Señor. En ese contexto —viendo a mi amado cónyuge a través de la lente de la fe y la confianza en el Señor— debo observar con serenidad, paciencia y con ojos de fe cómo el Señor obra en ese espacio para transformarlo.

Por eso, durante mi conversación con mi esposa, le sugerí que evitáramos afirmaciones como: «Siempre eres así» o «Nunca harás esto». La razón es que palabras como «siempre» o «nunca» no reconocen el potencial de cambio de la otra persona; en cambio, la encierran en los límites de nuestras propias ideas preconcebidas.

Si una pareja vive una vida centrada en Cristo, su confianza en el Señor los llevará a mirarse con fe, creyendo que así como el Señor me está transformando a mí, también está transformando a mi cónyuge, y que seguirá haciéndolo en el futuro. Con esta convicción, se mirarán el uno al otro, orarán el uno por el otro y esperarán con esperanza.

La mujer sabia que edifica su casa

[Proverbios 14:1-9]

Queridos hermanos y hermanas, ¿cómo exactamente debemos ustedes y yo proceder para edificar nuestras respectivas familias? Personalmente, cada vez que reflexiono sobre Mateo 16:18 —la promesa que el Señor dio específicamente a nuestra Iglesia Presbiteriana Victory— me aferro a Su garantía de que Él edificará Su iglesia, y elevo tres peticiones de oración específicas. Estas tres peticiones de oración son las siguientes: Primero, oro para que el Señor levante obreros de entre nosotros; individuos que posean una visión centrada en Cristo. Segundo, en medio de este proceso, también oro para que el Señor edifique a cada una de nuestras familias individuales. Y tercero, oro para que el Señor edifique la Iglesia Presbiteriana Victory —el mismo cuerpo de Cristo— estableciendo así Su Reino. En consecuencia, cada vez que tengo el privilegio de orar junto a ustedes, a menudo me encuentro presentando estos tres temas —el individuo, la familia y la iglesia— como nuestros temas colectivos de oración. Hoy, de entre estas tres peticiones de oración, me siento impulsado a centrarme particularmente en la segunda: ¿cómo exactamente debemos orar para que el Señor edifique a nuestras familias? A modo de repaso —y mirando hacia atrás al mensaje predicado el 18 de mayo de 2008, titulado "¡Señor, edifica a nuestra familia!" (basado en 1 Crónicas 17:16-27)— se nos presentaron en aquel momento tres puntos de oración específicos: (1) "¡Señor, permite que mi familia sea una familia gobernada por Tu gracia!" (v. 16); (2) "¡Señor, permite que Tu Palabra sea la autoridad suprema dentro de mi familia!" (v. 23); y (3) "¡Señor, permite que mi familia sea una que experimente Tu presencia divina a través de la oración!" (v. 25). Al recibir hoy una vez más la Palabra de Dios

y elevar nuestras oraciones, tomemos un momento para reflexionar honestamente: ¿Están nuestras familias siendo verdaderamente gobernadas por la gracia de Dios? ¿Sirve verdaderamente la Palabra de Dios como la autoridad suprema dentro de nuestros hogares? Y, ¿somos, de hecho, una familia que experimenta la presencia tangible de Dios a través de la disciplina de la oración? Basándome en el pasaje de las Escrituras de hoy —Proverbios 14:1–9—, me gustaría meditar sobre el hecho de que el Señor utiliza a una mujer sabia para edificar nuestros hogares y los de ustedes. Por favor, dirijan su mirada al texto de hoy, Proverbios 14:1: «La mujer sabia edifica su casa, pero la necia, con sus propias manos, la derriba». Centrándonos en este versículo, y bajo el título «La mujer sabia que edifica su casa», me gustaría considerar uno o dos puntos. Es mi esperanza que, al meditar en estos dos puntos, podamos recibir las lecciones que Dios nos ofrece y obedecerlas, participando así humildemente en la obra del Señor de edificar tanto nuestros propios hogares como la iglesia a la que servimos.

El primer punto que deseo considerar se refiere a la mujer necia que derriba su casa con sus propias manos. Por favor, observen la parte final del texto de hoy, Proverbios 14:1: «…pero la necia, con sus propias manos, la derriba». ¿Quién es, exactamente, esta mujer necia que derriba su casa con sus propias manos?

En primer lugar, la mujer necia que derriba su casa con sus propias manos desprecia a Dios.

Por favor, miren la parte final de Proverbios 14:2: «…pero el hombre de caminos perversos lo desprecia». La mujer necia es aquella que actúa siguiendo «caminos perversos». Actuar siguiendo caminos perversos significa actuar únicamente según los propios caprichos y deseos (Park Yun-sun). Y la mujer necia que actúa únicamente según sus propios deseos desprecia a Dios. En otras palabras, muestra desprecio hacia Dios. ¿Cómo, exactamente, muestra desprecio hacia Dios? El Dr. Park Yun-sun esbozó aproximadamente siete puntos con respecto a este asunto: (1) Una mujer necia que desprecia a Dios ama el placer más de lo que ama a Dios (2 Timoteo 3:4); (2) Una mujer necia que desprecia a Dios actúa de

conformidad con su naturaleza humana corrupta, sin arrepentirse ni depositar su fe en Dios (Judas 1:10); (3) Una mujer necia que desprecia a Dios, al observar que Dios ejerce gran paciencia hacia el pecado humano —y no castiga con prontitud ni en cada ocasión—, en cambio trata a Dios con desprecio y niega su misma existencia (Romanos 2:4); (4) Una mujer insensata que desprecia a Dios no siente temor alguno por la Palabra de Dios tal como está registrada en las Escrituras (Proverbios 13:13); (5) Una mujer insensata que desprecia a Dios no lo glorifica a Él, sino que busca glorificarse a sí misma. En otras palabras, actúa con presunción en un intento de usurpar la gloria de Dios; (6) Una mujer insensata que desprecia a Dios no le ora. Esto constituye un rechazo a la promesa de Dios de que Él dará a aquellos que pidan (Mateo 7:7–11); y (7) Una mujer insensata que desprecia a Dios no lo adora con sinceridad de corazón. Por lo tanto, una mujer insensata que desprecia a Dios —porque no lo reverencia, sino que lo mira con desdén— es incapaz de transitar por el camino recto y, en su lugar, pisa uno torcido. Específicamente, una mujer que mira a Dios con desprecio camina por una senda caracterizada por la duplicidad (insinceridad) y el doblez (KJV Bible Commentary). Al ser insincera —y carecer de la reverencia hacia Dios que la impulsaría a actuar de otro modo— no actúa con honestidad (ni es capaz de hacerlo); en cambio, se entrega a la maldad. En consecuencia, una mujer insensata que mira a Dios con desprecio derriba su propia casa con sus propias manos. En segundo lugar, la mujer insensata que derriba su propio hogar con sus propias manos es arrogante.

Observemos la primera mitad del texto de hoy, Proverbios 14:3: «En la boca del necio hay una vara de soberbia…». La Biblia afirma que una mujer insensata —aquella que no teme a Dios— es arrogante (v. 3). Debido a su arrogancia, considera a los demás como inferiores a ella misma. En consecuencia, mira a los otros por encima del hombro y, en su interior, los menosprecia. Por ejemplo, en un hogar donde la esposa es insensata y arrogante, ella ve a su esposo como alguien por debajo de su nivel, mirándolo así con desprecio y tratándolo con desdén. De este modo, hiere el corazón de su esposo al dirigirle palabras denigrantes. Sin embargo, el grave problema radica en que ella no se percata del hecho de que ha infligido dolor a su esposo con sus palabras. ¿Cuál debe ser el estado mental de un esposo que

convive con una mujer tan arrogante e insensata? ¿Y qué será de su hogar? ¿Será la casa debidamente edificada, o será derribada? Al observar la primera parte de Proverbios 11:2, la Biblia afirma: «Cuando viene la soberbia, viene también la deshonra…». ¿Qué significa esto? Significa que una mujer necia y arrogante atrae la deshonra sobre sí misma a través de sus propias palabras. ¿Qué clase de deshonra padece? Al examinar la segunda parte de Proverbios 10:13, la Biblia dice: «…la vara es para la espalda de quien carece de entendimiento». En otras palabras, la Biblia enseña que una mujer necia y arrogante sufre deshonra a causa de su hablar, y es disciplinada con un látigo o una vara (26:3). Por consiguiente, Dios humilla a la mujer arrogante (29:23). Dios nunca permite que una mujer arrogante sea aquella por medio de la cual se edifique una familia. Tal mujer, necia y arrogante, derriba su propia casa.

En tercer lugar, la mujer insensata que derriba su propio hogar con sus propias manos es arrogante.

Por favor, observen la primera parte del texto de hoy, Proverbios 14:6: «…El escarnecedor busca la sabiduría y no la halla…». La mujer insensata es arrogante y se niega a escuchar las palabras de los demás. En consecuencia, pierde la capacidad de escuchar (MacDonald). Amigos, ¿qué sucede cuando una persona pierde la capacidad de escuchar? No importa cuántos oídos posea; si una persona se niega continuamente a prestar atención al consejo, la advertencia o la reprensión de sus seres queridos, no solo quedará cautiva de su propia autosuficiencia moral, sino que inevitablemente se transformará en un individuo profundamente egoísta: alguien que solo se preocupa por sí mismo. Si esto llegara a ocurrir, esa persona está destinada a perder a todos los amigos que la rodean. Después de todo, ¿quién desearía entablar amistad con un individuo egoísta que solo piensa en sí mismo? Además, si una persona cree ser superior a todos los demás —y si las palabras que brotan de sus labios suenan absolutamente arrogantes—, ¿quién elegiría permanecer en su compañía? Si la esposa en un hogar es insensata y arrogante, se negará a escuchar a su esposo. A medida que pierde la capacidad de escuchar, se degradará gradualmente hasta

convertirse en una persona caracterizada por el orgullo, la arrogancia y un egoísmo egocéntrico. ¿Pueden imaginar la influencia perniciosa que tal mujer ejercería sobre su esposo y, especialmente, sobre sus hijos? El texto de hoy, en el versículo 6, afirma que una persona tan arrogante busca la sabiduría, pero no la halla. ¿Acaso esto no parece algo peculiar? ¿No resulta intrínsecamente extraño que un individuo arrogante —alguien que se niega a escuchar a los demás porque está convencido de su propia rectitud— intente siquiera buscar la sabiduría? El problema no radica en el acto de buscar la sabiduría en sí mismo, sino en el hecho de que quien la busca es arrogante y, por lo tanto, no reverencia a Dios: la fuente misma de toda sabiduría (1:7; 9:10) (Walvoord). ¿Cómo puede una persona orgullosa y arrogante —alguien que no teme a Dios— buscar y obtener sabiduría? En Proverbios 16:18, la Biblia declara: «…espíritu altivo antes de la caída». Una mujer insensata y arrogante, carente de sabiduría, hace tropezar a su esposo y a sus hijos. Debido a que ejerce una influencia negativa sobre su esposo y sus hijos, inevitablemente termina derribando su propio hogar con sus propias manos.

En cuarto lugar, la mujer insensata que derriba su hogar con sus propias manos carece de conocimiento.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 14:7: «Apártate del hombre insensato, pues no hallarás conocimiento en sus labios». La mujer insensata que derriba su hogar con sus propias manos desprecia a Dios; al ser orgullosa y arrogante, se niega a escuchar la Palabra de Dios. En otras palabras, se entrega habitualmente a palabras y acciones que desestiman a Dios (Salmos 14:1) (Park Yun-sun). Además, debido a que es tan orgullosa que ignora su propia ignorancia, se deleita en disputas y discusiones que dan origen a envidias, contiendas, calumnias y sospechas maliciosas (1 Timoteo 6:4). Amigos, si una esposa dentro de un hogar es tan orgullosa que ignora su propia falta de conocimiento, indudablemente se deleitará en disputas y discusiones. El resultado será el surgimiento de envidias, contiendas, calumnias y sospechas maliciosas; en consecuencia, no habrá un solo día de paz en tal hogar. El problema, sin embargo, radica en que, a pesar de su falta de

conocimiento, la mujer insensata es tan orgullosa que cree que *sí* posee conocimiento. Y si es tan arrogante que se niega a prestar atención a los consejos o palabras de cualquiera, ¿qué será de ese hogar? La iglesia —nuestra familia espiritual— no es diferente. Si hay alguien dentro de una iglesia que es orgulloso y arrogante —poseyendo escaso conocimiento de Dios, pero deleitándose en disputas y discusiones—, esa iglesia está destinada a llenarse de discordia. No sería tarea fácil enseñar a una persona así. La razón de ello es el orgullo: carece de la actitud adecuada de un corazón dispuesto a recibir instrucción. Por lo tanto, la Biblia nos exhorta a «apartarnos de la presencia del hombre insensato» (Proverbios 14:7). Si no nos distanciamos de tales individuos insensatos, nosotros también —si no somos cuidadosos— corremos el riesgo de convertirnos en personas insensatas que desestiman a Dios y derriban sus propios hogares.

En quinto lugar, la mujer insensata que derriba su casa con sus propias manos se engaña a sí misma. Observe la última parte del texto de hoy, Proverbios 14:8: «...la necedad de los necios es engaño». La necedad de la mujer insensata radica en ignorar a Dios. En otras palabras, la necedad de la mujer insensata es la creencia de que Dios no existe (Salmos 53:1). En consecuencia, dado que la mujer insensata ni teme a Dios ni es capaz de hacerlo, se corrompe y comete actos abominables de maldad (v. 1). No solo deja de hacer el bien, sino que además es incapaz de hacerlo (vv. 1, 3). No obstante, la mujer insensata cree que sus propios caminos son rectos (Proverbios 12:15). Esto nos trae a la mente Santiago 1:22: «No se limiten a escuchar la palabra, engañándose a ustedes mismos; hagan lo que esta dice». La Biblia afirma que limitarse a escuchar la Palabra de Dios sin obedecerla (ponerla en práctica) constituye un autoengaño; sin embargo, la mujer insensata y arrogante —precisamente porque cree que Dios no existe— ni siquiera escucha la Palabra de Dios en primer lugar. ¿Cómo, entonces, podría una mujer tan insensata, que ignora a Dios, llegar a obedecer Su Palabra? Esto es, en efecto, engañarse a uno mismo. ¿Cómo podría una mujer insensata que se engaña a sí misma de esta manera edificar su propia casa (su familia)?

En sexto lugar, la mujer insensata que derriba su casa con sus propias manos toma el pecado a la ligera. Por favor, observe la primera mitad del texto de hoy, Proverbios 14:9: «Los necios se burlan del pecado…». La mujer insensata, al creer que Dios no existe, ni escucha la Palabra de Dios ni conoce la verdad; precisamente porque no escucha Su Palabra. ¿Qué sucede con una persona que no conoce la verdad? Debido a que ignora la verdad, la mujer insensata comete malas acciones. Sin embargo, no considera la maldad que ha cometido como un pecado real. Ha perdido la capacidad de hacerlo. Por el contrario —ignorante de la verdad y habiendo perdido la capacidad de reconocer el pecado tal como es— la mujer insensata, tal como afirma Proverbios 10:23, encuentra su «placer en hacer el mal». En consecuencia, su corazón se endurece a causa del pecado, y ella no siente temor alguno al ofender a Dios. En resumen, la mujer necia trata el pecado como un asunto trivial. Mientras que Dios considera claramente el pecado como un asunto grave, la mujer necia lo toma a la ligera. El pastor Park Yun-sun comentó en una ocasión: «Aquel que ignora las Escrituras no logra reconocer el pecado como tal; por el contrario, dicha persona llega a encontrar placer en él». Por lo tanto, ella no solo no se arrepiente de sus pecados, sino que, de hecho, es incapaz de arrepentirse. La razón es que, dado que no percibe sus acciones como pecaminosas, no siente la necesidad de arrepentirse. Así, continuará viviendo una vida de pecado contra Dios. Debido a que trata el pecado con tanta indiferencia, llevará una existencia impía, alejada de la gracia de Dios. Es más, vivirá con un corazón tan endurecido que, a pesar de cometer innumerables pecados, no sentirá absolutamente ningún remordimiento de conciencia. Si tal mujer habita en un hogar, ¿qué será, entonces, de esa casa?

Finalmente, dirijamos nuestra atención hacia la mujer sabia que edifica su hogar. Por favor, observen la primera parte del texto de hoy, Proverbios 14:1: «La mujer sabia edifica su casa…». ¿Quién es, en verdad, esta mujer sabia que edifica su hogar?

En primer lugar, la mujer sabia que edifica su casa camina con rectitud, pues teme a Dios.

Observen la primera parte del texto de hoy, Proverbios 14:2: «El que camina en su rectitud teme al SEÑOR…». La mujer sabia que edifica su casa teme a Dios. La razón de ello es que el temor del Señor es el principio —el fundamento mismo— de la sabiduría (1:7). Y la mujer sabia que teme a Dios camina con rectitud. ¿Cómo, entonces, conduce su vida de fe esta mujer sabia que camina con rectitud por reverencia a Dios? El Dr. Park Yoon-sun delineó unas cinco características: (1) Incluso al realizar tareas cotidianas, teme a Dios para evitar cometer pecado; (2) Vive piadosamente en privado y se mantiene vigilante en la oración; (3) Se abstiene de pecar incluso en su corazón; (4) Durante los tiempos de paz y prosperidad, se muestra aún más temerosa y cautelosa, no sea que se aleje del Señor; y (5) En situaciones difíciles, ella no recurre a medidas desesperadas simplemente para escapar de su apuro, sino que, por el contrario, mantiene su integridad. Así pues, la mujer sabia que camina con honestidad por reverencia a Dios nunca trata el pecado a la ligera ni con indiferencia (v. 9). Por el contrario, precisamente porque teme a Dios, considera el pecado con la máxima seriedad (v. 9). En consecuencia, cada vez que peca contra Dios, simultáneamente cobra conciencia de su pecado y lo confiesa a Dios, ofreciendo arrepentimiento. Por lo tanto, Dios extiende Su gracia a aquella mujer que camina con honestidad por reverencia a Él (v. 9). En otras palabras, esto significa que Dios acepta de buen grado a la mujer que camina con honestidad por reverencia a Él, siempre que ella se arrepiente de sus pecados y regresa a Él (Walvoord). ¿Qué otra cosa podría ser esto sino la gracia de Dios? (8:35) Amigos, si observamos Proverbios 31:30 —un pasaje que conocemos bien—, la Biblia habla de la mujer que teme a Dios de esta manera: «Engañosa es la gracia, y vana la hermosura; mas la mujer que teme a Jehová, esa será alabada». Una mujer sabia que teme a Dios recibe alabanza tanto de Dios como de las personas, porque se conduce con integridad. A través de una mujer así, que teme a Dios, Él edifica nuestros hogares y nuestras iglesias.

En segundo lugar, la mujer sabia que edifica su casa tiene conocimiento en sus labios.

Por favor, observemos el texto de hoy: Proverbios 14:7: «Apártate del hombre necio, pues no hallarás conocimiento en sus labios». Dado que la mujer sabia teme a Dios, se muestra humilde tanto ante Él como ante las personas. Es más, precisamente por ser humilde, no solo escucha con atención la voz de Dios, sino que también recibe con humildad el consejo y la instrucción de los sabios, lo cual le facilita la adquisición de conocimiento (v. 6). Incluso acepta con humildad las reprensiones de los justos. De hecho, considera la reprensión de una persona sabia como una gracia (Sal. 141:5). Por consiguiente, acoge con agrado las reprensiones de los sabios. La razón de ello es que sabe cómo aprovechar dichas reprensiones en su propio beneficio. ¿Cómo logra que las reprensiones de los sabios resulten beneficiosas para ella misma? Lo hace permitiendo que tales reprensiones contribuyan a aumentar su propio aprendizaje (Prov. 1:5; 9:9). Observemos Proverbios 9:9: «Da instrucción al sabio, y se hará aún más sabio; enseña al justo, y aumentará su saber». Así pues, la mujer sabia —que posee la humildad suficiente para acrecentar su saber— no atrae sobre sí la vara mediante su hablar, como sí lo hace la mujer soberbia (14:3). Por el contrario, se preserva a sí misma por medio de sus labios (v. 3). En otras palabras, la mujer sabia guarda sus labios con el fin de ser una bendición para los demás: habla cuando es oportuno hablar y guarda silencio cuando es oportuno callar. En consecuencia, ella misma cosecha también el beneficio (Park Yun-sun). El Dr. Park Yun-sun afirmó: «Una persona sabia, dado que ama a los demás, no los calumnia, sino que más bien los cubre (1 Pedro 4:8). Por consiguiente, los demás, a su vez, la protegen con sus palabras» (Park Yun-sun). Además, como testigo fiel (Proverbios 14:5), da testimonio de la Palabra de Dios con labios rebosantes de conocimiento. A través de una mujer sabia como esta —cuyos labios poseen conocimiento—, Dios edifica tanto a la familia como a la Iglesia, el cuerpo del Señor. En tercer lugar, la mujer sabia que edifica su casa es diligente.

Observemos el texto de hoy, Proverbios 14:4: «Donde no hay bueyes, el pesebre está limpio; mas por la fuerza del buey se obtiene mucha ganancia». Naturalmente, si no hay bueyes, el pesebre permanece limpio. Sin embargo, sin bueyes, no hay fuerza para cultivar los campos. Por lo tanto, sin bueyes, no se puede recoger una cosecha abundante en la agricultura. En

consecuencia, la mujer sabia invierte su dinero para comprar un buey e invierte su tiempo para alimentarlo, lavarlo y cuidarlo; al trabajar diligentemente junto al animal, asegura una cosecha abundante. Al leer la Biblia, observamos que Dios, con el fin de enseñar a las personas la necesidad de la diligencia, cita específicamente al buey entre todos los animales. Por ejemplo, en Deuteronomio 25:4, la Escritura declara: «No pondrás bozal al buey cuando trilla». Así, el Dr. Park Yun-sun comentó: «El "buey" es un símbolo de fidelidad y diligencia». En otras palabras, la mujer sabia es fiel y diligente. Ella trabaja —y trabaja diligentemente— para que a su «casa no le falte nada» (Proverbios 31:11). Según Proverbios 31:13–18, la Biblia describe a la mujer virtuosa como aquella que «busca lana y lino, y con gusto trabaja con sus manos» (v. 13); se levanta antes del amanecer para proveer alimento a su casa y asignar tareas a sus siervas (v. 15); ciñe su cintura con fuerza y fortalece sus brazos (v. 17); y, al darse cuenta de que su comercio es rentable, no deja que su lámpara se apague por la noche (v. 18). Además, la Biblia afirma que ella «vigila los asuntos de su casa y no come el pan de la ociosidad» (v. 27). En consecuencia, sus hijos se levantan y la llaman bienaventurada, y su esposo la alaba (v. 28). A través de una mujer tan sabia y diligente, Dios edifica tanto a la familia como a la iglesia.

En cuarto y último lugar, la mujer sabia que edifica su hogar conoce su camino. Por favor, consideren el texto de hoy, Proverbios 14:8: «La sabiduría del prudente consiste en reflexionar sobre sus caminos; la necedad de los insensatos es el engaño». Una mujer insensata no teme a Dios; más bien, lo ignora. Por consiguiente, no busca la voluntad de Dios ni transita por el camino que Él desea. En su lugar, sigue sus propios caprichos y su propia voluntad, recorriendo cualquier sendero que ella, personalmente, desee tomar. En última instancia, esto solo sirve para poner al descubierto su propia insensatez. La razón de ello es que vive como si Dios no existiera (Salmos 53:1). Es más, esto no constituye otra cosa que autoengaño. Esto se debe a que una vida vivida al margen de Dios es una vida vivida al margen de la verdad: una vida de falsedad. Así pues, una mujer insensata que se engaña a sí misma y expone su propia necedad está destinada a derribar su propio hogar. Por el contrario, una mujer sabia edifica su casa. Ante todo, ella conoce el camino que debe seguir.

Discierne la voluntad de Dios para su vida y vive en conformidad con esa voluntad divina. En otras palabras, una mujer sabia comprende con claridad la labor a la que ha sido llamada —una labor que se alinea con la voluntad de Dios— y la lleva a cabo con fidelidad (1 Corintios 7:17) (Park Yun-sun). Un aspecto de esa voluntad divina es, precisamente, este: edificar su propio hogar y, asimismo, edificar la casa de Dios: la iglesia. Al reconocer esta voluntad del Señor, la mujer sabia permanece fiel a Él y se esfuerza con diligencia por cumplir Sus propósitos, todo ello mientras... Con reverencia y humildad, vivimos en conformidad con la voluntad del Señor. A través de una mujer sabia como esta, el Señor edifica Su casa.

Me gustaría dar por concluida esta meditación sobre la Palabra. Cuando piensan en una mujer sabia que edifica su hogar, ¿quién les viene a la mente de entre los personajes de la Biblia? En mi caso, la figura que acude a mi mente es Rut, la mujer moabita que encontramos en el Libro de Rut. La Biblia describe a esta mujer moabita, Rut, como una «mujer de excelencia» (Rut 3:11). En cierto sentido, la familia de Rut había sufrido una pérdida inmensa: su suegro Elimélec había muerto, su esposo Mahlón había muerto, su cuñado Quilión había muerto y su cuñada Orfa había abandonado a la familia; las únicas que quedaban eran la propia Rut y su suegra viuda, Noemí. Sin embargo, a pesar de ser una mujer gentil, Rut siguió a su suegra Noemí hasta la tierra de Judá —específicamente a Belén—, donde trabajó diligentemente en los campos de Booz y, con el tiempo, llegó a casarse con él. Tras su matrimonio, tuvieron un hijo llamado Obed, quien se convirtió en el abuelo del rey David. Así, al final, el nombre de Rut —junto con el de Booz— quedó registrado en la genealogía de Jesús. ¡Qué gracia tan verdaderamente asombrosa y grandiosa es esta! Al reflexionar sobre esta gracia, estoy convencido de que Rut fue, en efecto, una mujer de excelencia y una mujer de verdadera sabiduría. Además, fue una mujer que buscó la gracia con fervor (2:10), una mujer de obediencia (3:5–6) y una mujer que demostró un amor inquebrantable (3:10). A través de Rut, el Señor estableció la casa de Booz; a través de esa casa, Él finalmente propició el nacimiento del Mesías —Jesús— en este mundo; y a través de Jesús, Él estableció la Iglesia. Y ahora, el Señor desea edificar Su

cuerpo —la Iglesia Presbiteriana Victory— a través de ti y de mí. Por lo tanto, debemos esforzarnos por ser personas de sabiduría. Sabios... Dado que los cristianos reverencian a Dios, se conducen con integridad. Además, los cristianos sabios poseen conocimiento en sus labios. Los cristianos sabios son diligentes. Es más, los cristianos sabios disciernen su camino y llevan a cabo fielmente la obra que se les ha encomendado: una obra que se alinea con la voluntad del Señor. Que todos nosotros lleguemos a ser cristianos tan sabios que, de esta manera, edifiquemos la casa del Señor.

Una mujer noble

[Proverbios 31:10–31]

Aún lo recuerdo, aunque de manera algo vaga. Fue hace mucho tiempo; había ido a una residencia estudiantil en una universidad del sur de California para reunirme con alguien, y recuerdo haber visto en la sala de estar un cuadro enmarcado que exhibía un pasaje bíblico —Proverbios 31:10–31— bordado en inglés bajo el título «Una mujer noble». En aquel momento, pensé para mis adentros que ese hermano soltero debía de anhelar casarse con una hermana que encarnara a la «mujer noble» descrita en Proverbios 31. Es probable que no sea el único con este deseo. Si no todos y cada uno de los hermanos solteros que creen en Jesús, ciertamente una gran mayoría de ellos sueña con encontrar a la «mujer noble» descrita en Proverbios 31:10–31 para que sea su futura esposa. En este contexto, la frase «mujer noble» se traduce literalmente como «una mujer de fortaleza» o «una mujer de capacidad»; se refiere a una mujer que posee la habilidad práctica para mantener virtudes morales y un comportamiento decoroso (Park Yun-sun).

Personalmente, siempre había asumido que el concepto de una «mujer noble» aparecía únicamente en Proverbios 31. Sin embargo, en algún momento alrededor del año 2009, mientras leía el Libro de Rut, descubrí que Rut 3:11 también habla de una «mujer noble»: «Y ahora, hija mía, no temas. Haré por ti todo lo que pidas, pues toda la gente de mi pueblo sabe que eres una mujer noble» [(Biblia Coreana Contemporánea) «Ahora, no tengas temor alguno. Concederé cada petición que has hecho. El hecho de que seas una mujer noble es algo que todos los residentes de nuestro pueblo ya saben»]. Estas palabras fueron

pronunciadas por Booz, un hombre judío, a Rut, una mujer moabita; Booz señaló que toda la gente del pueblo reconocía a Rut como una mujer de carácter noble. En consecuencia, medité sobre este pasaje —reflexionando sobre qué clase de mujer debía de ser Rut para que tanto Booz como los habitantes del pueblo la reconocieran como una mujer de tal virtud— e identifiqué tres características clave:

En primer lugar, Rut era una mujer que buscaba fervientemente la gracia. En otras palabras, una mujer de carácter noble es aquella que anhela la gracia de Dios.

Boaz extendió su gracia a Rut; al recibirla, Rut confesó que no lograba comprender por qué él mostraría tal favor y preocupación hacia alguien como ella: una simple extranjera (2:10). En medio de este intercambio, habiendo recibido consuelo y escuchado de parte de Boaz palabras que alegraron su corazón, Rut declaró: «Permítame seguir hallando favor a sus ojos, mi señor» (2:13). Incluso llegó a decir que no era digna de ser contada ni siquiera entre una de las siervas de Boaz (v. 13). Así, Rut —una mujer de carácter noble— buscó humildemente la gracia de Boaz.

Mientras meditaba en este pasaje, llegué a darme cuenta —aunque fuera tenuemente— de que yo mismo debo esforzarme primero por convertirme en un «cristiano de carácter noble». Además, recibí la lección de que, para llegar a ser tal cristiano, debo anhelar aún más profundamente la gracia de Dios. Cuando reflexiono de esta manera, el versículo que acude a mi mente es Romanos 5:20: «…Pero donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia». Deseo alcanzar una comprensión cada vez más profunda de la gracia de Dios, incluso en medio de mis propios pecados; pecados que quedan continuamente al descubierto ante la presencia de un Dios santo. Cuando eso suceda, no podré evitar hacer la misma confesión que el salmista: «Oh SEÑOR, ¿qué es el hombre para que te acuerdes de él, o el hijo del hombre para que te preocupes por él?» (Salmos 144:3). Es más, a medida que vaya tomando conciencia gradualmente de la abundancia de la gracia de Dios, me sentiré impulsado a orar —muy al estilo de Rut, quien confesó: «¿Por qué he hallado favor a tus ojos, para que te fijes

en mí, siendo yo extranjera?» (Rut 2:10), y del apóstol Pablo, quien confesó: «Soy el primero de los pecadores» (1 Timoteo 1:15)— diciendo: «Señor, yo soy el primero de los pecadores; ¿por qué, entonces, me concedes una gracia tan grande?». La razón de esto es que la gracia que Dios extiende a alguien como yo —el primero de los pecadores— es sencillamente abrumadora y está totalmente más allá de la comprensión humana. En ese momento, no tendré otra opción que humillarme ante el Señor. Así, tal como Rut le dijo a Booz: «Señor mío... no soy ni siquiera como una de tus siervas» (Rut 2:13), y tal como el Hijo Pródigo le dijo a su padre: «Padre, he pecado contra el cielo y ante ti, y ya no soy digno de ser llamado tu hijo» (Lucas 15:21), yo también me veré impulsado a confesarle al Señor: «Dios, no soy digno ni siquiera de ser contado como uno de Tus siervos (Rut 2:13). Soy el primero de los pecadores; por lo tanto, soy indigno de ser considerado por Ti como precioso y honorable» (Isaías 43:4).

En segundo lugar, Rut fue una mujer de obediencia. En otras palabras, una mujer virtuosa obedece la Palabra de Dios.

Rut fue una nuera que obedeció las palabras de su suegra, Noemí. Fue una nuera que llevó a cabo fielmente todo lo que Noemí le instruyó hacer (Rut 3:5–6). Creo que, debido a que Rut era una mujer que reconocía la gracia de Dios —y, es más, una que anhelaba profundamente una gracia aún mayor—, poseía un corazón y una actitud de obediencia arraigados en la humildad. Así, Rut obedeció el mandato de su suegra con un corazón sencillo, sin plantear objeción alguna. En su obediencia, incluso cuando su suegra Noemí le dio instrucciones —diciendo: «Báñate, perfúmate y ponte tus mejores ropas; luego baja a la era. Sin embargo, no dejes que él te note hasta que haya terminado su cena. Fíjate bien dónde se acuesta; una vez que se haya dormido, ve a sus pies, descúbrelos y acuéstate allí. Él entonces te dirá lo que debes hacer»—, Rut respondió: «Haré todo tal como me has dicho». Fiel a su palabra, ella realmente «descendió a la era aquella noche e hizo todo tal como su suegra le había instruido» (Rut 3:3–6). De esta manera, Rut —una mujer de carácter noble— obedeció a su suegra, Noemí.

Al meditar en este pasaje, recibo una lección: para llegar a ser un cristiano de carácter noble, debo llegar a comprender plenamente la abundante gracia de Dios y, empoderado por esa misma gracia, obedecer Su Palabra. Cuando reflexiono sobre esto, el versículo que me viene a la mente es 1 Corintios 15:10: «Pero por la gracia de Dios soy lo que soy; y su gracia para conmigo no resultó vana; al contrario, trabajé más arduamente que todos ellos —aunque no yo, sino la gracia de Dios que estaba conmigo». La razón por la que este versículo me viene a la mente es que el apóstol Pablo, por la gracia de Dios, «trabajó más arduamente que todos ellos». En otras palabras, aquel que progresivamente llega a conocer la gracia de Dios con mayor profundidad no solo está destinado a volverse cada vez más humilde —[«Yo soy el más pequeño de los apóstoles…» (v. 9); «A mí, el más pequeño de todos los santos, se me concedió esta gracia…» (Ef 3:8); «…el primero de los pecadores» (1 Ti 1:15)]—, sino que también está destinado a volverse cada vez más obediente a la Palabra de Dios. Así, al cumplir la misión que recibió del Señor —la de dar testimonio del Evangelio—, consideró su propia vida como algo sin valor alguno (Hch 20:24). Por lo tanto, al continuar mi vida de fe —profundizando cada vez más mi comprensión de la gracia de Dios—, yo también deseo humillarme y rebajarme aún más, obedeciendo la Palabra del Señor y sometiéndome incluso hasta la muerte, tal como lo hizo Jesús (Fil 2:8).

En tercer y último lugar, Rut fue una mujer que practicó la bondad amorosa. En otras palabras, una mujer virtuosa es aquella que extiende la bondad amorosa.

Rut, habiendo obedecido la instrucción de su suegra Noemí —levantar las mantas a los pies de Booz y acostarse allí después de que él se hubiera acomodado (Rut 3:4, 7)— fue descubierta por Booz cuando este despertó sorprendido en medio de la noche. Entonces Booz habló a Rut, diciendo: «…Que el SEÑOR te bendiga, hija mía. Esta bondad es mayor que la que mostraste anteriormente: no has ido tras los hombres más jóvenes, sean ricos o pobres» (v. 10). Así pues, Rut fue una mujer que supo practicar la bondad amorosa.

Al meditar en este pasaje, me doy cuenta de que, para llegar a ser un cristiano virtuoso, debo saborear y anhelar continuamente la gracia de Dios, y hacerlo cada vez con mayor profundidad. Fortalecido por esa gracia, debo obedecer la Palabra de Dios para que mi amor por el Señor crezca progresivamente hasta alcanzar su plenitud, superando incluso el amor que sentí cuando creí por primera vez en Jesús. Mientras reflexionaba sobre esto, me vino a la mente un himno en particular: «Más amor a Ti, oh Cristo» (*New Hymnal*, n.º 314). Su letra dice: «...Esta es la oración que elevo: Más amor a Ti, oh Cristo; ¡más amor a Ti!» (v. 1); «Esta es la oración que elevo: Más amor a Ti, oh Cristo; ¡más amor a Ti!» (vv. 2, 3). Deseo vivir conforme a esta letra, haciendo que el anhelo más profundo de mi corazón sea amar al Señor cada vez más. Por ello, oro para que, cuando el Señor pose su mirada en mí, vea a alguien que —por el poder de la gracia de Dios— le ama ahora incluso más de lo que le amaba cuando depositó por primera vez su fe en Jesús.

Una mujer virtuosa es aquella que anhela la gracia de Dios con una profundidad cada vez mayor, obedece la Palabra de Dios con una fidelidad creciente y ama a Dios con una devoción en constante aumento. Tal mujer virtuosa es más preciosa que las perlas (Proverbios 31:10, *Modern English Version*). ¿Alguna vez ha escuchado el dicho: «La perla es una joya nacida del dolor»? Recientemente aprendí —a través de un artículo en línea— por qué la perla es descrita de esta manera. «Mientras una ostra se ocupa de diversas actividades de supervivencia —tales como alimentarse y respirar—, objetos extraños, como granos de arena o pequeños insectos, pueden introducirse en su cuerpo y alojarse profundamente en su carne. Para superar este dolor, se dice que la ostra comienza a segregar continuamente una sustancia. Desde el momento en que el objeto extraño entra y sobreviene una agonía insoportable, comienza una lucha por preservar su vida; a medida que la secreción se deposita capa tras fina capa, esta "cristalización del dolor" va tomando forma gradualmente. Debido a que es una gema que crece en tamaño y adquiere mayor lustre cuanto más es herida —a medida que la secreción fluye para recubrir la lesión—, a la perla se la conoce como la "joya del dolor". Además, cuanto más grueso es el nácar —es decir, la capa de secreción—, más exquisito se vuelve su lustre; de hecho, tanto el lustre

como el grosor se consideran factores cruciales para determinar la calidad de una perla. Una perla que posee una capa gruesa de nácar y está libre de imperfecciones es precisamente lo que constituye una "perla de la más alta calidad"» (Fuente: Internet). Así, al relatar una parábola referente al Reino de los Cielos, Jesús declaró en Mateo 13:46: «Al encontrar una perla de gran valor, se fue, vendió todo lo que tenía y la compró». Las perlas son, en efecto, objetos de un valor tan extremo que uno podría vender todas sus posesiones solo para adquirir una. Sin embargo, en Proverbios 8:11, la Biblia afirma: «Porque la sabiduría es mejor que las perlas, y todo lo que puedas desear no se puede comparar con ella» (tal como se traduce en la *Modern Man's Bible*: «La sabiduría es mejor que las perlas y no puede compararse con ninguna otra cosa en el mundo»). Esto demuestra cuán preciosa, importante y valiosa es verdaderamente la sabiduría.

No obstante, en el pasaje de hoy —Proverbios 31:10—, la madre del rey Lemuel le dice a su hijo, el rey Lemuel, que «una mujer (o esposa) virtuosa es aún más preciosa que las perlas». ¡Qué madre tan sabia es ella! Creo que la madre de Lemuel —quien instruye a su amado hijo Lemuel acerca de una mujer (o esposa) virtuosa, que es más rara, valiosa y preciosa que las perlas— es, en todo sentido, una madre verdaderamente sabia. Por alguna razón, sospecho que el motivo por el cual la madre de Lemuel instruyó a su hijo sobre esta mujer virtuosa —que es más preciosa que las perlas— fue que ella esperaba que su hijo buscara y hallara a una mujer virtuosa así para tomarla por esposa. Entonces, ¿cuál es exactamente el valor de esta mujer virtuosa —a quien la madre del rey Lemuel consideraba más preciosa que las perlas— y qué clase de mujer es ella, en una palabra? Por favor, observemos el pasaje de hoy, Proverbios 31:29: «Muchas mujeres hacen cosas nobles, pero tú las superas a todas» (tal como aparece en la *Modern Man's Bible*: «Hay muchas mujeres excelentes en el mundo, pero tú eres la más grande entre ellas»). …y la alaba». El valor de una mujer virtuosa —que es más preciosa que las perlas (v. 10)— es, a los ojos de su esposo (v. 28), «muy superior al de todas las demás mujeres» (v. 29). Por lo tanto, el esposo alaba a su virtuosa esposa, diciendo: «Hay muchas mujeres excelentes en el mundo, pero tú eres la más grande entre ellas» (v. 29; *Modern People's Bible*). Además, la Biblia afirma que sus hijos «se

levantan y la llaman bienaventurada» —o, como lo expresa la *Modern People's Bible*: «Sus hijos se sienten agradecidos por su madre»— refiriéndose a esta mujer virtuosa (v. 28). ¿Cómo, entonces, puede uno encontrar a una mujer así? En efecto, si observamos la primera mitad del versículo 10 del texto de hoy —donde la madre del rey Lemuel pregunta: «¿Quién puede hallar a una mujer virtuosa?»— nos quedamos preguntándonos: ¿*Quién* puede hallar a una mujer así, y *cómo* puede ser hallada? El Dr. Park Yun-sun ofreció esta reflexión: «Aquellos que buscan meramente la belleza física encontrarán difícil toparse con una mujer tan capaz. Solo aquellos que buscan mediante la oración a Dios encontrarán a una mujer tan capaz». «Tal esposa es un regalo de Dios» (Park Yun-sun). En este mismo sentido, citó dos pasajes bíblicos: «El que halla esposa halla el bien y alcanza el favor del Señor» (18:22), y «La casa y las riquezas son herencia de los padres, pero la esposa prudente viene del Señor» [(Biblia Coreana Contemporánea: «Las casas y las propiedades se heredan de los padres, pero una esposa prudente es un regalo dado por el Señor»)] (19:14).

Al observar el texto de hoy —Proverbios 31:10—, vemos a la madre del rey Lemuel dirigiéndose a su hijo, el rey Lemuel (v. 1): «¿Quién podrá hallar una mujer virtuosa? Porque su valor supera con creces al de los rubíes» [«¿Quién podrá hallar una esposa virtuosa? Ella es más preciosa que los rubíes» (Biblia Coreana Contemporánea)] (v. 10). Centrándome en el pasaje de hoy —Proverbios 31:10–31— y bajo el título «La mujer virtuosa», me propongo reflexionar sobre unos seis puntos clave con el fin de recibir las lecciones que Dios nos ofrece a través de este texto.

En primer lugar, una mujer virtuosa inspira confianza en su esposo.

Por favor, dirijan su mirada al pasaje bíblico de hoy, Proverbios 31:11–12: «El corazón de su esposo confía en ella, y no le faltarán ganancias. Ella le hace bien, y no mal, todos los días de su vida» [(Versión en Inglés Contemporáneo) «Su esposo confía plenamente en ella, y tendrá todo lo que necesita. Ella le hace bien —nunca mal— durante todo el tiempo que vive»]. A menudo parece como si viviéramos en un mundo donde no hay nadie

verdaderamente digno de confianza. Hay tantas personas que, tras depositar su confianza en otros, terminan decepcionadas y profundamente heridas. En consecuencia, muchas personas se muestran reacias a depositar su confianza en cualquiera con demasiada precipitación. Incluso dentro de los matrimonios, los cónyuges a menudo no logran depositar su confianza plena el uno en el otro. Por el contrario, parece que muchas parejas albergan sospechas mutuas. Da la impresión de que un gran número de cónyuges se preocupan —y se preguntan— si su esposo o esposa podría estar teniendo una aventura con otra persona. En particular, reconstruir la confianza con un cónyuge que previamente ha roto ese vínculo mediante la infidelidad constituye un desafío verdaderamente monumental. Por lo tanto, vivimos actualmente en un mundo donde ni siquiera podemos depositar nuestra plena confianza en las mismas personas que amamos. En un mundo de tanta desconfianza, ¿cómo debemos responder nosotros —como cristianos—? Debemos esforzarnos por construir un cimiento de confianza profundo y sólido con aquellos a quienes amamos. Específicamente, debemos cultivar un sentido profundo de confianza con nuestro cónyuge: la pareja que Dios mismo ha traído a nuestras vidas. ¿Cómo, entonces, debemos proceder para lograr esto? Me gustaría explorar esta cuestión a través de cuatro puntos clave:

(1) Para construir un cimiento profundo de confianza con las personas que amamos, el primerísimo paso consiste en depositar nuestra confianza en Dios.

La razón fundamental por la cual los seres queridos no logran confiar los unos en los otros es, precisamente, que carecen de confianza en Dios. Por ejemplo, una pareja que no deposita su confianza en Dios será incapaz de confiar el uno en el otro. La razón de esto es que solo podemos depositar nuestra confianza en nuestro amado cónyuge —una relación horizontal— cuando existe confianza en nuestra relación vertical con Dios. Por lo tanto, lo primero que debemos hacer para construir una confianza profunda con la persona que amamos es depositar nuestra confianza en Dios.

(2) Para construir una confianza profunda con la persona que amamos, debemos extenderle nuestra confianza, haciéndolo a partir de nuestra propia confianza en Dios.

Aquellos que se aman mutuamente deben depositar su confianza el uno en el otro porque depositan su confianza en Dios. Cuanto más confían en Dios, más capaces son de confiar el uno en el otro. Si bien la confianza mutua es esencial, quienes mantienen una relación amorosa deben extender su confianza a su pareja en primer lugar, en lugar de simplemente esperar recibir confianza a cambio. En vez de retener la confianza hasta que la pareja parezca «digna de confianza» —es decir, hasta que parezca haberse ganado ese derecho—, debemos extender nuestra confianza a nuestro ser amado incluso cuando parezca carecer de tales cualidades, haciéndolo debido a nuestra propia confianza en Dios. Así como el amor de Dios es incondicional, nosotros debemos amar a nuestra pareja incondicionalmente. Y si verdaderamente estamos amando de manera incondicional, también debemos extender nuestra confianza a nuestra pareja incondicionalmente. Si, en la realidad, sufriéramos una traición a manos de nuestro amado cónyuge, una pareja centrada en Dios mirará hacia Jesús —quien a su vez fue traicionado por su propio pueblo— y se apoyará en Él, superando así su lucha interna. E incluso en medio de tal turbulencia, el cónyuge traicionado perdonará a quien lo traicionó, haciéndolo mediante el poder del amor de Dios. Si bien esto puede parecer imposible cuando se observa a través del prisma del entendimiento humano, se vuelve totalmente posible si depositamos nuestra confianza en Dios. Dios es plenamente capaz de hacerlo posible. Confiando en ese Dios, debemos extender nuestra confianza a la persona que amamos.

(3) Para depositar nuestra confianza en la persona que amamos, debemos ser tan veraces con ella como lo somos con Dios.

Aquellos que se aman mutuamente deben esforzarse por ser cristianos auténticos. Además, deben ser honestos. No deben decir falsedades el uno al otro. No deben incurrir en actos de engaño mutuo. Deben ser veraces no solo ante Dios, sino también en su trato entre sí. El

estándar de veracidad que deben mantener el uno ante el otro es tal que puedan decir genuinamente: «Dios es mi testigo» (Fil. 1:8). Dios ve todo lo que hacemos. Es más, Dios conoce cada pensamiento que albergamos. Por lo tanto, así como somos veraces ante Dios, también debemos ser veraces ante la persona que amamos.

(4) Para construir confianza con la persona que amamos, debemos reconocer nuestras faltas y buscar su perdón siempre que hayamos cometido una ofensa contra ella. Además, debemos comprometernos a un cambio personal.

Si hemos engañado a la persona que amamos o le hemos dicho mentiras, debemos buscar su perdón. Debemos confesarle nuestros pecados con total franqueza y honestidad. Asimismo, no solo debemos prometerle que nunca repetiremos la misma ofensa, sino que también debemos demostrar ese compromiso a través de nuestras acciones. Por el contrario, cuando la persona que amamos busca nuestro perdón por una falta que ha cometido contra nosotros, debemos concedérselo. Sin embargo, al perdonarla, no debemos guardar rencor ni llevar un registro mental de las ofensas que nos ha hecho durante un periodo prolongado (1 Co. 13:5). Así como Dios, «conforme a [Su] gran misericordia… borra [nuestras] transgresiones» (Sal. 51:1), nosotros debemos borrar por completo de nuestros corazones el recuerdo de sus ofensas. Debemos entonces comprometernos a amarla con el amor inmutable de Dios. También debemos renovar nuestro compromiso de depositar nuestra confianza en la persona que amamos. En lugar de permitir que nuestra relación —la cual es susceptible a la fragilidad humana— se deteriore, deberíamos verla como una oportunidad de transformación dentro del contexto de nuestra fe en el Señor. Por consiguiente, debemos esforzarnos por crecer junto a la persona que amamos, cimentados en el Señor. Debemos ser edificados como personas maduras.

Al observar el pasaje bíblico de hoy —Proverbios 31:11-12— vemos que la madre del rey Lemuel (el autor de esta sección de Proverbios) habló específicamente sobre la «mujer

virtuosa» a su hijo, Lemuel. Ella comenzó preguntando: «¿Quién hallará a una mujer virtuosa? Porque su valor es muy superior al de las piedras preciosas» (v. 10), y luego procedió a describirla con detalle: «El corazón de su marido confía plenamente en ella; por tanto, no le faltarán ganancias. Ella le hace bien y no mal todos los días de su vida» [(Biblia Coreana Contemporánea) «Porque el marido de tal mujer confía en su esposa, y nada le faltará. Tal mujer le hace bien a su marido todos los días de su vida y nunca le hace daño»]. La madre del rey Lemuel le dijo a su amado hijo, el rey Lemuel, que un marido que tiene por esposa a una mujer virtuosa —una cuyo valor es mayor que el de las piedras preciosas, o de hecho más valioso que todos los tesoros del mundo (según Park Yun-sun)— deposita su confianza en ella. En otras palabras, el marido de una mujer tan virtuosa tiene plena confianza en ella. ¿Por qué deposita tal confianza en su virtuosa esposa? ¿Cuál es la razón? Creo que la razón inmediata se encuentra en el versículo 12: «Ella le hace bien y no mal todos los días de su vida» [(Biblia Coreana Contemporánea) «Tal mujer le hace bien a su marido todos los días de su vida y nunca le hace daño»] (v. 12). Es decir, la razón por la que el marido de la mujer virtuosa confía en ella es que ella «le hace bien y no mal» a él «todos los días de su vida». Amigos, ¿qué piensan ustedes de una esposa que, a lo largo de toda su vida —durante todos los días que vive—, solo le hace el bien a su marido y nunca le hace daño? Al reflexionar sobre este pasaje, considero que una mujer virtuosa es una «buena mujer» —alguien que realiza activamente buenas obras— y, además, debido a que le hace el bien a su marido durante toda su vida, la considero una «mujer fiel». En consecuencia, su marido deposita su confianza en su virtuosa esposa. Más allá de las razones citadas en el cercano versículo 12, busqué una explicación más fundamental de por qué el marido de una mujer virtuosa confía en ella, hallándola en el versículo 30 del texto de hoy: «Engañosa es la gracia y vana la hermosura; mas la mujer que teme al SEÑOR, esa será alabada». En otras palabras, la razón por la que el esposo de una mujer virtuosa confía en ella es que ella es una «mujer sabia»: alguien que teme a Dios. Una mujer tan sabia y virtuosa, que teme a Dios, aborrece el mal (8:13). Es más, dicha mujer no solo aborrece el mal, sino que también ama lo bueno (Amós 5:15). Asimismo, una mujer que teme a Dios —alguien que le pertenece a Él— no imita lo malo, sino que emula lo bueno, haciendo así lo correcto (3 Juan 1:11). Personalmente, a

menudo aconsejo a mis amados hijos que, cuando llegue el momento de casarse, el carácter de su futuro cónyuge es de suma importancia. Y el rasgo de carácter específico que les recalco es la «integridad». He aconsejado a mis hijos que desconfíen de aquellos que dicen mentiras. La razón por la que he enfatizado ante mis hijos la importancia de la integridad en el carácter es que, mientras oran y buscan un cónyuge, mi deseo más profundo es que encuentren a una persona verdaderamente digna de confianza.

Hermanos y hermanas, nosotros —la Iglesia— debemos esforzarnos por ser una novia digna de la confianza de nuestro Esposo, Jesús. En otras palabras, la Iglesia —la novia del Señor— debe ser una comunidad de creyentes considerada digna de confianza a los ojos de su Esposo, Jesús. Para lograr esto, la Iglesia del Señor debe continuar haciendo lo que es bueno a la vista de su Esposo, Jesús —y abstenerse estrictamente de hacer el mal— hasta el mismo momento de su partida de esta tierra. En este contexto, que la Iglesia "haga el bien" a la vista de su Esposo, Jesús, significa cumplir la buena voluntad de Dios (Romanos 12:2) aquí en la tierra, viviendo como aquellos que fueron "creados en Cristo Jesús para buenas obras" (Efesios 2:10). Por lo tanto, oro para que nuestra iglesia llegue a ser una comunidad que inspire total confianza en nuestro Esposo, Jesús.

En segundo lugar, una mujer virtuosa trabaja con diligencia.

Hermanos y hermanas, incluso después del matrimonio, debemos continuar realizando esfuerzos diligentes para asegurar que nuestro amado cónyuge siga sintiéndose atraído por nosotros. Estos esfuerzos deben abarcar no solo el atractivo físico, sino también el carácter personal. Y dentro del ámbito del carácter personal, creo que la sinceridad —esa clase de sinceridad que inspira confianza en el cónyuge— es de suma importancia; esto hace eco de la lección que aprendimos anteriormente en los versículos 11 y 12: "Primero, una mujer virtuosa inspira confianza en su esposo". En resumen, uno de los aspectos clave del carácter personal que una pareja debe esforzarse por cultivar conjuntamente es la sinceridad que

fomenta la confianza mutua. En medio de estos esfuerzos compartidos, creo que existe otra cualidad que una pareja debe procurar con diligencia: la "diligencia" misma.

Al mirar retrospectivamente el Libro de Proverbios —sobre el cual hemos meditado semanalmente durante nuestras reuniones de oración de los miércoles desde hace ya bastante tiempo— observamos que el autor de Proverbios aborda con frecuencia los temas de la pereza frente a la diligencia. Por ejemplo, con respecto a la pereza, el escritor de Proverbios afirma en Proverbios 6:10 y 24:33: "Un poco de sueño, un poco de cabeceo, un poco de cruzar las manos para descansar". Una persona tan perezosa no se limita a decir: «Déjame dormir un poco más, déjame dormitar un poco más, déjame cruzarme de brazos y recostarme un poco más»; de hecho, procede a dormir, dormitar y recostarse. En otras palabras, la persona perezosa no logra despertarse a la hora señalada, posponiéndolo para más tarde. Además, la persona perezosa no trabaja durante el tiempo designado para la labor, postergándola hasta después. Sin embargo, en lugar de culpar a su propia pereza, culpa a otras cosas: a las circunstancias, a otras personas, y demás. En resumen, la persona perezosa está mal equipada para asumir responsabilidades. ¿Cuál es el resultado? Observemos Proverbios 6:11 y 24:34: «Tu pobreza vendrá como un ladrón, y tu necesidad como un hombre armado». ¿Qué significa esto? Significa que, para la persona perezosa, una pobreza ineludible viene en camino; una pobreza que llega tal como una víctima es abrumada y dominada por un ladrón (24:33) (MacArthur). Un punto interesante se encuentra en Proverbios 24:30; allí, el escritor de Proverbios menciona que pasó por allí y observó el campo del «perezoso» y la viña del «hombre falto de juicio». Aquí, el escritor de Proverbios emplea «el perezoso» y «el hombre falto de juicio» como sinónimos. Es decir, una persona perezosa es, por definición, una persona que carece de juicio. Y en este contexto, «el hombre falto de juicio» —si se traduce de la Biblia en inglés al coreano— conlleva el significado específico de «aquel que carece de discernimiento» o «aquel que carece de juicio sensato». ¿Cuál es, entonces, este juicio específico del que carece la persona perezosa? Creo que es la capacidad de establecer prioridades. En otras palabras, la persona perezosa carece del juicio necesario para discernir qué debe hacerse primero y qué debe hacerse después. Por

ejemplo, Jesús dijo: «Mas buscad primeramente su reino y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas» (Mateo 6:33). Sin embargo, en tiempos del profeta Hageo, el pueblo de Israel estaba ocupado construyendo sus propias casas antes de atender a la casa de Dios (Hageo 1:4, 9). Permitieron que el Templo —la casa de Dios— permaneciera en ruinas, mientras ellos se preocupaban únicamente por construir sus propias y lujosas viviendas. Sus prioridades estaban completamente equivocadas. En consecuencia, Dios infligió un castigo sobre el pueblo de Israel. ¿En qué consistió este castigo? Observemos Hageo 1:6 y la primera parte del versículo 9: «Sembráis mucho, pero recogéis poco. Coméis, pero nunca os saciáis. Bebéis, pero nunca quedáis satisfechos. Os vestís, pero no entráis en calor. Ganáis un salario, solo para ponerlo en una bolsa con agujeros» (v. 6); «Buscasteis mucho, pero obtuvisteis poco. Cuando lo trajisteis a casa, yo lo disipé…» (v. 9a). ¿Qué significa esto? Dios hizo que una hambruna (sequía) azotara los cultivos del pueblo de Judá (Hag. 1:11), haciendo así que su cosecha fuera escasa (vv. 6, 9) (Park Yun-sun). En última instancia, esto significa que cuando no buscamos primero el reino de Dios y su justicia, Dios permite que una sequía aflija nuestras finanzas, dejándonos en la indigencia. En otras palabras, si no ponemos nuestras prioridades en orden ante los ojos de Dios, estamos destinados a terminar en la pobreza. Así pues, la persona perezosa, al carecer de sabiduría, no atiende las tareas que deben realizarse en primer lugar y, como resultado, se empobrece. Por ello, el autor de Proverbios afirma en Proverbios 6:6: «Ve a la hormiga, perezoso; considera sus caminos y sé sabio». ¿Cuál es la razón de esto? ¿Por qué debe un perezoso ir a la hormiga, observar sus acciones y adquirir sabiduría? ¿Acaso este mismo pasaje no implica que un perezoso es, de hecho, más necio que una hormiga? En efecto, ¿cuál es la sabiduría que se supone que el perezoso debe aprender de la hormiga? Hay dos puntos (según Park Yun-sun):

(1) Las hormigas trabajan con diligencia, de manera voluntaria y cooperativa, incluso en ausencia de un supervisor.

Observemos Proverbios 6:7: «No tiene comandante, ni supervisor, ni gobernante». El perezoso debería acudir a las hormigas —las cuales trabajan con diligencia y de manera

voluntaria, cooperando entre sí con un espíritu de ayuda mutua, incluso sin la presencia de una hormiga supervisora—, observarlas atentamente y adquirir sabiduría.

(2) Las hormigas realizan preparativos anticipados para el futuro.

Observe Proverbios 6:8: «Almacena sus provisiones en el verano y recoge su alimento en el tiempo de la cosecha». La Biblia exhorta a aquellos que se quedan cortos incluso en comparación con la hormiga a acudir a ella y aprender la sabiduría de realizar preparativos anticipados para el futuro. En Proverbios 30:25, la Biblia describe de manera similar a la hormiga como «la hormiga: criatura de poca fuerza, que, sin embargo, almacena su alimento en el verano», refiriéndose a las hormigas que preparan su comida con antelación durante la temporada estival. ¿Por qué preparan las hormigas su alimento para el invierno durante el «verano»? Según el Dr. Park Yun-sun, el verano es la temporada de cosecha en la región de Palestina. Por lo tanto, es durante este tiempo cuando las hormigas recolectan el alimento que consumirán durante los meses de invierno (Park Yun-sun). De este modo, las hormigas realizan preparativos anticipados durante la temporada de cosecha para asegurar el alimento que necesitarán a lo largo de todo el invierno. Por favor, consideren el pasaje de hoy, Proverbios 31:13–19: «Busca lana y lino, y trabaja con manos diligentes. Es como los barcos mercantes, que traen su alimento desde lejos. Se levanta cuando aún es de noche; provee alimento para su familia y porciones para sus siervas. Examina un campo y lo compra; con sus ganancias planta una viña. Se entrega a su trabajo con vigor; sus brazos son fuertes para sus tareas. Ve que su comercio es rentable, y su lámpara no se apaga por la noche. En su mano sostiene la rueca y con sus dedos empuña el huso» [(Biblia Coreana Contemporánea) «Busca lana y lino y trabaja con diligencia; cual barco mercante, trae alimento desde lejos. Se levanta temprano, antes del amanecer, para preparar el desayuno a su familia y asignar tareas a sus siervas. Sale a inspeccionar un campo, lo examina detenidamente y luego lo compra; con el dinero que ha ganado, establece una viña. Es siempre fuerte y diligente, trabajando con gran celo. Reconoce que su labor es rentable, y trabaja hasta entrada la noche, hilando hilo y tejiendo telas con sus propias manos»]. Este

pasaje habla sobre la labor de una mujer virtuosa; en resumen, transmite que una mujer virtuosa posee la «belleza del trabajo»: la belleza de gestionar sus asuntos con diligencia (Park Yun-sun). El Dr. Park Yun-sun esbozó aproximadamente tres formas en las que la mujer virtuosa gestionaba sus asuntos con diligencia:

(1) La mujer virtuosa se dedica a la producción de textiles (telas/paños).

Por favor, observemos el pasaje bíblico de hoy: Proverbios 31:13, 18 y 19: «Busca lana y lino, y trabaja con manos diligentes... Ve que su mercancía es rentable, y su lámpara no se apaga por la noche; extiende sus manos hacia el huso, y sus dedos sostienen la rueca» [(Biblia Coreana Contemporánea) «Busca lana y lino y trabaja diligentemente... Se da cuenta de que su trabajo es rentable y labora hasta altas horas de la noche, haciendo girar personalmente la rueda para extraer hilo y tejer tela»]. La mujer virtuosa se dedica a una industria a pequeña escala; específicamente, a una manufactura de pequeña envergadura realizada dentro del hogar, utilizando sus propias manos y herramientas sencillas. Por ejemplo, al observar el versículo 13 del pasaje de hoy, vemos que la mujer virtuosa «busca lana y lino, y trabaja con manos diligentes». El versículo 19 (en la Biblia Coreana Contemporánea) afirma que, en su labor, ella «hace girar personalmente la rueda para extraer hilo y teje tela». Además, la Biblia nos dice (en el versículo 18) que ella utiliza estos materiales para el «comercio»; al darse cuenta de que su negocio está prosperando, trabaja hasta altas horas de la noche —tan tarde, de hecho, que ni siquiera apaga su lámpara. Al reflexionar sobre este pasaje, sentí que sería beneficioso para las esposas de los hogares actuales emular a esta mujer virtuosa: valorando las artesanías hechas en casa y participando en industrias productivas a pequeña escala. Especialmente en un mundo como el nuestro hoy en día, creo que vivimos en una era en la que las esposas ciertamente pueden gestionar diversos negocios productivos a pequeña escala desde el hogar, ya sea a través de artesanías caseras o mediante el uso de computadoras e Internet. Esto significa que existen oportunidades de negocio a pequeña escala disponibles para las esposas, las cuales pueden emprenderse incluso mientras cuidan de sus hijos y administran el hogar. Creo que sería una iniciativa

maravillosa que cada esposa identifique el trabajo que desea realizar dentro de su hogar —de acuerdo con sus talentos únicos— y lo emprenda diligentemente como una iniciativa empresarial.

(2) Una mujer virtuosa administra bien su vida doméstica. Observemos el texto de hoy, Proverbios 31:14–15a: «Es como las naves mercantes, que traen su alimento desde lejos. Se levanta cuando aún es de noche y provee alimento para su casa» [(Modern People's Bible) «Como naves mercantes, trae alimento desde lejos; levantándose temprano antes del amanecer, prepara el desayuno para su familia»]. Personalmente, creo que una hermana en Cristo que es celosa en su vida eclesiástica, pero descuida su vida hogareña, está viviendo una fe desequilibrada. Esto es especialmente cierto si su esposo es un incrédulo que no cree en Jesús; en tal caso, considero que su descuido de la vida hogareña constituye una violación de la instrucción bíblica que se encuentra en 1 Pedro 3:1: «Esposas, de la misma manera, sométanse a sus propios esposos para que, si alguno de ellos no cree en la palabra, pueda ser ganado sin palabras por la conducta de sus esposas» [(Modern People's Bible) «Esposas, sométanse a sus esposos. Así, incluso si un esposo no cree en la palabra del Señor, puede ser llevado a creer en Dios al observar sus acciones —no a través de palabras, sino a través de su conducta práctica»]. Actualmente, muchas esposas que creen en Jesús —pero tienen esposos incrédulos— son celosas en su vida eclesiástica, mientras descuidan su vida hogareña. Puede que estén sirviendo como ejemplos dentro de la iglesia, pero están fallando en ser ejemplos dentro de sus propios hogares. Considero que esta es una vida cristiana desequilibrada. ¿Qué se debe hacer, entonces? Una esposa sabia sirve como ejemplo no solo dentro de la iglesia, sino —lo que es más importante— dentro de su propio hogar. Sirve como ejemplo dentro de su hogar al someterse a su esposo incrédulo tal como se sometería al Señor. El Dr. Park Yun-sun afirmó lo siguiente: «Un esposo incrédulo puede llegar a darse cuenta de la veracidad del Evangelio y convertirse al observar la fe de su esposa. Esto constituye proclamar el Evangelio de Dios a través de las propias acciones. Si nuestro testimonio verbal del Evangelio no va acompañado de una vida virtuosa, permanece sin poder» (Park Yun-sun). Una esposa sabia no limita su testimonio del

Evangelio únicamente a las palabras. Ella nunca se limita a decirle a su esposo incrédulo: «Vamos a la iglesia». Por el contrario, demuestra la autenticidad del Evangelio sometiéndose a su esposo tal como se sometería al Señor. Ella revela a Jesucristo a través de la manera en que vive su vida. En consecuencia, el Señor la utiliza como instrumento para obrar también la salvación de su esposo incrédulo.

En el pasaje bíblico de hoy —Proverbios 31:14–15a— encontramos a la madre del rey Lemuel describiendo a la «mujer virtuosa» a su hijo, el rey Lemuel. Ella afirma que esta mujer es «como los barcos mercantes, que traen su alimento desde lejos», y que «se levanta cuando aún es de noche y provee alimento para su casa». Lo que podemos discernir aquí con respecto a la mujer virtuosa es que ella procura provisiones para su familia —incluso desde lugares distantes— y las trae a casa. Además, las provisiones que trae desde lejos no son meramente alimento ordinario, sino más bien alimento de la más alta calidad (MacArthur). El Dr. Park Yun-sun comentó: «Su objetivo al adquirir provisiones de lugares distantes es obtener bienes de alta calidad a un precio asequible. De esta manera, gestiona el suministro de alimentos de su hogar con gran agilidad». ¿Acaso no deberían nuestras esposas poseer esta misma agilidad? Esto se aplica no solo a la gestión del suministro de alimentos del hogar, sino a la administración general de la casa; las esposas virtuosas deben ejercer sabiduría en la gestión de sus finanzas, evitando el despilfarro y, por el contrario, buscando y adquiriendo bienes de calidad a precios económicos. Si, en cambio, una familia despilfarrara sus recursos gastando dinero de manera suntuosa y sin restricciones, ¿qué sería de ese hogar? De hecho, en el pasaje de hoy —Proverbios 31:27— la madre del rey Lemuel, autora de esta sección de Proverbios, describe a la «mujer virtuosa» como aquella que «vigila los asuntos de su casa y no come el pan de la ociosidad» [(Versión en Inglés Contemporáneo) «Ella vigila los asuntos de su casa y no come el pan de la ociosidad»]. La mujer virtuosa atiende diligentemente sus deberes domésticos y se gana su sustento mediante el trabajo arduo. Así pues, la Biblia nos dice que la mujer virtuosa no solo busca y adquiere productos de alta calidad para su familia a precios razonables —incluso si para ello debe buscar en lugares lejanos—, sino que también «se levanta cuando aún es de

noche… para preparar alimento para su familia» (v. 15a, *Contemporary English Version*). Imagino que, particularmente durante los primeros días del matrimonio, es bastante común que el esposo salga hacia el trabajo después de haber disfrutado de un desayuno preparado por su esposa. Por supuesto, no asumo que este sea el caso para todas las parejas de recién casados. Sospecho que muchos recién casados, desde el mismo comienzo, o bien se preparan sus propios desayunos de manera independiente, o bien se saltan con frecuencia la comida matutina por completo. Especialmente en el mundo actual, donde las parejas con dos fuentes de ingresos son la norma, reconozco que no es tarea fácil para una esposa preparar el desayuno específicamente para su esposo. Esto representa un desafío aún mayor para la esposa en un hogar con niños pequeños, ya que debe preparar el desayuno no solo para su esposo, sino también para sus hijos. No obstante, el pasaje de hoy —Proverbios 31:15— afirma que la mujer virtuosa «se levanta cuando aún es de noche… para preparar alimento para su familia». Con respecto a este versículo, el Dr. Park Yun-sun ofreció el siguiente comentario: «…Ella misma prepara y sirve las comidas a su familia. La mesa familiar se prepara así con gran esmero y devoción: un lugar donde residen la calidez y la alegría de la vida familiar». Esto significa que una mujer virtuosa, por amor a su familia, se levanta temprano por la mañana con un corazón alegre para preparar el desayuno. En otras palabras, atiende diligentemente sus deberes domésticos.

(3) Una mujer virtuosa desarrolla su empresa.

Por favor, diríjanse al texto de hoy, Proverbios 31:15b–19: «…asigna tareas a sus siervas; inspecciona un campo y lo compra, y con las ganancias de sus propias manos planta una viña; ciñe su cintura con fuerza y fortalece sus brazos; percibe que su mercancía es rentable, y su lámpara no se apaga por la noche; extiende sus manos hacia la rueca, y sus dedos sujetan el huso» [(La Biblia para la Gente Moderna) «…ella asigna tareas a sus siervas, sale a inspeccionar un campo, lo considera detenidamente y luego lo compra; con el dinero que ha ganado, establece una viña, manteniéndose siempre fuerte, diligente y trabajadora. Ella reconoce que su trabajo es rentable, labora hasta altas horas de la noche y personalmente

hace girar la rueda para extraer hilo y tejer tela»]. A partir de estos versículos, podemos ver que la mujer virtuosa no se limitaba a realizar las tareas domésticas y a dedicarse a la manufactura a pequeña escala ella sola; más bien, trabajaba junto a sus siervas, a quienes asignaba deberes específicos. Dado que esta mujer virtuosa instruía a sus siervas sobre qué tareas debían realizar, esto sugiere que poseía una forma distintiva de capacidad de liderazgo. Además, al observar que ella «inspecciona un campo y lo compra, y con las ganancias de sus propias manos planta una viña» (v. 16), creo que ella reunía el dinero obtenido de su manufactura a pequeña escala dentro del hogar y luego —tras «reflexionar profundamente» (como señala Park Yoon-sun)— compraba una viña y la cultivaba ella misma. Esto demuestra que la mujer sabia y virtuosa es diligente no solo en la administración de los asuntos de su hogar, sino también en la conducción de sus propios emprendimientos comerciales, expandiendo así continuamente su empresa. El Dr. Park Yoon-sun lo expresó de esta manera: «Ella se esfuerza por exportar sus productos a lugares distantes con el fin de aumentar sus ingresos, desarrollando y haciendo avanzar de este modo su empresa (vv. 17–19)». Una mujer virtuosa de tal índole posee una sólida competencia financiera, una capacidad arraigada en su diligencia (Park Yun-sun). [(Versículo 17, *La Biblia para la gente moderna*) «Ella es siempre fuerte y diligente, trabajando con gran celo».] En consecuencia, «ella percibe que su trabajo es provechoso, y trabaja hasta altas horas de la noche» (Versículo 18, *La Biblia para la gente moderna*). Creo que una de esas iniciativas provechosas es precisamente lo que se describe en el Versículo 24 del texto de hoy: «Ella confecciona prendas de vestir y cinturones, y los vende a los mercaderes» (Versículo 24, *La Biblia para la gente moderna*). Al observar cómo las mujeres jóvenes de hoy venden ropa en línea, creo que es totalmente factible que una mujer sabia y virtuosa dirija diligentemente un negocio en línea —vendiendo artículos como ropa— mientras, simultáneamente, administra los asuntos de su hogar con excelencia.

Queridos amigos, una mujer sabia y virtuosa discierne si sus acciones son provechosas o improductivas. Por lo tanto, se abstiene de involucrarse en actividades fútiles y, en su lugar, persigue iniciativas provechosas con celo y diligencia. Además, una mujer virtuosa

caracterizada por la diligencia posee perspicacia financiera. En consecuencia, ahorra el dinero que gana y lo gasta con prudencia; mediante su labor diligente, desarrolla y expande su empresa. Nuestra iglesia —la Esposa de Jesús, nuestro Esposo— debería ser exactamente así. Debemos discernir qué es verdaderamente provechoso a los ojos de Dios y, con celo y diligencia, llevar a cabo la obra del Señor para expandir Su Reino.

En tercer lugar, una mujer virtuosa extiende su ayuda a los pobres y a los necesitados.

Hace algún tiempo (el 8 de mayo de 2018), encontré y leí un artículo en la edición en línea del *Korea Daily* (JoongAng Ilbo) titulado: «Siete de cada diez cristianos ayudan a sus vecinos pobres». Según el artículo en cuestión, la organización encuestadora Barna Research publicó recientemente un informe titulado «3 razones para tener esperanza respecto a la pobreza global». Según Barna Research, siete de cada diez cristianos practicantes (75%) respondieron que han «proporcionado alimentos a personas pobres o a familias de bajos ingresos». Aquí, por «cristianos practicantes» se entiende a «miembros de la iglesia que participan regularmente en actividades religiosas y afirman vivir activamente su fe en su vida cotidiana». El informe señala que «los cristianos mostraron tasas de respuesta más altas que la población adulta general en todas las categorías, incluyendo: "donaron artículos tales como ropa, muebles o dinero (72% frente al 64% de los adultos en general)"; "apartaron un tiempo específico para orar por los pobres (62% frente al 33%)"; "se ofrecieron como voluntarios para ayudar a residentes de bajos ingresos en su comunidad local (47% frente al 29%)"; "se ofrecieron como voluntarios en una organización de servicio dentro de los EE. UU. (39% frente al 24%)"; y "viajaron al extranjero para ayudar a los pobres (10% frente al 6%)"». Barna Research identificó las siguientes razones para mantener la esperanza con respecto a la resolución de los problemas de pobreza: ▶ Los cristianos practicantes participan en una amplia gama de actividades caritativas, tanto dentro de los EE. UU. como a nivel mundial; ▶ Las personas que creen que la participación activa es necesaria para resolver la pobreza también tienden a mostrar un interés significativo en

otros problemas sociales; y ▶ Aquellos que mantienen la esperanza de erradicar la pobreza tienden a participar más activamente en la búsqueda de soluciones (Fuente: Internet). En el pasaje de hoy, Proverbios 31:20, la madre del rey Lemuel describe a la mujer virtuosa ante su hijo, el rey Lemuel, de esta manera: «Extiende sus manos al necesitado y alarga sus manos al pobre» [(Versión Coreana Moderna) «Ella ayuda a los pobres y a los desafortunados»]. Aquí, la frase «alarga sus manos» significa «enviar amablemente ayuda material incluso a los pobres que se encuentran lejos» (Matthew Henry, Park Yun-sun). Esto implica que la mujer virtuosa no solo extiende una amable asistencia a los pobres de su entorno inmediato, sino que también envía ayuda caritativa a aquellos que están distantes. ¿Por qué ofrece una asistencia tan amable no solo a los pobres cercanos, sino también a los que están lejos? Creo que la razón es que posee un corazón que siente compasión por los pobres. En otras palabras, debido a que la mujer virtuosa alberga un corazón de misericordia hacia los desposeídos, les extiende una amable asistencia.

Personalmente, cada vez que reflexiono sobre este «corazón de compasión», no puedo olvidar los escritos de Henri Nouwen sobre la «compasión». Él explicó que la palabra hebrea original para «compasión» es *rachamim*, un término que se refiere específicamente al «vientre» de Yahvé (Dios). En consecuencia, mientras buscaba en internet información sobre el «vientre», descubrí tres características distintas del mismo; procedí entonces a establecer una comparación entre estas tres características y la compasión de Dios:

(1) Así como un vientre no rechaza la «materia extraña», sino que la acoge, Dios Padre no nos rechaza a nosotros —pecadores como somos—, sino que nos acepta y recibe con gracia.

(2) Así como un vientre acepta la penetración de los vasos sanguíneos placentarios para proveer los nutrientes necesarios para que la placenta crezca, Dios Hijo —Jesús— acepta incluso la «penetración del pecado» dentro de nosotros, los pecadores; es decir, al cargar personalmente con el peso de nuestros pecados, Él nos proveyó el «Pan de Vida» a través de su muerte en la Cruz. Por lo tanto, para todo aquel que deposita su fe en Jesús —quien

es este Pan—, Él interviene ahora para bloquear la «penetración del pecado», cortando así el «canal del pecado» para que este ya no pueda contaminar todo el cuerpo y el alma de la persona.

(3) Además, así como el revestimiento uterino previene la muerte natural de las células mientras un bebé crece en el vientre —y así como el propio vientre se vuelve más delgado y blando durante las etapas finales del embarazo para asegurar que el feto pueda moverse libremente contra la pared abdominal de la madre—, Dios Espíritu Santo nos capacita para llevar una vida espiritual vibrante, permitiéndonos movernos y actuar con total libertad dentro del Señor.

Así pues, aquellos que poseen un corazón de tal compasión realizarán actos de caridad para ayudar a los pobres y a quienes enfrentan dificultades, haciéndolo en obediencia a las palabras de Jesús que se encuentran en Mateo 6:2–4: «Por tanto, cuando des a los necesitados, no lo anuncies con trompetas, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles, para ser honrados por los demás. En verdad les digo que ellos...» «...ellos ya han recibido su recompensa. Pero cuando des a los necesitados, no dejes que tu mano izquierda sepa lo que hace tu mano derecha, para que tu acto de dar sea en secreto. Entonces tu Padre, que ve lo que se hace en secreto, te recompensará». Un punto interesante es que aquellos que muestran misericordia no solo realizan actos de caridad dando a los pobres, sino que también ofrecen oraciones a Dios. En otras palabras, una persona que muestra misericordia hacia los pobres demuestra amor por su prójimo mediante actos de caridad, al tiempo que mantiene una vida de oración fiel en su relación con Dios. Por esta razón, en Mateo 6, después de hablar sobre «dar a los necesitados» en los versículos 2 al 4, Jesús pasó a hablar sobre la «oración» en los versículos 5 al 15. Un excelente ejemplo de esto es Cornelio, un hombre piadoso descrito en el capítulo 10 de Hechos. Observemos Hechos 10:2: «Era un hombre piadoso y temeroso de Dios, junto con toda su familia; daba limosnas generosamente al pueblo y oraba a Dios constantemente». Y, por medio de un ángel, Dios habló a Cornelio, diciéndole: «Le dijo: "¡Cornelio! Dios ha

escuchado tu oración y se ha acordado de tus actos de caridad"» (Versículo 31). En resumen, esto significa que el tipo de piedad que Dios recuerda consiste tanto en la oración como en los actos de caridad.

En el pasaje de hoy —Proverbios 31:20—, la mujer virtuosa trabaja con diligencia (v. 13) y se afana con laboriosidad (v. 17) para expandir la empresa de su hogar (vv. 15b–19); sin embargo, no se limita a proveer alimento para su amada familia dentro de su propia casa (v. 14), sino que también extiende su mano para ayudar y brindar alivio a los pobres y necesitados de entre sus vecinos. Al reflexionar sobre esta mujer virtuosa, la considero una «persona rica y sabia». La razón es que una persona rica y sabia teme al Señor (Prov. 22:4; 31:30) y trabaja con diligencia; además, con una actitud humilde, comprende la difícil situación de los pobres (29:7), siente compasión por ellos (Sal. 72:13) y les brinda ayuda y alivio (Prov. 28:27; 31:20). Tal persona rica y sabia no se vuelve altiva de espíritu, ni deposita su esperanza en las riquezas —las cuales son inherentemente inciertas—, sino que pone su confianza únicamente en Dios, quien nos provee generosamente todas las cosas para que las disfrutemos. Es más, la persona rica y sabia es un individuo generoso que hace el bien, abunda en buenas obras y se deleita en compartir con los demás (1 Tim. 6:17–19). La Biblia, en Proverbios 28:27, afirma que aquellos que brindan alivio a los pobres no sufrirán escasez: «El que da a los pobres no tendrá falta, pero el que cierra sus ojos ante ellos tendrá muchas maldiciones». Por el contrario, la Biblia —específicamente en Proverbios 11:24— declara: «Uno da con generosidad, y se enriquece aún más; otro retiene lo que debería dar, y solo sufre escasez».

Oro para que nuestra iglesia llegue a ser una iglesia que practique la benevolencia, tal como lo hizo la Iglesia en Antioquía. Cuando sus hermanos judíos sufrían a causa de una severa hambruna, la Iglesia en Antioquía —con cada miembro contribuyendo voluntariamente según sus propios recursos económicos— recolectó una ofrenda de ayuda y la envió, por medio de Bernabé y Pablo, a los ancianos de la Iglesia en Jerusalén (Hechos 11:29–30). Si nuestra iglesia, siguiendo el ejemplo de Antioquía, brindara apoyo tanto material como

espiritual —no solo a nuestros vecinos inmediatos, sino también a iglesias que atraviesan dificultades en lejanos campos misioneros— edificando así la iglesia del Señor y levantando a obreros preciosos cuyos sueños están centrados en el Señor, ¿acaso no sería esta la imagen misma de la hermosa Novia —la Iglesia— desposada con su Esposo, Jesús?

En cuarto lugar, una mujer virtuosa no se preocupa.

Queridos amigos, actualmente vivimos en un mundo repleto de innumerables razones para preocuparse. En un mundo donde cada día está cargado de diversas ansiedades, nosotros —como creyentes— sabemos que debemos echar todas nuestras ansiedades sobre el Señor, tal como se nos ordena en 1 Pedro 5:7; sin embargo, a menudo fallamos en confiar toda nuestra carga de preocupaciones al Señor, quien cuida de nosotros. No obstante, tal como Jesús instruyó en Lucas 12:22 y 29, no debemos preocuparnos ni angustiarnos por lo que comeremos o beberemos para sustentar nuestras vidas, ni por lo que vestiremos para cubrir nuestros cuerpos. ¿Cuál es la razón de esto?

(1) La primera razón es que: «¿Quién de ustedes, por mucho que se preocupe, puede añadir una sola hora a su vida?» (Versículo 25). ¿De qué sirve nuestra preocupación? Debemos abstenernos de preocuparnos, pues ello no ofrece ayuda ni beneficio de ninguna clase. Es algo que, sencillamente, no podemos lograr.

(2) La segunda razón es que somos incapaces de realizar «incluso la más pequeña de las tareas» (v. 26). No logro comprender por qué nos preocupamos por «otros asuntos también», cuando ni siquiera podemos gestionar «cosas tan triviales» (v. 26, *Modern People's Bible*).

(3) La tercera razón es que «todas estas son cosas que los incrédulos se esfuerzan por obtener» (Mateo 6:32, *Modern People's Bible*).

(4) La cuarta razón es que nuestro «Padre sabe muy bien que ustedes [nosotros] necesitan todas estas cosas» (Lucas 12:30, *Modern People's Bible*). Dado que Dios Padre sabe exactamente lo que necesitamos, no deberíamos preocuparnos; sin embargo, nos preocupamos, una y otra vez. La razón de esto es que somos «personas de poca fe» (v. 28). Debido a que somos personas de poca fe, nos preocupamos —tanto hoy como mañana— por lo que comeremos para sustentar nuestras vidas y por lo que vestiremos para cubrir nuestros cuerpos (v. 22).

¿Qué debemos hacer, entonces? Debemos considerar a los cuervos (v. 24). Debemos observar las aves del cielo (Mateo 6:26). Aún lo recuerdo con claridad. Durante un reciente retiro conjunto de nuestro ministerio en inglés —celebrado en las montañas—, una mañana me senté en una silla en el porche trasero de nuestro alojamiento. Mientras observaba a las aves volar de un lado a otro, posarse en los árboles y alzar el vuelo nuevamente, me vinieron a la mente las palabras de Mateo 6:26: «Miren las aves del cielo; no siembran ni cosechan ni almacenan en graneros, y sin embargo su Padre celestial las alimenta. ¿No son ustedes mucho más valiosos que ellas?». Así pues, mientras observaba a esas aves y meditaba en esa Escritura por un momento, se me ocurrió este pensamiento: «Si mi Padre celestial cuida incluso de las aves, ¿cómo podría Él dejar de cuidarme a mí, alguien a quien considera mucho más precioso, valioso y digno de honra que a ellas?». En efecto, a lo largo de mi vida hasta el día de hoy, mi Padre celestial ha cuidado de mí; Él me ha provisto mi pan de cada día —y lo ha provisto tan abundantemente— que ni una sola vez he pasado hambre por falta de alimento. Además, mi Padre celestial me ha provisto de vestimenta, asegurándose de que nunca tuviera que andar desnudo por falta de algo que ponerme. Por el contrario, Dios me ha permitido vivir disfrutando de una abundancia de comida y ropa, mucho más de lo que merezco. Sin embargo, a pesar de todo esto, todavía me encuentro preocupándome por diversas cosas. En mis relaciones con los demás, me preocupa qué decir y cómo decirlo. También me inquietan los asuntos mundanos, preguntándome cómo podría complacer a mi esposa. Me preocupo y siento ansiedad por cuestiones concernientes a la iglesia. Me preocupa que algunos miembros de la congregación puedan apartarse de la iglesia o

incluso apartarse de Jesús. Por encima de todo, me preocupa que yo mismo pueda caer presa de las tentaciones de Satanás. Así, mi corazón se ha embotado a causa de las «ansiedades de la vida»; y, al enfrascarme en tales «preocupaciones mundanas», permito que la Palabra de Dios sea ahogada, impidiendo así que yo llegue a dar fruto alguno. Aunque sé que no debería ser de este modo, sigo preocupándome por toda clase de cosas hasta el día de hoy. Me inquietan no solo las preocupaciones del presente, sino también los acontecimientos del mañana —el futuro—, que ni siquiera han sucedido aún. A mí, en este estado, el Señor me dirige estas palabras: «Por tanto, no os preocupéis por el mañana, porque el mañana…» …ni os angustiéis; pues cada día tiene bastante con sus propios problemas» (Mateo 6:34).

Por favor, consideren el texto de hoy: Proverbios 31:21–22: «No teme la nieve por su familia, pues todos ellos están vestidos de escarlata. Ella confecciona cubiertas para su cama; «Está vestida de lino fino y púrpura» [(Versión en Inglés Contemporáneo) «Ella ha preparado ropa abrigada para vestir a toda su familia, por lo que no se preocupa ni siquiera cuando llega el invierno»]. [«Ella adorna su dormitorio bellamente y viste prendas encantadoras de lino fino y túnicas de púrpura»]. Basándose en este pasaje, la Biblia nos dice que la mujer virtuosa vestía a los miembros de su hogar de escarlata —hasta tal punto que no tenía necesidad de preocuparse por ellos—, mientras que ella misma vestía prendas de lino fino y púrpura. En este contexto, tanto las prendas escarlata como las púrpuras se consideraban atuendos costosos (según el *Bible Knowledge Commentary*). De esto podemos discernir que la mujer virtuosa vivía de una manera que aseguraba que los miembros de su familia no sufrieran privaciones, sino que, por el contrario, vivieran en abundancia. Con este fin, la mujer virtuosa trabajaba diligentemente (v. 13) y desarrollaba su empresa doméstica (vv. 15b–19), asegurando así que los miembros de su familia nunca tuvieran que preocuparse por su sustento (vv. 21–22). Su éxito fue tal que su esposo —quien depositaba su plena confianza en su virtuosa esposa— podía decir que «nada le faltaba» (v. 11; *Modern People's Bible*). En última instancia, la razón por la que la mujer virtuosa no tenía motivos para preocuparse por los miembros de su hogar era que supervisaba diligentemente sus asuntos

domésticos, asegurando que su familia nunca enfrentara inseguridad financiera [«Ella vigila los asuntos de su hogar y no come el pan de la ociosidad» (v. 27; *Modern People's Bible*)]. Así pues, nuestro texto de hoy —Proverbios 31:25 (*Modern People's Bible*)— declara: «Está vestida de fortaleza y dignidad, y no tiene preocupaciones acerca del futuro».

Hermanos, no nos inquietemos. En particular, nosotros, los padres, no debemos manifestar nuestras preocupaciones delante de nuestros hijos. La razón es que, cuando los padres exhiben sus ansiedades ante sus hijos, estos terminan poniéndose ansiosos también. En su lugar, deberíamos mostrar a nuestros hijos lo que significa encomendar todas nuestras preocupaciones al Señor por medio de la oración. Aunque nuestra fe sea débil —e incluso si no llegamos al extremo de ocultar o negar nuestras inquietudes delante de nuestros hijos—, aun así, y en conformidad con las Escrituras, debemos mostrarles que estamos depositando todas nuestras cargas en el Señor. Hace unos cuatro años (en 2015), experimenté un momento de gracia: comprendí que Dios, plenamente consciente de mi fe endeble y de mis ansiedades, había provisto exactamente lo que yo necesitaba, y lo hizo de una manera que jamás habría podido anticipar. En aquel instante, vislumbré —por pequeña que fuera esa visión— la profundidad con la que Dios Padre me ama, y le ofrecí mi más sincero agradecimiento. Me observé entonces a mí mismo y vi a una persona que, a pesar de saber que debía vivir por fe en cada momento, seguía intentando vivir en función de lo que sus ojos podían ver; en lugar de esperar con quietud y fe —orando y aguardando la obra de Dios—, me apoyaba en mi propio entendimiento, actuaba impulsivamente, intentaba predecir los resultados y permitía que la preocupación me consumiera. Ya no deseo vivir de esa manera. Ya no quiero pasar mis días sumido en la ansiedad y la inquietud. Por el contrario, anhelo encomendar todas mis cargas al Señor y vivir una vida de fe. Oro para que cada miembro de nuestra familia eclesial encomiende todas sus preocupaciones, con fe, a Jesús: nuestro Esposo. No nos apoyemos más en nuestro propio entendimiento; en su lugar, depositemos nuestra plena confianza y dependencia en el Señor —nuestro Esposo— y dejemos a un lado toda preocupación.

En quinto lugar: una mujer virtuosa hace posible que su esposo se gane el respeto de los demás.

Hermanos, ¿qué tipo de mujer consideran ustedes que es una esposa sabia? Entre las reflexiones clave recopiladas por una profesora de psicología de la Universidad Femenina de Sungshin —fruto de más de dos décadas de asesoramiento a parejas—, destaca una sección que describe los «Siete deseos de los esposos respecto a sus esposas». El principal de ellos es el anhelo de que sus esposas «les muestren respeto y refuercen su autoestima». Lo que a un esposo le resulta más insoportable es la sensación de ser menospreciado por su esposa. En particular, los esposos se resienten profundamente cuando sus esposas los comparan con otros hombres —específicamente, con los esposos de otras mujeres. Se dice que los puntos de comparación más comunes que las mujeres utilizan al evaluar a sus propios esposos incluyen sus ingresos económicos, los regalos que les hacen, los planes de vacaciones, la manera en que tratan a sus suegros y el grado en que colaboran con las tareas domésticas. El profesor Chae aconseja que, en lugar de intentar modificar el comportamiento de sus esposos comparándolos con otros hombres, las mujeres deberían centrarse en las acciones actuales de sus esposos: reconociendo las cosas que hacen bien y haciendo peticiones específicas respecto a los comportamientos que desean. Me gustaría compartir con ustedes un escrito que redacté el 22 de mayo de 2005, titulado «La esposa sabia»: «Una esposa sabia es aquella que se somete a su esposo; aquella que lo reverencia o respeta. Sin embargo, sospecho que en esta era moderna, términos como "sumisión" o "reverencia" rara vez se encuentran en las relaciones matrimoniales. Aunque la inmutable Palabra de Dios debería aplicarse a nuestros tiempos, que cambian constantemente, me preocupa que muchas parejas cristianas —así como personas solteras— estén ignorando los principios eternos e inmutables de esa Palabra, dejándose arrastrar, en cambio, por las corrientes incontrolables de esta época cambiante. Es deber propio de una esposa someterse a su esposo con reverencia hacia el Señor, tal como se sometería al Señor mismo (Colosenses 3:18); además, su gran llamado divino es ser el instrumento a través del cual un esposo incrédulo pueda hallar la salvación. Sin embargo, temo que muchas esposas hoy

en día no estén cumpliendo fielmente este llamado. Es más, si bien es un acto noble que una esposa respete a su esposo —edificándolo así—, observo que muchas esposas hoy en día tienden a menospreciar a sus esposos. Esto no debe ser así. ¡Oh, esposas sabias, conviértanse en aquellas que edifican hermosamente sus hogares sometiéndose a sus esposos y tratándolos con respeto!».

Por favor, diríjanse al pasaje bíblico de hoy: Proverbios 31:23: «Su esposo es conocido en las puertas de la ciudad, donde se sienta entre los ancianos de la tierra» [(Versión en Inglés Contemporáneo) «Y su esposo también llega a ser conocido como un líder y es tenido en alta estima»]. A partir de este pasaje, podemos discernir que una «mujer virtuosa» es, de hecho, una «mujer sabia»; pues ella realiza una contribución significativa para edificar a su esposo —específicamente al permitirle «sentarse entre los ancianos de la tierra a las puertas de la ciudad» (MacArthur). Quizás se pregunten qué tiene esto de extraordinario; sin embargo, se dice que en aquellos días, la «puerta de la ciudad» era el lugar donde los líderes —ya fuera de una ciudad o de una región provincial— se reunían para dirimir asuntos concernientes a los residentes locales (Job 31:21; Park Yoon-sun). El hecho de que el esposo de esta «mujer virtuosa» se sentara allí, «entre los ancianos de la tierra», significa que no era meramente un ciudadano común, sino que era reconocido como una «figura destacada» (Prov. 31:23; *Modern Man's Bible*). ¿Podría el esposo de esta mujer virtuosa haber ascendido a tal posición de liderazgo sin la ayuda de ella? Su éxito habría sido, sin duda, imposible sin el apoyo de su virtuosa esposa. Por lo tanto, la mujer virtuosa es aquella que ayuda a establecer a su esposo como un hombre que inspira tanto reconocimiento como respeto por parte de los demás (v. 23b). A mis hermanas casadas: ¿cómo se sentirían si se dieran cuenta de que su esposo —al salir al mundo— no solo está alcanzando su propia medida de éxito, sino que también está siendo reconocido y respetado por quienes lo rodean? ¿Acaso no llenaría eso sus corazones de gozo?

Hoy temprano, mientras navegaba por varios sitios web cristianos, me topé con un artículo fascinante. Trataba sobre la esposa del renombrado predicador Charles Spurgeon. El

artículo se titulaba: «3 cosas que no sabías sobre la esposa de Spurgeon». El primero de estos tres puntos señalaba que la esposa de Spurgeon, Susannah, tuvo que aprender algunas lecciones difíciles con respecto al matrimonio. Al convivir con un esposo que cargaba con una inmensa responsabilidad para con el Reino de Dios, la obra del Señor y el ministerio del Evangelio, ella tuvo que aprender —a través de un proceso doloroso— que, como esposa, nunca podría esperar ocupar el primerísimo lugar en el corazón de su esposo. Por lo tanto, ella decidió dedicarse a asegurar que nunca se convertiría en un obstáculo para el ministerio de su esposo en favor del Reino de Dios, ni para su labor al servicio del Señor. En segundo lugar, a través de su propia enfermedad y sufrimiento, la Sra. Susanna llegó a comprender que Dios estaba moldeando su carácter, atrayéndola cada vez más cerca de Él. No solo tuvo que apoyar a su esposo mientras este luchaba contra la depresión y la enfermedad, sino que ella misma padeció graves aflicciones físicas. Sin embargo, se mantuvo firme en la convicción de que Dios estaba forjando su carácter precisamente a través de su quebrantamiento. Es más, creía que su sufrimiento físico servía para conducirla hacia una intimidad más profunda con el Señor. En tercer lugar, la Sra. Susanna estableció un ministerio de alcance global. Organizó una fundación benéfica llamada «The Book Fund» (El Fondo del Libro), a través de la cual distribuyó 3.058 libros de teología y 71.000 ejemplares de diversos textos a pastores necesitados (según fuentes en línea). Creo que fue precisamente por tener una esposa tan sabia —una mujer de una fe tan ejemplar— que su esposo, el pastor Spurgeon, pudo llegar a ser un ministro tan influyente, realizando tantas grandes obras para la iglesia del Señor y para el Reino de Dios. Parafraseando el lenguaje del pasaje bíblico de hoy —Proverbios 31:23—, la virtuosa Sra. Susanna fue quien estableció a su esposo como un ministro digno del respeto y la admiración de incontables personas.

Una mujer virtuosa y sabia no solo respeta a su propio esposo (Ef 6:33), sino que también capacita a su esposo para ganarse el respeto de los demás (Pr 31:23). ¿Cómo, entonces, puede una mujer virtuosa hacer una contribución significativa para ayudar a su esposo a «sentarse a las puertas de la ciudad con los ancianos de la tierra» y establecerlo como un hombre que recibe reconocimiento y respeto de la comunidad? Encontré la respuesta en el

pasaje bíblico de hoy, Proverbios 31:11–12: «El corazón de su esposo confía plenamente en ella; por tanto, no le faltarán ganancias. Ella le hace bien y no mal todos los días de su vida» [(Biblia Coreana Contemporánea) «Porque el esposo de tal mujer confía en su esposa, nada le faltará. Tal mujer le hace bien a su esposo toda su vida y nunca le hace daño»]. Al hacerle el bien a su esposo —y nunca hacerle el mal— a lo largo de toda su vida, una mujer virtuosa cultiva en él un profundo sentido de confianza hacia ella. Por lo tanto, creo que, dado que un esposo que deposita su confianza en una esposa tan virtuosa «nada le faltará» (v. 11, Biblia Coreana Contemporánea), él es capaz —con la ayuda de ella— de «sentarse a las puertas de la ciudad con los ancianos de la tierra» y recibir el reconocimiento (y el respeto) del pueblo (v. 23).

Recientemente encontré y leí un artículo titulado «La esposa que no logra comprender a su esposo; el esposo que hiere con palabras». El artículo sugiere que un esposo experimenta una profunda frustración cuando siente que no está siendo afirmado ni reconocido por su esposa. Continuó observando que, cuando un esposo no recibe de su esposa la fortaleza que necesita para salir al mundo, luchar y triunfar, se desanima y pierde toda su energía. En este contexto, hizo la siguiente afirmación: «Las esposas a menudo no logran darse cuenta —y con frecuencia pasan por alto— la inmensa influencia que ejercen sobre sus esposos» (Internet). Hermanas, deben reconocer la profunda influencia que tienen sobre sus esposos. Creo que la forma más efectiva para que ustedes ejerzan una influencia positiva sobre sus esposos es obedecer la Palabra de Dios. Esa Palabra específica de Dios se encuentra en Efesios 5:33, la cual instruye a la mujer virtuosa a «respetar a su esposo». Por lo tanto, una esposa virtuosa edifica a su marido de tal manera que él se convierte en un hombre digno de respeto también a los ojos de los demás. Queridos amigos, nosotros —la Iglesia, la Novia— debemos respetar a Jesús, nuestro Novio. En consecuencia, debemos conducirnos de una manera que lleve a otros a respetar a Jesús. Para lograr esto, debemos obedecer la Palabra del Señor. Debemos obedecer y, al hacerlo, debemos vivir nuestras vidas en este mundo de una manera digna de la Iglesia: la Novia de Jesús, nuestro Novio. Debemos vivir tal como lo hizo la Iglesia en Antioquía, según se registra en el Libro de los Hechos. Cuando

así lo hagamos, el Señor —nuestro Novio— será honrado y respetado por la gente de este mundo.

Finalmente —y en sexto lugar—, la mujer virtuosa posee una lengua sabia.

Amigos, ¿han escuchado alguna vez el dicho: «Debes manejar tu lengua de tres pulgadas con cuidado»? ¿Qué significa esto? La frase «lengua de tres pulgadas» se refiere a una lengua de aproximadamente 10 centímetros de longitud; significa que las palabras pronunciadas por este pequeño órgano son de una importancia tan crítica que pueden determinar el destino mismo —incluso la vida o la muerte— de una persona. Implica que, aunque la lengua en sí es pequeña (descrita aquí como de «tres pulgadas»), las consecuencias de las palabras que de ella brotan son verdaderamente inmensas. Por favor, miren Santiago 3:5 en la Biblia: «Así también la lengua es una parte pequeña del cuerpo, pero se jacta de grandes cosas. Consideren cómo una pequeña chispa incendia un enorme bosque». Las palabras que brotan de nuestras lenguas pueden infligir inmenso dolor, frustración, decepción y maldiciones a algunos; para otros, pueden traer esperanza, valentía y vida; y en algunos casos trágicos, una sola palabra pronunciada sin pensar puede incluso llevar a una persona a quitarse la vida. Si esto es cierto para todos, ¿cuánto más significativas son, entonces, las palabras que pronunciamos nosotros: cristianos que creemos en Jesús? Es por eso que Proverbios 18:21 nos dice: «La lengua tiene poder sobre la vida y la muerte, y los que aman hablar cosecharán las consecuencias». Al volver la vista atrás hacia Proverbios 15:2 —un pasaje sobre el cual ya hemos meditado—, la Biblia afirma: «La lengua de los sabios imparte conocimiento con acierto, pero la boca de los necios derrama necedad». Centrándome en este versículo, reflexioné sobre cuatro características de la lengua de los sabios:

(1) La lengua de los sabios calma la ira de otra persona.

Observemos la primera parte de Proverbios 15:1: «La respuesta amable calma la ira…». Una persona sabia no responde con enojo cuando la otra persona está airada. Por el contrario,

incluso cuando se enfrenta a la ira ajena, la persona sabia es lenta para ofenderse (v. 18). En tales momentos, sabe exactamente cómo responder al individuo enojado. Esa respuesta consiste en apaciguar la ira de la otra persona mediante una contestación amable. En otras palabras, la persona sabia calma la ira del otro haciendo uso de palabras suaves. Además, una persona sabia trata al individuo enojado con paciencia (25:15). Al hacerlo, la persona sabia utiliza una lengua apacible para persuadir a la otra parte, calmando así la ira que reside en el corazón de esa persona.

(2) La lengua de los sabios imparte conocimiento con acierto.

Observemos la primera mitad de Proverbios 15:2: «La lengua de los sabios imparte conocimiento con acierto...». ¿Qué significa esto? Significa que la lengua de los sabios proclama la Palabra de Dios de manera eficaz (Park Yun-sun). En otras palabras, la lengua de los sabios comunica la Palabra de Dios con destreza, difundiendo así el conocimiento (versículo 7). La razón de ello es que los ojos de los sabios leen la Palabra de Dios, sus oídos buscan el conocimiento (Prov. 18:15) y sus vidas están consagradas a meditar en la Palabra de Dios día y noche (Sal. 1:2). Es decir, dado que la persona sabia medita en la Palabra de Dios día y noche, posee un conocimiento profundo de dicha Palabra y, por consiguiente, es capaz de transmitir ese conocimiento de manera eficaz.

(3) La lengua de los sabios sana las heridas.

Observe la primera parte de Proverbios 15:4: «La lengua apacible es árbol de vida...». Aquí, una «lengua apacible» hace referencia a una «lengua sanadora». En otras palabras, mientras que los labios del necio profieren palabras duras que infligen heridas en el corazón de otro, la lengua del sabio sana esas heridas. ¿Acaso no desearía usted poseer una lengua así? ¿Cómo, exactamente, sana heridas la lengua del sabio? Sana las heridas precisamente al hablar la Palabra de Dios con eficacia (primera parte del versículo 2). Al hablar bien la Palabra de Dios —específicamente mediante palabras apacibles (una respuesta suave)

(primera parte del versículo 1)—, la lengua del sabio trae sanidad a los corazones heridos de los demás. Con respecto a esta «lengua sanadora», el Dr. Park Yun-sun observa que ofrece palabras de verdad y paz, consolando así al oyente, dándole vida e infundiéndole esperanza. Tales palabras se describen como «sazonadas con sal, como si fueran por gracia» (Colosenses 4:6) (Park Yun-sun). Por lo tanto, debido a que la lengua del sabio consuela, revitaliza e inspira esperanza en el oyente, la Biblia se refiere a ella como un «árbol de vida» (Proverbios 15:4). En otras palabras, la lengua del sabio sirve como un árbol de vida que sana las almas moribundas, pues proclama a Jesucristo: la fuente misma de la vida.

(4) La lengua del sabio pronuncia palabras oportunas.

Considere Proverbios 15:23: «La persona halla gozo en dar una respuesta apropiada; ¡y cuán buena es una palabra oportuna!». De hecho, con frecuencia he experimentado cómo el Espíritu Santo que mora en mí me capacita para pronunciar las palabras correctas en el momento preciso. Por ejemplo, al brindar consejería a través de un chat en línea, mientras intercambiamos mensajes, a veces vislumbro a Dios el Espíritu Santo obrando en el corazón de la otra persona; Él me impulsa a compartir versículos bíblicos específicos que acuden a mi mente, y esos versículos ministran directamente a la otra persona. En tales momentos, yo mismo suelo quedarme asombrado. La razón es que las palabras específicas que Dios el Espíritu Santo trajo a mi mente eran, en ese preciso instante, las palabras exactas que ese individuo en particular necesitaba escuchar. En Proverbios 25:11–12, la Biblia afirma: «Manzana de oro en engastes de plata es la palabra dicha a su tiempo. Como zarcillo de oro y adorno de oro fino es el sabio reprensor para el oído atento». ¿Qué significa esto? Significa que las palabras de consejo pronunciadas en el momento oportuno dan buen fruto (Park Yun-sun). Aquí, el significado de la palabra hebrea original traducida como «circunstancia» es, de hecho, «rueda». En otras palabras, se refiere al acto de girar o moverse de una manera cuidadosamente ajustada para adaptarse a la situación y las circunstancias específicas del momento. Esto enseña que, cuando un consejero habla con otra persona, debe ejercer un juicio prudente y realizar los ajustes apropiados, tomando en consideración diversos

factores (Park Yun-sun): «El consejero debe hablar solo cuando él mismo esté imbuido de amor y paz. No debe hablar con una actitud desdeñosa. No debe hablar apresuradamente. No debe hablar sin cortesía». La Biblia declara que, cuando el consejo se ofrece de esta manera —y es bien recibido por la otra persona—, constituye un gran honor para el consejero (expresado a través de la imaginería de «manzanas de oro en engastes de plata» y «un zarcillo de oro y un adorno de oro fino») (Park Yun-sun).

Por favor, consideren el texto de hoy: Proverbios 31:26: «Abre su boca con sabiduría, y la ley de bondad está en su lengua» [(Versión en Inglés Contemporáneo) «Ella habla sabia y amablemente»]. La mujer virtuosa no es meramente una buena ama de casa que trabaja diligentemente para edificar su propio emprendimiento; ella también guía bien a su familia con palabras de sabiduría (The Pulpit Commentary). ¿Cuáles son, entonces, estas palabras de sabiduría que brotan de sus labios? Creo que las palabras de sabiduría que fluyen de su boca son, en esencia, conocimiento (15:7), y que este conocimiento es, específicamente, la verdad (8:7). La razón de esto es que su corazón rebosa de la palabra vivificante de la verdad (18:4; Park Yun-sun). De los labios de una mujer sabia y virtuosa debe fluir el Evangelio de Jesucristo, el cual otorga vida eterna. Sus labios no solo deben proclamar el conocimiento de Jesucristo, sino también compartir las benditas nuevas de Jesucristo: Aquel que fue crucificado y murió para concedernos vida eterna, y que resucitó al tercer día. Además, la palabra de la verdad de Dios debe fluir de sus labios. El conocimiento que conduce a una comprensión más profunda de Dios debe ser expresado, y las palabras de sabiduría deben brotar abundantemente. Asimismo, la Biblia afirma que la mujer virtuosa pronuncia la «ley de bondad» con su lengua (Prov. 31:26). La *Versión en Inglés Contemporáneo* traduce esto en el sentido de que ella habla con amabilidad. Creo que el corazón de una mujer virtuosa no solo rebosa de la palabra vivificante de la verdad, sino que también abunda en el amor de Dios. Es precisamente por esta razón que ella pronuncia la ley de bondad con su lengua. Cuando ella habla, su lengua —gobernada por el amor de Dios— articula la ley de bondad (The Pulpit Commentary). Creo que si la «ley de bondad» se aplica a nosotros, los creyentes que vivimos en la era del Nuevo Pacto, esta corresponde al

«Doble Mandamiento» de Jesús. Este Doble Mandamiento consta de dos partes: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente», y «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Mateo 22:37, 39). Una esposa virtuosa manifiesta este Doble Mandamiento no solo a través de su vida cotidiana —mostrándolo a su esposo e hijos dentro del hogar—, sino también abriendo sus labios para enseñarlo.

Esto es precisamente lo que la Iglesia —la Esposa de Jesús, nuestro Esposo— debería reflejar. Nosotros, la Iglesia, debemos obedecer el Doble Mandamiento de Jesús; no solo debemos manifestar la ley de bondad de Dios a través de nuestras vidas, sino que también debemos abrir nuestras bocas para proclamar la Palabra de Verdad. Al proclamar la Palabra de Verdad, la Iglesia debe abrir sus labios para proclamar a Jesucristo mismo, quien es la Verdadera Sabiduría. En otras palabras, debemos predicar el Evangelio. Esta es la verdadera imagen de la Iglesia: la Esposa sabia y virtuosa de Jesús, nuestro Esposo.

Me gustaría concluir esta meditación sobre la Palabra. Hay un comentario en particular que mi abuela paterna me hizo mientras aún vivía; un comentario que nunca he podido olvidar. Ese comentario no era otro que Proverbios 31:30: «Engañosa es la gracia, y vana la hermosura; mas la mujer que teme a Jehová, esa será alabada». Lo recuerdo vívidamente hasta el día de hoy. No logro recordar la conversación específica que llevó a mi abuela a recitar ese versículo bíblico en particular cuando la visité en la residencia de ancianos; sin embargo, lo que recuerdo con absoluta claridad es que —a pesar de su avanzada edad y de las muchas arrugas surcadas en su rostro— ella recitó Proverbios 31:30 justo allí, ante mí. Al escuchar esas palabras a través de mi abuela en aquel momento, no pude evitar sentir —de una manera profundamente visceral y personal— la verdad de la afirmación: «Engañosa es la gracia, y vana la hermosura». La razón de ello es que, ante el paso del tiempo, no pude evitar reflexionar sobre el verdadero significado que realmente posee la belleza física de una mujer. Sin embargo, llegué a comprender cuán profundamente importante es la verdad escritural: «Mas la mujer que teme a Jehová, esa será alabada». En efecto, la mujer que merece tales elogios —aquella que verdaderamente teme a Dios— es una mujer de

sabiduría y de carácter noble. Una mujer de carácter noble es aquella que inspira confianza en su esposo, trabaja con diligencia, socorre a los pobres y a los necesitados, y permanece libre de ansiedad. Además, posee una boca que habla con sabiduría y, gracias a ella, su esposo también obtiene reconocimiento y respeto ante los ojos de los demás. Sus hijos se levantan para llamarla bienaventurada, y su esposo la alaba, declarando: «Tú superas a todas las demás mujeres»; lo cual significa que, si bien puede haber muchas mujeres excelentes en el mundo, ella es la más grande entre todas ellas. Es mi ferviente esperanza que nosotros, como Iglesia —la Esposa de Cristo—, lleguemos a ser una comunidad que inspire una confianza tan profunda en nuestro Esposo, el Señor. Ruego que nosotros —tanto tú como yo— seamos aquellos que llevan a cabo diligentemente la obra del Señor, asisten a los pobres y a los desamparados, dejan de lado toda ansiedad y utilizan su sabio hablar para proclamar y enseñar el Evangelio de Jesucristo y la verdad de la Palabra de Dios. Así, cuando finalmente nos presentemos ante el Señor, seamos todos hallados dignos de recibir Su aprobación: «Bien hecho, siervo bueno y fiel».

¡Feliz cumpleaños, Jane!

Son las 4:20 de la mañana aquí. Hoy es el cumpleaños de mi amada esposa. Aunque todavía está durmiendo, ya le envié una felicitación —junto con la foto de abajo— en el chat familiar de cinco personas. Planeamos celebrarlo con una cena esta tarde, en cuanto mi esposa termine de trabajar. Originalmente, pensé que solo cenaríamos mi esposa, nuestra hija menor (Ye-eun) y yo, pero hace un momento recibí un mensaje avisándome de que Dylan y Jessica también pueden unirse. ¡Todo salió perfecto! Como Dylan le propuso matrimonio a Jessica hace poco, mi esposa seguramente estará encantada de que puedan compartir una comida juntos en su cumpleaños.

Al celebrar el cumpleaños de mi esposa, me gustaría enumerar las cosas por las que estoy agradecido a Dios y a ella cada vez que pienso en ella:

1. Mi esposa es un regalo de la gracia de Dios.

2. A través de mi esposa, Dios me está transformando.

3. A través de mi esposa, me estoy conociendo mejor a mí mismo.

4. Recibo de mi esposa un amor que no merezco.

5. Simplemente estoy agradecido por la mera existencia de mi esposa.

Celebrando el cumpleaños de mi amada esposa ...

Mientras celebro hoy el cumpleaños de mi amada esposa, medito en las palabras del capítulo 15 de Proverbios, aplicándolas y reflexionando sobre ellas en el contexto de nuestro matrimonio:

1. En una relación matrimonial, una respuesta amable calma la ira, mientras que las palabras duras solo la avivan (Ref.: Proverbios 15:1, *The Modern Man's Bible*).

2. Un esposo sabio busca el conocimiento de Dios y de Su voluntad, y sus labios transmiten con gracia ese conocimiento a su amada esposa; por el contrario, un esposo necio no lo hace, hallando placer en la insensatez y profiriendo necedades (Ref.: Proverbios 15:2, 7, 14, *The Modern Man's Bible*).

3. En una relación matrimonial, las palabras amables son como un árbol de vida, mientras que las palabras crueles hieren el corazón humano (Ref.: Proverbios 15:4, *The Modern Man's Bible*).

4. Dios se deleita en las oraciones de una pareja honesta y ama a aquellos que buscan la justicia (Ref.: Proverbios 15:8, 9, *The Modern Man's Bible*).

5. Una pareja sabia sabe muy bien que, si bien pueden ocultarse sus pensamientos el uno al otro, nunca podrán ocultárselos a Dios (Ref.: Proverbios 15:11, *The Modern Man's Bible*).

6. Un esposo arrogante detesta ser reprendido por su esposa y no busca el consejo de una esposa sabia (Ref.: Proverbios 15:12, *The Modern Man's Bible*).

7. La alegría en el corazón de una esposa ilumina su semblante, mientras que la tristeza en el corazón de un esposo hiere su espíritu (Ref.: Proverbios 15:13, *The Modern Man's Bible*).

8. La vida de una pareja que sufre puede ser desdichada, pero una pareja con alegría en sus corazones es siempre jovial (Ref.: Proverbios 15:15, *Modern Korean Bible*).

9. Es mejor para una pareja ser pobre, pero servir a Dios juntos con reverencia, que ser ricos pero vivir en constante agitación. (Ref: Proverbios 15:17, *Modern Korean Bible*)

10. Un esposo irascible suscita contiendas, pero una esposa lenta para la ira pone fin a las disputas. (Ref: Proverbios 15:18, *Modern Korean Bible*)

11. El camino de una pareja perezosa es como un matorral espinoso, mientras que el camino de una pareja honesta es como una calzada. (Ref: Proverbios 15:19, *Modern Korean Bible*)

12. Una esposa sabia trae alegría a su esposo, pero un esposo necio desprecia a su esposa. (Ref: Proverbios 15:20, *Modern Korean Bible*)

13. Una pareja ignorante se deleita en la necedad, pero una pareja sabia camina junta por el camino correcto. (Ref: Proverbios 15:21, *Modern Korean Bible*)

14. Gracias a un esposo que ofrece sabios consejos, los planes de su esposa tienen éxito. (Ref: Proverbios 15:22, *Modern Korean Bible*)

15. Una pareja sabia se alegra mutuamente al ofrecer palabras oportunas y respuestas apropiadas. (Ref: Proverbios 15:23, *Modern Korean Bible*)

16. Dios se deleita en los pensamientos de una pareja con corazones puros. (Ref: Proverbios 15:26, *Modern Korean Bible*) 17. Una pareja sabia y recta que teme a Dios no trae daño a su familia al codiciar ganancias deshonestas (Ref: Proverbios 15:27, *The Contemporary Bible*).

18. Mientras que una pareja justa sopesa cuidadosamente las palabras que se dicen el uno al otro, una pareja malvada lanza imprudentemente palabras maliciosas contra el otro (Ref: Proverbios 15:28, *The Contemporary Bible*).

19. Una pareja sabia no solo sabe escuchar la corrección constructiva del otro, sino que también acepta dicha corrección de buena gana, obteniendo así entendimiento (Ref: Proverbios 15:31, 32, *The Contemporary Bible*).

20. Una pareja que teme a Dios es humilde, pues ha adquirido sabiduría (Ref: Proverbios 15:33, *The Contemporary Bible*).

Los deberes de los padres

Durante el servicio de oración matutino de este sábado (28 de septiembre de 2024) —mientras proclamaba la Palabra de Dios bajo el título «El conflicto es una oportunidad», centrado en Romanos 12:16— reflexioné sobre el mensaje y lo apliqué de diversas maneras en relación con los deberes que los padres tienen al criar a sus hijos. Al meditar una vez más sobre estos deberes paternos, plasmo mis pensamientos de la siguiente forma:

1. El hecho de que mi esposa y yo nos hayamos convertido en padres de tres hijos se debe enteramente a la gracia de Dios. Esto significa que, a pesar de nuestra total falta de cualificación para ser padres, Dios nos concedió graciosamente el don de estas vidas preciosas: nuestros hijos.

2. Dios está orquestando las circunstancias de tal manera que son nuestros hijos quienes nos extienden su gracia a nosotros. En mi caso —como padre de tres hijos— a menudo les he fallado y he cometido pecados contra ellos; sin embargo, mis tres hijos no albergan ni amargura ni resentimiento hacia mí. Considero que esto no es otra cosa que la asombrosa gracia de Dios y un verdadero milagro. Soy un padre que recibe gracia, perdón y amor de parte de sus hijos.

3. Por la gracia de Dios, después de casarme con mi esposa —y antes de recibir a nuestra primera hija, Jooyoung (Charis), como un don de gracia de parte de Dios— había instado a mi amada esposa a establecer un límite claro. Mi intención era asegurar que a nuestros hijos —quienes son, en cierto sentido, terceros en nuestra unión— no se les permitiera invadir ni interferir en la relación entre nosotros dos como esposo y esposa. Sin embargo, debido a que nuestra hija Jooyoung nació con una condición médica, nos resultó imposible trazar un límite tan claro con ella; en su lugar, nos vimos impulsados a

entregarnos por completo al cuidado de ella. Después de que Jooyoung falleciera en mis brazos, Dios nos regaló a mi esposa y a mí tres hijos más: Dylan (a través de quien experimentamos el amor restaurador de Dios), Yeri (a través de quien experimentamos el amor abundante de Dios) y Yeeun —cuyo nombre en inglés es Karis (que significa «gracia», al igual que el nombre de nuestra primogénita, Jooyoung)— (a través de quien Dios nos llevó a confesar: «Dios es amor»). Sin embargo, a medida que criábamos a estos tres hijos, parecía que mi esposa y yo discutíamos muchísimo. En esencia, permitimos que nuestros hijos se inmiscuyeran en nuestra relación conyugal. En consecuencia, con frecuencia nos encontrábamos discutiendo y peleando por cuestiones relacionadas con nuestros hijos. Éramos tan inmaduros que no logramos establecer límites claros y saludables en nuestra crianza.

4. No obstante, el Señor estaba criando personalmente a cada uno de nuestros tres hijos y —lo que es más— también nos estaba criando a mi esposa y a mí. Como padres de estos tres hijos, mi esposa y yo teníamos puntos de vista diferentes sobre cómo criarlos. Cada vez que cada uno insistía en que su propio enfoque era el correcto —o intentaba enfatizar e imponer su perspectiva individual—, inevitablemente terminábamos discutiendo y peleando. A través de este proceso, nuestro orgullo individual y nuestra necedad quedaban inevitablemente al descubierto. Sin embargo, mediante la asombrosa gracia y el amor de Dios, el Señor utilizó precisamente estas experiencias para ayudarnos a ver nuestras diferencias con mayor claridad que nunca. Además, el Señor nos permitió comprender las razones subyacentes por las que teníamos puntos de vista tan divergentes sobre la crianza. La causa fundamental residía en el hecho de que habíamos crecido en entornos sumamente diferentes. Era inevitable que fuéramos diferentes; después de todo, ¿qué pareja comparte una crianza idéntica? Para empezar, nuestros padres eran diferentes. Y, considerando a nuestros respectivos padres, ¿cuántas diferencias debió haber en sus propias relaciones conyugales? Así pues, habiendo recibido cada uno amor bajo la guía de padres diferentes... Dado que mi esposa y yo crecimos bajo las distintas influencias de nuestros respectivos padres, nuestros enfoques para criar a nuestros tres hijos fueron

inevitablemente diferentes. Sin embargo, a través de los conflictos que surgieron entre nosotros como pareja, el Señor nos llevó gradualmente a una revelación: en lugar de comparar nuestros diferentes estilos de crianza, debíamos buscar complementarnos mutuamente. En consecuencia, a medida que comencé a reconocer las fortalezas de mi esposa como madre de nuestros tres hijos, empecé a respetar sus métodos de crianza. A su vez, mi amada esposa también comenzó a respetar mi enfoque en la crianza. En última instancia, el Señor nos permitió —como padre y madre de nuestros tres hijos— convertirnos en un «solo equipo», conduciéndonos así gradualmente hacia un «ministerio familiar en equipo». Al respetar las fortalezas inherentes a los estilos de crianza del otro, fuimos capaces de complementar nuestras respectivas debilidades, lo que nos permitió criar a cada uno de nuestros hijos de una manera que honraba su singular individualidad.

5. Al reflexionar sobre este trayecto, me siento colmado de una profunda gratitud por esta verdad: el Señor —quien es el verdadero Dueño de nuestro hogar— nos ama profundamente a mi esposa y a mí, y nos ha mostrado una compasión y una misericordia ilimitadas. En consecuencia —incluso en medio de los incontables errores que hemos cometido al criar a nuestros hijos—, Él nos ha enseñado con paciencia, nos ha concedido discernimiento y continúa haciéndolo hasta el día de hoy. De entre todas las lecciones y revelaciones que he recibido, aquella que ha impactado mi corazón con mayor profundidad —y que seguirá haciéndolo, tanto ahora como en el futuro— es esta: Dios Padre ama a nuestros hijos más que cualquier otra persona en el mundo; tal vez incluso más de lo que los amamos mi esposa y yo. Por ello, cada vez que yo —en mi condición de padre— he tenido dificultades para amar a mis hijos como debería, o me he sentido perdido e inseguro sobre cómo actuar, el Espíritu Santo ha traído de nuevo a mi mente esa preciosa lección y revelación del Señor. Al capacitarme para aferrarme a esa verdad con fe y depositar mi confianza en Dios, Él me ha guiado y sostenido a lo largo de todo el camino hasta llegar al día de hoy.

6. Hubo momentos en los que mi corazón dolía tan profundamente y sentía tal angustia que lloraba copiosamente ante Dios. La causa de este dolor residía en la dolorosa constatación de que estos hijos —a quienes Dios ama por encima de todas las cosas—... Como padre, sentía que había fallado en amarlos adecuadamente; es más, me percaté de que los esfuerzos que realizaba —creyendo que con ellos les demostraba mi amor— a veces no les servían de nada en absoluto y, en ocasiones, incluso podían haberles causado daño. En consecuencia, cada vez que reflexionaba sobre mis hijos en el ejercicio de mi paternidad, me veía abrumado por la culpa y me enfrascaba en innumerables actos de auto-reproche. Fue entonces cuando, impulsado a orar por la salvación de mi amada hija menor, Yeeun, el Señor me movió a elevar esta ferviente súplica: «Señor, aunque debas arrebatarme la vida terrenal, por favor, concede la salvación a mi amada Yeeun». Aunque soy indigno, el Espíritu Santo me guio a ofrecer mi propia vida como sacrificio en oración por la salvación de mi amada hija. En última instancia, Dios —quien ama a Yeeun más que nadie— le concedió el precioso don de la fe por Su gracia, permitiéndole depositar su confianza en el Señor Jesucristo. Al comprender esta profunda verdad, fui bendecido con la preciosa gracia de confiar y depender de Dios, nuestro Salvador, de una manera aún más profunda que antes. Además, mientras el Señor continúa fielmente edificando a mi familia, llamó a mi amado hijo, Dylan, y le otorgó una vocación divina. Actualmente, Dylan asiste al seminario como candidato al ministerio; sirve como líder del ministerio universitario en nuestra iglesia y continúa ministrando a la comunidad cristiana de su *alma mater* incluso después de haberse graduado. Recientemente —tras un noviazgo de cuatro a cinco años que comenzó en el campo misionero— el Señor le permitió casarse con Jessica y formar su propia familia. Mi amada hija, Yeri, también respondió al llamado del Señor; habiendo completado un periodo misionero de un año en Japón, partió el pasado miércoles para regresar a ese país y cumplir un segundo año de servicio misionero. Las maravillosas formas en que el Señor obra en su vida nos permiten a mi esposa y a mí ser testigos —a través de los ojos de la fe— de cómo nuestro Dios verdaderamente fiel está cumpliendo en la vida de Yeri la promesa que se encuentra en 1 Pedro 5:10.

7. Durante el servicio de oración matutino de este sábado, [reflexioné sobre] Romanos... Tras proclamar la Palabra de Dios —centrada en el pasaje del capítulo 12, versículo 16, y bajo el título del sermón: "El conflicto es una oportunidad"— comencé aplicando el mensaje que había recibido directamente a mi propia vida familiar. Al hacerlo, el Señor grabó en mi corazón esta lección: como cabeza de mi hogar, a menudo he sido arrogante y necio, cometiendo innumerables pecados tanto contra Dios como contra los miembros de mi familia dentro del hogar; sin embargo, Dios me ha concedido Su asombrosa y abundante gracia, amor y misericordia. Verdaderamente, Dios está obrando de maneras milagrosas en la vida de todos y cada uno de los miembros de mi familia: aquellos a quienes Él ama más profundamente que nadie. Oro para que el Señor continúe humillándome y quebrantándome, capacitándome para emular el corazón humilde de Jesús (cf. Filipenses 2:5–8). Además, oro fervientemente para que el Señor derrame sobre mí medidas aún mayores de Su sabiduría celestial, permitiéndome —junto con mi esposa, a quien Él me ha dado como un magnífico regalo de gracia— criar a nuestros hijos con un solo corazón, una sola mente y un solo propósito, guiados por Su voluntad, Su corazón y Su amor. Que Él los establezca —a ellos y a todos sus descendientes aún por nacer— como siervos de Dios que poseen sueños centrados en Cristo, para que puedan ser usados para Sus nobles propósitos al servicio de Jesús, del Evangelio y del Reino de Dios.

Una breve meditación sobre la Palabra de Dios con respecto a los hijos

Oro para que Dios proteja a nuestros hijos de todo adversario, concediéndoles paz y estabilidad, para que lleguen a ser personas de paz (Ref.: 1 Crónicas 22:9).

Oro para que Dios, fiel a Su promesa, esté con nuestros hijos, capacitándolos para llevar a cabo con éxito la obra de Dios en aras de Su Reino (Ref.: 1 Crónicas 22:11).

Oro para que Dios conceda a nuestros hijos sabiduría y entendimiento, para que vivan fielmente en obediencia a todos los mandamientos de Dios (Ref.: 1 Crónicas 22:12).

Si nuestros hijos observan cuidadosamente todos los mandamientos de Dios, prosperarán en todo lo que hagan (Ref.: 1 Crónicas 22:13).

Deseo decir a mis hijos: «Sean fuertes y valientes; no teman a nada» (Ref.: 1 Crónicas 22:13).

Deseo decir a mis hijos: «Busquen a Dios con todo su corazón y su alma, y vivan sus vidas en aras del Reino de Dios y de Su Iglesia» (Ref.: 1 Crónicas 22:19).

Mientras meditaba esta mañana en estos breves pasajes de la Palabra de Dios con respecto a los hijos, recordé una conversación que tuve ayer por la tarde con cierta pareja. La razón de ello fue que nuestra conversación se centró principalmente en el tema de nuestros hijos. Por lo tanto, al reflexionar una vez más esta mañana sobre aquella conversación de ayer, me

gustaría poner por escrito —uno por uno— algunos de mis propios pensamientos personales con respecto a los hijos:

1. Como padre de tres hijos, ha habido innumerables ocasiones en las que simplemente no sabía cómo criarlos. En consecuencia, me identifico profundamente con la oración ofrecida por Manoa —el padre de Sansón en la Biblia—, quien pidió a Dios que le enseñara cómo criar a su hijo (Jueces 13:8, 12).

2. No puedo evitar reconocer —tanto ante Dios como ante las personas— que carezco gravemente de sabiduría en lo que respecta a la crianza de mis hijos. Por lo tanto, me encuentro aferrándome a las palabras de Santiago 1:5: «Si alguno de ustedes carece de sabiduría, debe pedírsela a Dios, quien da generosamente a todos sin reproches, y le será concedida».

3. Estoy aprendiendo sobre la crianza de los hijos poco a poco, una lección a la vez, a través de los innumerables errores que yo mismo he cometido. En consecuencia, les digo a mis tres amados hijos: «Está bien cometer errores y fracasar, siempre y cuando aprendan de esos errores y fracasos».

4. Siempre que pienso en mis hijos, elevo esta oración a Dios: «Señor, por favor, levanta a mis amados Dylan, Yeri y Yeeun para que lleguen a ser obreros con sueños centrados en Cristo; sueños que contribuyan a la expansión de Tu Reino».

5. Cuando oro a Dios en favor de mis hijos, lo hago específicamente de esta manera: (Por Dylan) «Dios, revela Tu veracidad y fidelidad a Dylan, para que él sea veraz y fiel a Ti»; (Por Yeri) «Dios, realiza la obra de Efraín en la vida de Yeri, para que ella sea "doblemente fructífera"»; (Por Yeeun) «Dios, concede a Yeeun la perspicacia para comprender verdaderamente la profundidad de Tu gracia, para que pueda vivir una vida extendiendo y compartiendo esa gracia con los demás».

6. Alcanzo a vislumbrar a Dios obrando activamente en las vidas de mis tres hijos. No es otra cosa que la gracia de Dios. Creo que, a pesar de mis deficiencias como padre —habiendo fallado en cumplir debidamente con mis hijos en el pasado, y continuando quedándome corto incluso ahora—, Dios mismo los está levantando personalmente, pues Él los ama más profundamente que nadie.

7. Deseo ser, para mis tres amados hijos, un padre que les recuerde al «pequeño Jesús». Por ello, oro para que, una vez que yo haya partido, cuando mis hijos me recuerden, puedan decir: «Mi padre amaba a Jesús, y me mostró a Jesús» (Ref.: Hebreos 11:4).

Para Dillon, Yeri y Yeeun: Quienes aman a Jesús

Jueves, 7 de mayo de 2015

Mis amados Dillon, Yeri y Yeeun:

Hace unos diecisiete años, cuando su hermana mayor —Juyoung— estaba gravemente enferma e ingresada en la Unidad de Cuidados Intensivos del Children's Hospital Los Angeles, escuché un anuncio en Radio Korea sobre un concurso que invitaba a los padres a enviar cartas escritas a sus amados hijos. Inspirado por ello, escribí una carta titulada: «Para Juyoung: Quien ama a Jesús». En aquel entonces, escribí esa carta para desahogar mi corazón por escrito, pensando en mi preciosa bebé Juyoung, que yacía en agonía —incapaz de pronunciar una sola palabra o siquiera emitir un llanto, pues estaba conectada a un respirador artificial—. Mi único deseo era expresar mi amor a Juyoung. ¿Pueden creer que ya han pasado diecisiete años desde entonces?

Precisamente el otro día, mientras conducía, sintonice por casualidad una emisora de radio coreana y escuché que, una vez más, estaban organizando un concurso de «Cartas a los hijos». Tras mucha reflexión, reuní el valor para escribir esta carta esta mañana. Durante nuestro servicio de oración matutino de hoy, oré a Dios Padre pensando en ustedes: mis queridos Dylan, Yeri y Yeeun. Tal como una vez expresé mi amoroso corazón a Juyoung por escrito hace diecisiete años, ahora deseo expresar mi amor a ustedes —Dylan, Yeri y

Yeeun— a través de estas palabras escritas. Así pues, comienzo a escribir esta carta titulada: «Para Dylan, Yeri y Yeeun: Quienes aman a Jesús».

Mi amado hijo, Dillon:

Eres un hijo precioso para mí. Después de que tu hermana mayor, Juyoung, se durmiera en mis brazos y falleciera, tu madre y yo nos sumimos en una profunda tristeza. Tras regresar de esparcir las cenizas de Juyoung, yo —tu padre— fui consumido por una angustia y un dolor tan profundos que incluso le pedí a tu madre que retirara hasta la última fotografía de Juyoung de nuestro hogar. Tu madre y yo oramos fervientemente para que se concibiera otra vida, pero a medida que pasaba el tiempo sin que hubiera un bebé en camino, luchamos enormemente contra la decepción. Sin embargo, en medio de aquella lucha, Dios permitió que fueras concebido en el momento más perfecto y oportuno. En ese mismo instante —el momento en que tu madre descubrió que estaba embarazada de ti— me sentí abrumado por una profunda gratitud. Durante los meses posteriores al fallecimiento de Ju-young, había permanecido atrapado en un estado de sufrimiento; pero a través de tu nacimiento, llegué a experimentar el amor restaurador de Dios. A través de tu hermana mayor, Ju-young, había experimentado el amor santo de Dios... y ahora, en Su misericordia hacia mí, Dios nos concedió a tu madre y a mí el regalo de tu persona: una vida de un valor inmensurable. La razón por la que elegí el nombre "Dillon" para ti es que su significado resonó profundamente en mi corazón. Espero que tú, mi querido Dillon, nunca olvides que el significado de tu nombre es "fiel y veraz". Mi oración diaria es esta: "Padre Celestial, por favor, permite que nuestro Dillon se convierta en una persona fiel y veraz". Sin embargo, en primer lugar, oraré y me esforzaré por convertirme yo mismo en una persona fiel y veraz.

Mi amada hija, Ye-ri:

A través de ti, he llegado a experimentar el amor abundante de Dios. Ya me sentía profundamente agradecido de que Dios nos hubiera dado a tu hermano mayor, Dylan, como un regalo; pero cuando Él nos bendijo también con el regalo de tu persona, yo —tu padre— llegué a comprender, aunque fuera solo en pequeña medida, que el amor de Dios no es meramente un amor santo o un amor restaurador, sino también un amor abundante. Tras recibirte como un regalo, mientras oraba y estudiaba la Biblia, descubrí el significado detrás del nombre "Efraín", el segundo hijo de José. Ese nombre significa "dos veces fructífero". Reflexionando sobre ese significado, elegí que tu nombre coreano fuera "Yeri". Si mal no recuerdo, un anciano de nuestra iglesia comentó que los caracteres chinos de "Yeri" también encierran el significado de "abundancia", ¡aunque debo disculparme, pues no he podido verificar ese dato por mí mismo! (Jaja). Aun así, mi querida Yeri, tú sabes lo que había en mi corazón, ¿verdad? Oro para que vivas una vida doblemente fructífera, y para que vivas una vida dedicada a retribuir a los demás en doble medida. Oraré y me esforzaré por darte ese ejemplo en primer lugar, a través de la forma en que vivo mi propia vida.

Mi queridísima hija menor, Yeeun:

Traes tanta alegría y risas a mi vida. A ti, Yeeun —la que me hace sonreír tan a menudo— quiero decirte: "¡Gracias!". Cuando naciste, me descubrí haciendo esta confesión: "Dios es amor". A través de tu hermana mayor, Jooyoung, Dios me permitió experimentar el "amor santo"; a través de tu hermano, Dylan, el "amor restaurador"; y a través de tu hermana, Yeri, el "amor abundante". Así que, cuando Dios te entregó —a nuestra Yeeun— como un regalo para tu madre y para mí, simplemente no pude evitar proclamar: "Dios es amor". Mi querida Yeeun, ¿recuerdas lo que te he dicho tantas veces antes? La razón por la que yo, tu padre, te di el nombre en inglés "Karis" (que significa "gracia" en griego) es que quería que nunca olvidaras que te di exactamente el mismo nombre —"Charis" (la misma palabra griega, solo con una grafía diferente)— que le había dado anteriormente a tu hermana mayor, Juyoung. Me pregunto si aún recuerdas el día en que te llevé al Children's Hospital Los Angeles —donde tu hermana Juyoung había estado hospitalizada una vez—, te mostré el edificio y te

conté todo sobre tu hermana mayor. La razón por la que elegí "Karis" como nombre en inglés para ti, Yeeun (cuyo nombre coreano significa "Gracia de Jesús"), es que experimenté la gracia y el amor de Dios a través de tu hermana mayor. A través de la corta vida de Juyoung y de su partida, experimenté el magnífico y asombroso amor de Dios, incluso en medio de la más profunda angustia y el dolor. ¿Qué otra cosa podría ser eso, si no la gracia de Dios? Por eso quise darte ese mismo nombre. Tú, mi querida Yeeun, me enseñaste una vez una valiosa lección: "Compartir es amar". Y así, tal como tú me enseñaste, he titulado mi blog en Naver "Sharing is Caring" (Compartir es amar), y a través de él, ahora comparto mis reflexiones sobre las Escrituras y otros escritos con muchas personas. Oro para que tú también vivas una vida dedicada a compartir con los demás. Cada día oro para que, a medida que recorren el camino de la vida, lleguen a comprender y valorar profundamente la abundante gracia que Dios les concede; y para que, colmados de gratitud y asombro ante esa gracia, vivan sus vidas extendiendo el amor y la gracia de Dios hacia los demás. Yo también seguiré orando y esforzándome por vivir una vida de entrega —con un corazón cada vez más alegre y gozoso—, en conformidad con la gracia que Dios me otorga. Dylan, Yeri y Yeeun —hijos que aman a Jesús—: esta es la oración que elevo a Dios, nuestro Padre:

«Padre Dios, gracias. Te doy gracias por concedernos a mi esposa y a mí el precioso regalo de cuatro hijos. Por encima de todo, te ofrezco mi más sincera gratitud por revelarnos Tu amor a través de estos cuatro niños. Te consagro a estos hijos, Señor. Mientras habitamos en esta tierra por un breve tiempo, estos preciosos niños han sido confiados a nuestro cuidado; oro para que podamos cumplir la responsabilidad que Dios nos ha encomendado de criarlos y formarlos, no solo mientras nos preparamos para dejarlos ir algún día por su propio camino, sino también mientras nosotros mismos nos preparamos para partir de este mundo. Permite usarnos como Tus instrumentos, oh Dios, para criar a estos niños —a quienes nos has dado como un regalo de gracia—, para que lleguen a ser obreros con sueños centrados en Cristo, y así puedan ser utilizados para expandir Tu Reino. Elevo esta oración en el nombre de Jesús. Amén».

Tras leer el ensayo de mi amada hija Yeeun (Karis): «Reflexionando sobre el año pasado con *Beloved*, de Henri Nouwen»

El sábado pasado, alrededor de las 3:20 a. m., mientras leía el ensayo que Yeeun había escrito —titulado «Reflexionando sobre el año pasado con *Beloved*, de Henri Nouwen»—, me sentí tan profundamente conmovido que el corazón se me hinchó de emoción; incluso sentí que se me anudaba la garganta y que las lágrimas acudían a mis ojos. La razón de ello fue que, a través de los ojos de la fe, vislumbré cómo Dios Padre —incluso en respuesta a mis oraciones, a menudo tan imperfectas— está obrando activamente en el corazón y en la vida de Yeeun. Me impresionó particularmente el hecho de que, tras leer *Beloved*, de Henri Nouwen, Yeeun fuera capaz de realizar una autorreflexión tan honesta; escribió con tal transparencia que incluso compartió sus propias vulnerabilidades. Además, ofrezco mi sincera gratitud por el amor y la gracia de Dios: ese mismo amor y esa misma gracia que Él me concedió hace unos veinte años (entre 2001 y 2003), cuando, sufriendo de agotamiento extremo, huí a Corea para vivir en reclusión. En aquel entonces, Dios utilizó los libros de Henri Nouwen para consolar mi corazón, ministrar a mi alma, ofrecerme un renovado desafío y edificarme. Ahora, me siento profundamente agradecido de que, entre mis tres hijos, Dios haya guiado a Yeeun a comenzar a leer las obras de Henri Nouwen —tal como hice yo— y de que incluso la haya inspirado a escribir piezas tan reflexivas, ejerciendo así una preciosa influencia sobre su corazón y su vida. De hecho, a principios de este año, mi amada esposa regresó a casa llorando tras una sesión de estudio bíblico, compartiéndome cuán profundamente se había conmovido al darse cuenta de que ella también es una hija «amada» de Dios. Ante esto, simplemente no puedo evitar sentirme profundamente

agradecido de que Dios haya extendido ahora esa misma gracia y ese mismo amor a Yeeun a través de la lectura que ella ha hecho de *Beloved*, de Nouwen. Hoy me desperté poco después de la medianoche y, mientras releía lentamente los escritos de Yeeun, comencé a anotar mis pensamientos —uno por uno—, reflexionando sobre el mensaje que Dios quiso transmitirme a través de sus palabras. Dividí los escritos de Ye-eun en tres partes para mi meditación:

En primer lugar, reflexioné sobre la palabra «Amado» —el título del libro que Ye-eun había leído.

Utilicé un recurso bíblico en línea para buscar cada ocasión en la que la palabra «amado» aparece en las Escrituras. Si bien el término figura a lo largo de los 66 libros de la Biblia, seleccioné cinco versículos específicos en los que centrarme: (1) (Mateo 3:17) «Y una voz desde el cielo dijo: "Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia"». (2) (Mateo 12:18) «He aquí mi siervo, a quien he escogido; mi amado, en quien mi alma se complace. Pondré mi Espíritu sobre él, y proclamará justicia a los gentiles». (3) (2 Pedro 1:17) «Pues cuando recibió de Dios Padre honra y gloria, tal voz le llegó desde la Majestuosa Gloria: "Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia"». (4) (Cantar de los Cantares 7:10) «Yo soy de mi amado, y su deseo es hacia mí». (5) (Romanos 9:25, *Biblia Coreana Contemporánea*) «Esto es tal como Dios dijo en la profecía de Oseas: "Llamaré a los que no son mi pueblo: 'mi pueblo', y llamaré a aquellos a quienes no amé: 'mis amados'"». Al meditar en estos pasajes —específicamente en Romanos 9:25 (de la traducción *Biblia para el Pueblo Moderno*)—, reflexioné sobre el hecho de que, antes de depositar nuestra fe en Jesús, Dios nos veía como «aquellos a quienes no amo». Sin embargo, a través de Su amor divino y Su gracia absoluta, nos hemos convertido en «mis amados». Oro para que lleguemos a comprender, cada vez con mayor profundidad, cuán inmensos son verdaderamente el amor y la gracia de Dios. Además, mientras meditaba colectivamente en Mateo 3:17, Mateo 12:18 y 2 Pedro 1:17, me impactó el momento en que Dios Padre —quien habita en el cielo— declaró con respecto a su único Hijo, Jesucristo: «Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia».

Comprendí que, en ese instante, Jesucristo recibió honra y gloria de parte de Dios Padre; es más, habiendo recibido el Espíritu de Dios, fue empoderado para proclamar la justicia de Dios a las naciones. Al consultar un recurso bíblico en línea, descubrí que el libro de la Biblia en el que la palabra «amado» aparece con mayor frecuencia no es otro que el Cantar de los Cantares. De entre los muchos versículos que contienen esta palabra, elegí centrarme en Cantar de los Cantares 7:10. La razón de mi elección de este versículo radicaba en la reflexión de que, así como Jesús pertenece a Dios Padre —quien lo ama— y así como Dios Padre anhela a su único Hijo, Jesús, del mismo modo nosotros pertenecemos a Jesús —quien nos ama— y del mismo modo Jesús nos anhela a nosotros. Al contemplar esta verdad, hallé un profundo consuelo en mi corazón y oré para poder captar verdaderamente la magnitud —la amplitud, la abundancia y la altura— del amor del Señor dirigido hacia mí.

En segundo lugar, reflexioné sobre el libro titulado *Beloved* (o *Un ser de amor*) —el cual Yeeun había leído— y, específicamente, sobre la primera lección que ella mencionó haber aprendido de él: la revelación de que «la soledad no es algo malo». Cuando reflexiono sobre el tema de la «soledad», lo primero que acude a mi mente es la exhortación de Henri Nouwen: «Transforma el desierto solitario en un jardín de soledad». Me topé por primera vez con esta frase singular en uno de los libros de Nouwen hace unos veinte años; ha dejado en mí una impresión tan profunda y perdurable que me ha resultado imposible olvidarla y, de hecho, continúa influyéndome hasta el día de hoy. Mientras meditaba en el significado oculto tras estas palabras, mis pensamientos se dirigieron hacia Jesús, quien, a su vez, transformó el desierto solitario en un jardín de soledad. Al leer los Evangelios sinópticos, uno encuentra relatos que describen cómo Jesús, durante su ministerio público, se retiraba a un «lugar solitario» para orar (Marcos 1:35; Lucas 5:16). Aunque la mención específica de que Jesús acudía a un «lugar solitario» para orar aparece solo dos veces en el texto, era, de hecho, su costumbre habitual retirarse a tales sitios apartados para comulgar con Dios Padre. Como se afirma en Lucas 22:39: «Jesús salió, como de costumbre, hacia el Monte de los Olivos, y sus discípulos lo siguieron». Allí, Jesús dijo a sus discípulos: «Oren para no caer en tentación» (v. 40). Luego, apartándose de ellos a la distancia de un tiro de piedra, Jesús se

arrodilló y oró (v. 41): «Padre, si es tu voluntad, aparta de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya» (v. 42). Esto es precisamente lo que transforma un desierto desolado en un jardín de soledad. Aunque a veces podamos sentirnos solos —incluso en medio de una multitud— mientras seguimos el ejemplo de Jesús y realizamos la obra del Señor en este mundo, esa soledad —tal como la describió Yeeun en sus escritos— es algo que podemos pasar *con* Dios. Yo la veo como un instrumento a través del cual el Señor nos invita a un lugar donde podemos «descubrir la verdad de quiénes somos». Para aceptar esta invitación del Señor, debemos —como sugirió Yeeun— «dejar de lado nuestro ajetreo» y aprender a ver nuestro «vacío» como una oportunidad para algo mayor. Yeeun abrazó su propio sentido de vacío como una oportunidad para «abrir su corazón» y llenarlo con «algo mejor, algo verdaderamente bueno»: a saber, el amor de Dios. En resumen, solo cuando dejamos de lado nuestro ajetreo y abrazamos nuestro vacío podemos llenar verdaderamente nuestros corazones con las mejores cosas: el amor de Dios y la voluntad de Dios. Es por eso que, en el Jardín de Getsemaní, Jesús suplicó a su Padre Celestial: «Pero no se haga mi voluntad, sino la tuya» (Mateo 26:39). Finalmente —el tercer punto—, reflexioné sobre la cuarta y última revelación que Yeeun obtuvo mientras leía y meditaba sobre el libro *Beloved*: «Quiero servir a Dios con mayor alegría; no por mi propio mérito, sino por *Él* (Dios)».

Me pareció intrigante que Yeeun expresara el deseo de servir a Dios con mayor alegría; no por el mérito propio, sino por Dios mismo. La razón de ello, a mi juicio, es que si nos centramos en nuestros propios méritos, confiamos en ellos o nos jactamos de ellos, no podemos servir verdaderamente a Dios con alegría. En otras palabras, si albergamos siquiera el más leve sentimiento de tener derecho a algo basado en nuestro propio mérito, somos incapaces de servir a Dios con un corazón alegre. Una mentalidad basada en el mérito puede permitirnos disfrutar plenamente de la felicidad que proviene de la afirmación humana, pero nos impide saborear el gozo divino que solo Dios otorga. Por lo tanto, a la vez que nos mantenemos sumamente vigilantes contra una mentalidad basada en el mérito, debemos, en cambio, rebosar de una conciencia de la gracia. Cuando hacemos esto —

sirviendo a Dios mediante el poder de Su gracia— somos capacitados para servirle con aún mayor profundidad, colmados de la gratitud y la alegría que Él mismo nos proporciona.

Otro punto sobre el que deseo reflexionar concierne al relato bíblico de Marta y María (Lucas 10:38–42), al cual Yeeun hizo referencia en su escrito a través de las palabras de Henri Nouwen: «En esencia, él [Henri Nouwen] sostiene que Jesús no reprendió a Marta simplemente porque estuviera demasiado ocupada sirviéndole, sino más bien porque su propia inquietud interior alimentaba esa actividad frenética. Él sugiere que si nuestras actividades surgen de una inseguridad respecto a nuestra propia identidad, es posible que no estén sirviendo verdaderamente al Reino. Tales acciones se convierten en actos de falta de fe, impulsados por una necesidad desesperada de demostrar algo o de exhibirse ante los demás» (Yeeun). Al releer este pasaje, me llamó la atención que el comportamiento inquieto de Marta naciera de una inseguridad: una falta de firme convicción respecto a su verdadera identidad. Consideremos el caso contrario: si Marta hubiera poseído la firme convicción de ser una hija amada de Dios, jamás habría incurrido en un comportamiento tan inquieto. Su corazón no se habría visto «distraído por todos los preparativos» (v. 40). Tampoco le habría dicho a Jesús: «Señor, ¿acaso no te importa que mi hermana me haya dejado haciendo todo el trabajo a mí sola? ¡Dile que me ayude!» (v. 40, *Contemporary Korean Bible*). En resumen, si Marta hubiera poseído una convicción clara y firme respecto a su identidad —la de ser una hija amada de Dios—, no habría estado «preocupada y angustiada por muchas cosas» (v. 41); más bien, habría descubierto que «solo unas pocas cosas son necesarias —o, de hecho, solo una» (v. 42). Al igual que su hermana María, ella también habría elegido «la mejor parte»: sentarse a los pies del Señor y escuchar Sus palabras (v. 39, *Contemporary Korean Bible*). Reflexionar sobre esto me llevó a meditar en lo vital que resulta para nosotros poseer una convicción clara e inquebrantable respecto a nuestra identidad como hijos e hijas amados de Dios. Para resumirlo en una sola frase, se trata del título del libro de Henri Nouwen que Yeeun leyó: *Amado*. Si nos aferramos firmemente a la convicción: «¡Soy un hijo amado de Dios!» —un ser atesorado por Él—, entonces las acciones (o actos de servicio) que fluyen naturalmente de esa certeza de ser «amados» nunca estarán marcadas por la

inseguridad (tales como la preocupación, la ansiedad o la comparación con quienes nos rodean). En su lugar, elegiremos «la mejor parte» a los ojos del Señor: vivir una vida sentados a Sus pies, escuchando Sus palabras y obedeciéndole.

Me gustaría dar por concluida esta reflexión. En un escrito titulado «Reflexionando sobre el año pasado con *Amado*, de Henri Nouwen», Yeeun escribió lo siguiente: «En última instancia, este libro es meramente una herramienta que me ayuda a tomar conciencia, de manera más intencional, de las formas en que Dios está obrando y moviéndose a través de mi vida cotidiana. Espero que esta reflexión sirva para recordarme —tanto a mí misma como a las personas que forman parte de mi vida— que Dios es verdaderamente real (está vivo) y se encuentra activamente obrando. Él continúa sorprendiéndome a través de tales bendiciones. En gracia, Karis». Tal como ha dicho Yeeun, ¡nuestro Dios está verdaderamente vivo! Me siento colmada de pura gratitud porque nuestro Dios vivo haya elegido bendecir a Su amada hija, Yeeun, de esta manera: específicamente a través del libro de Henri Nouwen, *Amado*. Siempre que oro a Dios por mis tres hijos, elevo mis plegarias por cada uno de ellos en consonancia con el significado de sus nombres; Su nombre en inglés, «Karis», significa «gracia» en griego (un nombre que también le puse a mi primer hijo: un bebé llamado «Charis» que falleció en mis brazos). Además, su nombre coreano es «Yeeun», el cual conlleva el significado de «la gracia de Jesús». Por ello, cada vez que oro a Dios por ella, rezo así: «Oh, Dios, concede a mi amada Yeeun la lucidez para comprender verdaderamente Tu gracia, de modo que llegue a ser alguien que extienda esa gracia a los demás». Y ahora, tengo el privilegio de experimentar la gracia y la bendición de ser testigo —a través de la propia vida de Yeeun— de que Dios, en efecto, está respondiendo a esta humilde oración mía, a pesar de mi propia indignidad. Tal como mencionó Yeeun, oro para que su escrito de reflexión —titulado «Reflexionando sobre el año pasado con *Beloved*, de Henri Nouwen»—, junto con esta respuesta que he redactado tras leer sus palabras, sirva para recordarles que Dios es verdaderamente real (y está vivo) y se halla activamente obrando.

¡Debes dejar ir a tus hijos!

«¿Acaso no tienes toda la tierra ante ti? Separémonos. Si tú vas a la izquierda, yo iré a la derecha; si tú vas a la derecha, yo iré a la izquierda». (Génesis 13:9)

Entre las parejas que conozco actualmente, varias están experimentando conflictos entre suegra y nuera —lo que comúnmente se denomina «conflicto con los suegros»—. Desde la perspectiva de las nueras, esta situación suele ser profundamente angustiante. Si bien es probable que existan muchos factores que contribuyan a esta dificultad, en mi opinión, el aspecto más doloroso es el del esposo, quien vacila impotente entre su esposa y su madre. Desde la perspectiva de las esposas, resulta inevitablemente desgarrador ver cómo sus maridos —precisamente los hombres que se supone que deben ser sus compañeros— se convierten, en la práctica, en «extraños» que se ponen sistemáticamente del lado de sus madres por encima de sus esposas. Esta angustia se agrava cuando las esposas perciben que sus maridos son lo que comúnmente se denomina «hijos de mamá». Cuando una esposa observa que su marido muestra un apego y una fijación intensos hacia su madre —un apego más fuerte que el que comparte con ella—, se siente totalmente exasperada. Es posible que acabe de mantener una conversación con su marido, solo para verlo volver de inmediato a enredarse con su madre, sometiéndose obedientemente a cada una de sus palabras. Para la esposa, la sensación es como si sus entrañas estallaran de frustración; es probable que se sienta asfixiada por el excesivo apego, la fijación y el enredo que existen entre su marido y su madre. ¿Cómo, entonces, debemos resolver el conflicto resultante entre la suegra y la nuera? Más allá de este conflicto específico con los suegros, también

pueden surgir tensiones entre una nuera y los padres de su marido, o entre un yerno y los padres de su esposa. Además, dentro de la unidad familiar, existe un amplio margen para el conflicto conyugal entre los esposos, así como conflictos entre padres e hijos, o entre hermanos. Cuando nos encontramos en medio de tales conflictos, ¿qué es exactamente lo que debemos hacer? Descubrí ese principio en el pasaje bíblico de hoy —Génesis 13:9—, específicamente en una sola frase pronunciada por el tío, Abram, a su sobrino, Lot: «Apártate». Ese principio es, sencillamente, este: «Uno debe dejar ir».

Por favor, miren el texto de hoy, Génesis 13:9: «¿No está toda la tierra ante ti? Separémonos. Si tú vas a la izquierda, yo iré a la derecha; si tú vas a la derecha, yo iré a la izquierda». Estas palabras fueron dichas por el tío, Abram, a su sobrino, Lot; Abram le dijo a Lot: «Apártate de mí». ¿Por qué le dijo Abram esto a Lot? La razón era evitar que riñeran entre sí. Miren Génesis 13:8: «Entonces Abram le dijo a Lot: "Que no haya ninguna disputa entre tú y yo, ni entre tus pastores y los míos, pues somos parientes cercanos"» [(Biblia Coreana Contemporánea) «En aquel momento, Abram le dijo a Lot: "Somos parientes. No permitamos que haya ninguna disputa entre tú y yo, ni entre mis pastores y los tuyos"»]. A pesar de ser parientes, Abram y Lot, de hecho, estaban riñendo. Me parece que la disputa no era directamente entre Abram y Lot mismos, sino más bien entre los pastores de Abram y los pastores de Lot. La razón por la que creo esto es que la Versión Coreana Revisada de la Biblia afirma: «No permitamos que [ellos] riñan entre sí». En otras palabras, debido a que sus propios pastores y los pastores de su sobrino Lot estaban riñendo, Abram habló con Lot, proponiendo poner fin a la contienda entre ellos. ¿Por qué, entonces, estaban riñendo esos pastores? La razón de esto se expone en Génesis 13:6: «La tierra no era suficiente para que habitaran juntos, pues sus posesiones eran tan grandes que no podían habitar juntos» [(Versión Inglesa Contemporánea) «Abram y Lot tenían tanto ganado que los pastizales de la tierra eran insuficientes para que vivieran juntos»]. La razón por la que los pastores de Abram y los pastores de Lot riñeron entre sí fue que tanto Abram como Lot poseían rebaños tan vastos que las tierras de pastoreo en el territorio donde residían juntos resultaban, sencillamente, insuficientes para sustentar a ambos. Dicho en términos modernos y sencillos: riñeron

porque tenían demasiada riqueza; demasiadas «posesiones». De hecho, ¿acaso no es la causa fundamental de muchos conflictos familiares hoy en día, con frecuencia, la propiedad? ¿Por qué pelean los hermanos entre sí? ¿Acaso no es por los bienes de sus padres? Mientras meditaba en este pasaje, surgió una pregunta en mi mente: ¿Cómo llegaron Abram y Lot a adquirir tan grandes «posesiones» (riquezas) en primer lugar (v. 6)? En resumen, me parece que —fiel a la promesa que le había hecho a Abram (12:1–3)— Dios lo bendijo abundantemente. Incluso permitió que una severa hambruna azotara la tierra de Canaán, donde Abram vivía, impulsando así a Abram a descender a Egipto (v. 10, *Contemporary English Version*). Allí, gracias a su hermosa esposa, Sarai, Dios movió al faraón —el rey de Egipto— a tratar a Abram con gran generosidad, otorgándole ovejas, ganado, asnos, siervos y siervas, y camellos (v. 16, *Contemporary English Version*). En consecuencia, Abram se hizo sumamente rico en ganado, plata y oro (13:2, *Contemporary English Version*). Pero entonces, ¿cómo llegó el sobrino de Abram, Lot, a poseer una cantidad tan grande de ganado? Por supuesto, si bien Génesis 13:5 afirma que «Lot también tenía rebaños, manadas y tiendas», el versículo 6 añade que «la tierra no podía sustentarlos a ambos si vivían juntos, pues sus posesiones eran tan grandes» (NIV). Esto plantea la pregunta: ¿cómo llegó Lot a poseer tal abundancia de ganado? Aunque no podemos saberlo con absoluta certeza, dado que la Biblia no lo afirma explícitamente, creo que la riqueza ganadera de Lot provenía de dos fuentes: en primer lugar, es probable que heredara bienes de su difunto padre, Harán; Y en segundo lugar —ayudado además por la bendición de Dios—, es probable que recibiera un número considerable de ganado de su tío Abram, cuyos propios rebaños se habían multiplicado enormemente (véase: «No riñamos»). De hecho, Abram y Lot poseían rebaños tan vastos que sus respectivos pastores comenzaron a reñir entre sí; la razón de este conflicto radicaba en que las tierras de pastoreo del territorio donde residían resultaban insuficientes para sustentar a ambos, Abram y Lot, viviendo juntos. La «tierra donde moraban» que aquí se menciona hace referencia a la región a la que Abram entró tras salir de Egipto —llevando consigo a su esposa, a su sobrino Lot y todas sus posesiones— y tras viajar hacia el Néguev, en el sur de Canaán (versículo 1). Desde allí, «continuó su viaje hacia el norte, hasta la zona situada entre Betel y Hai: el mismo lugar

donde anteriormente había plantado su tienda y edificado un altar» (versículo 3). La palabra «anteriormente» remite aquí a Génesis 12:5-8, pasaje que relata cómo Abram —llevando consigo a su esposa Sarai, a su sobrino Lot y todas las posesiones y siervos que habían adquirido en Harán— entró en la tierra de Canaán (versículo 5). Tras recorrer la tierra hasta llegar a la Encina de More en Siquem (versículo 6) —lugar donde recibió la promesa de Dios—, Abram «edificó allí un altar» (versículo 7). Luego, «partió de allí hacia el sur y plantó su tienda entre Betel y Hai, quedando Betel al oeste y Hai al este. También allí edificó un altar y adoró al SEÑOR» (versículo 8). Fue precisamente en este lugar —donde habían adorado a Dios— donde surgió una disputa entre los pastores de Abram (el tío) y los de Lot (el sobrino) a causa de las «posesiones» (13:6) que habían recibido como bendición de Dios. ¿Cómo resolvió, entonces, Abram esta disputa, este conflicto?

Vuelva a mirar Génesis 13:9: «¿Acaso no tienes toda la tierra ante ti? Separémonos. Si tú vas a la izquierda, yo iré a la derecha; si tú vas a la derecha, yo iré a la izquierda». ¿Cómo resolvió Abram el conflicto con su sobrino Lot? Le dijo a Lot: «Déjame» (la *Modern Man's Bible* traduce esto como: «Separémonos»). ¿Fue verdaderamente fácil para Abram decirle tal cosa a su sobrino Lot? Creo, sin lugar a dudas, que no lo fue. La razón por la que pienso esto es que, según Génesis 12:4–5, cuando el Dios del Pacto le ordenó a Abram —diciendo: «Deja tu tierra natal, a tus parientes y a la familia de tu padre, y ve a la tierra que te mostraré» (v. 1, *Modern Man's Bible*)—, Abram obedeció ese mandato dejando su patria, a sus parientes y su hogar en Harán «junto con Lot». En otras palabras, dado que Abram llevó consigo a su sobrino Lot —su «pariente» (v. 1)— cuando partió de su tierra natal de Harán, creo que fue un tío que amaba a Lot muy profundamente. En particular, considerando que el hermano de Abram, Harán (padre de Lot), había muerto en Ur de los caldeos mientras su padre Taré aún vivía (11:28, *Modern Man's Bible*), y también que el propio Abram no tenía hijos porque su esposa Sarai no podía concebir (v. 30, *Modern Man's Bible*), sospecho que amaba a su sobrino Lot tan entrañablemente que lo consideraba como a su propio hijo. Sin embargo, ahora Abram le dice a Lot: «Déjame. Si tú vas a la izquierda, yo iré a la derecha; si tú vas a la derecha, yo iré a la izquierda» [(Modern Man's Bible) «Escoge la tierra que desees». Él dijo:

«Si tú vas al este, yo iré al oeste; y si tú vas al oeste, yo iré al este» (13:9)]. Aquí, el «este» se refiere a la dirección de «Hai» (v. 3), mientras que el «oeste» se refiere a la dirección de «Betel» (v. 3). Para ser más específicos con respecto a «Hai», la región hacia el este —hacia Hai— era precisamente el lugar donde se encontraban Zoar, Sodoma y Gomorra. Abram y Lot habían plantado sus tiendas y se habían establecido «entre Betel y Hai» (v. 3); mientras sus pastores apacentaban sus vastos rebaños de ganado en esta zona, Abram —deseoso de evitar cualquier conflicto adicional entre sus respectivos pastores (v. 8)— le dijo a Lot: «Por favor, sepárate de mí». Luego le propuso que, si Lot elegía ir hacia el este, él mismo iría hacia el oeste; y si Lot elegía ir hacia el oeste, él mismo iría hacia el este (v. 9). ¿Fue realmente la mejor opción para Abram hablarle a su sobrino Lot de esta manera?

Dentro de la unidad familiar, cuando surgen conflictos entre padres e hijos, sin duda no resulta una tarea fácil para los padres decirle a su hijo: «Déjame en paz». Esto es particularmente cierto tras haber convivido durante dos o tres décadas; alejar a un hijo —incluso con el fin de resolver conflictos y fomentar la armonía entre padres e hijos— constituye una empresa increíblemente difícil. Es más, si el hijo aún no ha cultivado un sentido de independencia —y si la relación entre padres e hijos se ha vuelto codependiente—, creo que, desde la perspectiva de los padres, dejar ir verdaderamente al hijo resulta prácticamente imposible. [En este contexto, la «codependencia» (o «coadicción») hace referencia a una condición conductual dentro de las relaciones interpersonales en la que una persona «facilita» o «habilita» la adicción, el abuso de sustancias, los problemas de salud mental, la inmadurez, la irresponsabilidad o el bajo rendimiento de otra persona. La característica definitoria de la codependencia es una dependencia excesiva de los demás, a menudo en un intento por obtener validación o por establecer el propio sentido de identidad. Aunque las definiciones varían, la codependencia se define generalmente como una condición conductual —que se manifiesta de forma latente, situacional o episódica— y que guarda un gran parecido con el Trastorno de Personalidad Dependiente (fuente de Internet).] Por supuesto, uno podría realizar todo esfuerzo posible por establecer una distancia física entre sí mismo y su hijo. Sin embargo,

el problema radica en lo siguiente: por muy lejos que los padres envíen físicamente a su hijo, si no logran establecer una distancia mental o emocional correspondiente, no habrán dejado ir verdaderamente al hijo. De hecho, yo sostendría que crear una distancia física sin una separación emocional puede, en realidad, conducir a un apego mental y emocional aún mayor hacia el hijo. Por esta razón, creo que resulta sumamente perjudicial —particularmente para las madres— estructurar toda su vida en torno a sus hijos. A menudo se observa esta dinámica representada en los dramas coreanos, donde una madre le dice a su hijo: «¿Tienes alguna idea de cuánto me he sacrificado por ti…?». Al ver una escena en la que una madre hablaba de su devoción —afirmando haber amado a su hijo con el máximo esfuerzo y abnegación—, me di cuenta de que, si bien ella puede creerlo sinceramente desde su propia perspectiva, ese «amor con las mejores intenciones» puede convertirse, en realidad, en una fuente de tormento angustioso para el hijo si la madre es incapaz de dejarlo ir. Esto es particularmente cierto si el hijo ya está casado y tiene esposa; si la madre todavía se aferra a su hijo, incapaz de dejarlo ir, su «mejor amor» se convierte en una carga de culpa y sufrimiento para ese hijo, atrapado como está entre su esposa y su madre. Huelga decir que la difícil situación de un hijo dividido entre su amada esposa y su amada madre es verdaderamente lamentable. Es sumamente improbable que su relación conyugal sea armoniosa. ¿Cuán angustioso debe ser para una esposa estar casada con un marido así? Imagínese los sentimientos de una esposa que ya está llorando a causa de una relación tensa con su suegra, solo para ver a su marido acercarse —aparentemente para ofrecer consuelo—, pero que luego procede a ponerse del lado de su propia madre. ¿Cómo podría ella confiar o apoyarse en un marido que es incapaz de proteger a su propia esposa, ni siquiera de su propia madre? Una madre que no logra decidirse a dejar ir a su hijo corre el riesgo no solo de arruinar la vida de ese hijo, sino también, con toda probabilidad, de destruir su matrimonio.

Cuando Abram le dijo a su sobrino Lot: «Por favor, sepárate de mí. Si tú vas a la izquierda (oeste), yo iré a la derecha; si tú vas a la derecha (este), yo iré a la izquierda» (versículo 9), Lot eligió el este. Lo hizo porque, al «alzar sus ojos y contemplar toda la región del Jordán

hasta Zoar, vio que toda la tierra estaba bien regada —como el Jardín del Señor, como la tierra de Egipto— antes de que el Señor destruyera Sodoma y Gomorra» (versículo 10). La razón de su elección fue simplemente que, a su parecer, la región oriental era un lugar donde «toda la tierra... estaba bien regada hasta Zoar» (versículo 10). Dado que poseía un gran rebaño de ganado, un lugar con un suministro de agua abundante habría parecido indudablemente —a sus ojos físicos— la elección más sensata y correcta. En particular, a los ojos de Lot, la tierra hacia el este parecía «como el jardín del SEÑOR, como la tierra de Egipto» [«La tierra era como el Jardín del Edén y como la fértil tierra de Egipto» (Modern Man's Bible)] (v. 10). Lot había tomado una decisión pragmática. A mi juicio, el criterio para su decisión fue la preservación de sus propias y abundantes posesiones (riquezas). Sin embargo, lo que no tuvo en cuenta fue que la región oriental que había elegido era un lugar donde «la gente de Sodoma era extremadamente malvada y pecaba grandemente contra el SEÑOR» (v. 13, Modern Man's Bible), y que esto ocurría «antes de que el SEÑOR hubiera destruido Sodoma y Gomorra» (v. 10, Modern Man's Bible). En consecuencia, cuando los reyes de Sodoma, Gomorra, Adma, Zeboim y Bela (es decir, Zoar) salieron a la batalla en el Valle de Siddim contra los reyes de Elam (Quedorlaomer), Goiim (Tidal), Sinar (Amrafel) y Elasar (Arioc) —y fueron derrotados—, los cuatro reyes victoriosos saquearon todas las riquezas y provisiones de Sodoma y Gomorra. En el proceso, Lot —sobrino de Abram, quien residía en Sodoma— fue tomado cautivo, y todas sus posesiones fueron también saqueadas (Gén. 14:8–12, Modern Man's Bible). Además, Lot sufrió grandemente dentro de las ciudades de Sodoma y Gomorra debido a la conducta licenciosa de individuos sin ley (2 Ped. 2:7). En otras palabras, se sentía profundamente angustiado al presenciar y escuchar las obras malvadas de los impíos día tras día (v. 8, Modern Man's Bible). Este fue precisamente el desenlace de la decisión de Lot de elegir el este. Este fue el resultado directo de la elección pragmática de Lot. Al elegir el este en un intento por salvaguardar sus posesiones (riquezas), terminó —en un sentido físico— convirtiéndose en prisionero de guerra y viendo saqueada toda su propiedad; es más, su alma justa... ...sufrió daño (v. 8). ¿Sabía Abram, de hecho, todas estas cosas cuando le dijo a su sobrino Lot: «Sepárate de mí» (Gén. 13:9)? Por supuesto, no podía haberlo sabido. Si Abram hubiera estado al tanto de

estos hechos, no se habría quedado simplemente al margen observando mientras su sobrino Lot elegía el este. Sin embargo, lo que sí podemos saber con certeza es que Abram le concedió a su sobrino Lot el privilegio de hacer la primera elección (v. 9). Y creo que él respetó la decisión de Lot. Esto significa que, cuando Lot eligió el este, Abram respetó su elección sin pronunciar una sola palabra de reproche, tales como: «¿Por qué elegiste el este?»; o: «Entiendo que lo elegiste porque la tierra, hasta llegar a Zoar, está bien regada; pero, ¿es correcto elegir el este únicamente por el bien de tu ganado?»; o: «No deberías centrarte solo en proteger tus riquezas; deberías discernir cuidadosamente la voluntad de Dios y orar antes de tomar una decisión». A menudo les he dicho algo similar a mis tres hijos: «Está bien que cometan errores y experimenten fracasos a través de sus elecciones, siempre y cuando sean capaces de aprender de esos errores y contratiempos. Sin embargo, deben aprender a asumir la responsabilidad de las consecuencias de las decisiones que toman». La razón por la que hablaba con frecuencia a mis hijos de esta manera es que, como su padre, quería respetar su autonomía a la hora de tomar decisiones. Además, parto de la premisa de que —al igual que yo— ellos pueden, inadvertidamente, tomar decisiones equivocadas y experimentar errores y fracasos; sin embargo, creo que es crucial que aprendan las lecciones que el Señor desea enseñarnos a cada uno de nosotros a través de tales experiencias amargas. Y una cosa más: deseo, no solo para mí, sino también para mis tres hijos, que lleguen a ser personas que sepan asumir su responsabilidad. Pues oro para que nos convirtamos en cristianos que, cuando tomamos una decisión equivocada y probamos las amargas consecuencias de esa decisión, no intentemos eludir el resultado, sino que aceptemos plena responsabilidad por ello. Esto... Si consideramos la situación desde la perspectiva de su tío, Abram, vemos que, debido a que Lot eligió el este, Abram fue testigo de las amargas consecuencias de esa elección: a saber, que Lot fuera tomado como prisionero de guerra y que todas sus posesiones fueran saqueadas (Génesis 14). Además, en su diálogo con Dios, Abram preguntó: «¿Acaso barrerás al justo junto con el impío? Supongamos que hay cincuenta personas justas dentro de la ciudad [Sodoma y Gomorra, donde residía Lot]; ¿destruirás entonces el lugar y no lo perdonarás por causa de los cincuenta justos que hay en él?» (18:23–24). Luego continuó negociando la cifra a la baja —

a 45, 40, 30, 20 e incluso 10— hasta que finalmente le preguntó a Dios: «¿Y si solo se encuentran diez allí?» (vv. 25–32). En ese momento, Dios respondió: «Por causa de los diez, no la destruiré» (v. 32). En última instancia, sin embargo, cuando Dios destruyó Sodoma y Gomorra —ciudades que carecían incluso de diez personas justas—, Él «se acordó de Abraham y sacó a Lot a salvo de la catástrofe» (19:29, *Modern People's Bible*). Durante este proceso, Abraham «se levantó temprano por la mañana y regresó al lugar donde había estado de pie ante el SEÑOR; y al mirar hacia Sodoma y Gomorra y toda la llanura, vio un humo espeso y negro que se elevaba desde la tierra» (vv. 27–28, *Modern People's Bible*). ¿Cuáles habrán sido los sentimientos de Abraham en ese momento? Así pues, debido a que Abraham le había concedido generosamente a su sobrino Lot la primera elección (13:9), se vio obligado a presenciar la magnitud total de las amargas consecuencias que Lot sufrió como resultado de esa decisión. Si Abraham hubiera sabido de antemano que la elección del Este por parte de Lot lo llevaría a experimentar tal amargura en la vida… ¿qué, entonces, podría haberlo llevado a elegir el Oeste? Quizás esto refleje el verdadero corazón de un padre: «Es mejor para mí soportar el sufrimiento yo mismo que quedarme al margen y ver sufrir a mi hijo». Sin embargo, ¿constituye esto verdaderamente amar al propio hijo con el amor de Dios? Por supuesto, el amor de Dios es un amor sacrificial; uno tan profundo que permitió que Su Hijo unigénito, Jesucristo, muriera en la cruz en nuestro lugar. Pero, ¿es verdaderamente el amor de Dios de una naturaleza tal que no respeta las decisiones que tomamos nosotros —Sus propios hijos? Aunque Abraham tal vez no haya previsto las consecuencias de la decisión tomada por su amado sobrino, Lot, ¿acaso Dios Padre no nos ama lo suficiente como para respetar nuestras decisiones —incluso aquellas que son desacertadas—, a pesar de conocer a la perfección las consecuencias que estas traerán consigo?

Después de concluir hoy nuestro servicio de oración matutino del sábado, dediqué un tiempo a orar a solas; reflexionando sobre el mensaje que Dios había puesto en mi corazón, le elevé oraciones con respecto a mí mismo, a mi amada esposa y a nuestros tres hijos. Le pedí a Dios, con fe, que me concediera la gracia de soltar a mi amada esposa e hijos, de

entregarlos a Su cuidado. Por supuesto, mi querida esposa y yo seguiremos compartiendo nuestras vidas juntos en esta tierra hasta que la muerte nos separe; sin embargo, le oré a Dios para tener la fe necesaria para «despedirla» —para entregarla a Su protección— cada vez que ella se dirija a las montañas, donde tanto le gusta correr, hacer senderismo o incluso escalar rocas. Como he mencionado muchas veces antes, si bien Hebreos 11:6 afirma: «Sin fe es imposible agradar a Dios», para mí la aplicación personal es: «Sin fe, me resulta imposible apoyar a mi esposa». *[Risas]* Pero hablando en serio: ¡imaginen cómo debo sentirme yo, como su esposo, cuando ella regresa a casa y me cuenta historias sobre sus carreras por las montañas y sus encuentros con pumas o osos! *[Risas contenidas]* ¿Y cómo creen que se me estruja el corazón cuando veo noticias en internet sobre mujeres que hacen senderismo solas y pierden la vida, o sobre grupos de personas que perecen mientras escalan rocas? *[Suspiro]* No obstante, sigo apoyando a mi amada esposa al encomendarla —una y otra vez, con fe— en las manos de Dios. En cuanto a mi amado hijo, Dylan, el Señor ha puesto en él un corazón para el ministerio; actualmente se desempeña como miembro del personal a tiempo completo en el mismo ministerio cristiano universitario en el que participó durante sus años de estudio. Su periodo de servicio de un año está programado para concluir a finales de este mes de julio, pero ha decidido extender su compromiso por un año más. En medio de esta labor ministerial, Dylan también mantiene una relación sentimental con una joven a la que ama. Creo que están próximos a cumplir su tercer aniversario juntos. Al parecer, tiene la intención de casarse con esta joven hermana en Cristo. En consecuencia —y en parte debido a que el Ministerio en Inglés de nuestra iglesia carece actualmente de miembros femeninos—, ha decidido, tras mucha oración y consideración hacia su novia, que este próximo domingo será su último domingo adorando con nosotros en nuestra iglesia. La semana pasada, mi esposa y yo informamos al ministro a cargo del ministerio en inglés de nuestra iglesia que este próximo domingo sería nuestro último domingo con la congregación. Mis dos hijas ya asisten juntas a una iglesia diferente, y ahora mi hijo, Dylan, también se marcha de nuestra iglesia. Respeto la decisión de mi amado hijo y apoyo plenamente su elección de dejar la iglesia donde yo sirvo (aunque, por supuesto, mi madre puso objeciones, ¡o al menos eso pareció! Probablemente ni

siquiera ahora esté de acuerdo con ello; ¡ja, ja!). Mi querida hija, Yeri, ha estado increíblemente ocupada últimamente. Su novio viajó desde otro estado hasta aquí, al sur de California, y lleva unas dos semanas alojándose en casa de un pariente. Parece que Yeri va allí todas las mañanas; los dos pasan todo el día juntos en citas y, probablemente, no regresan a casa hasta altas horas de la madrugada (¡ya que mi esposa y yo solemos estar profundamente dormidos para entonces!). Para que conste, resulta que este joven es hijo único. A nuestro juicio —el de mi esposa y el mío—, es un joven que aún no ha alcanzado la independencia de sus padres. Parece ser un hijo muy obediente; de hecho, dio la impresión de que incluso pidió permiso a sus padres antes de reunirse con mi esposa y conmigo el domingo pasado. Al enterarse de esto, fue natural que mi esposa sintiera cierta inquietud. Naturalmente, yo también tengo mis preocupaciones, especialmente cuando considero la dinámica matrimonial de otras parejas —que incluyen a hijos únicos— que han enfrentado conflictos con sus suegras. Sin embargo, durante mis oraciones de esta mañana, encomendé a Yeri a las manos de Dios. Dado que Dios ama a Yeri más profundamente que nadie, he decidido una vez más respetar sus elecciones y seguir ofreciéndole mi apoyo inquebrantable a través de la fe. También encomiendo el futuro de su relación —sea cual sea— enteramente a Dios. Incluso si nuestras preocupaciones actuales llegaran a materializarse en la realidad, yo seguiría depositando mi confianza en Dios; por lo tanto, elijo confiar en Yeri, respetar sus decisiones y —independientemente de las consecuencias que esas elecciones puedan acarrear— entregarlo todo a Dios. Esa fue la oración que le ofrecí esta mañana. Siempre que pienso en mi amada hija menor, Yeeun, y oro por ella, no puedo evitar elevar oraciones de acción de gracias a Dios. La razón es que yo había suplicado fervientemente a Dios Padre —llegando incluso a ofrecer entregar mi propia vida física al Señor— con tal de que Él concediera la salvación a Yeeun; y hace apenas unos meses, Dios, en efecto, le concedió esa salvación. Tras ingresar en la universidad, ella comenzó a percibir el amor de Dios a través de la comunión cristiana en la iglesia a la que asiste junto con su hermana mayor, Yeri. Al tener un encuentro personal con el Señor Jesucristo —llegando incluso a compartir su testimonio conmigo mientras íbamos en el coche—, simplemente no pude contenerme de dar gracias a Dios. En el futuro, si es la voluntad del Señor, es probable

que Yeeun encuentre un novio y, con el tiempo, contraiga matrimonio; también este asunto trascendental lo encomiendo enteramente a las manos de Dios. En mi corazón, ya he dejado ir a mis tres hijos hacia el mundo; aunque sigo librando una lucha interna conmigo mismo respecto a diversos asuntos, en esos momentos me esfuerzo por orar —confiando en Dios— para así poder depositar mi confianza en mis hijos, respetar sus decisiones y encomendarle a Él todos los resultados.

Me gustaría concluir aquí mi reflexión bíblica. El sábado pasado, tras el servicio de oración matutino, escribí una reflexión centrada en Génesis 13:8 bajo el título «No riñamos entre nosotros (1)», y la compartí en diversos lugares. Sin embargo, después del servicio de oración de esta mañana, decidí modificar aquel título para dejarlo simplemente como «No riñamos entre nosotros». La razón de este cambio es que, para la reflexión de hoy, elegí el título «¡Debemos dejar ir a nuestros hijos!» en lugar de «No riñamos entre nosotros (2)». Elegí este título porque he observado —y sigo observando— el sufrimiento que padecen los hijos casados cuyos padres (¿particularmente las madres, tal vez?) no han logrado dejarlos ir con fe. Me duele el corazón, en particular, cuando pienso en cierta hermana: una que estaba tan profundamente afligida por el conflicto con su suegra que lloró abiertamente delante de mí (y, sorprendentemente, incluso el hermano de su esposo derramó lágrimas ante mí, un completo desconocido en aquel entonces... *snif*). Observo a otra pareja donde, a mi juicio, un conflicto de larga data entre la suegra y la nuera ha ejercido una influencia profundamente negativa sobre la propia relación conyugal. En ese caso también, creo que la suegra viuda —incapaz de entregar a su único hijo a su propia vida con fe— está infligiendo inadvertidamente un gran sufrimiento a la familia de su hijo. También recuerdo una conversación con otra hermana más —la esposa de una tercera pareja— quien me confió que simplemente no lograba comprender la naturaleza de la relación entre su esposo y la madre de este. Tengo entendido que, posteriormente, una grave crisis envolvió su hogar tras una fuerte discusión entre la pareja; una crisis que, de hecho, siguen padeciendo hasta el día de hoy. La situación era tan crítica que, en medio de esta turbulencia familiar, el hermano del esposo llegó incluso a contactarme personalmente para confesarme que estaba

contemplando el suicidio. La razón por la que he esbozado a grandes rasgos la situación de estas tres parejas de mi círculo cercano es la siguiente: cada vez que reflexiono sobre las familias que sufren porque los padres —específicamente las madres— son incapaces de entregar a sus hijos (particularmente a los hijos únicos varones) a sus propias vidas mediante la fe, siento una convicción urgente y desesperada. Por ello, he elegido el siguiente título para esta meditación bíblica: «¡Debes dejar ir a tus hijos!». Por supuesto, la razón principal por la que aplico esta meditación primero a mí mismo es que yo también deseo emular a Abraham: el «Padre de la Fe». Así como él dejó ir a su amado sobrino Lot mediante la fe, yo he dejado ir a mis propios tres hijos hacia sus vidas independientes; sigo dejándolos ir incluso ahora, y tengo la intención de seguir haciéndolo en el futuro. Eso será, por supuesto, hasta el día en que reciba el llamado del Señor; momento en el cual, ¡seré *yo* quien se marche! *[Risas]* Hasta ese momento, como cabeza de mi hogar —y como aquel a quien se le confió la responsabilidad de criar a la esposa y a los tres hijos que el Señor, en Su gracia, me había otorgado como dones— me comprometí, mediante la fe en Dios, a la acción de enviarlos fuera. Así como Abraham envió lejos a Lot —y así como Dios destruyó posteriormente Sodoma y Gomorra, las tierras orientales que Lot había elegido, debido a que sus habitantes eran malvados y grandes pecadores a los ojos de Dios—, así también Dios Padre envió a Su Hijo unigénito, Jesucristo —a quien Él ama y en quien se deleita— a este mundo; un lugar habitado únicamente por aquellos que son malvados y grandes pecadores ante Dios. Aunque Lot eligió las tierras orientales sin percatarse de cuán verdaderamente malvadas y pecaminosas eran las personas de Sodoma y Gomorra, Jesucristo, el Hijo de Dios, vino a este mundo pecaminoso y malvado —plenamente consciente de que era un mundo repleto de maldad humana y de que todo plan concebido en el corazón humano es, de continuo, malvado (Gén. 6:5)— y, voluntariamente, entregó Su propia vida en la cruz por amor a nosotros (1 Juan 3:16). En aquel momento, mientras pendía de la cruz, Jesús clamó a gran voz: «¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has desamparado?» (Mat. 27:46); sin embargo, Dios Padre apartó Su rostro de la voz de Su amado Hijo. Dios Padre nos ama tan profundamente que estuvo dispuesto a apartarse incluso de Él. Por lo

tanto, confiando en este mismo amor de Dios, envío ahora a Dylan, a Yeri y a Yeeun; a quienes amo con ese mismo amor divino.

«Conviértase en un padre que envía»

Aquí, en el campo misionero, son actualmente las 3:10 a. m. de un sábado. Me desperté a las 2:30 a. m. ayer, y nuevamente alrededor de la 1:30 a. m. hoy; después de hacer una videollamada con mi esposa, medité en la Palabra de Dios y compartí algunas breves reflexiones devocionales a través de diversas plataformas. Luego, preguntándome si podría encontrar algún buen artículo cristiano para leer, busqué en varios sitios web cristianos. Inmediatamente me topé con un artículo titulado «Conviértase en un padre que envía», y me gustaría compartir aquí algunas de mis reflexiones al respecto:

1. Creo —tal como argumenta el autor de este artículo— que los padres deben ser «padres que envían».

2. Aplicando esto a nuestras propias vidas en este preciso momento, mi esposa y yo debemos enviar a nuestra amada hija, Yeri, muy lejos, a Japón, a finales de junio. La razón es que Dios ha llamado a Yeri y la está enviando a Japón para realizar labor misionera.

3. En resumen: dado que Dios está enviando a nuestra amada hija Yeri, mi esposa y yo también la estamos enviando.

4. Sin embargo, al enviarla, mi esposa y yo debemos hacerlo con fe. Como sus padres, no debemos despedirla hacia el lejano Japón por un año albergando preocupaciones y ansiedades anticipadas. Como padres que confían en Dios, debemos encomendarla a Él y enviarla con fe.

5. Además, algún día —en el tiempo perfecto de Dios— no solo Yeri, sino también Dylan y Yeeun, se casarán en el Señor; y llegado ese momento, también tendremos que dejarlos ir.

6. Por ejemplo, parece que nuestro amado hijo, Dylan, planea casarse en algún momento del próximo año; cuando llegue ese momento, mi esposa y yo deberemos dejarlo ir con fe. Si se casa con su novia el próximo año, tendremos que dejarlo ir no solo en un sentido físico (aunque ya se ha mudado de nuestro hogar y lleva varios años viviendo por su cuenta), sino también en un sentido emocional y mental. Este proceso implica que nosotros —como pareja que confía en Dios— extendamos esa misma confianza hacia Dylan a través de la fe.

7. Nuestra hija menor, Yeeun —al igual que su hermano mayor, Dylan, y su hermana mayor, Yeri— también ha comenzado a vivir físicamente separada de nosotros al marcharse a la universidad. De hecho, al despedir a nuestros tres hijos rumbo a la universidad, nosotros, como sus padres, los entregamos al mundo mediante la fe. Además, Yeeun tiene previsto realizar un viaje misionero de una semana este próximo mes de julio. Por lo tanto, mi esposa y yo tenemos la intención de despedir a Yeeun en este viaje misionero con ese mismo espíritu de fe.

8. Si mal no recuerdo, la primera vez que mi esposa y yo comenzamos verdaderamente a soltar a Dylan, Yeri y Yeeun fue cuando eran adolescentes. La razón de ello fue que, mientras transitaban por los «dolores de crecimiento» de la adolescencia, naturalmente empezaban a distanciarse de nosotros. Considero que esto es tanto inevitable como totalmente normal. Si mi esposa y yo —en nuestro papel de padres— hubiéramos fallado en dejarlos ir gradual y naturalmente en esa etapa, y en su lugar hubiéramos seguido viéndolos como bebés o tratándolos como niños de primaria, habríamos intentado constantemente mantenerlos confinados dentro de nuestro abrazo. No creo que eso constituya una crianza saludable.

9. Tal como observó el autor de este artículo, así como Dios Padre envió a Su Hijo unigénito, Jesús, a este mundo pecaminoso, creo que nosotros, como padres, también debemos estar dispuestos a enviar a nuestros hijos al mundo mediante la fe.

10. Ahora, con la llegada inminente de septiembre —y dado que nuestro amado hijo, Dylan, tiene la intención de asistir al seminario— mi esposa y yo nos estamos preparando para despedirlo rumbo a la escuela teológica con fe. Para finales de junio, enviaremos a nuestra amada hija, Yeri, muy lejos, a Japón. Y en julio, despediremos a nuestra hija menor, Yeeun, en su viaje misionero de una semana; una vez más, mediante la fe. Luego, en el propio tiempo de Dios —cuando nuestros tres hijos finalmente se casen— mi esposa y yo los despediremos con fe. Y más tarde aún, si esa fuera la voluntad de Dios —y, de nuevo, en Su propio tiempo— esos mismos tres hijos nos despedirán a mi esposa y a mí (sus padres) rumbo al Cielo, ¡con fe! Jaja.

Sobre las relaciones románticas y el matrimonio de nuestros amados hijos...

Ayer, temprano en la mañana del domingo, intercambié mensajes a través de KakaoTalk con mi amada hija, Yeri, quien se encuentra actualmente en Japón. El tema de esa conversación podría describirse como las relaciones románticas. Más tarde esa misma mañana —aún domingo— un querido amigo mío, colega pastor, visitó nuestra iglesia; antes de que compartiera la Palabra de Dios durante el servicio dominical, tuvimos una preciosa conversación en el estudio de la iglesia, durante la cual también hablamos sobre el tema de los matrimonios de nuestros hijos. En ese momento, me impactó la idea de que la conversación que había tenido con Yeri, más temprano esa mañana, con respecto a las relaciones románticas, no era una mera coincidencia; también dirigió mis pensamientos hacia el próximo matrimonio de mi amado hijo, Dylan, y Jessica. Luego compartí estas reflexiones en una conversación sincera con mi amada esposa esta mañana, lunes. El tema central que subyace a todas estas conversaciones es precisamente este: "Sobre las relaciones románticas y el matrimonio de nuestros amados hijos". Por lo tanto, me gustaría plasmar por escrito aquí los detalles de estas conversaciones, intentando organizar mis pensamientos punto por punto:

1. Los caminos del obrar de Dios son verdaderamente fascinantes. Creo que la conversación que tuve con mi amigo pastor —la cual ocurrió inmediatamente después de mi charla con Yeri— no fue una coincidencia, sino más bien un diálogo que se desarrolló bajo la voluntad soberana de Dios. Además, fue una alegría encontrarme en total acuerdo y

profunda empatía con mi esposa mientras conversábamos juntos sobre el contenido de dichas conversaciones.

2. Creo que, a través de estas conversaciones, se han suscitado en mí ciertas revelaciones y que hay lecciones específicas que Dios tiene la intención de enseñarme.

3. En primer lugar, uno de los puntos que acudió a mi mente es este: como padre y madre de tres hijos, es totalmente natural —y, de hecho, existen motivos más que suficientes— que mi esposa y yo abriguemos inquietudes y preocupaciones con respecto a las relaciones románticas y los matrimonios de nuestros hijos. Es más, me doy cuenta de que estas mismas inquietudes y preocupaciones bien podrían convertirse en realidades aún más tangibles a medida que avanzamos hacia el futuro.

4. Otro pensamiento que se me ocurrió es el siguiente: desde la perspectiva de un padre, es totalmente posible que no estemos del todo complacidos —o que no aprobemos plenamente— a la persona con la que nuestro hijo está saliendo actualmente. Sin embargo, lo que resulta aún más intrigante es que —incluso si nosotros, como padres, llegamos a simpatizar con la persona con la que sale nuestro hijo— es posible que no necesariamente estemos complacidos con los padres, las circunstancias o los antecedentes de esa persona. (Un amigo pastor me comentó en una ocasión que la naturaleza de la relación entre la futura cónyuge de mi hijo y su propio padre reviste una importancia capital. En otras palabras, la dinámica padre-hija es crítica. Si la mujer con la que mi hijo tiene la intención de casarse mantiene una relación tensa con su padre —habiendo sufrido heridas emocionales profundas y significativas a manos de este—, entonces, si llegara a casarse con mi hijo, su propia relación conyugal podría resultar sumamente difícil. En consecuencia, al escuchar las palabras de mi amigo, me sentí impulsado a reflexionar sobre mi propia relación con mis hijas, Yeri y Yeeun. Aplicando este mismo principio a mis hijas, creo que es igualmente importante considerar la naturaleza de la relación entre el hombre con el que salen y la madre de este. Si la relación de él con su madre es disfuncional —si, por ejemplo, es un

«niño de mamá»—, entonces, si llegara a casarse con mi hija, ella podría enfrentar dificultades no solo en su relación con él, sino también al tener que lidiar con la compleja dinámica entre ella y su suegra). Dadas tales circunstancias o entornos, creo que es totalmente natural —y, de hecho, justificable— que sintamos una profunda ansiedad y preocupación ante la idea de que nuestra amada hija termine casándose y entrando en una situación de este tipo junto al hombre que ama.

5. Desde una perspectiva paterna, es posible que nos sintamos seguros de que algunos de nuestros hijos —habiendo alcanzado cierto nivel de madurez— serán capaces de gestionar de manera independiente y exitosa sus relaciones románticas y sus futuros matrimonios; sin embargo, con respecto a otros hijos a quienes percibimos como todavía algo inmaduros, resulta natural que albergemos cierto grado de ansiedad o inquietud.

6. Si nosotros, como padres, percibimos que nuestro hijo es demasiado inmaduro —tan profundamente encaprichado con su pareja romántica que pierde el sentido de la razón y está a punto de actuar de manera imprudente—, habremos aprendido una lección vital: debemos aconsejar y amonestar con sabiduría a nuestro amado hijo para evitar que incurra en conductas potencialmente peligrosas de esa índole. (Tal intervención podría, por ejemplo, implicar animar a nuestro hijo a mantener cierta distancia física de la persona con la que está saliendo. Sin embargo, es sumamente improbable que un hijo, al escuchar el consejo o la admonición de sus padres, acceda de buena gana a distanciarse de la persona que ama). Creo que esta es una lección que, de ninguna manera, resulta fácil de poner en práctica. De hecho, estoy convencido de que llevar esta lección a la acción es, en realidad, imposible sin la ayuda de Dios. (Por ejemplo, en última instancia, es Dios quien debe intervenir —quizás incluso orquestando circunstancias que generen distancia física entre nuestro hijo y su pareja sentimental— para que dicha separación llegue realmente a consumarse). En este sentido, reconocemos que, como padres, tenemos una necesidad imperiosa de la ayuda de Dios.

7. En definitiva, al reflexionar una vez más sobre mis conversaciones con mi amada hija, con un amigo pastor y con mi esposa, la conclusión personal a la que he llegado es la siguiente: como padre de tres hijos, debo poseer la fe necesaria para creer que el Señor —quien ama a nuestros hijos incluso más que nosotros, y de hecho los ama por encima de todo— tomará el control de sus relaciones sentimentales y de sus futuros matrimonios, llevando a feliz término Su voluntad buena, perfecta y agradable. (Por supuesto, mi esposa debe compartir esta misma fe). Manteniéndonos firmes sobre este sólido fundamento de fe —y confiando en la ayuda de Dios—, creo que mi esposa y yo debemos servir y apoyar humildemente a cada uno de nuestros hijos en sus relaciones sentimentales y en sus matrimonios, proveyendo todo aquello que sea necesario en cada momento, guiados por la sabiduría y el discernimiento espiritual que Dios nos concede, y siguiendo la dirección del Espíritu Santo. A lo largo de este proceso, creo que nuestra prioridad primordial consiste en encomendar humildemente —y con fe— al Señor cada preocupación, ansiedad e inquietud que pese sobre el corazón de mi esposa y sobre el mío. Además, a medida que mi esposa y yo depositamos nuestra confianza y dependencia, cada vez con mayor firmeza, en Dios, oro para que podamos cumplir con sabiduría y fidelidad nuestras importantes responsabilidades como padres; guiados por el Espíritu Santo, quien bondadosamente nos brinda asistencia oportuna en lo referente al matrimonio de nuestro amado hijo Dylan y Jessica, a las relaciones sentimentales de Yeri y Chris y —llegado el momento— también a la futura relación sentimental de Yeeun.

Mi perspectiva sobre los matrimonios de mis hijos

Mi esposa y yo hemos llegado a una edad en la que el momento de que nuestros hijos contraigan matrimonio parece acercarse cada vez más. Entre las parejas de nuestro círculo social que son ligeramente mayores que nosotros, ya hay algunas cuyos hijos mayores no solo han contraído nupcias, sino que incluso han formado sus propias familias. Hoy, mientras hablaba por teléfono con mi amado hijo mayor, Dylan, mantuvimos una conversación acerca de su futuro matrimonio. Basándome en esa conversación —así como en las inquietudes compartidas por padres de nuestra generación que ya tienen hijos casados—, me gustaría exponer mi perspectiva personal sobre este asunto. Es mi sincera esperanza que estas reflexiones puedan resultar, en alguna pequeña medida, beneficiosas para los futuros matrimonios de todos nuestros hijos:

1. Como padre, les he dicho a Dylan, Yeri y Yeeun —reiteradamente desde que estaban en la escuela secundaria— que, al orar y buscar a un futuro cónyuge, deseo que prioricen el "carácter" (naturaleza o personalidad) de su pareja como su criterio principal de selección. Además, enfaticé a mis hijos que, entre los diversos aspectos del carácter, la "veracidad" reviste una importancia particular. Les dije: "Si, durante el noviazgo, descubren —especialmente si ocurre de manera reiterada— que su pareja les ha mentido, deben reconsiderar seriamente si deben continuar con esa relación".

2. La razón por la que he vuelto a reflexionar sobre esto es mi convicción de que, si nuestros hijos llegaran a cometer un error al elegir a su cónyuge —y se percataran de ese error más adelante—, las consecuencias de tal decisión serían, inevitablemente, profundamente graves. Uno de los aspectos más serios de dicha situación es que el

sufrimiento no se limita únicamente a la relación de la pareja; por el contrario, los problemas dentro de ese matrimonio provocan, inevitablemente, un profundo dolor y angustia en los padres de ambas familias. Es más, los hermanos de la pareja casada también podrían verse expuestos al sufrimiento como consecuencia de ello. Por lo tanto, si bien es ciertamente importante que nuestros hijos oren a Dios con respecto a sus futuros cónyuges mientras recorren su camino de fe, creo que es igual —si no más— de importante que nosotros, los padres, eduquemos a nuestros hijos de tal manera que puedan discernir, con ojos de fe, al cónyuge que Dios ha preparado para ellos, y tomar la decisión correcta basándose en principios sólidos y piadosos.

3. Incluso si nosotros, los padres, oramos fervientemente a Dios por los matrimonios de nuestros hijos y nos dedicamos a criarlos bien, no parece haber una garantía absoluta de que, a fin de cuentas, nuestros hijos elijan a sus futuros cónyuges con sabiduría. En consecuencia, si nuestros hijos toman una decisión que, a los ojos de nosotros —padres creyentes—, parece ser un error —una elección inapropiada de cónyuge—, entonces el sufrimiento resultante no recae únicamente sobre nuestros hijos; nosotros, los padres, nos vemos inevitablemente obligados a compartir también ese sufrimiento. Si descubrimos que nuestros hijos casados están soportando dificultades persistentes y angustia en su relación conyugal, el dolor que nosotros mismos experimentemos será increíblemente difícil y arduo de sobrellevar. No obstante, creo que, incluso a través de un sufrimiento tan profundo, Dios utiliza estas pruebas para refinarnos y fortalecernos a nosotros, los padres, de diversas maneras.

4. Hoy, mientras conversaba con Dylan, le expliqué que cuando un novio pecador y una novia pecadora se unen en matrimonio —convirtiéndose en "una sola carne" para establecer y compartir un hogar—, un Dios santo inevitablemente sacará a la luz sus pecados con aún mayor claridad. Precisamente por esta razón —le dije—, la gracia de Dios se necesita con mucha más urgencia dentro de la relación conyugal (Romanos 5:20). También enfaticé que, si bien prepararse para la ceremonia de boda en sí es ciertamente

importante, lo que verdaderamente importa comienza *después* de que la ceremonia ha concluido. Por lo tanto, le señalé que prepararse para el *matrimonio* en sí es mucho más significativo que simplemente prepararse para la *boda*. En el contexto de este proceso de preparación, compartí con Dylan: "Si bien los consejos de personas casadas, recibidos aquí y allá, son valiosos, en la experiencia de tu padre, los libros sobre el matrimonio han sido —y siguen siendo— una ayuda inmensa para fortalecer la relación entre tu madre y yo". Mientras conversábamos, compartí con Dylan mis reflexiones sobre el libro *Love & Respect* —un ejemplar del cual le había regalado a Jessica, su prometida, durante la cena que celebramos con motivo del cumpleaños de Dylan el año pasado.

5. Al parecer, Dylan y Jessica ya han decidido el lugar y la fecha para su boda; sin embargo, parece haber un límite en el número de invitados que pueden convocar (debido a las restricciones de aforo del recinto). En consecuencia, le dije a Dylan: «No se preocupen por mamá y papá; tú y Jessica simplemente sigan adelante e inviten a quien deseen». La razón por la que dije esto es que, allá por diciembre —durante la cena que compartí con Dylan, Jessica, mi esposa y Yeeun para celebrar el cumpleaños de mi esposa—, yo había sugerido que sería maravilloso si pudieran encontrar un lugar espacioso con capacidad para albergar a un gran número de invitados. No obstante, esa era meramente mi opinión personal y, dado que los deseos de Dylan y Jessica son lo que verdaderamente importa, hoy animé a Dylan a que asumiera él mismo el control total de la lista de invitados. La razón por la que comparto esta anécdota en particular es que, como padres de Dylan, mi esposa y yo consideramos esencial que yo —en mi calidad de padre— tomara la iniciativa de establecer, de manera sabia y clara, unos límites saludables. En el pasado no había logrado hacerlo muy bien, pero hoy, por fin, marqué ese límite para Dylan. Confío en que Dylan y Jessica se encargarán de todo de maravilla por su cuenta. Y puesto que deposito mi confianza en Dios, deseo depositar una confianza aún mayor también en Dylan.

Nuestro hogar, edificado cada vez con mayor firmeza mediante la sabiduría

«Con sabiduría se edifica una casa, y con entendimiento se afirma; con conocimiento se llenan sus habitaciones de toda clase de tesoros raros y hermosos» (Proverbios 24:3-4).

El 1 de enero de 2024 —el primer día del Año Nuevo— medité sobre las palabras de Proverbios 24. Al hacerlo, escribí una breve reflexión devocional; centrándome en el pasaje de hoy —Proverbios 24:3-4 (según la versión de la *Modern People's Bible*)— escribí lo siguiente: «Al dar la bienvenida al Año Nuevo de 2024, oro fervientemente para que nuestro hogar sea edificado cada vez con mayor firmeza mediante la sabiduría, y sea colmado de toda clase de tesoros raros y hermosos. Oro para poder lograr esto sirviendo a mi familia —mi amada esposa y mis tres hijos, a quienes el Señor me ha dado como dones de gracia— con la sabiduría, el entendimiento y el conocimiento que Dios provee». Hoy deseo dividir esta breve reflexión devocional en tres partes, buscando recibir la gracia y las lecciones que Dios imparte a través de ellas.

En primer lugar, me dedico a cumplir mi ministerio dentro del hogar, resolviendo no olvidar jamás —sino recordar constantemente— el hecho de que Dios me ha dado a mi amada esposa y a mis tres hijos como dones de gracia.

Reconozco que soy indigno de ser esposo para mi esposa, y que carezco de las cualidades necesarias para ser padre de mis tres hijos; sin embargo, debido a que Dios me ama, creo que Él me ha concedido a mi esposa y a mis hijos como dones de gracia. Teniendo esta verdad firmemente presente, oro para poder llevar a cabo mi ministerio dentro del hogar a lo largo de este año venidero, dependiendo enteramente de la gracia que Dios provee. En particular, me aferro a las palabras de 2 Corintios 3:5 (de la *Nueva Traducción*): «No creemos poseer la competencia para realizar tales cosas por nosotros mismos; más bien, nuestra competencia proviene de Dios». En segundo lugar, oro para poder servir a los amados miembros de mi familia con la sabiduría que Dios provee.

El lema de la Iglesia Presbiteriana Victory para el nuevo año 2024 es: «Señor, amplía el alcance de nuestro servicio». El versículo bíblico que acompaña a esta reflexión es Juan 13:15: «Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis». Aquí, la acción que Jesús realizó para sus discípulos se refiere al lavamiento de sus pies (v. 14). Habiendo sentado así el ejemplo, Jesús dijo a sus discípulos: «Pues si yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros» (v. 14). Emulando este acto de Jesús, oro para poder comenzar sirviendo a mi esposa. Esto es lo que es justo a los ojos del Señor. Para realizar este acto de justicia, lo que verdadera y desesperadamente necesito es, por supuesto, el amor de Dios; pero también necesito la humildad de Jesús.

Durante el sermón del domingo pasado, aprendimos que la «humildad» es el tercer elemento en la lista de cinco virtudes que constituyen el «nuevo yo» del cual debemos revestirnos (Colosenses 3:12). En este contexto, la «humildad» significa ponerse uno mismo en último lugar y considerarse como la persona menos importante (Comentario de la KJV). Al igual que el apóstol Pablo, deseo comprender —con una claridad y urgencia cada vez mayores— que soy una persona verdaderamente insignificante. Solo entonces seré capaz de emular a Jesús y servir a los miembros de mi familia. Además de la «humildad», lo que desesperadamente necesito para servir a mi familia es la «sabiduría» que proviene de Dios.

Al dar la bienvenida al año nuevo, me sentí avergonzado con solo mirar retrospectivamente un único día —el 1 de enero— y ver cuán neciamente había hablado y actuado. En particular, sentí un profundo remordimiento de conciencia al darme cuenta de que mis labios habían sido los labios de un necio. Posteriormente, mientras meditaba hoy —2 de enero— en el capítulo 25 de Proverbios, escribí esta breve reflexión, centrándola en el versículo 15 tal como aparece en la *Modern People's Bible*: «Necesito una lengua apacible, capaz de quebrar incluso los huesos, y una persuasión paciente, capaz de hacer cambiar de parecer incluso a los corazones más obstinados». Al poner este pasaje como espejo ante mi propia vida, no puedo negar que a mis labios a menudo les ha faltado apacibilidad y que —debido a mi propia falta de paciencia— mis palabras con frecuencia han carecido de poder de persuasión. Además, al reflexionar sobre Proverbios 24:25 (también de la *Modern People's Bible*), pasaje que medité ayer, vislumbré mi propia necedad; pues, incluso después de declarar que —al dar la bienvenida al Año Nuevo de 2024— deseo ser reprendido —con valentía y sin reservas— por la Palabra de Dios, todavía me encuentro quedándome corto. Oro para que mi corazón endurecido sea reprendido con firmeza —golpeado como si fuera por un martillo— y para que, a través de las punzadas de una conciencia punzante, aquellas partes de mi ser que primero deben ser derribadas se desmoronen por completo. Solo entonces podré ser edificado de manera adecuada y más firme en el Señor. Y creo que, solo entonces, mi esposa y mis hijos también serán edificados con mayor firmeza.

Finalmente —y en tercer lugar— oro para que el Señor establezca con solidez a nuestra familia, llenando nuestro hogar de toda clase de tesoros preciosos y hermosos.

Al reflexionar sobre Proverbios 25:4 (de la *Modern People's Bible*), pasaje que medité esta mañana, elevé una oración: que el Señor continúe purgando de mi interior toda impureza, incluso si ello requiere someter mi vida a crisis y sufrimientos semejantes a un «gran terremoto». Pues creo que solo de este modo el Señor llenará nuestro hogar de toda clase de tesoros preciosos y hermosos. Oro para que, al obedecer la Palabra de Dios, toda nuestra familia no solo vea nuestro hogar firmemente establecido sobre la roca, sino que cada uno

de nosotros se convierta también en un sabio mayordomo de nuestro hogar, atesorando abundantes riquezas en el cielo.

Mi madre de fe

Martes por la mañana, 14 de marzo de 2023.

Ayer por la mañana —lunes— recibí noticias de mi amada hermana menor de que la salud de mamá había empeorado, lo que la llevó a llamar al 911 y solicitar una ambulancia. Al darme cuenta de que probablemente ya se había despachado una ambulancia, me alisté apresuradamente; tras informar de la noticia a mi hermano mayor, a mi cuñada y a mi esposa, conduje directamente hacia el hospital. Mi padre también me envió un mensaje a través de KakaoTalk, haciéndome saber que la ambulancia había llegado, que habían trasladado a mamá al hospital y que mi hermana menor, Eun-mi, había ido con ellos. Al llegar al hospital, mi hermana salió y yo ocupé su lugar dentro de la sala de urgencias donde yacía mamá (ya que las restricciones para visitantes permitían la presencia de una sola persona dentro de la sala a la vez). Al entrar y mirar el rostro de mamá, noté que parecía sentir un dolor muy intenso (y, al observar su expresión, no pude evitar notar un parecido con mi hermano mayor; ¡ja, ja!). Mamá compartió conmigo el contenido de las oraciones que había estado elevando a Dios "Padre". Sus oraciones revelaron cuán sinceramente se había esforzado por vivir una vida de fe íntegra ante Dios Padre. Además, mamá expresó que, si Dios Padre decidiera llamarla a casa —al Cielo—, deseaba partir en paz y sin sufrimiento. Así pues, le recordé a mamá su versículo bíblico favorito: Isaías 41:10 («No temas, porque yo estoy contigo; no desmayes, porque yo soy tu Dios. Te fortaleceré y te ayudaré; te sostendré con mi diestra justa»). Aferrándome a esa promesa, elevé una oración de fe a Dios Padre. De los labios de mamá brotó un estribillo continuo: «¡Amén! ¡Amén!». Mi madre me contó que su himno favorito es el número 412: «Lejos, en las profundidades de mi espíritu».

Así que compartí con ella que yo también siento un gran aprecio por la letra de la cuarta estrofa: «Mientras recorremos los escarpados senderos de esta tierra, ¿dónde puede hallarse la verdadera paz? Tomemos todos a Jesús como nuestro Amigo y, de este modo, disfrutemos de la verdadera paz». El estribillo dice así: «¡Paz, oh paz! Desciende desde los cielos de lo alto. Que las olas de Su amor cubran mi alma por siempre jamás». Confío en que la maravillosa paz de Dios se apodere plenamente del corazón de mi madre.

Para gozar de la bendición de que siervos del Señor surjan continuamente de entre las generaciones de nuestra familia hasta que Jesús regrese...

Para gozar de la bendición de que siervos del Señor surjan continuamente de entre las generaciones de nuestra familia hasta que Jesús regrese, nosotros —junto con nuestros hijos y descendientes— debemos ser cuidadosos en todos los asuntos, vivir con veracidad haciendo nuestro máximo esfuerzo ante Dios, y obedecer Su Palabra (Ref.: 1 Reyes 2:4, *The Modern Man's Bible*).

Parte 5:

Avivamiento

En aras de un verdadero avivamiento

«Al oír esto, se compungieron de corazón y dijeron a Pedro y a los otros apóstoles: “Hermanos, ¿qué haremos?”» (Hechos 2:37).

El martes pasado, escuché una entrevista radial en la *Korea Gospel Broadcasting Network* con el pastor Kim Kyung-won, quien visitará nuestra iglesia para dirigir nuestras reuniones de avivamiento. Durante la entrevista, cuando el presentador le preguntó al pastor Kim cómo debíamos prepararnos para estas reuniones, su respuesta fue que debíamos prepararnos «con un corazón de arrepentimiento». Al escuchar esa respuesta, no pude menos que estar de acuerdo. También di gracias a Dios, pues Él ya estaba preparando mi corazón —y los corazones de los hermanos y hermanas de nuestra iglesia— precisamente de esa manera a medida que nos acercábamos a estas reuniones de avivamiento.

Hoy, durante este servicio de oración de miércoles, deseo que nos preparemos con aún mayor fervor para las próximas reuniones de avivamiento. Quiero que preparemos nuestros corazones escuchando un mensaje de arrepentimiento. Además, quiero que nos unamos para suplicar fervientemente a Dios que nos conceda un corazón de arrepentimiento. Deseo elevar esta petición a Dios, fundamentada en nuestro pasaje bíblico de hoy: Hechos 2:37: «Al oír esto, se compungieron de corazón y dijeron a Pedro y a los otros apóstoles: “Hermanos, ¿qué haremos?”».

Debemos orar juntos a nuestro Dios para que, al escuchar la Palabra del Señor, nuestros corazones sean traspasados y profundamente conmovidos.

Vivimos en una era de insensibilidad espiritual. Observamos cada vez con mayor frecuencia cómo nuestros corazones se endurecen en el contexto de nuestra vida cotidiana. Estamos perdiendo nuestro sentido de reverencia hacia la Palabra de Dios. Hemos entrado en una época en la que las personas incluso evitan hacer el esfuerzo de obedecer esa Palabra. Debemos prestar atención a las palabras que se encuentran en Hebreos 4:7: «... Si oís hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones...». Debemos imitar el ejemplo de David. Como se registra en 2 Samuel 24:10, la Biblia afirma que, después de contar el número de soldados bajo su mando —depositando su confianza en ellos en lugar de en Dios—, sintió «culpa en su corazón». En otras palabras, su conciencia fue punzada. Posteriormente, se arrepintió de su pecado de esta manera: «...He pecado grandemente en lo que he hecho. Ahora, oh SEÑOR, te ruego que quites la iniquidad de tu siervo, pues he actuado muy neciamente». Por lo tanto, anhelemos dar frutos dignos de arrepentimiento. Por favor, consulten Hechos 26:20 y Mateo 3:8: «...que se arrepientan y se vuelvan a Dios, realizando obras dignas de su arrepentimiento...» (Hechos 26:20), y «Por tanto, den frutos dignos de arrepentimiento» (Mateo 3:8).

El verdadero arrepentimiento allana el camino para que la reconciliación, la restauración, la reforma y el avivamiento tengan lugar en medio de nosotros. Oro fervientemente para que Dios traiga tan maravillosa bendición de avivamiento a nuestra Comunidad Victory.

Un avivamiento de la Palabra

«Esdras bendijo al SEÑOR, el gran Dios; y todo el pueblo respondió: "¡Amén, amén!", alzando sus manos. Luego inclinaron sus cabezas y adoraron al SEÑOR con sus rostros hacia el suelo. Jesúa, Bani, Serebías, Jamín, Acub, Sabetai, Hodías, Maasías, Quelita, Azarías, Jozabed, Hanán, Pelaías y los levitas ayudaron al pueblo a entender la Ley, mientras el pueblo permanecía en sus lugares. Leían del Libro de la Ley de Dios, aclarándolo y dando el sentido, para que el pueblo pudiera entender lo que se leía. Pues todo el pueblo lloraba al oír las palabras de la Ley. Entonces Nehemías el gobernador, Esdras el sacerdote y escriba, y los levitas que enseñaban al pueblo, dijeron a todo el pueblo: "Este día es santo para el SEÑOR vuestro Dios; no os lamentéis ni lloréis"» (Nehemías 8:6–9).

Vivimos en un mundo que se ha vuelto moralmente laxo. En estos días, escuchamos con frecuencia el término «riesgo moral». Originalmente, este término implicaba que las personas tienden a volverse menos cautelosas una vez que están aseguradas. Sugiere que, si uno tiene seguro de automóvil, no teme tanto a los accidentes de tráfico; del mismo modo, si uno posee un seguro de vida, no presta tanta atención a su salud. Describe un estado en el que la conciencia de uno se ha desensibilizado, muy parecido a un control remoto que ha perdido su capacidad de respuesta. Significa una pérdida de la capacidad para discernir

entre lo correcto y lo incorrecto. Si bien este fenómeno del riesgo moral ciertamente no es un acontecimiento reciente, su prevalencia sugiere que carecemos de un estándar definitivo (tal como se observa en la esfera digital). ¿Cuál es, entonces, nuestro estándar? Es, sencillamente, la Biblia. A la Biblia se la denomina el «Canon». Su significado original es el de una «vara de medir». Tomando prestada la imaginería que se encuentra en Amós 7:7–8, es una «plomada». Una plomada es una herramienta que se utiliza en las obras de construcción. Cumple la función de establecer una línea vertical verdadera al suspender un peso de una cuerda. Esta es, precisamente, la función y el papel de la Palabra de Dios. Si nos apartamos de la Palabra de Dios, estamos destinados a vivir según nuestros propios caprichos. En consecuencia, en Jueces 21:25, encontramos estas palabras: «En aquellos días no había rey en Israel; cada uno hacía lo que bien le parecía». Centrándome en el pasaje bíblico de hoy y bajo el título «El avivamiento de la Palabra (II)», me gustaría explorar tres señales específicas de un avivamiento espiritual arraigado en la Palabra de Dios.

La primera es la Alabanza y la Adoración.

Por favor, dirijan su mirada al pasaje bíblico de hoy, Nehemías 8:6: «Esdras bendijo al SEÑOR, el gran Dios; y todo el pueblo alzó sus manos y respondió: "¡Amén! ¡Amén!". Luego se inclinaron y adoraron al SEÑOR con sus rostros hacia el suelo». En su libro *La persona que Dios busca* (*The Person God Seeks*), el pastor Hong Seong-geon identifica «dos etapas en la adoración a Dios». Con respecto a la primera etapa de la adoración —a saber, la «Alabanza»—, el autor escribe: «Esta es la etapa de acercarse a Dios confiando en la obra que Él ha realizado por nosotros a través de Jesucristo; confiando en los hechos que Él ha llevado a cabo... Cuando adoramos a Dios, el punto de partida es recordar y dar gracias por la obra que Dios ya ha realizado en Jesucristo. Luego cantamos acerca de ello. Lo proclamamos. Ofrecemos alabanza por ello». En cuanto a la «adoración» —la segunda etapa del servicio de culto—, el autor afirma lo siguiente: «Cuando nos acercamos a Dios, venimos cantando y dando gracias por la obra que Él ha realizado en nosotros; sin embargo, una vez que llegamos ante el trono de Dios, contemplamos Su gloria. En ese momento, en

lugar de centrarnos en los hechos que Dios ha realizado, exaltamos a Dios mismo: a Dios tal como es en Su propio ser. Lo alabamos por Su gracia, amor, santidad, misericordia y Su majestuosa benevolencia… Ahora, ya no alabamos a Dios meramente por lo que Él ha hecho, sino que lo adoramos por quien Él es; por Su propia divinidad». En el versículo 6 del texto de hoy, observamos a Esdras ofreciendo alabanza mientras el pueblo de Israel se entrega a la adoración: «Esdras bendijo al gran Dios, el SEÑOR…». Esdras comprendía que «el gran Dios» —es decir, el Dios poderoso [cf. 1:5 («el Dios grande y temible»)]; 4:14 («el Señor, que es grande»)]—había, mediante Su inmenso poder [1:10 («gran poder»)], llevado a feliz término esta monumental empresa [6:3 («una gran obra»); 4:19]: la reconstrucción de los muros de Jerusalén [6:16: «…pues sabían que nuestro Dios había realizado esta obra»]. Así, de pie ante todo el pueblo de Israel —que se había congregado en la plaza de la Puerta del Agua para escuchar la Ley de Moisés—, Esdras ofreció alabanza al gran Dios. Consideremos Esdras 3:11: «Y cantaban, alabando y dando gracias al SEÑOR: "Porque Él es bueno, porque para siempre es Su misericordia sobre Israel". Y todo el pueblo aclamaba con gran júbilo alabando al SEÑOR, porque se habían echado los cimientos de la casa del SEÑOR». En respuesta a esto, toda la asamblea de Israel «se postró y adoró al SEÑOR». Observemos la segunda parte de Nehemías 8:6: «Y todo el pueblo respondió: "¡Amén, Amén!", alzando sus manos; luego se inclinaron y adoraron al SEÑOR con sus rostros hacia el suelo». Este es, sin duda alguna, un notable y genuino avivamiento de la Palabra. La Biblia nos relata que todos los israelitas congregados en la plaza de la Puerta del Agua respondieron con un «¡Amén, Amén!» a la alabanza —a la «bendición»— que el escriba Esdras ofreció al «gran Dios», y humildemente lo «adoraron». En otras palabras, los israelitas exclamaron «¡Amén, Amén!» porque reconocieron que el gran Dios —el Dios poderoso— había realizado una obra poderosa: la reconstrucción de la ciudad de Jerusalén. Es más, los israelitas no se limitaron a unirse a la alabanza de Esdras por la obra que Dios había realizado; por el contrario, con humildad y reverencia, adoraron a Dios por Su propia naturaleza: por Su «divinidad», por ser el «gran Dios» y por Su suprema grandeza.

Al igual que Esdras, nosotros debemos alabar a Dios por Sus obras, pues somos testigos de cómo la buena mano de Dios se mueve para cumplir la promesa que Él hizo a nuestra Iglesia Presbiteriana Victory: la promesa que se halla en Mateo 16:18. Además, al igual que los israelitas, debemos reconocer humildemente la fidelidad, la gracia y la bondad de Dios —su misma naturaleza como Dios— a medida que Él actúa para cumplir su Palabra prometida; y, por tanto, debemos acercarnos al trono de su gracia para ofrecerle nuestra adoración.

En segundo lugar: la comprensión.

Por favor, observen el texto de hoy, Nehemías 8:7–8: «Jesúa, Bani, Serebías, Jamín, Acub, Sabetai, Hodías, Maasías, Quelita, Azarías, Jozabed, Hanán, Pelaías y los levitas —todos ellos permanecieron en sus puestos e instruyeron al pueblo en la Ley. Leían del Libro de la Ley de Dios, aclarándolo y explicando su significado para que el pueblo pudiera comprender lo que se leía». Después de que el escriba Esdras alabara («bendijera») a Dios, y de que el pueblo de Israel respondiera con «Amén, amén» y adorara a Dios, el versículo 7 describe cómo los levitas enseñaron la Ley a los israelitas, estando de pie en la plaza junto a la Puerta de las Aguas. Aquí podemos identificar varios principios con respecto a cómo enseñar la Biblia.

(1) Implica la lectura de las Escrituras.

Los levitas «leían del Libro de la Ley de Dios».

(2) Se debe articular con claridad el contenido de las Escrituras que se pretende enseñar y proporcionar una interpretación.

Los levitas «interpretaron el significado» del «Libro de la Ley de Dios» para el pueblo de Israel. Para ser más precisos, esto significa que los levitas interpretaron la Ley de Moisés en un idioma que los israelitas pudieran entender. La razón de esto es que el idioma hebreo —el

cual utilizó Moisés al escribir el Pentateuco (los primeros cinco libros de la Biblia, desde Génesis hasta Deuteronomio)— había evolucionado con el paso del tiempo para la época de Nehemías y Esdras. Por consiguiente, los levitas interpretaron la Ley de Moisés de una manera que la hizo fácilmente comprensible para los israelitas. J. I. Packer señala que los levitas interpretaron el significado del Libro de la Ley de Dios de tal modo que permitieron a los israelitas aplicar la Ley a su vida cotidiana. (3) El propósito del estudio bíblico es capacitar a los estudiantes para que capten el significado de la Palabra de Dios.

Los levitas ayudaron al pueblo de Israel a comprender la Ley de Dios. En *Las 7 leyes de la enseñanza*, de John Milton Gregory —específicamente en la primera ley, «La ley de la enseñanza»—, él define el «enseñar» de la siguiente manera: «Enseñar, en su sentido más simple, es la comunicación de la experiencia… Es pintar en la mente de otro la imagen que uno tiene en la propia; es moldear el pensamiento y el entendimiento para lograr la comprensión de alguna verdad que el maestro conoce y desea comunicar». La «comunicación» a la que aquí se hace referencia no es meramente la transmisión de conocimiento intelectual; más bien, significa ayudar al aprendiz a reproducir la propia experiencia del maestro. En este contexto, Gregory ofreció la siguiente reflexión con respecto al maestro: Un maestro debe poseer un dominio exhaustivo y completo de la lección que se propone enseñar. Esto significa enseñar con el corazón pleno y con un entendimiento claro. Además, el maestro debe emplear un lenguaje que sea claro y vívido; un lenguaje que resulte comprensible tanto para él mismo como para sus alumnos.

En tercer lugar: *El llanto*.

Por favor, dirijan su mirada a la primera mitad del pasaje bíblico de hoy, Nehemías 8:9: «Pues todo el pueblo lloraba al oír las palabras de la Ley…». Mientras escuchaban la Ley de Moisés, todo el pueblo de Israel lloró. La razón de ello fue que, a través de la Ley, habían llegado a tomar conciencia de su propio pecado. Consideren Romanos 3:20: «…pues por medio de la ley viene el conocimiento del pecado». J. I. Packer explicó la razón del llanto de los israelitas

de este modo: se debió a que la toma de conciencia de la Palabra de Dios provocó una profunda conmoción en lo más hondo de sus corazones. Las personas lloran cuando se ven abrumadas por la emoción; y tales lágrimas, nacidas de la emoción, brotan de una conciencia vívida y nítida de una realidad particular. Las raíces del avivamiento espiritual —tanto para el individuo como para la comunidad— residen siempre en la santidad, la bondad y la misericordia de Dios, así como en una clara conciencia de nuestros propios pecados personales: nuestra maldad, nuestra vergüenza, nuestra insolencia y nuestra insensatez autodestructiva.

¿Cuándo fue la última vez que derramamos lágrimas al escuchar la Palabra de Dios? ¿Cuándo fue la última vez que esa Palabra traspasó nuestros corazones, exponiendo nuestros pecados y moviéndonos a derramar lágrimas de arrepentimiento? ¿Por qué se han secado nuestras lágrimas de arrepentimiento? Encuentro la respuesta en Amós 8:11: es debido a «un hambre de oír las palabras del Señor» que fallamos en reconocer nuestros propios pecados. He aquí lo que dice Thomas Watson sobre el «Arrepentimiento»: «El arrepentimiento es necesario para los hipócritas. La hipocresía es la mascarada de la santidad; el hipócrita —o "actor de teatro"— va un paso más allá que el mero moralista, ataviándose con el ropaje de la religión. Él profesa la forma de la piedad, pero niega su poder (2 Timoteo 3:5). El hipócrita es como una casa de hermoso exterior, pero cuyas habitaciones interiores están todas a oscuras. Es un pilar podrido, bellamente recubierto de oro; bajo la máscara de su confesión religiosa, oculta las llagas supurantes de su pecado. El hipócrita puede oponerse al uso de cosméticos para pintar el rostro, y sin embargo se aplica el maquillaje de una santidad fingida. Precisamente porque aparenta ser bueno por fuera, puede ser verdaderamente malvado por dentro. El hipócrita parece tener los ojos fijos en el cielo, y sin embargo su corazón está lleno de lujurias impuras y carnales. Vive en pecado secreto, actuando en directa rebeldía contra su propia conciencia. Oye la Palabra, pero solo con sus oídos. Es celoso en su devoción a la iglesia —ganándose la mirada y la alabanza de los demás en ese aspecto—, y sin embargo descuida la oración en su hogar y en su aposento privado. El hipócrita finge humildad, pero lo hace únicamente para mejorar su posición en

el mundo. Profesaba poseer fe, pero en lugar de usar la fe como un escudo, la emplea como una máscara. Lleva una Biblia bajo el brazo, pero no la lleva dentro de su corazón. Toma la lámpara de la Palabra de Dios y examina las profundidades de tu propio corazón; mira si, por ventura, pudieras descubrir allí algún asunto que requiera arrepentimiento» (Internet).

Hemos entrado en una era de hambruna espiritual: un tiempo en el que nos vemos privados de oír la Palabra de Dios (Amós 8:11). En Habacuc 1:4, el profeta Habacuc declaró: «...la ley está paralizada, y la justicia nunca prevalece. Pues los impíos acorralan a los justos; por lo tanto, la justicia es pervertida». En estos tiempos en los que la adhesión a la Ley se ha vuelto laxa, ¿cómo debemos responder nosotros, los creyentes? Al ser testigo de este estado de cosas, el profeta de Dios, Habacuc, elevó esta oración: «Oh SEÑOR, he oído el informe sobre ti y tuve temor. ¡Oh SEÑOR, aviva tu obra en medio de los años! En medio de los años hazla conocer; en la ira, acuérdate de la misericordia» (3:2). La palabra hebrea para «avivar» que se utiliza aquí es *chayah*, la cual expresa un anhelo de que Dios derrame su propia vida sobre nosotros. Desde la perspectiva hebrea, el avivamiento conlleva invariablemente el arrepentimiento de los pecados y el «regresar a Dios». También en el Nuevo Testamento, este acto de «regresar a Dios» se define como avivamiento. El verdadero avivamiento significa abandonar aquellas cosas que hemos estado persiguiendo —priorizándolas por encima de la gloria de Dios— y volvernos hacia el Señor. Es el reavivamiento de un espíritu debilitado: la experiencia de volver a ser «fervientes una vez más». Es una temporada en la que la fe de los creyentes madura y los no creyentes se vuelven a Dios en gran número. Debemos apartarnos prontamente de nuestros pecados y regresar a una vida de obediencia a Dios.

«¡Oh, Señor, aviva tu obra en medio de los años!»

«Oh, Señor, he oído tu palabra y temí; oh, Señor, aviva tu obra en medio de los años. En medio de los años hazla conocer; en la ira acuérdate de la misericordia» (Habacuc 3:2).

Queridos amigos, ¿qué es exactamente un «avivamiento»? A medida que nuestra iglesia se acerca al 32.º aniversario de su fundación, el 1 de julio, celebraremos un «Encuentro de la Palabra» el viernes 29 de junio y el sábado 30 de junio, con el pastor Song Sang-hyun como nuestro orador invitado. Si bien muchas iglesias suelen referirse a este tipo de eventos como «reuniones de avivamiento» o «encuentros de avivamiento», nuestra iglesia opta por llamarlo «Encuentro de la Palabra». La razón de esto radica en mi convicción de que el concepto de «avivamiento» —el cual las iglesias de hoy desean, del que hablan, por el que oran y que proclaman— ha sido imbuido de un significado distorsionado. Este significado distorsionado sugiere que, al pensar en un «avivamiento», visualizamos una iglesia que ha crecido masivamente en tamaño —construyendo grandes santuarios, viendo dispararse el número de sus miembros y recaudando ofrendas abundantes—, y consideramos que *eso* es una iglesia «avivada». De alguna manera, parece que la percepción cristiana moderna del avivamiento se ha entrelazado con una ideología de «crecimiento a toda costa», de «éxito impulsado por el rendimiento» y de «supremacía económica». Esto representa la imagen de una iglesia secularizada: una que ha sido seducida por la lógica del mundo. Es por ello que elijo no etiquetar el evento de nuestra iglesia como una «reunión de avivamiento» o un

«encuentro de avivamiento», sino más bien como un «Encuentro de la Palabra». Mantengo esta convicción porque creo que, si nosotros los cristianos deseamos verdaderamente el auténtico avivamiento descrito en las Escrituras, debemos regresar a la Palabra de Dios. Además, creo que, al escuchar esa Palabra de Dios, debemos entregarnos a un verdadero arrepentimiento. La razón es sencilla: no puede haber avivamiento sin arrepentimiento. Al observar el texto de hoy, Habacuc 3:2, el profeta Habacuc ora a Dios de la siguiente manera: «Oh Jehová, he oído tu palabra y temí. Oh Jehová, aviva tu obra en medio de los años; en medio de los años hazla conocer; en la ira acuérdate de la misericordia». En Habacuc 3:1, el texto declara: «Oración del profeta Habacuc, sobre *Sigionot*»; sin embargo, en el versículo final —la segunda mitad del versículo 19— la Escritura dice: «Al músico principal. Con mis instrumentos de cuerdas». ¿Qué significa esto? En el versículo 1, la Escritura se refiere a ello como una «oración», mientras que en el versículo 19 lo llama una «canción»; entonces, ¿es el texto de hoy —las palabras del profeta Habacuc— una oración o una canción? Además, surge otra pregunta: ¿cuál es el significado del término *Sigionot* mencionado en el versículo 1? En primer lugar, consideremos el significado de la palabra *Sigionot* tal como aparece en el versículo 1. Este término aparece solo dos veces en toda la Biblia: en Habacuc 3:1 y en la inscripción del Salmo 7. Aunque su significado preciso sigue siendo incierto, el Dr. Park Yun-sun sugiere que «en este contexto, parece ser simplemente el nombre de una melodía; específicamente, un tipo caracterizado por una naturaleza extática» (Park Yun-sun). Adicionalmente, según el pastor John MacArthur, este término posee un significado dentro del contexto de la adoración musical, indicando que el capítulo 3 de Habacuc fue concebido para ser cantado como una canción (MacArthur). Para resumirlo en una sola frase: la oración del profeta Habacuc que se encuentra en el texto de hoy puede describirse como una oración expresada a través de una canción apasionada. Por lo tanto, hoy —centrándonos en el segundo versículo de esta «Canción de Habacuc» y meditando en las peticiones de oración específicas que el profeta Habacuc presentó a Dios en su canto— deseo que abracemos las lecciones que se nos ofrecen y que, a su vez, hagamos del «avivamiento» el tema de nuestras propias oraciones, ofreciendo una alabanza apasionada a Dios. Al examinar nuevamente la primera mitad del texto de hoy —Habacuc

3:2— leemos: «Oh Jehová, he oído tu palabra y temí; oh Jehová, aviva tu obra en medio de los años; en medio de los años hazla conocer». ¿Cuál era, entonces, este «informe» acerca del Señor que el profeta Habacuc había escuchado? ¿Cuál era la naturaleza de este informe que hizo que el profeta se llenara de asombro? Ese informe no era otro que la declaración de Dios de que traería juicio tanto sobre Judá (1:5–11) como sobre Babilonia (2:2–20). ¿Por qué declaró Dios que juzgaría a su propio pueblo: el pueblo de Judá? La razón era que actuaban con «maldad» y «perfidia», incurriendo en «saqueo y violencia», y permitiendo que la «contienda y la discordia» prevalecieran en medio de ellos (1:3). En otras palabras, debido a que el pueblo de Judá cometía malas obras y actos de injusticia, inevitablemente atrajeron sobre sí el juicio de Dios. ¿Hasta qué punto cometía el pueblo de Judá el mal contra Dios? Como revela la segunda mitad de Habacuc 1:4: «el impío asedia al justo; por tanto, la justicia sale pervertida». En consecuencia, en aquel tiempo, la nación de Judá se encontraba en un estado en el que «la ley es impotente y la justicia nunca se manifiesta» (v. 4, primera mitad). ¿Acaso esta descripción del pueblo de Judá no refleja la realidad de nosotros, los cristianos, en la actualidad? Si bien podemos incurrir en diversos actos de maldad e injusticia, ¿acaso no se ha enfriado nuestro celo por cumplir la ley de Dios —sus mandamientos—, tal como sucedió entre el pueblo de Judá en los días de Habacuc? ¿Cuál es el resultado de esto? El resultado es que nosotros, los cristianos, fallamos en cumplir nuestro papel como la luz y la sal de este mundo. Para ser más específicos, hoy en día los cristianos estamos fallando en contribuir a la creación de una sociedad justa; en lugar de practicar la justicia dentro de esta comunidad, estamos incurriendo en la injusticia. Así como los impíos rodearon a los justos en los días de Habacuc, del mismo modo, en esta era y sociedad actuales, hay más cristianos que viven en desobediencia a los mandamientos de Dios que personas justas que vivan por la fe. Por lo tanto, el Dios santo y justo habló al pueblo de Judá en Habacuc 1:5, diciendo: «Mirad entre las naciones y observad; ¡asombraos en gran manera! Pues voy a hacer algo en vuestros días que no creeríais, aunque se os contara». ¿Cuál es esa obra específica que Dios está a punto de realizar: el acto mismo que dejará al pueblo de Judá totalmente asombrado? Significa precisamente esto: que Dios tiene la intención de juzgar al pueblo de Judá levantando a los «caldeos» —o babilonios—, a quienes Él describe como

«un pueblo fiero e impetuoso que marcha a lo ancho de la tierra para apoderarse de moradas que no son suyas» (v. 6). Sin embargo, al escuchar este mensaje de juicio, el profeta Habacuc comprendió que se trataba de una forma de castigo concebida por Dios para servir como advertencia contra los pecados del pueblo de Judá (v. 12). Además, sabía que, dado que el Dios de Israel es santo, Él no permitiría que Israel fuera destruido por completo a manos de los babilonios, un pueblo aún más impío que el propio Israel (v. 12). Más bien, reconoció la verdad de que el Dios eterno —quien ha existido desde la eternidad—, movido por Su amor, continuaría velando y cuidando de Su pueblo escogido, Israel, para siempre (Park Yun-sun). En consecuencia, el profeta Habacuc no pudo menos que sentir un profundo asombro ante Dios. La razón por la que quedó sobrecogido al escuchar el informe concerniente al Señor no fue meramente porque Dios estuviera a punto de castigar al pueblo de Israel por medio de los babilonios; más bien, fue una expresión de «la sensación de asombro que se experimenta en la misma presencia de Dios, o un acto de adoración y alabanza dirigido hacia Dios y Sus misteriosos caminos» (Lloyd-Jones). Este misterioso camino de Dios —tal como se articula en el capítulo 2 de Habacuc— consistía en que, tras castigar a la nación judía, Dios juzgaría a Babilonia para así obrar la salvación de Su pueblo. En otras palabras, Habacuc se llenó de asombro al recibir la noticia de que Dios juzgaría a la nación de Babilonia: una nación caracterizada por un corazón soberbio (2:3, 4), que pecaba contra su propia alma (v. 10), se comportaba como si estuviera ebria (vv. 5, 15) sin freno alguno en sus acciones y que —impulsada por una ambición de expansión territorial— se entregaba a un imperialismo frenético (Park Yun-sun) (v. 5), saqueando a diversas naciones, derramando sangre humana y cometiendo actos de violencia (v. 8). El profeta Habacuc no pudo menos que postrarse con reverencia ante Dios. En medio de este sentimiento de asombro, Habacuc elevó a Dios una oración en forma de cántico, suplicando: «Oh Jehová, aviva tu obra en medio de los años» (3:2). ¿A qué se refiere, entonces, la expresión «tu obra» en este contexto? Apunta específicamente al acto del Señor de librar a su pueblo —Israel— mediante la ejecución de su juicio sobre Babilonia. Fue precisamente por esta obra del Señor —que Él obraría su avivamiento en medio de los años— por lo que el profeta Habacuc intercedió fervientemente ante Dios a través de su cántico (3:2).

Hermanos y hermanas, ¿por qué venimos a la presencia de Dios para ofrecerle alabanza y adoración con acción de gracias? ¿Por qué nos acercamos a su presencia —llenos de reverencia y asombro— para ofrecer nuestra alabanza y adoración? ¿Acaso no es debido a la misteriosa manera en que Dios actuó para obrar la salvación para ustedes y para mí? ¿Cómo es posible que Dios permitiera que su Hijo unigénito, Jesús, fuera clavado en la cruz —ese árbol de maldiciones— salvándonos así a nosotros, quienes de otro modo estábamos destinados a la destrucción eterna? Cuando contemplamos esta asombrosa obra de la salvación de Dios, ¿cómo podríamos acaso acercarnos a su presencia con descuido o con un corazón altivo para ofrecer nuestra alabanza y adoración, desprovistos de toda reverencia hacia Él? Todo lo que el profeta Habacuc pudo hacer fue ofrecer su súplica a Dios por medio de la alabanza, clamando: «¡Oh Jehová, aviva tu obra en medio de los años! En medio de los años hazla conocer…» (3:2). ¿Qué significa esto? El Dr. Lloyd-Jones afirmó: «Él no pidió salvación ni consuelo; tampoco pidió que el pueblo de Israel fuera perdonado, o que fuera librado de la guerra con los caldeos. Es más, no oró para ser librado del sufrimiento, ni para que Jerusalén fuera salvada del saqueo, ni para que el Templo fuera preservado de la destrucción total. Esto se debía a que comprendía que tales acontecimientos eran inevitables; de hecho, que eran merecidos. No oró para que Dios alterara sus planes. La única preocupación del profeta era que la obra y los propósitos de Dios se cumplieran dentro del Reino de Dios y en todo el mundo. Simplemente deseaba que todas las cosas fueran restauradas a su orden correcto. De hecho, llegó al punto de poder hacer la siguiente confesión: "Sin importar qué sufrimiento me sobrevenga a mí o a mi pueblo, si la obra del Señor es avivada y llevada a cabo con pureza, no tengo preocupación alguna respecto a ese sufrimiento". Su única y exclusiva petición era que Dios avivara su obra en medio de los años» (Lloyd-Jones). ¿Qué era, entonces, este «avivamiento» que el profeta Habacuc deseaba con tanto fervor? ¿Acaso no era el propósito que Israel —el propio pueblo de Dios—, en medio de todo el sufrimiento y la angustia provocados por la invasión babilónica (la cual sirvió como el castigo divino de Dios), se arrepintiera de todos sus pecados, regresara a Dios y viviera de una manera digna de Su pueblo santo? En hebreo, la palabra para «avivamiento» conlleva los significados primarios de «preservar» o «mantener con vida»; sin embargo, más

allá de estas definiciones, también abarca los conceptos de «limpiar», «corregir» y «purificar de todo mal» (Lloyd-Jones). Al levantar a los babilonios para castigar al pueblo de Israel —que había pecado y se había negado a arrepentirse—, Dios tenía la intención de purificar toda la maldad dentro de Israel, limpiarlos y, de este modo, restaurarlos como Su propio pueblo puro y santo. Al escuchar este informe, el profeta Habacuc —lleno de asombro y admiración— elevó esta súplica a Dios: «¡Oh Jehová, aviva Tu obra en medio de los años! ¡En medio de los años hazla conocer!».

Además, en la parte final del texto de hoy —Habacuc 3:2—, el profeta elevó esta petición específica a Dios: «En la ira, acuérdate de la misericordia». Habacuc sabía que si Dios castigaba al pueblo de Israel estrictamente de acuerdo con los pecados que habían cometido, inevitablemente enfrentarían la destrucción total. En otras palabras, comprendía que si el Dios santo y justo derramaba la medida completa de Su ira sobre el pueblo pecador de Israel, ni una sola persona sobreviviría a la invasión babilónica; todos serían completamente aniquilados. Fue por esta razón que Habacuc suplicó humildemente a Dios: «En la ira, acuérdate de la misericordia» (3:2). El significado de esta súplica es el siguiente: «Si nos retribuyes estrictamente según nuestros pecados, la nación judía será destruida y no quedará nada de ella; por lo tanto, incluso mientras estás en el mismo acto de disciplinar a esta nación, te pido que tengas compasión de ellos y los salves una vez más» (Park Yun-sun). Esta oración es una petición —haciéndose eco de las palabras del Salmo 85:2— para que Dios «perdone la iniquidad de todo Tu pueblo y cubra todo su pecado». Además, esta oración es una petición —que refleja el Salmo 85:3— para que Dios «retire toda Su ira y se aparte de Su furor». Así suplicó el profeta Habacuc a Dios: «Atenúa Tu ira con misericordia. Solo podemos pedirte que actúes conforme a Tu propia naturaleza divina y que, incluso en medio de Tu ira, nos muestres Tu compasión» (Lloyd-Jones). ¿Acaso no debería también nuestra iglesia elevar esta misma súplica a Dios? Quisiera dar por concluido este tiempo de meditación bíblica. Personalmente, cada vez que entono el himno evangélico titulado «Revival» (Avivamiento), a menudo siento que su letra resuena profundamente en mi corazón. En particular, al cantar los versos: «Contempla la desolación de esta tierra / Oh

Dios del Cielo, Señor que muestras misericordia», a veces me encuentro ofreciendo alabanza con un corazón que busca al Dios misericordioso, todo ello mientras contemplo la esterilidad espiritual de nuestra iglesia. En medio de tales reflexiones, al cantar con un corazón en oración —suplicando a Dios que perdone los pecados de nuestra congregación— le ofrezco mi alabanza con un espíritu renovado de entrega: para que todos nosotros podamos unirnos ahora como uno solo para reconstruir los cimientos quebrantados de esta iglesia. La Palabra de Verdad traerá renovación a nuestra iglesia. El río de la gracia de Dios fluirá a través de esta congregación, y el viento del Espíritu Santo comenzará ahora a soplar. El Señor nos concederá un nuevo día, colmado hasta el borde de Su gloria. Oro fervientemente para que el Reino de Dios venga sobre esta tierra.

Al reflexionar sobre nuestras familias...

1. Anhelamos la gran gracia y misericordia de Dios.

2. Oramos fervientemente para que Dios nos conceda la gracia de la salvación.

3. Que Dios utilice incluso nuestro sufrimiento, nuestras heridas y nuestro dolor para humillar a cada miembro de nuestra familia, permitiéndonos fijar nuestros ojos únicamente en el Señor y confiar solo en Él.

4. Oramos para que Dios nos quebrante por completo y haga añicos nuestro endurecido yo, ablandando así nuestros corazones.

5. Deseamos que Dios exponga nuestros pecados, permitiéndonos reconocerlos, admitirlos y confesarlos, y buscar el perdón confiando en la preciosa sangre de la cruz de Jesús.

6. Que Dios nos conceda la certeza del perdón; y que, en virtud de la inmensa gracia y el amor mediante los cuales hemos sido perdonados, nos capacite para perdonarnos unos a otros tal como Dios nos ha perdonado a nosotros.

7. Deseamos que Dios proteja y vele por nuestros hijos. En particular, oramos fervientemente para que Dios toque con ternura y sane los corazones heridos de nuestros hijos.

8. Oramos fervientemente para que Dios transforme nuestras crisis familiares en oportunidades, concediéndonos la gracia de experimentar Su gran amor salvador en toda su profundidad, amplitud y magnitud.

9. Oramos para que Dios —el Señor de nuestro hogar— gobierne y reine sobre nuestra familia, protegiéndonos y guardándonos de todas las fuerzas del mal y de las maquinaciones de Satanás.

10. Que Dios el Espíritu Santo haga que demos frutos del amor divino de Dios con una abundancia cada vez mayor; y que Él nos utilice como canales de Su amor, capacitando a cada miembro de nuestra familia para amarse unos a otros con el amor del Señor.

¿Un verdadero avivamiento?

El verdadero avivamiento que Dios obra comienza con el arrepentimiento. Sin embargo, el «avivamiento» que nosotros, los seres humanos, intentamos orquestar parece comenzar con la restauración.

Arrepentimiento
Reconciliación
Restauración
Reforma
Avivamiento

El corazón que experimenta el avivamiento de Dios

Un corazón que experimenta el avivamiento de Dios rebosa de alabanza y paz (Isaías 57:19). Por el contrario, un corazón desprovisto de alabanza y paz es un corazón soberbio; un corazón que está cometiendo pecado activamente.

Probé la bondad de Dios

«Gustad, y ved que es bueno Jehová…» (Salmos 34:8a).

El domingo pasado (18 de agosto), durante el servicio de adoración en la Iglesia Presbiteriana Seungri, fui profundamente bendecido al escuchar al Coro Seungri cantar alabanzas a Dios con la canción «Buen Dios». En particular, me conmovió la letra que describe a nuestro «Buen Dios» como Aquel que «guía nuestras vidas». «¡Amén!». Y así, al comenzar mi sermón, declaré: «¡Hermanos, nuestro Dios es un Dios *verdaderamente* bueno!».

Esta mañana (20 de agosto de 2024), mientras preparaba el mensaje para nuestra Adoración Familiar del martes, me vino a la mente el texto de hoy —la primera parte del Salmo 34:8—: «Gustad, y ved que es bueno Jehová…». Este es un versículo que el Espíritu Santo, que mora en mí, trajo a mi memoria hace unos 28 años, mientras mi esposa y yo ofrecíamos nuestro servicio nupcial a Dios. En aquel entonces —habiendo conocido a mi amada esposa hacía apenas unos seis meses— los recuerdos inundaron mi mente como una película, narrando cómo, en un lapso tan breve de seis meses, habíamos llegado a estar allí, contrayendo matrimonio. En medio de esas reflexiones, el Espíritu Santo me permitió darme cuenta verdaderamente —*probar*— la bondad de Dios. En consecuencia, no pude evitar derramar lágrimas de gratitud.

El sábado pasado, durante la recepción posterior a la boda de mi amado hijo, Dillon, me conmoví hasta las lágrimas mientras ofrecía la oración de gracia antes de la comida. A la mañana siguiente —domingo—, mientras estaba en mi estudio en la iglesia, reflexioné sobre la naturaleza de aquellas lágrimas que había derramado. Eran, sin duda alguna, «lágrimas de gratitud». Así que, bajo el título «Derramé lágrimas de gratitud», escribí diez breves reflexiones y las compartí aquí y allá con mis seres queridos. Me gustaría compartir con ustedes la segunda de esas diez reflexiones: «Realmente no sé por qué soy una persona tan propensa a las lágrimas. Jaja. Quizás la razón por la que se me llenan los ojos de lágrimas cada vez que pienso en Dillon se remonta a la época posterior a que nuestro primer bebé, Jooyoung (Charis), se durmiera —falleciera— en mis brazos; mi amada esposa y yo anhelábamos tan desesperadamente tener otro hijo, pero ella no lograba concebir. Luego, cuando finalmente supimos que Dillon había sido concebido, nos sentimos inundados de una alegría y una gratitud abrumadoras. En ese momento, a través de Dillon, experimentamos el amor restaurador de Dios. Ahora, al ver a ese mismo niño —que en su momento no era más que un bebé— convertirse en un joven y contraer matrimonio, mi corazón rebosa de tal gratitud que me encuentro derramando lágrimas una vez más». Al reflexionar sobre estos recuerdos de haber derramado lágrimas de gratitud, me gustaría compartir con ustedes tres formas específicas en las que el Espíritu Santo me permitió saborear la bondad de Dios durante los últimos tres días: desde el sábado pasado hasta ayer, lunes.

En primer lugar, saboreé la bondad de Dios a través de un mensaje de texto que recibí el sábado pasado (17 de agosto) de mi amado hijo mayor, Dillon.

En particular, percibí la bondad de Dios a través de un pasaje específico del mensaje de texto que Dillon me envió: «Papá, tal vez sientas que cometiste errores en el pasado, pero, a mis ojos, creo que has realizado una labor verdaderamente buena y fiel por nuestra familia, y que continúas haciéndolo incluso ahora». Dentro de este mensaje, sentí especialmente el «amor lleno de gracia» de mi hijo por la forma en que lo expresó: «Papá, tal vez sientas que

cometiste errores en el pasado, pero, a mis ojos...». La razón por la que percibí esto como un acto del amor lleno de gracia de mi hijo es que sentí que Dillon no solo ya me había perdonado, sino que también había olvidado por completo —que ya ni siquiera recordaba— el daño que yo le había causado. En contraste, me di cuenta de que yo aún no había sido capaz de perdonarme a mí mismo, y que todavía seguía aferrado al recuerdo de la forma en que lo había agraviado. En segundo lugar, experimenté la bondad de Dios a través de un mensaje de texto que recibí el domingo pasado (18 de agosto) de mi querida sobrina Sophie —la menor de las cinco hijas de mi difunta prima Su-jeong (quien ha dormido en el Señor).

Esa tarde, envié un mensaje de texto con una foto de la boda de Dylan y Jessica a las cinco hijas de Su-jeong. En respuesta, la tercera hija de Su-jeong, Kate, contestó: «¡Oh, se ve maravilloso!», mientras que su hija menor, Sophie, respondió: «Me encantó la imagen», seguido de: «¡Qué bonita!». Ella y Kara también respondieron: «Me encantó la imagen». Así que envié el siguiente mensaje a las cinco sobrinas: «Gracias, chicas. Ayer, una señora vio a mi esposa y le comentó que Dillon se parece muchísimo a su mamá. ¡Y yo estaba parado justo al lado de mi esposa en ese momento! Jaja». La hija mayor de Su-jeong, Kara, reaccionó a mi mensaje con un «Me hizo reír», seguido de la respuesta: «¡Lo siento, tío James, pero yo también tengo que darle la razón a la señora!» —acompañado de dos emojis de risa. Jaja. Entonces les pregunté a las cinco sobrinas: «¿Cómo están todas?». A esto, Sophie respondió: «¡Estamos muy bien!». Así que le contesté a Sophie: «¡Gracias, Sophie!». Ella respondió: «Bien». Kara también respondió diciendo: «Estamos bien. Elise se está recuperando de una infección sinusal y las chicas empiezan la escuela mañana». Así que le envié un mensaje de texto a Kara: «¡Oh, no! Espero y rezo para que Elise se recupere pronto. Si la escuela empieza mañana, entonces no podré invitarlas a almorzar y a comer postre. ¡No importa! Será la próxima vez... ¡antes de que regrese nuestro Señor!» (Jaja). A eso, Kara respondió a mi mensaje con un simple «Me encantó». Mientras reflexionaba una vez más sobre esta conversación con mis sobrinas —aunque Kara ciertamente había respondido: «Estamos bien»—, por alguna razón, mi corazón y mi mente se inclinaron más hacia lo que había dicho Sophie, de 11 años: «¡Estamos muy bien!». Quizás la razón de esto sea que, si

bien las respuestas de las dos hermanas parecían idénticas, había una diferencia distintiva. Esa diferencia fue el signo de exclamación («!») que Sophie incluyó. Ese signo de exclamación tenía la intención de transmitir énfasis. Al contemplar esa marca, sentí que Sophie realmente me estaba recalcando —a mí, su tío— que de verdad *está* bien. Y esto me llevó a reflexionar sobre cómo Sophie cree actualmente que su madre está pasando un «tiempo maravilloso» en el Cielo. En ese momento, sentí que la fe de Sophie era una fe pura, incontaminada, y recordé las palabras que se encuentran en Hebreos 11:6: «Y sin fe es imposible agradar a Dios, porque todo aquel que se acerca a él debe creer que él existe y que recompensa a quienes lo buscan con diligencia».

En tercer y último lugar, experimenté la bondad de Dios ayer —lunes— a través de una conversación sincera y una oración junto a mi amada esposa.

Estoy profundamente agradecido de que mi esposa se acercara a mí ayer y compartiera honestamente su corazón y sus sentimientos. Aunque yo me sentí insuficiente —incapaz de comprender plenamente, empatizar o captar verdaderamente la profundidad de su experiencia— el Espíritu Santo que habita en nosotros estaba obrando tanto en el corazón de mi esposa como en el mío. En consecuencia, mi esposa y yo pudimos entablar una conversación verdaderamente sincera, de corazón a corazón, en la presencia de Dios y en el Señor. Después, nos sentamos muy juntos y derramamos nuestras súplicas ante Dios, llorando amargamente unidos. El Espíritu Santo me capacitó para pedir perdón sinceramente a mi esposa, liberándome de la profunda culpa que durante tanto tiempo había albergado en lo más hondo de mi corazón por una grave falta que había cometido contra ella. Y ese mismo Espíritu Santo obró en el corazón de mi esposa, permitiéndole concederme ese perdón. Por fin —después de más de diez años— he hallado la libertad de esa carga de culpa. Además, creo que el Espíritu Santo ha sanado las heridas en el corazón de mi esposa.

Me gustaría concluir aquí esta reflexión sobre la Palabra. «Amigos, ¡nuestro Dios es un Dios verdaderamente y maravillosamente bueno!». Debemos probar y ver por nosotros mismos la bondad de Dios. En particular, debemos recordar y celebrar aquellas ocasiones en las que ya hemos experimentado la bondad de Dios en medio de nuestra vida cotidiana, junto a nuestros amados familiares. Al hacerlo, podremos alabar de todo corazón: «Buen Dios, buen Dios... mi Dios verdaderamente bueno». Por lo tanto, oro para que todos seamos personas que den gloria a Dios.

Todo miembro de una familia centrada en el Señor, poseedor de sabiduría y conocimiento

Todo miembro de una familia centrada en el Señor —poseedor tanto de sabiduría como de conocimiento— obedece y practica, con un solo corazón y una sola mente, los mandamientos del Cielo, donde un día entraremos para morar eternamente; tal como el Señor ha mandado: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente» (una relación vertical con el Señor) y «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (una relación horizontal con el prójimo). (Referencia: Deuteronomio 4:5-6; Mateo 22:37, 39)

Una hija amada por Dios

Lunes por la tarde, 6 de marzo de 2023

No puedo evitar sentirme profundamente agradecido por las conversaciones que compartí con mi amada esposa ayer por la tarde y esta mañana. Mi corazón rebosa de gratitud —una y otra vez— hacia Dios nuestro Padre, especialmente cuando recuerdo cómo mi querida esposa me abrió su corazón, compartiendo sus pensamientos más íntimos con total honestidad. Concluyó haciendo una confesión de fe —afirmando que es, en efecto, una hija amada por Dios— y derramó lágrimas sinceras ante mí en acción de gracias por el inmenso amor de nuestro Padre Celestial. Al mirar atrás ahora y reflexionar una vez más sobre las conversaciones que mi esposa y yo compartimos anoche y esta mañana, puedo tener la absoluta certeza de que nuestro Padre Celestial, vivo y amoroso, está respondiendo mis fervientes oraciones. Fue hace unos veintiséis años —por la gracia y la guía de Dios— que conocí y me casé con mi esposa; desde entonces, he llevado una petición de oración específica en mi corazón, presentándola fervientemente ante Dios en favor de mi amada esposa. Esa petición de oración proviene directamente de Juan 8:32: «Conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres». El Espíritu Santo infundió en mí un profundo anhelo por esta Escritura, capacitándome para aferrarme a ella y otorgándome un corazón de intercesión para orar por mi amada esposa. A través de nuestras conversaciones de anoche y esta mañana, recibí la firme certeza de que Dios está, en verdad, capacitando a mi esposa para conocer la verdad, y que Él está utilizando esa misma verdad para hacerla libre. En particular, el núcleo de la confesión que mi amada esposa compartió conmigo en nuestras conversaciones de ayer y hoy fue este: «Dios me ama tan profundamente... y la razón es,

simplemente, que soy Su hija *amada*». Esta confesión constituye una evidencia clara e innegable de que Dios está, en efecto, concediendo a mi amada esposa la perspicacia espiritual para comprender la verdad. Además, sirve como prueba irrefutable de que Dios está, verdaderamente, haciendo libre a mi esposa. A través del amor y la gracia de Dios, mi esposa está llegando a comprender —de manera más plena, profunda, amplia y trascendente que nunca antes— cuánto la ama Dios. Conmovida por este amor de su Padre Celestial, derramó lágrimas de gratitud justo delante de mí anoche, y volvió a hacerlo esta misma mañana. Así que abrí mis brazos de par en par hacia mi amada esposa y la estreché contra mi pecho. Luego, compartiendo con ella las palabras de Juan 8:32, le dije: «Dios te está liberando, exactamente como promete Su Palabra».

Otra cosa por la cual estoy verdaderamente agradecido es que esta mañana, mientras estaba sentada a mi lado trabajando en línea antes de dirigirse a su empleo, mi esposa leyó un artículo en particular. Comentó que este resonó profundamente en ella —que sentía como si hubiera sido escrito solo para ella—, y esto dio pie a una larga conversación entre nosotros. El artículo en cuestión trataba sobre el TDAH (Trastorno por Déficit de Atención e Hiperactividad); mientras mi esposa y yo discutíamos su contenido, compartimos entre nosotros varios puntos clave —o tal vez lecciones— que extrajimos de él:

1. Dado que Dios ha creado a cada uno de nosotros de manera única, en lugar de etiquetar una condición o trastorno específico como algo «incorrecto», deberíamos seguir el ejemplo de Dios: tal como Él ama y acepta a una persona exactamente tal como es, así también deberíamos hacerlo nosotros.

2. Es una gracia y una bendición profundas llegar a conocernos mejor a nosotros mismos a través del proceso de llegar a conocer mejor a Dios.

3. Al emprender este viaje de autodescubrimiento, es crucial —especialmente al leer artículos como este— que no solo tomemos *conciencia* de ciertos aspectos de nosotros mismos, sino que también los *reconozcamos* y validemos.

4. Cuando hacemos esto, nos volvemos capaces de amarnos a nosotros mismos con el amor de Dios, abrazándonos y aceptándonos exactamente tal como somos.

5. Solo entonces podremos amarnos y aceptarnos verdaderamente el uno al otro, exactamente tal como somos, dentro de nuestro matrimonio (y, de hecho, en todas las relaciones humanas que formamos).

Una familia que experimenta el milagro de la oración y la alabanza

[2 Crónicas 20:15-22]

El pasado lunes por la tarde, mantuve una reunión de oración personal con un querido hermano menor de mis días universitarios. Durante nuestra conversación a corazón abierto, una de las historias que compartió conmigo trataba sobre su visita a su amada madre en su residencia de ancianos, el pasado domingo, con motivo del Día de la Madre. Me contó que, a pesar de que su madre padece demencia y ya no podía reconocerlo a él ni a los demás miembros de la familia, aun así sonreía. Al escuchar esto, le dije que debía estar agradecido de que su madre fuera capaz, al menos, de sonreír. La razón por la que dije esto fue que una de las queridas diaconisas de mi iglesia —quien padecía demencia, vivía en una residencia y desde entonces ha pasado al abrazo del Señor— llegó finalmente a un punto en el que ya ni siquiera podía sonreír (permaneciendo completamente inexpresiva). Mientras sosteníamos esta conversación, mi hermano y yo llegamos a un acuerdo mutuo: decidimos elegir la gratitud —viendo nuestras circunstancias a través de los ojos de la fe— incluso en situaciones que, vistas a través de nuestros ojos físicos, podrían parecer no ofrecer ningún motivo de agradecimiento.

Al examinar el contexto del pasaje bíblico de hoy —2 Crónicas 20:15-22— descubrimos que el rey Josafat de Judá se enfrentaba a una situación inmensamente difícil; una situación que, desde una perspectiva humana, no ofrecía absolutamente ninguna razón para la gratitud. Esta grave crisis surgió cuando los moabitas y los amonitas —a los que se unieron algunos

de los meunitas— invadieron Judá con un "ejército inmenso" (versículos 1-2). En respuesta, el rey Josafat se sintió "aterrorizado; por lo que decidió consultar al Señor y proclamó un ayuno para todo Judá" (versículo 3). En consecuencia, personas de cada pueblo de Judá se congregaron en Jerusalén "para buscar ayuda del Señor" (versículo 4). Al meditar en este pasaje, extraje de él una lección fundamental. Esa lección es la siguiente: cuando de repente nos enfrentamos a inmensas dificultades, debemos decidir —muy al estilo de Daniel— humillarnos ante Dios (Daniel 10:12, *Modern Man's Bible*) y —como el rey Josafat— decidir buscar Su consejo (2 Crónicas 20:3, *Modern Man's Bible*), para luego elevar nuestras oraciones a Él. En particular, como cabeza de familia, recibí una lección específica: que cuando nuestra familia enfrenta una adversidad abrumadora, yo debo decidir, en primer lugar, orar a Dios personalmente y, posteriormente, animar a mi amada esposa y a mis tres hijos a unirse a mí en la búsqueda de Su ayuda, asegurándome de que cada miembro de la familia se vuelva a Dios en oración.

Cuando todo el pueblo de Judá se reunió en el nuevo atrio del Templo en Jerusalén, el rey Josafat se puso de pie en medio de la multitud y ofreció esta oración a Dios. Cito de 2 Crónicas 20:6 (*Modern Man's Bible*): «Oh SEÑOR, Dios de nuestros antepasados, ¿acaso no eres Tú el Dios que gobierna sobre todas las naciones de la tierra desde los cielos? Tú posees tal poder y fuerza que nadie puede hacerte frente». Al meditar en este pasaje, extraje de él una segunda lección. Esa lección es esta: cuando nos encontramos con inmensas dificultades, primero debemos darnos cuenta y reconocer que nosotros mismos carecemos del poder y la capacidad para resolver desafíos tan abrumadores. Cito del versículo 12 (*Modern Man's Bible*): «Oh Dios nuestro, ¿acaso no les harás justicia? No tenemos poder para resistir a este vasto ejército que marcha contra nosotros. No sabemos qué hacer; por eso, solo volvemos nuestros ojos a Ti». Al examinar el contenido de esta oración —específicamente la declaración del rey Josafat a Dios: «No tenemos poder para resistir a este vasto ejército»—, vemos que él reconoció la total incapacidad e impotencia, no solo de sí mismo, sino también de todo el pueblo de Judá. En medio de esta toma de conciencia, el rey Josafat suplicó fervientemente a Dios: «No sabemos qué hacer; por eso, solo volvemos

nuestros ojos a Ti». Al igual que el rey Josafat, ha habido ocasiones en las que nosotros también hemos enfrentado inmensas dificultades: momentos en los que, al darnos cuenta y reconocer nuestra propia impotencia e insuficiencia —y sin saber qué pasos dar—, no pudimos hacer otra cosa que fijar nuestros ojos únicamente en el Señor. A través de estos desafíos abrumadores que encontramos —desafíos que nos obligan a darnos cuenta y reconocer nuestra propia impotencia e insuficiencia—, debemos reconocer y afirmar simultáneamente esta verdad: que solo Dios en el cielo posee el poder y la capacidad para resolver tales dificultades inmensas. Por lo tanto, aprendemos la lección de que debemos depositar nuestra fe y confianza en este Dios, buscando Su ayuda.

Otra lección que extraemos —la tercera lección, de hecho— es que, cuando enfrentamos dificultades abrumadoras, debemos permanecer en quietud en la presencia de Dios y reflexionar sobre la gracia que Él nos ha concedido en el pasado. Esta lección se fundamenta en el versículo 7 de la oración del rey Josafat a Dios, tal como aparece en la *Modern People's Bible*: «Oh Dios nuestro, ¿acaso no expulsaste a los habitantes de esta tierra ante el pueblo de Israel y diste esta tierra para siempre a los descendientes de Abraham, tu amigo?». Al examinar el contenido de esta oración, vemos que, mientras el rey Josafat oraba a Dios, recordaba cómo —allá en la época de Josué— el Señor había expulsado a los habitantes nativos de Canaán ante el pueblo de Israel y había concedido la tierra de Canaán a «los descendientes de Abraham, tu amigo» (v. 7, *Modern People's Bible*). Un punto intrigante es que el rey Josafat se refirió al pueblo de Israel como «los descendientes de Abraham, tu amigo» (v. 7, *Modern People's Bible*). Mientras meditaba en este pasaje, recordé Juan 15:13: «Nadie tiene mayor amor que este: dar la vida por sus amigos». Al meditar en este pasaje, mis pensamientos se dirigieron al inmenso amor de Jesús, quien —considerando incluso a un pecador como yo como un amigo— entregó Su vida en la cruz para perdonar todos mis pecados y concederme la vida eterna (la salvación). En ese momento, abrumado por la gracia y el amor ilimitados del Señor, no pude hacer otra cosa que ofrecer mi más sincero agradecimiento a Dios con fe. El mismo Dios que nos ayudó y nos libró de tremendas adversidades en el pasado es el mismo Dios que, sin duda, nos

ayudará y nos librará de las inmensas dificultades que enfrentamos hoy. La razón es que, tal como se afirma en Hebreos 13:8, el Dios de nuestra salvación es Aquel que permanece inmutable: ayer, hoy y para siempre. Por lo tanto, al igual que el salmista, alzamos nuestros ojos hacia las montañas. ¿De dónde proviene nuestra ayuda? Nuestra ayuda proviene de Dios, el Hacedor del cielo y de la tierra (Salmos 121:1–2). Cuando el rey Josafat de Judá oró a Dios (versículos 7–12), el Espíritu Santo de Dios descendió sobre Jahaziel, un levita que se encontraba de pie en medio de la asamblea (versículo 14), impulsándolo a proclamar el mensaje de Dios al rey Josafat y al pueblo de Judá y Jerusalén de esta manera: «Escuchen, todo el pueblo de Judá y Jerusalén, y tú, rey Josafat. Esto es lo que el SEÑOR les dice: "No teman ni se desanimen a causa de este inmenso ejército, pues la batalla no es de ustedes, sino de Dios. Mañana desciendan contra ellos. Ellos vendrán subiendo por el paso de Ziz, y los encontrarán al final del valle que desemboca en el desierto de Jeruel. No tendrán que pelear en esta batalla. Tomen sus posiciones; manténganse firmes y vean la liberación que el SEÑOR les dará. Oh pueblo de Judá y Jerusalén, no teman ni se desanimen. Salgan mañana a enfrentarlos, pues el SEÑOR estará con ustedes"» (versículos 15–17). En este mensaje de Dios, vemos que Él instruyó en dos ocasiones al rey Josafat y al pueblo de Judá y Jerusalén a no «temer ni desanimarse» ante el masivo ejército que había invadido su tierra. ¿Cuál era la razón de esto? ¿Por qué les dijo Dios que no temieran ni se desanimaran? Había dos razones: (1) porque Dios estaría con su pueblo («El SEÑOR estará con ustedes») (versículo 17), y (2) porque la batalla contra aquel ejército masivo era la batalla de Dios («La batalla no es suya, sino de Dios») (versículo 15).

Al escuchar esta palabra de Dios a través de Jahaziel, el rey Josafat —junto con el pueblo de Judá y de Jerusalén— se inclinó y «adoró» a Dios (v. 18). Luego, «los levitas de los clanes coatitas y coritas se pusieron de pie y alabaron al SEÑOR, el Dios de Israel, con voz muy fuerte» (v. 19). «Temprano a la mañana siguiente, mientras el ejército de Judá se preparaba para partir hacia el desierto de Tecoa, el rey Josafat se puso de pie y» proclamó al pueblo: «¡Escúchenme, pueblo de Judá y de Jerusalén! Pongan su confianza en el SEÑOR su Dios, y Él los sostendrá. Pongan su confianza en Sus profetas, y saldrán victoriosos» (v. 20). El rey

Josafat los exhortó dos veces, diciendo: «Pongan su confianza». Los llamó a confiar en Dios y a confiar en los profetas de Dios. Lo interesante es que, mientras Dios había dicho dos veces: «No tengan miedo ni se desanimen» (vv. 15, 17), el rey Josafat, a su vez, dijo dos veces: «Pongan su confianza».

Al meditar en este pasaje, la cuarta lección que extraigo es que, sin importar cuán ferozmente ataquen Satanás y sus fuerzas a nuestras familias, no debemos tener miedo ni desanimarnos. La razón es que esta batalla espiritual no es nuestra batalla, sino la batalla de Dios. En la batalla de Dios, Dios mismo pelea en nuestro favor; Él nos librará y nos concederá la victoria. Por lo tanto, solo necesitamos creer en la promesa de Dios de que Él está con nosotros y nos sostendrá, y luego avanzar con fe contra Satanás y sus fuerzas. Además, debemos adorar y alabar a Dios con fe. Incluso cuando enfrentamos inmensas dificultades, debemos depositar nuestra confianza en Dios y en la Palabra transmitida a través de Sus siervos; así, con la certeza de la salvación y la victoria, debemos dar gracias a Dios y ofrecerle alabanza, declarando que Su amor perdura para siempre. «Después de consultar con el pueblo, Josafat designó a unos hombres para que cantaran al SEÑOR y lo alabaran por el esplendor de su santidad mientras marchaban al frente del ejército, diciendo: “Den gracias al SEÑOR, porque su amor perdura para siempre”» (Versículo 21, *Modern People’s Bible*). Cuando hacemos esto, ¡Dios transformará nuestro «Valle de Acor» (el Valle de la Angustia) (Josué 7:24–26) en el «Valle de la Alabanza» (el Valle de la Bendición) (2 Crónicas 20:26, *Modern People’s Bible*)!

Me gustaría dar por concluida esta meditación sobre la Palabra. Mientras meditaba en el pasaje de 2 Crónicas 20 bajo el tema «Una familia que experimenta el milagro de la oración y la alabanza», recordé el versículo de Hechos 16:25 —sobre el cual había reflexionado durante el servicio de Año Nuevo de este año bajo el título «¡Experimente el milagro de la alabanza!»—: «Hacia la medianoche, Pablo y Silas estaban orando y cantando himnos a Dios, y los otros prisioneros los escuchaban». Al meditar una vez más en los tres milagros que el Señor realizó cuando los apóstoles Pablo y Silas oraron y cantaron alabanzas a Dios

en la prisión, dirigí hoy mi atención al pasaje de 2 Crónicas, capítulo 20. Al reflexionar sobre el milagro en el que Dios concedió la victoria a Judá —permitiéndoles derrotar a un ejército masivo— después de que el rey Josafat, el pueblo de Judá y los habitantes de Jerusalén oraran a Él y organizaran un coro para ofrecer alabanza, he extraído cuatro lecciones:

(1) La primera lección que he aprendido es que, cuando de repente nos enfrentamos a inmensas dificultades, debemos decidir humillarnos ante Dios —tal como lo hizo Daniel (Daniel 10:12)— y decidir buscar la guía de Dios —tal como lo hizo el rey Josafat (2 Crónicas 20:3)—; y debemos orar a Dios. En particular, aprendemos la lección de que, cuando nuestras familias enfrentan adversidades abrumadoras, cada miembro del hogar debe unirse en oración a Dios.

(2) La segunda lección es que, cuando enfrentamos dificultades inmensas, primero debemos darnos cuenta y reconocer que nosotros mismos carecemos de la fuerza y la capacidad para resolver esos problemas abrumadores. Al mismo tiempo, debemos darnos cuenta y reconocer que solo Dios en el cielo posee la fuerza y la capacidad para resolver tales dificultades inmensas. Por lo tanto, aprendemos que debemos depositar nuestra fe y confianza en este Dios y buscar Su ayuda.

(3) La tercera lección es que, cuando nos vemos confrontados con dificultades inmensas, debemos permanecer en quietud en la presencia de Dios y reflexionar sobre la gracia que Dios nos ha otorgado en el pasado.

(4) La cuarta lección es que, sin importar cuán ferozmente Satanás y sus fuerzas ataquen a nuestras familias, no debemos tener miedo ni perder el ánimo. La razón de esto es que esta batalla espiritual no es nuestra batalla, sino la batalla de Dios. Incluso cuando enfrentamos dificultades inmensas, debemos depositar nuestra confianza en la Palabra transmitida por medio de Dios y Sus siervos; de este modo, con la certeza de la salvación y la victoria, debemos dar gracias a Dios y ofrecer alabanza porque Su amor perdura para

siempre. Cuando hacemos esto, Dios transformará el «Valle de la Angustia» (Acor) en un «Valle de Bendición» (Alabanza).

El Dios fiel que utiliza incluso a padres parciales

«A medida que los muchachos crecían, Esaú se convirtió en un hábil cazador y amaba la vida al aire libre, mientras que Jacob era un hombre tranquilo que prefería quedarse en casa. Isaac amaba a Esaú porque disfrutaba de la carne que Esaú traía a casa de la caza, pero Rebeca amaba a Jacob» (Génesis 25:27–28).

¿Por qué los padres muestran favoritismo hacia sus hijos? Investigadores de la Universidad de California en Davis (UCD) realizaron entrevistas a 768 hermanos (384 parejas) y a sus padres. Sus hallazgos revelaron que el 70% de los padres y el 65% de las madres admitieron favorecer a uno de sus hijos; y, en la mayoría de los casos, ese hijo era el primogénito (Internet). Además, se informa que los hijos que sufren daños emocionales graves debido al favoritismo paterno enfrentan dificultades significativas para reconocerse a sí mismos como individuos independientes; es más, tales experiencias conllevan una alta probabilidad de impactar negativamente en sus relaciones románticas y en sus vidas conyugales. Se dice que pueden volverse excesivamente obsesivos con sus relaciones —buscando llenar el vacío dejado por la falta de amor de sus padres a través de sus parejas románticas— y también pueden vivir con una ansiedad constante y el miedo a ser abandonados por sus parejas. Los hijos heridos por el favoritismo también son propensos a experimentar dificultades emocionales significativas (Internet).

Al observar el pasaje bíblico de hoy —Génesis 25:28— *The Contemporary Bible* afirma: «Isaac amaba a Esaú porque disfrutaba de la carne que Esaú traía a casa de la caza, pero Rebeca amaba a Jacob». ¿Por qué el padre, Isaac, y la madre, Rebeca, mostraron favoritismo hacia sus hijos? Isaac, el padre, amaba a su hijo primogénito, Esaú —quien era un «hábil cazador» (v. 28, *The Contemporary Bible*)— y la razón de ello era simplemente que Isaac disfrutaba de la carne que Esaú traía a casa de sus cacerías (v. 28, *The Contemporary Bible*). Entonces, ¿por qué su madre, Rebeca, amaba a su hijo menor, Jacob? A mi parecer, la razón parece ser que Jacob era un «hombre tranquilo que prefería quedarse en casa». En efecto, al observar el versículo 29 —específicamente la traducción de la *Modern Man's Bible*, que dice: «Un día, Jacob estaba cocinando un guiso»—, parece que él se encontraba preparando comida tranquilamente dentro del hogar. En consecuencia, es sumamente probable que pasara gran parte de su tiempo con su madre, Rebeca, quien administraba la casa; también sospecho que aprendió de ella el arte de la cocina, razón por la cual estaba preparando el guiso en primer lugar. Sin embargo, tal como leemos a partir de la última parte del versículo 29, Esaú regresó a casa de una expedición de caza hambriento —sintiendo como si se estuviera «muriendo de hambre» (versículos 30 y 32, *Modern Man's Bible*)— y le dijo a su hermano menor, Jacob, quien estaba cocinando el guiso: «Dame un poco de ese guiso rojo» (versículo 30, *Modern Man's Bible*). En ese instante, Jacob respondió: «Primero, véndeme tu primogenitura». Esaú contestó: «Estoy a punto de morir; ¿de qué me sirve esta primogenitura?» (versículos 31-32, *Modern Man's Bible*). Entonces Jacob insistió: «Júrame que nunca más reclamarás la primogenitura». Esaú le hizo un juramento a Jacob y le vendió su primogenitura (versículo 33, *Modern Man's Bible*). La razón de esto fue que Esaú tenía su primogenitura en poca estima (versículo 34). Así pues, Esaú —el hermano mayor que trató su primogenitura con tal ligereza que se la vendió a su hermano menor, Jacob, por un simple plato de guiso rojo— descubriría más tarde, en el capítulo 27 del Génesis, que también había sido despojado de la bendición que estaba destinado a recibir de su padre, Isaac: «…Esta es la segunda vez que me ha engañado. Primero me quitó mi primogenitura, y ahora me ha quitado mi bendición…» (27:36, *Modern Man's Bible*). Hoy, centrándome en el pasaje del capítulo 27 de Génesis, deseo reflexionar sobre el proceso mediante el cual el

hijo menor, Jacob, usurpó la bendición que por derecho pertenecía a su hermano mayor, Esaú; y, al hacerlo, discernir las lecciones que esta narrativa nos ofrece. Específicamente, tengo la intención de comenzar hoy examinando al padre, Isaac, quien mostró favoritismo hacia su hijo primogénito, Esaú; luego, el próximo sábado, planeo dirigir mi atención hacia la madre, Rebeca, quien favorecía al hijo menor, Jacob.

En primer lugar, al considerar a Isaac —el padre que favorecía a su primogénito, Esaú—, creo que Isaac otorgó su bendición al hijo menor, Jacob, debido a que carecía de discernimiento.

Por favor, observen Génesis 27:23: «No lo reconoció, porque sus manos eran velludas como las de su hermano Esaú; así que lo bendijo». El padre Isaac carecía de discernimiento. En otras palabras, bendijo a su hijo menor, Jacob —quien lo estaba engañando—, confundiéndolo con su amado primogénito, Esaú. Fue incapaz de distinguir entre su apreciado primogénito, Esaú, y su hermano menor, Jacob. Quizás la razón de esto radicaba en que Isaac era de edad avanzada y su vista se había debilitado, lo cual le dificultaba ver con claridad (v. 1, *La Biblia Contemporánea*). Además, dado que sus dos hijos, Esaú y Jacob, eran «gemelos» (25:24), le habría resultado aún más difícil distinguirlos. Y un punto más: a mi juicio, la razón por la que Isaac no logró distinguir a su hijo predilecto, Esaú, de Jacob, fue que este último —con la plena asistencia de su madre, Rebeca— había ejecutado su engaño contra Isaac de manera impecable. Isaac, quien amaba profundamente a su hijo primogénito Esaú, y sabiendo que era anciano y desconocía cuándo podría morir (27:2), deseaba que Esaú le preparara su plato sabroso favorito una última vez, para así poder comerlo y otorgarle su bendición final antes de fallecer (vv. 2–3). Sin embargo, tal como sucedieron las cosas, y a falta de discernimiento, terminó bendiciendo a Jacob —precisamente a aquel que lo estaba engañando (v. 12)— en su lugar (v. 23). No obstante, mientras Jacob lo engañaba, Isaac —a mi parecer— intentó al menos siete veces verificar si Jacob era verdaderamente Esaú, el hijo primogénito al que tanto amaba:

(1) «¿Quién eres tú, hijo mío?» (v. 18)

Cuando Jacob se acercó a Isaac con el guiso sabroso y el pan, y exclamó: «¡Padre!», Isaac preguntó: «¿Quién eres tú, hijo mío?» (v. 18). En esencia, Isaac estaba indagando sobre la identidad de Jacob. Claramente, Isaac debía de estar esperando y aguardando a que Esaú viniera a él trayendo el guiso sabroso que tanto disfrutaba. Si la voz que exclamó «¡Padre!» en ese momento hubiera sido realmente la de Esaú, Isaac seguramente no habría preguntado: «¿Quién eres tú, hijo mío?».

(2) «¿Cómo es que lo has encontrado tan pronto, hijo mío?» (v. 20)

Cuando Isaac preguntó a Jacob: «¿Quién eres tú, hijo mío?» (v. 18), Jacob respondió: «Soy Esaú, tu hijo primogénito. He hecho tal como me ordenaste; por favor, levántate, siéntate y come de la caza que he cazado, para que puedas bendecirme a tu entera satisfacción» (v. 19). Al oír esto, Isaac preguntó a su hijo: «¿Cómo es que lo has encontrado tan pronto, hijo mío?» (v. 20). La razón es clara: Isaac le había dicho explícitamente a Esaú: «Toma tu arco, sal a los campos, caza alguna presa y prepara el guiso sabroso que amo. Una vez que lo haya comido, te daré mi bendición final antes de morir» (vv. 3–4). Sin embargo, mientras Esaú estaba fuera en los campos cazando (v. 5), su madre, Rebeca —quien había escuchado las instrucciones de Isaac a Esaú (v. 5)— llamó a su amado hijo menor, Jacob. Deseando asegurar que fuera Jacob, y no Esaú, quien recibiera la bendición de Isaac, ella preparó el sabroso guiso que Isaac tanto amaba (v. 9), lo puso —junto con algo de pan— en manos de Jacob (v. 17) y lo envió ante Isaac. En consecuencia, desde la perspectiva de Isaac, sencillamente no tenía razón alguna para esperar que Esaú cazara una presa tan rápidamente, preparara el sabroso guiso y se lo trajera tan pronto. Cuando se le preguntó al respecto, Jacob respondió a su padre, Isaac: «Pude encontrar la presa tan rápidamente porque el SEÑOR, tu Dios, me ayudó» (v. 20). ¿Cómo pudo Jacob atreverse a engañar a su propio padre, Isaac —llegando incluso a invocar el mismísimo nombre del «SEÑOR Dios»?

(3) «Acércate, hijo mío, para que pueda tocarte y determinar si realmente eres mi hijo Esaú o no» (v. 21).

La razón por la que Isaac dijo «Acércate» (v. 21) a Jacob —quien había afirmado: «Yo soy tu hijo primogénito, Esaú» (v. 19)— fue para tocarlo y verificar si, en efecto, era su hijo Esaú (v. 21). Isaac se mostraba tan escéptico ante la posibilidad de que Jacob fuera Esaú que dio este paso para confirmar su identidad. Así pues, en su intento por verificar si Jacob era Esaú, le pidió que se acercara para poder palpar sus manos. El razonamiento detrás de esto era que Esaú era un hombre velludo, mientras que Jacob tenía la piel tersa y lampiña (v. 11; *Modern People's Bible*).

(4) «La voz es la voz de Jacob, pero las manos son las manos de Esaú» (v. 22).

Cuando Jacob se acercó tal como su padre Isaac le había indicado, Isaac lo tocó y declaró: «La voz es la voz de Jacob, pero las manos son las manos de Esaú» (v. 22). En otras palabras, Isaac reconoció que la voz que estaba escuchando no era la de Esaú. Sin embargo, debido a su avanzada edad y a que su vista se había debilitado —lo cual le impedía ver con claridad (v. 1; *Modern People's Bible*)—, no pudo identificar visualmente si la persona que tenía ante sí era Jacob; de ahí que buscara verificar su identidad palpando sus manos. La razón de este método específico radicaba en que las manos de Esaú estaban cubiertas de vello (v. 11). No obstante, tras tocar las manos de Jacob, concluyó: «Las manos son las manos de Esaú» (v. 22). Dado que las manos de Jacob eran innegablemente tersas y lampiñas (v. 11; *Modern People's Bible*), ¿cómo pudo Isaac, al tocarlas, haber declarado: «Las manos son las manos de Esaú»? La razón de esto fue que su madre, Rebeca, tomó las mejores vestiduras pertenecientes a su hijo mayor, Esaú —las cuales había guardado dentro de la casa— y se las puso a su hijo menor, Jacob (Versículo 15, *Modern People's Bible*).

(5) «¿Eres realmente mi hijo Esaú?» (Versículo 24).

Isaac, quien le había preguntado a Jacob —quien se hacía pasar por Esaú—: «¿Quién eres tú, hijo mío?» (Versículo 18), palpó a Jacob con sus manos. Al notar que sus manos eran velludas —como «las manos de Esaú», aunque «la voz era la voz de Jacob»—, no pudo

discernir la verdad y se dispuso a bendecir a Jacob (Versículo 23). Antes de esto, Isaac le había preguntado a Jacob: «¿Eres realmente mi hijo Esaú?» (Versículo 24). Esto demuestra hasta qué punto Isaac carecía de certeza respecto a si Jacob era verdaderamente Esaú, el hijo que él amaba. En ese momento, Jacob respondió: «Sí, lo soy» (Versículo 24, *Modern People's Bible*).

(6) «Acércate, hijo mío, y bésame» (Versículo 26).

Isaac le dijo a Jacob: «Permíteme comer de la caza que mi hijo ha cazado, para que pueda bendecirte con todo mi corazón». Cuando Jacob le llevó la comida a Isaac (Versículo 25), Isaac comió y bebió el vino; después, dijo: «Acércate, hijo mío, y bésame» (Versículo 26). Al parecer, hizo esto porque pensó que, al hacer que Jacob lo besara, podría determinar con mayor certeza si Jacob era verdaderamente Esaú o no.

(7) «Cuando se acercó y lo besó, Isaac percibió el aroma de sus vestiduras…» (Versículo 27, *Modern People's Bible*).

Jacob se acercó y besó a su padre, Isaac, tal como se le había indicado; en ese momento, Isaac percibió el aroma de las vestiduras que Jacob llevaba puestas. Este fue su último intento —una última verificación— para determinar si Jacob era verdaderamente Esaú, el amado hijo mayor. Sin embargo, Jacob ya se había puesto las mejores vestiduras pertenecientes a Esaú —las cuales su madre, Rebeca, había guardado dentro de la casa—; en consecuencia, Isaac no pudo evitar percibir el aroma de la ropa de Esaú.

Así, incapaz en última instancia de discernir la verdad, Isaac confundió a Jacob con Esaú y le otorgó su bendición (versículos 23, 28–29).

Mientras meditaba en este pasaje, me impactó la constatación de que, por más formas distintas en que intentemos verificar las cosas, sin un grado significativo de discernimiento espiritual maduro, estamos destinados a caer presa de los engaños de Satanás. La razón de

esto es que, cuando somos espiritualmente inmaduros, nuestra visión espiritual se nubla y carecemos de discernimiento, lo cual nos deja vulnerables a ser engañados por las astutas artimañas de Satanás (cf. Efesios 4:14, *The Contemporary Bible*). ¿Quiénes son, entonces, los cristianos espiritualmente inmaduros? Son, precisamente, aquellos que no aman la verdad (2 Tesalonicenses 2:10, *The Contemporary Bible*). Los cristianos que no aman la verdad de Dios permanecen espiritualmente inmaduros y carecen de discernimiento espiritual; como resultado, no logran reconocer a Satanás cuando este «se disfraza de ángel de luz» (2 Corintios 11:14), ni tampoco reconocen a sus siervos cuando estos «se disfrazan de siervos de justicia» (versículo 15, *The Contemporary Bible*). En consecuencia, corren un grave peligro de sucumbir ante las astutas falsedades y los engaños de Satanás y sus agentes. Un ejemplo claro de esto es la mujer descrita en el capítulo 3 de Génesis. Cuando la serpiente —la más astuta de todas las criaturas silvestres que Dios había hecho— se le acercó para seducirla y tentarla (Génesis 3:1–5), ella cayó ante sus astutas falsedades y engaños. Finalmente, desobedeció el mandato de Dios (Génesis 2:17), tomó y comió del fruto del Árbol del Conocimiento del Bien y del Mal, y luego le dio un poco a su esposo, Adán —quien estaba con ella—, y él también comió (Génesis 3:6). En aquel momento, si su esposo, Adán, hubiera sido espiritualmente maduro y hubiera poseído discernimiento espiritual, no habría comido del fruto del conocimiento del bien y del mal: el mismo fruto que su esposa había recogido y le había ofrecido. Es más, si hubiera sido espiritualmente maduro y hubiera poseído tal discernimiento, habría tomado medidas para impedir que su esposa comiera del fruto cuando ella sucumbió a las artimañas y tentaciones de la astuta serpiente y extendió la mano para recogerlo. Sin embargo, Adán —quien se encontraba allí mismo con ella (versículo 6)— no tomó medida alguna mientras su esposa recogía y comía del fruto; y, lo que es más, cuando ella le entregó el fruto, él también lo comió. Al reflexionar sobre la total falta de discernimiento espiritual de Adán, nosotros —movidos por nuestro amor a la verdad de Dios— debemos esforzarnos por cultivar el discernimiento espiritual en nuestro interior. Debemos desarrollar la capacidad de examinar todas las cosas con detenimiento y distinguir entre lo que es bueno y lo que es malo. Así pues, armados con este discernimiento espiritual, debemos escudriñar todo, aferrándonos a lo bueno y desechando

toda forma de mal (cf. 1 Tesalonicenses 5:21–22). Debemos aguzar nuestra mente valiéndonos de la Palabra de Dios —la espada del Espíritu Santo— para que, con discernimiento espiritual, podamos identificar las estrategias de Satanás; y, mediante el poder de la Palabra de Dios y la oración incesante, debemos luchar contra Satanás y salir victoriosos: cada día, en cada instante.

El pasado lunes, mientras compartía un tiempo de comunión en el Señor con algunos amigos más jóvenes de mis días universitarios —concretamente, mientras escuchaba el testimonio de un amigo que estuvo a punto de morir a causa de un infarto el pasado diciembre—, recibí un mensaje por KakaoTalk de otro amigo de la universidad. Aquel mensaje traía la noticia de que la madre de este amigo había partido pacíficamente de este mundo, hallando su descanso final: apaciblemente abrazada por los amorosos brazos de Dios Padre y del Señor Jesucristo. Comparto aquí tan solo un fragmento de aquel mensaje: «Oro para que la bendición del Señor repose sobre ti, para que honres a tu madre amando al Señor y amando a los demás, tal como ella lo hizo a lo largo de toda su vida terrenal». «A través de su vida cotidiana, ella demostró un amor y una fe auténticos hacia nuestro Padre Celestial y el Señor Jesucristo». Al despedirse de su amada madre, vislumbré el precioso amor que los hijos sentían por ella: un amor expresado en el deseo sincero de honrarla amando al Señor y a los demás con ese mismo amor auténtico por Dios Padre y el Señor Jesucristo que ella misma encarnó. Esto me trae a la memoria el Himno 579 del *Nuevo Himnario*, titulado «El amor ilimitado de una madre»: (Estrofa 1) El amor ilimitado de una madre: ¡cuán precioso y singular es! Ese amor me envuelve siempre en su abrazo. Cuando lloro, mi madre ora al Señor; cuando río de gozo, ella entona cantos de alabanza. (Estrofa 2) La Biblia que mi madre leía mañana y noche… en cada versículo, desgastado y pulido por el tacto de sus manos, me parece ver su propia imagen. «Todo aquel que cree obtendrá la vida eterna»: esas preciosas palabras que ella compartió conmigo se han convertido ahora en mi fortaleza. (Estrofa 3) Cuando yazgo solo en la angustia, o deambulo hasta sentirme exhausto, el sonido de los himnos que ella cantaba resuena vívidamente en mis oídos. Aunque brote agua de una roca, o florezcan flores en el desierto, si camino junto a Jesús, nada tengo que

temer. (Estrofa 4) Tierna, humilde, íntegra y firme: honraré el legado de mi madre y viviré una vida con propósito. Habiendo librado la buena batalla en este mundo de tormentas y contiendas, moraremos juntos para siempre allí donde fluye el río de la vida.

Finalmente, al reflexionar sobre Rebeca —la madre que mostró favoritismo hacia su hijo menor, Jacob—, considero que actuó como la mente maestra tras bastidores, orquestando cada detalle para asegurar que Jacob recibiera la bendición de Isaac.

Observando la segunda parte del versículo 28 del capítulo 25 de Génesis, la Biblia afirma: «Rebeca amaba a Jacob». ¿Por qué favoreció Rebeca a su hijo menor, Jacob, por encima de su primogénito, Esaú? A mi juicio, la razón radica en el hecho de que Jacob era «un hombre tranquilo, que permanecía entre las tiendas» (v. 27). Mientras que su hermano mayor, Esaú —siendo un hábil cazador— amaba la vida al aire libre y prefería aventurarse por los campos, Jacob era un hombre sosegado y hogareño; en consecuencia, es probable que pasara mucho más tiempo en compañía de su madre, Rebeca. Además, dado el relato de cuando preparó un guiso (v. 29), parece plausible que Jacob incluso aprendiera las artes culinarias de su madre, Rebeca. Otro factor que contribuyó a ello, creo yo, fue la angustia de Rebeca con respecto a su primogénito, Esaú: este se había casado con dos mujeres del pueblo hitita, y estas dos nueras se convirtieron en una fuente de profundo pesar para ella (26:35); tanto es así que llegó a considerar su propia existencia como «una carga» a causa de ellas (27:46). Su angustia debió de ser profunda, pues llegó al extremo de decirle a su esposo, Isaac: «Estoy hastiada de vivir a causa de estas mujeres hititas. Si Jacob toma esposa de entre las mujeres de esta tierra —de entre las mujeres hititas—, ¿de qué me servirá la vida?» (v. 46). Me parece que existía un conflicto significativo entre la suegra y sus nueras. Fue precisamente debido a esta tensa relación entre Rebeca y sus dos nueras hititas que ella se lamentó ante su esposo, Isaac, afirmando que encontraba su vida como «una carga» (v. 46). Por estas razones, creo que Rebeca optó por volcar su amor en su hijo menor, Jacob, en lugar de hacerlo en su primogénito, Esaú. Creo que cualquier suegra que actualmente esté experimentando conflictos con su nuera puede, al menos hasta cierto punto, comprender

los sentimientos que albergaba Rebeca. Si se encuentra en desacuerdo con la esposa de su hijo mayor, existe una posibilidad muy real de que termine amando aún más a su segundo hijo —quien todavía no se ha casado—. En particular, si el conflicto con esa primera nuera ha llegado a un punto en el que vivir, tal como le sucedía a Rebeca, se ha vuelto absolutamente insoportable, ¿qué alegría le quedaría a esa suegra en la vida? (Versículo 46, *Modern Man's Bible*). Bajo tales circunstancias, ¿no sería lo más natural que amara a su segundo hijo más que al primero? Especialmente si ese segundo hijo posee un carácter apacible —muy parecido al de Jacob— y prefiere quedarse en casa, ¿acaso una madre no lo favorecería naturalmente por encima de un hijo mayor que se pasa el tiempo deambulando fuera? Es más, si tuviera que presenciar constantemente cómo su esposo —con quien mantiene una relación tensa— manifiesta abiertamente su afecto por el hijo mayor, ¿no se sentiría esa madre aún más inclinada a prodigar su amor al segundo hijo?

Debido a que amaba a su segundo hijo, Jacob, su madre Rebeca intervino para interceptar —o, mejor dicho, para *apoderarse* (Versículo 36)— de la bendición final que su esposo, Isaac, tenía la intención de otorgar a su amado hijo mayor, Esaú, antes de morir (Versículo 27:4, *Modern Man's Bible*); al hacerlo, se aseguró de que dicha bendición recayera, en cambio, sobre Jacob. La razón por la que creo que Rebeca fue la mente maestra detrás de este plan es que el propio Jacob estaba aterrorizado ante la idea de convertirse en un "impostor" a los ojos de su padre; temía que, si lo sorprendían en el acto, recibiría "no una bendición, sino más bien una maldición" (Versículo 12, *Modern Man's Bible*). Sin embargo, cuando su madre Rebeca lo tranquilizó —diciendo: «Yo tomaré la maldición sobre mí» (Versículo 13, *Modern Man's Bible*)— y le instruyó: «Escucha atentamente lo que digo y haz exactamente lo que te indico» (Versículo 8, *Modern Man's Bible*), Jacob simplemente depositó su confianza en su madre y actuó con total precisión conforme a sus palabras. Para decirlo de manera un tanto franca y en lenguaje moderno, parecería que Jacob era, en esencia, un «niño de mamá». Da la impresión de que Jacob era el hijo menor: alguien que carecía de la capacidad para actuar de forma independiente y que, en su lugar, dependía en gran medida de su madre, Rebeca. En consecuencia, desde la perspectiva de Rebeca, debió

de resultarle relativamente sencillo manipular a su amado hijo menor, Jacob, para que recibiera la bendición de su padre Isaac en lugar de Esaú. Antes de disponerse a manipular a Jacob, lo primero que hizo Rebeca fue escuchar a escondidas la conversación que su esposo, Isaac, mantenía con su amado hijo primogénito, Esaú. Esto se relata en Génesis 27:5-6 (según la traducción de la *Modern Man's Bible*): «En ese preciso instante, Rebeca oyó lo que Isaac le decía a Esaú; así que, mientras Esaú se encontraba en el campo cazando, ella llamó a Jacob y le dijo: "Acabo de oír a tu padre hablar con tu hermano Esaú..."». La expresión «en ese preciso instante» hace referencia al momento en que Isaac —ya de edad avanzada y casi ciego— convocó a su amado hijo primogénito, Esaú. Consciente de su propia mortalidad y de la incertidumbre respecto al momento en que su vida llegaría a su fin (versículos 1-2), Isaac le había dicho a Esaú: «Toma tu arco, sal al campo, caza alguna pieza y prepárame un plato sabroso que sea de mi agrado. Lo comeré y, antes de morir, te daré mi bendición final» (versículos 3-4). Fue precisamente «en ese preciso instante» cuando Rebeca escuchó la conversación que tenía lugar entre Isaac y Esaú.

En una ocasión, mi esposa me comentó: «Puedo oír todo lo que tú y el anciano estáis conversando en el despacho pastoral desde la habitación contigua; tal vez deberíais intentar bajar un poco la voz». Imagino que, en ese momento, mi esposa probablemente se encontraba realizando algunas tareas en la habitación contigua —donde está situada la fotocopiadora—. De haber estado en el salón de confraternidad, compartiendo el almuerzo posterior al servicio dominical con otros miembros de la congregación, como de costumbre, no habría podido escuchar la conversación entre el anciano y yo. Es más, ella no escuchó nuestra conversación porque estuviera intentando deliberadamente espiar; más bien, simplemente porque dio la casualidad de que se encontraba en la habitación contigua a la oficina pastoral, le resultó imposible *no* escucharla. El punto principal que deseo destacar aquí es que el hecho de que Rebeca «oyera por casualidad» lo que Isaac le decía a Esaú implica que ella se encontraba situada muy cerca del lugar donde ellos estaban. Esto se debe a que, de lo contrario, le habría sido imposible escuchar su conversación. Esto plantea la siguiente interrogante: ¿Escuchó Rebeca lo que se decía simplemente porque dio la

casualidad de que se encontraba cerca de ese lugar mientras Isaac hablaba con Esaú? ¿O se acercó intencionadamente al lugar donde ellos estaban, específicamente para escuchar lo que Isaac le decía? Tal como sugiere implícitamente la palabra «oyó por casualidad» (v. 5), Rebeca se acercó deliberadamente al lugar donde ellos estaban con la intención específica de escuchar a escondidas la conversación entre Isaac y Esaú. Hizo esto porque era la única manera de poder escuchar con claridad lo que Isaac le decía. Por ejemplo: si mi esposa estuviera en el salón de confraternidad, pero se trasladara intencionadamente a la habitación contigua a mi estudio —porque quisiera escuchar a escondidas una conversación que yo estuviera manteniendo con un anciano—, ¿acaso no podría entonces escuchar la discusión que se estuviera llevando a cabo entre el Consistorio (el pastor y los ancianos)? De la misma manera, es probable que Rebeca se acercara con la intención deliberada de escuchar lo que Isaac le decía a Esaú. Y después de haber escuchado todo lo que su esposo Isaac le dijo a Esaú, llamó a Jacob y le dijo: «He oído a tu padre hablar con tu hermano Esaú. Dijo que, si tu hermano sale de caza y trae un plato sabroso, él lo comerá y lo bendecirá en presencia del SEÑOR antes de morir» (vv. 6–7). Habiendo escuchado las palabras que su esposo dirigió a su hijo primogénito, Rebeca observó cómo Jacob recibía la bendición de su padre Isaac y se marchaba. Poco después, su hermano Esaú regresó de la caza (v. 30); al descubrir que su hermano menor, Jacob, había engañado a su padre Isaac y robado la bendición destinada a él (vv. 35–36), Esaú llegó a odiar a Jacob (v. 41) y, en su furia (v. 44), murmuró para sus adentros: «La muerte de mi padre se acerca; tan pronto como él fallezca, mataré a Jacob» (v. 41). Sin embargo, cuando estas palabras que Esaú había murmurado para sí mismo «llegaron a oídos de Rebeca» (traducido en *The Modern Man's Bible* como «se le informó») (v. 42), ella llamó a su hijo menor, Jacob, y le dijo: «Tu hermano Esaú tiene la intención de matarte para vengarse. Hijo mío, haz exactamente lo que te digo ahora. Ve de inmediato a casa de mi hermano Labán en Harán y refúgiate allí por un tiempo, hasta que la ira de tu hermano amaine. Una vez que su enojo se haya enfriado y él haya olvidado lo que hiciste, enviaré a alguien para traerte de regreso desde allí. ¿Por qué habría de perderlos a ambos en un mismo día?» (vv. 42–45). ¿Cómo lograron llegar a oídos de Rebeca las palabras que Esaú había murmurado para sí mismo? Inicialmente, supuse que

Rebeca debía de haber estado lo suficientemente cerca de Esaú como para escuchar sus murmullos; sin embargo, ahora sospecho que probablemente los escuchó de manera indirecta —quizás a través de otra persona (como un siervo leal a ella). El punto crucial es este: Rebeca mantenía sus oídos atentos a las palabras pronunciadas tanto por Isaac como por Esaú. Rebeca —quien había escuchado a escondidas las palabras que su esposo Isaac dirigió a su hijo mayor, Esaú, y quien, como resulta evidente, incluso se enteró de las palabras que Esaú murmuró para sí mismo— demostró que, movida por su devoción hacia su amado segundo hijo, Jacob, estaba atenta a absolutamente todo: desde las palabras que su esposo dirigía al primogénito, hasta incluso los murmullos privados que Esaú hacía para sus adentros.

Cuando reflexiono sobre Rebeca —la madre que mostró favoritismo hacia su hijo menor, Jacob— la veo como la mente maestra detrás de cada maniobra que permitió a Jacob asegurar la bendición de Isaac. El primer paso en este proceso fue el hecho de que Rebeca escuchó, y escuchó con suma atención. Escuchó a escondidas las palabras que su esposo, Isaac, dirigió a su amado primogénito, Esaú; incluso alcanzó a oír las palabras que Esaú murmuraba para sí mismo en privado. Sus oídos estaban constantemente atentos a las conversaciones entre su esposo, Isaac, y su hijo mayor, Esaú. Toda esta escucha atenta fue realizada en beneficio de su amado hijo menor, Jacob. Ella deseaba que fuera Jacob —y no Esaú— quien recibiera la bendición de Isaac. En consecuencia, escuchó las instrucciones que Isaac dio cuando llamó a Esaú a su lado. Luego llamó a su amado segundo hijo, Jacob, y le transmitió todo lo que su padre le había dicho a su hermano mayor, Esaú; al hacerlo, convirtió a Jacob en un engañador de su propio padre, orquestando que este usurpara la bendición que, por derecho, pertenecía a Esaú. Dado que el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob ciertamente sabían todo esto, ¿por qué permitió Dios que el hijo menor predilecto de Rebeca, Jacob, se apoderara de la bendición destinada a su hermano mayor, Esaú? ¿Qué propósito soberano de Dios lo llevó a permitir que Rebeca manipulara los acontecimientos desde la sombra, asegurando que Jacob recibiera la bendición de Isaac? Creo que la respuesta a esto se encuentra en Génesis 25:23: «Dos naciones hay en tu seno;

dos pueblos se separarán de tu cuerpo. Un pueblo será más fuerte que el otro, y el mayor servirá al menor» (Modern Man's Bible). Creo que, debido a que era la voluntad soberana de Dios —el Dios del Pacto— que el hermano mayor, Esaú, sirviera al hermano menor, Jacob, Dios permitió que los acontecimientos se desarrollaran tal como lo hicieron; Él permitió que Jacob —a quien Rebeca favorecía— usurpara la bendición paterna de Isaac que, por derecho, pertenecía a su hermano mayor, Esaú, aun cuando Dios estaba plenamente consciente de lo que estaba ocurriendo. El propósito detrás de esto era el plan de Dios de enviar al Mesías —Cristo Jesús— a este mundo a través de los descendientes de Jacob, y permitir que Él muriera en la cruz. ¿Por qué Dios Padre, habiendo escuchado cada palabra, permitió que Su amado y preciado Hijo único, Jesucristo, muriera —incluso cuando Jesús clamó: «¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has desamparado?» (Mateo 27:46)? La razón es perdonar nuestros pecados y obrar nuestra salvación.

El pasado martes asistí al funeral de la madre de una hermana menor en Cristo —una compañera exalumna de la universidad— y participé en el servicio de encomienda ofrecido a Dios. Esa hermana, habiendo recibido el *amor auténtico* de Dios a través de su madre durante la vida de esta, compartió una petición de oración: que, aunque su madre ha dormido ahora el sueño de la muerte, ella desea honrarla demostrando ese mismo amor auténtico de Dios —el amor que su madre ejemplificó— en su propio amor hacia sus prójimos. Al reflexionar sobre esta petición, me siento profundamente conmovido por la naturaleza verdaderamente preciosa del amor de esa madre. [Desde esa tarde hasta ayer, viernes, redacté una extensa pieza devocional basada en el texto del sermón pronunciado por el pastor oficiante en el servicio de encomienda. Adapté ligeramente su mensaje, centrándome en el pasaje de 2 Corintios 4:18 hasta 5:2, bajo el título: «Esperando con anhelo el día en que nos vistamos del cuerpo de Dios».]

Al observar el pasaje bíblico de hoy —Génesis 25:27–28— notamos que el padre, Isaac, amaba a su hijo primogénito, Esaú, porque disfrutaba de la caza que Esaú traía a casa; por el contrario, la madre, Rebeca, amaba a su hijo menor, Jacob. Isaac, el padre que amaba a

Esaú, deseaba otorgarle una bendición final antes de su muerte —a pesar de que ya era de edad avanzada y su vista se había debilitado— y ello pese al hecho de que el matrimonio de Esaú, a los cuarenta años, con dos mujeres hititas (matrimonios contraídos, a mi juicio, sin buscar el permiso de sus padres) se había convertido en una fuente de profunda angustia para su corazón (26:35; 27:1–4, *Modern People's Bible*). Sin embargo, su madre, Rebeca, «oyó por casualidad» las palabras que su esposo Isaac dirigió a su amado Esaú; entonces, mientras Esaú se encontraba ausente en el campo, cazando (v. 5, *Modern People's Bible*), ella orquestó un plan tras bastidores para asegurar que fuera su propio hijo menor y amado, Jacob (25:28, *Modern People's Bible*), quien recibiera la bendición de Isaac.

(1) El primer paso en este proceso fue que Rebeca escuchó, y lo hizo con suma atención.

No se limitó a oír por casualidad las palabras que Isaac dirigió a su amado Esaú (27:5, *Modern People's Bible*); más tarde, incluso se enteró de las palabras que Esaú murmuraba para sí mismo —palabras nacidas de su odio hacia Jacob después de que Isaac lo hubiera bendecido—, jurando: «La muerte de mi padre se acerca; una vez que él haya fallecido, mataré a Jacob» (vv. 41–42, *Modern People's Bible*). Así pues, Rebeca mantuvo sus oídos agudamente atentos a las palabras pronunciadas por su esposo, Isaac, y por su hijo mayor, Esaú. Toda esta escucha atenta fue emprendida en beneficio de su amado hijo menor, Jacob; ella deseaba que fuera Jacob —el hijo que ella amaba—, y no Esaú, quien recibiera la bendición de Isaac.

(2) El segundo paso en sus maniobras tras bastidores para asegurar que su amado hijo menor, Jacob, recibiera la bendición de Isaac, consistió en garantizar que Jacob prestara atención a sus palabras con obediencia y ejecutara sus instrucciones exactamente tal como ella le indicara. Génesis 27:8 dice lo siguiente (según *The Contemporary Bible*): «Hijo mío, escucha atentamente mis palabras y haz exactamente lo que te digo de ahora en adelante». Rebeca había oído por casualidad la conversación entre Isaac y Esaú; por ello, mientras Esaú se encontraba fuera, en el campo, cazando, ella llamó a Jacob a su lado y le

dijo: «Oí a tu padre hablar con tu hermano Esaú, diciéndole que, si Esaú cazaba alguna pieza y le preparaba un plato sabroso, él lo comería y lo bendeciría en presencia del SEÑOR antes de morir» (vv. 5–7, *The Contemporary Bible*). En consecuencia, ella instruyó a Jacob a escuchar atentamente sus palabras y a hacer exactamente lo que ella le ordenaba (v. 8, *The Contemporary Bible*). Al meditar en este pasaje, surge una pregunta en mi mente: «¿Debe un hijo hacer verdaderamente *todo* exactamente como su madre le instruye?». La razón por la que pregunto esto es la siguiente: tal como Rebeca le dijo a Jacob que hiciera exactamente lo que ella decía —específicamente, engañar a su padre para usurpar la bendición de su hermano—, no creo que estemos obligados a obedecer a nuestras propias madres si estas nos instruyeran a engañar a otros de tal manera. Esto se debe a que la Biblia ordena: «Hijos, obedezcan a sus padres en el Señor» (Ef. 6:1); *no* nos ordena obedecer a nuestros padres fuera del Señor, ni siquiera hasta el punto de engañar a otros. Por ejemplo, supongamos que nuestros padres —en lugar de fijar su mirada en las cosas invisibles y eternas— se centran, por el contrario, en las riquezas adquiridas mediante el engaño; riquezas que son como una niebla que aparece por un momento y luego se desvanece en lo invisible (2 Co. 4:18; Pr. 21:6, *The Contemporary Bible*). Si ellos nos instaran constantemente a buscar el éxito mundano y las riquezas visibles, creo que no deberíamos obedecer tales instrucciones de nuestros padres. Pues, si obedeciéramos esas palabras específicas de nuestros padres, indudablemente terminaríamos sirviendo a dos amos. Estas son las palabras de Jesús: «Nadie puede servir a dos amos. Pues odiará a uno y amará al otro, o se dedicará a uno y despreciará al otro. No pueden servir tanto a Dios como al dinero» (Mateo 6:24, *The Contemporary Bible*). Esto me trae a la mente a la madre de Micaía, tal como se describe en el capítulo 17 del libro de Jueces. La madre de Micaía —actuando enteramente según su propio juicio— deseaba una bendición para su hijo, Micaía, incluso después de que este le hubiera robado 1.100 piezas de plata (17:2). Él le había devuelto la plata únicamente porque temía incurrir en la maldición de su madre. ¿Cómo es esto posible? ¿Cómo pudo ella, sin pedirle cuentas a su hijo ladrón, ofrecerle en cambio una bendición y desear que recibiera el favor de Dios? Es una madre que desafía la comprensión. Lo que resulta aún más desconcertante es que, tras declarar que consagraría a Dios las

1.100 piezas de plata recuperadas, procedió —específicamente *por el bien de su hijo* (v. 3)— a entregar 200 piezas de plata a un platero para que fundiera y moldeara un ídolo a modo de imagen sagrada (v. 4), el cual luego entregó a su hijo (vv. 3–4). Es, verdaderamente, el comportamiento de una madre que deja a cualquiera absolutamente estupefacto. En consecuencia, su hijo Micaía conservó en su propia casa el ídolo que había recibido de su madre (v. 4). Lo verdaderamente asombroso es que Micaía —quien había recibido la bendición de su madre: «Hijo mío, que el SEÑOR te bendiga»— poseía incluso un santuario privado (o «casa de dioses») dentro de su propio hogar (v. 5). Creo que Micaía fue un hijo que vivió su vida en conformidad con las palabras de su madre, deleitándose en el amor mundano de una madre mundana.

(3) En el proceso de orquestar los acontecimientos tras bastidores para asegurar que su amado hijo menor, Jacob, recibiera la bendición de Isaac, Rebeca —por tercera vez— hizo que Jacob se convirtiera en un «engañador» de Isaac.

Génesis 27:12 (de la *Modern People's Bible*) dice: «¿Y si mi padre me toca? Me convertiría en un engañador a sus ojos y, en lugar de recibir una bendición, podría en realidad incurrir en una maldición». Tras escuchar a su madre Rebeca decir: «Escucha atentamente mis palabras y haz exactamente lo que te digo de ahora en adelante. Sal y tráeme dos cabritos gordos. Los usaré para preparar los platillos sabrosos que ama tu padre; luego tú se los llevarás para que él coma. Al hacerlo, tu padre te bendecirá antes de que fallezca» (vv. 8–10), Jacob respondió a su madre: «Mi hermano Esaú es un hombre velludo, mientras que yo tengo la piel suave. ¿Y si mi padre me toca? Me convertiría en un engañador a sus ojos y, en lugar de recibir una bendición, podría en realidad incurrir en una maldición» (vv. 11–12). A partir de estas palabras de Jacob, resulta evidente que él era plenamente consciente de que, si seguía las instrucciones de su madre Rebeca, estaría asumiendo el papel de «engañador» de su padre, Isaac. Al meditar en este pasaje, creo que el verdadero «engañador» es, de hecho, Satanás. Satanás es quien engaña al mundo entero, y es el acusador (Ap. 12:9–10). El pasaje proviene de Juan 8:44: «Ustedes pertenecen a su padre, el diablo, y quieren cumplir

los deseos de su padre. Él fue un asesino desde el principio y no se mantuvo en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando dice una mentira, habla de su propia naturaleza, pues es un mentiroso y el padre de la mentira». Satanás profiere mentiras de acuerdo con su propia naturaleza. Esto se debe a que es un mentiroso y el padre de la mentira (Internet). Él se disfraza de ángel de luz (2 Corintios 11:14), y sus siervos son como lobos vestidos de ovejas (Mateo 7:15). Además, son individuos malvados que aparecen con el poder de Satanás, realizando toda clase de falsos milagros y prodigios, y empleando todo engaño concebible contra aquellos que perecen (2 Tesalonicenses 2:9–10, *Modern People's Bible*). No debemos dejarnos engañar por las astutas mentiras de Satanás y sus siervos (2 Corintios 11:3, *Modern People's Bible*). Sus bocas están torcidas —pervertidas—, de modo que distorsionan la verdad, profiriendo únicamente falsedades y engaños. Tueren la Palabra de Dios en un intento por confundirnos. Una de sus tácticas más insidiosas es tratar de hacernos creer en lo que podría denominarse una "verdad mezclada". En otras palabras, Satanás y sus siervos se esfuerzan incansablemente por inducirnos a aceptar esta "verdad mezclada" añadiendo falsedades a la verdadera Palabra de Dios. Debemos tener esto firmemente presente. Nunca debemos olvidar que las palabras que brotan de sus bocas no son más que mentiras y engaños (Proverbios 6:12, Walvoord). La razón de esto es que sus corazones están torcidos —pervertidos—. De un corazón torcido, solo pueden surgir palabras torcidas. Si somos engañados, nuestros corazones se corromperán, lo que nos llevará a abandonar nuestra fidelidad y pureza hacia Cristo (Versículo 3, *The Contemporary Bible*). Debemos ejercer discernimiento espiritual para reconocer las astutas mentiras y engaños de Satanás y sus siervos, asegurándonos de no caer víctimas de ellos.

(4) En el proceso de orquestar los acontecimientos tras bastidores para asegurar que su amado hijo menor, Jacob, recibiera la bendición de Isaac, Rebeca llegó tan lejos —como cuarto paso— como para ofrecerse a aceptar ella misma la maldición en lugar de su hijo.

Génesis 27:12–13 (*The Contemporary Bible*) dice: "¿Qué pasaría si Padre me tocara? Podría quedar expuesto como un impostor; lejos de recibir una bendición, ¡podría, en

cambio, atraer una maldición sobre mí mismo!". A esto, su madre respondió: "Hijo mío, yo tomaré la maldición sobre mí; tú simplemente ve y tráeme los cabritos". Jacob temía que, si seguía las instrucciones de su madre Rebeca para engañar a su padre Isaac, pudiera ser descubierto. En consecuencia, le dijo a su madre, Rebeca: «Podría ser desenmascarado como un impostor; lejos de recibir una bendición, podría, en cambio, atraer una maldición sobre mí mismo» (Versículo 12, *The Contemporary Bible*). En ese momento, su madre Rebeca respondió: «Hijo mío, yo tomaré la maldición sobre mí...» (Versículo 13, *The Contemporary Bible*). Rebeca estaba dispuesta a aceptar la maldición en lugar de Jacob, con la única condición de que su amado hijo menor pudiera recibir la bendición de Isaac. Tal era la profundidad de su amor por Jacob. Pero, ¿es verdaderamente sano este tipo de amor materno? Creo que es una forma de amor enfermizo: un amor que, en última instancia, enferma también al hijo. Este «amor enfermizo» de una madre hacia su hijo se manifiesta como manipulación —controlar al hijo bajo el pretexto de amarlo—, tal como Rebeca le dijo a Jacob: «Escucha atentamente lo que digo y haz exactamente lo que te indico de ahora en adelante» (v. 8, *Modern People's Bible*) y «Ahora, haz exactamente lo que te digo» (v. 43, *Modern People's Bible*). Un hijo sometido a tal manipulación es incapaz de independizarse de su madre en diversos aspectos —particularmente en el plano psicológico y emocional— y, por lo tanto, está inevitablemente condenado a sufrir a medida que su propio corazón, sus emociones y sus pensamientos se enferman. Es más, si el hijo ya está casado, esta dinámica ejerce una influencia patológica sobre su relación conyugal, provocando que dicha relación también se enferme. Así pues, el amor enfermizo de una madre hacia su hijo genera repercusiones de consecuencias de gran alcance. Sin embargo, una madre que llegaría al extremo de ofrecerse a cargar con una maldición en lugar de su hijo a menudo permanece ajena a la magnitud del impacto destructivo que su amor enfermizo está generando en realidad. Tal madre debe buscar y recibir el perdón de sus pecados (Ef 1:7; Col 1:14; 1 Jn 1:9) confesándolos y arrepintiéndose, confiando en la preciosa sangre de Jesús —quien cargó con todos nuestros pecados y murió una muerte redentora en la Cruz, el «árbol de la maldición» (Dt 21:23; Gá 3:13)—. Luego, debe aprender a amar a su hijo con el verdadero amor de Dios y, con fe, dejarlo en libertad para que viva su

propia vida. Debe establecer claramente límites sanos dentro de su relación con su hijo. Además, debe ser una persona veraz con su hijo. Para lograr esto, ella misma debe vivir primero una vida de veracidad ante Dios y caminar en la verdad. Debe detestar la falsedad y el engaño. Y debe reconocer que la obediencia a los mandamientos del Señor es, en sí misma, una gran bendición para ella (Sal 119:56, *Modern People's Bible*). Al mismo tiempo, debería ofrecer una oración de bendición por sus hijos: «Que el SEÑOR te bendiga y te guarde» (Nm 6:24, *The Contemporary Bible*).

(5) Como quinto paso en sus maniobras tras bastidores para asegurar que su amado hijo menor, Jacob, recibiera la bendición de Isaac, Rebeca tomó las mejores vestiduras pertenecientes a su hijo primogénito, Esaú, y vistió a Jacob con ellas.

Génesis 27:15 (*The Contemporary Bible*) dice: «Entonces Rebeca tomó las mejores ropas de su hijo mayor, Esaú —las cuales se guardaban en la casa— y vistió con ellas a su hijo menor, Jacob». Jacob estaba preocupado por lo que sucedería si su padre, Isaac, llegaba a tocarlo; sabía que su hermano Esaú era un hombre velludo, mientras que él tenía la piel tersa (vv. 11–12, *The Contemporary Bible*). En ese momento, su madre, Rebeca, tomó las mejores vestiduras de su hijo primogénito, Esaú —las cuales había mantenido guardadas dentro de la casa— y vistió con ellas a su hijo menor, Jacob (v. 15, *The Contemporary Bible*). ¿Por qué guardaba Rebeca las mejores vestiduras de su primogénito, Esaú, dentro de la casa? Si realmente eran sus mejores ropas, ¿acaso no las habría atesorado Esaú y disfrutado usándolas él mismo? En tal caso, seguramente habría sido Esaú —y no Rebeca— quien debería haber estado guardando cuidadosamente esas vestiduras, ¿no es así? ¿Podría ser que la razón por la que Rebeca mantenía guardadas las mejores ropas de Esaú dentro de la casa fuera, precisamente, para poder utilizarlas en beneficio de su amado hijo menor, Jacob? Y cuando finalmente llegó el momento de utilizar esas vestiduras para Jacob, ¿acaso no tomó simplemente las mejores ropas de Esaú y vistió con ellas a su hijo menor, Jacob? En última instancia, Rebeca utilizó las pieles de los cabritos que Jacob había traído para cubrir las partes de piel tersa de sus manos y su cuello (v. 16, *The Contemporary

Bible*). En consecuencia, cuando Jacob se puso más tarde las mejores vestiduras de Esaú, entró en presencia de su padre Isaac y se acercó para besarlo —tal como Isaac había solicitado, diciendo: «Acércate, hijo mío, y bésame»—, Isaac «percibió el aroma de sus vestiduras» y bendijo a Jacob con estas palabras: «¡El aroma de mi hijo es como el aroma de un campo que el SEÑOR ha bendecido!» (Versículos 26–27, *Modern People's Bible*). Al leer este pasaje, parece que Isaac —cuya vista se había debilitado debido a la vejez, lo cual le dificultaba ver con claridad (Versículo 1)— pidió deliberadamente a Jacob que se acercara y lo besara (Versículo 26). La razón de esto parece haber sido su deseo de verificar, al percibir el aroma de sus vestiduras, si la persona que tenía ante sí era, en efecto, su amado hijo primogénito, Esaú. Anticipándose a esto, Rebeca tomó evidentemente las mejores vestiduras de Esaú y vistió con ellas a su hijo menor, Jacob. En este sentido, Rebeca disfrazó meticulosamente a Jacob como su hijo primogénito, Esaú, permitiéndole así, en última instancia, recibir la bendición de Isaac. Al meditar en este pasaje, me encuentro cuestionando si el deseo incondicional de una madre de dar a su hijo únicamente «lo mejor de lo mejor» (cf. versículo 15) —movida por el amor hacia ese niño— constituye verdaderamente hacer lo que, en última instancia, es lo mejor *para* ese niño. Aunque una madre pueda estar impulsada por un corazón amoroso y por el deseo del éxito de su hijo cuando busca brindarle lo mejor, creo que el resultado no siempre se alineará con sus expectativas. Por el contrario —y en un giro totalmente opuesto a dichas expectativas—, sospecho que aquello mismo que un padre considera «lo mejor» para dar a su hijo podría, de hecho, terminar siendo lo peor para él. Sin embargo, nuestro Padre Celestial —puesto que nos ama por encima de todo (Juan 3:16; Rom 8:32) y nos conoce mejor que nadie (Sal 139:1–4)— nos concede aquello que es mejor para nosotros, en Su propio tiempo establecido y a Su propia manera, por medio de Su gracia que nos socorre en nuestro momento de necesidad (Heb 4:16). Romanos 8:32 dice así: «El que no escatimó ni a Su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con Él, gratuitamente, todas las demás cosas?».

(6) Como parte del proceso de orquestar los acontecimientos tras bastidores para asegurar que su amado hijo menor, Jacob, recibiera la bendición de Isaac, Rebeca dio un paso final, un sexto paso: preparó el sabroso platillo que su esposo, Isaac, disfrutaba —haciéndolo por el bien de su amado hijo menor, Jacob— y lo puso en manos de Jacob.

Lo siguiente se extrae de Génesis 27:14 y 17 (de *The Bible for Modern People*): «Así que Jacob llevó los cabritos a su madre, y su madre preparó el sabroso platillo que su esposo amaba… Ella puso el sabroso platillo ya preparado y el pan en manos de Jacob». Dado que su padre, Isaac, sentía predilección por la carne que Esaú traía de sus cacerías (25:27), le dijo a su amado Esaú: «Toma tu arco, sal a los campos a cazar y prepárame el sabroso platillo que amo. Lo comeré y, antes de morir, te daré mi bendición final» (27:3–4). Habiendo escuchado estas palabras, Rebeca —mientras Esaú estaba fuera en los campos cazando (v. 5)— manipuló a Jacob para que hiciera exactamente lo que ella le instruyó (v. 8); específicamente, ella preparó personalmente el sabroso platillo, lo puso en manos de Jacob y le dijo que se lo llevara a su padre, Isaac, para que este lo comiera (vv. 10, 17). Al meditar sobre este pasaje, me encontré preguntándome: ¿Quién habría preparado mejor el sabroso platillo que Isaac amaba: su hijo mayor, Esaú, o su esposa, Rebeca? A mi juicio, parece sumamente probable que Rebeca hubiera preparado el platillo que Isaac amaba mejor que lo que lo habría hecho Esaú. La razón por la que pienso esto es que Rebeca habría poseído una comprensión mucho mejor del paladar de Isaac que la que tenía Esaú; además, creo que Rebeca había pasado un periodo de tiempo mucho más prolongado preparando y sirviendo los sabrosos platillos que Isaac disfrutaba, en comparación con Esaú. Cuando Jacob trajo la comida que su madre Rebeca había preparado y llamó a su padre, Isaac preguntó: «¿Quién eres?». ¿Por qué hizo Isaac tal pregunta? Busqué la razón de esto en la primera mitad del versículo 20: «Hijo mío, ¿cómo lo has hallado tan pronto?». A juzgar por esta pregunta, creo que, desde la perspectiva de Isaac, no había pasado mucho tiempo desde que su hijo mayor, Esaú, había salido al campo a cazar (v. 5); y, sin embargo, allí estaba Jacob, entrando en la habitación haciéndose pasar por Esaú. Sin duda, Isaac había comido los sabrosos platillos preparados con animales que Esaú había cazado en muchas

ocasiones anteriores. Esto implica que, muy probablemente, Isaac tenía una idea aproximada de cuánto tiempo solía tardar Esaú en cazar y preparar tal comida. Por lo tanto, dado que Jacob llegó con el platillo sabroso mucho antes de ese plazo previsto, ¿no resulta plausible que Isaac preguntara: «Hijo mío, ¿cómo lo has hallado tan pronto?» (v. 20)? Ahora bien, observemos la respuesta de Jacob: «Porque el SEÑOR tu Dios me ayudó, pude encontrar la presa rápidamente» (v. 20). ¿Cómo… cómo pudo decir semejante mentira, llegando incluso al extremo de invocar el santo nombre del «SEÑOR, tu Dios»? Es más, en realidad, fue su madre Rebeca quien lo había ayudado, y no «el SEÑOR, el Dios de su padre», ¿verdad? ¿Cómo pudo Jacob atreverse a mentirle a su padre hasta tal punto? A fin de cuentas, su padre Isaac fue engañado por Jacob y le otorgó su bendición (vv. 27–30). Al meditar en este pasaje, reflexiono sobre el hecho de que Rebeca —decidida a asegurar que su hijo menor predilecto, Jacob, recibiera la bendición de su esposo, Isaac— empleó todos los medios a su alcance para engañar a Isaac. Al hacerlo, convirtió también a Jacob en un engañador; logrando, finalmente, asegurar la bendición de Isaac para Jacob, exactamente tal como ella lo había deseado. Además, creo que los métodos de Rebeca no fueron correctos; ciertamente no los considero métodos que agraden a Dios. No obstante, creo que Dios cumplió Su voluntad soberana, tal como le había prometido a Rebeca: «…el mayor servirá al menor» (Génesis 25:23). No comprendo del todo cómo un Dios tan veraz y fiel pudo utilizar incluso los métodos engañosos y deshonestos de Rebeca para cumplir su voluntad soberana. La única verdad que conozco y a la que me aferro se encuentra en 2 Timoteo 2:13: «Si somos infieles, él permanece fiel; no puede negarse a sí mismo». Dios obró a través de Isaac —el padre insensible que favoreció a su primogénito, Esaú— y de Rebeca —la madre deshonesta que favoreció a su hijo menor, Jacob— para cumplir su voluntad soberana: que el hermano mayor, Esaú, sirviera al hermano menor, Jacob. Al contemplar a este Dios veraz y fiel —que promueve su voluntad soberana incluso utilizando padres tan parciales— recuerdo la letra del primer versículo del himno 393, «Grande es tu fidelidad»: «Grande es tu fidelidad, oh Dios, Padre mío; en ti no hay sombra de variación. Tú no cambias, tus misericordias no fallan; como has sido, así serás para siempre». «El que prometió es fiel» (Hebreos 10:23a, Biblia Moderna).

«Como el sol que sale cada día, oh, eres tan fiel, querido Señor, eres tan fiel.
Como la lluvia que traes y cada aliento que respiro,
eres tan fiel, Señor. Como una rosa que renace cada primavera,
oh, eres tan fiel, querido Señor, eres tan fiel.
Como la vida que das a cada latido de mi corazón,
eres tan fiel, Señor. Veo una cruz y el precio que tuviste que pagar,
veo la sangre que lava mis pecados,
en medio de la tormenta, a través del viento y las olas,
seguirás siendo fiel, oh, seguirás siendo fiel.
Cuando las estrellas se nieguen a brillar y el tiempo se acabe,
seguirás siendo fiel, oh, seguirás siendo fiel. Oh Señor,
grande es tu fidelidad. Señor, sé fiel para mí.

[Himno del Evangelio, «Eres tan fiel»]

Para que nuestros hijos prosperen cada vez más...

«Él debe crecer, pero yo debo menguar». (Juan 3:30, *La Biblia para el hombre moderno*)

Una lección preciosa que el Espíritu Santo nos ha estado enseñando a mi esposa y a mí últimamente es esta: «Los hijos deben prosperar cada vez más, mientras que los padres deben menguar cada vez más». El fundamento de que el Espíritu Santo nos imparta esta lección reside precisamente en las palabras de Juan 3:30. Así como Juan el Bautista declaró que Jesús debía crecer mientras que él mismo debía menguar, el Espíritu Santo trajo esta Palabra de Dios a mi memoria y me llevó a meditar en ella, suscitando una conversación entre mi esposa y yo. El núcleo de esa conversación fue este: como padres que criamos a nuestros amados hijos —Dylan, Yeri y Yeeun—, nuestro papel en sus vidas debe disminuir gradualmente. Para aplicar esto de manera más concreta, significa que debemos intervenir *menos* en las vidas de nuestros amados hijos. Significa que debemos permitir —o «dejar»— que Dylan, Yeri y Yeeun lidien con sus propios pensamientos, oren y tomen sus propias decisiones ante Dios. Significa que, hasta que nos pidan consejo o busquen nuestra ayuda, nuestro verdadero papel es velar por ellos con ojos de fe y orar por ellos desde un segundo plano, y no acercarnos a ellos para dictarles cómo deben vivir sus vidas. Significa que debemos velar por ellos silenciosamente y con fe, confiando en que pensarán, lucharán y tomarán sus propias decisiones. Sin embargo, si —a pesar de confiar en Dios— no logramos depositar nuestra confianza en nuestros hijos y, en cambio, debido a nuestra propia fe débil, nos obsesionamos constantemente con ellos con ansiedad, preocupación y aprensión, nunca podremos superar el impulso de intervenir repetidamente en las vidas

de nuestros hijos ya adultos. Si esto llegara a suceder, nos encontraremos contactándolos y hostigándolos constantemente; al hacerlo, proyectamos nuestras propias preocupaciones, ansiedades y temores sobre ellos, provocando que ellos, a su vez, se preocupen y sientan ansiedad por nosotros, sus padres. Tal dinámica entre padres e hijos no constituye una relación sana. Por el contrario, este tipo de relación paterno-filial solo sirve para perjudicar al hijo; no ofrece absolutamente ningún beneficio para su crecimiento y desarrollo. Por lo tanto, mi esposa y yo hemos aplicado a nuestra labor como padres las palabras de Juan 3:30 —las cuales el Espíritu Santo trajo a nuestra memoria— y nos hemos comprometido con el principio de «menguar» (volvernos menos prominentes). Al hacerlo, confiando en que el Señor ama a nuestros hijos con una profundidad mucho mayor de la que nosotros jamás podríamos alcanzar, tenemos fe en que Él mismo los nutrirá personalmente y hará que «crezcan» (florezcan y se engrandezcan).

«Dios, concede una cosecha abundante a nuestra familia».

[Rut 1:1–22]

Creo que uno de los temas de oración que deberíamos elevar a Dios a lo largo de toda nuestra vida —hasta el mismísimo momento de nuestro fallecimiento— es nuestra familia: un don de gracia que Él nos ha concedido. Sin duda, cada uno de nosotros tiene peticiones de oración específicas que presenta ante Dios en favor de su propia familia. Por supuesto, es probable que ofrezcamos oraciones a Dios por nuestros cónyuges; sin embargo, nos resulta casi imposible *no* orar a diario a Dios, de manera específica, por nuestros hijos. Si bien puede haber diversas razones para ello, si tuviera que resumirlo en una sola frase, sería simplemente esta: el corazón de un padre o una madre rebosa de amor por sus hijos. Por ello, por nuestros amados hijos, elevamos oraciones a Dios Padre —ya sea en voz alta o simplemente en el silencio de nuestro corazón— cada día, en cada instante en que vienen a nuestra mente. Entre estos muchos temas de oración, hoy he incorporado uno nuevo, centrado en el mensaje que hallamos en el capítulo 1 del libro de Rut. Ese tema de oración es el siguiente: «Dios, concede una cosecha abundante a nuestra familia».

Tras meditar en el texto de hoy —Rut 1:1–22— durante la mañana del jueves, escribí una breve reflexión devocional y la compartí con otras personas. Luego, mientras meditaba nuevamente en el pasaje durante la tarde del viernes, mi atención se centró en la palabra «hambre» (o «hambruna») del versículo 1 y en la expresión «cosecha abundante» (tal como aparece traducida en la *Modern Man's Bible*) del versículo 6. Al reflexionar una vez más sobre la totalidad del capítulo 1 de Rut, observé que, si bien la tierra de Judá sufrió

inicialmente una «hambruna» (v. 1), fue solo después de un periodo de unos diez años (v. 4) cuando Dios bendijo a su pueblo y concedió una «cosecha abundante» a esa misma tierra (v. 6, *Modern Man's Bible*). Fue entonces cuando procuré aplicar este mensaje a mi propia familia. Al hacerlo, se me ocurrió la idea de que cada una de nuestras familias también puede experimentar épocas tanto de «hambruna» como de «cosecha abundante». Por ejemplo, el diccionario Naver define el término «hambruna» como «un año en el que los cultivos no crecen tan bien como en años anteriores, lo que resulta en hambre». Sin embargo, al reflexionar sobre nuestros propios hogares, creo que es totalmente posible que ocurra una «hambruna doméstica»: un tiempo en el que la «cosecha» de la crianza de los hijos se queda corta respecto a la abundancia que experimentamos cuando eran pequeños. Es más, una hambruna doméstica puede existir incluso en medio de la abundancia material; aunque haya comida en abundancia sobre la mesa, los hijos pueden sufrir un «hambre de amor» si no reciben el amor de Dios —canalizado a través de sus padres— de una manera genuina y significativa. Creo que esto es lo que comúnmente denominamos «privación afectiva». El diccionario Naver define esta condición como «el estado de poseer una disposición emocional inestable debido a la falta de suficiente afecto paterno durante la infancia y la incapacidad para formar relaciones íntimas con quienes nos rodean». No obstante, aquello que deberíamos anhelar es una «cosecha doméstica»: un tiempo de abundancia dentro del hogar. Por ejemplo, el diccionario Naver define un «año de cosecha» como «un año en el que los cultivos crecen y maduran excepcionalmente bien, produciendo una cosecha superior al promedio». Con este mismo espíritu, la «cosecha doméstica» que deberíamos anhelar —y por la cual deberíamos orar a Dios para que nos la conceda— es un tiempo en el que el «cultivo» de nuestros hijos florezca; un tiempo en el que nuestros hijos crezcan con vigor, tanto física como espiritualmente, dentro del Señor, dando frutos abundantes y preciosos que den gloria a Dios en todos los sentidos. Además, una verdadera cosecha doméstica puede describirse como un hogar que, año tras año, produce una cosecha cada vez más abundante del amor de Dios. ¿Acaso no anhela usted tal cosecha doméstica? Por lo tanto, propongo que adoptemos el siguiente tema de oración para el día de hoy: «Dios, concede una cosecha de abundancia a nuestro hogar». Asimismo, al meditar

en el pasaje bíblico de hoy —el capítulo 1 del libro de Rut— y reflexionar sobre los temas de la hambruna y la cosecha en la vida de una mujer llamada Noemí, busquemos recibir la gracia y las lecciones espirituales que Dios desea impartir a cada uno de nosotros. En particular, oro para que, al meditar sobre cómo Dios transformó un tiempo de hambruna en el seno de una familia en un tiempo de abundancia, nosotros —tú y yo— nos sintamos impulsados a interceder fervientemente ante Dios por nuestras propias familias, nutriéndonos de la gracia y las lecciones que Él nos imparte.

En primer lugar, quisiera meditar sobre la hambruna que asoló a la familia de una mujer llamada Noemí, quien aparece en el pasaje bíblico de hoy.

El texto de hoy proviene de Rut 1:1: «En los días en que gobernaban los jueces, hubo una hambruna en la tierra. Así que un hombre de Belén de Judá, junto con su esposa y sus dos hijos, se fue a vivir por un tiempo al país de Moab» [(Biblia Coreana Contemporánea) «En la era en que los jueces gobernaban la nación, una hambruna golpeó la tierra. En aquel tiempo, un hombre llamado Elimélec tomó a su esposa, Noemí, y a sus dos hijos, Mahlón y Quelión, y abandonó su ciudad natal para ir a vivir a la tierra de Moab. Todos ellos eran oriundos de Belén de Judá y pertenecían al clan de Efrata»]. Al observar este pasaje, se afirma que «una hambruna golpeó la tierra» (v. 1, Biblia Coreana Contemporánea); según el versículo 7, «esa tierra» se refiere específicamente a la «tierra de Judá». Además, el momento en que esta hambruna asoló la tierra de Judá fue precisamente «en los días en que gobernaban los jueces» (v. 1). Como referencia, durante «los días en que gobernaban los jueces» (v. 1), «Israel no tenía rey; cada uno hacía lo que le parecía correcto» [(Biblia Coreana Contemporánea) «Dado que en aquel tiempo no había rey en Israel, cada uno hacía lo que consideraba correcto a sus propios ojos»] (Jueces 17:6; 21:25). «En aquel tiempo», con respecto a «un hombre de Belén de Judá» (Rut 1:1), la *Biblia Coreana Contemporánea* afirma que «un hombre llamado Elimélec tomó a su esposa, Noemí, y a sus dos hijos, Mahlón y Quelión, y abandonó su ciudad natal para ir a vivir a la tierra de Moab» (v. 1) (Nota: La *Versión Coreana Revisada* sitúa esta afirmación en el versículo 2). Mientras meditaba

en este pasaje, recordé historias de la Biblia en las que una «hambruna» obligó a las personas a migrar. Un ejemplo claro de esto se encuentra en el Libro del Génesis: la historia de Jacob y sus descendientes, quienes —al enfrentarse a una severa hambruna en la tierra de Canaán (Gén. 41:56–57; 43:1)— terminaron migrando a Egipto (Capítulo 46). De manera similar, en el texto de hoy —Rut, capítulo 1— vemos que, debido a una hambruna que asoló la tierra de Judá, Elimélec tomó a su esposa, Noemí, y a sus dos hijos, Mahlón y Quelión, y abandonó su tierra natal para migrar a la tierra de Moab, donde se establecieron. Parece probable que una de las razones por las que esta familia dejó su tierra natal en Judá para migrar a la tierra extranjera de Moab fuera para preservar su considerable riqueza. Podemos inferir esto al observar Rut 1:21: «Llena me fui, pero Jehová me ha hecho volver vacía…» [(Versión en Inglés Contemporáneo) «Cuando salí de este lugar, poseía mucho, pero el Señor me ha hecho volver con las manos vacías»]. Entonces, ¿qué sucedió con la familia de Elimélec, la cual —impulsada por la hambruna en Judá— había abandonado su tierra natal para migrar y establecerse en la tierra de Moab? El pasaje proviene de Rut 1:3–5: «Y murió Elimélec, marido de Noemí, y quedó ella con sus dos hijos. Los cuales tomaron para sí mujeres de las de Moab, una de nombre Orfa y la otra de nombre Rut; y habitaron allí unos diez años. Y murieron también los dos, Mahlón y Quelión, quedando así la mujer desamparada de sus dos hijos y de su marido» [(Biblia Coreana Contemporánea) «Mientras vivían allí, murió Elimélec, dejando atrás solo a su esposa Noemí y a sus dos hijos. Ambos hijos se casaron con mujeres moabitas: una llamada Orfa y la otra Rut. Después de haber vivido en esa tierra durante unos diez años, Mahlón y Quelión también murieron, y Noemí quedó completamente sola, habiendo perdido tanto a su marido como a sus hijos»]. Al final, después de vivir en la tierra de Moab durante unos diez años, no fue solo Elimélec quien murió; Sus dos hijos, Mahlón y Quelión, también fallecieron, dejando a Noemí completamente sola: despojada tanto de su esposo como de sus dos hijos. Llegué a percibir esta experiencia como una «hambruna dentro de la familia» para Noemí. En otras palabras, esta «hambruna» en su vida familiar no significó meramente la pérdida de dinero o bienes materiales, sino la pérdida de tres amados miembros de su familia.

Creo que cada una de nuestras propias familias bien podría experimentar una «hambruna dentro de la familia» semejante. Si tuviera que definir esta hambruna familiar en una sola palabra, sería simplemente: «pérdida». Por supuesto, en el caso de Noemí —la figura destacada en el texto de hoy, tomado del capítulo 1 del libro de Rut— ella sufrió múltiples pérdidas: perdió a su esposo, a sus dos hijos y todas sus posesiones materiales. Al meditar sobre esta realidad, mis pensamientos se dirigieron a la figura bíblica de Job, que encontramos en el libro de Job. Él no solo perdió sus posesiones materiales (Job 1:12–17), sino que también perdió a sus diez hijos (v. 18). Es más, Job perdió incluso su salud, sufriendo de «llagas malignas desde la planta del pie hasta la coronilla» (Job 2:7); en consecuencia, «se sentó entre las cenizas y tomó un trozo de vasija rota para rascarse» (v. 8). ¿Cuál es la situación actual de nuestro propio hogar? ¿Estamos, acaso, experimentando pérdidas en este momento, tal como Noemí o Job? Si es así, oro para que Dios transforme la temporada de hambruna en ese hogar en una temporada de abundancia para el nuestro.

Entonces, ¿qué constituye exactamente un «tiempo de abundancia» para una familia? Basándome en el pasaje bíblico de hoy —Rut, capítulo 1—, deseo reflexionar sobre tres puntos clave respecto a cómo Dios transformó a la familia de Noemí —la cual padecía una «hambruna»— en una familia que experimentaba un «tiempo de abundancia». Mi esperanza es que podamos aplicar estas reflexiones a nuestras propias familias y presentarlas en oración.

En primer lugar, un «tiempo de abundancia» para una familia significa que Dios está derramando Sus bendiciones sobre nuestro hogar.

La lectura bíblica de hoy —la primera mitad de Rut 1:6 (tomada de la traducción *Modern People's Bible*)— dice así: «Algún tiempo después, Noemí recibió la noticia de que el SEÑOR había bendecido a Su pueblo trayendo un tiempo de abundancia a la tierra...». Al examinar este versículo, la frase «algún tiempo después» se refiere al periodo posterior a los acontecimientos descritos en el versículo 5; específicamente, al tiempo transcurrido

después de que los dos hijos de Noemí —Mahlón y Quelión— también hubieran fallecido, dejando a Noemí en total soledad, tras haber perdido tanto a su esposo como a sus hijos. Además, este «algún tiempo después» hace referencia a un momento situado aproximadamente diez años (tal como se indica en el versículo 4) después de que Noemí emigrara por primera vez a la tierra de Moab y se estableciera allí. En ese preciso instante —en ese «algún tiempo después»—, Noemí recibió la noticia de que Dios había bendecido a Su propio pueblo —el pueblo de Judá— trayendo de nuevo una temporada de abundancia a la tierra de Judá (Rut 1:6, *Modern People's Bible*). ¡Qué noticia tan increíblemente gozosa debió de ser esta para Noemí! Tras haberse visto obligada a abandonar su tierra natal —la tierra de Judá— a causa de una severa hambruna, y después de haber vivido como exiliada en Moab durante diez largos años, finalmente escuchó la noticia de que Dios había bendecido a Su pueblo y había restaurado la abundancia en su tierra de origen. ¡Qué noticia verdaderamente gozosa fue aquella!

Oro para que Dios derrame Sus bendiciones sobre todas nuestras familias. Oro para que Él traiga una temporada de abundancia a cada uno de nuestros hogares. Y oro para que Dios nos conceda el privilegio de escuchar noticias tan gozosas con respecto a nuestras propias familias. Por supuesto, Dios puede elegir bendecir a cada una de nuestras familias, permitiéndonos escuchar diversas noticias de gozo; Sin embargo, la noticia más gozosa de todas es que cada una de nuestras familias escuche —y continúe escuchando— el Evangelio de Jesucristo. Por lo tanto, oro para que la maravillosa bendición de Dios repose sobre todos nosotros; para que cada miembro de nuestras familias pueda escuchar el Evangelio de Jesucristo y, mediante la fe en Él, alcanzar la salvación (la vida eterna).

En segundo lugar, una «cosecha de abundancia» para la familia significa apartarse de este mundo pecaminoso y regresar al Señor.

El siguiente pasaje ha sido tomado de la *Biblia Coreana Contemporánea* (Biblia para el Pueblo Moderno), abarcando la segunda mitad del versículo 6 del capítulo 1 de Rut, hasta

el versículo 7: «…ella decidió abandonar la tierra de Moab junto con sus dos nueras. Al partir de aquel lugar y emprender el camino de regreso a la tierra de Judá…». Mientras vivía en la tierra de Moab, Noemí recibió la noticia de que Dios había bendecido al pueblo de Israel, trayendo una cosecha de abundancia a la tierra de Judá. En consecuencia, resolvió abandonar Moab con sus dos nueras —Orfa y Rut—, y, en efecto, se hallaban de regreso a Judá cuando tiene lugar este pasaje. Al meditar en este pasaje en particular, se me ocurrió que, para Noemí, esta «cosecha de abundancia» no significaba otra cosa que regresar a su tierra natal: la tierra de Judá. Creo que esto guarda un paralelismo con los acontecimientos del Éxodo: aproximadamente 400 años después de la época de Abraham, Dios envió a Moisés para liberar a los descendientes de Israel de Egipto y guiarlos a través del desierto; finalmente, Dios utilizó a Josué para conducir a la segunda generación de israelitas —los hijos de la generación del Éxodo—, junto con Caleb, hacia la Tierra Prometida de Canaán. He aquí el pasaje de Génesis 15:13–21 (de *La Biblia para la gente moderna*): «Entonces el SEÑOR le dijo a Abram: "Hay algo que debes saber con certeza: Tus descendientes se convertirán en extranjeros en una tierra ajena, donde serán esclavizados y maltratados durante 400 años. Sin embargo, yo castigaré a la nación a la que sirvan; después de eso, tus descendientes saldrán de esa tierra con grandes riquezas. En cuanto a ti, vivirás una larga vida, morirás en paz y serás sepultado; y tus descendientes regresarán a esta tierra en la cuarta generación…"».

Oro para que Dios conceda a nuestra familia una temporada maravillosa de abundancia espiritual: un tiempo de restauración y de regreso. Por lo tanto, tal como el hijo pródigo en Lucas 15 regresó al abrazo de su padre, oro para que cualquier cónyuge, hijo o descendiente de nuestra familia que se encuentre extraviado regrese al amoroso abrazo de Dios Padre. Además, para aquellos que ya creen en Jesús y practican su fe, pero que actualmente enfrentan una «hambruna espiritual» —si nuestras almas se han marchitado y han pasado hambre como la hierba seca en un campo yermo—, oro para que regresemos al Señor, Aquel que restaura nuestras almas y les devuelve la vida. El pasaje de Isaías 55:1–3 dice: «Vengan, todos los que tienen sed, vengan a las aguas; y ustedes que no tienen dinero, ¡vengan,

compren y coman! Vengan, compren vino y leche sin dinero y sin costo alguno. ¿Por qué gastan su dinero en lo que no es pan, y su trabajo en lo que no satisface? Escúchenme con atención, coman lo que es bueno, y su alma se deleitará con el manjar más exquisito. Presten oído y vengan a mí; escuchen, para que vivan...». He aquí la letra del Himno 526, «¡Oh, sedientos!»: (Estrofa 1) ¡Oh, sedientos, vengan todos a este lugar!; aquí fluye un manantial bondadoso. Aunque tal vez no tengan fuerzas ni medios para esforzarse, vengan a este manantial y beberán. (Estrofa 2) El agua que brota de este manantial fluye como un río, extendiéndose hacia toda nación bajo el cielo. Sin hacer distinción entre ricos o pobres, encumbrados o humildes, todos pueden venir a descansar y a beber. (Versículo 3) Quien beba de esta agua viva no volverá a tener sed jamás; brota desde el interior, convirtiéndose en un manantial vivo que fluye eternamente en un suministro siempre abundante. (Versículo 4) El nombre de este manantial es la Fuente de la Vida; permanece siempre cristalina, como el más puro cristal. Teniendo como origen el trono del Cordero, esta fuente de agua viva nunca deja de fluir.

Finalmente —y en tercer lugar—, una «cosecha de abundancia» en el hogar significa ganar a alguien que nos ama con un amor aún más fuerte que la muerte; alguien que sirve como el «restaurador de nuestra vida» y el «sustentador de nuestra vejez». El pasaje proviene de Rut 4:13–15: «Así que Booz tomó a Rut y ella se convirtió en su esposa. Cuando él se unió a ella, el SEÑOR le concedió concebir, y ella dio a luz un hijo. Las mujeres le dijeron a Noemí: "¡Bendito sea el SEÑOR, que en este día no te ha dejado sin un pariente redentor! ¡Que su nombre se haga famoso en todo Israel! Él renovará tu vida y te sustentará en tu vejez, pues tu nuera —que te ama y que es mejor para ti que siete hijos— es quien lo ha dado a luz"» [(Biblia Coreana Contemporánea) «Así, Booz se casó con Rut. Cuando el SEÑOR bendijo a Rut para que finalmente diera a luz un hijo, las mujeres del pueblo le dijeron a Noemí: "¡Alabado sea el SEÑOR! Hoy el SEÑOR te ha dado un nieto para heredar el legado familiar; ¡que este niño se convierta en una figura renombrada en Israel! Tu nuera te ama y se ha entregado a ti con una devoción mayor incluso que la que podrían ofrecer siete hijos. Ahora

que una nuera así te ha dado un nieto, este niño te traerá un renovado sentido de la vida y cuidará bien de ti en tu vejez”»].

«Señor, establece a toda nuestra familia y a todos nuestros parientes como una familia llena de amor».

«Por esto, la Biblia declara: "El hombre dejará a su padre y a su madre y se unirá a su esposa, y los dos llegarán a ser una sola carne". Hay un significado profundo en esto. Aquí me refiero a la relación entre Cristo y la Iglesia. Por lo tanto, que cada uno de ustedes ame a su esposa como se ama a sí mismo, y que la esposa respete a su esposo» (Efesios 5:31–33).

El domingo pasado, ofrecimos un Servicio de Acción de Gracias a Dios para conmemorar el 42.º aniversario de la fundación de la Iglesia Presbiteriana Seungri, donde sirvo como Pastor Principal. Centrándonos en la promesa dada por el Señor en Mateo 16:18, y bajo el tema «La Iglesia Presbiteriana Seungri establecida por el Señor», recibimos cinco temas de oración específicos. Apliqué estos cinco temas de oración a toda mi propia familia y a mis parientes, y durante nuestra reunión familiar de oración en línea de ayer —martes—, proclamé la Palabra de Dios sobre ellos: «Señor, establece a toda nuestra familia y a todos nuestros parientes como (1) una familia llena de gratitud, (2) una familia firme, (3) una familia victoriosa, (4) una familia que levanta obreros para Tu reino, y (5) una familia que expande el Reino de Dios». Es mi ferviente oración que toda nuestra familia y todos nuestros parientes lleguen a comprender verdaderamente —y, por consiguiente, den gracias a Dios— que allí

donde abunda el pecado dentro de la familia, la gracia autosuficiente de Dios (2 Corintios 12:9) abunda aún más (Romanos 5:20) (Colosenses 1:6). Oro para que el Señor establezca firmemente a toda nuestra familia y a todos nuestros parientes sobre la Roca, Jesucristo (Mateo 16:18; 1 Corintios 10:4). Que echemos raíces profundas en Jesucristo, edifiquemos nuestras vidas sobre Él como nuestro fundamento, y nos mantengamos firmes en la fe tal como se nos enseñó (Colosenses 2:7). Al poner en práctica la Palabra de Dios —es decir, al obedecerla (Mateo 7:24-25)—, que toda nuestra familia y todos nuestros parientes permanezcan inquebrantables y firmes, sin importar qué tentaciones, engaños, adversidades o dificultades arremetan contra nuestro hogar; y que siempre nos dediquemos de todo corazón a la obra del Señor (1 Corintios 15:58). Oro para que toda nuestra familia y todos nuestros parientes posean una convicción de victoria (v. 37) fundamentada en la certeza del amor del Dios Trino (Romanos 8:35-39). Además, confiando en la promesa de 1 Corintios 10:13 —que, dado que Dios es fiel, Él no permitirá que seamos tentados más allá de lo que podamos soportar, sino que proveerá una vía de escape cuando seamos tentados para que podamos resistirlo—, que salgamos victoriosos en nuestra guerra espiritual en medio de las batallas de nuestras vidas llenas de fe. En este tiempo en que la cosecha espiritual para la salvación de las almas es abundante —la «mies»—, pero los evangelistas que se esfuerzan por esa salvación —los «obreros»— son pocos, oro para que el Señor levante, de entre toda mi familia y parientes, a un obrero que posea un sueño centrado en Cristo (Mateo 9:37-38). Así pues, oro para que el Señor envíe a ese obrero a diversos lugares, y para que toda nuestra familia y todos nuestros parientes sean utilizados como instrumentos para expandir el Reino de Dios. Añadí un elemento más a estas cinco peticiones de oración y lo apliqué a toda mi familia y parientes: «Señor, por favor, edifica a toda nuestra familia y parientes como una familia de amor».

Hoy, centrándome en esta sexta petición de oración —«Señor, por favor, edifica a toda nuestra familia y parientes como una familia de amor»—, he resumido mis pensamientos en siete puntos, basándome en dos artículos que escribí sobre la familia el domingo por la tarde y el lunes por la mañana, así como en el pasaje bíblico de hoy: Efesios 5:31–33:

Primero: la familia es verdaderamente importante.

Cada hogar individual dentro de nuestra familia extensa y círculo de parientes es verdaderamente importante. El Señor ama a cada una de nuestras familias y las considera de gran trascendencia. Además —como el Señor de cada uno de nuestros hogares—, el Señor otorga una inmensa importancia a la salud espiritual de cada familia (3 Juan 1:2). Por lo tanto, nosotros —como familia colectiva y grupo de parientes— también debemos conceder gran importancia a cada hogar individual, tal como lo hace el Señor; asimismo, debemos priorizar la salud espiritual de cada unidad familiar.

En segundo lugar, la salud espiritual del esposo —la cabeza del hogar— es verdaderamente importante.

La salud espiritual del esposo —la cabeza de cada hogar individual dentro de nuestro círculo familiar más amplio— es de suma importancia. Por supuesto, la salud espiritual de la esposa también es extremadamente importante, no solo la del esposo. Sin embargo, si el esposo mismo no goza de salud espiritual, ¿cómo podrá nutrir eficazmente a su esposa mediante la Palabra de Dios? (Efesios 5:29). Una esposa sabia y madura ora por la salud espiritual de su esposo y lo apoya con un espíritu de abnegación. Así pues, el esposo —como cabeza del hogar— debe gozar de salud espiritual para poder criar no solo a su amada esposa, sino también a sus amados hijos, conforme a la instrucción y disciplina del Señor (Efesios 6:4). Cuando esto se lleva a cabo, toda nuestra familia y círculo de parientes podrán alcanzar la salud espiritual. En tercer lugar, la madurez espiritual y el liderazgo del esposo —como cabeza del hogar— son de suma importancia.

Un esposo espiritualmente sano nutre fielmente a su amada esposa mediante la Palabra de Dios, en aras de su bienestar espiritual. En este proceso, él mismo vive, en primer lugar, una vida de obediencia a la Palabra de Dios. Por mucho reconocimiento y alabanza que reciba de los demás por vivir una vida de obediencia fuera del hogar, si no logra vivir de esa manera

dentro de su propia casa, no podrá considerarse una vida de obediencia verdaderamente fiel. Un esposo espiritualmente maduro nutre a su esposa e hijos dando ejemplo de obediencia, demostrando lo que significa obedecer la Palabra de Dios. Este liderazgo maduro y obediente por parte del esposo es absolutamente vital.

En cuarto lugar, un esposo espiritualmente sano y maduro prioriza su amor por su esposa.

De acuerdo con las Escrituras, un esposo espiritualmente sano y maduro ama a su esposa tal como Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella (Efesios 5:23). Al amar a su esposa como se ama a sí mismo (versículos 28, 33), está, en efecto, amándose a sí mismo (versículo 28). Un esposo espiritualmente sano y maduro de esta clase —aquel que ama a su esposa de esta manera— impide activamente que cualquier tercero se inmiscuya o interfiera en su amor por ella. En este contexto, los «terceros» se refieren a los hijos, los padres, los hermanos o incluso los amigos. Por el contrario, un esposo espiritualmente insano e inmaduro no logra priorizar la relación conyugal y, además, permite que terceros se inmiscuyan y perturben dicha relación. En consecuencia, la pareja se ve envuelta en conflictos, discordias y contiendas. Este no es el tipo de relación conyugal ni de amor conyugal que Dios desea.

En quinto lugar, un esposo espiritualmente sano y maduro establece claramente límites saludables.

El pasaje bíblico de hoy, Efesios 5:31 (de la *Contemporary English Version*), dice: «Por esta razón, la Biblia declara: "El hombre dejará a sus padres y se unirá a su esposa, y los dos se convertirán en una sola carne"». Dado que un esposo espiritualmente sano y maduro ha dejado a sus padres para unirse a su esposa —convirtiéndose así en una sola carne—, él impide de manera sabia y eficaz que cualquier persona —ya sean sus hijos, sus suegros, sus hermanos o sus amigos— se inmiscuya o interfiera en su relación matrimonial. En otras palabras, debido a que prioriza su matrimonio, establece claramente límites saludables con

los demás para evitar que alguien invada su relación con su esposa y provoque conflictos conyugales. Por el contrario, un esposo espiritualmente insano e inmaduro no logra establecer límites claros y saludables; en consecuencia, se deja influenciar fácilmente por los demás, lo cual a menudo conduce a conflictos dentro de su matrimonio. Esto es particularmente cierto en el caso de un esposo que se ve excesivamente influenciado por sus propios padres —especialmente por su madre—; a menudo se convierte en el principal catalizador de conflictos entre su madre y su esposa. En muchos casos, el esposo —quien debería ser el pacificador entre su esposa y su madre—, en cambio, exacerba la situación, empeorando aún más la relación. La causa fundamental de esto radica en su relación codependiente con su madre, en quien se apoya de manera excesiva. Por consiguiente, debido a que no logra establecer límites saludables con su madre, es incapaz de priorizar su amor por su esposa; en su lugar, a menudo se encuentra atrapado en medio —oscilando entre su esposa y su madre— y deambulando sin rumbo fijo, sin saber cómo actuar ni qué hacer. En tal situación, cuando la esposa observa que su esposo se pone del lado de su madre en lugar de tomar su partido —lo que la deja incapaz de confiar o apoyarse en él, y sin recibir el amor que desea y necesita de su parte (Ef. 5:25-28, 33)—, es muy probable que, en su lugar, vuelque una cantidad excesiva de amor sobre sus hijos. En consecuencia, dado que ella tampoco logra establecer límites claros y saludables con sus hijos, existe una probabilidad significativa de que la relación entre ellos se vuelva codependiente. Como resultado, la relación matrimonial de la pareja deja de ser su máxima prioridad; Mientras el esposo —incapaz de establecer límites sanos— vacila con indecisión, es muy probable que la esposa priorice su relación con sus hijos por encima de todo lo demás. Además, si esos hijos son adultos casados, el afecto excesivo de la madre puede desencadenar conflictos dentro de sus propios matrimonios, aumentando así la probabilidad de que sus relaciones conyugales también se vuelvan disfuncionales. Por lo tanto, un esposo espiritualmente sano y maduro —como cabeza del hogar— establece límites claros y sanos. Al hacerlo, asegura que ni sus propios padres, ni sus suegros, ni sus hijos puedan socavar la primacía de su relación conyugal. Como pareja sana en el Señor, el esposo ama a su esposa —tal como Cristo amó a la iglesia y se entregó a sí mismo por ella— amándola como a su propio

cuerpo y como se ama a sí mismo (Ef 5:25, 28, 33). En respuesta a recibir tal amor, la esposa respeta a su esposo (v. 33) y se somete a él en todo, tal como la iglesia se somete a Cristo (v. 24). En consecuencia, la pareja continuará edificándose como una pareja espiritualmente sana y madura.

En sexto lugar, la relación conyugal puede enfrentar crisis o coyunturas críticas. Creo que, ciertamente, pueden surgir crisis o coyunturas críticas en una relación conyugal; no solo para las parejas que son espiritualmente insanas e inmaduras, sino también para aquellas que son espiritualmente sanas y maduras. En otras palabras, toda pareja es susceptible de experimentar crisis o fases difíciles en su matrimonio. Por supuesto, la naturaleza específica de las crisis o desafíos que enfrentan estos dos tipos de parejas puede ser, a veces, similar; sin embargo, en otras ocasiones, pueden diferir significativamente. Lo crucial, a mi juicio, es que ninguno de los dos grupos debe vivir bajo una falsa suposición: las parejas espiritualmente sanas y maduras no deben asumir que son inmunes a las crisis conyugales, ni las parejas espiritualmente insanas e inmaduras deben asumir que su matrimonio estará en un estado perpetuo de crisis. Dicho de otro modo, el punto esencial es este: dado que cualquier pareja puede encontrarse con crisis inesperadas o coyunturas críticas, deben estar preparados; específicamente, deben tener una comprensión clara de qué pasos seguir y cómo actuar en caso de que surjan tales dificultades en su matrimonio. Me gustaría compartir personalmente tan solo tres reflexiones con respecto a dichas medidas preparatorias: (1) Creo que una crisis matrimonial puede, de hecho, servir como una valiosa oportunidad otorgada a la pareja por el Señor, el verdadero Dueño de su relación. En otras palabras, una crisis conyugal puede convertirse en una preciosa oportunidad provista por el Señor para fomentar el crecimiento y la madurez dentro de la relación. (2) Esta «preciosa oportunidad» es, específicamente, una ocasión para que la pareja busque al Señor con fervor y de manera conjunta. Cuando un matrimonio está enfermo —gimiendo bajo el peso del sufrimiento y la angustia—, resulta sumamente fácil que la pareja caiga en el desánimo e incluso descienda hacia el abatimiento y la desesperación. Sin embargo, es precisamente cuando nos sentimos abrumados por tales sentimientos de desesperanza respecto a

nuestro matrimonio que el Señor obra Su gran gracia en nuestros corazones, suscitando en nuestro interior un profundo anhelo de Él. Él enciende este anhelo, capacitándonos —incluso en medio de nuestra desesperación— para aferrarnos a Él como la esperanza suprema, tanto para nosotros como individuos como para nuestro matrimonio como pareja. En resumen, una crisis en la relación conyugal sirve como una oportunidad para la oración ferviente: un tiempo para buscar a Dios con profundo anhelo. (3) Otra preciosa oportunidad reside en lo siguiente: el Señor prepara y ablanda la tierra de los corazones de una pareja que, con el alma sedienta, clama a Dios en súplica; luego, Él siembra la semilla de Su Palabra en ese terreno fértil. En otras palabras, una crisis en la relación matrimonial presenta una excelente oportunidad para que la semilla de la Palabra de Dios sea sembrada en la tierra de nuestros corazones. Por ejemplo, cuando nuestro matrimonio atraviesa una crisis o un punto de inflexión difícil, al buscar a Dios con fervor, Él puede sembrar en nuestros corazones la semilla de un pasaje bíblico específico —tal como 1 Corintios 10:13— que ofrece la certeza de la victoria: «Las pruebas que han enfrentado no son diferentes de las que experimentan otros. Dios es fiel; Él no permitirá que sean tentados más allá de sus fuerzas, sino que, cuando sean tentados, Él proveerá una vía de escape para que puedan soportarlo» (Versión Coreana Moderna). Al recibir esta Palabra y meditar silenciosamente en ella en la presencia de Dios —guiados por las revelaciones concedidas por el Espíritu Santo—, podremos hablar a nuestras propias almas con un corazón en oración: «La prueba que estoy enfrentando en mi matrimonio es una prueba común a todas las personas. Dado que Dios es fiel, me aferraré a la verdad de que Él no permitirá que sea tentado más allá de mi capacidad; es más, confío en que, al enfrentar la tentación, Él ciertamente proveerá una vía de escape, capacitándome para soportar esta prueba matrimonial». Oro para que esta Palabra de Dios —recibida con fe por nosotros como pareja— obre poderosamente en nuestro interior (1 Tesalonicenses 2:13), empoderándonos a todos para salir victoriosos en la guerra espiritual contra el diablo (1 Juan 2:14, Versión Coreana Moderna).

Finalmente —y en séptimo lugar—, la relación entre un esposo y una esposa debe alinearse con la relación entre Cristo y la Iglesia.

El pasaje bíblico de hoy proviene de Efesios 5:32 (de *La Biblia para el Hombre Moderno*): «Este es un misterio profundo. Estoy hablando de la relación entre Cristo y la Iglesia». En esta Epístola a los Efesios, al dirigirse a los creyentes de la iglesia de Éfeso con respecto a la relación entre esposos y esposas, el apóstol Pablo llegó a su conclusión citando Génesis 2:24: «Por esta razón, la Escritura dice: "El hombre dejará a sus padres y se unirá a su esposa, y los dos se convertirán en una sola carne"» (Ef 5:31, *La Biblia para el Hombre Moderno*). Inmediatamente después de esto, declaró: «Este es un misterio profundo. Estoy hablando de la relación entre Cristo y la Iglesia» (v. 32, *La Biblia para el Hombre Moderno*). El significado de estas palabras radica en que, cuando un hombre deja a sus padres y se une a su esposa —convirtiéndose en una sola carne—, el esposo debe amar a su esposa como se ama a sí mismo, tal como «Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella» (vv. 25, 28, 33, *La Biblia para el Hombre Moderno*); asimismo, la esposa debe someterse a su esposo en todo —tal como «la Iglesia se somete a Cristo»— y debe respetarlo (v. 33). El enfoque central aquí es «Cristo» (vv. 24, 25). En otras palabras, una pareja centrada en Cristo se esfuerza por encarnar la relación bíblica entre Cristo y la Iglesia. Para ser más precisos, una relación matrimonial centrada en Cristo se alinea perfectamente con la relación bíblica entre Cristo y la Iglesia.

Me gustaría dar por concluida esta meditación sobre la Palabra. Oro para que el Señor establezca a toda mi familia y a todos mis parientes como un hogar lleno de gratitud; un hogar firme y victorioso que forme obreros con sueños centrados en Cristo, y que luego los envíe para ser utilizados en la expansión del Reino de Dios, convirtiéndose así en una familia verdaderamente centrada en el Señor. En particular, oro para que el Señor edifique a toda mi familia y a todos mis parientes como un hogar rebosante de amor, dando gloria a Dios.

Una familia que alaba a Dios Padre con un corazón agradecido

[Colosenses 3:18-21]

Bajo el título «Al reflexionar sobre nuestras familias», he plasmado los siguientes pensamientos: (1) Anhelamos la inmensa gracia y misericordia de Dios. (2) Oramos fervientemente para que Dios nos conceda la gracia de la salvación. (3) Oramos para que Dios —incluso a través de nuestro sufrimiento, nuestras heridas y nuestro dolor— humille a cada miembro de nuestra familia y nos capacite para mirar únicamente al Señor y confiar solo en Él. (4) Oramos para que Dios nos quebrante por completo y derribe nuestras defensas, ablandando así nuestros corazones. (5) Deseamos que Dios exponga nuestros pecados, permitiéndonos reconocerlos, admitirlos y confesarlos, y buscar el perdón confiando en la preciosa sangre de la cruz de Jesús. (6) Oramos para que Dios nos conceda la certeza del perdón; y que, en virtud de la inmensa gracia y el amor mediante los cuales hemos recibido el perdón, seamos capacitados para perdonarnos unos a otros, tal como Dios nos ha perdonado a nosotros. (7) Deseamos que Dios proteja y vele por nuestros hijos. En particular, oramos fervientemente para que Dios toque con ternura los corazones heridos de nuestros hijos y les conceda sanidad. (8) Oramos fervientemente para que Dios transforme nuestras crisis familiares en oportunidades, concediéndonos la gracia de experimentar Su gran amor salvador de una manera profunda, amplia, abundante y trascendente. (9) Oramos para que Dios —el Señor de nuestro hogar— gobierne y reine

sobre nuestra familia, protegiéndonos y guardándonos de todas las fuerzas del mal y de las maquinaciones de Satanás. (10) Que Dios, el Espíritu Santo, nos capacite para dar cada vez más abundantemente los frutos del amor divino de Dios, y que Él nos utilice como canales de Su amor, para que cada miembro de nuestro hogar pueda amar a los demás con el amor del Señor. En mayo de 2023, bajo el lema «Una familia que experimenta los milagros de la oración y la alabanza», meditamos sobre el mensaje que se encuentra en el capítulo 20 de 2 Crónicas. En 2 Crónicas 20, el rey Josafat de Judá se encontró en una situación de inmensa dificultad; una situación por la cual, desde una perspectiva humana, habría sido absolutamente imposible ofrecer agradecimiento. Esta grave crisis surgió cuando los moabitas y los amonitas —a los que se unieron algunos de los meunitas— invadieron Judá con un «ejército inmenso» (versículos 1-2). En ese momento, el rey Josafat se «alarmó; por lo que decidió consultar al SEÑOR y proclamó un ayuno para todo Judá» (versículo 3). En consecuencia, personas de cada pueblo de Judá se congregaron en Jerusalén «para buscar ayuda del SEÑOR» (versículo 4). Finalmente, cuando el rey Josafat —junto con el pueblo de Judá y de Jerusalén— oró a Dios y organizó un coro para ofrecerle alabanza, Dios concedió la victoria a Judá, permitiéndoles derrotar a aquel inmenso ejército. Al meditar sobre esta victoria milagrosa, extraje cuatro lecciones:

(1) La primera lección que aprendemos es que, siempre que nos encontremos repentinamente ante inmensas dificultades, debemos decidir humillarnos ante Dios —tal como hizo Daniel (Daniel 10:12)—, decidir consultar a Dios —tal como hizo el rey Josafat (2 Crónicas 20:3)— y debemos orar a Él. En particular, aprendemos la lección de que, siempre que nuestra familia afronte adversidades abrumadoras, cada uno de los miembros del hogar debe unirse en oración a Dios.

(2) La segunda lección que aprendemos es que, cuando nos encontramos ante inmensas dificultades, primero debemos darnos cuenta y reconocer que nosotros mismos carecemos del poder y la capacidad para resolverlas. Simultáneamente, debemos darnos cuenta y reconocer que solo Dios en el cielo posee el poder y la capacidad para resolver tales

inmensas dificultades. Por lo tanto, se nos enseña que debemos depositar nuestra fe y nuestra confianza en este Dios y buscar Su ayuda.

(3) La tercera lección que aprendemos es que, cuando afrontamos inmensas dificultades, debemos permanecer en quietud ante Dios y reflexionar sobre la gracia que Él nos ha concedido en el pasado.

(4) La cuarta lección que aprendemos es que, por más ferozmente que Satanás y sus fuerzas ataquen a nuestras familias, no debemos temer ni desanimarnos. La razón es que esta batalla espiritual no es nuestra batalla, sino la batalla de Dios. Incluso cuando enfrentamos inmensas dificultades, debemos confiar en Dios y en la Palabra transmitida a través de Sus siervos; así, con la certeza de la salvación y la victoria, debemos dar gracias a Dios y alabarlo, declarando que Su amor perdura para siempre. Cuando hacemos esto, Dios transformará el «Valle de la Angustia (Acor)» en un «Valle de Bendición (Alabanza)».

(5) Mientras meditaba hoy en nuestro pasaje bíblico —Colosenses 3:18–21— me encontré preguntándome: ¿Qué clase de familia vive verdaderamente en obediencia a estas palabras? Al reflexionar sobre esto, los versículos que captaron mi mirada y atrajeron mi atención fueron precisamente aquellos sobre los que ya habíamos meditado: las partes finales de Colosenses 3:16 y 3:17: «…cantando alabanzas a Dios con un corazón agradecido» (v. 16b), y «dando gracias a Dios el Padre por medio de Él» (v. 17b). Al meditar en estos dos pasajes en conjunto con Colosenses 3:18–21, llegué a comprender que una familia obediente a la Palabra de Dios es, en esencia, «una familia que alaba a Dios el Padre con un corazón agradecido». Por lo tanto, bajo el tema «Una familia que alaba a Dios el Padre con un corazón agradecido», me gustaría meditar en cuatro lecciones que Dios ofrece hoy a nuestras familias, centrándome en nuestro texto principal, Colosenses 3:18–21: (1) Lo que Dios dice a las esposas; (2) Lo que Dios dice a los esposos; (3) Lo que Dios dice a los hijos; y (4) Lo que Dios dice a los padres.

He aquí «Mis reflexiones sobre los problemas y crisis familiares»: (1) Dado que los problemas familiares son profundamente personales, creo que inevitablemente infligen heridas profundas y causan un estrés inmenso. (2) Creo que los problemas familiares nos hacen tomar plena conciencia de las limitaciones inherentes a nuestra naturaleza humana. (3) Creo que, sin la intervención de Dios, los problemas familiares pueden ser, en efecto, situaciones totalmente desesperanzadoras. (4) Creo que debemos ver las crisis familiares como oportunidades concedidas por Dios: oportunidades para resistir y perseverar en la fe, confiando únicamente en Él y presentando nuestras súplicas ante Él. (5) Creo que esta «oportunidad» radica en el hecho de que Dios utiliza las crisis familiares para obrar una transformación, transformando por igual a esposos y esposas, a padres y a hijos. (6) Creo que uno de los elementos fundamentales de esta transformación es el quebrantamiento y la fragmentación del ego; a través de este proceso, Dios nos lleva a depositar nuestra fe y confianza absolutas únicamente en Él, permitiéndonos —al final— saborear la bondad de Dios, quien hace que todas las cosas cooperen para el bien (Rom. 8:28; Sal. 34:8). (7) A medida que depositamos una confianza cada vez mayor en Dios, recibimos la inmensa gracia y bendición de llegar a «estar quietos y saber que Él es Dios» (Sal. 46:10).

En primer lugar, ¿qué les dice Dios a las esposas?

Nuestro texto de hoy es Colosenses 3:18: «Esposas, sométanse a sus maridos, como conviene en el Señor». En Efesios 5:22, la Biblia declara: «Esposas, sométanse a sus propios maridos, como al Señor». La *Modern English Version* traduce esto como: «Esposas, sométanse a sus maridos tal como se someten al Señor». En su libro *The Christian Life* (La vida cristiana), el Dr. Martyn Lloyd-Jones escribió: «... ¿Qué significa la frase "como al Señor"? Significa: "Esposas, sométanse a sus maridos, porque hacerlo es parte de su deber para con el Señor, y porque actuar de esta manera es una expresión de su sumisión al Señor"». Si ustedes, hermanas nuestras en la fe, no se están sometiendo a sus maridos, no solo están dejando de cumplir su deber para con el Señor, sino que también están demostrando que, de hecho, no se están sometiendo al Señor. Esto implica que, si bien pueden parecer tener

una gran fe a los ojos de los demás, a los ojos del Señor no son mujeres de gran fe. Una mujer que no se somete al marido que puede ver con sus ojos físicos no se está sometiendo al Señor, a quien no puede ver.

Quizás algunas de ustedes, hermanas, se pregunten: «¿Debo someterme a mi marido "como al Señor" incluso si él no cree en Jesús?». He aquí el pasaje de 1 Pedro 3:1–5, tomado de *The Bible for Modern People* (La Biblia para la gente moderna): «Esposas, sométanse a sus maridos. Así, incluso si un marido no cree en la palabra del Señor, llegará a creer en Dios al observar sus acciones; específicamente, su obediencia silenciosa puesta en práctica. Los maridos están observando cómo sirven a Dios y llevan una vida pura. No se adornen meramente con lujos externos; en su lugar, embellezcan su ser interior con un espíritu apacible y modesto. Esto es algo muy precioso a los ojos de Dios. En tiempos pasados, las mujeres santas que ponían su esperanza en Dios también se adornaban de esta manera, sometiéndose a sus propios maridos». Mientras meditaba en este pasaje, escribí la siguiente breve reflexión: «Esposas, en lugar de adornar únicamente su apariencia externa —aunque esto también es precioso a los ojos de Dios—, deben embellecer su ser interior con un espíritu manso y modesto. Además, esposas, deben adornarse sometiéndose a sus propios esposos. Cuando se someten a sus esposos, incluso un esposo que no cree en la palabra del Señor llegará a creer en Dios al observar sus acciones; específicamente, su obediencia silenciosa puesta en práctica. Sus esposos las están observando mientras sirven a Dios y llevan una vida pura».

Desde su punto de vista, ¿qué tipo de persona constituye una creyente de fe verdaderamente grande? Por lo general, cuando pensamos en una creyente con gran fe, imaginamos a alguien que ora fervientemente dentro de la iglesia. La razón de esto es, probablemente, que asumimos que una mujer que ora con tanto fervor a Dios debe estar, sin duda alguna, depositando su fe y su confianza enteramente en Él. Por lo tanto, tal vez consideremos a una mujer como Ana —la madre de Samuel— como un ejemplo por excelencia de una creyente que posee una gran fe. Además, puede haber algunas creyentes

que, al igual que Ana, se encuentren sin hijos; cuando oran fervientemente a Dios pidiendo un hijo, pueden hacer un voto diciendo: «Si tú, oh Dios, te acuerdas de mí y me concedes un hijo, te dedicaré a ese niño por toda su vida» (cf. 1 Samuel 1:11, *The Contemporary Bible*). Cuando observamos a mujeres orando con tal fervor y devoción —buscando a Dios con tanta intensidad—, es muy probable que las consideremos mujeres de gran fe.

Si acudimos a Mateo 15:21–28, nos encontramos con una mujer a quien Jesús describió explícitamente como alguien que tenía una «gran fe» (v. 28). Según Marcos 7:25–26, esta mujer es identificada como una «griega, de origen sirofenicio». En primer lugar, el término «griega» indica que era una gentil, es decir, no era judía. Era de «origen sirofenicio»; esto es, una fenicia perteneciente a la región de Siria. Este grupo de personas descendía de los cananeos, quienes —durante la época en que los israelitas conquistaron Canaán— fueron desplazados hacia el norte y expulsados de la tierra (Park Yun-sun). En consecuencia, Mateo presenta sucintamente a esta mujer simplemente como una «mujer cananea» (Mateo 15:22). Ahora bien, esta mujer cananea tenía una hija pequeña que estaba poseída por un espíritu inmundo. Por ello, tan pronto como escuchó las noticias acerca de Jesús, salió en su búsqueda y se presentó ante Él (v. 22). Mi pregunta, entonces, es la siguiente: ¿Por qué le dijo Jesús a esta mujer: «Mujer, grande es tu fe» (v. 28)? Creo que existen al menos dos razones:

(1) Una mujer de gran fe es aquella que cree que Jesús es, a la vez, Señor y Cristo.

Según Josefo —un historiador judío que vivió en el siglo I d.C.—, la región de Tiro —donde se encontraron Jesús y la mujer cananea— formaba parte de Sirofenicia. Situada justo al norte de Galilea, esta zona estaba habitada por gentiles que consideraban a los judíos como enemigos. Sin embargo, al escuchar las noticias sobre Jesús, esta mujer cananea —gentil ella misma— acudió directamente a Él y cayó a sus pies. La razón de ello fue que no veía a Jesús meramente como un judío más —como podrían haberlo hecho otros gentiles—; más

bien, creía que Él era «Señor, Hijo de David» (Mateo 15:22). Fue con esta fe que se acercó a Jesús.

(2) Una mujer de gran fe es aquella que suplica con fervor al Señor (Versículo 22).

En favor de su hija —quien sufría terriblemente a causa de una severa posesión demoníaca—, ella clamó con fervor al Señor, diciendo: «¡Ten misericordia de mí!». Y continuó clamando a Jesús (Versículo 23). Cabe destacar que ella persistió en seguir a Jesús y en clamarle, a pesar de que Él «no le respondió ni una sola palabra» ante sus fervientes súplicas (Versículo 23). Lo que ella buscaba de Jesús con tanta vehemencia y persistencia era que Él expulsara al demonio de su hija (Marcos 7:26). En última instancia, Jesús escuchó la ferviente oración de esta mujer cananea —una mujer de gran fe— y le concedió las bendiciones del Reino de los Cielos. Como consecuencia, su hija, que estaba poseída por un demonio, fue sanada y restaurada por completo. Para aquellas creyentes que poseen una fe tan grande —mujeres que, sin duda alguna, creen en Jesús como Señor y lo llevan en sus corazones mientras transitan por la vida—, mi pregunta es la siguiente: "¿Cree ella verdaderamente en Jesús como Señor y lo lleva en su corazón no solo dentro de la iglesia y en el mundo exterior, sino también dentro de su propio hogar?". La razón por la que planteo esta pregunta es que, desde nuestra perspectiva, parece que algunas de estas mujeres de gran fe —aun esforzándose con inmensa dedicación por honrar a Jesús como Señor y obedecer Su Palabra tanto dentro como fuera de la iglesia— dejan de vivir de esta manera una vez que se encuentran dentro de los confines de sus propios hogares. Cuando digo que estas mujeres de gran fe no se están esforzando con dedicación por obedecer la Palabra del Señor dentro de sus hogares, me refiero específicamente a que no se están sometiendo a sus maridos, tal como instruye el pasaje bíblico de hoy: Colosenses 3:18. Tal conducta provoca que "la palabra de Dios sea blasfemada" (Tito 2:5). La Biblia declara claramente que el que las esposas se sometan a sus maridos es "apropiado en el Señor" (v. 18); es decir, constituye el deber propio de quien cree en el Señor. Sin embargo, observamos que algunas mujeres que demuestran una gran fe en otras áreas de la vida no logran vivir de acuerdo con

este mandamiento específico una vez que están en casa. Si este es, en efecto, el caso, debemos preguntarnos: "¿Es verdaderamente correcto a los ojos de Dios que una mujer de gran fe crea que solo necesita someterse directamente al Señor, mientras descuida el cumplimiento del deber que es 'apropiado en el Señor' —a saber, someterse a su marido— dentro de su propio hogar?". ¿Qué opinan ustedes? ¿Es verdaderamente una forma de pensar correcta creer que uno puede simplemente someterse al Señor sin someterse al propio marido, contraviniendo así la clara instrucción de las Escrituras?

Para ustedes, nuestras santas —mujeres de fe—, la Palabra de Dios es clara. La Palabra de Dios les instruye a someterse a sus maridos (Col 3:18; Ef 5:22; 1 Pe 3:1, 5). ¿Por qué deben someterse a sus maridos? La Biblia presenta tres razones:

(1) Porque el marido es la cabeza de la esposa.

Efesios 5:23 declara: «Porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia…». Este pasaje revela la posición —o estatus— del marido dentro del hogar. Dicha posición o estatus consiste en que el marido sirve como la cabeza de la esposa. Además, este pasaje implica que, al definir claramente la posición (estatus) del marido, debe haber orden dentro del hogar. Cuando una esposa comprende la posición de su marido —reconociéndolo como «mi cabeza»— y, al hacerlo, reconoce y afirma el hecho de que su marido es el líder del hogar, ella está, con esta acción, honrando la dignidad de su marido. Esto constituye una de las responsabilidades vitales de la esposa. En el libro del pastor Lee Dong-won, *Hechos de la Nueva Familia* (*Sae Gajeong Haengjeon*), se cita una encuesta. Según dicha encuesta, lo primero que los hombres más necesitan de sus esposas —de una lista de cinco necesidades clave— es un sentido de autoestima. Una esposa sabia se somete a su marido porque reconoce su posición como cabeza y líder del hogar; al hacerlo, edifica ese sentido de autoestima que su marido necesita tan profundamente.

(2) Porque la sumisión de la esposa a su marido es conveniente en el Señor.

Colosenses 3:18 declara: «Esposas, sométanse a sus maridos, como conviene en el Señor». Nuestro Dios no es un Dios de desorden, sino de paz (1 Corintios 14:33). Por lo tanto, en un hogar establecido por el Señor, no hay desorden, sino paz. En otras palabras: donde hay paz en un hogar, hay orden. Para mantener ese orden, cada miembro del hogar debe cumplir fiel y humildemente sus propias responsabilidades bíblicas. Específicamente, dentro del hogar, la responsabilidad de la esposa es someterse a su esposo. La Biblia afirma que hacerlo es apropiado a los ojos del Señor. Este es el deber de la esposa. Dentro de la institución familiar establecida por el Señor, que una esposa se someta a su esposo —tal como lo haría ante el Señor— es tanto apropiado ("conveniente") como correcto ("debido") a Sus ojos.

(3) Tiene el propósito de guiar a un esposo incrédulo hacia la salvación.

1 Pedro 3:1 dice: «Esposas, de la misma manera, sométanse a sus propios esposos para que, si alguno de ellos no cree en la palabra, pueda ser ganado sin palabras por la conducta de sus esposas». Actualmente, muchas esposas creyentes que tienen esposos que aún no creen en Jesús son diligentes en su vida eclesiástica, pero descuidadas en su vida hogareña. Puede que estén dando ejemplo dentro de la iglesia, pero no logran dar ejemplo dentro de sus propios hogares. Esto representa una vida cristiana que carece de equilibrio. Entonces, ¿qué se debe hacer? Una esposa sabia da ejemplo no solo dentro de la iglesia, sino —especialmente— dentro de su hogar. Ella sirve de ejemplo dentro de su casa al someterse a su esposo incrédulo tal como se sometería al Señor. El Dr. Park Yun-sun afirmó lo siguiente: «Un esposo incrédulo puede llegar a darse cuenta de la veracidad del Evangelio y experimentar la conversión al observar el carácter piadoso de su esposa. Esto constituye proclamar el Evangelio de Dios a través de las propias acciones. Si nuestro testimonio del Evangelio no va acompañado de una vida virtuosa, permanece sin poder» (Park Yun-sun). Una esposa sabia no da testimonio del Evangelio únicamente mediante palabras. Ella nunca se limita a decirle a su esposo incrédulo: «Vamos a la iglesia». Más bien, demuestra la autenticidad del Evangelio al someterse a su esposo tal como lo haría ante el Señor. Ella

revela a Jesucristo a través de su propia vida. En consecuencia, el Señor la utiliza para obrar también la salvación de su esposo incrédulo.

Entonces, ¿cómo se somete una esposa sabia a su esposo? La Biblia describe esto de dos maneras:

(1) Una esposa sabia se somete a su esposo, haciéndolo tal como lo haría ante el Señor. Esto se encuentra en la parte final de Efesios 5:22 y en la parte inicial de Efesios 5:24: «como al Señor» (v. 22b) y «Así como la iglesia se somete a Cristo...» (v. 24a). ¿Por qué debe una esposa someterse a su esposo tal como lo haría ante el Señor? La razón es que «el esposo es la cabeza de la esposa, así como también Cristo es la cabeza de la iglesia» (v. 23). Al examinar la palabra «esposo», descubrimos que en hebreo conlleva el significado de *Baal* —o «amo»—, mientras que en griego significa «Señor» o «el hombre que está por encima». En otras palabras, el esposo es aquel que cuida bien del hogar y ejerce como un amo bondadoso dentro de la casa. El apóstol Pedro afirma: «Esposas, asimismo, sométanse a sus propios esposos...» (1 Pedro 3:1); aquí, la frase «asimismo» remite a la instrucción hallada en 1 Pedro 2:18: «Siervos, sométanse a sus amos...». De este modo, Sara también se sometió a su esposo Abraham al dirigirse a él como «Señor» (1 Pedro 3:6; Génesis 18:12). Una esposa sabia reconoce que el Señor ha establecido a su esposo como la cabeza del hogar; reconociendo su autoridad, ella se somete a él. Ella se somete a su esposo; específicamente, escucha con atención sus palabras y le presta plena atención. Fundamentalmente, la palabra «sumisión» es un compuesto de dos términos: una preposición que significa «bajo» y una frase verbal que significa «escuchar bien». Por lo tanto, que una esposa se someta a su esposo significa, por encima de todo, que escucha atentamente lo que él tiene que decir; esto sirve como una expresión tangible de su reconocimiento de la autoridad de él (Lee Dong-won).

(2) Una esposa sabia se somete a su esposo, pero lo hace por reverencia a Cristo. Esto se extrae de la primera mitad de Efesios 5:21: «Por reverencia a Cristo...». En otras palabras, tal

como Cristo —con «solo una mente humilde» (Fil. 2:3)— «se despojó a sí mismo» (Fil. 2:7) y «se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte» (Fil. 2:8), así también una esposa sabia se somete a su esposo, emulando a Jesús y reverenciando al Señor.

Entonces, ¿en qué asuntos debe someterse una esposa a su esposo? Debe someterse en todas las cosas. Esto se afirma en la segunda mitad de Efesios 5:24: «...así también las esposas deben someterse a sus esposos en todo».

¿Cuál es la diferencia entre una buena esposa y una mala esposa? Una buena esposa satisface a un buen esposo, mientras que una mala esposa silencia a su esposo. Una esposa verdaderamente perfecta nunca espera tener un esposo perfecto. Una esposa sabia guía a su esposo a través de su sumisión (Internet). Oro para que usted llegue a ser una esposa sabia que se somete a su esposo con reverencia al Señor, sometiéndose a él tal como lo haría ante el Señor mismo.

El renombrado evangelista del siglo, el reverendo Billy Graham, fue bendecido con una esposa —Ruth Graham— que apoyó su ministerio magníficamente a través de sus oraciones. He aquí una pregunta que recibí una vez de un periodista cristiano: «¡Sra. Ruth! Usted ha pasado décadas viviendo como la esposa de un pastor, un hombre ampliamente considerado como el mayor avivador desde el apóstol Pablo. A lo largo de todos esos largos años, ¿consideró alguna vez el divorcio?». La Sra. Ruth Graham respondió: «¡No! ¡Ni una sola vez! Sin embargo, ¡hubo otra cosa en la que pensé casi todos los días!». Lleno de curiosidad, el periodista preguntó: «¿Y qué era eso?». Sonriendo, la Sra. Ruth Graham contestó: «El asesinato... ¡matarlo!». Señoras, ¿ha habido alguna vez momentos en los que ustedes también sintieron una ira tan intensa hacia sus esposos que desearon matarlos? La primera parte de 1 Juan 3:15 (de la *Modern English Version*) dice: «Todo aquel que odia a su hermano es un asesino...».

En segundo lugar, ¿qué tiene Dios que decir a los esposos? Nuestro texto de hoy proviene de Colosenses 3:19: «Maridos, amad a vuestras esposas y no seáis ásperos con ellas». Dios nos ha establecido a nosotros, los maridos, como cabezas de nuestros hogares y nos ha confiado una autoridad divina. Con esa autoridad viene una tremenda responsabilidad para nosotros, los maridos. ¿Cuán grande es, en verdad, esta responsabilidad que se ha depositado sobre nosotros? Esa responsabilidad consiste, sencillamente, en que el marido debe amar a su esposa y a los miembros de su familia (Efesios 5:25), y que debe protegerlos y proveer para ellos. Además, al proteger y proveer, el marido debe estar dispuesto a llegar incluso a hacer sacrificios por el bien de su esposa y de su familia. Al examinar nuestro texto de hoy —Colosenses 3:19—, vemos que la Biblia da dos instrucciones específicas a los maridos:

(1) Se afirma que los esposos deben amar a sus esposas.

¿Cómo, entonces, debemos nosotros, los esposos, amar a nuestras esposas? Volvamos a Efesios 5:25: «Esposos, amen a sus esposas, tal como Cristo amó a la iglesia y se entregó a sí mismo por ella». He identificado unos cinco puntos para que los consideremos:

(a) Nosotros, los esposos, debemos considerar a nuestras esposas como una bendición que Dios nos ha concedido.

Proverbios 18:22 afirma: «El que halla esposa, halla lo bueno y recibe el favor del Señor». Aquí, la Biblia no se refiere a cualquier esposa. La «esposa» de la que habla la Biblia en este pasaje es una «esposa excelente» (12:4), una «esposa prudente» (19:14) o «una esposa de carácter noble» (31:10). Tal mujer es capaz (v. 10); es íntegra y virtuosa. Posee sabiduría y discernimiento, lo que le permite ser una verdadera ayuda idónea para su esposo. La Biblia declara que el hombre que halla una esposa tan buena, prudente y noble ha hallado, en efecto, una bendición y ha recibido el favor de Dios. Un esposo que tiene una esposa así es

un hombre bendecido. La razón es que una esposa tan buena, prudente y noble se convierte en una verdadera bendición —una persona de inmenso valor— para él.

Sin embargo, ¿por qué tantos esposos no logran considerar a sus esposas como una bendición que Dios les ha concedido? ¿Cuál es la razón de esto? Una razón es que la mujer en cuestión no es una esposa noble, prudente o buena, sino más bien «una esposa que trae vergüenza» (12:4). Aquí, «una esposa que trae vergüenza» se refiere específicamente a una mujer propensa a discutir con su esposo (Park Yun-sun). También se refiere a una mujer que avergüenza a su esposo mediante sus propias palabras o acciones vergonzosas (Internet). Con respecto a una mujer contenciosa, la Biblia afirma: «Es mejor vivir solo en una choza que vivir en una casa grande con una mujer contenciosa» (21:9), y «Es mejor vivir solo en el desierto que vivir con una mujer contenciosa y de mal genio» (25:24). Quizás haya entre nosotros, los hombres, algunos que se sientan tentados a ofrecer esta excusa: «Puesto que Dios no me concedió una mujer virtuosa, sino que en su lugar me dio una que es contenciosa y de mal carácter, ¿cómo podría yo considerar a tal esposa como una bendición?». ¿Acaso no suena esa como una excusa bastante plausible? Si yo escuchara tales palabras, querría decirle esto a ese hermano: «Dios no te dio una mujer contenciosa y de mal carácter; más bien, *tú* elegiste a tal mujer. Por lo tanto, asume la responsabilidad y edifícala para que se convierta en una mujer virtuosa». Con demasiada frecuencia, parece que nosotros los hombres rechazamos a las mujeres mansas, sabias y virtuosas que Dios nos provee, eligiendo en su lugar casarnos con mujeres que —aunque puedan parecer hermosas y atractivas a nuestros ojos— más tarde resultan ser contenciosas y de mal carácter. Si hemos tomado tal decisión, debemos asumir la responsabilidad y dedicarnos a edificar a nuestras esposas para que se conviertan en mujeres virtuosas. Actualmente, demasiados hombres dirigen palabras y acciones verdaderamente irresponsables hacia las mismas esposas con las que ellos mismos eligieron casarse. No muestran temor alguno al proferir maldiciones contra sus esposas y, mediante sus acciones, hacen que ellas se sientan como si no fueran más que una carga: una maldición encarnada. En resumen, muchas esposas hoy en día viven sus vidas sin recibir amor de parte de sus esposos. ¡Qué

existencia verdaderamente desdichada para una mujer! Nosotros, los esposos, debemos considerar a nuestras esposas como una bendición —un tesoro— que Dios nos ha otorgado. En efecto, una esposa es una bendición que Dios nos ha dado a nosotros, los esposos. Debemos deleitarnos en nuestras esposas y hallar siempre plena satisfacción en su abrazo.

(b) Nosotros, los esposos, debemos valorar y cuidar a nuestras esposas.

Esto se encuentra en la primera parte de 1 Pedro 3:7: «Esposos, de la misma manera, sean considerados al convivir con sus esposas, y trátenlas con respeto como al compañero más frágil y como a coherederas con ustedes del don de la vida...». Las investigaciones en las ciencias sociales modernas revelan que existen tres necesidades fundamentales que una esposa tiene dentro del matrimonio. La primera de ellas es ser valorada y cuidada (las otras dos son ser comprendida y ser respetada). Nosotros, los esposos, debemos valorar y cuidar a nuestras esposas. Dado que el Señor mismo atesora a nuestras esposas, ¿quiénes somos nosotros —meros esposos— para tratar con desdén o desprecio a una hija de Dios a quien Él tiene en tan alta estima? 1 Juan 4:20 declara: «Si alguno dice: "Amo a Dios", pero odia a su hermano, es un mentiroso. Pues quien no ama a su hermano, a quien ha visto, no puede amar a Dios, a quien no ha visto». Si nosotros, los esposos, afirmamos atesorar al Señor —cantando alabanzas al Espíritu invisible, a Dios, con las palabras: «Nadie es más precioso que el Señor Jesús» (Himno 102)—, pero fallamos en atesorar a nuestras esposas, a quienes sí podemos ver, entonces esto no es más que hipocresía.

Hoy, 16 de junio, se celebra el «Día del Padre» aquí en los Estados Unidos, donde residimos. Recibí una imagen de «Feliz Día del Padre» de parte de una misionera local en la India, y me pareció que la forma en que se aplicaba la palabra «F.A.T.H.E.R.S.» era verdaderamente excelente:

F: Fiel (Un padre es fiel).
A: Siempre presente (Un padre siempre está ahí).

T: Confiable (Un padre es digno de confianza).

H: Honorable (Honramos a nuestro padre).

E: Siempre amoroso (Un padre ama incondicionalmente).

R: Justo (Un padre es justo).

S: Solidario (Un padre nunca niega su apoyo).

Reflexionando sobre una misionera local de la India y su padre —un verdadero «hombre de Dios»—, escribí los siguientes pensamientos, aplicándolos también a mi propia vida:

- Nuestro padre —cabeza de una familia que cree en Jesús y lo ama— es verdaderamente un «hombre de Dios».
- A través de nuestro padre —este hombre de Dios—, nuestro amoroso Dios ha ejercido una influencia profunda y positiva sobre nosotros, Sus hijos; Él continúa haciéndolo incluso ahora, y seguirá haciéndolo hasta el día de nuestra muerte.
- Aunque debemos separarnos de este amoroso padre por un breve tiempo en este mundo, tengo la plena confianza de que nos reencontraremos en el mundo venidero. No obstante, la añoranza que siento por mi amado padre parece ser una pena indescriptible. •

Considero una gran gracia y una bendición de Dios que nosotros también —siguiendo el ejemplo de nuestro padre— creamos en Jesús y lo amemos, y que nos esforcemos por vivir nuestras vidas por amor a Jesús y al Evangelio.

- Así como nosotros recibimos una influencia tan profunda y positiva de nuestro padre, oro para que nuestros propios hijos puedan recibir esa misma influencia de nosotros.

(c) Nosotros, los esposos, debemos deleitarnos en nuestras esposas.

Esto nos lleva a Proverbios 5:18: «Sea bendito tu manantial, y regocíjate en la esposa de tu juventud». En efecto, ¿cómo exactamente debemos nosotros, los esposos, «regocijarnos» en nuestras esposas? Nosotros, los esposos, debemos encontrar siempre una satisfacción plena en el abrazo de nuestras esposas. Este es el mensaje de Proverbios 5:19: «Ella es

como una cierva amorosa, una gacela elegante; que siempre te cautive su abrazo y te tenga siempre extasiado su amor». La instrucción de «estar siempre cautivado por su abrazo» significa que nosotros, los esposos, debemos permitir que nuestros corazones sean completamente cautivados —mantenidos cautivos, por así decirlo— por el amor de nuestras esposas. En particular, nosotros, los esposos, deberíamos permitir que nuestros corazones sean cautivados por las virtudes de nuestras esposas, más que por su belleza física. Este es precisamente el significado detrás de la metáfora que la describe como «una cierva amorosa» y «una gacela elegante» (Park Yun-sun). Cuando hacemos esto, nos deleitaremos únicamente en el amor de nuestras esposas —quienes sirven como nuestro propio «pozo» y «manantial» (v. 15)— y nunca las abandonaremos para buscar la casa de una adúltera. En otras palabras, cuando recibimos un refresco satisfactorio —tanto sexual como emocionalmente— a través de nuestras esposas, nunca anhelaremos el abrazo de una adúltera ni codiciaremos su amor (v. 20). Proverbios 5:16–17 dice: «¿Acaso deben desbordarse tus manantiales por las calles, tus arroyos de agua en las plazas públicas? Que sean solo tuyos, para no ser compartidos jamás con extraños».

Sin embargo, ¿cuántos esposos hoy en día están permitiendo que sus manantiales se desborden fuera de sus hogares, compartiendo sus aguas con extraños? ¿Cuántos hombres están abandonando a sus esposas para perseguir a otras mujeres? En este preciso momento, muchos esposos no logran encontrar una satisfacción plena en el abrazo de sus esposas; Debido a que no se deleitan en sus esposas, no valoran el amor de ellas (v. 19). En cambio, codician el amor de las adúlteras y se abrazan al pecho de otras mujeres (v. 20). Así pues, cuando nosotros, los hombres, abandonamos a nuestras esposas para perseguir a otras mujeres y cometer adulterio, inevitablemente afrontamos las consecuencias de nuestras decisiones pecaminosas (vv. 7–14). Estas consecuencias incluyen la pérdida del honor (v. 9), la pérdida de tiempo (v. 9), la pérdida de riquezas (v. 10), la pérdida de la salud (v. 11) y el sufrimiento de una conciencia atormentada (vv. 12–14). Por consiguiente, plenamente conscientes de las repercusiones del adulterio, debemos abstenernos de

codiciar a la seductora. En su lugar, deberíamos hallar una satisfacción constante en el abrazo de nuestras esposas y deleitarnos únicamente en ellas.

Al examinar el texto de hoy —Colosenses 3:19—, vemos que la Biblia se dirige a los esposos con dos instrucciones específicas. La primera de ellas es que los esposos deben amar a sus esposas. ¿Cómo, entonces, debemos los esposos proceder para amar a nuestras esposas? Ya hemos meditado sobre tres de los cinco principios bíblicos al respecto: (1) Un esposo debe considerar a su esposa como una bendición que Dios le ha otorgado (Prov. 18:22). (2) Un esposo debe honrar a su esposa (1 Ped. 3:7). (3) Un esposo debe deleitarse en su esposa (Prov. 5:18). ¿Cómo, específicamente, deben los esposos deleitarse en sus esposas? Nosotros, los esposos, debemos hallar una satisfacción constante y plena en el abrazo de nuestras esposas. Este es el mensaje de Proverbios 5:19: «Ella es como una cierva amorosa, una gacela elegante; que siempre te cautive su amor y halles plena satisfacción en su abrazo». Aquí, la instrucción de «hallar siempre plena satisfacción en su abrazo» significa que el corazón del esposo debe quedar totalmente cautivado —arrebatado— por el amor de su esposa.

Exploramos este tercer principio bíblico el domingo pasado; luego, el viernes pasado, di la casualidad de leer una breve reflexión devocional publicada en nuestro «Grupo de Apoyo Mutuo en Oración» (en KakaoTalk) por el hermano Yeong-sang, un hermano a quien conocí a través de mi ministerio en línea. Su reflexión se centraba en Cantar de los Cantares 4:9. El versículo dice: «Me has robado el corazón, hermana mía, esposa mía; con una sola mirada de tus ojos, con una sola joya de tu collar, me has robado el corazón». En este contexto, las frases «Me has robado el corazón» y «Has cautivado mi corazón» —según el hermano Yeong-sang— significan que «uno ha perdido el control sobre su propio corazón y ha quedado totalmente cautivado, de tal modo que el corazón se desborda espontáneamente en cualquier momento y lugar, dirigiendo cada instante de su tiempo enteramente hacia la otra persona». Significa que el Señor, nuestro Esposo, ha visto su corazón completamente cautivado, incluso por una mera mirada fugaz de nuestra parte —la Iglesia, su Esposa—, o

por un solo y pequeño adorno que engalana nuestro cuello. Mientras reflexionaba una vez más sobre este pasaje, tres versículos bíblicos específicos vinieron a mi mente: (1) (Isaías 43:4) «Puesto que eres precioso y honrado a mis ojos, y porque te amo, daré pueblos a cambio de ti, naciones a cambio de tu vida». (2) (Sofonías 3:17) «El Señor tu Dios está contigo, el Guerrero Poderoso que salva. Él se deleitará grandemente en ti; en su amor ya no te reprenderá, sino que se regocijará sobre ti con cánticos». (3) (Salmos 139:17-18) «¡Cuán preciosos me son tus pensamientos, oh Dios! ¡Cuán vasta es la suma de ellos! Si intentara contarlos, serían más numerosos que los granos de arena; al despertar, todavía estoy contigo».

Mientras meditaba una vez más en la verdad de que el Señor —nuestro Esposo— nos ama a nosotros —la Iglesia, su Esposa— en un grado tan extraordinario, me encontré formulándome esta pregunta introspectiva: «¿Amo *yo* a mi esposa en esta misma medida?». Tal como afirma Proverbios 5:19, me pregunté: «¿Encuentro siempre que el abrazo de mi esposa es plenamente satisfactorio y suficiente?» y «¿Está mi corazón verdaderamente cautivado por el amor de mi esposa?». Según el Dr. Park Yun-sun, los esposos deberían permitir que sus corazones sean cautivados por las virtudes de sus esposas, en lugar de por su belleza física. Por ello, ayer —sábado— me pregunté: «¿Cuáles son las virtudes específicas de mi esposa que han cautivado verdaderamente mi corazón?». Sin embargo, al darme cuenta de que no comprendía plenamente el significado de la palabra «virtud», decidí buscar su definición en internet. Un diccionario coreano la define como «un acto moralmente recto y hermoso, o tal conducta en general» (Internet). No obstante, más que esta definición convencional, me sentí más profundamente atraído por el significado articulado por el pastor Jonathan Edwards en su libro *La naturaleza de la verdadera virtud*. Según el pastor Edwards, la verdadera virtud se define como «amor incondicional hacia Dios y amor incondicional hacia los santos». Sin embargo, el verdadero poseedor de esta virtud es Dios mismo; de hecho, Dios *es* la verdadera virtud. Llegamos a poseer esta verdadera virtud solo cuando nacemos de nuevo por medio del Espíritu Santo otorgado por Dios. En consecuencia, llegamos a amar a Dios incondicionalmente. Además,

llegamos a amar —incondicionalmente— a aquellos hermanos en la fe que han recibido el Espíritu Santo, pues el propio Espíritu Santo está directamente presente dentro de aquellos que han nacido de nuevo por medio de Él» (Internet). Deseando reflexionar de manera más concreta sobre las virtudes de mi esposa, revisité y medité una vez más sobre las seis características de la «Esposa excelente» descritas en Proverbios 31:10-31 —un pasaje que ya había estudiado anteriormente—, y contemplé las formas específicas en que mi esposa encarna las cualidades de una mujer tan virtuosa. Entre esos seis puntos, creo que tres se aplican específicamente cuando pienso en mi esposa: (1) De acuerdo con la meditación sobre el versículo: «Una mujer virtuosa inspira confianza en su esposo» (vv. 11-12), mi esposa deposita su confianza en mí. En consecuencia, yo deposito mi confianza en ella. (2) De acuerdo con la meditación sobre el versículo: «Una mujer virtuosa permite que su esposo sea respetado por los demás» (v. 23), mi esposa ayuda a consolidarme como un hombre reconocido y respetado por quienes me rodean. (3) De acuerdo con la meditación sobre el versículo: «Una mujer virtuosa posee una lengua sabia» (v. 26), mi esposa —a mi juicio— posee, en efecto, una lengua sabia. Por «lengua sabia» entiendo que mi esposa tiene la habilidad de pronunciar «la palabra a su tiempo» (15:23). En otras palabras, al hablar con los demás, ella considera cuidadosamente diversos factores y modula su discurso con gran discreción (Park Yun-sun).

(d) Nosotros, los esposos, debemos amar y valorar a nuestras esposas tal como amamos a nuestros propios cuerpos. Esto se extrae de Efesios 5:28 y de la primera mitad del versículo 33: «De la misma manera, los maridos deben amar a sus esposas como a sus propios cuerpos. El que ama a su esposa, se ama a sí mismo… Sin embargo, cada uno de ustedes también debe amar a su esposa como se ama a sí mismo». Así como nosotros, los maridos, atendemos las necesidades de nuestros propios cuerpos, nuestro amor por nuestras esposas debe servir para satisfacer sus necesidades, fomentando así su crecimiento y desarrollo. Además, nosotros, los maridos, debemos amar a nuestras esposas teniendo en mente dos objetivos específicos. Estos dos objetivos son: santificarla (Ef 5:26a) y presentarla ante el Señor como una esposa radiante (v. 27). Asimismo, el método para lograr

este propósito se describe en la primera parte de Efesios 5:26, que declara: «para limpiarla mediante el lavamiento con agua por la palabra», y en 1 Pedro 1:22, que dice: «Habiendo purificado sus almas mediante su obediencia a la verdad…». Nosotros, los maridos, debemos instruir a nuestras esposas con la palabra de verdad de Dios y guiarlas a obedecer esa palabra, conduciéndolas así a emular una vida apartada del mundo; es decir, una vida de santidad en Dios. Por lo tanto, nosotros, los maridos, debemos nutrir a nuestras esposas para que lleguen a ser «esposas gloriosas» a la vista del Señor: esposas a través de las cuales resplandezca Su fulgor.

(e) Nosotros, los esposos, debemos estar dispuestos a hacer sacrificios por nuestras esposas.

Efesios 5:25 declara: «Esposos, amen a sus esposas, tal como Cristo amó a la iglesia y se entregó a sí mismo por ella». Los esposos deben practicar un amor sacrificial; sin embargo, el único objetivo de este amor debe ser el bienestar de la esposa —no realizado con la expectativa de recibir una recompensa de ella, sino impulsado por un deseo genuino de cuidarla. Los esposos deben aprender a hacer sacrificios, comenzando por las cosas pequeñas. Por ejemplo, simplemente mostrar pequeños gestos de atención —tales como escucharla atentamente, pasar tiempo juntos, sacar la basura ocasionalmente, o incluso simplemente entrar a la cocina y hacer el gesto de lavar los platos— puede ser percibido por la esposa como una expresión de amor profundo.

(f) Nosotros, los esposos, debemos asumir una responsabilidad activa en la crianza de nuestros hijos.

Efesios 6:4 declara: «Padres, no provoquen a ira a sus hijos, sino críenlos en la disciplina y la instrucción del Señor». Como cabezas de nuestros hogares, nosotros los esposos no debemos limitar nuestro cuidado espiritual únicamente a nuestras esposas; también debemos criar a nuestros hijos en la disciplina y la instrucción del Señor. Cuando se trata

de criar a los hijos, no debemos simplemente dejar toda la tarea a nuestras esposas mientras nosotros permanecemos pasivos. Debemos cumplir activa y proactivamente nuestras responsabilidades en la crianza de nuestros hijos.

En su libro *Vida espiritual*, el Dr. Martyn Lloyd-Jones escribió: «Un esposo debe amar a su esposa como a su propio cuerpo, como una parte de sí mismo. No la insulta. No la ignora. No espera que ella sea algo absolutamente perfecto. La protege en sus áreas de debilidad. La fortalece». Que nosotros, como esposos, seamos hombres verdaderamente dedicados a amar a nuestras esposas. Ayer, después de nuestro servicio de oración matutino del sábado, compartí el video de mi sermón titulado «El duelo es una oportunidad (1)» con varias personas. Más tarde, mientras me preparaba para el servicio dominical de hoy, visité un sitio web cristiano llamado «GRACE TO KOREA». Al examinar los titulares de los artículos publicados allí, uno en particular captó mi atención: «El matrimonio según la Biblia: 10. La resolución de conflictos matrimoniales (1)». Decidí leerlo. En el artículo, el autor señala: «Un cónyuge es objeto de amor; sin embargo, en medio del conflicto, se convierte en objeto de contienda». A continuación, el autor explica la definición de la palabra «conflicto» (*galdeung*) tal como aparece en el *Diccionario Estándar de la Lengua Coreana*: «Un estado en el que individuos o grupos —muy parecido a cómo se enredan las enredaderas de kudzu y las glicinias— se miran mutuamente con hostilidad o chocan debido a metas o intereses divergentes». Por lo tanto, la idea central es que, incluso entre marido y mujer, puede surgir hostilidad si sus metas o intereses divergen. Entonces, ¿por qué ocurre el conflicto conyugal? Me gustaría considerar tan solo dos razones principales:

- «Diferencias»

«Si alguna vez has mirado a tu cónyuge y has exclamado: "¡Simplemente no te entiendo en absoluto!", entonces eres alguien que ya sabe muy bien que el conflicto surge precisamente porque las personas son diferentes. Si bien nuestras diferencias no son, en sí mismas, pecaminosas, el matrimonio implica que dos individuos distintos se conviertan en "una sola

carne"; por consiguiente, estas "diferencias" exigen un esfuerzo incesante por comprendernos y aceptarnos mutuamente a fin de lograr una verdadera unidad».

- «El pecado»

«Aunque las diferencias entre marido y mujer no son inherentemente pecaminosas, el orgullo y los deseos carnales presentes tanto en el esposo como en la esposa son las causas principales del conflicto, y sus raíces se hallan en el pecado (Gálatas 5:19–21; Santiago 4:1–3). El pecado a menudo comienza como un deseo muy insignificante; sin embargo, invariablemente termina convirtiéndose en una exigencia poderosa. Una "necesidad" se transforma en un "deseo", y ese "deseo" escala rápidamente hasta convertirse en una "exigencia"». Entre los contenidos de aquel artículo, la sección que particularmente captó mi atención se titulaba: «Características de las parejas que gestionan o resuelven mal los conflictos».

- «Mantener un silencio inquebrantable»

«En lugar de trabajar activamente para resolver los problemas, estas parejas simplemente no hacen nada, con la esperanza de que los problemas se disipen por sí solos. Sin embargo, en realidad, esto no constituye un acto de amor hacia la esposa, sino más bien un acto que le causa angustia (Colosenses 3:19)». • «Distanciarse el uno del otro»

«Este comportamiento surge de la expectativa de que, al mantener su distancia, cada cónyuge podrá encontrar y disfrutar de cierta medida de paz de manera independiente. Sin embargo, este enfoque dista mucho del mandato bíblico de "amarse profundamente los unos a los otros" y de "cubrir una multitud de pecados" (1 Pedro 4:8). Representa la disposición a sacrificar la intimidad conyugal, conformándose en su lugar con evitar simplemente los conflictos mayores. Las parejas pueden eludir deliberadamente temas que requieren absolutamente ser discutidos —por temor a que abordarlos desencadene

una discusión—, o pueden ocultar ciertos hechos o esconder heridas emocionales profundas. Pueden creer que actuar de esta manera previene el conflicto; sin embargo, en realidad, lo único que hacen es barrer los problemas bajo la alfombra. Dado que estos problemas quedan sin ser abordados de manera oportuna, terminan enconándose y estallando, lo que conduce a conflictos aún mayores».

En segundo lugar, se instruye a los esposos a no causar angustia a sus esposas.

Esto se encuentra en Colosenses 3:19: «Esposos, amen a sus esposas y no sean duros con ellas». ¿Cuándo causamos angustia los esposos a nuestras esposas? De hecho, sospecho que a menudo ni siquiera nos damos cuenta de *cuándo* les estamos causando dolor. O, si nos damos cuenta pero aun así seguimos causándoles angustia, ese no es el tipo de amor con el que Cristo amó a la Iglesia. Nosotros, los esposos, debemos ser lo suficientemente sensibles como para reconocer *cuándo* —y *por qué razones*— nuestras amadas esposas están sufriendo a causa nuestra. Por lo tanto, no debemos causar angustia a nuestras esposas. Causar angustia a la propia esposa es, en realidad, causarse angustia a uno mismo; la razón es que somos un solo cuerpo. En el hogar, un esposo insensato —aquel que actúa como un cabeza de familia necio— tiende a tratar a su esposa con dureza en lugar de amarla (Colosenses 3:19). En lugar de responder con mansedumbre a las palabras de su esposa, la provoca a la ira con palabras ásperas (Proverbios 15:1). Además, un esposo insensato causa angustia a su esposa al regañarla constantemente. «Entre todas las formas de hostigamiento, lo que hiere más profundamente el corazón de una esposa es el torrente de críticas incondicionales: comentarios tales como: “Estás en casa todo el día; ¿qué demonios es lo que realmente *haces*?” o “¿Acaso no puedes hacer bien ni siquiera esta simple cosa?”». Un esposo que hostiga —particularmente aquel que ejerce el control sobre las finanzas del hogar— a menudo ve a su esposa como alguien inferior a él; ya sea intencional o inintencionalmente, le inflige heridas al repetir sus reproches día tras día. La mayoría de los esposos que hostigan tienden a arremeter con ira en lugar de entablar un diálogo con sus esposas; tal esposo, al negarse a comunicarse adecuadamente con su

mujer, podría estar lidiando con problemas psicológicos subyacentes que dificultan una comunicación genuina, llevándolo a recurrir al hostigamiento incesante (Fuente: Internet). Al examinar el pasaje bíblico de hoy —Colosenses 3:19—, la Biblia nos instruye: «Esposos, amen a sus esposas y no sean duros con ellas». Mientras meditaba una vez más en este versículo, me asaltó el pensamiento de que «la mayor aflicción que una esposa puede sufrir es, sencillamente, no ser amada». El 11 de enero de 2018, escribí una reflexión devocional titulada «La mujer no amada por su esposo», centrándome en Génesis 29:31 y en la historia de Lea: una mujer que no era amada por su esposo, Jacob. Una esposa que no es amada por su marido está destinada a padecer una angustia profunda. Esto es especialmente cierto para las hijas de Dios —mujeres nobles y preciosas, nacidas para recibir Su amor— si no solo dejan de recibir amor de sus esposos, sino que, peor aún, enfrentan la animosidad de estos, pasando sus días en un ciclo de heridas, dolor y lágrimas. ¡Qué existencia verdaderamente angustiosa sería esa! La razón por la cual Lea no era amada por Jacob radicaba en que él amaba a su hermana menor, Raquel —quien era hermosa y encantadora—, mucho más de lo que amaba a Lea, cuya vista era débil (versículos 17–18). En tales casos, a menudo se puede observar que las esposas que no reciben amor de sus maridos canalizan inconscientemente una cantidad excesiva de afecto hacia sus hijos, para así compensar el amor que les falta en su matrimonio. En consecuencia, debido a que estos niños están sometidos al amor excesivo y a la sobreprotección de su madre, parecen correr un riesgo significativo de convertirse en «niños de mamá» o «niñas de mamá».

En última instancia, una relación conyugal deficiente engendra una relación distorsionada entre padres e hijos. «En tales situaciones, los padres intentan inconscientemente satisfacer las necesidades emocionales, sociales o sexuales que han quedado insatisfechas dentro de su matrimonio, buscando esa satisfacción a través de sus hijos. Además, a menudo intentan compensar el resentimiento y la hostilidad que albergan hacia su cónyuge —derivados de aquello que no recibieron— poniéndose del lado del niño y, de hecho, marginando al cónyuge de la dinámica familiar» (Fuente: Internet). Parece que muchas parejas soportan sus matrimonios diciéndose a sí mismas: «Seguimos juntos por

el bien de los niños», con la intención de divorciarse una vez que los hijos hayan crecido. De hecho, según un artículo que leí en 2019, ese año hubo un total de 108.684 casos de divorcio en Corea; de ellos, los «divorcios de plata» —que involucran a parejas que han estado casadas por más de 20 años— representaron la mayor proporción, con un 33,3% (36.327 casos), seguidos por los recién casados —con entre 0 y 4 años de matrimonio— con un 21,4%. Creo que cuando una relación conyugal no es ni armoniosa ni íntima, la esposa —en particular— puede volcar inconscientemente una cantidad excesiva de amor sobre sus hijos para compensar el afecto que no está recibiendo de su esposo. La razón de esto es que, a un nivel inconsciente, la esposa podría estar buscando recibir amor *de* sus hijos. Debemos tomarnos un momento para reflexionar sobre el estado actual de nuestras propias relaciones conyugales. La razón es que nuestros hijos podrían estar sufriendo emocionalmente —sus corazones enfermando— debido a que su madre y su padre viven sus vidas enfocados únicamente en ellos. En última instancia, y de acuerdo con el pasaje bíblico de hoy —Colosenses 3:19—, creo que el hecho de que los esposos amen verdaderamente a sus esposas es la manera misma de asegurar que no las amarguen. En otras palabras, la lección es que los esposos deben amar a sus esposas, pero deben hacerlo «tal como Cristo amó a la iglesia y se entregó a sí mismo por ella» (Efesios 5:25). Aquí tienen Efesios 5:28 de la *Biblia Coreana Contemporánea*: «De la misma manera, los esposos deben amar a sus esposas como a sus propios cuerpos. Amar a la propia esposa es amarse a uno mismo».

En tercer lugar, ¿qué les dice Dios a los hijos?

Se encuentra en Colosenses 3:20: «Hijos, obedezcan a sus padres en todo, pues esto es agradable al Señor» [(Biblia Coreana Contemporánea) «Hijos, obedezcan a sus padres en todo. Esto es lo que agrada al Señor»]. El 11 de mayo de 2021, me topé con un artículo titulado «"Si sigues al pie de la letra las palabras de tus padres, terminarás como yo": el arrepentimiento de Noh So-young», el cual leí con gran interés. Dicho artículo contenía el siguiente pasaje: «...La directora Noh compartió con sus conocidos que su madre, la Sra.

Kim, le había dicho: "Lo siento; siento haberte impedido perseguir tus propias aspiraciones y haberte mantenido confinada dentro del hogar; siento haberte dicho que siguieras esperando a un esposo que nunca regresó; y siento haber insistido en que la felicidad de una mujer reside principalmente en su familia. Tú eres una persona distinta a mí; sin embargo, parece que hice todo esto movida por mis propios deseos egoístas". La directora Noh continuó: "Si sigues al pie de la letra las palabras de tus padres, terminarás exactamente igual que yo. Quiero compartir este mensaje con cada joven"» (Internet). Al leer este artículo, sentí que se trataba de un asunto que requería una seria reflexión, por lo que escribí un texto expresando mis propios pensamientos sobre el tema [titulado «Tras leer el artículo: "El rostro de Noh So-young se desmorona, al borde de las lágrimas... Su padre, quien soportó con paciencia"» (https://blog.naver.com/kdicaprio74/222549549958)]. La frase específica de ese artículo que, a mi juicio, merecía nuestra cuidadosa consideración fue precisamente esta: «Si sigues al pie de la letra las palabras de tus padres, terminarás exactamente igual que yo». La razón por la que esta afirmación exige nuestra reflexión es que, si bien la Biblia ordena claramente: «Hijos, obedezcan a sus padres en el Señor, pues esto es justo» (Efesios 6:1), la directora Noh declaró: «Si sigues al pie de la letra las palabras de tus padres, terminarás exactamente igual que yo». Si se nos preguntara: «¿A las palabras de quién debemos prestar oído?». La mayoría de nosotros respondería, naturalmente, que debemos seguir la Palabra de la Biblia. Sin embargo, creo que, incluso al seguir las Escrituras, debemos prestar cuidadosa atención a las palabras pronunciadas por un hombre llamado Director Noh. En otras palabras, si bien la Palabra de Dios ciertamente nos ordena obedecer a nuestros padres —específicamente: «obedeced a vuestros padres en el Señor» (Efesios 6:1)—, creo que debemos reflexionar seriamente sobre esta instrucción bíblica a la luz de las perspectivas ofrecidas por el Director Noh. Mediante la oración, Dios nos concederá a cada uno la sabiduría necesaria para discernir y distinguir exactamente qué instrucciones de nuestros padres debemos obedecer *en el Señor* y cuáles no. Esto implica que los hijos no deben obedecer a sus padres de manera incondicional.

Por ejemplo, ciertamente no deseo que mis amados hijos —Dylan, Yeri y Yeeun— sean niños que me obedezcan a mí, su padre, sin cuestionar nada. La razón es que, cuando les hablo, mis palabras bien podrían estar equivocadas. ¿Cómo podría yo conocer la totalidad de la voluntad del Señor? ¿Cómo podría asegurar que cada palabra que dirijo a mis hijos esté perfectamente alineada con los mandatos del Señor y sea pronunciada con fe? De ninguna manera soy un padre capaz de alcanzar tal perfección. Es más, mientras Dios obra para cumplir Sus propósitos específicos en la vida de cada uno de mis tres hijos, ¿qué sucedería si yo —por ignorancia o falta de entendimiento— les impartiera órdenes arbitrarias? Desde su perspectiva, Dios seguramente les está infundiendo impulsos y orientaciones específicas con respecto a su relación individual con Él; si yo, como su padre, contradijera esa guía divina, ¿cuál sería el resultado? En última instancia, lo que deseo es que mis hijos obedezcan la Palabra de Dios. La razón por la que me sentí impulsado a escribir este artículo —quizás con cierto grado de pasión— tras leer el texto en cuestión es que, con demasiada frecuencia, los padres criamos a nuestros hijos no conforme al corazón y la voluntad de Dios, sino más bien conforme a nuestros propios deseos egoístas, nuestra fe imperfecta y nuestras perspectivas espirituales erróneas. Si, al no reconocer ni aceptar esta realidad —y bajo el pretexto de amar a nuestros hijos (a menudo en un grado excesivo, lo cual implica sobreprotección, una intromisión desmedida y cosas por el estilo)—, dictamos constantemente sus acciones, llegando incluso a despojarlos de su derecho a tomar sus propias decisiones, ¿qué será de ellos? *Suspiro*... No creo que este sea el camino correcto.

Al examinar el pasaje bíblico de hoy, Colosenses 3:20, la Biblia declara: «Hijos, obedezcan a sus padres en todo, pues esto agrada al Señor». Al meditar en este versículo en conjunto con Efesios 6:1, decidí centrar mi reflexión no meramente en el mandato de que los hijos deben «obedecer a sus padres en *todo*», sino más bien en el matiz específico: obedecer a sus padres «*en el Señor*» (Ef 6:1). La razón de este enfoque radica en que «esto es lo correcto para quien cree en el Señor» (v. 1, *Modern People's Bible*). Si consideramos Efesios 6:1 desde la perspectiva opuesta, esto implica que el hecho de que los hijos obedezcan a sus padres *fuera* del Señor no constituye una conducta correcta para un

creyente; por el contrario, representa un curso de acción incorrecto —o erróneo—. En otras palabras: si bien el pasaje de hoy en Colosenses 3:20 dice «Hijos, obedezcan a sus padres en todo...» y Efesios 6:1 dice «Hijos, obedezcan a sus padres *en el Señor*...», al tener presentes ambos pasajes, el mensaje (o instrucción) integral que la Biblia transmite a los hijos es el siguiente: «Hijos, obedezcan a sus padres en todo, *en el Señor*». Sin embargo, pareciera que los hijos a menudo tienden a pasar por alto esta perspectiva integral; al no meditar en estas Escrituras ni comprenderlas en su totalidad, simplemente asumen que están obligados a obedecer a sus padres de manera incondicional en *absolutamente todo*. Esto significa que, con frecuencia, los hijos malinterpretan el mandato de obedecer a sus padres *en el Señor*; creen erróneamente que deben obedecer *todo* cuanto sus padres les dicen, incluso aquellas instrucciones impartidas fuera del contexto del Señor. Por ejemplo, cuando los padres hablan a sus hijos movidos por su propia voluntad y deseos egoístas —en lugar de hacerlo en conformidad con la voluntad de Dios—, los hijos deberían, mediante la sabiduría de Dios, discernir que tales instrucciones no constituyen obediencia *en el Señor* y, por consiguiente, deberían declinar respetuosamente seguirlas. Sin embargo, debido a una mala interpretación de las Escrituras, a menudo se sienten obligados a obedecer a sus padres de manera ciega e incondicional. Tal como se afirma en nuestro texto de hoy —Colosenses 3:20 (tomado de la traducción *Modern Man's Bible*)—, este no es un acto que agrade al Señor.

En lo que respecta a la obediencia a sus padres, los hijos deben priorizar el agradar al Señor por encima del agradar a sus padres. Aún recuerdo un incidente de mis días universitarios —hace unos 34 años—, cuando me encontré en el campus con una estudiante de tercer año que parecía angustiada por sus bajas calificaciones académicas. Le ofrecí palabras de aliento, sugiriéndole que simplemente diera lo mejor de sí misma y dejara el resultado de sus calificaciones en manos de Dios. Su respuesta en aquel momento fue que sus padres se sentirían disgustados. En otras palabras, era evidente que le inquietaba la idea de que sus padres no estuvieran contentos si su rendimiento académico resultaba deficiente. Creo que, incluso hoy en día, muchos hijos —movidos por un amor genuino hacia sus padres—

se esfuerzan por todos los medios posibles para brindarles alegría. En medio de tales esfuerzos, algunos hijos pueden llegar a encontrarse lidiando con una pregunta difícil: ¿Agradar a los padres equivale verdaderamente a agradar al Señor? La razón por la que surge esta interrogante es que hay ocasiones en las que el deseo de agradar a los padres entra en conflicto directo con el deseo de agradar al Señor. Cuando tal conflicto surge en sus corazones, ¿qué deberían hacer exactamente nuestros hijos? Quizás necesiten ejercitarse en la oración —tal como lo hizo Jesús en el Huerto de Getsemaní cuando suplicó: «Padre, si es posible, aparta de mí esta copa de sufrimiento; pero no se haga como yo quiero, sino como tú quieres» (Mateo 26:39)—, diciendo: «Que no se haga conforme a la voluntad de mis padres, sino conforme a la voluntad del Señor». El punto crucial es este: si bien es algo noble que los hijos obedezcan a sus padres con la intención de complacerlos, si dicha obediencia entra en conflicto con su obediencia al Señor —la cual se realiza para complacerlo a Él—, entonces los hijos deben elegir obedecer al Señor y, de este modo, complacerlo a Él.

¿Cómo, entonces, deben proceder los hijos para complacer al Señor mientras obedecen a sus padres? En primer lugar, al obedecer las instrucciones de sus padres, deben verificar si dichas instrucciones se alinean con la Palabra de Dios. Precisamente por esta razón, el apóstol Pablo declaró en Efesios 6:1: «Hijos, obedeced a vuestros padres en el Señor, porque esto es justo». En otras palabras, si las instrucciones de sus padres contradicen los mandamientos del Señor, los hijos no deben obedecer a sus padres; por el contrario, deben desobedecerlos, pues obedecer en tal caso no sería «obedecer en el Señor». Esto trae a la memoria las palabras que se encuentran en Hechos 4:19: «Pedro y Juan respondieron y les dijeron: “Juzgad vosotros mismos si es justo ante los ojos de Dios obedeceros a vosotros antes que a Dios”» [(Biblia Coreana Contemporánea) «Entonces Pedro y Juan respondieron: “Sed vosotros los jueces de si es justo a los ojos de Dios obedeceros a vosotros antes que a Dios”»]. En efecto, los hijos deben discernir por sí mismos si es verdaderamente un acto justo a los ojos de Dios acatar las palabras de sus padres mientras desestiman la Palabra de Dios. Si los hijos han confirmado que las palabras de sus padres se alinean con la Palabra

de Dios, entonces deben, naturalmente, obedecer esas palabras. «Porque esto agrada al Señor» (Colosenses 3:20). «Porque esto es justo en el Señor» (Efesios 6:1). Los hijos que creen en el Señor obedecerán Su mandamiento de «obedecer a vuestros padres en todo» (Colosenses 3:20) —un acto que es justo a Sus ojos—, movidos por su deseo de complacerlo a Él.

Proverbios 23:15–16 dice: «Hijo mío, si tu corazón es sabio, entonces mi corazón se alegrará en verdad; mi ser interior se regocijará cuando tus labios hablen lo que es recto». El hijo que trae gozo y deleite al corazón de sus padres es aquel cuyo corazón es sabio y cuyos labios hablan lo que es honesto; es decir, lo que es recto. Un hijo tan sabio escucha las palabras de sus padres (vv. 19, 22). Incluso si esas palabras toman la forma de una reprensión, él las escucha con humildad (25:12). Además, adquiere una sabiduría cada vez mayor y guía su propio corazón por el camino correcto (23:19). Nunca se permite desviarse hacia el camino de la disipación (v. 20). Asimismo, un hijo sabio no menosprecia a sus padres simplemente porque hayan envejecido (v. 22). Por el contrario, el hijo que menosprecia a sus padres debido a su vejez es alguien que carece de sabiduría (11:12). En otras palabras, es un necio. La razón por la que un hijo necio y falto de sabiduría menosprecia a sus padres es que, de hecho, menosprecia la Palabra de Dios (13:13). Considere esto: Efesios 6:1 declara claramente: «Hijos, obedezcan a sus padres en el Señor, pues esto es justo». Sin embargo, el hijo necio ignora y menosprecia este mandamiento y, en consecuencia, no obedece a sus padres. El hijo necio y falto de sabiduría no solo menosprecia la Palabra de Dios, sino que también trata las palabras de sus padres con desprecio, negándose a prestarles atención (23:9). Actuar de esta manera es hacer lo que es incorrecto a los ojos de Dios. Es cometer un pecado contra Dios (14:21).

Finalmente —en cuarto lugar—, ¿qué tiene Dios que decir a los padres? Nuestra lectura de las Escrituras para hoy proviene de Colosenses 3:21: «Padres, no provoquen a ira a sus hijos, no sea que se desanimen». Un artículo titulado «Si los padres que asisten a la iglesia actúan de esta manera, sus hijos abandonarán la iglesia» observa lo siguiente: «Si bien la esperanza

de vida promedio de los congregantes que asisten a la iglesia está aumentando, uno de los mayores desafíos que enfrenta la iglesia coreana hoy en día es cómo retener a los jóvenes que se están alejando de la fe y abandonando la iglesia. Para detener la tendencia acelerada de una congregación que envejece y para establecer firmemente dentro de la iglesia a las generaciones futuras —quienes continuarán el linaje de la fe—, el papel que desempeñan los padres en las familias con hijos es de suma importancia» (Internet). «En este sentido, se insta a los padres con hijos a dar un ejemplo de fidelidad para asegurar que sus hijos no se alejen de la iglesia. Por el contrario, el artículo identifica cerca de seis actitudes específicas con respecto a la fe que los padres deben evitar estrictamente»: (1) Asistir a la iglesia solo esporádicamente; (2) Quejarse de la iglesia; (3) Restringir a sus hijos únicamente a una cultura orientada a la juventud; (4) Desestimar las preguntas importantes de sus hijos; (5) Cambiar de iglesia con frecuencia; y (6) Tratar el Evangelio como algo trivial. «La iglesia es una comunidad establecida sobre el Evangelio de Cristo. Sin embargo, cuando los padres tratan el Evangelio como algo insignificante —o lo relegan a la periferia de sus vidas en lugar de colocarlo en el centro—, sus hijos se desconectan de la iglesia, que es el Cuerpo de Cristo. Si los padres demuestran a sus hijos que la iglesia es meramente un lugar al que uno está obligado a asistir —en lugar de un lugar que ocupa una prioridad centrada en el Evangelio en la vida de uno—, entonces esos hijos también seguirán el ejemplo de sus padres y relegarán el Evangelio a los márgenes de sus propias vidas» (Internet).

Al observar nuestro texto de hoy —Colosenses 3:21—, escuchamos a la Biblia hablarnos con estas palabras: «Padres, no exasperen a sus hijos, no sea que se desanimen». El apóstol Pablo les dice a los padres: «No exasperen a sus hijos». O, para citar *The Contemporary Bible*, dice: «Padres, no hieran los sentimientos de sus hijos ni los hagan enojar». Mientras meditaba en este pasaje, me encontré preguntándome: «¿Somos nosotros —como padres— verdaderamente sensibles a los sentimientos de nuestros hijos? ¿Estamos verdaderamente empatizando con ellos?». Sospecho que la razón por la que surgió esta pregunta es que yo mismo, a menudo, no logro captar plenamente las emociones de mis propios hijos ni compartir sus sentimientos. Como padre de tres hijos, todavía me cuesta

entender exactamente qué podría hacer —o cómo podría actuar— que hiriera los sentimientos de Dylan, Yeri y Yeeun, o que los provocara a la ira. Sin embargo, una cosa que *sí* sé es que los sentimientos de mis hijos parecen verse profundamente heridos cada vez que mi esposa y yo no logramos amarnos el uno al otro con el amor del Señor dentro de nuestra propia relación. Además, creo haber provocado su ira cuando no logré vivir una vida de integridad —en la que mis palabras y mis acciones estuvieran alineadas— o cuando hablé y actué de manera imprudente. Por supuesto, más allá de estas ocasiones, ¿quién sabe cuántas otras innumerables veces habré herido los sentimientos de mis tres hijos o provocado su ira? Sin embargo, el verdadero problema es que, a menudo, permanezco ajeno a su verdadero estado emocional.

En la primera parte de Efesios 6:4, el apóstol Pablo reitera: «Padres, no provoquen a ira a sus hijos...» [(tal como aparece en *The Contemporary Bible*: «Padres, no hieran los sentimientos de sus hijos ni los hagan enojar...»)]. En otras palabras, instruye a los padres a no hacer enojar a sus hijos, a no antagonizarlos y a no incitar su ira. Entonces, ¿cómo podríamos nosotros —como padres— provocar a ira a nuestros hijos? Probablemente existan muchas respuestas posibles. Por ejemplo: (1) actuar de manera autoritaria o manifestar enojo; (2) hacer comentarios provocadores o hirientes; (3) aplicar una disciplina inapropiada; (4) señalar las faltas de un hijo mientras uno mismo lleva una vida de escaso carácter moral; y (5) «asumir que, simplemente por el hecho de ser padres, uno posee a sus hijos como si fueran propiedad personal —afirmando así una autoridad incondicional, tratándolos de manera coercitiva, abusando de ellos o menospreciando su dignidad» (Pi Jong-jin). *The Bible Exposition Commentary* (El Comentario de Exposición Bíblica) esboza seis razones específicas por las cuales los padres podrían provocar a ira a sus hijos o hacer que estos se desanimen: (1) no respaldar las propias palabras con las acciones correspondientes; (2) encontrar fallas constantemente en los hijos sin ofrecerles nunca elogios; (3) carecer de coherencia y equidad en cuestiones de disciplina; (4) mostrar favoritismo dentro del hogar; (5) romper las promesas después de haberlas hecho; y (6) tratar con indiferencia o ligereza asuntos que son de gran importancia para los hijos. A mi

juicio, más allá de estos puntos, una de las formas más significativas en que los padres pueden provocar la ira de sus hijos es cuando los propios padres no logran amarse mutuamente. Creo que los hijos se vuelven particularmente resentidos cuando presencian que su padre no ama a su madre. De hecho, a medida que los hijos crecen, si observan a su madre sufriendo, luchando o incluso enfermando porque su padre no la ama, tienen toda la razón para albergar un profundo resentimiento hacia él. Además, tales circunstancias pueden llevar fácilmente a nuestros hijos a desanimarse profundamente.

Recientemente leí un artículo titulado: "¿Dicen ustedes que no deberíamos provocar la ira de nuestros hijos?". La exhortación central de ese artículo era la siguiente: "Los padres deben ayudar a sus hijos a crecer con autoconfianza, asegurándose de que no se desanimen". ¿Bajo qué circunstancias, entonces, se sienten los hijos heridos por sus padres y albergan ira hacia ellos? Debemos comprender esto para acatar adecuadamente el mandato bíblico de no provocar la ira de nuestros hijos. ¿Acaso no es esto algo que podemos cumplir? Según el autor de este artículo —quien recopiló respuestas de muchas personas—, el sentir colectivo puede resumirse de la siguiente manera: "Nos sentimos enojados cuando somos discriminados en comparación con nuestros hermanos —ya sea simplemente por ser hijas o por otras razones diversas—; cuando nuestros padres no cumplen sus promesas; cuando presenciamos hipocresía en nuestros padres; cuando se ejerce una presión excesiva sobre nuestros estudios académicos; cuando se nos impide cursar las materias que deseamos estudiar o seguir los caminos que anhelamos tomar, y en su lugar se nos obliga a cumplir con las exigencias de nuestros padres; o cuando se nos carga con pesadas responsabilidades simplemente por ser el hijo o la hija mayor". El autor señala: "Entre estas respuestas, la citada por el mayor número de personas fue: 'Cuando nuestros padres pelean'". "La razón principal por la que los hijos se sienten profundamente heridos, enojados y desanimados es, de hecho, el conflicto conyugal. Los hijos sufren profundamente cuando sus padres pelean" (Internet). Esto nos lleva a la última parte de Efesios 6:4: «Críenlos en la disciplina y la instrucción del Señor». El apóstol Pablo nos dice —como padres— que eduquemos a nuestros hijos, que los fortalezcamos y que los

cuidemos hasta que alcancen la madurez. La expresión «críenlos», utilizada aquí, es exactamente la misma palabra que se encuentra en Efesios 5:29, donde se instruye a los esposos a «alimentar» a sus esposas. En otras palabras, esto significa que un padre —actuando como líder espiritual del hogar— tiene la responsabilidad no solo de alimentar a su esposa, sino también de cuidar a sus hijos. ¿Cómo, entonces, deben los padres proceder para criar a sus hijos?

(1) Nosotros, los padres, debemos criar a nuestros hijos «en la disciplina del Señor».

En otras palabras, tal como nosotros —los padres— nos sometemos primero a la disciplina del Señor —permitiendo ser corregidos y refinados— y luego caminamos por el sendero que Él ha recorrido, así debemos criar a nuestros hijos: de esta misma manera. Este es el mensaje de Proverbios 22:6: «Instruye al niño en el camino que debe seguir; aun cuando sea viejo, no se apartará de él». Debemos enseñar a nuestros hijos el camino que deben seguir: el camino de la sabiduría, o el camino de una vida piadosa. En el ámbito de la enseñanza, yo —aunque de manera imperfecta— me esfuerzo por inculcar tres aspectos específicos tanto en mis propios hijos como en los niños de nuestra iglesia. Estos son: (1) Valores correctos, (2) Un claro sentido de propósito y (3) Una perspectiva eterna de la vida.

(2) Nosotros, los padres, debemos criar a nuestros hijos mediante la «instrucción» del Señor.

Nosotros, los padres, debemos ofrecer a nuestros hijos consejos, advertencias y aliento; todo ello arraigado en el amor. De hecho, ¿cómo exactamente debemos «instruir» a nuestros hijos? En su libro *Shepherding a Child's Heart* (Pastoreando el corazón del niño), Tedd Tripp identifica dos elementos clave: una comunicación rica y plena (entablar un diálogo amplio) y «la vara» (disciplina física). Criar a los hijos mediante la «instrucción» del Señor implica poner el énfasis en el diálogo, más que en la vara. Entonces, ¿cómo debemos entablar una conversación con nuestros hijos? Existen tres principios rectores: (1) No

debemos limitarnos a hablar *a* nuestros hijos, sino que debemos hablar *con* ellos. (2) No debemos simplemente expresar nuestros propios pensamientos (tal como se advierte en Proverbios 18:13); en su lugar, debemos conceder a nuestros hijos el espacio para expresar *sus* pensamientos (no te limites a expresar solo tus propios pensamientos; aprende, más bien, a hacer que ellos expresen los suyos). (3) Debemos centrarnos en comprender a nuestros hijos. Es crucial captar la verdadera naturaleza de las luchas que nuestros hijos están enfrentando. Debemos invertir nuestra energía y esfuerzo en comprender *por qué* expresan sus emociones de la manera en que lo hacen.

Me gustaría concluir aquí esta meditación sobre la Palabra. Oro para que el Señor edifique a cada una de nuestras familias (cf. Mt 16:18); específicamente, para que Él establezca todos nuestros hogares como familias que ofrecen alabanza a Dios Padre con corazones agradecidos. Centrándonos en el pasaje bíblico de hoy —Colosenses 3:18–21— y bajo el tema «Una familia que alaba a Dios Padre con un corazón agradecido», hemos reflexionado sobre cuatro lecciones que Dios ofrece a nuestras familias: (1) El mensaje de Dios a las esposas es: «Esposas, sométanse a sus maridos, como conviene en el Señor» [(*Modern English Version*: «Esposas, sométanse a sus maridos; esto es lo que deben hacer como creyentes en el Señor»)] (Col 3:18). (2) El mensaje de Dios a los esposos es: «Esposos, amen a sus esposas y no sean duros con ellas» [(*Modern English Version*: «Esposos, amen a sus esposas y no las maltraten»)] (Col 3:19). (3) El mensaje de Dios a los hijos es: «Hijos, obedezcan a sus padres en todo, pues esto agrada al Señor» [(*Modern English Version*: «Hijos, obedezcan a sus padres en todo; esto es lo que agrada al Señor»)] (Col 3:20). (4) El mensaje de Dios a los padres es: «Padres, no amarguen a sus hijos, o ellos se desanimarán» [(*Modern English Version*: «Padres, no provoquen a ira a sus hijos; si lo hacen, ellos se desanimarán»)] (Col 3:21).

Al reflexionar sobre mi familia en este 2023...

1. Es gracias al inmenso amor y la gracia de Dios que mi esposa, mis tres hijos y yo hemos llegado sanos y salvos hasta este día.

2. Aunque, como cabeza del hogar, a menudo fallé en amar a mi esposa y a mis tres hijos como debía haberlo hecho —con un amor verdadero y apropiado—, el Señor, quien es el verdadero Dueño de nuestro hogar, los amó Él mismo.

3. A pesar de que fui profundamente deficiente como esposo para mi mujer y como padre para mis tres hijos a lo largo de este año pasado, Dios permaneció conmigo a través de Su abundante gracia, capacitándome —en medio de mi insuficiencia— para llevar a cabo mi ministerio dentro de la familia hasta el día de hoy.

4. Aunque no poseo ninguna cualificación inherente para ser esposo de mi mujer, ni padre de mis tres hijos, creo que cualquier cualificación que sí poseo proviene únicamente de Dios (2 Corintios 3:5, *Nueva Versión Coreana Revisada*).

5. Estoy verdaderamente agradecido de que el Señor haya llamado a mi amado hijo, Dylan, para convertirse en Su siervo; Él lo ungió, lo apartó para el ministerio y lo guio al seminario para prepararlo para ese llamado. Además, el Señor ha designado a Dylan para servir como *Jeondosa* (pastor asistente) en el ministerio universitario de la iglesia a la que asiste actualmente.

6. También estoy profundamente agradecido de que el Señor haya traído a Jessica a la vida de Dylan como su compañera de vida. Esto condujo a una presentación familiar formal (en la que mi esposa y yo conocimos a la madre de Jessica) en febrero de este año, seguida por la propuesta de matrimonio de Dylan a Jessica en diciembre. Planean celebrar su boda en la segunda mitad del próximo año.

7. Finalmente, estoy verdaderamente agradecido de que el Señor haya enviado a mi amada hija, Yeri, lejos, a Japón, para servir como misionera durante un año. Le doy mis más profundas gracias por concederme los ojos espirituales de la fe para ser testigo de cómo Él cumple la promesa que me hizo: las palabras que se encuentran en 1 Pedro 5:10. Además, estoy verdaderamente agradecido de que mi esposa y yo hayamos podido viajar hasta Japón el pasado mes de octubre para pasar tiempo con Yeri. Doy gracias a Dios por permitir que mi amada hija Yeri, mi esposa y yo creáramos juntos recuerdos tan preciosos en el Señor.

8. Una cosa por la cual estoy verdaderamente agradecido es que el Señor ha puesto un corazón para las misiones en mi amada hija, Yeeun. Durante las festividades de Acción de Gracias, mientras conducía con mi querida esposa y Yeeun para visitar a mi suegra y a mi cuñado —quienes viven bastante lejos—, Yeeun me comentó en el auto que se sentía llamada a dedicarse a las misiones en lugar de al matrimonio. Esto demuestra la profundidad de la convicción respecto a las misiones que el Señor ha infundido en ella. Estoy verdadera y profundamente agradecido. También doy gracias por ser testigo de cómo el Señor ha obrado de maneras asombrosas a lo largo de la vida de Yeeun durante este último año, observando el crecimiento de su espiritualidad y su fe. Al pensar en Yeeun —quien actualmente se desempeña como presidenta del club cristiano de su universidad—, espero con gran expectación las obras que el Señor realizará a través de ella en el futuro.

9. Estoy verdaderamente agradecido de que mi amada esposa haya podido pasar todo este año sin sufrir accidentes, dedicándose libremente a sus pasiones en el Señor: correr (maratones), hacer senderismo, acampar e incluso escalar rocas. Aunque actualmente no

se encuentra bien tras haber contraído el coronavirus —lo cual le impide ir a trabajar hoy, asistir a la iglesia o unirse mañana a la reunión de Año Nuevo de nuestra familia extendida—, sigo agradecido incluso por esto, ya que le brinda la oportunidad de obtener un descanso muy necesario. Equilibrar un trabajo de tiempo completo con el ministerio en el hogar y en la iglesia —todo ello mientras realizaba estas diversas actividades— debe haber sido increíblemente exigente; sin embargo, el Señor concedió salud a mi esposa —no solo física, sino también fortaleciendo aún más su corazón y su mente— y, por ello, como su esposo, ofrezco mis más profundas gracias a Dios.

10. Estoy verdadera y profundamente agradecido de que, a lo largo de este último año, el Señor me haya otorgado Su gran misericordia, compasión, gracia y amor. Él no solo me ha permitido continuar con mi meditación personal en Su Palabra y con mi ministerio en internet —cumpliendo así Su promesa referente a los «cinco panes y dos peces» (Juan 6:1–15)—, sino que también me ha permitido servir a la Iglesia Presbiteriana Victory, en conformidad con Su promesa de edificar Su iglesia (Mateo 16:18), y me ha capacitado para llevar a cabo mi ministerio dentro del ámbito familiar, trayéndome a salvo hasta este mismo día. Doy gracias a Dios, quien, únicamente por medio de Su gracia y Su amor, me ha permitido desempeñar todos estos ministerios a lo largo de todo este año.

Conclusión

Oro fervientemente para que un viento poderoso del Espíritu Santo sople sobre nosotros, haciendo que las llamas del avivamiento ardan con resplandor dentro de cada uno de nuestros hogares. Oro con fervor para que el Espíritu Santo, a través de la poderosa Palabra de Dios —que es como un martillo—, haga añicos la obstinación de los corazones de nuestros familiares; para que Él derrita nuestros corazones fríos e indiferentes con esa misma Palabra, que es como fuego; y para que, empuñando la Palabra de Dios como la Espada del Espíritu, Él traspase continuamente nuestras conciencias, capacitándonos —al apoyarnos en la poderosa y expiatoria sangre de la cruz de Jesús— para reconocer, admitir, confesar y arrepentirnos de todo pecado dentro de nuestras familias. Además, oro fervientemente para que el Espíritu Santo —incluso en medio de las crisis familiares— mueva a los esposos y padres, quienes sirven como cabezas de sus hogares, a ser los primeros en confesar los pecados de sus familias ante Dios y en arrepentirse. Oro con fervor para que el Espíritu Santo guíe a nuestros esposos a arrepentirse no solo de los pecados que han cometido durante los conflictos conyugales, sino también de los pecados que han cometido en la crianza de sus hijos; y, asimismo, para que Él guíe a nuestras esposas a arrepentirse de su falta de sumisión a sus esposos en el Señor, y a nuestras madres a arrepentirse del pecado de amar a sus hijos con un amor excesivo y puramente humano, en lugar de amarlos con el amor de Dios. Es más, oro fervientemente para que el Espíritu Santo exponga y traiga a nuestra conciencia los pecados de los hijos que no honran a sus padres en el Señor, así como todos los pecados cometidos en nuestras relaciones con los hermanos, donde hemos fallado en amar conforme a los mandamientos del Señor; y para que, confiando en el poder de la sangre expiatoria de la cruz de Jesús, podamos confesar y arrepentirnos de estos pecados. Finalmente, habiendo recibido el perdón de Dios, oro fervientemente para que —bajo la guía del Espíritu Santo— seamos capacitados para

perdonarnos mutuamente dentro de nuestras familias. Que ya no alberguemos odio los unos hacia los otros debido a las heridas, el dolor y la amargura guardados en nuestros corazones; sino que, a través de la poderosa obra del Espíritu Santo, seamos empoderados para perdonarnos mutuamente, tal como el Señor nos ha perdonado a nosotros. Oro fervientemente para que el viento poderoso del Espíritu Santo sople sobre nuestro hogar, uniéndonos con un vínculo de paz y capacitándonos para preservar diligentemente la unidad de nuestra familia. Oro con fervor para que el Espíritu Santo guíe a cada miembro de nuestra casa a negarse a ser agentes de discordia y, en su lugar, nos empodere para convertirnos en pacificadores: aquellos que salvaguardan activamente la armonía de nuestro hogar. Que el Espíritu Santo —el mismo Espíritu del Señor que nos ha reconciliado no solo con Dios, sino también los unos con los otros— nos conceda la gracia de obedecer Su Palabra reconciliadora y de cumplir fiel y firmemente nuestro ministerio de reconciliación. Además, oro para que, incluso en medio de conflictos y disputas conyugales, el Espíritu Santo nos capacite a los cónyuges para conocernos mutuamente con mayor profundidad en el Señor; que aprendamos a reconocer y superar nuestras diferencias, permitiendo que esas mismas distinciones complementen las carencias del otro, de modo que podamos preservar diligentemente la unidad establecida por el Espíritu Santo: unidos en un solo corazón, una sola mente y un solo amor en el Señor. Aun si las grandes tormentas de la vida rugieran y amenazaran con hundir la nave de nuestra familia, creo que —al igual que el profeta Jonás, quien clamó a Dios desde el vientre del gran pez, confesando: «La salvación viene del Señor»— nosotros también, al invocar fervientemente a nuestro Dios de salvación, veremos al Señor rescatar y librar a nuestra familia.

Oro fervientemente para que el viento poderoso del Espíritu Santo sople sobre nuestro hogar y restaure a nuestra familia a su estado original de plenitud. Aun si nos hallamos impotentes para lograr la restauración por nuestros propios medios, oro con fervor para que Dios el Espíritu Santo realice una obra milagrosa de restauración dentro de nuestro hogar, sanando y renovando a cada miembro de nuestra familia, incluso a través de las mismas crisis que enfrentamos actualmente. Ya sea que enfrentemos una crisis en las relaciones conyugales

o desafíos relacionados con nuestros hijos, oro fervientemente para que el Señor, con Su amor inquebrantable, restaure a nuestras familias, permitiéndonos experimentar el amor restaurador de Dios en su medida más profunda y plena. Oro para que Él sane todas nuestras emociones dolorosas, heridas y aflicciones —librándonos específicamente de cualquier influencia negativa, cicatriz o dolor infligido por nuestros padres—, para que así podamos disfrutar de verdadera libertad en el Señor. Creo que el Señor cumplirá fielmente la palabra de restauración que ha dado a cada una de nuestras familias; aunque nuestros hogares puedan estar atravesando actualmente dificultades temporales, confío en que, en el tiempo perfecto de Dios y a través de Sus métodos divinos, Él ciertamente restaurará a nuestras familias, haciéndolas fuertes, firmes y resilientes.

Oro fervientemente para que un viento poderoso del Espíritu Santo recorra nuestros hogares, llevando a cada miembro de la familia a depender única y exclusivamente de la Palabra de Dios. En consecuencia, oro para que cada una de nuestras familias esté plenamente equipada con la Palabra de Dios, capacitándonos para luchar contra las astutas maquinaciones de Satanás —quien ataca incesantemente a nuestros hogares— y para salir victoriosos por medio de la fe. Aunque Satanás se esfuerza incansablemente por desmantelar a nuestras familias, oro para que el Señor nos proteja y nos guarde, estableciendo firmemente nuestros hogares sobre el fundamento del Evangelio de Jesucristo, de modo que podamos permanecer como familias fuertes y sólidas, inquebrantables ante cualquier viento de tentación. Además, oro con fervor para que el Señor edifique cada uno de nuestros hogares, transformándolos en familias centradas en Dios y piadosas —sirviendo como comunidades de testigos— para que, en esta era en la que las familias a menudo se encuentran fragmentadas, podamos irradiar el fragante aroma de Cristo. Oro para que el Señor capacite, en primer lugar, a nuestros esposos —cabezas de nuestros hogares y padres de nuestros hijos— para que se dediquen al ministerio familiar. Que nutran fielmente a sus amadas esposas e hijos con la Palabra de Dios, aprendiendo primero a amarlos con el propio amor de Dios mientras los crían en Su verdad. Oro para que los esposos y las esposas se afiancen aún más y crezcan como una pareja centrada en

Cristo, emulando el ejemplo de Cristo; y que, al depositar su confianza en Dios, aprendan a confiar también el uno en el otro. Asimismo, oro para que, a través de su dependencia de Dios, se conviertan en padres que infundan un profundo sentido de confianza y seguridad en sus hijos. Como padres, que críen a sus hijos en la fe, el amor y la esperanza —nutriéndolos tanto con afecto como con la Palabra— y que, en el tiempo perfecto de Dios y bajo la guía del Espíritu Santo, sean capacitados para enviar a sus hijos al mundo. Y para aquellos hijos que son enviados: oro fervientemente para que se separen de sus padres con fe, para llegar a depender aún más plenamente de Dios. para que obedezcan al llamado del Señor; y para que, emulando el ejemplo de sus padres, sean establecidos y utilizados como siervos centrados en Cristo, llenos de fe y con una visión para servir al Señor, a Su Iglesia y a Su Reino. Por tanto, en cuanto a mí y a mi casa, ¡que sirvamos solamente al Señor!

Oro fervientemente para que un viento poderoso del Espíritu Santo sople sobre nuestro hogar, haciendo que las llamas del avivamiento ardan con brillo y vehemencia. Tal como clamó el profeta Habacuc: «¡Oh, Señor, aviva Tu obra en medio de los años!», así también nosotros oramos fervientemente a Ti, Señor: «¡Señor, envía un viento poderoso del Espíritu Santo sobre nuestro hogar y trae un avivamiento dentro de nosotros!». Oro fervientemente para que nuestro Padre Celestial —nuestro Dios *Abba*— contemple con compasión y misericordia la desolación espiritual que hay en nuestro hogar; para que perdone nuestros pecados e iniquidades; y para que traiga sanidad y restauración a nuestra familia. A medida que todos los miembros de nuestra familia se hacen ahora uno en el Señor y reconstruyen los cimientos quebrantados de nuestro hogar, oramos para que el fuego poderoso del Espíritu Santo —que consume todos nuestros ídolos— descienda sobre nosotros. Señor, permite que las llamas del avivamiento ardan con intensidad dentro de nuestro hogar. Que la Palabra de Verdad renueve y transforme a nuestra familia. Que el río de la gracia de Dios fluya abundantemente y se desborde en cada uno de nuestros hogares. Que el viento poderoso del Espíritu Santo sople ahora sobre nosotros, inaugurando un nuevo día lleno de Tu gloria. ¡Oh, Señor, que el Reino de Dios venga a nuestro hogar! Que el viento poderoso de Dios, el Espíritu Santo, sople en cada uno de nuestros hogares, trayendo un verdadero

avivamiento de la Palabra; y que cada miembro de la familia se someta a la autoridad de esa Palabra, para que —con todo nuestro corazón, alma y mente— todos juntos amemos al Señor nuestro Dios y amemos a nuestros prójimos como a nosotros mismos. Damos gracias porque Tú estás estableciendo a nuestras familias para que sean obedientes a estos dos grandes mandamientos del Cielo; que lleguemos a ser hogares que ofrezcan alabanza y adoración a Dios Padre con corazones llenos de gratitud. Ofrecemos esta ferviente oración en el precioso nombre de Jesús. ¡Amén!